
MEGAN MAXWELL
Las guerreras Maxwell, 9
LIBRE COMO EL VIENTO
esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Epílogo

Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora	Descubre	Comparte

Sinopsis

Lady Johanna McRae, hija de lady Megan y el laird Duncan McRae, es una joven intrépida que, junto con su hermana Amanda, trae a su padre de cabeza.

Si algo le gusta a Johanna es disfrutar de su libertad ayudando a quien puede y, en especial, retar a todo aquel que se enfrente a ella.

Alan McGregor es un valeroso guerrero que, junto con su buen amigo y familiar Iver McGregor y con Beth, esposa de este, se dedica a la compraventa de caballos y ovejas en sus tierras en Fort William. Los tres reciben una invitación para asistir a la fiesta que Megan y Duncan celebran cada año en el castillo de Eilean Donan.

Johanna y Alan solo se han visto una vez, pero cuando se encuentren de nuevo, surgirá entre ellos una magia muy especial que serán incapaces de obviar.

Adéntrate en las páginas de Libre como el viento y descubre que, algunas veces, los besos más cálidos y ardientes son los que se dan con la mirada.

LAS GUERRERAS MAXWELL, 9. LIBRE COMO EL VIENTO

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Para mis Guerreras y Guerreros.
Recordad que, cuando todo es perfecto, es fácil amar,
pero mantener ese amor en los momentos imperfectos es lo que
lo convierte en un amor incondicional.
¡Besos!

MEGAN

Capítulo 1

El laird Duncan McRae, que era más conocido entre los escoceses como *el Halcón*, revisaba unos papeles relativos a sus negocios en el despacho de su castillo de Eilean Donan con su amigo Kieran O'Hara.

Desde hacía años, ambos se dedicaban junto con otros socios a la cría de vacas y ovejas, siendo la venta de lana de estas últimas un fructífero negocio para ellos. La lana de las ovejas de las Highlands, y en especial la suya, era muy apreciada, y los dos amigos estaban hablando del tema cuando Kieran preguntó:

—¿Contento con la inversión que hemos hecho con los caballos?

El laird revisó los papeles y asintió. Desde hacía un tiempo había entrado también en el negocio de la cría de caballos con Kieran y otros socios.

—Más que yo, quienes están contentas son mis amores —afirmó.

Su amigo sonrió. Por todo el mundo era bien sabido que los «amores» del Halcón eran su mujer Megan y sus dos hijas, Johanna y Amanda. El amor que el guerrero profesaba por las tres no tenía límites, aunque siempre lo estuvieran sacando de sus casillas.

Sus hijas habían heredado el carácter de él y la impaciencia y la irreverencia de su madre, Megan. Algo que al guerrero le gustaba, pero al mismo tiempo lo inquietaba. Ser mujeres, no soportar la injusticia y ser osadas era peligroso en los tiempos que corrían, y más de una vez eso había hecho que se metieran en problemas.

Otra cosa que a Duncan lo angustiaba era el magnetismo que aquellas despertaban en los hombres. Eran unas preciosas jovencitas de ojos verdes como los suyos y cabello oscuro como el de su madre, y en cuanto los hombres las veían aparecer, se las comían con la mirada. Las chicas sabían manejar muy bien ese tipo de situaciones gracias a las enseñanzas de su madre, pero a Duncan lo ponía enfermo. Eran sus hijas. Sus niñas. ¿Por qué tenían que mirarlas así?

A Megan, en cambio, le hacía gracia la actitud de su marido. Duncan las sobreprotegía sin darse cuenta de que sus niñas crecían y algún día se enamorarían, le gustara a él o no. Y, por consiguiente, ese día temblaría Escocia.

Los dos hombres seguían revisando los papeles cuando se abrió la puerta del despacho y aparecieron Megan y Angela.

—Y entonces Amanda —contaba la primera—, al oír lo que aquel patán decía de nuestra lana, se encaró con él y...

—¿Y le dijo de todo? —sugirió Angela.

Megan asintió divertida y su amiga soltó una risotada. Adoraba a las hijas de Megan por su forma de ser.

—No es motivo de risa —intervino Duncan, que sabía de lo que hablaban—. Ferdinand O'Connor es...

—Por favor... —lo interrumpió Megan dándose aire con la mano a causa del calor—. Ferdinand O'Connor es un patán que tiene la lengua muy larga. Y, mira, si te soy sincera, alégrate de que fuera Amanda y no yo quien oyera su feo comentario, porque, de lo contrario,

encararme a él habría sido lo mínimo que habría hecho.

Duncan suspiró, aunque sonrió por dentro. La irreverencia de su mujer lo seguía volviendo loco. Sin embargo, intentando hacer ver que estaba molesto, continuó:

—Aun así, Amanda...

—Pero ¿no había sido Johanna? —preguntó Kieran.

Megan sonrió, lo que le hizo saber a Kieran que aquella historia tenía una segunda parte.

—Johanna, al ver que aquel tipo se encaraba con su hermana, fue quien le puso la espada en el cuello y lo echó del lugar —aclaró.

—¡Por san Ninian! —se mofó Kieran.

—¡Esas son mis chicas! —afirmó Angela divertida.

—La impaciente, la retadora y la contestona —masculló Duncan nombrando los apelativos con los que eran conocidas su mujer y sus hijas.

Eso hizo soltar una carcajada a Megan, la impaciente, que, agarrándose a su marido, cuchicheó:

—No gruñas. En el fondo te gusta que seamos así.

Duncan resopló. La mezcla de sentimientos que a diario le despertaban las mujeres de su vida lo tenían siempre en un sinvivir.

—Prefiero no comentar nada —gruñó mirando a su esposa.

Los demás presentes esbozaron una sonrisa y, acto seguido, Kieran preguntó:

—Por cierto, ¿dónde están ahora?

—En Inveraray, visitando a una amiga que ha sido mamá —explicó Megan.

—¡Oh, qué bonita noticia! —afirmó Angela.

Todos sonrieron y Duncan añadió:

—A su regreso pasarán por Oban para comprar lo que necesitamos para los cercados.

Kieran asintió. Necesitaban unas bridas especiales.

—Le hemos mandado una misiva a Zac para que las espere junto con sus hombres en el Ben Nevis —continuó Duncan—. Él ya sabe dónde.

—¿El Ben Nevis? —murmuró Angela.

Duncan la miró. Sabía por qué se extrañaba. En los dos últimos meses habían asesinado a varias personas en el Ben Nevis y provocado innumerables incendios durante la noche, algo que tenía conmocionada a la zona, y más porque aún no se había apresado a los culpables.

—Las protegen cincuenta hombres, comandados por Myles y Ewen, más los que añada Zac —matizó Duncan—. Yo mismo habría ido a recogerlas, pero Megan...

—Si tus hijas te ven aparecer para custodiarlas como unos bebés, ¡no te lo perdonan! —aseguró esta última.

Duncan asintió ante la sonrisa de Kieran. Sabía que su mujer tenía razón. Las sobreprotegía.

—Dentro de unos días estarán aquí —añadió ella—. No te preocupes, cariño, y confía en ella y en los hombres.

Kieran y su mujer se mostraron conformes. Entendían a Duncan y entendían a Megan.

—Veo que los preparativos para la celebración ya están casi finalizados —comentó entonces Kieran mirando por la ventana.

Megan y Duncan asintieron gustosos. Todos los veranos les encantaba dar una fiesta que duraba una semana para sus amigos y sus gentes en el castillo de Eilean Donan.

—Quedan pocos días para que dé comienzo —afirmó ella.

—¡Qué emoción! —exclamó Angela.

—Mi hermana Shelma y Lolach llegarán esta noche con Axel, Alana y Jane y el marido de

esta, y dentro de dos días lo harán Gillian y Niall. Y, bueno, a lo largo de estos días irán viniendo distintos invitados procedentes de las Highlands. Pero vosotros ya estáis aquí, y eso me emociona. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que visteis a Zac y a Sandra?

Acercándose a su mujer, Kieran le cogió la mano y, tras besársela con cariño, respondió:

—Hace menos de una semana. Me dijeron que harían este viaje con los McGregor.

Duncan lo miró.

—¿Aiden, Harald y sus mujeres no vienen?

—No —repuso Angela—. Están en Stirling. Los apena mucho no poder asistir y esperan poder pasar a saludaros en otro momento.

Duncan asintió gustoso.

—Siempre serán bien recibidos en nuestro hogar.

Megan sonrió. La entristecía no ver a aquellos, pero deseaba conocer a Beth, la mujer de Iver McGregor, puesto que a él ya lo conocía. Su hija Johanna le había comentado que había coincidido con ellos una noche de tormenta junto a su padre Duncan, cuando este fue a recogerla de uno de sus compromisos, y quedó impresionada por la joven.

—¿Quiénes de los McGregor vendrán? —preguntó Megan con curiosidad.

—Peter e Iver con sus mujeres, Carolina y Beth. Y también Alan McGregor —indicó Kieran.

Ella asintió y entonces se percató de que Angela sonreía. ¿Por qué lo hacía? Así pues, la cogió de la mano e indicó:

—Vamos. Quiero enseñarte el precioso caballo que me ha regalado Duncan.

El aludido levantó la mirada de sus papeles y sonrió. Regalarle a su mujer un caballo era mejor que regalarle la joya más preciosa.

Una vez que ellas salieron del despacho y cerraron la puerta, Megan interrogó a su amiga:

—¿Por qué sonreías?

—Por nada.

—¡Pelirrojaaaaaa!

Las dos mujeres se miraron. Estaba claro que Angela sabía algo que Megan desconocía. Entonces la primera, bajando la voz, añadió:

—Alan McGregor está soltero. ¿Y si Amanda o Johanna se fijaran en él?

—Pobre. Lo compadezco...

—¡Megan! —Angela rio.

La aludida sonrió. Por norma, los hombres que solían fijarse en sus hijas salían escaldados. Johanna y Amanda, a pesar de ser unas dulces y educadas jovencitas, tenían una personalidad fuerte y arrolladora como la suya y la de su marido.

—Alan es alto, gallardo, agradable, un buen guerrero y un hombre cultivado —añadió Angela —. Y, por lo que Kieran me cuenta, las mujeres se desmayan al verlo.

Sin darle importancia Megan sonrió; nada de aquello había impresionado nunca a sus hijas, pero su amiga insistió:

—Créeme, es imposible no fijarse en él.

—A ver, Angela... Mis hijas tienen ojos, y si es un hombre en el que fijarse, se habrán fijado. Tontas no son. Pero, créeme, impresionarlas, no lo creo.

—Alguno las impresionará...

Megan resopló y, sabedora de lo que decía, indicó:

—Eso quisiéramos su padre y yo. Pero ninguno es santo de su devoción. Y, aunque Duncan les ve defectos a todos, comienza a impacientarse.

Ambas sonrieron y Megan, sin perder un segundo más en darle vueltas a ese tema, que no le

preocupaba lo más mínimo, afirmó:

—Vamos, quiero enseñarte a *Volucer*, ¡es impresionante!

Capítulo 2

Mientras amanecía, Johanna y Amanda McRae disfrutaban de sus últimos momentos en la casa de su amiga Thelma en Inveraray.

Durante toda su vida esta última había vivido en el castillo de Eilean Donan, donde trabajaba junto a su madre en las cocinas. Desde pequeñas Thelma, Johanna y Amanda habían tenido una conexión especial, y la amistad que se profesaban era sincera e infinita.

Dos años atrás, durante las fiestas de Dornie, un pueblo colindante al castillo de Eilean Donan, la joven Thelma conoció a un herrero llamado Josh, y el amor surgió entre ellos para desconcierto de sus amigas. Johanna y Amanda no veían en aquel individuo tan callado y reservado al hombre que su amiga se merecía, pero, tras varios meses de noviazgo, Thelma y Josh se casaron, y ella, enamorada, se mudó a vivir a una casita en Inveraray, lugar de residencia de Josh.

Gustosa y encantada, Amanda tenía al pequeño Lucas en brazos. Le encantaban los niños, y aquel bebé era una preciosidad. Le dio un cálido beso en la cabecita y murmuró:

—Adoro cómo huelen los bebés.

—Huelen a inocencia, como dice papá —afirmó Johanna.

—Quiero tener una docena —insistió Amanda.

Thelma rio divertida; la felicidad por su bebé era tremenda. Miró a sus amigas y dijo metiendo algo en una bolsa de cuero marrón:

—Aquí va un trozo de bizcocho por si a Amanda le entra el hambre desesperante.

Las tres soltaron una carcajada. Cuando Amanda tenía hambre se volvía irascible.

—¡Qué bien me conoces! —musitó la aludida divertida.

—Como para no conocerte —se mofó Thelma—. Nunca se me olvidará el día que nos perdimos en el bosque y casi nos matas a tu hermana y a mí por culpa de tu maldita hambre desesperante.

Todas volvieron a reír. Haber vivido juntas desde niñas hacía que atesoraran infinidad de recuerdos.

—Estoy tan feliz de haber pasado estos días junto a vosotras que odio que os tengáis que marchar —murmuró la joven al cabo.

—¿Por qué no te vienes con nosotras? —propuso Johanna—. Dentro de unos días será la fiesta de Eilean Donan, y todos se alegrarán de verte y de conocer a Lucas.

—Tu madre se volvería loca de felicidad —apostilló Amanda.

Thelma negó con la cabeza.

—No es momento de ir.

—Venga ya... —se quejó Johanna.

—Thelma —insistió Amanda—, pero si Josh también ha dicho que sería una excelente idea.

—Josh puede decir misa —gruñó Thelma—. No quiero viajar. Lucas es muy pequeño.

Las hermanas intercambiaron una mirada.

—Parad de insistir, por favor —pidió Thelma.

Johanna y Amanda se miraron de nuevo. Estaba claro que su amiga era tan cabezota como ellas. Y entonces esta, para relajar el momento, comentó mirando a Johanna:

—Ulrich Person se acordará de ti el resto de su vida.

Al oírlo las tres rieron. Dos noches atrás, cuando estaban esperando a Josh en la taberna que había frente a la herrería, el tal Ulrich había osado darle una palmada en el trasero a Johanna al pasar por su lado. A la joven eso le había molestado mucho y, sin pensarlo, y obviando que Ewen y Myles ya iban a por el tipo en cuestión por propasarse, le dio un tirón a la falda que aquel llevaba, se la arrancó y lo dejó semidesnudo en la taberna para diversión de todos cuantos los rodeaban.

—Él se lo buscó —afirmó Johanna.

—Y tanto —aprobó Amanda.

Se miraban divertidas cuando Thelma, acercándose a la ventana, echó un vistazo a través del cristal e indicó dirigiéndose a Johanna:

—¿Sabes que tienes loquito a Calum Marshall, el hijo del laird Robert Marshall?

Ella asintió. Calum, hijo del laird de las tierras de Inveraray, era amigo de Josh. Se acercó también a la ventana, al verlo junto a su padre y otros guerreros, e iba a hablar cuando Amanda indicó:

—Demasiado simple para mi hermana.

—¡Amanda! —se mofó Johanna.

Thelma soltó una risotada. Amanda no se callaba una.

—Pero ¿no ves que no deja de tocarse el pelo? —la oyó decir a continuación.

Divertidas, las tres se miraron. Amanda tenía razón.

—Es un poco estirado y presumido, pero no es desagradable —comentó Johanna.

—El Pelines es insufrible.

—¡Amanda, que nadie te oiga llamarlo así! —protestó su hermana divertida.

La aludida soltó una carcajada, y Thelma señaló a continuación dirigiéndose a Johanna:

—No me digas que por fin te ha impresionado un hombre como Calum...

Ella negó con la cabeza. Calum era un guerrero imponente, pero no, no la había impresionado de la manera que su amiga indicaba.

—¿Y tú sigues pensando que solo te enamorarás de un hombre con los ojos grises? —preguntó Thelma mirando a Amanda.

Esta asintió. Desde pequeña a menudo se le repetía un sueño en el que veía unos preciosos ojos grises. Y, con lo romántica que era, intuía que eran los ojos del hombre que la enamoraría.

—Por supuesto. Creo en el destino —respondió.

—Y en las coincidencias —apostilló Johanna.

—Sé que lo que busco me busca —aseguró Amanda—. Y esos son los ojos de mi amor.

Thelma las miró. Para ella, el destino y todas esas cosas que sus amigas decían eran una tontería.

—Al final conseguiréis que vuestro padre os busque marido —declaró con sinceridad.

Las hermanas se miraron. Aunque sus padres estaban siendo muy permisivos con ellas, en realidad intuían que comenzaban a impacientarse. Deseaban verlas enamoradas, organizarles una esplendorosa boda y verlas felizmente casadas. Pero eso no llegaba. Johanna y Amanda no se dejaban impresionar por ningún hombre, y los que seguían intentándolo al final huían despavoridos a causa de su impetuosidad.

—Sinceramente, Thelma, prefiero acabar en una abadía vieja y sola a tener que calentarle el lecho a un hombre que me repugne —indicó Amanda.

—Espero que eso no llegue a pasar nunca —murmuró su amiga.

—No llegará a pasar porque, como bien sabes, creo en el destino, y esos ojos grises me encontrarán y me enamorarán —afirmó ella.

Johanna sonrió al oírlas. Su hermana era una romántica empedernida.

No era que ella no lo fuera, pero, a diferencia de Amanda, era más escéptica en el amor, pese a que en su corazón había un hombre que la había impresionado aunque solo lo había visto una vez: Alan McGregor. Lo conoció una noche en una posada. Le había bastado conocerlo para sentirlo especial, y por eso, cuando llegó a Eilean Donan, le habló a su hermana de él en secreto.

Por primera vez Amanda vio un brillo diferente en los ojos de Johanna al hablar de un hombre. Aquello era nuevo para ambas, pero su ilusión se vino abajo cuando, pasado el tiempo, Johanna comprobó que solo Iver McGregor acudía al castillo para hablar de negocios con su padre y Alan no aparecía. ¿Por qué? ¿De verdad él no había sentido lo mismo que ella al conocerse?

Amanda rápidamente lo achacó al destino. Y le recordó que, si ese hombre era para ella, el destino lo solucionaría.

Johanna estaba pensando en ello cuando la puerta de la casa se abrió y apareció Josh.

—Se impacientan —dijo simplemente.

Las tres jóvenes entendieron de inmediato el corto mensaje, y Josh añadió dirigiéndose a su mujer:

—Lucas y tú deberíais iros con ellas para asistir a la fiesta de Eilean Donan.

—No.

—Pero...

—He dicho que no, y no insistas —replicó Thelma.

Él cabeceó. La testarudez en su mujer era algo complicado y, tras mirar a aquellas muchachas, indicó:

—Ya la habéis oído. O la amordazo para que os la llevéis, o aquí se queda.

—Si se te ocurre amordazarme, Josh —arremetió Thelma—, te juro que, cuando me suelte, seré yo misma quien regrese a Inveraray solo para matarte a ti.

Él negó con la cabeza, sonrió y, suspirando, comentó dirigiéndose a Johanna:

—Por lo que veo, el laird Marshall y su hijo Calum van a la fiesta que tus padres dan en el castillo, uniéndose a la comitiva que os custodia.

Ella asintió y, midiendo sus palabras, repuso:

—Le dije que no hacía falta su escolta. Con mis tíos y los guerreros de mi padre ya vamos más que custodiadas.

—Pero es un detalle por su parte, ¿no? —insistió Josh.

—Detalle o no —soltó Amanda—, si lo que busca es que Johanna se fije en él, ¡lo lleva claro!

—¡Amandaaaaa! —murmuraron al unísono las otras dos mujeres.

—¡¿Quéééé?!

Johanna se le acercó y masculló bajando la voz:

—¿Quieres hacer el favor de medir tus comentarios?

—Ni que fuera a cambiar algo que los midiera —apostilló ella.

Josh sonrió. La actitud de aquellas hermanas y su descaro en sus comentarios nunca dejarían de sorprenderlo.

—Tendréis un viaje con mucho calor. Esperaré fuera —indicó al ver que comenzaban a discutir.

Una vez que él se marchó, Thelma pidió mirando a sus amigas:

—Vale, chicas... ¡Parad!

Pero ellas proseguían enciscadas en sus cosas, y Johanna afirmó mirando a su hermana:

—Ambas sabemos que Calum y yo nunca tendremos nada. Pero en ocasiones, y esta es una de ellas, hay que ser comedida en palabras y actos por el bien de papá y de los intereses comerciales de Eilean Donan.

Amanda resopló. Le gustara o no, su hermana estaba en lo cierto.

—Tienes razón —contestó—. Tienes razón.

—Por tanto —prosiguió Johanna—, seamos respetuosas durante el viaje con Calum y su padre para no enemistar a papá con nadie.

—Vale..., vale —añadió Amanda.

Una vez que se sonrieron y se entendieron, Thelma se dirigió hacia la puerta y dijo al tiempo que la abría:

—Ahora regreso.

Las dos hermanas asintieron y, cuando aquella desapareció, Johanna cuchicheó dándose aire con la mano:

—¿Qué le decimos a papá en lo referente a los hombres?

—Pues la verdad. Que ninguno cumplía nuestras expectativas.

Ambas rieron por aquello e intercambiaron una mirada cómplice. Se adoraban.

—Este niño tiene la misma boquita que Thelma —comentó entonces Johanna mirando al pequeño Lucas, al que sujetaba en brazos.

—Y posiblemente tenga la misma narizota que su padre.

—Amandaaa —susurró ella sorprendida.

—Es la verdad, ¿no lo ves? —insistió su hermana.

Johanna asintió. Pese a lo pequeño que era, el niño ya tenía una buena nariz, y cuando iba a hablar, Amanda tocó con mimo la cabecita del pequeño y cuchicheó:

—Pero tranquilo, Lucas, aunque en el futuro tengas el narizón de tu padre, te vamos a querer igual.

—Amandaaaaa —gruñó Johanna divertida.

Todo lo que pensaba la joven lo decía, tanto lo bueno como lo malo, y, por supuesto, acompañado de su sonrisita, algo que la había metido en problemas en infinidad de ocasiones. Las hermanas se miraban riéndose cuando la puerta se abrió y entró Thelma.

—Myles y Ewen se impacientan. Es mejor que salgáis.

Con mimo, Johanna dejó al pequeño Lucas en la cunita de madera y, tras acercarse a su amiga junto a su hermana, las tres se abrazaron mientras ella decía dirigiéndose a Thelma:

—Sabes que te queremos, ¿verdad?

Ella asintió con una sonrisa.

Acto seguido salieron de la casa; Amanda miró a uno de los guerreros que las esperaban y dijo sonriendo:

—Vale, Myles, ya vamos. Cambia esa cara de asno estreñido.

—Jodida muchacha —se mofó Ewen.

Myles y Ewen, que eran los encargados de acompañar siempre en sus viajes a las dos jóvenes, intercambiaron una mirada divertida. Adoraban a aquellas muchachitas, como adoraban también a su madre, y servían con honor al laird Duncan McRae. El hombre que les había dado un hogar.

Para ellos Johanna y Amanda eran como sus hijas, y nada de lo que les dijeran o hicieran podía incomodarlos, por lo que, con la misma confianza, Myles indicó:

—Mueve tu trasero y súbete al caballo..., *contestona*.

Divertidas, las muchachas se encaminaron hacia sus impresionantes monturas mientras proseguía amaneciendo, aunque la oscuridad aún los rodeaba. Con el rabillo del ojo Johanna vio que Calum caminaba hacia ellas junto a otro guerrero.

—Bueno... —murmuró.

Al oír eso Ewen se apresuró a colocarse al lado de la joven. Estaba ahí para protegerla. Y cuando Calum fue a tocarle el brazo para ayudarla a subir a su montura, este, interponiéndose, dijo:

—Si no te importa, ella es mi responsabilidad.

Calum lo miró.

—¿Qué eres?, ¿su niñero?

Tanto a Ewen como a Myles les molestaba oír esa palabra. Llevaban toda la vida oyéndola por ocuparse personalmente de las muchachas.

—Ewen y Myles son nuestros tíos, no nuestros niñeros —siseó Johanna—. ¡Cuida tus palabras, Calum!

El guerrero asintió y, al ver que aquellos lo observaban, dijo dando un paso atrás mientras se mesaba con mimo su larga cabellera:

—Cualquier cosa que necesitéis vosotras o vuestros tíos, que ya están mayores..., no dudéis en solicitármela. Mi padre, nuestros hombres y yo estamos aquí para serviros.

Johanna asintió. Amanda también. Y cuando Calum se alejó, Ewen cuchicheó:

—¿Ese mierdecilla me acaba de llamar «viejo» en mi cara?

Johanna se disponía a quitarle hierro, pero su hermana afirmó:

—Con todas las letras.

—Amandaaaa... —le reprochó Johanna.

Finalmente los tres rieron por aquello mientras Myles se les acercaba.

—A ese pesado tendremos que vigilarlo muy de cerca —advirtió.

Eso hizo sonreír a Johanna, que repuso:

—Tranquilo. No es mi tipo.

Ewen miró a Amanda y asintió con complicidad.

—Por los negocios de papá, no quiero ser desagradable con él ni con su padre —aclaró Johanna—, y por eso intento ser atenta y comedida.

El guerrero sonrió y, entendiéndola, indicó:

—Aquí estoy yo para ser desagradable con quien haga falta. Tú tranquila, que, aunque sea viejo y un jodido niñero para ese mierdecilla, aún puedo cuidar de ti.

Mientras las jóvenes se acomodaban en sus caballos y observaban a Calum mientras regañaba a uno de sus hombres, oían cómo Myles y Ewen impartían las directrices del viaje. Y, tras indicar que se dirigían hacia Oban, Ewen se aproximó de nuevo a las chicas.

—Os quiero con los ojos bien abiertos y en el centro de los hombres, ¿entendido? —les advirtió.

Johanna lo miró y, antes de que pudiera abrir la boca, él señaló:

—Muchacha, no me retes con la mirada y obedece si no quieres que tu padre se entere de que le arrancaste la falda a aquel escocés.

Divertida, ella sonrió. Tarde o temprano su padre se enteraría. Todo lo que hacía, bueno o malo, siempre le llegaba.

—A pesar de que todavía no hay mucha luz, tío Ewen, tengo que decirte que hoy estás especialmente guapo —afirmó tomando aire.

—La madre que la... —se mofó Myles divertido.

Instantes después las dos hermanas McRae, tras despedirse una vez más de su amiga y de su marido, iniciaron el trayecto hacia Oban en medio del centenar de hombres de su padre y del laird Marshall.

Capítulo 3

A mediodía Zac y Sandra Phillips estaban comiendo en una taberna a las afueras de Fort William.

En cuanto Zac recibió la misiva de su hermana y su cuñado en la que le pedían por favor que fuera a un punto que conocía en el Ben Nevis para encontrarse con sus sobrinas, él no lo dudó. Todo lo que pudiera hacer por aquellas, a las que adoraba, lo haría.

De pronto se abrió la puerta de la taberna y entraron Beth, Iver y Alan McGregor.

—Ahí están —indicó Zac saludándolos con la mano.

Sandra y él se levantaron y esta última preguntó:

—¿No venían también Peter y Carolina?

Zac asintió y musitó:

—Eso dijeron.

Estaban mirándose cuando, al acercarse, oyeron que Iver comentaba dirigiéndose a Alan:

—Esa mujer te miraba como el que mira un dulce.

—Es que soy un dulce para ella —aseguró Alan.

—Hasta se le caía la babita...

—Porque deseaba comerme. —Él rio.

—Por favorrrrr —se mofó Beth poniendo los ojos en blanco.

Una vez que llegaron hasta la pareja, que los esperaba de pie, todos se saludaron con cariño. No solo eran amigos, sino también socios en el negocio de los caballos y las ovejas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó curiosa Sandra a Beth en cuanto se sentaron.

—Lo de siempre —respondió ella y, mirando a Alan, añadió—: Que ir con él significa ir resbalando sobre las babas de las demás.

Ese comentario hizo sonreír a los hombres. Por su gallardía, su simpatía y su belleza, Alan era un hombre muy apreciado entre las mujeres.

—Como viajaremos juntas, tú misma resbalarás —cuchicheó Beth divertida.

Ambas sonrieron y luego la joven preguntó con curiosidad:

—Si vamos a Eilean Donan y vosotros venís de cerca de Inverness, ¿por qué no hemos quedado en Fort William?

Zac sonrió. Le agradaba mucho la personalidad de Beth, la mujer de Iver, e indicó:

—Porque he recibido una misiva de mi hermana y mi cuñado para que me una a la comitiva de mis sobrinas, que vienen de Inveraray.

Alan lo miró e, incapaz de callar, preguntó:

—¿Qué sobrinas?

—Johanna y Amanda —contestó Sandra.

Alan se inquietó al oír el primero de los nombres. Esa era la joven que había conocido aquella noche en la posada junto a su padre y que tanto lo había impresionado. Sabía que la vería en Eilean Donan, en su hogar, no que iba a encontrársela antes.

Iver le propinó un golpe con el pie por debajo de la mesa y se disponía a decir algo cuando

Beth exclamó:

—¡¿En serioooo?!

Zac asintió divertido y ella, feliz de encontrarse con Johanna antes de lo que esperaba, dijo mirando a su marido y a Alan:

—¿No os parece emocionante volver a ver a Johanna?

Iver asintió, y Alan, disimulando de pronto su intranquilidad, soltó:

—Emocionantísimo.

A partir de ese instante, Beth preguntó por la fiesta que cada año organizaban Duncan y Megan, y Zac y Sandra, ajenos a lo que Iver y Alan pensaban, hablaron maravillas de la fiesta y le contaron que había juegos, música y diversión.

No obstante, Alan, además de escucharlos, pensaba en la hija de Duncan McRae. En Johanna. La señorita a la que solo había visto una vez y que se había definido a sí misma diciendo que era «libre como el viento». ¿Seguiría igual de bonita y osada?

Estaba pensando en ello cuando, notando una nueva patada de Iver por debajo de la mesa, lo miró y este murmuró:

—Vaya..., vaya...

—Vaya, vaya, ¡¿qué?!

Iver sonrió. Sabía que la hija de Duncan McRae lo había impresionado. Y lo sabía porque, las veces que había sido necesario acudir por trabajo a Eilean Donan para reunirse con Duncan, Alan había evitado ir. No quería encontrarse con ella y siempre le surgía algo para no tener que acompañarlo.

Consciente de aquello, Iver lo habló con él y finalmente, tras unas cervezas, Alan se sinceró. Johanna, aquella descarada de ojos verdes que lo había increpado y retado con la voz y la mirada el único día que la había visto, era una tentación para él. Pero si algo tenía claro Alan era que su trabajo era tan importante como para no enemistarse con Duncan McRae por una díscola hija a la que posiblemente no soportaría más de dos días.

Iver escuchó a su amigo en silencio, tratando de entenderlo. En temas del corazón, mejor no meterse, y menos aún si el interesado así se lo había pedido. Es más, ni siquiera se lo había mencionado a Beth.

Pero Alan ya no podía ignorar aquella nueva invitación para asistir a la fiesta de Eilean Donan. Negarse a ir sería una ofensa para Duncan y su mujer, por lo que, aun sabiendo que tenía que mantenerse alejado de Johanna, accedió a acudir.

—¿Dónde están Peter y Carolina? —preguntó entonces Sandra.

Eso hizo que Alan regresara a la realidad.

—Nos han pedido que los disculpemos ante Duncan y Megan —indicó Iver al oírla—. Pero mi sobrino Mac lleva unos días con fiebre y han preferido quedarse con él.

—Es comprensible —asintió Sandra.

—Hace mucho calor, ¿verdad? —comentó entonces Beth dándose aire con la mano.

—Demasiado —afirmó Zac.

Una vez que el grupo se acomodó alrededor de la mesa, una camarera llamada Elvira se acercó a ellos y, tras sonreírles a todos, especialmente a Alan, dijo colocándose el pelo tras la oreja:

—El plato del día es estofado de conejo con verduras.

Beth observó el plato que había frente a Sandra. Tenía un aspecto estupendo y, tras mirar a Iver y a Alan, pidió:

—Estofado para tres y cerveza.

La camarera asintió y, sin apartar la mirada de Alan, pues se conocían, preguntó:

—En tu caso, deseas que el plato de estofado no lleve coles, ¿verdad?

Él afirmó sin dudarlo. No le gustaban las coles. Cuando Elvira se fue, Zac preguntó divertido:

—¿Por qué no me ha preguntado eso a mí?

Ese comentario hizo que todos sonrieran, y Sandra indicó:

—Porque valora su vida.

Zac soltó una risotada al oírla, y acto seguido Beth afirmó mirando a su marido:

—Y, en tu caso, sabe que si lo pregunta le rajaré el cuello.

—... dijo la hija de Óttar Costilla de Hierro y Sven Daga Sangrienta —se mofó Iver dándole un cariñoso beso en los labios a su mujer.

Todos sonreían divertidos cuando Beth comentó volviéndose hacia la puerta:

—Ahí está Amadeus, ¡mirad cómo lo mira la camarera del fondo!

Todos lo observaron y la joven añadió:

—Ahora se acercará a ella, le sonreirá, la mirará de arriba abajo diciéndole no sé qué y, antes de lo que imagináis, ambos desaparecerán de la sala.

Todos escuchaban y observaban la situación con alegría hasta que, como había pronosticado Beth, ambos salieron de la taberna y desaparecieron.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Sandra mirándola.

Beth rio, dio un trago a su cerveza y aseguró:

—Amadeus McGregor es un conquistador. No hay mujer que se le escape.

Durante unos minutos siguieron charlando divertidos, hasta que Alan, mirando a las dos parejas, que no paraban de prodigarse arrumacos y cariñitos, comentó:

—Vuestro sentimiento de propiedad me hace gracia.

—¿Por qué? —preguntó Sandra.

Beth, que conocía bien a Alan, respondió:

—Porque es incapaz de entender que, cuando tu corazón y tu vida son de alguien, tu cuerpo también lo es.

Alan la miró encantado. Adoraba la manera de ser de Beth, y sabía lo mucho que Iver y ella habían luchado por su amor, y cuchicheó con mofa:

—Lo de llamarte «sor Pesadilla» sigue siendo de lo más acertado...

La carcajada fue general. Aquel apodo con el que en ocasiones llamaban a Beth siempre les hacía gracia. Todos conocían la historia. Y Sandra, mirando a aquel guerrero tan alto y gallardo, preguntó:

—¿No hay ninguna mujer especial en tu vida?

Alan la miró y repuso:

—¿Por qué una sola, cuando pueden ser muchas?

Zac soltó una risotada.

—Hasta dentro de cinco o seis años —añadió Alan—, espero no desposarme con ninguna mujer.

—¿Y por qué cinco o seis años? —quiso saber Sandra.

Beth sonrió, Iver también, y luego ella dijo:

—Porque es de los que creen que pueden mandar en su corazón.

—¿Y si esa mujer especial aparece dentro de un año o de dos, o pasado mañana? —preguntó Zac.

Alan negó rotundamente con la cabeza, nadie desestabilizaría su vida.

—Pues no podrá ser —declaró.

—¿Y si te enamoras? —insistió Sandra.

El guerrero, divertido, tras guiñarle un ojo a la camarera, que le había servido una jarra de cerveza fresca, dio un sorbo y aseguró:

—No me voy a enamorar.

—Eso no se puede predecir, amigo. Cuando pasa, pasa, sin más —explicó Zac mirando con cariño a Sandra.

Iver soltó una carcajada. Esa misma conversación la había mantenido cientos de veces con Alan.

—Según él —dijo—, se enamorará cuando él decida, no cuando su corazón se lo diga.

Sandra y Zac lo miraron. Estaba claro que no tenía ni idea.

—Pues ánimo, Alan —cuchicheó Sandra con guasa—. Espero que tus planes salgan como tú deseas.

—Así será —afirmó él con seguridad.

Iver y Zac sonrieron. Beth y Sandra también. Luego esta última, mirando a la primera, preguntó para cambiar de tema:

—¿Qué tal están Dhalia y Jorgen?

A Beth y a Iver les encantaba que les preguntaran por sus hijos.

—Dhalia es una cotorra hablando, y Jorgen no corre, ¡vuela! —contestó él—. Se han quedado en Fort William con Sven y Ottilia, para que así podamos disfrutar de unos días nosotros solos.

—Son agotadores —apostilló Beth.

Eso hizo reír a todos y Alan, dirigiéndose a Sandra, comentó a continuación:

—Creí que vendrían también Zac y Killian.

Sandra miró a su marido y este rápidamente respondió mientras veía a la camarera sonreírle a Alan:

—Esa era la idea. Pero, aunque los añoremos, Sandra y yo nos merecíamos este viaje sin obligaciones y sin tener que andar cuidando de nadie más que de nosotros.

Al oírlo, Alan le guiñó un ojo a Elvira y afirmó:

—Está claro que sin obligaciones se viaja y se vive mejor.

El estofado estaba delicioso. En aquella taberna cocinaban muy bien todos los platos que ofrecían en su menú. Terminaron de comer, pagaron la cuenta y, al salir de la taberna, la camarera que les había atendido salió tras ellos y se acercó a Alan.

—¿Estarás por aquí esta noche, Alan McGregor? —cuchicheó.

Él, que era consciente de que todos sus amigos lo observaban, sonrió e, ignorándolos, permitió que ella se aproximara más y dijo:

—No. Pero regresaré dentro de unos días.

—Avísame cuando lo hagas.

—Así será, Elvira —afirmó Alan.

La mujer asintió y, tras morderse el labio inferior en señal de deseo hacia él, se marchó.

Sandra montó en su caballo y murmuró mientras observaba que Amadeus se incorporaba también al grupo:

—Este viaje promete...

Capítulo 4

Tras un día de cabalgata en el que solo pararon para comer durante un breve rato, el grupo de los guerreros McRae, comandado por Ewen y Myles, y de los Marshall, comandado por el laird Robert y su hijo Calum, llegaron a Oban, donde pasaron por un lugar a comprar lo que Duncan necesitaba. Al cabo, decidieron parar y hacer noche allí.

Una vez que Johanna y Amanda se apearon de sus monturas, la primera estaba comiendo un trozo de bizcocho cuando esta última cuchicheó:

—Preferiría quedarme aquí con los hombres a hacer noche en lugar de ir a la posada.

—Yo también —afirmó su hermana.

—Me duele el trasero —susurró Amanda.

—Yo me muero de calor. Necesito un paseíto para estirar las piernas.

—¡Vaya con el Pelines! —musitó Amanda.

—¿Qué pasa? Y haz el favor de no llamarlo así.

Amanda miró a su hermana y añadió sin moverse:

—Ahí lo tienes, cepillando su precioso cabello como si de una damisela se tratara.

—Tataaaaaa —la regañó Johanna.

En silencio, ambas observaron lo que Calum hacía. Frente a él, uno de sus hombres sujetaba un espejo, mientras, con un peine en las manos, él desenredaba su larga cabellera.

Las dos muchachas sonreían mirándolo cuando Myles y Ewen se acercaron a ellas.

—En breve deberéis volver a montar en vuestros caballos —dijo este último—. Os llevaremos a la posada, donde haréis noche.

—¿No podemos quedarnos aquí? —preguntó Johanna.

—No.

—¿Por qué? —insistió Amanda.

Los hombres se miraron, sabían que tendrían que lidiar con aquello, y Myles repuso:

—Porque vuestro padre así lo pidió.

Johanna y Amanda se mostraron contrariadas, y Ewen añadió:

—Y si vuestro padre quiere que paséis la noche bajo techo y no a la intemperie, ¡no hay más que hablar!

—¡Discrepo! —saltó Johanna.

Al oírlo ellos volvieron a mirarse y Ewen se mofó:

—Raro sería que no lo hicieras. Y ni se te ocurra retarnos a nada, que no vamos a aceptar, ¿entendido?

Durante un rato los cuatro hablaron sobre el tema. Ellas protestaban, ellos las calmaban, y finalmente Ewen dijo:

—Estirad las piernas unos minutos mientras terminamos de hablar con los hombres. Cuando regresemos, iremos a esa posada como pidió vuestro padre. Se acabó el protestar.

Las chicas resoplaron. Sabían que, se pusieran como se pusiesen, la palabra de su padre sería incuestionable.

—Comienzo a tener hambre —dijo Amanda al cabo.

—Pero si acabo de ver que comías —indicó Ewen.

—Cenarás una vez que llegues a la posada —apostilló Myles.

Johanna y ella se miraron y la primera, al ver la sonrisa de su hermana, se mofó:

—Miedo me da que le entre el hambre desesperante...

Ewen y Myles intercambiaron de nuevo una mirada. Sabían cómo influía aquello en la joven. Y, cuando iban a responder, Johanna preguntó:

—¿Podemos dar un paseíto?

Los guerreros se miraron entre sí y, sin dudarlo, negaron con la cabeza. Pero Amanda protestó:

—¿Por quéééééé?

—Porque hay demasiados hombres, y no creo que sea buena idea.

—Por todos los demonios..., pero ¡¿qué dices?! —insistió Johanna.

Ewen y Myles se mantuvieron firmes. Que aquellas dieran un paseo podía alterar a los guerreros que había por allí.

—Ya caminaréis cuando lleguéis a Eilean Donan —terció.

Las chicas se miraron. Y Myles, que las conocía, apostilló:

—Ni se os ocurra desobedecer.

Al oír eso, ambas pestañearon con gracia.

—No os vamos a quitar el ojo de encima —musitó Ewen señalándolas.

—No me retes —cuchicheó Johanna con descaro.

Los guerreros resoplaron.

—Johanna McRae... —murmuró Ewen—, no hagas que me arrepienta de haberte dado una azotaina.

Divertidas, las hermanas se miraron. Desde niñas tenían un lenguaje secreto de palabras y movimientos que nadie, ni siquiera su madre, había conseguido descifrar. Tras un leve movimiento de la cabeza, se acercaron melosas a los buenazos de Ewen y Myles, los abrazaron, y Johanna dijo con un hilo de voz:

—Tranquilos..., solo estamos bromeando.

Los dos hombres suspiraron. Adoraban a aquellas locas jovencitas. Y Amanda, para que olvidaran lo que habían hablado, preguntó señalando más allá:

—¿Podemos ir hasta ese pequeño lago hasta que vengáis a recogernos?

Ewen y Myles miraron el lago que había frente a ellos. Después buscaron con los ojos a Calum, y, tras divisarlo más allá, Myles contestó:

—Id. Después os llevaremos a la posada, donde cenaréis y descansaréis.

Gustosas, las dos hermanas se dirigieron hacia el lago y, mientras se tocaba la barriga, Amanda susurró:

—Sinceramente, comienzo a tener hambre.

—¡Uis, qué peligro! —se mofó Johanna.

Una vez en el lago, las dos disfrutaron de las vistas que el lugar les ofrecía hasta que, de pronto, se organizó un gran revuelo a su alrededor.

—¿Qué pasa? —preguntó Johanna.

Antes de lo que esperaban, Calum llegó hasta ellas con su espada en la mano, junto a uno de sus hombres, y anunció:

—Se acerca un grupo.

Sorprendidas, las muchachas se miraron y, en ese momento, el guerrero al que no conocían

declaró:

—Soy Max, *miladies*. Asistente de mi señor Calum.

—¿El que le sujeta el espejo? —soltó Amanda.

Johanna miró a su hermana, que, sonriendo, saludó:

—Hola, Max.

Luego, las chicas, al ver que los hombres desenvainaban sus espadas, sacaron las suyas del cinto justo en el momento en el que Ewen y Myles llegaban a ellas. ¿Cómo era que Calum había llegado antes que ellos?

Estaban en silencio cuando de pronto se oyó un silbido muy particular, uno que solo utilizaban los McRae. Ewen y Myles, que intuían quién podía ser, pues antes de su partida Duncan les había indicado que avisaría a su cuñado, se miraron. ¿Sería Zac? Llevándose las manos a la boca, Ewen contestó con otro silbido que rápidamente fue respondido con corrección, y entonces intuyeron que podía ser él.

Por su parte, Zac, al ver en el camino huellas recientes de caballos, para curarse en salud y saber si aquellos eran quienes esperaba o no, silbó. Si no recibía la contestación adecuada, podría significar problemas, pero cuando oyó el silbido de contestación, sonrió, pues supo que eran los hombres de su cuñado Duncan.

—Quedaos con Ewen —indicó Myles.

—Pero si es un silbido amigo —repuso Amanda.

—Eso parece, muchacha —asintió Ewen viendo que Calum y su hombre los observaban—. Pero vamos a corroborarlo.

Johanna asintió. Sabía que las cosas se hacían así, y, en silencio, esperaron junto al lago, hasta que comenzaron a oír unas voces y Johanna preguntó:

—¿Quiénes son?

—Paciencia, muchacha —exigió Ewen sin querer revelar la sorpresa.

Las hermanas se miraron, pero en ese momento oyeron una risa y Amanda soltó:

—¡Es el tío Zac!

Un nuevo silbido por parte de Myles le hizo saber a Ewen que la muchacha estaba en lo cierto y, cuando se disponía a hablar, Zac apareció ante aquellas junto a Sandra y Myles y, abriendo los brazos, exclamó:

—¿Dónde están mis pequeñas liantas?

Al oírlo las dos jóvenes se abalanzaron hacia ellos para abrazarlos y besuquearlos. Adoraban a sus tíos.

Encontrarse allí con ellos era maravilloso.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó Amanda mirándolos.

Zac y Sandra sonrieron.

—Te ha mandado papá, ¿verdad? —cuchicheó Johanna.

Sin dudarlo, Zac asintió y, viendo resoplar a aquellas, indicó:

—Vamos a ver, chicas. Él sabía que yo iba a ir a la fiesta, por lo que...

—Pero si ya vamos custodiadas por media Escocia —gruñó Johanna.

Viendo la cantidad de hombres que había a su alrededor, Zac asintió, pero, conocedor de cómo eran sus sobrinas, afirmó:

—Con vosotras, muchos siguen siendo pocos.

—¡Tío Zac! —Amanda rio a carcajadas.

Durante unos minutos hablaron y rieron, hasta que Zac, mirando a Calum, que estaba solo a escasos pasos de ellos, preguntó en voz baja dirigiéndose a sus sobrinas:

—¿Y ese que se atusa tanto el cabello quién es?

Las chicas miraron a Calum, y Ewen, dando un abrazo a Zac, respondió:

—Un insensato.

—¡El Pelines! —soltó Amanda.

—Tataaaaa —regañó Johanna.

Eso hizo reír a Zac.

—¿A quién corteja? —preguntó Sandra dirigiéndose a sus sobrinas.

Amanda negó con la cabeza y su tío, entendiendo que debía de tratarse de Johanna, iba a hablar cuando esta aclaró:

—Que él me corteje no significa que yo esté interesada.

—Muy bien explicado —afirmó Sandra.

Eso hizo sonreír a Zac, justo en el momento en que aquel se acercaba y, tendiéndole la mano con cordialidad, decía:

—Señor..., un placer conocerle. Soy el valeroso Calum Marshall, hijo del laird Robert Marshall.

Boquiabierto por su presentación, Zac le estrechó la mano y respondió:

—Encantado de conocerte, Calum. Somos Zac y Sandra Phillips, tíos de Johanna y Amanda.

Él miró con galantería a Sandra, y en ese instante se oyó:

—¡Johannaaaaaa!

La aludida se volvió y se quedó de piedra. Ante ella estaba Beth, la mujer de Iver McGregor. La chica que conoció meses atrás, el día que regresaba con su padre de visitar a su amiga Petunia en Tulloch Wood y se resguardaron en una posada de una tormenta.

—¡¿Beth?!

—Síií —afirmó la aludida feliz.

Rápidamente se acercaron la una a la otra. La sorpresa era maravillosa.

—No me digas que vienes a la semana de fiestas de Eilean Donan... —aventuró Johanna.

Beth asintió, y ella, abrazándola con cariño, exclamó:

—¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Qué bien!

Segundos más tarde, después de que las dos hablaran atropelladamente por la felicidad que sentían al encontrarse, Johanna le presentó a Amanda y Beth musitó mirándola:

—Tu hermana me habló muy bien de ti.

—Más le vale o la despellejo —se mofó Amanda.

Ajenos a todo aquello, Iver y Alan se acercaban al grupo cuando el segundo se paró en seco. A escasos metros de ellos estaba Johanna.

—Por san Fergus... —murmuró confundido.

Iver, que, al igual que él, la había reconocido, musitó:

—Buenooo...

A Alan le dio un vuelco el corazón. Sabía que la iba a ver, que se la iba a encontrar. Lo que no sabía era que su cuerpo reaccionaría de ese modo.

—Hay reencuentros que trastocan la vida —cuchicheó Iver al ver su gesto.

Alan lo miró.

—No digas tonterías —siseó.

Pero, tonterías o no, ver de pronto a Johanna frente a él, riendo y tan hermosa como la única vez que la había visto, lo había desconcertado totalmente.

—Bonita muchacha —comentó Iver.

—Lo es...

—Quizá dentro de cinco o seis años Johanna siga libre..., aunque lo dudo —se burló Iver.

Alan estaba pensando qué decir cuando se fijó en el tipo alto que había junto a la joven y preguntó:

—¿Lo conoces?

Iver lo miró y enseguida negó con la cabeza. Era la primera vez que lo veía, pero, percatándose de lo mismo que se había percatado su amigo, cuchicheó:

—Algo me dice que Johanna no seguirá libre ni dos meses.

Oír eso incomodó a Alan. Y entonces Beth, dándose la vuelta y ajena a lo que aquellos hablaban, exclamó emocionada:

—¡Mirad quién está aquí!

Por su parte, Johanna se quedó sin palabras. Aquel que acompañaba a Iver, el marido de Beth, y se acercaba caminando era él, el hombre al que había intentado olvidar. Sin embargo, de pronto lo oyó decir en tono guasón:

—Vaya..., vaya..., pero si es la señorita Libre Como el Viento...

Eso hizo que Johanna levantara las cejas. Aunque no hubiera ido a visitarla, estaba claro que se acordaba de ella. Lo contempló con gesto indiferente, tras intercambiar una mirada con Amanda, que, por su sonrisa, ya sabía quién era aquel, y preguntó guardando las distancias:

—¿Nos conocemos?

Oír eso sorprendió a Alan. ¿No se acordaba de él? ¿En serio?

—Es Alan McGregor —indicó Beth—. La noche que nos conocimos estaba en aquella posada.

Johanna parpadeó, lo miró de arriba abajo y, haciéndose la olvidadiza, murmuró:

—Pues no lo recuerdo, pero encantada, Alan McGregor... —Acto seguido, sonriéndole a Iver, abrió los brazos y exclamó—: Iverrrr, ¡pero qué alegría volver a verte!

Alan pestañeó perplejo. Le había molestado el rechazo y la indiferencia de aquella, aunque nadie se lo hubiera notado en la expresión. Y Amanda, para ayudar a su hermana, dio un paso al frente y plantándose ante él declaró:

—Hola, soy Amanda McRae, hermana de Johanna.

—Encantado, Amanda —saludó Alan con una grata sonrisa.

—Y tranquilo —mintió Amanda mirándolo—, que no se acuerde de ti es algo normal en ella.

Myles y Ewen se miraron complacidos. Estaba claro que a Johanna no le interesaba aquel tipo, como tampoco le interesaba el Pelines; para seguirles el juego a las muchachas, Myles se dirigió a Alan y dijo:

—Fíjate, muchacho, que yo soy su tío y llevo cuidándola desde que nació y, en ocasiones, me llama por nombres que no son el mío, ¿verdad?

—Verdad, tío Wildefonso —se mofó Johanna cambiándole el nombre.

Molesto por la sonrisita del tipo que estaba junto a Johanna, y en especial por el corte que ella le había dado ante todos, Alan asintió con sequedad. No estaba acostumbrado a que las mujeres no lo recordaran. En ese instante Calum se acercó hasta él e Iver y, tendiéndoles la mano, declaró:

—Soy el valeroso Calum Marshall, futuro señor de Inveraray y acompañante de lady Johanna y lady Amanda.

—Alan McGregor —saludó él.

—Iver McGregor —indicó el otro con cortesía.

Una vez hechas las presentaciones, Iver vio que Calum regresaba junto a Johanna y cuchicheó:

—¿«Valeroso»?

Alan asintió y, molesto aún con la joven, murmuró:

—Valeroso, no sé, pero tonto lo es un rato.

Ambos sonreían por aquello cuando Zac se les acercó y se dirigió a Alan.

—¿Has llamado a mi sobrina «señorita Libre Como el Viento»?

Iver sonrió.

—El día que la conocí —aclaró Alan—, aunque ella no se acuerde, se denominó de ese modo a sí misma.

Zac soltó una risotada. Sus sobrinas nunca dejaban de sorprenderlo.

—Curioso nombrecito —comentó.

Alan se quedó un instante en silencio, sin saber qué decir, hasta que finalmente decidió:

—Regreso con los hombres para organizar la acampada.

—Vamos contigo —apostillaron los demás.

Una vez que se marcharon, al poco Myles se llevó consigo a Calum. Mientras Sandra y Amanda charlaban, Beth miró a Johanna y preguntó:

—¿En serio no lo recuerdas?

—¿A quién?

Su amiga levantó las cejas. Aquello era inaudito.

—A Alan McGregor —contestó.

Johanna se encogió de hombros. Lo último que quería era admitir que había pensado en él, por lo que cuchicheó:

—Aunque suene fatal, la respuesta es no.

Beth asintió boquiabierta y, olvidándose del tema, la agarró del brazo y las dos jóvenes comenzaron a charlar de otras cosas.

Capítulo 5

Alan, que había regresado junto a sus guerreros, se afanaba en dar órdenes a Sean y a los demás cuando Iver se le acercó.

—¿Todo bien? —le preguntó este último.

—Sí.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

Esa respuesta tan escueta y cortante le hizo saber a Iver que mentía, y cuando se disponía a replicar, Alan lo miró y le advirtió señalándolo con un dedo:

—No.

—No, ¿qué?

—Que no quiero hablar. Fin del asunto.

Iver sonrió. Sin necesidad de que Alan se lo dijera, sabía lo que pasaba. Aquella muchacha, Johanna, lo había herido en su ego.

—Si no te importa —empezó a decir su amigo—, estoy cansado y...

—Me acaba de decir Myles que tenemos habitaciones reservadas en la posada de Oban.

—Prefiero dormir aquí.

Iver suspiró y, mirándolo, insistió:

—Duncan, Zac y los tíos de las muchachas cuentan con nosotros para acompañar a Amanda y a Johanna y custodiarlas en la posada.

—No soy ningún niñero —protestó Alan.

—Ni yo. Pero vamos a acompañarlos.

—¡Ni hablar! Maldita sea...

Eso era lo último que quería.

—En la posada tendremos una buena cena —insistió Iver.

—No tengo hambre.

Su amigo cabeceó y, mirándolo de nuevo, comentó:

—Si necesitas hablar...

—¿En serio no recuerda que nos conocimos en la posada de Culsalmond y me dijo que era la señorita Libre Como el Viento?

Iver levantó las cejas y Alan se apresuró a añadir:

—No respondas.

Iver sonrió. El desconcierto de su amigo le indicaba que estaba más interesado de lo que quería reconocer, y cuando se disponía a abrir la boca, Alan soltó:

—Y justo me la tengo que encontrar aquí, tonteando y sonriendo a ese tal Calum *el Valeroso*...

—¿Y a ti qué más te da, si no tienes intención de cortejarla?

Alan maldijo. Iver tenía razón. ¿Qué demonios le ocurría? Pero, incapaz de razonar, siseó:

—Me parece a mí que la señorita Libre Como el Viento se lo tiene muy creído y...

—Quizá el creído eres tú —lo cortó su amigo.

Alan lo miró ofuscado.

—¿Tanto te molesta que no te recuerde? —insistió Iver.

—Sí —dijo él con sinceridad.

—¿Por qué?

Alan, a quien de pronto se le había instalado en el estómago un extraño malestar, respondió:

—No lo sé. No sabría explicarme, pero me molesta, y mucho.

Iver lo entendía. Él había tenido no hacía mucho aquel mismo sentimiento de desconcierto. E, intentando aclarar el tema, repuso:

—Vamos a ver, amigo. Que la mayoría de las mujeres babeen por donde tú pisas no quiere decir que ¡todas! tengan que recordarte ni que babear. ¿O acaso tú las recuerdas a todas?

Su amigo negó con la cabeza.

—¿Y por qué das por hecho que ella debería acordarse de ti?

Alan se picó. No haber llamado la atención de aquella, a pesar del tonteo que había habido entre ellos, le molestaba.

—Eres un hermano para mí y siempre seré sincero en todo lo referente a tu persona —agregó Iver—. No voy a negar que eres un guerrero irresistible para muchas mujeres porque yo mismo lo veo cuando voy contigo, pero creo que deberías entender que quizá no lo eres para todas.

Alan asintió. Sin duda su amigo llevaba razón, se estaba comportando como un creído.

—Me avergüenzo de que tengas que decirme lo que me estás diciendo —murmuró sintiéndose ridículo.

Iver sonrió. Estaba claro que Johanna le gustaba, y era bueno que ella no se lo pusiera fácil. Si Alan estaba interesado en ella, se lo tendría que trabajar. Por lo que, acercándose a él, para incitarlo sin que se diera cuenta, cuchicheó:

—Hay miles de mujeres a tu alrededor. No te ofusques. Sé práctico y olvida a la que no se ha fijado en ti. Piénsalo. Monta en tu caballo, vayamos a la posada, cenemos y bebamos unos tragos... ¡Será por mujeres que babean por ti!

Ambos soltaron una risotada y luego Iver, tras darle un cómico puñetazo en el hombro, se alejó.

Alan miraba al suelo cuando Amadeus McGregor se le aproximó.

—¿Quiénes son esas mujeres tan bellas? —preguntó con curiosidad.

Al oírlo, él lo miró y, como conocía su fama de conquistador, indicó con decisión:

—Mujeres a las que no te has de acercar, o te meterás en un grave problema que con seguridad te hará terminar bajo tierra y fuera de nuestro clan.

Amadeus asintió. Si Alan decía eso, sus razones tendría.

—Entendido. Como si no existieran entonces —repuso.

—Sabia elección —afirmó Alan.

Una vez que vio que aquel se alejaba y los hombres estaban instalados, miró su caballo y pensó que Iver tenía razón. Él no quería nada ni con Johanna ni con nadie; pero al darse la vuelta sus ojos fueron directos hacia ella. La muchacha hablaba y reía con Beth con despreocupación y, la verdad, se la veía muy bonita.

Con disimulo, la observó durante un rato, pero ella no lo buscó con la mirada ni una sola vez, así que decidió que no los acompañaría, pero en ese momento oyó:

—Muchacho, partimos hacia la posada de Oban. Vienes, ¿verdad?

Al darse la vuelta se encontró con Myles, uno de los tíos de Johanna.

—Prefiero quedarme en el campamento —respondió mirándolo.

Myles suspiró. Pero viendo que Calum se acercaba de nuevo para hablar con Johanna dijo:

—Duncan, Zac, Ewen y yo te agradeceríamos que nos acompañaras... Conoces a Duncan; Duncan te conoce a ti. Y, si te soy sincero, aunque no te conozco personalmente, me fío más de ti que de él, que está todo el rato detrás de Johanna.

Siguiendo con la mirada el dedo de Myles, entendió que este hablaba de Calum.

—¿Te refieres al valeroso Calum?

Myles sonrió y añadió bajando la voz:

—Hay quien se lo tiene muy creído.

Alan asintió. Acompañarlos era lo último que le apetecía. No quería acercarse a Johanna. Pero, comprendiendo que lo necesitaban para vigilar la integridad de las muchachas, resolvió:

—Os acompañaré.

Myles asintió. Aquello era lo que quería oír. Acto seguido añadió llamándolo por su nombre:

—Gracias, Alan. Únete al grupo en cuanto estés preparado.

Cuando aquel se alejó, volvió a mirar hacia el lugar donde el grupo se reunía. Observó a Johanna, pero de nuevo ella no lo miró ni una sola vez. Eso lo provocaba. Lo picaba. Y, montándose en su caballo, se acercó al grupo.

Iver sonrió al verlo.

—No podía decirles que no a sus tíos —se justificó Alan.

—¡Perfecto! —Su amigo sonrió y, junto a él y al resto, se encaminó hacia la posada de Oban.

Capítulo 6

Ya en la posada, una vez que Myles comprobó que Duncan había reservado algunas habitaciones, se dirigió al grupo.

—Duncan pensó que vendrían Carolina y Peter, por lo que tú puedes usar su habitación, Alan.

Este, que hablaba con Iver, asintió, y Calum, mirando a su padre, señaló mientras se retiraba el pelo de los ojos:

—Por suerte, había habitaciones libres. He cogido dos, ambas en la tercera planta.

El hombre asintió y, mirando a los demás, dijo dirigiéndose ya hacia la escalera:

—Os veo al amanecer. Estoy cansado y quiero dormir.

Una vez que aquel se marchó, se oyó un ruido extraño.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Iver.

—Mis tripas —afirmó Amanda—. Tengo hambre.

Eso hizo que Myles, Ewen, Zac, Sandra y Johanna soltaran una carcajada, y acto seguido esta última indicó con un gracioso gesto:

—Solo os diré que cuidado con Amanda cuando tiene hambre.

—Mucho cuidado —apostilló la hambrienta.

Todos rieron, incluido Alan, y Sandra, agarrando a Amanda de los hombros, repuso:

—Respira hondo, que podrás comer en breve.

De nuevo todos sonrieron por aquello. Luego Myles dijo dirigiéndose a las muchachas:

—Vuestra habitación está en la segunda planta. Justo enfrente está la de Ewen y la mía, para cualquier eventualidad que pueda ocurrir.

Ellas asintieron y, de inmediato, Calum preguntó curioso:

—¿Qué eventualidad podría ocurrir?

Ewen suspiró divertido.

—Siendo las sobrinas de Zac y las hijas de quienes son —comentó con tranquilidad—, todo podría ser.

—¡Tío Ewennnnn! —se mofaron las chicas.

Zac soltó una risotada. Aquellos dos hombres aún seguían recordando las trastadas que él había hecho siendo un niño, y, agarrando a sus sobrinas con complicidad, afirmó:

—¡La familia es lo que tiene!

En silencio, Alan los observaba bromear. A diferencia de ellos, él no tenía familia de sangre, solo de vida. Y como ya le había sucedido en otras ocasiones a lo largo de los años, pensó cómo sería tener una bonita familia como aquella. Estaba claro que entre ellos había una magnífica conexión.

—¿En qué planta está tu habitación? —preguntó de pronto Calum dirigiéndose a él.

Alan se volvió hacia él. ¿Por qué tenía que responder a esa pregunta? Entonces Myles, acercándose a ellos, aclaró:

—Duncan reservó las cinco habitaciones de la segunda planta para sus más allegados.

Calum miró sorprendido a Alan, Iver y Beth y preguntó:

—¿Duncan McRae es allegado vuestro?

Al oír esa impertinencia Johanna se disponía a responder cuando Zac intervino:

—Mi cuñado tiene negocios con ellos.

—Mi padre también —afirmó Calum.

Ewen y Myles se miraron. Aquel tipo cada vez les gustaba menos. Y Myles, consciente de que lo quería lejos de Johanna, indicó después de ver el gesto incómodo de Alan:

—Tú lo has dicho, muchacho: tu padre, no tú. En su caso, ellos los tienen directamente con Duncan. Y por eso él los considera allegados y de la familia.

Oír eso sorprendió a Alan. En el caso de Calum, esas palabras hicieron que callara. Acto seguido el primero, necesitando quitarse de en medio, dijo sin ganas de más polémicas:

—Subiré a mi habitación a asearme para la cena.

Una vez que Alan desapareció sin mirar a nadie, Myles observó con disimulo a Johanna y, corroborando que no se inmutaba ante la marcha de aquel, dijo:

—Venga, vayamos todos a asearnos. Cuanto antes cenemos, antes podremos descansar.

Momentos después todos se dirigieron a sus habitaciones, que eran todas ellas austeras pero limpias.

Amanda cerró la puerta de su cuarto y, mirando a su hermana, cuchicheó:

—Por san Ninian, ¡qué caprichoso es el destino!

Johanna asintió con la cabeza.

—Tenías razón —continuó Amanda—. Ese Alan McGregor es un hombre gallardo e interesante.

—Baja la voz.

—¡Pero qué apuesto es! —insistió.

—¡Amanda!

Ambas rieron y luego esta última musitó:

—Lo recordabas. Lo sé. Conmigo no disimules.

Johanna resopló. Mentirle a su hermana era ridículo.

—Claro que lo recordaba —susurró—, pero prefiero que él y todos los demás piensen que no.

—¿Por qué?

Mientras se quitaba la camisa sucia del viaje, la joven respondió:

—Porque, por su manera de saludarme y llamarme «señorita Libre Como el Viento», siento que se lo tiene muy creído.

—Es para que se lo tenga.

—Amandaaaaa...

—Por cierto, ¿qué es eso de «señorita Libre Como el Viento»?

Johanna sonrió. Que Alan se acordara de aquello la había sorprendido.

—Una tontería que dije cuando lo conocí —aclaró.

Amanda rio divertida, y, oyendo rugir de nuevo sus tripas, murmuró:

—El hambre comienza a poderme.

—Respira..., respira...

Durante un rato las hermanas se asearon mientras hablaban de todo un poco, excepto de Alan McGregor, hasta que llamaron a la puerta. Al abrir, apareció Beth, que, sonriendo, preguntó:

—¿Os queda mucho?

Amanda, que ya estaba preparada, negó con la cabeza. Beth se sentó entonces en la cama, e iba a hablar cuando esta dijo:

—Tengo mucha hambre, Johanna. Date prisa.

Su hermana, que estaba colocándose una cinta en el pelo, se volvió dispuesta a responder, pero Amanda soltó:

—Mira, voy bajando. No quiero discutir.

Instantes después esta desapareció y Beth, sorprendida, iba a hablar cuando Johanna, con tranquilidad, dijo mientras se ponía la cinta:

—Cuando le entra el hambre desesperante, se vuelve irracional...

—¿Hambre desesperante?

Johanna asintió.

—El nombre se lo pusieron mis padres. —Las dos chicas rieron—. Desde bien pequeña, cuando a Amanda le entraba esa hambre desesperante, era capaz de hacer cualquier cosa.

—Noooo...

Johanna cabeceó.

—Si quieres que Amanda luche o defienda algo con fiereza, siempre es mejor que tenga las tripas vacías.

Ambas volvieron a reír. Luego Beth, que observaba como aquella se ajustaba la cinta en el pelo, comentó:

—Voy a decir una maldad, pero el tal Calum *el Valeroso* me desespera cada vez que se toca el cabello.

Johanna sonrió.

—¿Es tu pretendiente? —inquirió Beth a continuación.

Su amiga puso los ojos en blanco.

—No.

—Pues lo parece por cómo te ronda continuamente.

La joven asintió, sabía que así era.

—Suena fatal lo que te voy a decir, pero Calum es uno más de los que intentan llamar mi atención —indicó.

—¿Y no lo consigue?

Divertida, Johanna soltó una risotada.

—Tengo ojos —afirmó—. Calum es alto y gallardo. Tiene un pelo largo y precioso que veo que valora más que otras cosas, pero no es un hombre que llame mi atención.

Beth asintió al oír eso y, acto seguido, preguntó:

—¿En serio no te acordabas de Alan McGregor?

Con fingido disimulo, Johanna se encogió de hombros y, con comicidad, se sentó al lado de aquella y declaró:

—A ver, recuerdo que en aquella posada estabais tú e Iver. Tu cuñado Ethan con su mujer Eppie. La bruja de tu suegra y su marido. —Beth soltó una risotada—. Tu hermana. Mi padre... —Y, parpadeando, musitó como si de pronto lo recordara—: Es cierto, había un hombre más..., ¿ese era Alan? —Su amiga se apresuró a asentir y Johanna cuchicheó fingiéndose horrorizada—: Por favor..., por favor..., es verdad.

Al ver su mirada y oír sus palabras, Beth rápidamente dijo:

—Tranquila. Quedará entre nosotras.

—¡Gracias!

Beth asintió con la cabeza y, cuando iba a seguir hablando sobre aquel, Johanna se le adelantó y cambió de tema.

—Sé lo que ha ocurrido con tu hermana... Iver se lo contó a mi padre.

El gesto de Beth se volvió apesadumbrado.

—Cosas de la vida —murmuró.

Ambas se miraron y luego esta cuchicheó:

—Ya hablaremos más tranquilamente y te contaré.

Johanna afirmó con la cabeza. Y, tras abrazar a aquella con cariño, dijo levantándose de la cama:

—Bajemos a cenar antes de que Amanda monte una carnicería...

Capítulo 7

Una vez que entraron en el comedor, Johanna vio a su hermana hablando con Alan. Los dos parecían pasárselo muy bien junto a Iver.

—¿Qué comes? —preguntó ella acercándose a Amanda, que tenía algo en la mano.

Esta le mostró un pedazo de pan que su tío Myles le había proporcionado.

—Era comer lo que fuera o matar a alguien. Y me he inclinado por lo primero.

Johanna sonrió. El apetito voraz de su hermana siempre le había hecho mucha gracia, y, cuando iba a hablar de nuevo, Amanda se le adelantó:

—Tata, no te lo vas a creer, pero Alan e Iver conocen a Veronica y a Frank Schuster de Fort William.

Ella levantó las cejas sorprendida al oír esos nombres, mientras Iver cuchicheaba divertido:

—Lo que no sabíamos era que fuisteis vosotras dos quienes salvasteis a Veronica y a su hijo de morir ahogados.

Johanna sonrió. Recordar aquello siempre era grato.

—¿De qué habláis? —terció entonces Beth—. Quiero saber...

Azorada por el modo en que la miraba Alan, Johanna murmuró:

—Oh, no es nada..., una tontería.

—¡¿Una tontería?! —masculló Iver y, mirando a su mujer, dijo—: De tontería, nada. Eso que hicieron no lo hace cualquiera.

Amanda y Johanna intercambiaron una mirada y la primera contó dirigiéndose a Beth, que deseaba saber:

—Johanna y yo regresábamos de Inverness cuando, al llegar al lago Ness, vimos a un hombre desesperado porque su mujer y su hijo se habían adentrado en el agua sobre una tabla.

—¿Sobre una tabla? —inquirió Beth mientras veía acercarse a Calum.

Las hermanas asintieron y Johanna prosiguió:

—Angel, el niño, se subió jugando a una tabla y Veronica, al ver que se alejaba de la orilla, fue a por él. Pero el viento comenzó a arreciar, se formó una tormenta y ambos terminaron en el centro del lago.

—¿Acaso no sabían regresar? —preguntó Calum.

—No —respondió Johanna, y viendo que una de las camareras pasaba y le sonreía a Alan, añadió—: Ni Angel, ni Veronica, ni Frank sabían nadar. Y, bueno, la casualidad...

—La casualidad no, tata, el destino —cortó Amanda.

—Destino o casualidad —prosiguió Johanna—, lo que fuera hizo que nosotras pasáramos por allí, y como sabemos nadar...

—Desoyendo nuestras palabras —la interrumpió Ewen, que se acercaba junto a Myles—, se lanzaron al lago helado y fueron a por ellos.

—Qué osadía, *milady* —reprochó Calum mirándola.

Johanna sonrió y preguntó:

—¿Acaso pudiendo hacer algo por ellos deberíamos habernos quedado quietas?

—Vuestras vidas también se expusieron —indicó Alan.

Johanna lo miró. Era la primera vez que lo miraba a los ojos desde que se habían encontrado.

—Nos necesitaban. No había tiempo para pensar —afirmó sonriendo.

—Hicisteis lo correcto —aseguró Beth—. Como decían mis padres, hay veces en la vida en que no hay que pensar, sino actuar. Y ese era uno de esos momentos.

—Así es —afirmó Johanna.

Alan, acalorado al sentir la mirada directa de la joven, se descompuso, aunque trató de disimularlo. Aquella mujer lo descuadraba con solo mirarlo.

—La tormenta y la lluvia arreciaban —continuó Amanda—; o íbamos a por ellos, o morirían.

—¡Qué insensatez la vuestra! ¡Qué locura! —murmuró Calum.

—Locura la que le entró a su padre cuando se enteró de que habían arriesgado sus vidas en el lago...

—Tío Myles. —Johanna rio.

—¡Qué exagerado! —afirmó Amanda.

Zac se les aproximó con Sandra y rápidamente supo de lo que hablaban cuando Ewen comentó:

—No os riais. Escocia entera tembló cuando tu padre se enteró de vuestra imprudencia.

Las dos hermanas se miraron. Los temblores de Escocia por los enfados de su padre a ellas no las impresionaban.

—¡Mis pequeñas liantas son así! —exclamó Zac.

Eso hizo que algunos de los presentes se carcajearan, mientras Sandra afirmaba divertida:

—Temblaría Escocia, no lo dudo, pero os aseguro que el orgullo que sintieron sus padres al enterarse les mereció la pena.

—Ahí le has dado, tía Sandra —dijo Johanna.

—Sigo pensando que fue una imprudencia, nada propio de unas señoritas de buena familia como vosotras —insistió Calum.

Algunos asintieron; otros, en cambio, no.

De pronto Johanna se volvió hacia Alan, que miraba otra vez a la misma camarera, y le preguntó:

—¿Tú también crees que fue una imprudencia?

Este, al ver que se dirigía a él, tras guiñarle el ojo a la camarera, que le sonrió encantada, afirmó:

—Sí.

Las dos hermanas se miraron, entendiéndose sin necesidad de decir nada.

—¡Qué aburridos! —soltó Amanda.

—Terriblemente aburridos —apostilló Johanna mientras se fijaba en que Alan caminaba hacia donde estaba la camarera.

Con todo el disimulo que pudo, la joven se sentó a la mesa intentando no mirar hacia el lugar donde sabía que aquel estaba, y entonces oyó a Beth preguntarle a Iver:

—¿Quién es ella?

Iver se acomodó en la silla y enseguida respondió:

—Irina.

—¿E Irina es...? —insistió Beth. Pero, al ver el modo en que su marido la miraba y aquellos dos desaparecían tras la puerta, finalmente añadió—: Vale. Te entiendo.

Eso hizo que Sandra soltara una carcajada y, mirando a sus sobrinas, comentó:

—No os podéis imaginar el éxito que tiene Alan con las mujeres. Y, bueno, también hay otro

McGregor llamado Amadeus ¡que es tremendo!

Las hermanas se miraron, y Amanda, viendo la mirada de Johanna, declaró:

—Al otro McGregor no lo conozco, pero reconozco que Alan es guapo y gallardo. ¡Normal que tenga éxito!

Divertida por aquello, y sabedora de lo que el padre de las muchachas buscaba, Sandra preguntó:

—¿Y no te gustaría que te cortejara?

Amanda negó de inmediato con la cabeza.

—¿Por qué? —insistió aquella.

—Porque, a pesar de que es guapo y gallardo, a mí, como hombre, no me interesa, y no tiene los ojos grises.

Sandra sonrió, pues siempre le había oído decir eso de los ojos grises a Amanda.

—¿Y a ti, Johanna? —preguntó a continuación.

Acalorada por lo que el guerrero le hacía sentir, ella negó con la cabeza y dijo:

—Me pasa como a Amanda... No me interesa.

Sandra y Beth se miraron. Estaba claro que, entre aquellas, Alan no había despertado pasiones.

Entonces Calum, retirando la silla que estaba libre a su lado, preguntó mirando a Zac:

—¿Te importa que me siente junto a tu preciosa sobrina?

Al oír eso, él miró a Johanna y, viendo que aquella se encogía de hombros con indiferencia, respondió:

—Si a la señorita Libre Como el Viento le parece bien, a mí también.

—Tío Zac. —Johanna rio al oír cómo la llamaba.

Gustoso, Calum tomó asiento. Rápidamente entabló conversación con la joven y, cuando Alan llegó a la mesa y se sentó frente a Johanna, Zac señaló:

—Creía que ya no vendrías a cenar.

El guerrero, percatándose de que tenía a Johanna y a Calum frente a él, respondió con una sonrisa ladeada:

—Tengo apetito.

Durante la cena Alan hizo todo lo posible porque sus ojos no coincidieran con los de Johanna. Cada vez que eso sucedía, lo turbaba, por lo que decidió centrarse en hablar con Ewen, que estaba a su lado, y en sonreírle a Irina.

Mientras veía cómo Calum miraba a Johanna, Ewen resopló. Igual que al padre de la muchacha, lo incomodaban los moscones que revoloteaban alrededor de ella.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó entonces Alan.

Ewen, al oírlo, respondió bajando la voz:

—En confianza te diré que me incomoda ver que cortejan a la que para mí es como mi hija. Y más aún un guerrero como él, que es un egoísta, un presumido y un tontaina. No me gusta cómo trata a su padre ni cómo trata a sus hombres. Y ya no hablemos de las veces que hace que su asistente le lleve un espejo para peinarse la melena.

—¿En serio? —murmuró Alan.

Ewen asintió.

—En definitiva, no me gusta, a Myles tampoco, y Zac no tardará en odiarlo.

Divertido por aquello, Alan miró a Calum y cuchicheó:

—Pero si es el valeroso...

—Eso lo será en su casa —musitó el guerrero resoplando al ver que aquel intentaba acaparar

toda la atención de Johanna.

—Ewen —prosiguió Alan—, es normal que los hombres cortejen a Johanna y a Amanda. Son mujeres bonitas, solteras y que llaman la atención.

—Lo sé —afirmó Ewen—. Como sé que sus padres desean que encuentren a sus compañeros de vida. Pero ¿sabes? Lo más bonito de ellas no es su exterior. ¡Es su interior! Y te digo yo que a ese tontaina el interior de Johanna no le interesa lo más mínimo.

Alan asintió y luego Ewen preguntó:

—¿Y qué me dices de ti, muchacho? ¿Casado? ¿Soltero? ¿Comprometido?

Viendo que aquel lo miraba, para evitarse futuros problemas, él se apresuró a responder:

—Soltero y comprometido con mi trabajo. No tengo tiempo para mujeres, por muy bonitas que sean.

Aquello le gustó a Ewen, sus palabras evitaban tonterías.

—¿No te parecen bonitas las hijas de Duncan? —insistió a continuación.

Seguro de por qué se lo preguntaba, Alan las miró con indiferencia.

—Bonitas no puedo negar que son —declaró—. Pero no son el tipo de mujer en el que yo me fijaría.

—¿Por qué?

Buscando una mentira, Alan rápidamente soltó:

—Me agradan las mujeres delicadas de pelo claro, no las morenas osadas como ellas.

Ewen asintió. Aquel muchacho le gustaba.

Entonces Irina, la camarera, se acercó a la mesa con una bandeja en la que llevaba dos pedazos de carne. Alan se apresuró a llamarla con una seña, pues deseaba un trozo. Pero al ver que Calum y Johanna también la llamaban, dijo cuando la muchacha se aproximó:

—Sírveles primero a ellos.

Sin dudarlo, Calum rápidamente eligió el trozo más grande, que se echó en su plato. Al verlo, Johanna miró a Alan y este, entendiendo su mirada, indicó:

—Sírvete.

—Pero tú también querías...

—Tranquila —insistió él frente a la mirada de Ewen—. Cómetelo. No hay problema.

—¿Seguro? —preguntó Johanna.

—Seguro.

Pero la muchacha, que miró el trozo de carne, señaló:

—Puedo partirlo en dos y comemos ambos.

Alan sonrió. Aquel era un bonito detalle por parte de ella, pero negó con la cabeza.

—Cómetelo entero y disfrútalo —musitó—. Si tú lo disfrutas, yo también lo haré.

Tanto Ewen como Myles, que se dieron cuenta de aquello, asintieron complacidos. Aquel era un bonito detalle por parte del McGregor.

Acto seguido Amanda, mirando a Calum, cuchicheó dirigiéndose a su hermana:

—Menudo agonías está hecho el Pelines...

Según dijo eso, Johanna le dio una patada por debajo de la mesa y, percatándose de que Calum no se había enterado de lo que le había dicho su hermana, declaró mirando a Alan con una grata sonrisa:

—Gracias por tu deferencia, pero lo vamos a compartir.

Y, sin más, partió el trozo de carne en dos y, tras poner la mitad sobre el plato de aquel, indicó:

—Si yo lo disfruto, tú también.

Esa grata sonrisa volvió a descolocar a Alan. ¿Qué le ocurría con aquella muchacha? ¿Por qué cuando le sonreía o lo miraba de aquella manera temblaba como una hoja?

En silencio, se comió la carne, no iba a hacerle el feo a ella, pero, en cuanto acabó, excusándose, se levantó y salió del comedor. Necesitaba que le diera el aire.

Una vez fuera, se apoyó en la pared de la posada y permaneció allí durante unos minutos. Al cabo aparecieron Iver y Beth, que se lo quedaron mirando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Alan miró a su amigo. Si se había ido de la lengua en lo referente a Johanna, lo degollaría. Pero de pronto salió Irina por la puerta y Beth, suspirando, musitó:

—Vámonos, Iver... Ya veo por qué está aquí Alan.

El aludido sonrió. Alan también. Que aquella hubiera aparecido era lo mejor que podría haberles pasado. Y, asiendo a su mujer de la cintura, Iver dijo:

—Sor Pesadilla..., vayamos a dar un paseo.

Irina, al ver que el guerrero se quedaba solo, se acercó a él y rápidamente se pusieron a hablar, hasta que Alan, incómodo al comprobar que ella se le echaba encima, se despidió para volver al interior. Esa noche no tenía muchas ganas de lo que aquella le ofrecía.

Cuando entró, todos estaban ya charlando de pie, pues habían terminado de cenar.

—Lo que habéis hecho Johanna y tú con respecto al pedazo de carne dice mucho de ambos —señaló Ewen acercándose a él.

Alan lo entendió y, sonriendo, indicó:

—Gracias, Ewen. En casa, mi padre me enseñó educación.

—¿Dónde vive tu familia?

Hablar de la familia no era algo que a Alan le gustara.

—No tengo familia —señaló.

—Muchacho, todos tenemos familia, aunque sea de vida —insistió Ewen—. ¿O acaso Iver McGregor no es tu familia?

Sin dudarlo, Alan asintió y, pensando en aquellos amigos, a los que adoraba, aseguró:

—Lo es.

—¿Qué le pasó a tu familia de sangre? —quiso saber Ewen.

Alan miró hacia el suelo, hablar de aquello le costaba, y finalmente respondió:

—Murieron.

—Lo siento, Alan —musitó Ewen conmovido.

Se quedaron en silencio y, al poco, Myles se les acercó.

—Bonito detalle el tuyo con la comida, Alan —comentó—. No como el del Agonías, como lo llama Amanda.

—¡Y Pelines! —se mofó Ewen.

Los tres rieron por aquello y Ewen cuchicheó viendo a Sandra salir de la sala:

—Verás cuando Duncan lo conozca. Dudo que se plantee nada entre él y Johanna. Lo va a machacar.

Myles asintió y Alan preguntó curioso:

—¿Tan duro y exigente es?

Ewen resopló.

—Con todo lo que tenga que ver con su mujer y sus hijas, sí —dijo Myles—. Pero eso a ti no te atañe, pues has dejado claro que no estás interesado en ellas. Y estás aquí ayudándonos a custodiarlas. Algo que Duncan agradecerá.

—Muchacho listo —afirmó Ewen dándole un manotazo con afecto en la espalda.

Alan sonrió. Estaba más que claro que acercarse a Johanna era pisar terreno pantanoso.

—Duncan recibe continuas propuestas de matrimonio para Amanda y Johanna —cuchicheó Myles—. Pero él y Megan quieren que sus hijas elijan marido, y no desean que se casen por negocios, tratados ni conveniencia. Aunque, bueno..., sé que Duncan comienza a impacientarse, puesto que las muchachas no hacen más que ahuyentar a todos los pretendientes.

—¿En serio? —se mofó Alan.

—Uiss, si nosotros te contáramos —afirmó Myles.

Sin saber de qué hablaban Alan y sus tíos, Johanna los observaba con disimulo. Le gustaba ver que aquellos se entendían. Si algo apreciaba era la educación, la empatía y que la gente se comunicara. Aquellas eran cosas que sus padres siempre les habían inculcado a Amanda y a ella.

De pronto Calum se le acercó de nuevo y comentó:

—Será agradable conocer a tus padres.

Johanna lo miró. Y, consciente de cómo habría reaccionado su padre esa noche ante el feo gesto de aquel con la comida, no respondió. Prefirió callar. Calum la miró sonriendo. Sabía que su envergadura como guerrero impresionaba a todo el mundo, y afirmó echándose hacia atrás su precioso pelo:

—A tus padres les gustaré.

Zac y Amanda, que estaban al lado, se miraron con mofa.

—Soy un excelente guerrero, además de un hombre gallardo e imponente —soltó aquel.

—Por san Ninian —murmuró Zac.

—¿El Pelines no tiene abuela? —se mofó Amanda ganándose la sonrisa de su tío Zac, que rápidamente le pidió que se callara.

—Además —prosiguió Calum ajeno a que estos lo escuchaban—, no hay que obviar que cuando mi padre muera seré el nuevo laird de Inveraray, y eso a cualquier padre, incluido el tuyo, querida Johanna, le encantará.

—No sé... —cuchicheó la aludida al ver el gesto de su tío y de su hermana.

Pero Calum, seguro de lo que decía, afirmó pavoneándose:

—Yo sí lo sé. ¿Quién no me querría por yerno?

Amanda, que había oído aquello al igual que su tío, se disponía a intervenir cuando Zac, tapándole la boca, hizo una seña a Myles, que cuchicheó mirando a Alan y a Ewen:

—Creo que va siendo hora de entrar en acción.

Alan y Ewen observaron entonces que aquel se alejaba de ellos y decía:

—Johanna, es tarde, creo que deberíais retiraros a descansar.

—Yo también lo creo —convino la aludida.

—Ewen. Myles. Necesito hablar con vosotros un segundo —indicó Zac.

—Johanna, vamos —insistió Amanda tendiéndole la mano a su hermana.

Ella asintió agradecida. Calum le caía bien. No era mala persona, pero sí un poquito bastante prepotente. Y, cogiendo la mano de su hermana, lo miró y se excusó con él:

—Es tarde y hemos de descansar.

Calum asintió, aunque le molestaba que los interrumpieran continuamente.

—Os acompañaré hasta vuestra habitación —contestó.

—Alan lo hará —se apresuró a replicar Myles.

Alan parpadeó asombrado y maldijo para sus adentros. ¿Por qué debía acompañarlas él?

Entonces Ewen, al pensar que su expresión de fastidio se debía a que quería irse con Irina, la camarera, cuchicheó:

—Alan, solo será un momento. Zac tiene que hablar con nosotros y no queremos que el

Agonías las acompañe... Eres de fiar, muchacho.

Finalmente Alan accedió; si estaba en aquella posada era para velar por la seguridad de las muchachas. Tomando aire, se acercó a ellas y, tras señalar con la mano hacia la escalera, dijo con caballerosidad:

—Señoritas, si son tan amables...

Ellas dieron las buenas noches al resto de los presentes y, en silencio, comenzaron a subir la escalera.

A medio camino Amanda se detuvo y dijo mirando a su hermana:

—Que sepas que el Pelines ahora es también el Agonías.

—Amanda...

Aquello hizo sonreír a Alan, y la aludida masculló:

—Jodido vanidoso y presumido. —Y mirando a Alan soltó—: Pues no le dice a mi hermana que cualquier padre lo querría a él como yerno...

Divertido, él asintió y, sin querer expresar lo que pensaba en realidad, afirmó:

—Cuando él lo dice, sus razones tendrá.

—Que es medio tonto —sentenció Amanda—. Esa es su razón.

—Amandaaaaa...

—Mira, Johanna, si me dices que ese sosaina te agrada, yo te juro que a la primera que dejo calva es a ti y después a él.

Sorprendida, la joven miró a su hermana. Pero ¿qué estaba diciendo?

—Antes que a él, yo elegiría a Robert Duchaman, Michael Osborn o Felipe Sigurdson —continuó Amanda—. Me caen infinitamente mejor, tienen más sentido del humor y, sobre todo, no se están tocando el pelo todo el día.

Johanna parpadeó. Aquellos que mencionaba y que su padre había valorado en alguna ocasión no se parecían nada a lo que ella buscaba como hombre.

—¿Qué te parece si cierras esa boca? No estamos solas —siseó.

Los tres se miraron unos instantes y, al cabo, Alan, incómodo con la situación, musitó:

—Si sois tan amables, ¿podemos continuar caminando hacia vuestra habitación?

—¿Tanta prisa tienes? —inquirió de pronto Johanna.

Alan y ella se miraron. En la mirada del otro ambos vieron el desafío que intentaban ocultar al resto de las personas, y por último él soltó:

—Tengo cosas mejores que hacer.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —insistió Johanna.

Alan levantó las cejas y murmuró con tranquilidad:

—No quiero ser desagradable, pero, a tu inoportuna pregunta, mi respuesta es... ¿y a ti qué te importa?

—Serás grosero.

—... dijo la más lista de las Highlands.

—Haré como que no te he oído.

—Por mí puedes hacer lo que quieras —afirmó Alan con una sonrisa.

—¡Y encima te ríes!

—Si quieres, me pongo a llorar.

Enfadada y molesta porque aquel fuera tan rápido como ella en las réplicas, Johanna siseó:

—¿Quién te has creído que eres para hablarme así?

—¿Y tú para hablarme como lo haces?

Ella cerró entonces los ojos y, señalándolo con un dedo, susurró:

—Si lo que te ha molestado ha sido que no me acordara de ti, no diré que lo siento porque, sinceramente, creo que...

—¡Pero ¿qué dices?! —la cortó él. Se miraron con furia y en silencio unos segundos y luego Alan añadió—: Me es indiferente que me recuerdes o no. Lo que sí me importa, en cambio, es perder mi preciado tiempo haciendo de niñero contigo.

—Te estás ganando que te cruce la cara, McGregor.

—¡Atrévete, McRae!

—No me retes.

—No me retes tú a mí.

—Vayaaa... —musitó Amanda.

Ver esa clase de discusión, que había presenciado muchas veces entre sus padres, le hizo gracia, y, cuando iba a hablar, Johanna miró a su hermana, que sonreía, y soltó:

—¿Y tú por qué te ríes ahora?

—Si te lo digo, no me creerías —afirmó aquella.

Alan las miró. Solo le faltaba que se pusieran a discutir entre ellas, por lo que insistió con voz templada:

—¿Podemos continuar hacia la habitación, por favor?

—Oh, sí... —siseó Johanna furiosa—, que el señor tiene mejores cosas que hacer.

—Mejores y más interesantes —aseguró él.

—¿La camarera, por ejemplo?

Alan levantó las cejas al oírla. Johanna, consciente de lo que había dicho, añadió entonces dirigiéndose a su hermana:

—Vamos, Amanda.

Molesta consigo misma por su inoportuna pregunta, se dio la vuelta y, sin mirar al guerrero, comenzó a caminar de nuevo. Subió los escalones de dos en dos y, cuando llegó frente a su habitación, tras abrir la puerta y dejar entrar a su hermana, mirando a Alan, que las observaba desde fuera, siseó:

—Disfruta de esos quehaceres interesantes que tienes.

Y, sin más, le cerró en las narices de un portazo, dejando al guerrero boquiabierto, y más cuando a través de la puerta oyó la voz de Johanna, que gritaba:

—¡Maldigo al destino!

Capítulo 8

Aquella mañana, cuando retomaron el camino, Johanna, desde su posición, observaba con disimulo a Alan, aún molesta con él. Tras lo ocurrido la noche anterior, el guerrero no se había acercado a ella, ni siquiera la había mirado, y eso a la joven la quemaba por dentro.

¿Por qué no la miraba cuando Calum no podía quitarle los ojos de encima?

El camino que debían seguir los hacía bordear el Ben Nevis, la montaña más alta de Escocia, que para ellos era la más bella y mágica que tenían, pero al tiempo también la más peligrosa, y eran muchos los que la llamaban «la montaña maligna».

El grupo atravesaba un bosque plagado de conejos con tranquilidad cuando Sandra, mirando a sus sobrinas, comentó:

—Qué maravillosos robles hay por aquí.

Johanna asintió. En aquella zona la vegetación era increíble. Y, mirando unos árboles, señaló:

—Aquellos son pinos, y los de la derecha abedules.

Beth, sorprendida por sus conocimientos, preguntó contemplando los árboles:

—¿Cómo sabes cuál es cuál?

Zac sonrió divertido y, mirando a la joven, respondió:

—Porque sus padres se han encargado de que sus hijas no solo sepan el nombre de los árboles, sino también sus propiedades y todo lo que tenga que ver con ellos.

Amanda y Johanna sonrieron, aquello era cierto, y en ese momento Calum intervino.

—Doy por hecho que vuestra madre os habrá enseñado cosas dulces, candorosas y femeninas.

Las cuatro mujeres del grupo lo miraron y Zac, volviéndose hacia Iver y Alan, cuchicheó:

—Creo que alguien acaba de meterse en un buen lío...

—¿Y qué se supone que son las cosas dulces, candorosas y femeninas? —preguntó Johanna.

Calum, que a veces parecía vivir en la inopia, se apresuró a responder:

—Buenos modales, distinción, protocolo, bordar, ten...

—Por san Ninian, Calum —soltó Amanda—. ¡¿Tú sabes lo aburrido que es bordar?!

Él las miró y Beth, divertida, afirmó:

—A mi suegra Arabella le encantaba bordar. Siempre creyó que eso daba distinción a la mujer, hasta que la vida le enseñó que aprender a bordar está bien, pero aprender otras cosas está mejor.

—¿A qué cosas te refieres? —preguntó Calum curioso.

—Manejar una espada —dijo Beth.

Las mujeres asintieron y Amanda añadió:

—Rastrear y saber ocultarse entre la vegetación.

—Cazar, nadar o trepar —agregó Johanna.

—Sobrevivir —matizó Sandra, ganándose una sonrisa de su marido Zac.

Animadas, las chicas continuaron mencionando cosas. A cada una que estas decían, los ojos de Calum se abrían más y más, hasta que, al ver que el resto de los hombres sonreían, preguntó:

—¿A vosotros os parece bien que las mujeres aprendan esas cosas?

—Muy bien —aseguró Zac.

Iver asintió y explicó:

—Tengo una hija y un hijo. Y tanto Beth como yo pensamos enseñarles las mismas cosas a los dos, porque la experiencia nos ha demostrado que hay que saber desenvolverse en la vida.

—Así es y ha de ser —afirmó Alan, consciente de por qué lo decía.

Calum lo miró. Aquel guerrero estaba soltero, como él.

—¿No crees que eso resta feminidad y decencia a una mujer? —le preguntó.

Alan sonrió. Sin mirar, sabía que Johanna lo observaba, y, pensando en las mujeres de sus amigos que habitualmente lo rodeaban, contestó:

—Creo que justo eso las hace más interesantes y valerosas. Siempre y cuando te gusten las damas así —añadió viendo que los tíos de aquellas lo miraban.

A Johanna le gustó oír eso, pues podría haber sido algo que su propio padre hubiera dicho. Y Beth, mirándolo, cuchicheó:

—Si es que te tengo que querer, Alan McGregor... ¡Pero qué mono eresssss!

Con complicidad, aquellos sonrieron. Bromearon. Ver la bonita conexión que había entre Alan y Beth hizo sentirse mal a Johanna. Desde que lo había visto aparecer, no se lo había puesto fácil. Había sido hosca y desagradable con él, y, dispuesta a revertir aquello y atraer su atención, soltó de pronto dirigiéndose a Calum:

—¡Te reto!

Myles y Ewen parpadearon al oírla. Los retos de aquella los traían de cabeza.

—¿Me retas? ¿A mí? ¿A un hombre? —inquirió Calum.

La joven, que durante el trayecto había visto infinidad de conejos por el bosque, consciente de que Alan escuchaba todo lo que decía, aunque no la mirara, propuso:

—El primero que cace cinco conejos con el arco sin bajarse del caballo es el más habilidoso.

—Johanna...

—Tío Zac —lo cortó ella—. Habrá que cenar esta noche, y si podemos cazar ya algún conejo para los guisos, buenos son, ¿no?

El hombre sonrió al oírla. Aquella sobrina suya tenía la fuerza de su padre y la cabezonería de su madre, y, asintiendo, afirmó:

—Pues también tienes razón.

Las chicas aplaudieron complacidas al tiempo que Calum preguntaba mirando a Alan:

—¿Qué te parece?

El guerrero lo miró sorprendido. ¿Por qué siempre se dirigía a él? Y, con la mayor indiferencia que pudo, respondió:

—Tú sabrás si quieres aceptar su reto o no.

Entonces Calum, viendo que Johanna se sacaba una flecha de su carcaj, decidió:

—Acepto.

Zac sonrió, Sandra también, al mismo tiempo que Johanna extraía un lazo rojo de su bolsa y Calum decía:

—Qué detalle... Has pensado en mi cabello..., para que no se enrede.

La joven negó de inmediato con la cabeza. Pero ¿aquel tipo era tonto? Y, cortando aquel lazo en trocitos con su daga, replicó mientras anudaba el primero sobre la flecha:

—Es para saber los conejos que cazo yo. No para tu cabello.

Calum, al oír eso y ver las miradas de guasa de algunos hombres, resopló. Y, dirigiéndose a Max, su asistente, pidió:

—Sígueme muy de cerca y coge los conejos que yo mate.

Él afirmó con la cabeza y en ese momento Amanda dijo:

—Comenzaré una cuenta regresiva desde diez; cuando llegue al cero, podéis empezar a cazar.

Calum y Johanna asintieron, y luego este preguntó comiéndosela con la mirada:

—¿Y el premio cuál es? Porque todo reto tiene un ganador, y todo ganador tiene un premio.

—Acabáramos —gruñó Myles.

Ewen resopló. Alan miró hacia otro lado. Y Johanna, sin pensarlo, soltó:

—¿Qué tal un beso?

—¡Johanna! —murmuró Sandra viendo el gesto adusto de Zac.

—La madre que la... —refunfuñó Myles.

—En la mejilla..., poco más —matizó la joven inocentemente al oírlo.

—Eso a tu padre no le agradará —advirtió Ewen.

—Le encantará. —Amanda rio, ganándose una hosca mirada de Myles.

Su hermana sonrió. Si algo tenía claro era que no iba a perder. Se volvió hacia Alan, y al ver que esta vez él sí la miraba con gesto ceñudo, declaró dirigiéndose a sus familiares:

—Tranquilos. Si pierdo, papá lo entenderá.

Calum asintió. Le parecía un buen premio.

—Cuando quiera tu hermana, puede empezar a contar —indicó mirando a su preciosa contrincante.

Acto seguido Johanna miró a Amanda y esta comenzó la cuenta atrás hasta que dijo «cero».

De inmediato el caballo de Calum salió al galope, mientras el de Johanna continuaba parado. Desde donde estaba, la joven ya había localizado un par de conejos y, tras disparar primero a uno y después a otro y acertar, gritó:

—Amanda, ¡cógelos! Beth, Sandra, ¡seguidme!

Dicho esto, las mujeres clavaron los talones en sus monturas y salieron al galope.

Mientras cabalgaba, Johanna veía a Calum disparar, seguido de Max, que se disponía a recogerle las piezas. Pero erraba en sus disparos. Estaba claro que montar a caballo y cazar al mismo tiempo no era su fuerte. Ella fijó la mirada en el horizonte y vio corretear a varios conejos. Sin dudarlo, fue a por ellos y, apretando los muslos contra su caballo para no caerse, tensó el cuerpo tanto como su arco y comenzó a disparar.

—¡Cojo el de la derecha! —exclamó Beth al ver a un conejo caer.

Johanna erró dos tiros, pero acertó el tercero. En esta ocasión fue Sandra quien fue a por la pieza, y cuando dio caza al último ella misma lo agarró al galope, agachándose con pericia.

Alan, que, como los demás, observaba lo que la joven hacía sobre el caballo, estaba sobrecogido. Solo había visto montar así a Carolina, la mujer de Peter. E incluso Iver murmuró boquiabierto:

—Porque sé la verdad, porque si no fuera así pensaría que quien enseñó a mi cuñada Carolina a montar a caballo enseñó también a Johanna.

—Fue mi hermana Megan quien le enseñó —indicó Zac.

Iver asintió mientras el padre de Calum susurraba:

—Esa muchacha es una auténtica guerrera amazona.

—Lo es, al igual que Amanda y que mi hermana —afirmó Zac orgulloso de ellas.

Sin tiempo que perder, y volando más que cabalgando, Johanna regresó a donde estaba el grupo y, tras tirarse del caballo aún en marcha y dejar el conejo muerto junto a los demás, exclamó levantando las manos y saltando feliz:

—Sí..., sí..., sí... ¡Gané!

Los hombres de su padre saltaron de felicidad y la jalearon, mientras los guerreros de Calum

la miraban con cierto recelo. ¿Cómo era posible que hubiera ganado una mujer?

Zac la abrazó. La competitividad de aquella para lo que fuera que se propusiera era una cosa que dejaba a todo el mundo sin palabras. Y, riendo, afirmó:

—Señorita Libre Como el Viento, has ganado.

Divertida por los gritos que daban los hombres de su padre, Johanna oyó decir entonces al padre de Calum:

—Me dejas sorprendido, muchacha. Tu manera de cazar mientras montas a caballo es increíble. Enhorabuena. Ha sido una victoria merecida.

—Gracias, laird Marshall. —Ella sonrió.

Cuando el hombre se apartó de su lado, Myles se le acercó.

—Menos mal que has ganado —musitó aliviado—. Porque a ver cómo le habríamos explicado a tu padre lo del beso que el sinvergüenza del Pelines te habría pedido...

Eso la hizo reír y, al mirar a Alan, vio que él sorprendentemente le devolvía la sonrisa.

Durante una fracción de segundo ambos se miraron a los ojos. En ellos no solo había curiosidad. Había algo más.

Entonces, de pronto, oyeron un caballo que llegaba al trote y a Calum que exclamaba:

—¡Maldita sea!

Johanna miró al guerrero, que, seguido de Max, dejaba los conejos junto a los de ella, y, cruzándose de brazos pero con desafío en la voz, dijo:

—Lo siento, Calum Marshall..., pero te he ganado aun siendo una mujer.

—Y, por cierto —apostilló Amanda—, se te ha enredado el cabello...

Los guerreros de Duncan, que ya estaban acostumbrados a ellas, soltaron una carcajada. Las hermanas McRae eran diferentes.

Por su parte, Alan miró divertido a Myles mientras este decía con orgullo:

—Jodidas muchachitas...

Calum, al que la situación lo incomodaba, miró a sus hombres, que sonreían como todos, y exclamó:

—¿Queréis dejar de mirar como idiotas?

Algunos de aquellos no se movieron, se limitaron a hacer un gesto de desagrado, y entonces el laird Marshall, que estaba entre ellos, indicó para apaciguar la orden de su hijo:

—Id montando las tiendas.

Esta vez los guerreros se dieron la vuelta de inmediato. Calum y su padre se miraron, y después de que este le pidiera a su hijo que se comportara, el otro se bajó del caballo y, mientras observaba los cinco conejos muertos, comentó sin excesiva emoción:

—Enhorabuena, Johanna.

Eso hizo que Amanda, Beth y Sandra comenzaran a aplaudir. Calum dio media vuelta para marcharse ya junto a su padre, pero entonces Johanna, viendo que Alan la miraba, lo llamó:

—Calum.

El aludido se volvió, y la joven, que se percató de que el padre de aquel se alejaba con los hombres, preguntó:

—¿Y mi premio?

Oír eso le cortó el aliento a Alan, del mismo modo que se lo cortó a Myles, a Zac y a Ewen. ¿En serio estaba reclamando su premio? Pero ¿acaso se había vuelto loca? ¿Quería un beso?

Calum, tan sorprendido como el resto, no se movió, y Johanna, con todo su descaro, se acercó hasta él y, tras intercambiar una mirada con su tío Zac, que le pidió prudencia, dijo:

—Creo que me debes un beso.

Boquiabierto, Calum parpadeó. Ni en el mejor de sus sueños habría imaginado que ella reclamaría su premio. Cuando se disponía a acercársele, Johanna levantó una mano y señaló:

—Mi premio estará bien aquí.

—Menos mal —murmuró Ewen resoplando mientras miraba a un ceñudo Alan.

—Menuda lianta. —Zac rio.

—Es la mejor —afirmó Amanda divertida.

Sin dudarlo, Calum le cogió la mano y, tras acercársela a los labios, se la besó. De inmediato, y para romper aquel momento, Myles dijo colocándose entremedias de aquellos dos:

—Bueno, ya está. Premio entregado y recibido. Que vengan los cocineros, se lleven los diez conejos y que otra partida de hombres salga a cazar más.

Calum resopló. De nuevo volvían a meterse entre ella y él para separarlos. Se dio la vuelta y se alejó, y en ese momento Myles siseó mirándola:

—Johanna McRae...

—Lo sé, tío Myles —lo cortó ella—. En este caso, la osada he sido yo.

—Muy osada. —Amanda rio.

Esa noche, tras un formidable guiso de conejo que prepararon los cocineros, durmieron todos a la intemperie y, para fastidio de Johanna, la joven no volvió a ver a Alan. ¿Dónde se había metido?

Capítulo 9

Antes del amanecer, cuando la joven salió de la tienda, se sorprendió al encontrar a Alan junto a la mesa donde los cocineros estaban colocando platos con comida. ¿Cosa del destino?

El campamento aún estaba en silencio. Era demasiado pronto. Por lo que, tras mirar a los lados y ver que sus tíos estaban dormidos y eran pocos los hombres que caminaban por allí, se dirigió hacia la mesa.

—¡Qué madrugadora, *milady*! —comentó sorprendido uno de los cocineros al verla.

—Demasiado calor para dormir.

El hombre sonrió. Adoraba a sus señores y también a sus hijas. Megan, la señora, siempre se había portado muy bien con su mujer, Angelina.

—Guiso recién retirado del fuego. Y ahí tiene pastas de las que le gustan —indicó.

—Gracias, Louis. —Ella sonrió encantada.

Alan, que estaba también por allí, no se había vuelto al oír su voz, y Johanna saludó:

—Buenos días, McGregor.

Si no la saludaba, quedaría como un maleducado ante el cocinero. Por lo que, volviéndose, clavó la mirada en aquella muchacha, que le aceleraba el corazón a cada instante, y contestó:

—Buenos días, *milady*.

Sin decir más, cogió un plato con guiso y se encaminó hacia una de las mesas que habían colocado a la derecha del campamento. Johanna, con disimulo, prosiguió mirando las pastas que Louis le había indicado y, tras coger un par de ellas y ponerlas en un plato, se encaminó también hacia las mesas, pero se instaló en otra distinta.

Una vez sentada, comenzó a comer en silencio las pastas que tanto le gustaban, hasta que no pudo más y, mirando a Alan, que comía en la mesa de al lado, preguntó:

—¿Ahora soy *milady* y no señorita Libre Como el Viento?

Él la miró. Que aquella comenzara la conversación desafiándolo no era un buen indicio.

—Si no os importa, estoy desayunando —repuso.

Boquiabierta por el modo en que aquel marcaba las distancias, Johanna inquirió:

—¿Ahora nos vamos a tratar de vos?

—¿Acaso nos conocemos para tutearnos? —respondió él.

Johanna resopló. Los hombres nunca se lo ponían tan difícil.

—Conocernos, conocernos, no, pero viajamos juntos —constató.

La insistencia de la joven comenzaba a hacerle gracia a Alan. Estaba claro que quería entablar una conversación con él, porque a continuación la oyó preguntar:

—¿El guiso está bueno?

—Sí.

De nuevo se quedaron en silencio. Sin duda él seguía enfadado con ella. Y, dispuesta a que le prestara atención y la mirara, declaró:

—Creo que debo pedirte disculpas por el modo en que te hablé en la posada. A veces soy demasiado brusca.

Alan la miró con gesto serio. Johanna sonrió por haber conseguido por fin que lo hiciera y, dulcificando el tono, murmuró:

—Venga, hombre. Acepta mis disculpas.

Oír ese tono íntimo aceleró el corazón del guerrero. Pero, sin modificar el gesto, preguntó:

—¿Acaso eso importa?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Por qué?

La expresión de la joven cambió. Le estaba pidiendo disculpas, ¿qué más quería?

—A ver... Mis padres me han enseñado que, cuando uno mete la pata y es consciente de ello, ha de intentar enmendar su error —repuso—. Y yo me he dado cuenta de...

—Tengo que pensarlo.

Sin poder creer su contestación, la joven cuchicheó:

—¿Tienes que pensarlo?

Alan, que estaba convencido de que aquella era de las que conseguían todo lo que se proponían con su sonrisita y suavizando la voz, afirmó:

—Sí.

—Oh, venga, no seas así, McGregor...

—He dicho que tengo que pensarlo —repitió con voz seria.

Johanna dejó entonces de sonreír. No estaba acostumbrada a aquello. Se encogió de hombros, no quería entrar en más polémica, y replicó:

—Muy bien. Pues piénsalo.

De nuevo se quedaron en silencio, hasta que, pasados unos segundos, Johanna cogió un trozo de su pasta y se la tiró. Esta le dio a Alan en la mano y, cuando la miró, ella soltó:

—¿Lo has pensado ya?

Asombrado, él no respondió, y ella dijo:

—Mamá siempre dice que algo que nunca se recupera es el tiempo.

—¿Y...?

—De hecho, siempre la han llamado «la impaciente», porque cuando quiere algo, lo quiere ya. Y, bueno, se puede decir que a mí me pasa lo mismo...

—¿Y...? —volvió a preguntar Alan.

Johanna se metió un nuevo trozo de pasta en la boca. Aquel tipo era un hueso duro de roer. Su actitud le recordaba a la de su padre. Se tragó el trozo de pasta, sin cortarse un pelo, lo miró y soltó:

—Vamos, McGregor. Si vas a aceptar mis disculpas, ¡hazlo ya y no te hagas tanto de rogar!

Sorprendido por su actitud, Alan estaba a punto de echarse a reír. Su descaro le gustaba y lo desconcertaba a partes iguales. Calum apareció de pronto y, sentándose junto a la muchacha, exclamó:

—Pero qué madrugadora es mi preciosa Johanna.

La sonrisa de Alan se desintegró. Ya estaba aquel pesado allí. Y Calum, al verlo en la mesa de al lado, saludó:

—Buenos días, Alan.

—Buenos días, Calum.

Se hizo un nuevo silencio entre ellos y Calum, centrándose solo en Johanna, comentó:

—Es demasiado pronto. Deberías estar descansando.

—El calor no me deja dormir.

Calum sonrió. Alan no. Y el primero, acercando demasiado su rostro al de la joven, afirmó:

—Me gustó que ayer reclamaras tu premio y besar tu dulce piel. Eso me indica que tú y yo vamos por buen camino.

Johanna se echó hacia atrás. Pero ¿qué tontería decía aquel? No obstante, Calum, que no vio el gesto irritado de Alan, prosiguió:

—He de decirte, mi preciosa Johanna, que el no dormir no te resta un ápice de belleza y lozanía. Sin duda sorprenderías a todos en la corte.

Alan levantó las cejas al oír eso.

—¡Qué atento eres, Calum! —repuso ella entonces.

—Con una mujer tan bonita como tú, ¿cómo no serlo? Y repito que me encantó que ayer reclamaras tu beso como premio. No lo esperaba.

Johanna asintió. Si lo había hecho había sido para molestar al hombre que no la miraba. Y este, no dispuesto a escuchar más, se puso en pie.

—Voy a preparar mis cosas —dijo.

Según comenzó a caminar para alejarse de aquellos, oyó que ella lo llamaba y se detuvo. Johanna se acercó hasta él con rapidez.

—Sigo esperando tu respuesta —musitó.

Alan asintió. Sin duda, aquella estaba muy acostumbrada a conseguir lo que quería. Y, viendo que Calum los observaba, se acercó a ella y, para que quedara solo entre los dos, susurró:

—Como te he dicho, tengo que pensarlo.

Y, sin más, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas mientras Johanna lo miraba boquiabierta. ¿En serio lo había oído bien?

Capítulo 10

Seguir ruta mientras veía que Calum tonteaba continuamente con Johanna se le hacía cada vez más insufrible a Alan, pero disimulaba. Sabía que no tenía nada con ella, sabía que no debía tener nada con ella, pero también sabía que no podía apartar los ojos de ella.

¿Qué le ocurría?

¿Qué tenía esa mujer que, desde la primera vez que la vio, lo dejó totalmente descolocado?

Al llegar la noche decidieron parar a dormir a las afueras de Murlaggan, una pequeña aldea ubicada en la costa norte del lago Arkaig. Allí vivían unos amigos de los padres de Johanna y Amanda y, gustosas, las jóvenes se acercaron a saludarlos acompañadas por Myles y Ewen, y, por supuesto, por Calum. No conseguían quitárselo de encima.

Por su parte, Alan, junto a Zac, Iver y el laird Marshall, organizaron el campamento. Distribuir a distintos clanes no era fácil, pero cuando las muchachas regresaron de su visita, ya todo estaba listo para que pudieran asearse y cenar.

Esa noche Alan decidió alejarse del grupo principal y se sentó a cenar con sus hombres. No tenía cuerpo para seguir aguantando cómo Calum rondaba a Johanna.

—No sé qué te ocurre —comentó Sean, uno de sus hombres, dirigiéndose a él—, pero algo te lleva incomodando durante todo el camino.

Alan tomó aire. Por suerte, nadie se había percatado de la realidad de lo que le ocurría.

—Pienso en que todo esté bien en Fort William —respondió buscando un recurso.

Sean asintió, sabía cuánto le importaba a Alan aquel lugar.

—Seguro que Carol y Peter lo cuidan bien —aseguró mirando el fuego.

Alan afirmó con la cabeza. Acto seguido se volvió con disimulo hacia el lugar donde el grupo principal cenaba y se fijó en Johanna. Como siempre, Calum estaba sentado a su lado. Tras darse la vuelta para dejar de observar lo que no debía, Alan se centró en hablar con Sean y sus hombres. Era lo mejor.

Un buen rato después, cuando vio que Johanna y Amanda se despedían del resto y Ewen, Zac y Myles evitaban que Calum las acompañara hasta su tienda, Alan, que no se había acercado al grupo, desplegó su manta en el suelo y, mirando las estrellas, se quedó dormido.

***

Un nuevo día llegó y una vez más la comitiva continuó con su viaje de regreso a Eilean Donan.

Desde la distancia, Alan observaba con disimulo a Johanna.

Pensó en lo último que había hablado con ella. En sus disculpas. En cómo, con descaro, le había tirado aquel trozo de pasta para llamar su atención y cómo había estado a punto de claudicar hasta que apareció Calum.

—¿Por qué no cenaste con nosotros anoche?

Alan, que cabalgaba pensando en sus cosas, al ver a Iver a su lado, se encogió de hombros.

—Estaba con los hombres —indicó.

Su amigo asintió.

—Sabes que tú y yo podemos hablar de cualquier cosa, ¿verdad?

—Lo sé —aseguró Alan.

—Y que si necesitas hablar de lo que sea o de quien sea, me...

—Iver, no empieces —lo cortó.

—A ver, Alan; eres un experto disimulando —insistió—. No sé cómo lo haces para que no se note tu incomodidad cuando cierto *Valeroso* se acerca a ella. Pero si yo fuera tú, creo que...

—Si hablas de quien creo, tranquilo, porque no me interesa.

—¿Seguro?

—Segurísimo —declaró el guerrero.

Iver asintió. Intentar hablar con quien no deseaba comunicarse era una misión complicada. Miró a su mujer, Beth, que reía a carcajadas junto a las hermanas McRae, y murmuró:

—¿No crees que es preciosa?

Alan miró. Sabía que su amigo se refería a su esposa. Pero se fijó en Johanna, que en ese momento parecía contarles algo mientras gesticulaba, y afirmó dándole un puñetazo en el hombro a su amigo:

—Sí. Es preciosa.

Ambos reían por aquello cuando Zac y Ewen, montados en sus caballos, se acercaron a ellos y el primero dijo mirando a Alan:

—Anoche te echamos en falta durante la cena.

Eso hizo que Alan levantara las cejas, mientras Ewen apostillaba:

—Muchacho, tu presencia nos habría venido muy bien.

—¿Para qué? —preguntó Alan.

Zac y Ewen se miraron y el primero aclaró:

—Para alejar a Calum de Johanna.

Alan parpadeó sorprendido. ¿Por qué tenían que pensar en él para eso?

—Saber que no estás interesado por ella es importante para nosotros —añadió Ewen—. Eso hace que seas un hombre de fiar.

Iver asintió. Estaba claro que aquellos no se habían percatado de nada de lo que Alan sentía. Mirando a su amigo, sonrió y afirmó:

—Alan es totalmente de confianza.

Con lentitud, y entendiendo las palabras de su amigo, Alan asintió mientras Zac añadía:

—Cada vez llevo peor la prepotencia y la tontería de Calum... ¡Qué insufrible es!

—¡Y lo del espejito para peinarse...! —cuchicheó Ewen.

Los cuatro rieron por el comentario; entonces Iver, sin mirar a su amigo, señaló:

—Entendedlo. Es soltero y desea ganarse los favores de Johanna estando guapo y lustroso.

Ewen suspiró, Zac también, y luego el primero indicó:

—No veo el momento de llegar a Eilean Donan y que Duncan lo vea. Lo conozco y os puedo asegurar que, en cuanto compruebe lo pesado que es con Johanna, cortará la situación.

—De raíz —aseguró Zac.

De nuevo los cuatro sonrieron por aquello y luego este último comentó dirigiéndose a Alan:

—A Duncan le gustará saber que nos has ayudado a custodiar a sus hijas desinteresadamente y sin ninguna intención.

—Sí —afirmó Ewen—. Le encantará saberlo.

Iver miró a su amigo al oír eso y Alan, sonriendo con gesto implacable, afirmó:

—Gracias por vuestra confianza.

Ewen y Zac se miraron con satisfacción. Saber que podían contar con aquel para cualquier

eventualidad era lo que necesitaban.

—Mejor me callo... —murmuró Iver cuando se alejaron.

Capítulo 11

Tras una extenuante cabalgata en la que subieron y bajaron por distintos valles y montañas, llegaron a la orilla de un lago y decidieron acampar, para horror otra vez de Calum. Dormir a la intemperie no le gustaba nada.

Una vez que hablaron sobre los planes de ruta para el día siguiente, decidieron que partirían al amanecer para bordear por el lado este el Sgùrr Fhuaran, la enorme montaña situada al norte del Glen Shiel, y ese día llegarían a Eilean Donan.

Durante la jornada Johanna había intentado acercarse a Alan en varias ocasiones, pero él había estado evitándola. ¿En serio seguía sin perdonarla? ¿De verdad le resultaba tan desagradable su compañía?

Sus desplantes enfurecían a la joven, pues ningún hombre la había rehuido nunca como lo hacía él. Sin embargo, lo que no imaginaba era que Alan lo hacía para no caer en la tentación.

Esa noche, animado por Ewen y Myles, Alan tuvo que acercarse al grupo principal para cenar, aunque rehusó sentarse junto a Johanna cuando Ewen se lo indicó. No. Eso ya era mucho.

Instalado casi enfrente de la joven, reía por las cosas que contaban Zac y Sandra, una pareja que le caía muy bien, cuando oyó a Beth decir:

—En Noruega, cada pedacito de cielo tiene su leyenda.

Todos sonrieron y Johanna, mirando a su amiga, comentó:

—La montaña Sgùrr Fhuaran tiene una bonita leyenda.

—Algo triste —musitó Amanda.

—Y romántica —afirmó Sandra.

—¡Quiero saberla! —pidió Beth.

Johanna sonrió y Zac, mirando a su sobrina, la animó:

—Vamos, cuéntala.

Amanda y Johanna intercambiaron una mirada. Y esta última, consciente de que todos la observaban, Alan entre ellos, tomó aire y empezó a decir:

—Mi padre siempre nos ha contado muchas historias, entre ellas, la leyenda de las cinco hermanas de Kintail.

—¿Las cinco hermanas de Kintail? —repitió Beth.

Johanna asintió con la cabeza y continuó:

—Cuenta la leyenda que un granjero de la zona tenía siete preciosas hijas. Un día pasaron por la granja dos hombres de otra localidad y surgió el amor entre ellos y dos de sus hijas. El granjero finalmente accedió a que se casaran, y, al marcharse con las jóvenes, los hombres prometieron que enviarían a sus cinco hermanos para que conocieran al resto de las muchachas y se desposaran con ellas. El granjero lo consultó con sus cinco hijas solteras y, al parecerles bien, aceptó la propuesta. Pero el tiempo corría. Los veranos y los inviernos se sucedían y por la granja no aparecía nadie. Uno de esos inviernos el granjero murió y las cinco hermanas solteras decidieron hablar con el mago de la zona. Le pidieron que las transformara en picos de montaña para que su belleza perdurara mientras esperaban a sus amados. Y esa, querida Beth, es la

leyenda de las cinco hermanas de Kintail.

Su amiga asintió, si algo le gustaba eran las leyendas.

—Pobres muchachas... —se lamentó.

—Cariño, solo es una leyenda —indicó Iver divertido al ver su gesto.

La joven asintió y, acto seguido, Calum miró a Johanna y declaró:

—Si de mí depende, mi bella Johanna, tú nunca serás un pico de montaña.

Según dijo eso, todos lo miraron, y Ewen, levantándose del suelo, decidió:

—¡Creo que es el momento de ir a dormir!

—Además, se acerca una tormenta —afirmó Zac incorporándose a su vez.

Myles, que como aquellos se había levantado, asió a Johanna del brazo y la alejó de Calum.

—Vamos —dijo—. Id a dormir Amanda y tú.

Divertida por la situación, Johanna sonrió. Lo que sus tíos hacían para separarla de Calum ya era descarado.

—Tranquilo, tío Myles. ¿Por qué os ponéis tan nerviosos? —susurró.

Su hermana soltó una risotada.

—Porque no les gusta el Pelines...

—¡Amanda, no lo llames así, que te va a oír! —protestó Johanna.

Myles asintió y, divertido por el gesto de Amanda, miró a su otra sobrina y cuchicheó:

—Vamos, muchacha, a dormir, y no se te ocurra rechistar.

Se miraban con complicidad cuando se oyó a Calum decir:

—Yo las acompañaré hasta la tienda.

—¡No! —rugieron Ewen, Myles y Zac al mismo tiempo.

Todos se lo quedaron mirando, hasta que Ewen se volvió y declaró:

—Alan McGregor lo hará.

El aludido tomó aire. ¡¿Otra vez?!

Eso era lo último que le apetecía, pero, viendo el gesto de aquellos, y obviando la mala cara con que Calum lo miraba, dijo dando un paso al frente:

—Si sois tan amables...

Amanda, sin dudarlo, asió la mano de su hermana y, tirando de ella, comenzaron a caminar.

—Te juro, Amanda —murmuró Johanna para que Alan lo oyera—, que Calum empieza a darme pena.

—Pues que no te la dé. ¡Es un pesado!

—¡Amanda!

—Y que conste que podría decir cosas peores —insistió aquella.

—¿No crees que es un desplante muy feo lo que hacen los tíos con él? ¡Es un amigo!

Su hermana sonrió. Lo creía. Claro que lo creía. Entonces se volvió hacia Alan, que caminaba tras ellas.

—¿Qué opinas de lo que dice Johanna, Alan? —le preguntó.

Él, al verse incluido en la conversación, indicó:

—No soy nadie para opinar.

Amanda asintió. Aquel hombre, que sabía que a su hermana la atraía, era esquivo. Y se disponía a replicar cuando Johanna, visiblemente molesta, musitó:

—Raro sería que contestara algo...

A Alan no le gustó oír eso, sabía por qué se lo decía.

—En boca cerrada, no entran moscas —soltó.

Las dos hermanas se miraron, y Johanna señaló:

—¿En serio solo se te ocurre decir eso?

—En serio —afirmó él.

Boquiabierta, la joven resopló. Aquel hombre, con sus palabras y su indiferencia hacia ella, la estaba sacando de sus casillas. Entonces Alan, al llegar frente a la tienda, levantó la tela y dijo:

—Y ahora, si sois tan amables de entrar antes de que comience a llover, os lo agradecería.

Aunque muy enfadada, Johanna entró, pero Amanda, antes de hacerlo, le sonrió y, guiñándole un ojo, musitó con afecto:

—Gracias, Alan.

Una vez que las dos jóvenes desaparecieron en el interior de la tienda, él se dio la vuelta y se encaminó hacia el lugar donde estaban su caballo y sus cosas. Al llegar vio que todo el campamento se preparaba ya para dormir, y, tras coger de su caballo una manta, la echó en el suelo, se tumbó y se durmió. O, por lo menos, lo intentó.

Capítulo 12

El calor era asfixiante.

Johanna no podía dormir por tener demasiadas cosas rondándole en la cabeza que la tenían nerviosa.

En la lejanía oyó un trueno. Le encantaban las tormentas.

Sin poder reprimirse, se vistió con unos pantalones, una camisa y, tras ocultar su pelo oscuro bajo un pañuelo, se puso también una especie de capa. Luego dio unos golpecitos a su hermana para despertarla y susurró:

—Tata...

Amanda abrió los ojos y cuchicheó al verla:

—¿Por qué no duermes?

—No puedo. Tengo demasiado calor.

Un trueno volvió a resonar en la lejanía y Amanda rio.

—Tú has olido la tormenta y estás como loca por ir a bañarte en el lago.

Eso hizo que ambas rieran. Esa manía la habían heredado de su madre. Les encantaba meterse en el lago cuando descargaban las tormentas, para horror de su padre.

—Verlo te tiene trastocada —susurró entonces Amanda.

Sin necesidad de decir el nombre, Johanna sabía a quién se refería.

—Nunca imaginé encontrarlo aquí —dijo—, y menos aún que asistiría a la fiesta de Eilean Donan.

Amanda asintió, la entendía.

—¡El destino lo ha traído hasta ti! —murmuró.

—Eso parece.

—¿Y no te resulta emocionante?

Johanna, que era algo más escéptica que su hermana en cuanto al destino, contestó:

—No sabría decirte.

—Venga, tata, ¡no disimules!

—Amanda...

—Además, tiene una sonrisa sincera y preciosa.

—No es para tanto —mintió ella.

—Johanna, ¿acaso ahora eres ciega o es que por primera vez un hombre no te hace el caso que crees merecer y no lo soportas?

—Lo que me faltaba por oír —protestó ella.

—¿Te has fijado en el bonito trasero que tiene?

—Amandaaaaaa.

Al final, ambas rieron por aquello, y luego esta última preguntó:

—¿Te gusta?

—Por san Ninian..., noooooo.

—¿Ni siquiera un poquito?

Johanna suspiró. Lo mejor era confesar lo que su hermana sabía que era cierto.

—Venga, vale. Un poquito sí —afirmó—. Pero solo un poquito.

Amanda asintió. Eso le cuadraba más. Por el modo en que su hermana se había comportado con aquel, sabía que indiferente no le era.

—Estoy convencida de que cuando lleguemos a Eilean Donan y lo vean Annie y Connie, ¡se volverán locas! —cuchicheó—. Ya sabes que están desesperadas por encontrar el amor de su vida.

Oír eso incomodó a Johanna, y su hermana añadió con cierto retintín:

—A no ser que tengan claro que tú estás interesada en él...

—¡No digas tonterías! —musitó ella.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que Amanda dijo:

—Si en este momento me dieran a elegir entre Alan o el Pelines, sin duda me quedaría con Alan.

—Ambos son guapos y gallardos... ¿Qué diferencia hay?

Oír eso hizo que Amanda pusiera los ojos en blanco. ¿Cómo podía su hermana preguntarle algo tan evidente? Y, mirándola, indicó:

—No sé cómo será Alan porque no lo conozco, pero de entrada tiene una preciosa sonrisa, es considerado, empático y amable. Cosa que no puedo decir de Calum, quien, cuando sonríe, parece que está estreñido, y no para de descalificar y faltarles al respeto a sus hombres.

Johanna asintió, ella también se había fijado en eso. Y, para cambiar de tema, dijo:

—Quiero bañarme en el lago.

—Como se enteren Ewen, Myles y el tío Zac, te van a matar.

—¿No vienes?

Amanda negó con la cabeza y, tocándose la barriga, murmuró:

—Me duele.

Johanna la entendió. Pero, dispuesta a salir aunque fuera sola, dijo tras levantar la tela de la tienda para echar un vistazo fuera:

—Ewen está despierto. De guardia.

Amanda miró enseguida por la rendija de la tienda. Su hermana tenía razón. Ewen y Myles se turnaban para custodiarlas personalmente. Entonces, empleando un truco que ya habían utilizado antes para esquivarlos, se rascó el brazo con fuerza para ponérselo rojo y dijo:

—Vale. Le diré que estás dormida y que tengo picores en el cuerpo, y eso lo distraerá. Eso sí, ya puedes salir como alma que lleva el diablo o nos pillará. Y cuando regreses, a ver cómo te las ingenias para entrar.

Johanna asintió. El regreso no le importaba si había cumplido su propósito. Dio un beso a aquella en la mejilla y musitó:

—¡Eres la mejor!

Amanda asintió con una sonrisa y, tras guiñarle el ojo a su hermana, salió de la tienda. Acto seguido se colocó en un lateral y dijo con voz lastimera:

—Tío Ewen...

—¿Qué pasa, muchacha?

—Creo que me ha picado algo.

Rápidamente el guerrero se levantó preocupado. Fue hasta ella y, mirando el brazo enrojecido de la muchacha, susurró:

—Por todos los santos... ¿Qué te ha podido picar?

Con gesto afligido, lo abrazó; en ese momento Johanna salió de la tienda para escabullirse en

la oscuridad. Cuando Amanda dejó de abrazarlo, resonó un trueno y Ewen preguntó:

—¿Y tu hermana?

—Dormida, y mejor que no se despierte. —Y, para añadir más dramatismo, mintió—: Está en esos días del mes y...

—Muchacha, no hace falta que seas tan explícita —replicó él incómodo.

—Bueno, el caso es que le ha costado quedarse dormida —insistió Amanda.

Ewen asintió. Azorado por saber lo de Johanna, y preocupado por el brazo de Amanda, dijo:

—¿Crees que un poco de ungüento aliviaría el picor?

—Sin duda alguna —afirmó ella feliz de que su hermana hubiera salido.

Capítulo 13

Alan no podía dormir.

El calor, la tormenta que se acercaba y no poder dejar de pensar en Johanna lo mantenían en vela, por lo que, ofuscado, se levantó y, tras coger su bolsa, se encaminó hacia el lago. Un bañito le vendría bien.

Con tranquilidad, paseó por la orilla durante un rato hasta llegar a una especie de rincón oculto por la maleza y, gustoso, se desnudó. Dejó su ropa sobre una piedra y, sin dudarlo, se zambulló en el agua, donde nadó un rato, hasta que de pronto oyó:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Al oír esa voz, Alan rápidamente miró a su derecha y vio a Johanna. ¿Qué estaba haciendo allí?

Se dio la vuelta enseguida. No quería ser indiscreto ni mirar la desnudez de sus hombros.

—La pregunta es: ¿qué haces *tú* aquí? —repuso.

—Ni que decir tiene que no pienso responder a tu pregunta.

Alan parpadeó y, resoplando, murmuró:

—Pues ni que decir tiene que yo no pienso responder a la tuya.

Luego ambos guardaron silencio mientras Johanna observaba su espalda desnuda. Sin duda, aquellos hombros anchos eran toda una tentación. De pronto, notando que algo la picaba en la cintura, exclamó dándose un manotazo bajo el agua:

—Maldita sea...

Él se volvió de nuevo hacia ella enseguida y preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Ver el torso ahora desnudo de Alan, en el que se marcaban unos magníficos pectorales, hizo que a Johanna se le secara la boca, y siseó mientras un rayo cruzaba el cielo:

—A ti precisamente te lo voy a decir...

Alan levantó las cejas sin dar crédito.

—¿Quieres hacer el favor de darte la vuelta y dejar de mirarme? —soltó ella a continuación.

De nuevo él se volvió. Ver emerger del agua el precioso cuello de la joven, junto con los sedosos hombros, hizo que su cuerpo reaccionase y, sin poder evitarlo, comenzó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirió ella.

—La absurda situación.

Johanna se dio entonces otro manotazo, esta vez en el muslo derecho.

—¿Qué situación? —gruñó.

Oír su voz algo alterada hizo que Alan preguntara:

—¿Puedo volverme para hablar?

La joven lo pensó. La oscuridad de la noche y el agua ocultaban su cuerpo desnudo. Apoyó bien los pies en el suelo y dijo mientras se daba otro golpe en el brazo derecho:

—Muy bien, McGregor, puedes darte la vuelta.

Sin dudarlo, él lo hizo. Al ser más alto que Johanna, su torso quedaba expuesto, y ella, sin

poder evitarlo, lo observó. Aquel guerrero era impresionante. Y, cuando sus ojos se encontraron con los de él, advirtió:

—Si se te ocurre bajar la mirada más allá de mi nariz, te juro que lo vas a lamentar.

—¿Me estás retando?

—Te estoy advirtiendo —afirmó ella.

Alan asintió; entendía el pudor de la joven. Y, viendo que tenían la tormenta sobre sus cabezas y ya empezaba a chispear, dijo:

—Será mejor que salgamos del agua.

—Habla por ti, no por mí.

Oír eso hizo que el guerrero la mirara.

—¿Por qué no he visto a ninguno de tus hombres custodiándote? —preguntó sorprendido.

—¿Ahora me tuteas? ¿Acaso nos conocemos?

Alan resopló. Y Johanna, que había entendido su pregunta, respondió mientras notaba que caía el agua del cielo:

—Ninguno sabe que estoy aquí.

—¿Tus tíos tampoco?

—Ellos menos aún.

Atónito, Alan movió la cabeza y refunfuñó:

—Pero ¿cómo se te ocurre venir a bañarte sin avisarlos?

—McGregor, no me gruñas.

—Aquí sola podría pasarte cualquier cosa —insistió él.

Johanna se encogió de hombros y afirmó con mofa:

—Debería haber avisado a Calum... El baño habría sido más placentero y emocionante.

—¿Sabías que eres una descarada? —murmuró él sin dar crédito.

—Descarada, retadora, desafiante, osada, imprudente, peleona... Sí. La verdad es que llevo toda la vida oyendo esas definiciones sobre mí.

—Por algo lo dirán, ¿no crees?

Johanna asintió y, con una sonrisa que cautivó a Alan, aseguró:

—Lo dicen y con toda la razón.

Se miraron unos segundos en silencio de manera desafiante, hasta que ella, dándose un nuevo manotazo en el brazo, preguntó:

—¿No sientes como si te picara algo?

Descolocado por aquella mujer, él no supo qué contestar, y ella, moviéndose rápidamente, gruñó:

—Maldita sea..., me están comiendo las piernas.

Acto seguido se abalanzó sobre él. No sabía qué era, pero algo le picaba mucho, y Alan, al notar que se le echaba encima, la agarró sin dudarlo.

—¡Me pica! ¡Me pica!

—¿Qué te pica? —preguntó desconcertado mientras oía otro trueno.

Olvidándose de su desnudez, Johanna se pegó a su cuerpo en busca de refugio. En ese momento Alan sintió que algo lo picaba también en las piernas y, sin tiempo que perder, y con ella agarrada a él como un mono, salió del agua a toda prisa mientras un nuevo rayo cruzaba el cielo.

Una vez fuera, la joven, consciente de la desnudez de ambos y de cómo estaba aferrada a su cuerpo, murmuró:

—No..., no sé cómo hemos podido acabar así.

Alan asintió. Tenía a Johanna desnuda en brazos. Sus manos agarraban su aterciopelada piel, y sentía sobre su torso los pechos desnudos de la joven. En ese momento la miró a los ojos y ella le advirtió:

—Si miras más abajo de mi nariz, te juro que...

—¡No voy a mirar! Sé respetar —gruñó él.

La muchacha asintió. Tenía que bajarse de sus brazos. Pero ¿cómo?

Se miraron a los ojos en silencio mientras eran conscientes del calor abrasador que emanaban sus cuerpos. Un calor ardiente que hizo a Alan decir:

—Debemos separarnos.

Sin dudarlo, ella asintió y él cuchicheó:

—Prometo cerrar los ojos cuando te bajes, no miraré.

Johanna suspiró alterada. Aquel hombre, su olor, su cercanía y su masculinidad la estaban alterando como nunca.

—¿Eres un hombre de palabra? ¿Me prometes que no lo harás? —preguntó.

—Lo prometo.

De nuevo, se miraron. Se tentaron. La atracción que sentían se acrecentaba a cada instante mientras la lluvia arreciaba, hasta que Johanna, sin pensarlo, acercó los labios a los de él y los paseó por encima.

—¿Qué haces? —susurró Alan, cuyo cuerpo se estremeció.

—No lo sé...

—¡Para, Johanna!

—Dame un instante —musitó ella disfrutando de aquello.

Aquel gesto, tan fugaz, tan breve, tan efímero, hizo que la excitación de ambos se incrementara hasta unos niveles difíciles de gestionar. Y entonces ocurrió sin más. Un rayo cruzó el cielo y el ansiado beso llegó por fin.

El tímido contacto del principio se volvía a cada segundo más vivo, más exigente, más intenso. Johanna estaba experimentando una clase de intimidad que en la vida había sentido, pero Alan, entendiendo que no podían seguir por ese camino o se acabarían arrepintiendo, dio el beso por finalizado y murmuró:

—¡Basta o no podré parar!

No obstante, a la muchacha nunca le habían gustado las imposiciones y, cuando volvió a intentar besarlo, él, conteniéndola, indicó con seguridad:

—No vuelvas a retarme o esta vez, cuando seas consciente de lo que hemos hecho, sabrás que el reto lo he ganado yo.

Un nuevo trueno resonó en el valle y Johanna, entendiéndolo, asintió.

Pero ¿qué estaba haciendo?

Aquella boca, aquellos labios, aquel hombre. La tormenta, el momento. De pronto todo aquello se le antojaba muy tentador. Pero debía parar. Lo que estaba haciendo era lo más desatinado que había hecho en su vida. Con su comportamiento no solo estaba mostrándose como una fresca, sino que le estaba entregando una parte de su ser a un hombre que no había querido saber nada de ella.

—Tienes razón. Mejor dejémoslo aquí —afirmó.

Ambos asintieron, pero ninguno de los dos se movió. La tormenta de verano caía sobre ellos empapándolos, refrescándolos. Alan, viéndola sonreír al mirar hacia el cielo, murmuró:

—Te gustaban las tormentas, lo recuerdo.

Johanna lo miró entonces y, sin pensar, soltó:

—Y yo recuerdo que las odiabas.

Al oír eso, Alan levantó las cejas. Lo recordaba. ¿Ella lo recordaba? ¡Lo sabía!

Y la joven, consciente de su error al afirmar aquello, murmuró:

—*Aguafiestas*.

Alan negó con la cabeza. «Aguafiestas» era lo que le había llamado aquel día en la posada de Culsalmond, cuando Beth comentó que a él no le gustaban las tormentas. Johanna le había tomado el pelo delante de todos; molesto por aquello, dijo evitando pedir explicaciones:

—Mira, guapa. Estamos fuera del lago, ya no puede picarte nada. Lo mejor es que pongas los pies en el suelo y te separes de mí.

Abstraída y tan excitada como él, la joven asintió. Lo que proponía Alan era lo mejor. Pero, al hacerlo, algo largo y duro la golpeó entre las piernas y, cerrando los ojos, murmuró:

—Dios bendito...

Horrorizado porque ella se hubiera dado directamente contra su erección al bajar, Alan tomó aire y, una vez que la dejó en el suelo y la separó de él, dándose la vuelta para no mirarla, respondió mientras se tapaba las vergüenzas con las manos:

—Lo siento, pero ha sido culpa del acalorado momento...

Exaltada por todo, Johanna corrió hacia el lugar donde había dejado su ropa. En la vida había vivido una intimidad así con un hombre. Al llegar hasta ella y mirar sus piernas, sus brazos y todo su cuerpo, susurró:

—¡Madre míaaaaa!

—¿Qué pasa?

—¡No te des la vuelta! —gritó Johanna al ver que se movía.

Alan se detuvo.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó tras volver a su posición inicial.

La joven, que observaba su piel llena de pequeñas marcas rojas, respondió:

—Que estoy llena de picaduras.

—Los bichos se atraen entre sí —masculló aquel.

—¿Me acabas de llamar «bicho»?

Divertido, él matizó:

—Dejémoslo en... bicha.

Oír eso hizo que Johanna cogiera un palo del suelo. Acto seguido se lo tiró y le dio con él en la espalda mientras siseaba:

—Serás desagradable...

Alan sonrió. Sin duda aquella era una buena bicha. Pero, cuando alzó una mano para retirarse el pelo de los ojos, maldijo. A él también le había picado lo que fuera. Sin embargo, se lo calló.

A toda velocidad, Johanna trató de ignorar las picaduras y se puso los pantalones, las botas y la camisa. Cuando acabó, mirando el trasero de aquel y viendo las mismas marcas que ella tenía, murmuró:

—Siento decirte que a ti también te han picado.

—Es lo que sucede cuando se está junto a una bicha —afirmó Alan conteniendo la risa.

Tras unos segundos en los que Johanna estuvo decidiendo si volvía a tirarle otro palo o no, finalmente renunció a hacerlo. Eso sí, paseó la mirada por el cuerpo de aquel con lujuria y deleite y se percató del lunar que este tenía en forma de estrella en la cacha derecha del culo, lo que la hizo sonreír.

—Muévete y vístete —le ordenó a continuación.

Obedeciendo, Alan fue hasta su ropa y, sin mirar hacia donde ella supuestamente estaba, se

vistió aún excitado por el momento vivido. Todo había sido raro, especial, inquietante.

—¿Ya está vestida la señorita Libre Como el Viento? —preguntó sin volverse cuando terminó.

La joven, que había observado que aquel se vestía, aún acalorada por los descubrimientos de anatomía masculina que había hecho esa noche, sonrió y afirmó mientras se recogía el pelo para esconderlo bajo el pañuelo:

—Sí. Ya puedes volverte.

Alan lo hizo. Miró en silencio lo que aquella hacía y, curioso, preguntó:

—¿Ocultas tu cabello?

—Sí. He de parecer un hombre cuando llegue al campamento o me descubrirán.

Él asintió. Estaba claro que la muchacha sabía lo que hacía. De repente se oyó un nuevo trueno y ella, mirándolo, dijo mientras sentía que le ardía todo el cuerpo:

—Nada de todo esto ha pasado, ¿entendido?

Alan la entendió. Si el padre de aquella se enteraba de algo, con seguridad eso repercutiría en sus negocios.

—No sé de lo que hablas —afirmó conteniendo sus propios ardores.

Con la mirada se entendieron, al tiempo que se retaron. En su cabeza, ambos daban vueltas a la intimidad de la que habían disfrutado, hasta que Alan preguntó:

—¿Por qué fingiste delante de todos que no me recordabas?

Oír eso hizo que la joven resoplara.

—¿Acaso era importante que lo reconociera delante de ellos?

—¿Puedes responder a mi pregunta? —insistió él.

—Tengo que pensarlo.

Alan resopló a su vez. Aquella lo desesperaba al tiempo que lo atraía.

—Regresemos al campamento —indicó tomando aire.

En silencio y sin tocarse comenzaron a caminar en la quietud de la noche, mientras la tormenta de verano se alejaba y ambos lidiaban con la tormenta que arrasaba en su interior. Con el rabillo del ojo, el uno miraba al otro. La situación era tensa a la par que gustosa, y cuando llegaron a las inmediaciones del campamento, donde todo el mundo dormía en las tiendas y bajo las mantas para no mojarse, Johanna preguntó:

—¿Puedes ayudarme a distraer al tío Ewen, que está frente a mi tienda, para que no me vea entrar?

Alan miró hacia el lugar donde ella señalaba. Ayudarla no sería complicado, pero, acercándose a su caballo, dijo dispuesto a acomodarse:

—No. Ni lo voy a pensar siquiera.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece..., *bicha*. —Él sonrió.

Johanna asintió. En cierto modo esperaba aquella contestación. Le guiñó un ojo con chulería, cogió dos piedras y se acercó a él. Se empinó para situarse frente a sus ojos y, tremendamente excitada, murmuró:

—Eres muy tonto, ¿lo sabías?

Sentirla tan cerca desconcertó a Alan. ¿Por qué lo retaba todo el tiempo? Cuando se disponía a responder, ella cogió las riendas de la situación y lo besó. De nuevo apretó los labios contra los de aquel con un deseo desenfrenado y Alan no la rechazó, hasta que Johanna, tomando conciencia de dónde estaban y de lo que hacía, se retiró bruscamente de él y siseó molesta:

—No..., no..., no...

—Has sido tú, no yo... —susurró Alan.

La joven asintió. Negar aquello era una tontería.

—Esto no volverá a suceder nunca más —indicó dando un paso atrás para separarse de él.

—Tenlo por seguro —afirmó Alan con un hilo de voz.

Tras una última mirada que lo traspasó, ella se dio la vuelta y, con las piedras en la mano, comenzó a caminar en dirección a la tienda.

Inquieto, excitado y desconcertado, el guerrero observaba que aquella se acercaba con sigilo a la tienda donde dormía su hermana y, en cuanto llegó junto a ella, parapetada por la oscuridad, arrojó más allá una de las piedras que llevaba en la mano. Ewen, que estaba de guardia, se levantó al oír el ruido. Johanna tiró entonces la otra piedra y él caminó siguiendo la estela del sonido. En ese momento ella rodeó la tienda y se lanzó dentro de ella. Desde donde estaba, Alan sonrió al verla.

Una vez dentro de la tienda, Amanda, que se había despertado al notar un golpe, miró a su hermana, y esta, emocionada y empapada por la lluvia, declaró mientras pensaba en el destino:

—Tata, ha sido uno de los mejores baños de mi vida.

Capítulo 14

Tras bordear las montañas, el grupo se dirigía al galope hacia Eilean Donan cuando a mediodía pararon para comer. Rápidamente los cocineros prepararon unos guisos de conejo y Sandra, mirando a Johanna, que se rascaba los brazos, murmuró:

—Esos granitos que tienes en los brazos y en el cuello, ¿de qué son?

Johanna resopló. Aquello le picaba una barbaridad, y tomó aire.

—No lo sé. He amanecido con ellos —mintió.

Su hermana la miró con una sonrisita y Ewen, que pasaba junto a ellas, comentó:

—A Amanda le pasó igual anoche, pero se despertó y atajamos el problema echándose ungüento. Deberías echarte tú también, Johanna.

La joven asintió. Lo que se había echado su hermana a ella no le serviría de nada. Entonces Beth, acercándose, miró lo que su amiga tenía en los brazos.

—Esas pústulas te están matando, ¿verdad? —dijo.

Johanna cabeceó. El picor que sentía era terrible.

—Una vez las tuve ¡y me quería morir! —añadió Beth.

—¿Y qué fue lo que te picó? —preguntó Sandra.

—Según me dijo la tía Ottilia, fueron unas larvas de agua —contestó Beth recordando aquel episodio.

Amanda sonrió con disimulo. Johanna no.

—En la bolsa de Iver llevamos unas hierbas muy buenas que se cuecen, se beben y los picores desaparecen —explicó Beth—. ¿Quieres que vaya a buscarlas?

Sin dudarlo, Johanna dijo que sí, necesitaba dejar de sentir esos picores, y suplicó:

—Por favorrrr.

Beth se encaminó de inmediato hacia donde su marido y sus hombres preparaban la comida y, una vez que llegó, preguntó mirándolo:

—Cielo, llevas tú la bolsa de las medicinas, ¿verdad?

Iver asintió. Y, señalando su caballo, afirmó:

—Allí está.

Acompañada por él, Beth llegó junto al caballo y, cuando le dio la bolsa de cuero, ella la abrió y comenzó a rebuscar en su interior.

—¿Qué buscas? —preguntó Iver.

Tan ensimismada estaba buscando las hierbas que Beth ni siquiera oyó la pregunta. En ese instante Alan se les acercó y preguntó apeándose del caballo:

—¿Qué ocurre?

Iver lo miró.

—No sé. Beth está buscando algo.

Ella sacó frascos, ungüentos, sabía lo que buscaba; de pronto se percató de que Alan se rascaba el brazo a su lado. Al mirarlo vio que las pústulas eran idénticas a las que Johanna tenía.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó curiosa.

Rabiando de picor, Alan respondió:

—Anoche me bañé en el lago y me picó algo.

Beth asintió. ¡Qué casualidad! Y, viendo que él miraba hacia donde estaba Johanna, bajó la voz para que nadie los oyera y añadió:

—¿Por casualidad no te bañarías en el lago con la señorita Libre Como el Viento?

Al oír eso, Iver miró a su amigo, y este, negando con la cabeza, se apresuró a responder:

—No.

—¡¿Seguro?! —insistió Beth.

Alan se movió en el sitio molesto por la pregunta. Se tocó el cuello y asintió.

Acto seguido los tres se quedaron mirándose en silencio, hasta que Iver musitó:

—Recuerda, han de pasar cinco o seis años, ¡antes no!

Alan lo miró y siseó enojado:

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

Beth, que hasta ese momento había permanecido ajena a todo aquello, entendiendo de pronto sus palabras, preguntó sorprendida:

—Pero ¿qué es lo que no me habéis contado?

Iver miró a su mujer y Alan se apresuró a decir mientras se rascaba la pierna:

—Iver..., no.

Beth parpadeó. Sus conclusiones ya estaban sacadas. Más tarde sonsacaría a Iver.

—¿Acaso ella te agrada? —preguntó sin mencionar nombres.

—Por favor, Beth, no digas tonterías —gruñó Alan.

Iver sonrió. Ella también. Y Alan, viendo que aquellos lo miraban, bajó la voz y explicó:

—Fue pura coincidencia. Yo fui al lago a bañarme. Ella hacía lo mismo y nos encontramos. Fin del asunto.

Iver asintió y luego Alan añadió:

—Y, por cierto, sabía quién era yo cuando nos vimos. Me lo confirmó cuando me llamó «aguafiestas».

Beth, boquiabierta, iba a hablar cuando Alan, consciente de que había faltado a la palabra que le había dado a Johanna, advirtió:

—Ni se te ocurra contarle lo que he dicho. Así pues, sor Pesadilla, más vale que mantengas tu boquita cerrada o me enteraré de que la has abierto porque esa bicha no es de las que se callan...

—¡¿«Bicha»?! —se mofó Iver.

Alan maldijo, e Iver y Beth soltaron una risotada. Estaba claro que entre aquellos existía una gran atracción.

—¿Ocurrió algo en el lago? —preguntó Iver a continuación.

Alan negó con la cabeza. Él era un caballero, nunca hablaría de aquello, por lo que, para satisfacer la curiosidad de sus amigos, indicó rascándose el brazo:

—Simplemente nos encontramos.

Beth asintió. Desde luego, Johanna tenía que explicarle lo que ocurría allí. Agarró las hierbas que buscaba y declaró:

—Voy a hervirlas. Saben a rayos, pero son efectivas. Cuando las tenga te llevaré a ti también. Así ambos dejaréis de rabiar por el picor.

Alan asintió, pero se preocupó al ver a Johanna rascarse la pierna.

—¿Ella cómo está? —quiso saber.

—Rabiando como tú —apostilló Beth.

Consciente de cómo podía sentirse aquella sabiendo cómo se encontraba él, el guerrero pidió

entonces frente a la guasona mirada de su amigo:

—Emplea en ella todas las hierbas. Yo puedo aguantar el picor.

Iver y Beth se miraron. Eso acababa de confirmar algo de lo que Alan todavía no se había percatado.

—Tranquilo. Hay suficiente para los dos —dijo Beth conmovida.

Una vez que la joven se alejó con la talega de las hierbas, Iver y Alan se quedaron charlando. Tenían que hablar.

Capítulo 15

Cuando Beth hubo hervido las hierbas, tras llenar dos cuencos e indicarle a uno de los hombres de su marido que, cuando pudiera, se lo acercara a Alan, se encaminó hacia Johanna, que estaba junto a su hermana, y le entregó el cuenco.

—Bébetelo —pidió.

Sin dudarlo, ella cogió lo que su amiga le entregaba y, tras dar el primer sorbo, musitó descomponiendo el gesto:

—¡Está asqueroso!

—Lo sé —asintió Beth—. Pero su efecto te aliviará.

Johanna dio un nuevo trago.

—¿Por casualidad no te bañarías ayer en el lago? —preguntó su amiga Beth.

Johanna no contestó, pero su hermana, mirándola, afirmó en su lugar:

—La respuesta es ¡sí!

—¡Amanda! —protestó ella comprobando que nadie la había oído.

—¡¿Qué?!

Las hermanas se miraron ante la sonrisa de Beth, y luego Amanda murmuró:

—Sé sincera con ella. Te escapaste de la tienda para bañarte en el lago durante la tormenta. Por san Fergus, Johanna, pero si llegaste emocionada e incluso me dijiste que había sido uno de los mejores baños de tu vida.

Pensar en ello hizo sonreír a Johanna. ¡Si ella supiera...!

—¿Dijiste eso porque te bañaste con Alan McGregor? —inquirió entonces Beth sin rodeos.

Su amiga parpadeó boquiabierta al oírlo. ¡¿Cómo lo sabía ella?! Y, buscándolo con la mirada, siseó:

—Lo voy a matar.

—Mujer... —Beth sonrió.

—Le dije que mantuviera la boca cerrada —insistió incapaz de localizarlo.

Amanda, sorprendida, clavó los ojos en los de su hermana y susurró:

—El destino es tremendo, tata.

—Ais, Amanda, ¡déjate de tonterías! —protestó.

Beth, que veía que aquellas se miraban con fiereza, se disponía a preguntar cuando Johanna aclaró:

—Amanda es de las que creen que el destino es el que mueve los hilos de la vida.

Beth sonrió. Y Amanda, sin apartar la vista de su hermana, insistió:

—¿Te bañaste con Alan? ¿Con el McGregor?

—¿Quieres bajar la voz? —la regañó Johanna.

—Por san Ninian, si se enteran los tíos o papá —musitó Amanda.

Johanna resopló. Aquello podía ser un gran problema.

—Maldito bocazas —gruñó sin localizar a Alan.

—¿Por qué no me lo dijiste? —insistió Amanda.

Beth, consciente de que había metido la pata por no guardarse lo que Alan le había pedido que no dijera, iba a hablar cuando Johanna cuchicheó agobiada:

—A ver...

—Exijo saber la verdad —gruñó Amanda—. O juro por mamá que les cuento a los tíos que anoche te escapaste, aunque eso suponga una reprimenda también para mí.

—Amandaaaa...

—Ni Amanda ni leches..., quiero la verdad —indicó aquella con su sonrisita.

Molesta, Johanna resopló. Y, viendo que era imposible seguir ocultando lo que Beth ya conocía, susurró:

—Nos encontramos por casualidad en el lago.

—Yo llamo «destino» a la casualidad —se mofó Amanda.

—Yo estaba bañándome. Él llegó... y..., y tropezamos en el agua.

—¡¿Desnudos?! —preguntó Amanda.

Sin dudarlo, su hermana asintió.

—¡Por san Fergus, qué escándalo! —exclamó esta.

Johanna resopló. Y, viendo que aquellas dos la miraban, prosiguió sin pensar en lo que iba a decir:

—Entonces algo comenzó a picarme en el cuerpo. Me lancé contra él para evitarlo y..., y al salir del agua en sus brazos, no sé qué pasó, pero..., pero ¡lo besé!, ¡él me besó!, y...

—¡¿Que os besasteis?! —inquirió Beth.

—Pero ¿beso... beso... beso? —preguntó Amanda, a lo que Johanna asintió.

—¡¿Cómo que os besasteis?! —insistió Beth descolocada.

Johanna, al oírla, la miró sorprendida. ¿Acaso no lo sabía ya?

—Alan solo dijo que os encontrasteis. No dijo nada más —aclaró Beth.

Horrorizada, ella se tapó los ojos con la mano. Se había ido dos veces de la lengua.

—Pero qué monos sois los dos —se mofó Beth.

Que se hubieran besado no escandalizaba tanto a Beth como parecía escandalizar a Amanda, que, mirando a su hermana, musitó mientras gesticulaba:

—Por san Fergus, Johanna, no me digas que también...

—Nooooo —cortó ella—. No pasó nada más.

—¡Papá lo mata! Si no lo hacen antes los tíos.

—No tienen por qué enterarse. ¿O acaso tu amigo el destino se lo va a contar? —gruñó Johanna.

Las tres se miraron en silencio, y esta última murmuró:

—Os prometo que sentí que había perdido la razón. Mi cuerpo, como siempre nos decía mamá, entró en llamas, y entonces yo...

—Tataaaaa —murmuró Amanda boquiabierta.

Johanna suspiró. Recordar aquello hacía que todo su cuerpo entrara de nuevo en llamas; en ese momento encontró por fin a Alan con la mirada.

—Ni os imagináis lo que sentí cuando nos besamos —susurró—. Fue todo perfecto. Él. Yo. La tormenta. El momento...

Oír hablar así a Johanna descolocó a Amanda. Era la primera vez que un hombre desconcertaba a su retadora hermana de aquella manera.

—¿Enamorada? —preguntó.

—Nooooo.

Beth las observaba divertida.

—Eso se llama «atracción» —dijo—. Y en ocasiones la atracción puede terminar en amor.

—¡Pero qué tontería dices! —replicó Johanna.

Beth asintió y, mirando a Iver y a Alan, que caminaban por el campamento junto a Zac, susurró:

—Créeme que sé de lo que hablo. Mis inicios con Iver no fueron nada buenos. Él pensaba que yo era una loca y yo pensaba que él era un idiota, y cuanto más intentábamos alejarnos, más nos acercábamos.

—¡El destino! —afirmó Amanda.

Ensimismadas, escucharon a Beth mientras les contaba su historia de amor con Iver y, cuando terminó, Amanda murmuró:

—¿Fue a buscarte hasta Noruega?

Beth asintió. Recordar aquello siempre la hacía sonreír.

—Cuando lo vi, os juró que pensé que estaba soñando —aseguró—. Ni en el mejor de mis sueños imaginé a Iver en Noruega junto a Alan y otros guerreros. Pero el amor lo hizo subirse a un barco para buscarme, y cuando me encontró me dijo que, si mi felicidad estaba allí, él se quedaría conmigo. Ese ha sido uno de los momentos más bonitos de mi vida.

—¡Oh, qué monoooooo! —cuchicheó Amanda.

—¿En serio dijo eso? —preguntó boquiabierta Johanna al oír que Alan también había viajado a Noruega.

—En serio —afirmó Beth—. Y hoy por hoy somos felices con nuestros niños, y os aseguro que no podríamos vivir el uno sin el otro.

Amanda sonrió. Le encantaban las historias de amor.

—Siempre me he preguntado dónde tendrá retenido el destino a mi amor de ojos grises —comentó.

—¿Amor de ojos grises? —preguntó Beth.

Las hermanas procedieron entonces a explicarle el porqué de aquello. Y Beth estaba sonriendo cuando Amanda afirmó:

—Algún día lo que espero me encontrará. ¿Y sabes por qué?

Su amiga negó con la cabeza y, de inmediato, las hermanas dijeron al unísono:

—Porque todo lo que nos ocurre tiene su plan secreto, aunque nosotros no lo sepamos.

Las tres rieron por aquello y luego Beth, viendo que Johanna miraba a Alan, indicó:

—Cuando Alan ha sabido que tú tenías los mismos picores que él, se ha preocupado. ¿Y sabes lo que ha dicho? —Johanna la miró y ella cuchicheó—: Ha pedido que las hierbas fueran todas para ti porque él aguantaría el picor.

—Ohhhh, qué monooooo —susurró de nuevo Amanda.

—¿Ha dicho eso? —preguntó Johanna sorprendida.

Beth asintió y luego aquella, mirando a su hermana, murmuró:

—Como dice papá, solo se sabe si eres importante o especial para alguien cuando antepone tus necesidades a las suyas.

—Sin duda alguna, así es —afirmó Beth mirando a Iver.

Johanna sonrió. Saber ese detalle de Alan hacia ella la conmovió, y, mirando su cuenco, preguntó rápidamente:

—¿Le has dado a él?

Beth asintió y, cuando se disponía a responder, Ewen se acercó a ellas.

—Proseguimos el viaje —anunció—. Montad en vuestros caballos.

Capítulo 16

El trayecto hacia Eilean Donan se hizo con tranquilidad.

Con disimulo, Johanna observaba a Alan, que cabalgaba charlando junto a Iver. Con el detalle que había tenido en lo referente a las hierbas, el guerrero le había demostrado que, a pesar de cómo se llevaran, sentía afecto por ella.

—Valoro su sonrisa sincera.

Johanna sonrió al oír a su hermana. Amanda siempre decía que un hombre con una sonrisa sincera era una buena persona a la que merecía la pena conocer.

—¿No vas a acercarte para ver cómo está? —preguntó esta a continuación.

Johanna negó con la cabeza.

—Sois los dos iguales —comentó Beth—. Unos orgullosos.

Eso hizo que su amiga la mirara y murmurara:

—Beth, entre él y yo las cosas están claras.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿Y por qué os... mua-mua? —preguntó Amanda.

Ellas rápidamente le ordenaron callar. Estaban rodeadas de hombres y oídos. Y Amanda, soltando una carcajada, cuchicheó:

—¿Acaso he de pensar que ahora mua-mua a cualquiera?

—Nooooo.

—¡¿Entonces...?!

Desconcertada, Johanna miró en dirección a Alan, que hablaba con Iver a distancia de ella. Y Beth, para ayudarla, indicó:

—El mua-mua pasó porque hay atracción.

Las hermanas se miraron un breve instante y luego Amanda, observando a Max, el guerrero de Calum, comentó:

—A ver, es mono. Reconozco que me lo miro, pero no deseo mua-mua...

—Ya..., ya..., como si fueras a decir que no a un mmmm-mmmm...

—¡Beth! —Rieron las dos.

Las muchachas seguían charlando de sus cosas cuando de pronto Johanna oyó a su lado:

—El viaje está siendo muy agradable, ¿no crees, mi preciosa Johanna?

Al mirar, se encontró con Calum y Max. El primero, sonriendo, puso su caballo junto al de ella y añadió:

—Será un placer disfrutar de la fiesta en Eilean Donan contigo. Me ha dicho mi padre que vuestros progenitores son unos excelentes organizadores de fiestas y que en ellas el divertimento está asegurado.

—Dicen que suele ser una fiesta inolvidable —afirmó Max sonriéndole a Beth.

Johanna asintió, lo que Calum y Max decían era cierto. Ewen llegó entonces rápidamente hasta ellos y preguntó dirigiéndose a Johanna:

—¿Necesitas algo, mi cielo?

Amanda sonrió. Su hermana también. Sus tíos eran tan protectores como su padre.

—Ahora mismo, no. Gracias, tío Ewen —indicó riendo.

—¡¿Seguro?!

—Segurísimo —señaló Johanna divertida.

Con cierto pesar, Ewen asintió y se marchó, no sin antes mirar a Calum con un gesto de «te tengo en el punto de mira».

—¿Acaso les caigo mal a tus tíos? —preguntó este último.

Las chicas se miraron y Johanna, intentando no sonreír, inquirió:

—¿Por qué crees eso?

Calum intercambió una mirada cómplice con Max, se echó hacia atrás su bonita cabellera y respondió:

—No hay una sola vez que me acerque a ti que no aparezca alguno para alejarme, y entre ellos incluyo a ese Alan McGregor.

Divertida por aquello, Amanda dejó escapar una carcajada y soltó ganándose una sonrisa de Beth:

—Quizá es porque te acercas demasiado.

Johanna miró a su hermana. Como siempre, Amanda no retenía sus palabras, por lo que, mirando a Calum, que observaba como se reían su hermana y Beth, replicó:

—No les caes mal. Es solo que me protegen porque ven que estás pendiente de mí.

—¿Tan obvio es?

—Muy obvio —declaró Max.

Esa contestación y el gesto de Calum hicieron que las chicas soltaran una carcajada. Aquello provocó que Alan mirara curioso en su dirección. ¿Qué había dicho aquel tipo para que Johanna riera de ese modo?

Durante varios minutos, Alan observó a Calum y a Max bromear con aquellas, hasta que Iver, que iba a su lado, dijo:

—Quizá estaría bien que te acercaras para ver cómo está.

Con gesto ceñudo, él negó con la cabeza y, viendo que aquella descarada reía con Calum, afirmó:

—Está perfectamente. ¿No ves lo bien que se lo pasa?

Iver asintió. Junto a ellas cabalgaba Beth, que estaba muerta de la risa.

—Sí —indicó él—. Es evidente que se lo pasan bien.

Desde la distancia, Alan prosiguió observando que Johanna reía a carcajadas con el tal Calum. Ver que aquel la miraba y acercaba su caballo al de ella lo enfermaba más y más a cada instante, pero se mantuvo firme. Para él era importante su negocio de caballos y, dentro de él, estaba Duncan, el padre de aquella. Así pues, levantó la vista al cielo y comentó:

—Qué maravilla de día que hace, ¿verdad?

Iver asintió al oírlo y acto seguido afirmó:

—Sí. Un excelente día.

Capítulo 17

Cuando pararon para almorzar, Alan estaba calentito.

Durante horas había visto a Calum y a Johanna hablar, intimar y reír, y su frustración era tremenda. Cuanto más intentaba no mirarla ni escucharla, más la veía y la escuchaba.

Johanna, que se había apeado de su caballo al igual que los demás, vio a Alan encaminarse hacia el bosque a grandes zancadas. Su hermana lo vio también y, con un movimiento de cabeza, le indicó que fuera tras él. Ella la cubriría.

Esta vez Johanna no lo pensó. Necesitaba hablar con Alan. Pero, en cuanto se movió, Myles y Ewen le cortaron el paso y ella, con gesto cómico, preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

Los dos hombres miraron a su alrededor y Johanna, sabiendo a quién buscaban, indicó:

—A vuestra derecha.

Rápidamente aquellos miraron. Ver a Calum peinándose frente al espejo los tranquilizó, y la joven, que quería que la dejaran a solas, dijo para incomodarlos:

—Necesito un momento de intimidad. Estoy en esos días del mes.

Siempre que oían eso Myles y Ewen no sabían qué decir, y, mirando a Calum, Myles señaló:

—No te alejes mucho.

Una vez en el bosque, Johanna miró hacia los lados. No veía a Alan. No sabía hacia dónde se había dirigido. Pero, fijándose en los ramajes que había en el suelo, y en las huellas recientes de unas botas, imaginó que eran las suyas y comenzó a seguir el rastro. Así estuvo un rato, hasta que de pronto oyó:

—No me gusta que me sigan.

Johanna se quedó parada y luego se volvió.

—Solo un vanidoso como tú puede pensar algo así —repuso.

Alan sonrió al oírla. Desde que habían comenzado el viaje, ambos no habían dejado de mirarse, de retarse. Y Johanna, viendo las picaduras que aquel tenía en el brazo, declaró:

—Quería saber si estabas mejor de las picaduras.

—Ohhh..., ¡qué mona! ¡Qué detalle!

Oír su voz y sentir su enfado confundió a Johanna.

—¿Y ahora qué te he hecho para que me hables así? —preguntó mirándolo.

Alan no contestó. Ella no había hecho nada, solo que verla hablando y riendo con aquel lo había enfermado.

—¿Sabes? —añadió Johanna molesta—. No voy a volver a preguntarte ni a interesarme por tus picaduras.

Y, dicho eso, comenzó a alejarse; Alan, resoplando, fue hasta ella y dijo cortándole el paso:

—Vale.

—¿Vale, qué?

Él asintió. Desperdiciar aquellos momentos que deseaba pasar con ella era de tontos.

—Lo siento. Hoy no estoy teniendo un buen día. Solo es eso —dijo.

A Johanna la conmovió oír eso, e, incapaz de callar, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Confundido, porque cada vez que creía que salía de un charco se metía en otro, Alan respondió:

—Temas personales. Si no te importa, no quiero hablar de ello.

Ella asintió, y luego él, dulcificando el gesto, quiso saber:

—¿Tú estás mejor?

La joven miró las picaduras de su brazo, afirmó con la cabeza y después preguntó:

—¿Y tú?

—El brebaje de hierbas de Beth sabe a rayos, pero es tremendamente efectivo.

Ambos sonrieron y Alan, mirándola, agregó:

—Me alegra saber que ya no rabias de picor.

Con un gesto que hizo que a él el corazón le diera un vuelco, Johanna sonrió y afirmó bajando la voz:

—Y yo me alegro de que ya no rabies tú.

Durante varios minutos hablaron de banalidades como el tiempo, los picores y los árboles que los rodeaban mientras caminaban, hasta que Alan, deteniéndose, declaró:

—He de confesarte algo que me tiene inquieto.

Curiosa por aquello, Johanna musitó:

—Tú dirás.

Él resopló. Conociéndola, sabía que lo que tenía que decirle no le iba a gustar, pero, consciente de que tenía que ser fiel a lo que predicaba, soltó:

—Cuando Beth ha visto mis picaduras, me ha preguntado dónde me habían podido picar. Yo le he dicho que con seguridad fue en el lago, cuando me bañé, y..., y..., bueno..., sin darme cuenta he afirmado que tú y yo estábamos juntos.

A Johanna le gustó oír eso. Que para él fuera importante sincerarse en ese tema sin duda era un bonito detalle.

—Créeme que soy discreto con mi vida privada —añadió—. Todavía no sé cómo he podido soltar eso, cuando quedamos en que nadie debía saberlo.

Johanna negó con la cabeza. Echarle la bronca tras aquella confesión era lo más fácil del mundo. Pero ni quería ni podía. No sería justa. Lo que estaba claro era que Beth no les había contado ni a él ni a Iver lo que ella le había revelado.

—Sabiendo lo que me han contado, podría decir muchas cosas —dijo tomando aire.

—Así es. Y todas merecidas —afirmó él.

—Pero no sería nada justa contigo si tú no supieras que yo también me he ido de la lengua... y que mi hermana y Beth saben que no solo nos bañamos desnudos, sino que también nos besamos.

Los ojos de Alan se abrieron como platos.

—Por san Ninian —murmuró—. Si tu padre o tus tíos se...

—Ni mi padre ni mis tíos se van a enterar —lo cortó ella con seguridad.

Alan se llevó las manos a la cabeza, y ella, con un gracioso gesto, musitó:

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. Se me ha escapado y...

No pudo decir más. Dejándose llevar por lo que sentía en aquel instante, él la agarró de pronto por la cintura y, acercándola a su cuerpo, la besó.

Desde el último beso que ella le había dado, el guerrero no había podido dejar de pensar en repetirlo. Cuando el beso acabó, se miraron y ella lo besó de nuevo.

La atracción que sentían el uno por el otro los desbordaba. Y Alan, separándose de ella, murmuró:

—Te perdono.

Johanna sonrió y susurró con calidez:

—No sabes cuánto me agrada oír que no tienes que pensarlo y me perdonas.

Ambos sonrieron y él, tocando el cabello oscuro de la muchacha, señaló:

—Tienes un precioso cabello, oscuro como la noche.

Eso le gustó a la joven. ¿El destino ponía palabras de su padre en boca de aquel?

—¿Sabes que eso es lo que le dice mi padre a mi madre? —cuchicheó.

Alan levantó las cejas sorprendido.

—También nos lo dice a Amanda y a mí —añadió ella—. Tenemos el pelo como mi madre.

Durante unos segundos ambos se miraron, hasta que la atracción que sentían el uno por el otro hizo que de nuevo sus bocas volvieran a juntarse.

—Johanna..., ¿qué estamos haciendo? —preguntó Alan entre un beso y otro.

La joven lo miró a los ojos y él de pronto agregó:

—Mi hermana se llamaba como tú..., Johanna.

Sorprendido por haberlo mencionado, cuando era algo que omitía de sus recuerdos, él maldijo.

—¿Por qué hablas de tu hermana en pasado? —preguntó ella.

—Porque murió.

—¿Cómo murió?

Confundido y necesitando dejar de hablar del tema, Alan soltó:

—Si no te importa, no quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque si no lo recuerdo, no lo padezco.

Conmovida, Johanna asintió. Acababa de descubrir el punto flaco de Alan sin querer. Por ello, y deseando que él cambiara su gesto hosco, le tocó el cabello con mimo y declaró:

—Me gustas, Alan McGregor.

Consciente de pronto de lo que hacía, Alan casi saltó. Pero ¿qué estaba haciendo? E, incapaz de aceptar aquello que trastocaba todos sus planes, y más siendo ella la hija de Duncan McRae, respondió:

—Tú a mí..., no.

Eso hizo añicos las ilusiones de Johanna, pues la muchacha había creído ver otra cosa en su mirada.

—Valoro tu sinceridad —declaró finalmente.

—En mí siempre la encontrarás —mintió él.

Durante unos instantes ambos guardaron silencio, hasta que ella dijo:

—Si me vas a reprochar mi comportamiento hacia ti, debo decirte que...

—Ante eso nada he de reprochar —la cortó él—. Ambos nos hemos besado. ¿Qué tengo que reprocharte yo? —E, intentando explicarse, añadió—: No permito que me gustes porque no busco desposarme. Eso es algo que tengo postergado para dentro de cinco o seis años.

Sin mediar palabra, Johanna asintió y él prosiguió:

—Mi prioridad en este instante es mi negocio de caballos y ovejas y terminar las obras de mi casa. No puedo obviar que conozco a tu padre, lo respeto, y tus tíos me han dejado claro lo protector que es contigo y con Amanda. En definitiva, y sin darle más vueltas, lo que deseo que sepas es que no quiero nada contigo, como no quiero problemas con tu padre.

Johanna asintió despacio. Sus palabras, y más después de cómo la había besado, podían ser

altamente ofensivas; pero prefería no darle a entender que le importaba más de la cuenta, por lo que repuso:

—Entiendo casi todo lo que has dicho.

—¿Ah, sí? —preguntó él descolocado.

Ella afirmó con la cabeza. Y, sacando esa fuerza aprendida desde niña, respondió:

—Lo que has dicho es sincero y realista. Tus prioridades son tu negocio y no tener problemas con mi padre. No hay más que hablar. Aunque, si me lo permites, hay algo que no entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—No entiendo eso que has dicho de que tienes postergado desposarte hasta dentro de cinco o seis años.

—Calculo que después de ese tiempo habré terminado de construir mi hogar. El negocio ya estará encaminado, y entonces podré plantearme tener una mujer.

A Johanna eso le hizo gracia y, con retintín, cuchicheó:

—¿Y vas a llevar una vida monacal hasta ese momento?

Rápidamente Alan negó con la cabeza.

—Al menos, cuando conozcas a esa mujer con la que te desposes, te enamorarás de ella primero, ¿no? —insistió ella.

—El amor no es algo que me haya planteado en la vida.

Johanna sonrió con amargura y añadió:

—Vamos, que básicamente lo que quieres es ir de mujer en mujer hasta que encuentres a una tonta que te dé hijos y continuar con tu vida de mujeriego, ¿verdad?

—Dicho así, suena fatal —murmuró Alan.

—Suena a lo que es. La verdad —matizó ella.

La claridad con que aquella le hablaba volvía a sorprenderlo.

—¿Acaso tus padres no se quisieron? —continuó Johanna—. ¿No te enseñaron lo que era el amor?

Oír eso lo paralizó, pero, mirándola, respondió:

—No voy a contestarte a eso. Y, en cuanto al amor, no es una prioridad en mi vida.

Ella asintió. Había vuelto a dejarle claro que no quería hablar de su familia. ¿Qué le habría pasado para reaccionar siempre así cuando se la mencionaba?

—¿Y si mañana conoces a una mujer que te llega al corazón y te enamoras?

Alan cogió una brizna de hierba, la arrancó y, encogiéndose de hombros, respondió sin mirarla:

—Eso no pasará.

—¿Y por qué no pasará?

—Porque no me lo voy a permitir.

—¿No te lo vas a permitir?

—Exacto. No me lo voy a permitir.

Johanna esbozó una sonrisa cómica.

—Siempre he oído que, cuando te enamoras, el corazón es el que manda y...

—En mi caso mando yo —la cortó él.

La joven asintió. La seguridad de aquel la sorprendía. Sonriendo, a pesar de lo mucho que le estaban molestando sus palabras, declaró:

—Me alegra saber que tienes tu vida planteada y bajo control.

Se quedaron unos instantes en silencio, hasta que, viendo que ella se miraba la punta de las botas muy pensativa, el guerrero preguntó:

—¿Alguna vez has imaginado tu futuro?

Sin dudarlo, Johanna asintió. Por suerte, se había criado en una familia que le había dado libertad para imaginar. Y, viendo que él la miraba en espera de una respuesta, dijo:

—Mi futuro está en Eilean Donan...

—¿En Eilean Donan?

Ella afirmó con la cabeza. Desde pequeñas Duncan había aleccionado a sus dos hijas para que fueran mujeres con fortaleza, entendieran de números, de letras, y tuvieran dotes de mando. Quizá por ello tanto Amanda como ella eran así: indomables.

—Sí —contestó—. Tengo claro que mi vida y mi futuro están allí. Y simplemente deseo a mi lado a un hombre que me quiera, me respete, me ayude y me valore. No quiero un patán mujeriego con el que no pueda contar.

Alan levantó las cejas. ¿Debería molestarse por eso que ella estaba diciendo?

—¿Y crees que algún hombre en su sano juicio querrá vivir en el mismo hogar que tu padre? —soltó a continuación.

Johanna sonrió. El respeto y el temor que todos le tenían a su padre le hacía gracia. Estaba claro que las habladurías estaban a la orden del día.

—No lo sé. Pero si me quiere, así será —respondió encogiéndose de hombros.

Su gesto le indicó a Johanna lo que pensaba.

—¿Qué opinas tú de mi padre? —preguntó.

Alan, que era un tipo seguro de sí mismo, contestó entonces sin dudarlo:

—Es afable, directo y sincero en el trato de los negocios. Duro de pelar cuando se le mete algo en la cabeza. Y, por cómo habla de vosotras y de vuestra madre, muy protector y celoso de su intimidad.

Eso hizo sonreír de nuevo a Johanna, que añadió:

—¿Qué padre o madre no protegería a sus hijos?

—Más de los que crees.

—¿Tus padres no te protegieron?

Alan no respondió a eso y, con fiereza, la miró y siseó:

—¿Cuántas veces he de decirte que no quiero hablar de mi familia?

—Lo siento..., lo siento..., lo siento...

Él asintió ceñudo. Acto seguido guardaron silencio, hasta que el guerrero preguntó sorprendiéndola:

—¿Crees que todos tenemos a alguien especial para nuestras vidas?

A Johanna la pilló por sorpresa esa pregunta. Pensó en lo que cientos de veces había hablado con Amanda sobre el destino.

—Creo que sí —contestó—. Solo hay que encontrarlo.

—Una respuesta muy romántica.

La joven sonrió. Sus padres le habían comentado mil veces que el amor no se podía controlar. Que era un sentimiento salvaje que cuando aparecía era asolador y que, por muy buen guerrero que fueras, nada se podía hacer para luchar contra él.

Pero Johanna jamás se había enamorado. Nunca un hombre había entrado en sus pensamientos como había entrado aquel, y en la vida ni su mente ni su cuerpo habían sentido lo que sentían por Alan. Por ello, mirándolo directamente a los ojos, repuso:

—Creo que el romanticismo es algo que no todo el mundo conoce en la vida.

—¿Tú lo conoces? —preguntó Alan.

—Lo veo en mis padres. Y si alguna vez me enamoro, deseo que cuando mi amor entre por

sus ojos, ya no salga de su corazón.

—Me sorprendes.

—¿Por qué?

—Porque pareces de todo menos una mujer de sentimientos —se mofó.

—No sé cómo tomarme eso.

Acto seguido se miraron a los ojos con desafío. No era la primera vez que Johanna oía algo así. Por parecerse tanto a su padre, siempre la consideraban fría e impersonal, y matizó:

—Quizá digas eso porque me miras pero no me ves. —Y, antes de que él dijera nada, añadió —: Pero cuando me enamore y sea correspondida, quiero que el mundo tiemble bajo mis pies, que los cielos se caigan, que los mares se abran y...

—Romántica y fantasiosa... Así es la señorita Libre Como el Viento —volvió a mofarse Alan.

Johanna asintió y, sacando la seguridad de su madre y la vena romántica heredada de su padre, afirmó con una sonrisa:

—Si ser romántica y fantasiosa es querer un amor como el que viven mis padres, ¡lo soy! Y si digo esto es porque su amor hace temblar al mundo. Su amor causa que los cielos se caigan cada vez que discuten. Su amor consigue que las aguas de los mares se abran cada vez que se dicen «te quiero». Su amor es el claro ejemplo de lo que yo deseo tener en mi vida, y no pienso conformarme con menos.

Conmovido por aquellas sentidas palabras que no esperaba, Alan asintió; entonces ella, con aquel reto en la mirada, se le acercó, se empinó para estar a su altura y, tras darle un beso en los labios, indicó con mofa:

—Suerte, *aguafiestas*, en todo lo que te propongas.

Alan parpadeó. Aquella mujer lo tenía totalmente embobado, hechizado. Nunca había creído en las brujas, pero aquella... De pronto en sus ojos verdes vio de nuevo a la guerrera, y preguntó:

—¿Acaso te estás riendo de mí?

La joven dio un paso atrás y, sonriendo, indicó:

—No veas cosas donde no las hay.

Ambos volvieron a mirarse en silencio. Por sus mentes pasaban cientos de cosas cuando oyeron que una voz gritaba el nombre de la joven.

—Es el tío Myles.

Alan se apoyó en un árbol. La cercanía con aquella lo confundía.

—Mira, Johanna... —murmuró aclarándose la garganta—. Creo que lo mejor para ambos es que a partir de este instante nos ignoremos, olvidemos lo ocurrido y cada uno continúe con su vida. Fin del asunto.

Ella afirmó con la cabeza. En su garganta había un remolino de emociones que deseaba salir. Necesitaba gritar, maldecir. No quería olvidar. Deseaba conocerlo más, que la volviera a besar. Pero de pronto lo oyó decir:

—Márchate ya, por favor.

Ella asintió temblorosa. Por norma era ella quien echaba a los hombres de su lado, no al revés. Y, sin más, dándose la vuelta comenzó a alejarse.

Su paso lento se aceleró, como lo estaba su corazón, y, necesitando desfogarse, comenzó a correr. Corría a grandes zancadas a través del bosque para aclararse las ideas cuando Myles, apresurándose hacia ella, preguntó:

—Maldita sea, ¿de quién huyes, muchacha?

Johanna se detuvo. Tomó aire. Y, viendo que Myles sacaba su espada y miraba a su alrededor con gesto fiero sin ver a Alan, dijo:

—Tranquilo. Nadie me persigue.

El guerrero, tras ver que ella llevaba razón, la miró. En sus ojos vio algo extraño, y preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Consciente de que responder aquella pregunta era complicado, Johanna dijo:

—Nada, tío Myles. Solo ansiaba correr.

El aludido asintió y la asió del brazo.

—Regresemos —indicó.

Un buen rato después, cuando el grupo prosiguió su camino, Johanna y Alan ni se miraron. Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, intentando procesar lo ocurrido.

Capítulo 18

La llegada de la comitiva al castillo de Eilean Donan era motivo de felicidad para todos. Por ello, cuando Duncan, que estaba con su buen amigo Axel McDougall, vio aparecer a sus hijas desde la ventana, bajó corriendo por la escalera, abrió la puerta de la fortaleza y, sonriendo, se acercó a ellas para abrazarlas.

—¿Cómo están mis amores?

Gustosas por el cariño que aquel hombre les demostraba siempre en público sin importarle el qué dirán, ambas lo besuquearon, y Amanda murmuró:

—Bien, papi. Y ahora mejor, que estamos aquí.

—Hola, papi amoroso —lo saludó Johanna mimosa.

Encantado por el cálido saludo de sus hijas, el guerrero sonreía feliz cuando Axel, que había bajado con él, susurró mirando a las muchachas:

—Estas jovencitas están cada día más hermosas. —Y, dirigiéndose a Duncan, se mofó—: Algo me dice que en breve ambas se desposarán y se marcharán para comenzar sus propias vidas.

Duncan resopló. Que se casaran era una cosa, pero otra muy diferente que se marcharan lejos de él.

—Mi hogar, tío Axel —afirmó Johanna—, está en Eilean Donan, con mi precioso papito.

Megan se acercó entonces a sus hijas y, tras abrazarlas con amor, se fijó en las picaduras que Johanna tenía en los brazos, y cuando se disponía a preguntar, esta aseguró:

—Tranquila, mamá. Ya está solucionado.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Duncan frunciendo el ceño.

—Algún maldito bicho que debió de meterse en la tienda —intervino Ewen, que estaba al lado —. Amanda se despertó y se echó ungüento, pero Johanna no lo hizo, y el resultado es el que ves.

Duncan cabeceó. Lo inquietaba que pudiera ocurrirles cualquier cosa a sus hijas.

En ese momento se les acercaron Alana, la esposa de su buen amigo Axel McDougall, y su hija Jane Augusta, y Johanna, al verlas, fue a abrazar a la primera.

—Hola, tía Alana, qué alegría verte.

Una vez que se separó de ella, la joven se dispuso a abrazar a la que siempre había considerado su prima, pero esta, echándose hacia atrás, dijo:

—Estás sucia del camino. Ni se te ocurra tocarme.

Eso le hizo gracia a Johanna; su relación con Jane era muy particular, puesto que más diferentes no podían ser.

—Pero, primita, si te gusta que te abrace... —aseguró abrazándola a la fuerza.

—Johannaaaaaa —gruñó la otra.

En cuanto la soltó, Jane puso mala cara y Alana se apresuró a decir:

—Johanna, como siempre, tus modales dejan mucho que desear.

—... dijo la más educada —soltó sonriendo Amanda.

Oír aquello hizo que Alana parpadeara. Las hijas de aquellos eran unas jovencitas muy descaradas.

—Amanda McRae, contén tu lengua y compórtate —murmuró.

—Mucho le pides, madre —siseó Jane ganándose una mirada de sus primas.

Megan tomó aire. Llevaba años mordiéndose la lengua frente a los feos comentarios de aquellas dos hacia sus hijas, pero, al ver que Duncan le pedía prudencia con la mirada, se disponía a hablar cuando Johanna intervino:

—¿Ha venido el primo Darren?

Alana negó con la cabeza en el momento en que Arnold, el marido de Jane, se acercaba también a recibirlas.

—Alana, Jane —indicó entonces Megan—, mi cuñada Sandra se muere por saludaros.

Cambiando el gesto, aquellas dos, junto a Arnold, se alejaron, y Johanna murmuró mirando a su madre:

—Cualquier día te juro que...

—¡Serán idiotas! —soltó Amanda.

Megan las entendía. Alana y Jane, a diferencia de Axel, Arnold y Darren, nunca tenían ni una palabra bonita para ellas. Y, respirando profundamente, pidió:

—Por favor, conteneos, por vuestro padre.

—Pues a ver cuándo Jane se contiene por el suyo —protestó Johanna.

Megan asintió. Su hija tenía razón.

En ese momento Zac se les aproximó y exclamó abriendo los brazos:

—¿Dónde está la mejor hermana del mundo?

A partir de ahí los saludos entre todos se volvieron efusivos. Del interior del castillo comenzaron a salir los invitados que ya habían llegado, y Johanna sonrió al ver allí a todos sus tíos. Le encantaba tenerlos cerca, reunidos. Sus padres habían creado para ella y para su hermana una bonita familia que ellas adoraban y disfrutaban.

Al ver a Sandra, Angela corrió a saludarla, pues ambas tenían una amistad muy especial desde siempre. Y, después, al ver a Beth, la abrazó feliz. Esa muchachita valiente era encantadora.

Tras los besos y los abrazos, Johanna cogió de la mano a Beth y fue a presentársela a su madre.

—Mamá, ella es Beth McGregor, la mujer de Iver. Beth, ella es mi madre, Megan.

—Encantada, señora McRae.

Oír eso hizo que Megan sonriera y, mirando a aquella, dijo:

—Llámame Megan o tendré que llamarte yo a ti señora McGregor.

Ambas rieron y luego Megan, tras darle un beso y un abrazo a aquella muchacha de la edad de sus hijas, murmuró:

—Que sepas que tanto Johanna como Angela me han hablado muy bien de ti, y estaba deseando que vinieras a visitarnos a Eilean Donan. Sé bienvenida y considérate en tu casa.

Emocionada, Beth asintió. Aquel recibimiento, aun sabiendo de su sangre vikinga, estaba siendo una maravilla.

Entonces Megan observó de pronto que su hija Johanna desviaba la vista para mirar a un guerrero rubio que le sonreía a Duncan. ¿Quién era aquel?

Segundos después, tras presentarle a Shelma y a Gillian, Megan miró a aquellos guapos guerreros que hablaban con su marido, y preguntó con curiosidad:

—El de la derecha es tu esposo, Iver. Pero ¿quién es el de la izquierda?

Beth, que estaba junto a Angela, indicó:

—Alan McGregor.

Según dijo eso, Johanna se dio aire con la mano. Y Megan, fingiendo inocencia, aunque había reconocido el nombre, miró a su hija mayor y preguntó:

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Hace mucho calor, ¿no?

—Mucho calor. Sí, mucho —afirmó Amanda mofándose.

Megan asintió e inmediatamente sus ojos se centraron en Alan McGregor, el hombre alto de pelo claro, guapo, gallardo y de preciosa sonrisa que estaba hablando junto a su marido. Sin poder remediarlo, su mirada y la de Angela se encontraron y las dos mujeres se entendieron. Era imposible no mirar a Alan McGregor.

—Mamá —dijo entonces Johanna asiendo a Beth y a Amanda de la mano—. Vamos a saludar a Annie y a Connie.

—¡Allí está Roberta! —exclamó Amanda encantada.

Megan asintió y, de reojo, se fijó en que al pasar su hija junto a Alan, esta lo observaba. Él, en cambio, ni la miró.

Feliz después de saludar a Annie y a Connie, Johanna corrió hacia Roberta, una buena amiga de toda la vida, y, tras besarla a ella y a sus padres, cuando estos se alejaron la muchacha preguntó:

—¿Ha venido Cameron?

—Está en Edimburgo con Davinia —respondió Roberta, y cuchicheó—: Pero lo verás en la boda.

Johanna asintió; sabía perfectamente dónde se encontraba aquel. A continuación saludó con una sonrisa al futuro marido de Roberta, un guerrero algo tosco pero encantador.

Minutos más tarde, mientras los demás continuaban saludándose, Duncan se acercó a su mujer y, fijándose en un joven que había al fondo, preguntó:

—¿Quién es ese presumido que se atusa el cabello frente a un espejo?

Boquiabierta, Megan miró al hombre que se desenredaba con delicadeza su larga melena, pero entonces alguien dijo:

—Megan y Duncan McRae, ¡qué alegría veros!

Al volverse se encontraron con Robert Marshall, el laird de Inveraray, que los saludó gustoso. Instantes después, cuando estaban hablando de sus cosas, se les unió el que se peinaba, y Robert indicó:

—Hijo, te presento a Duncan y Megan McRae.

Calum los saludó complacido, y Megan, sorprendida de que aquel fuera el hijo de Robert, declaró:

—¡Bienvenido a Eilean Donan!

Con pomposidad, tras besar la mano de aquella, Calum indicó:

—Soy Calum *el Valeroso*. Permítame deciros, *milady*, que vuestras hijas son tan bellas como vos, y que lady Johanna me tiene totalmente encandilado, y estoy más que interesado en hablar con vos y con vuestro esposo.

Según dijo eso, Megan vio con el rabillo del ojo que a Duncan la sonrisa se le congelaba e incluso dejaba de respirar. Pero murmuró sin perder la sonrisa:

—Gracias por el cumplido, Calum.

Todos sonrieron y este último, quitándose unas motas de polvo del camino de los hombros, preguntó:

—*Milady*, ¿sería posible disponer de una habitación propia donde asearme como corresponde

y descansar las siguientes noches?

Megan se disponía a responder cuando el padre de aquel intervino:

—Calum, hijo...

Pero el joven negó con la cabeza y, mirando a Robert, señaló:

—Padre, necesito asearme, lavarme el cabello y dormir en condiciones. Bien sabes que no me agrada dormir a la intemperie y...

—Tranquilo —lo cortó Megan. Levantó una mano para llamar la atención de uno de los sirvientes, y dijo dirigiéndose a aquel y a su padre—: Frederick os acompañará a una habitación, aunque tendréis que compartirla. Con tantos invitados, no puedo asignaros una individual.

Calum suspiró. Su padre lo miró y, algo molesto con él, respondió:

—Gracias por el detalle. Tranquila, Megan, que la ocupe mi hijo. Yo dormiré con mis hombres. No me incomoda dormir a la intemperie.

—¡Excelente idea! —afirmó Calum ante el gesto de incredulidad de Duncan.

Una vez que aquellos se alejaron, este susurró:

—¿Calum *el Valeroso*?

—Eso dice —se mofó su esposa.

—¿Lavarse el cabello?

Megan sonrió y Duncan suspiró. Era la primera vez que coincidía con Calum, aunque sabía de su existencia en la corte de Edimburgo. Sin embargo, que exigiera una habitación y tuviera las narices de dejar a su padre a la intemperie, aun siendo verano, lo hizo decir:

—Egoísta, presumido, prepotente e irrespetuoso. No ha tenido ni la deferencia de ofrecer esa habitación a su padre o a alguien que viniera a la fiesta con su mujer.

Eso hizo sonreír a Megan, que pensaba igual. Con amor, lo abrazó y dijo al ver de nuevo que su hija Johanna miraba con disimulo a aquel guerrero:

—Por cierto, cariño, respira o te caerás redondo al suelo.

Oír eso hizo que Duncan la mirase. Cada año, cuando organizaban aquella fiesta, los hombres solteros agasajaban a sus hijas, y el laird gruñó al ver a Calum pararse para hablar con Johanna mientras se atusaba el cabello:

—¡Ni hablar! Lo quiero lejos de Johanna.

—Dudo que a ella le agrade.

Oír eso era lo que él quería, y Megan, viendo a su hija sonreír, cuchicheó:

—Aun así, amor, deja de tratar de evitar lo inevitable.

Duncan resopló. Sabía que ella tenía razón. Debía ser un padre responsable y conseguir unos buenos maridos para sus hijas. Por lo que, sonriendo a Robert Duchaman y a sus padres, cuando estos se alejaron dijo mirando a su mujer:

—Ese hombre me gusta para Johanna.

Ella asintió. Robert no solo era un gallardo guerrero, sino que, como hombre, era encantador. Sin embargo, musitó con una sonrisa:

—A Johanna Robert le cae muy bien, pero poco más.

—Pues que empiece a pensarlo o yo tomaré la decisión por ella.

Megan sonrió de nuevo; conociendo a Duncan, sabía que nunca haría algo así. Entonces vio que Calum le ordenaba a Frederick que cargase con todo su equipaje.

—Menudo patán —murmuró Duncan.

Su mujer asintió, completamente de acuerdo con él.

Minutos después, tras saludar a otros invitados que llegaban, Duncan estaba ya algo agobiado. Varios de los lairds que asistían a la fiesta acompañados de sus hijos casaderos enseguida les

hablaban de Johanna y Amanda. Oír que aquellos preguntaban por ellas y ver cómo las miraban lo estaban poniendo enfermo, aunque debía disimularlo.

—Papito amoroso... —oyó entonces la voz de Johanna.

Adoraba que su hija mayor lo llamara así. Al volverse la vio a ella junto a Amanda.

—Thelma y su marido os mandan muchos saludos —añadió la joven.

—¿Y cómo es el bebé? —preguntó Megan.

—Narizón, como su padre.

—¡Amandaaaa! —gruñó Johanna.

Duncan soltó una carcajada y Amanda agregó:

—Pero precioso y maravilloso. Con unas manitas chiquititas y una boquita que parecía una fresa.

Los cuatro se miraron emocionados, y acto seguido Duncan preguntó:

—¿Tendré yo algún día nietos?

Oír eso hizo que sus hijas pusieran los ojos en blanco y murmuraran. Entonces él, pidiendo silencio a su mujer con la mirada, agregó:

—Odio recordaros esto, pero vuestro tiempo se va acabando. Elegid un marido o tendré que hacerlo yo por vosotras. Por cierto, Johanna, acabo de saludar a Robert Duchaman y me agradaría verte hablando con él.

—Papáááá, por Dios...

—Y, Amanda —prosiguió—, ha venido Solomon Whitman...

—Pues ya se puede ir marchando por donde ha venido —lo cortó aquella.

—¡Amanda! —gruñó Duncan.

—A ver, papi, Solomon tiene los ojos marrones, no grises...

Duncan tomó aire. Aquella historia del hombre de los ojos grises comenzaba a cansarlo, y cuando iba a hablar Megan cuchicheó mirándolo:

—¿Tú crees que este es momento para atosigarlas?

El laird maldijo; nunca era buen momento para atosigarlas. Johanna, que lo miraba de aquella forma que lo enfadaba, preguntó:

—¿No has invitado a Cristopher Watson?

Duncan maldijo para sus adentros. Cristopher era el hijo de Owen Watson, un guerrero al que él particularmente no soportaba por el mal comportamiento que tenía con su gente; cuando iba a hablar, su hija protestó:

—Por todos los santos, papá, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que Cristopher es Cristopher, y su padre es su padre?

—¿Y cuándo te vas a dar cuenta tú de que los Watson no son bien recibidos aquí? —replicó Duncan molesto.

Johanna y él se miraron con desafío. Ambos tenían la misma mirada retadora, y Megan, consciente de ello, murmuró con disimulo:

—Os recuerdo que estamos rodeados de invitados...

Padre e hija dulcificaron la mirada, y luego esta última susurró:

—Que Cristopher no sea bien recibido por ti no quiere decir que no lo sea por mí, y...

—Johanna —la cortó Duncan—. En mi hogar solo entra quien yo quiero, y te recuerdo que Eilean Donan es mi hogar.

La joven asintió al oírlo, sabía que su padre tenía razón, pero se molestó.

—Si algún día es mío, te aseguro que todo cambiará —siseó.

—Y tanto —apostilló Amanda.

Y, sin más, cogidas del brazo, las dos hermanas se dieron la vuelta y se marcharon. Duncan miró a su mujer, que se encogió de hombros.

—Johanna es como tú —soltó—. No tengo más que decir.

Niall, que había estado charlando con Alan, se acercó entonces a aquellos.

—Por fin he conocido a uno de los McGregor —declaró.

Alan lo miró al oírlo, y Niall añadió dirigiéndose a él:

—Mi hermano Duncan me ha hablado de vosotros, y desde hace tiempo estoy pensando en reunirnos porque me interesa asociarme con vosotros para el negocio de los caballos.

Alan asintió; que la cooperativa que tenía con varios amigos creciera con nuevos socios era sinónimo de prosperidad, y gustoso afirmó:

—Cuando queráis, señor, podemos hablar.

Duncan, que ya conocía a Alan de cuando había ido a visitarlos a él y a Iver a Fort William, intervino tras estrecharle la mano con gusto:

—Alan, él es mi hermano, Niall McRae. Puedes tutearlo.

El guerrero asintió. Respetaba mucho a Duncan, y haberse besado con su hija lo inquietaba. ¿Cómo podía haber cometido semejante locura?

Si no había ido a visitarlo con Iver a Eilean Donan había sido precisamente para alejarse de ella. Pero ahí estaba ahora, frente a él y sin poder dejar de pensar en ella. No era capaz de quitársela de la mente. Pero no..., aquello no podía ser. Era la hija de Duncan McRae, y ya no solo era que no quería problemas con aquel, sino que él nunca le podría dar a Johanna una vida como la que merecía.

Estaba pensando en eso cuando Duncan apostilló:

—Por cierto, Alan. Creo que no conoces a mi preciosa mujer, Megan.

Sin abandonar su bonita sonrisa, Alan la miró. Estaba claro que tanto Johanna como Amanda habían heredado los rasgos de ambos progenitores. Cabellos oscuros. Ojos verdes. Cogió la mano de Megan, se la besó y dijo:

—Un placer conoceros, señora.

Megan sonrió. Era normal que la intensa mirada de aquel hombre turbase a su hija.

—El placer es mío y, por favor, tutéame —dijo rápidamente.

Todos sonrieron y Megan añadió:

—Según me ha comentado mi cuñada Sandra, vives cerca de ella, ¿no es así?

—En Fort William. Allí estoy levantando mi hogar.

Megan, deseosa de que le contara algo más, inocentemente preguntó:

—¿Has venido acompañado de tu mujer?

Alan se apresuró a negar con la cabeza.

—No tengo mujer, ni la busco. Estoy centrado en los negocios.

Esa matización hizo sonreír a Duncan, que, mirándolo, indicó:

—Buena actitud. Los negocios hay que cuidarlos para que prosperen.

Como era de esperar, los hombres entablaron una conversación referente a los negocios que tenían, y Zac, dirigiéndose a su hermana, preguntó:

—¿Algún pretendiente interesante?

Megan negó con la cabeza y Duncan, al oírlo, intervino:

—Alguno hay.

Megan volvió a negar asombrada.

—De eso nada. No hay ninguno interesante, ni para ellas ni para ti. Di mejor que ya comienzas a tirar la toalla y a conformarte con cualquier cosa.

—Pero, cuñado, ¡¿qué dices?! —se mofó Zac.

—Hermano, dudo que tú elijas algo para ellas —afirmó Niall.

—Lo hará por encima de mi cadáver —aseguró Megan. Y, viendo que aquel la miraba, añadió —: Lo sé. Regáñame por hablar así, pero bien sabes que ¡me da igual! A mí quisieron obligarme a casarme con quien no deseaba, y te juro que antes de que tú las obligues a ellas te corto el pescuezo.

Boquiabierto, Alan los miró. Duncan era un tipo que aterrorizaba a todo el mundo, pero estaba claro que a su mujer y a sus hijas no. Entonces Ewen y Myles se les acercaron y Duncan, mirándolos, preguntó:

—¿Qué me decís de Calum Marshall?

—¡El Pelines! —se mofó Ewen.

Al oír eso, Megan soltó enseguida:

—Voy a matar a Amanda...

—Pues también lo llamó «Agonías» —indicó Myles.

Todos sonreían por aquello hasta que los recién llegados informaron a Duncan de lo que pedía y este ordenó:

—Lo quiero lejos de Johanna.

Ellos asintieron, y Ewen, tocando el hombro de Alan, dijo entonces:

—Este muchacho, Alan McGregor, nos ha ayudado a quitárselo de encima varias veces.

—Oh, ¡qué maravilla! —exclamó Megan.

Duncan asintió, eso le agradaba. Pero lo miró con gesto serio y le advirtió:

—Si pretendes engatusar a alguna de mis hijas, ¡olvídalo!

—¡Duncan! —protestó Megan.

Alan, al ver cómo el hombre lo miraba, se apresuró a negar con la cabeza y Myles rápidamente intervino:

—Duncan, ¡no digas tonterías! En Alan se puede confiar.

—Al cien por cien —afirmó Ewen convencido.

El laird miró de arriba abajo al joven guerrero mientras Niall preguntaba:

—¿No deseas cortejar a alguna de mis sobrinas?

—No —mintió él.

Ewen y Myles comenzaron a ensalzarlo. Con cada cosa buena que decían de él, Alan se sentía peor. Ninguno sabía lo ocurrido entre Johanna y él, y Duncan, cambiando el gesto a otro más amigable, le cogió la mano con fuerza, se la apretó y declaró:

—Te doy las gracias por todo lo que estoy oyendo, Alan McGregor.

Alan asintió con una sonrisa, pero, incómodo por la situación, dijo:

—Si os parece bien, he pensado acampar con mis hombres a la derecha del castillo, pasado el puente de acceso a la isla, junto a otros guerreros que he visto al llegar.

—Nos parece una idea excelente —afirmó Duncan.

Al oír eso, Megan intervino sin dilación:

—Iver y Beth y Zac y Sandra dormirán en el castillo, y ya que Carolina y Peter no vienen, hay una habitación libre para ti.

Según oyó eso, Alan negó con la cabeza. Cuanto más lejos estuviera de la tentación que Johanna le suponía, mucho mejor.

—Si no os importa, me quedaré en el campamento con los hombres —indicó sonriendo.

—¿No prefieres dormir bajo techo? —insistió Megan.

Alan, intentando controlar los nervios que sentía por tener a aquellos delante, respondió:

—En verano es agradable dormir bajo las estrellas. Además, entiendo que, con la fortaleza llena de invitados, mi habitación podéis cederla a alguien que venga acompañado de su mujer.

—Muy bien pensado, muchacho —afirmó Duncan con agrado.

Megan sonrió complacida. Y, viendo cómo Duncan lo miraba, declaró:

—Gracias por tu bonita consideración, Alan McGregor.

Instantes después los hombres comenzaron a hablar de negocios, y Megan se percató de las picaduras que Alan tenía en los brazos al subirse las mangas. Eran idénticas a las de su hija Johanna. Si su marido las veía, comenzaría a hacerse preguntas.

Por ello, tras separarlos, y ver que Duncan empezaba a hablar con otros invitados, se encaminó hacia Sandra, que charlaba con Angela, Shelma y Gillian, y preguntó restándole importancia:

—Las picaduras que tiene Johanna, ¿cuántos las tenéis?

Sandra se encogió de hombros.

—Que yo sepa, solo ella. Una fatalidad, pobrecita...

Todas se interesaron enseguida por lo ocurrido y, mientras hablaban, Megan miró a su hija y después a Alan. Tenía más que claro que las picaduras eran de lo mismo.

Segundos después, cuando algunos de los recién llegados comenzaron a caminar hacia el interior del castillo, Megan vio que algunas de las invitadas y las criadas se sonrojaban ante la presencia de Alan. Agarró a Angela del brazo y murmuró:

—Sin duda, ese Alan McGregor levanta pasiones.

—Te lo dije.

Ambas rieron y luego Megan cuchicheó:

—¿No te parece curioso que solo Johanna y él tengan las mismas picaduras?

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes, y disimula —insistió Megan.

Angela miró rápidamente al guerrero y Megan, sonriendo, añadió:

—No sé si compadecerme más de él o de Duncan...

Capítulo 19

Al día siguiente de su llegada, todos estaban emocionados.

Esa noche daría comienzo la gran fiesta en Eilean Donan, y el castillo y sus alrededores estaban a rebosar de invitados preciosamente engalanados.

Durante la mañana Johanna se había informado con tiento de dónde estaba Alan, y no la sorprendió saber que se había ido con Duncan y sus tíos a ver las ovejas y más tarde a visitar los caballos. Eso la jorobó, pues ella siempre exigía acompañar a su padre.

Estaba tomando un vaso de agua mientras miraba por la ventana del salón y pensaba en ello cuando oyó tras de sí:

—Mi vida, ¿cómo has pasado la noche?

Era Megan, su madre, que, acercándose a ella, la abrazó.

—Tus tías me esperan en el jardín —añadió—. Quieren que las lleve a coger flores del prado donde sembramos las flores preferidas del bisabuelo.

Johanna asintió. Rápidamente miró el cuadro pintado de aquel, que estaba sobre la enorme chimenea, y sonrió. Marlob había sido el cariñoso abuelo de su padre y el bisabuelo de ella. Había muerto hacía años, pero aún lo echaba de menos.

Durante un rato hablaron del viaje, hasta que Megan, necesitando saber algo, soltó:

—¡Tremendo el Pelines!

La risotada de Johanna llenó la estancia, y su madre cuchicheó:

—Tu padre, cada vez que lo ve mesarse el pelo, se pone malito. Y te digo una cosa: como se le ocurra hablar con él sobre ti, ese no sale vivo de la fortaleza.

—Mamáááá...

Ambas rieron y luego Megan preguntó:

—Cuéntame. ¿Algo destacable de ese viaje?

Johanna negó con la cabeza. Pero su madre meneó las cejas y ella murmuró:

—Mamáááá, ¡que noooo!

Megan sonrió. Sus hijas eran duras de pelar en lo referente a los amoríos. Ninguna de las dos le había salido enamoradiza. De hecho, nunca se habían ilusionado por ningún hombre.

—¿No has conocido a nadie especial? —preguntó tomando aire.

Johanna volvió a negar. Hablarle de Alan era un error, entre ellos nunca habría nada.

—Vi un par de apuestos hombres en Inveraray, pero poco más —cuchicheó sonriendo.

Con una sonrisa, su madre la miró y después aseguró bajando la voz:

—En cuanto a Robert Duchaman, no te preocupes.

Johanna asintió, lo sabía.

—¿Por qué papá, cuando le da, se pone tan pesadito? —dijo mirándola.

Megan resopló. Entendía a su hija y a su marido.

—Johanna, tu padre solo se preocupa por vosotras —respondió—. Y sabe perfectamente que vais a necesitar a un hombre a vuestro lado para...

—Si es para protegerme, ya me protejo yo solita.

Su madre asintió, lo comprendía.

—Lo sé, cariño —afirmó—. Sé que tanto tú como Amanda os protegéis solitas, pero, os guste o no, sabéis que tu padre y yo llevamos razón en lo referente a tener a un hombre al lado. Nada nos gustaría más que encontrarais a vuestros compañeros de vida.

—Vale, mamá.

—Escucha, cariño. Sabes que soy una guerrera y, como tal, te he criado. Pero mi madurez me ha hecho entender que yo sola, sin un hombre como tu padre al lado, ya llevaría muchos años muerta. Y sé cómo sois Amanda y tú. Por tanto...

—Que sí, mamá, que eso ya me lo has dicho más veces.

Megan asintió. Le sabía mal tener que hablar de aquello. Pero la realidad era la que era y, sin querer interrogar a su hija sobre Alan McGregor, le dio un beso; entonces esta preguntó:

—¿Cuándo se va a dar cuenta papá de que Cristopher y su padre son dos personas diferentes?

Oír eso hizo que Megan tomara aire. Cristopher era un excelente amigo de su hija, como lo era Cameron. Los tres estaban unidos desde niños por un cariño muy especial.

—Ya sabes cómo es tu padre en... —empezó a decir.

—Pero, mamá —la cortó ella—, que él no soporte a Owen, el padre de Cristopher, porque es un indeseable, no quiere decir que...

—Te entiendo... —la interrumpió Megan.

Johanna asintió y, sonriendo para sus adentros, soltó:

—¿Y si yo decidiera casarme con Cristopher?

—¡Johanna!

—Es lo que queréis papá y tú, que me case con alguien para que me proteja, ¿no?

Oír eso hizo que a Megan le saltaran todas las alarmas. Si ocurría eso, a Duncan le podría dar de todo, y, sin saber qué contestar, repuso:

—Me voy con tus tías antes de que vengan a buscarme. ¿Te vienes?

Johanna, que veía como su madre omitía el tema, resopló. Era mejor callar. Por ello pensó su propuesta, pero, disfrutando de la tranquilidad de la estancia y del maravilloso sol que entraba por la ventana, respondió:

—Id vosotras. Yo me quedo aquí.

Megan asintió y, tras darle un sentido y cariñoso beso en la mejilla, salió del salón.

Durante un rato Johanna disfrutó de la soledad y el solecito sumida en sus pensamientos, hasta que de pronto oyó:

—Bonito día, ¿no crees?

Al volverse se encontró con Calum Marshall. A diferencia de Alan, él se alojaba en el castillo.

—Sí, hoy hace un día precioso —contestó mirándolo.

Calum sonrió y se acercó a ella tocándose el cabello.

—¿Por qué no has ido con los hombres a ver los caballos? —preguntó Johanna.

—Porque prefiero quedarme en el castillo viéndote a ti.

Oír eso hizo sonreír a la joven, y luego este musitó:

—Anoche, durante la cena, fui consciente de cómo muchos otros te observaban, y no quiero que nadie se me adelante.

Ella levantó las cejas. Calum le caía bien. A pesar de ser un agonías, como decía su hermana, le parecía buena persona.

—¿Te he dicho ya hoy lo preciosa que estás? —añadió él.

—A ver, Calum...

—Lo sé. Soy claro y directo. Espero que eso no te incomode.

Johanna negó con la cabeza. La claridad era algo que ella apreciaba, por lo que, mirándolo, iba a hablar cuando él comentó mientras observaba su cuello:

—Por suerte, esas feas pústulas que arruinan tu piel pronto desaparecerán. ¡Son asquerositas a la vista!

Oír eso la molestó. No se preocupaba en absoluto por si estaba bien o mal. Ni una sola vez le había preguntado al respecto.

—Deberíamos hablar —dijo él a continuación.

—Te doy la razón.

Calum sonrió y, acercándose más a ella, indicó:

—Intuyo que la atracción es mutua.

—Te estás equivocando, Calum —murmuró esta dando un paso atrás.

El guerrero, fascinado por la joven, la arrinconó entonces contra la pared, y en ese momento Johanna susurró:

—No, Calum.

—Nadie nos ve.

—He dicho que no.

Pero él, ignorando sus palabras, acercó sus labios a los de ella y la besó. Metió la lengua en la boca de la joven, y esta, asqueada, lo empujó mientras siseaba:

—Por san Ninian, ¡qué asco!

—¡Johanna!

Pero ella, molesta, se revolvió contra él y, sacándose la daga que llevaba en la bota, soltó:

—¡¿Qué narices haces?!

Sorprendido por su reacción, Calum le ordenó:

—Guarda esa daga.

Johanna, que era consciente de que se había dejado llevar por la furia del momento, se la guardó, y él añadió ofendido:

—Pensé que lo deseabas.

—Te he dicho que no ¡dos veces!

Calum asintió. Aquella era una mujer de carácter, pero le había prometido a su padre que la cortejaría.

—No mientas, amor. Pensaba que lo decías para hacerte la interesante —indicó.

—A mí no me llames «amor».

Él sonrió con suficiencia y, atusándose el cabello, insistió:

—Soy consciente de cómo me miras, Johanna McRae. ¡Soy el Valeroso!

—Valeroso tonto.

Calum ni siquiera la oyó. Estaba tan feliz de conocerse a sí mismo que prosiguió:

—Entre nosotros, y a solas, no hay que disimular la atracción que sentimos, sino hablar y ver cómo lo solucionamos ahora que ni tus tíos ni ese McGregor están para meterse por medio.

Johanna parpadeó atónita. ¿Acaso no la estaba entendiendo?

En ese instante la puerta del salón se abrió y entró Beth. Calum calló y Johanna, mirándolo incómoda, indicó:

—Ya hablaremos.

—Sin duda, mi preciosa Johanna —afirmó él sonriendo con sorna.

Sin más, le guiñó un ojo a la joven y, viendo a Beth acercarse, la saludó antes de salir por la puerta.

—Precioso día, Beth.

—Muy bonito —aseguró ella gustosa.

Una vez que Calum salió de la estancia y cerró la puerta, Johanna se pasó la mano por la boca con desagrado para limpiársela.

—¿Crees que miro a Calum de una manera especial? —gruñó. Beth rápidamente negó con la cabeza y ella añadió—: Pues él lo cree..., y me ha llamado «amor»...

—Pero ¿qué dices?

—Y me acaba de besar.

—Nooooo.

—Ha tenido la osadía de meter su asquerosa lengua en mi boca.

Beth, sorprendida, levantó las cejas y preguntó:

—¿Y te ha gustado?

Johanna puso cara de asco. Ahora que había sido besada por Alan y podía comparar sus besos con el de aquel, comprendía lo desagradable que era recibir un beso no consentido.

—Absolutamente nada —respondió.

Ambas sonrieron y, acto seguido, Johanna fue hasta la ventana. Se asomó y, al ver a varios guerreros caminar por el patio, comentó:

—Adoro esta fiesta del castillo. Pero, desde hace años, cada vez que mis padres la organizan, diversos hombres intentan declararme su amor, y, lo peor, mi padre se impacienta porque escoja a uno y le dé nietos.

Beth parpadeó boquiabierta. A ella nunca le había pasado nada parecido.

—Lo sé —agregó Johanna divertida—. Pensarás que soy prepotente y vanidosa por lo que he dicho, pero es la verdad. Te aseguro que más de la mitad de los hombres que asisten a las fiestas lo hacen para cortejarnos a Amanda y a mí. Vamos, ¡un rollazo!

Divertida, su amiga asintió y, pensando en Alan, preguntó:

—¿Hay algún hombre que haga que se te desboque el corazón?

—No.

Las jóvenes se miraron en silencio unos instantes, hasta que Johanna bajó la voz y puntualizó:

—Lo de Alan solo fueron dos besos. Poco más.

Beth cabeceó y aquella añadió con cierta frustración:

—Algo que no se repetirá.

—¿No quieres que se repita? —preguntó Beth.

La puerta del salón volvió a abrirse entonces. Ante ellas apareció Jane, la prima de Johanna, que, mirándola, pidió:

—Johanna, ven fuera. Quiero presentarte a alguien que podría interesarte.

Sin querer hacerle el feo, las dos chicas acompañaron a Jane al exterior del castillo. Al salir, Johanna vio que Calum hablaba con Max apoyado en una de las paredes, y Jane, observándolo, afirmó:

—Ese es un buen pretendiente, pero el que yo te voy a presentar lo es aún más.

—Miedo me das...

—Johanna, ¡compórtate!

Ella puso los ojos en blanco y Beth rio.

Una vez que llegaron hasta donde Arnold hablaba con dos hombres, el marido de Jane dijo al verlas:

—Querida, te presento al conde de Aviemore, Brodrick Fraser, y a su hermano Richard. Caballeros, ella es Johanna McRae, la hija de Duncan.

Al mirar hacia ellos, Johanna sonrió. Alguna vez había oído hablar a sus padres de los Fraser.

—Brodrick está casado y Richard, soltero —aclaró Jane en tono maternal.

Esa matización hizo que Johanna asintiera. Amanda se acercó hasta ellas y dijo:

—Madre mía..., odio estos lazos que me hacen parecer una coliflor y siento que me ahogo con el vestido. ¿Cómo puede gustarte tanto llevarlos, Jane?

—¡Amanda! —recriminó su prima al oírla, y, volviéndose hacia aquellos, indicó—: Ella es mi prima Amanda, la hermana pequeña de Johanna.

La recién llegada miró a aquellos dos hombres altos, morenos y atractivos.

—Prima —dijo Jane—. Ellos son el conde de Aviemore, Brodrick Fraser, y su hermano Richard. El primero, casado; el segundo, soltero.

—Curiosa apreciación —murmuró Amanda sonriendo.

—¡Amanda! —reprochó Jane.

Esta resopló molesta. Aquellas dos eran insufribles. Y Amanda, viendo entonces cómo aquellos la miraban, dijo:

—Encantada de conoceros en persona, aunque alguna vez he oído a mis padres mencionarlos. Conocí a vuestro padre, era encantador y un bailón de mucho cuidado.

—Curiosa apreciación —musitó Brodrick Fraser.

Al oír eso Amanda lo miró directamente. Aquel hombre poseía unos preciosos ojos negros como los de su padre, con unas pestañas muy tupidas que lo hacían tener una mirada atrayente. Estaban mirándose cuando una pequeña niña de no más de seis años, con el pelo rojo y rizado, dijo acercándose a aquel:

—Señor, la señora dice que tiene hambre.

El aludido asintió y, mirando a la pequeña, iba a hablar cuando Amanda, a la que le encantaban los niños, se agachó para saludarla.

—Hola, pequeñaja, soy Amanda, ¿y tú eres...?

La niña, de preciosos ojos azules, se marchó corriendo asustada; Brodrick, tendiéndole la mano para que se incorporara, aclaró:

—Es Peyton. Mi hija.

—Una niña muy tímida —apostilló Richard sonriéndole a Johanna, que le sonrió a su vez.

Amanda asintió y, cogiéndole la mano, se incorporó dispuesta a preguntarle por qué, siendo su hija, lo había llamado «señor» en vez de «papá». Pero Johanna, que la conocía muy bien, se apresuró a decir:

—Es un placer conoceros a todos. Y vuestra hija es preciosa.

Brodrick asintió y Johanna dijo a continuación:

—Ella es mi amiga, Beth McGregor.

Según dijo eso, el gesto de aquellos dos cambió y Richard, mirándola, inquirió:

—Tengo entendido que por vuestras venas corre sangre vikinga. ¿Es eso cierto?

Ella asintió. Eran muchas las veces que le preguntaban aquello. Unas, para bien. Otras, para mal. Preparándose para lo que pudieran decir aquellos, respondió con seguridad:

—Totalmente cierto.

Beth y los hombres se miraron con intensidad; entonces Johanna, posicionándose junto a su amiga, indicó:

—Por sus venas corre sangre vikinga y escocesa, como por las mías corre sangre inglesa y escocesa. ¿Algún problema?

—Eso, ¿algún problema? —Amanda se unió con cierta chulería.

Al oír eso, Jane se horrorizó. La desfachatez de sus primas era excesiva, y, acercándose a ellas, cuchicheó:

—Unas señoritas que deseen ser respetadas nunca hablan así.

Johanna y Amanda la miraron con perplejidad y, cuando le iban a decir lo que pensaban, el conde Brodrick intervino y, sonriendo, declaró:

—Por las venas de mi hermano y por las mías corre la sangre vikinga de nuestra abuela Siriana, por lo que para nosotros es todo un honor conoceros, Beth.

La joven sonrió a su vez.

—El honor es mío —contestó.

Durante un rato el grupo continuó charlando, hasta que de pronto Amanda dijo:

—¿Quién lo habría dicho?

—¿A qué os referís? —preguntó Brodrick al oírla.

Amanda, viendo como todos la miraban, indicó:

—Me refiero a que nunca habría imaginado que por vuestras venas correría sangre vikinga, conde. Vuestro padre jamás comentó nada al respecto. Por cierto, debo deciros que tenéis unos ojos preciosos.

—¡Amanda! —la regañó Jane.

Brodrick sonrió. No era la primera vez que se lo decían. Y, clavándolos en Amanda, indicó:

—Los heredé de mi abuela Siriana, la vikinga.

—¡Preciosa herencia! —afirmó Amanda, que añadió—: Siempre se dice que la mezcla de sangres es lo que hace que alguien sea más salvaje.

Divertido por aquello, el conde levantó las cejas y Amanda afirmó:

—Mi hermana y yo somos algo salvajes, al igual que Beth, que...

—¿Y yo no tengo ese lado salvaje? —insistió aquel ante la risa de su hermano y el horror de Jane y Arnold.

Amanda, ignorando la mirada de su prima, e incapaz de callar, replicó:

—A primera vista, no.

—¡Amanda! —protestó Jane, que, mirando al conde, indicó—: Disculpad a mi prima y sus incómodos comentarios.

—Oye, Jane, ¡ya basta! —replicó Johanna molesta—. Que Amanda no ha dicho nada inapropiado.

—Solo me ha dicho que no tengo nada salvaje. —Brodrick rio.

—Simplemente digo la verdad. Lo que veo —afirmó aquella.

El conde y Amanda se miraron y sonrieron. De pronto se oyó el tronar de cascos de caballos y, al volverse, vieron que Duncan y otros hombres cruzaban el puente de piedra. Beth divisó a Iver e indicó:

—Si me lo permitís, os presentaré a mi marido.

Gustosos, aquellos asintieron; entonces Johanna reparó en Alan. Aquella mañana, como todas, estaba muy apuesto y, al ver que no la miraba, sino que les sonreía a unas mujeres con las que se cruzaba, resopló.

Una vez que el grupo llegó ante la puerta del castillo, Duncan McRae se bajó de su imponente caballo y saludó.

—Brodrick y Richard Fraser..., no os esperaba por aquí.

Los tres hombres se fundieron en un abrazo, pues se conocían desde hacía años.

—Antes de que mi padre muriera —contó Brodrick—, le prometí que este año no faltaría a tu fiesta y que bailaría al menos dos piezas con tu preciosa mujer.

Duncan sonrió. El padre de aquel adoraba a su esposa.

—Solo te lo permitiré porque tu padre, el gran Magnus Fraser, así lo quiso —indicó

levantando un dedo.

Ambos sonrieron, y luego Duncan, viendo que Calum Marshall los observaba, se acercó a sus hijas y, agarrándolas por la cintura, les dio un beso en la frente a cada una y preguntó:

—¿Todo bien, mis amores?

Estas asintieron, aunque a Johanna la estaba poniendo enferma ver que Alan la ignoraba por completo y ni siquiera la miraba.

—Por lo que veo, tus hijas tienen carácter —comentó Richard.

—Guerreras de armas tomar —afirmó él.

—¿Algo salvajes? —preguntó Brodrick haciendo sonreír a Amanda.

—De eso ya nos hemos encargado su madre y yo —aseguró Duncan.

El conde sonrió ante el gesto divertido de Amanda.

Entonces Beth le pidió a Iver que se acercara.

—Señores —declaró—, os presento a mi esposo, Iver McGregor.

Rápidamente aquellos se dieron la mano, y Beth cuchicheó:

—Tienen sangre vikinga por parte de su abuela.

Al oír eso Iver levantó las cejas, y Brodrick, que lo había oído, apostilló:

—Le pese a quien le pese.

—Curiosa apreciación —afirmó Amanda ganándose una nueva sonrisa de aquel.

Beth sonrió a su vez en el mismo momento en que Zac se aproximaba exclamando:

—Pero ¿qué ven mis ojos? ¡Si son los jodidos Fraser!

Eso los hizo reír a todos y enseguida, tras saludarse con cariño, se encaminaron hacia el interior del castillo, donde Johanna, una vez más, comprobó que Alan la ignoraba.

Capítulo 20

La fiesta dio comienzo y todos, felices, disfrutaban de la celebración.

Duncan y Megan eran unos anfitriones increíbles, y su buen hacer era evidente ante todos los invitados, haciéndolos sentir bien e igual que en su casa.

Como mandaba la tradición, el baile lo abrieron los anfitriones. Y tanto Johanna como Amanda reservaron sus primeros bailes para su padre. Esa tradición era simplemente de ellos.

—Si sigues mirando de ese modo a todo el que entre por la puerta, mamá te volverá a preguntar si esperas a alguien.

Johanna resopló. Le había contado a su hermana las preguntas que su madre le había hecho con respecto a si había conocido a alguien en el viaje, y cuando se disponía a responderle, de pronto vio a Alan, Beth e Iver, junto a sus hombres y algunas mujeres del pueblo de Dornie, entrar en el salón. Alan caminaba hablando junto a Eulpiria, una joven muy guapa del pueblo. Y, dándose la vuelta, siseó:

—Uf..., qué calor hace esta noche.

Amanda, consciente de lo que su hermana había visto, cuchicheó:

—Te lo dije, tata. Te dije que él llamaría mucho la atención entre las mujeres. Y que si tú no te...

—Amanda, ¡basta! —lo cortó Johanna.

—¿Acaso está celosa la señorita Libre Como el Viento?

Oír eso enfadó a Johanna, que masculló:

—¿Qué tal si dejas de decir tonterías?

—Por san Ninian, tata, deberías haber contemplado tu cara cuando lo has visto con Eulpiria... Que, por cierto, está muy guapa esta noche con ese vestido gris.

—Y hablando del color gris... —replicó Johanna.

—Lo sé. Sigue sin aparecer el amor de mi vida —se mofó Amanda.

Johanna, con cuidado de no ser oída, bajó entonces la voz y señaló:

—Noto que miras con ojitos a cierto conde...

Amanda soltó una risotada ante el comentario de su hermana. Le gustara o no, Johanna tenía razón.

—Es que es muy mono —respondió mirándola.

—Está casado —cuchicheó ella.

—Nadie es perfecto...

—¡Amanda!

Ambas se miraron y la aludida, riendo por lo que su hermana daba a entender, añadió:

—Tranquila, tata. Solo bromeo. Y, sí, el conde es muy mono, pero sus ojos son negros, no grises. Por tanto, ¡no es él!

—¡Qué maravilla de fiesta! —dijo Beth acercándose.

—Lo es —afirmó Amanda feliz por la interrupción.

Una nueva pieza de música dio comienzo y Johanna, viendo que Alan invitaba a Eulpiria a

bailar, dijo mientras caminaba hacia una de las mesas en las que había bebida:

—Y lo va a ser aún más.

Beth parpadeó sin entenderla. Acto seguido miró a Amanda.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Con disimulo, ella señaló a Alan, que bailaba.

—Eso es lo que le pasa —murmuró.

Beth miró y asintió. Seguía sin entender lo que había o no entre aquellos dos, y, acercándose a Johanna, le cogió la mano y empezó a decir:

—En cuanto a Al...

—No digas su nombre —la cortó ella.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nadie cuchichee e imagine lo que no es —repuso.

Beth y Amanda sonrieron al oírla.

—No sé qué os hace tanta gracia —gruñó Johanna.

Aquellas la miraban y su hermana, divertida, señaló:

—Podemos llamarlo «bicho»...

—¡Amanda!

—¿No te llamó a ti «bicha»? —insistió aquella.

—«Bicho» o «aguafiestas» está bien —apostilló Beth divertida.

Johanna las miró ceñuda y, acto seguido, Amanda comentó:

—Bueno..., bueno..., qué entregadita al baile veo a la prima Jane.

Las tres miraron hacia la pista. Allí, con una sonrisa con la que pocas veces la habían visto, su prima bailaba con uno de los hombres de Iver.

—Cuidadito con Amadeus McGregor —dijo Beth—, que es un gran conquistador.

Amanda sonrió al oír eso y, viendo a su prima reír, cuchicheó:

—Con lo señoritinga que es Jane, dudo que el tal Amadeus conquiste su feudo.

—¡Amandaaaa! —se mofó Johanna.

A partir de ese instante, las tres comenzaron a reír por todo, hasta que Robert Duchaman se acercó a ellas.

—¿Te apetece bailar, Johanna? —preguntó.

Sin dudarlo, la joven accedió y, fabricando una de sus sonrisas, empezó a danzar con aquel sin ser consciente de que Alan la observaba de reojo.

Nada más entrar por la puerta, lo primero que había hecho había sido localizar con disimulo a Johanna. Estaba preciosa con aquel vestido gris. Pero, tras ver que sus padres estaban a pocos pasos de ella, pidió bailar a Eulpiria. No quería problemas.

Sin parar de bailar, cada uno disfrutaba del baile con su pareja. Inevitablemente, en un par de ocasiones Alan y Johanna tuvieron que juntar las manos en el cruce de parejas para hacer unas piruetas. No se hablaron. Solo se miraron, como pedía la canción. Y cuando el baile acabó, Johanna se excusó con Robert, abrió una puerta que daba a un pasillo interno de la casa y se esfumó. Necesitaba respirar.

Alan, que vio por dónde se marchaba aquella, dudó. Algo en él deseaba ir tras ella, aun sabiendo que no debía. Con disimulo, observó que ni Duncan ni los tíos de la joven estaban cerca, y entonces oyó:

—Deberías seguirla.

Al volverse se encontró con Amanda y Beth, y la primera prosiguió:

—Me caes bien y me gustas para mi hermana. No sé qué tontería os traéis, pero algo me dice

que necesitáis hablar. Por tanto, entra ahí, sigue el pasillo hasta el final y la encontrarás.

Sorprendido por aquello, Alan las miraba cuando oyó a Beth decir mientras abría la puerta:

—Vamos, aguafiestas. Te cubrimos. ¡Ve!

Y, sin pensar más, el guerrero se escabulló por la puerta y siguió las instrucciones de Amanda.

Johanna estaba apoyada en la pared, tomando el aire con los ojos cerrados frente a un ventanuco.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Alan acercándose a ella.

Al oír la voz, la joven abrió los ojos de inmediato. Sorprendida, vio que Alan estaba a un metro escaso de ella, y murmuró:

—¿Qué haces aquí?

Responder a eso no era fácil. El guerrero no entendía por qué la había seguido.

—Eulpiria te estará buscando —añadió Johanna.

Alan asintió, pero lo cierto era que la aludida no le importaba. Se acercó a ella, pasó la mano por su cuello y mirándola a los ojos preguntó:

—¿Puedo?

—¿Qué pretendes?

—Besarte.

La claridad de sus palabras y el modo en que la miraba derribaron todas las defensas de la joven, que lo besó antes de que él lo hiciera.

Sus bocas, sus lenguas, sus cuerpos se rozaban con deseo y ansia, hasta que Alan, sabiendo que, si seguía, no podría parar, la apartó de él y musitó:

—Johanna...

Acalorada por el beso, la joven se daba aire con las manos.

—¿Por qué dijiste que debíamos ignorarnos? —preguntó.

—Porque ha de ser así.

—¿Lo dices por mi padre?

Alan suspiró. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué la había seguido?

—Por tu padre —respondió finalmente— y porque en mi vida hay prioridades y no quiero que nada las obstaculice.

Johanna parpadeó. Oír eso hizo que la sangre se le acelerara.

—¿Yo soy un obstáculo? —inquirió.

Alan resopló. Nada de lo que decía le parecía bien.

—¡Fin del asunto! —repuso.

Pero no, aquello no era así para Johanna, que insistió:

—Si no quieres nada conmigo, ¿por qué me buscas? ¿Por qué me besas?

Consciente de que era él quien lo estaba haciendo mal, se disponía a contestar cuando ella, dándole un empujón para apartarlo, siseó mientras se alejaba enfadada:

—Vete al diablo, Alan McGregor. ¡Ahora soy yo la que dice «fin del asunto»!

Cuando salió por la puerta, se encontró con Beth y con su hermana. Las tres se miraron y Johanna, implacable, comentó:

—Excelente noche para divertirse.

Y, sin más, se alejó de ellas y Amanda murmuró dirigiéndose a su amiga:

—Lo que ha pasado no ha sido bueno...

—Pero si ha dicho que es una excelente noche para divertirse... —musitó Beth.

Amanda asintió y, conocedora como nadie de su hermana, repuso:

—Créeme que sus ojos decían todo lo contrario.

La puerta volvió a abrirse. En esta ocasión salió Alan, que, mirándolas con gesto adusto, pasó de largo, y Beth afirmó:

—Sin duda ha ido muy mal...

Capítulo 21

Durante los siguientes dos días, Alan y Johanna ni siquiera se miraron. Era encontrarse por el castillo o en las celebraciones y ambos volvían la cabeza en el acto, a pesar de que por dentro sus corazones sufrían.

Como siempre, la fiesta de esa noche fue bulliciosa y divertida. Todos los que habían acudido querían divertirse, y sin duda lo hacían.

De pronto Amanda se acercó a Beth y su hermana, que hablaban y reían.

—Seguidme —les pidió.

—¿Qué pasa?

—Seguidme —insistió ella.

Sin preguntar más, Beth y Johanna fueron detrás de Amanda y las jóvenes se encaminaron hacia el ala suroeste de la fortaleza, que en esos momentos estaba desértica.

—Pero ¿adónde vamos? —inquirió Johanna.

—¡Chisss, calla! —exigió su hermana.

En silencio, las tres siguieron caminando por aquella parte de la casa, hasta que Amanda, parándose, cuchicheó:

—Lo que vais a ver os dejará sin palabras.

Acto seguido entreabrió una puerta y comenzaron a oírse unos jadeos.

Eso puso en alerta a las dos muchachas, y Beth, imaginando de lo que se trataba, preguntó en susurros:

—¿Quiénes son?

Rápidamente a Johanna se le aceleró el corazón. Si se trataba de Alan, lo mataría. Pero de pronto sus ojos se encontraron con la realidad, y murmuró:

—¡Por san Ninian...!

Al fondo de la estancia, contra la pared, estaba su prima Jane con Amadeus. Ella tenía la falda levantada y él los pantalones bajados. Johanna parpadeó. Amanda rio. Y oyeron a Jane decir entre susurros:

—Oh, Amadeus... Oh, Amadeus... Así..., profundo..., profundo... Oh, Amadeus.

Las muchachas se miraron boquiabiertas intentando no reír, hasta que oyeron al tan nombrado decir:

—¿Acaso tu esposo no te lo da?

Jane jadeó con gesto de puro placer y, antes de besarlo, musitó:

—Mi esposo deja mucho que desear. Oh, Amadeusss...

De nuevo jadeos, besos, movimientos obscenos y contundentes contra la pared.

—Bonito culo el de Amadeus —comentó de pronto Amanda.

Las tres rieron en voz baja y Johanna, viendo a su prima, declaró:

—Lo pasa muy bien.

—Pobre Arnold —cuchicheó Amanda pensando en aquel.

Ocultas entre las sombras, las tres cotilleaban cuando Beth murmuró:

—Os lo dije. Os dije que era un conquistador.

—Pero si Jane es una tonta rancia —se mofó Amanda.

—Rancia es, pero de tonta no tiene nada —replicó Johanna.

Las tres muchachas se llevaron la mano a la boca para no reír, y cuando se alejaron de allí con el mismo silencio con el que habían entrado, al volver a la fiesta Amanda dijo mirándolas:

—Si la tía Alana se entera de eso, ¡se muere del disgusto!

Johanna asintió. Y, viendo a Arnold, el marido de su prima, hablar con tranquilidad con el tío Axel, su suegro, afirmó:

—Al final, las que tanto hablan y critican son las que más tienen que callar.

—Así es la vida. —Beth suspiró.

Las tres amigas asintieron y, mirándose, comenzaron a reír; en ese momento unos hombres se les acercaron para invitarlas a bailar y ellas aceptaron.

Durante un buen rato estuvieron bailando y riendo, las fiestas eran para divertirse, hasta que Amadeus pasó por delante de ellas con una sonrisa en los labios y Amanda señaló:

—Ahí va el fornicador.

—¡Amanda! —Su hermana rio.

Segundos después vieron a Jane entrar por la puerta. Perfecta. No llevaba ni un pelo fuera de lugar. De nuevo su prima miraba a todos con aquel gesto de superioridad que parecía no abandonarla nunca.

—Mírala —comentó Amanda—. Va de señora decente y luego...

Johanna asintió.

—Mejor ignorémosla —aconsejó.

Y eso hicieron, continuaron divirtiéndose en la fiesta, hasta que un buen rato después Duncan se les acercó.

—¿Lo pasan bien mis amores?

Gustosas, ellas asintieron.

—Reconozco que llevaba mucho tiempo sin divertirme tanto —señaló Beth.

Duncan sonrió y, mirando a su hija mayor, dijo:

—El Pelines... no me gusta.

—Papáááááá.

Los cuatro rieron y Duncan continuó:

—Por tanto, baila con Robert Duchaman u Oscar Harrison, que me agradan bastante más.

Oír eso a Johanna le hizo gracia, pero indicó mirando a su padre:

—Papá, ¡fin del asunto!

Divertido, Duncan sonrió y, tras guiñarles un ojo, se alejó de nuevo.

Tras bailar durante un buen rato más, las muchachas decidieron coger unas jarras de cerveza e irse junto al baluarte a tomárselas. Allí les daría el aire. Estaban riendo y hablando cuando se les acercó Jane y, mirándolas con reproche, soltó:

—Deberíais prestar más atención a vuestra apariencia.

—¿Acaso llevo una boñiga de vaca en la cabeza?

—¡Amanda! —regañó Jane.

—¿Qué pasa? —preguntó Johanna.

Con aquel gesto que mostraba siempre como de oler a caca de vaca, Jane indicó:

—Por favor, Johanna, llevas el pelo encrespado y el vestido descolocado. Y has de recordar que una señorita que desee ser respetada ha de cuidar las formas, y más cuando es casadera como tú.

Johanna sonrió al oírla. Beth también. Y Amanda soltó:

—¿A ti te han dicho alguna vez lo tonta y cursi que eres?

—Amanda —le reprochó Jane.

De nuevo las tres amigas sonrieron, y aquella, ofendida por sus palabras, siseó:

—Deberíais ser más cuidadosas con vuestra apariencia y vuestras palabras. Pero, claro..., siendo vosotras, ¿qué se puede esperar?

Al oír eso las chicas se miraron asombradas, y Johanna murmuró:

—Jane... Jane... Jane... Mejor cállate.

La aludida soltó una sonrisita e insistió:

—Johanna, flaco favor les hacéis a vuestros padres con vuestro comportamiento, riendo y bailando con cualquier hombre como vulgares descaradas.

—Bueno... —murmuró Beth divertida viendo cómo se miraban las hermanas.

—¿De qué hablas, querida prima? —inquirió Amanda.

Jane, con aquella coquetería suya, se atusó su impoluto peinado e indicó:

—Deberíais saber comportaros como...

—¡¿Como tú?! —la cortó Amanda.

Jane la miró y Johanna canturreó:

—Nooo, tataaa...

Pero aquella, obviando la advertencia de su hermana, añadió:

—¿Sabes, prima? Estoy bastante cansada de que siempre estés hablando de comportamiento, medida y distinción, cuando precisamente tú careces de todo eso.

Sorprendida por aquello, Jane parpadeó, y Amanda susurró incapaz de callarse:

—Una señora casada que desee ser respetada no se va al ala suroeste de la fortaleza a fornicar con Amadeus McGregor... ¿O eso es lo que hacen las decentes?

A Jane se le cayó el vaso que tenía en las manos. ¿Cómo podían aquellas saber eso? Y, cuando comenzaba a negar con la cabeza, Johanna bajó la voz y murmuró:

—«Oh, Amadeus... Oh, Amadeus... Así..., profundo..., profundo... Oh, Amadeus...».

Roja como un tomate, Jane las miró. Que supieran aquello era bochornoso. Nada bueno podía ocurrir si alguien se enteraba.

—Sí, prima, sí —afirmó Amanda—. Lo pasabas muy bien. Lo que no sé es lo que pensarán tu marido y tus padres al respecto, conociendo tu medida y tu distinción.

Acalorada, Jane miró a su alrededor. Por suerte, no había nadie que las hubiera podido oír.

—Nadie os creerá —susurró entre temblores.

—No nos retes, primita —advirtió Johanna.

—Todos saben que ambas sois...

—Mira, Jane —la cortó Johanna—. A Amanda y a mí nunca nos ha importado el qué dirán, cosa que a ti sí. Por tanto, ¿qué tal si cierras esa boquita llena de dientes que tienes y te muerdes la lengua para ver si te envenenas?

—Amadeus McGregor es uno de mis hombres —intervino Beth entonces—. Con que él comience los rumores y lo afirme, ten por seguro que lo creerán. ¿Y sabes por qué lo creerán? Porque Amadeus es un gran conquistador, y eso es sabido por todos.

Horrorizada, Jane se daba aire con la mano. No, aquello no podía estar pasando.

—Tu secreto seguirá siendo secreto siempre y cuando nunca más vuelvas a reprendernos como si fuéramos tontas —declaró Johanna mirándola—. Así pues, ya sabes, o cambias tu actitud hacia nosotras o todo el mundo sabrá lo bien que te lo has pasado con Amadeus McGregor en el ala suroeste.

Jane asintió. Si empezaban los rumores, sería cuestionada por todo el mundo.

—Pórtate bien, *primita* —sonrió Amanda—, y nosotras también lo haremos.

Exaltada, abochornada y entendiendo que aquellas tenían una información que si se sabía le haría más mal que bien, Jane asintió con la cabeza, se dio la vuelta y, disimulando su malestar, se alejó. Conociéndolas, era mejor dejarlo ahí.

Las tres amigas la observaron al ver que se marchaba y, cuando estuvo lo suficientemente lejos, Johanna murmuró:

—Me siento fatal por lo que acabamos de hacer.

—Pues siéntete genial —replicó Amanda divertida—. Eso le pasa por maligna e insolente. Por no decir por puta y zorra...

—¡Amandaaa! —murmuraron Beth y Johanna con una risotada.

Finalmente las tres acabaron riendo a carcajadas. Estaba claro que Amanda, cuando pensaba algo, ¡tenía que soltarlo!

Capítulo 22

Los días iban pasando y Megan observaba a Johanna en silencio. Conocía a su hija y sabía que, por muy bien que disimulara, Alan la atraía, pero también se daba cuenta de que no era correspondida. Él no la miraba en ningún momento, y cuando habían estado juntos en las fiestas no le veía ninguna intención al McGregor.

Sorprendentemente Jane y su marido recibieron una misiva de su hogar informándolos de que debían regresar, pues un problema casero requería su presencia allí. Tras despedirse de todos y convencer a sus padres de que no era necesario que los acompañaran, partieron hacia su residencia. Solo Jane, Beth y sus primas sabían la verdad, un secreto que, sin duda, y a no ser que algo cambiara, todas debían guardar.

Uno de los días Megan convenció a Duncan para llevar a algunos invitados a los prados donde tenían los caballos y las ovejas. Johanna adoraba a los animales y Alan los criaba. Quizá si los reunían en un sitio como aquel, se conocerían más.

Pero sus planes no salieron bien. Solo los vio juntos en un momento, y fue para discrepar.

A Duncan el asunto le hizo mucha gracia. Ver como su hija le rebatía a Alan cosas que decía con respecto a las ovejas y sus cuidados lo hacía sonreír. Alan podía saber mucho de caballos, pero estaba claro que su hija sabía mucho más sobre las ovejas y sus cuidados.

Tras la discusión entre aquellos dos, que dejó bien claro que quien llevaba la razón era Johanna, cuando Alan se alejó Megan se les aproximó.

—Pero ¿qué ha pasado? —quiso saber.

Duncan, aún divertido por lo ocurrido, iba a hablar cuando Ewen soltó riendo:

—Que nuestra niña es una excelente criadora de ovejas.

Johanna sonrió y, acto seguido, afirmó alejándose para hablar con Beth:

—Mejor que esos McGregor, ¡sin duda!

Duncan y Myles se miraron sonriendo y luego el primero matizó a su mujer:

—A Iver y a Alan McGregor se les han muerto cincuenta ovejas en los últimos meses. Y Johanna, con esa pasión que tiene, le ha indicado punto por punto las cosas que han hecho mal. A él no le ha gustado y se lo ha hecho saber.

Megan asintió. Desde luego, con semejante comportamiento ese McGregor nunca se fijaría en Johanna.

En ese instante se les aproximó también Amanda, con su amiga Roberta Donald.

—Mamá, papá, ¿sabíais que Roberta se casa? —preguntó.

Ambos asintieron. Roberta Donald era la sobrina de su buen amigo Greg McPherson.

—Será dentro de diez días, en Dornoch —añadió Amanda—. Vamos a ir, ¿verdad?

Duncan sonrió y, mirando a su mujer, preguntó:

—¿Te apetece ir de boda?

Megan afirmó de inmediato con la cabeza. Amanda los abrazó feliz y, cuando las jovencitas se alejaron, Duncan miró a su mujer y susurró quitándole una brizna de hierba del pelo:

—¿Te he dicho ya hoy lo bonita que estás?

Megan sonrió. El romanticismo que su marido siempre le demostraba era una de las mejores cosas de las que disfrutaba en la vida. Tras besarlo, se alejó con una sonrisa.

Duncan la miraba gustoso cuando Ewen carraspeó.

—¿Comienzo a preparar el viaje a Dornoch? —quiso saber.

Duncan asintió y, mientras observaba que varios hombres, entre los que estaba Calum, se arremolinaban alrededor de sus hijas, indicó:

—Sí. Pero en este viaje ni tú ni Myles nos acompañaréis. Con una docena de hombres tendré suficiente.

Sorprendido por eso, Ewen se disponía a preguntar cuando Duncan agregó:

—Esta vez os toca descansar. Os quedaréis a cargo de Eilean Donan. Como viajaré yo con mis hijas, ya me ocuparé de ellas.

—Perfecto —afirmó Ewen algo molesto por verse excluido.

Durante unos instantes los dos, en silencio, se fijaron en que Calum y un par de hombres más tonteaban con Johanna. Su manera de sonreírles los ponía enfermos, hasta que Myles, tras una mirada de Duncan, se metió entre aquellos y se llevó a la muchacha.

—Esto cada vez es más complicado —se quejó Duncan.

—Y nosotros cada vez somos más viejos. —Ewen rio.

Ambos reían con complicidad cuando, de pronto, oyeron una risotada. Era Alan, que hablaba con Iver y Zac. A diferencia de aquellos tipos, él no molestaba a las jóvenes, nunca estaba cerca de ellas.

—¿Crees que Alan querría venir a Dornoch? —preguntó Duncan.

Ewen se encogió de hombros, entendía por qué lo preguntaba.

—Después de cómo le ha hablado Johanna, lo dudo —respondió—. El muchacho se ha mordido la lengua para no decirle cuatro cosas a nuestra niña...

—Johanna llevaba razón —indicó Duncan.

—Pero hay mejores formas de decirlo —replicó Ewen.

Ambos rieron, pues sabían que la joven se había excedido.

—Pregúntale, si quieres saberlo —le aconsejó Ewen finalmente.

Duncan asintió y cuando se le acercó uno de sus invitados, comenzó a hablar con él mientras observaba a su mujer encaminarse hacia el lugar donde estaba su hija.

Megan se acercó a Johanna, que estaba hablando con Roberta, Beth y Amanda, y preguntó:

—¿Ya te han contado que iremos a Dornoch a la boda de Roberta?

Johanna asintió y, feliz por su amiga, contestó:

—Sí, mamá. —Y, mirando a la que sería la novia, preguntó—: ¿Cameron asistirá?

Roberta se encogió de hombros y, pensando en su hermano, indicó:

—Sí. Padre le mandó una misiva a Edimburgo para informarlo y respondió diciendo que acudiría, pero sin Davinia. Está en sus últimos meses de gestación.

Todas asintieron y, acto seguido, Johanna insistió:

—¿Invitaste a Cristopher?

—Por supuesto —dijo Roberta.

Megan resopló al oír ese nombre. Cristopher y Cameron eran los grandes amigos de Johanna. Pero la diferencia entre ellos era que mientras Duncan tenía buena relación con el padre de Cameron, se llevaba a matar con el padre de Cristopher.

Roberta miró entonces a sus amigas y preguntó con curiosidad:

—¿Traeréis acompañante a la boda?

Amanda y Johanna se miraron y rápidamente y al unísono dijeron:

—No.

—Mis niñas son duras de pelar en lo que al amor se refiere —soltó Megan divertida.

—Cristopher y Cameron serán nuestros acompañantes —afirmó Johanna.

—¡Genial! —convino Amanda.

Megan miró a su hija mayor, que añadió:

—Cristopher es mi amigo y me da igual lo que papá opine. Entiendo y respeto que no lo hayáis invitado a la fiesta de Eilean Donan, pero otra cosa distinta es si yo me encuentro con él en otro lugar...

Megan asintió y no dijo más. Todo lo que pudiera decir sobraba.

Capítulo 23

Para Alan, el día en los prados junto a Johanna y los demás invitados fue un suplicio.

Primero, ver que un tal Robert Duchaman no soltaba a la joven, y, cuando este lo hacía, le tomaba el relevo Calum *el Valeroso*, lo estaba enfermando. ¿Acaso no podían dejarla en paz?

Y, segundo, la discusión que tuvo con ella por las ovejas y sentir la chulería con que le hablaba delante de su padre y de todo el mundo lo sacó de sus casillas. De buena gana le habría dicho de todo a aquella malcriada.

Cuando regresaron al atardecer, Beth se encaminó hacia el castillo como los demás invitados, pero Iver decidió pasarse por el campamento para acompañar a Alan.

Una vez que llegaron a él e Iver se puso al día de cómo estaban allí las cosas, al mirar a su amigo y ver su gesto ceñudo, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Alan suspiró. Cada vez tenía más claro que haber asistido a la fiesta de Eilean Donan había sido un completo error.

—Mañana regresaré a Fort William —murmuró.

Iver levantó las cejas.

—No me jorobes, Alan —repuso.

El aludido asintió y, mirando a su amigo, declaró:

—He de seguir con las obras en mi casa.

—No te vas por eso.

Alan se revolvió y, sin dejar de mirarlo, siseó:

—No voy a volver a consentir que esa mimada me hable como me ha hablado delante de su padre ni delante de nadie. Por san Ninian, ¿has visto cómo me retaba buscando discutir?

—Tú tampoco te has callado.

—Poco le he dicho para lo que me habría gustado —replicó él.

Iver lo comprendía. Esa mañana Johanna le había hablado a Alan con la misma fuerza con la que hablaba su padre.

—Entiendo lo que dices, pero debes comprender que lo hicimos mal —indicó.

Alan asintió, lo sabía. El resultado había sido la muerte de aquellas ovejas. Cuando Iver se disponía a continuar, él concluyó:

—Nada me hará cambiar de opinión respecto a mi marcha; por tanto, ¡fin del asunto!

Una vez dicho eso, cogió una toalla y se encaminó hacia el lago. Necesitaba asearse.

***

Esa noche Alan demoró acudir a la fiesta todo lo que pudo. No obstante, le gustara o no, debía asistir. Por ello, finalmente decidió ir acompañado de algunos de sus hombres. Haría acto de presencia durante un rato y después regresaría al campamento.

Una vez allí se divirtió bebiendo y riendo con sus hombres, hasta que decidió invitar a una joven a bailar un baile grupal. Divertido, bailaba con ella cuando, al darse la vuelta, notó que

empujaba sin querer a alguien. Se disponía a disculparse, pero se encontró con la mirada de Johanna, que, sin parar de bailar, le soltó:

—¿A ti no te ha dicho nadie que empujar no es algo bonito?

Alan se cruzó con ella y, sin dejar de bailar él tampoco, preguntó:

—¿Y quién dice que te he empujado?

Johanna puso los ojos en blanco.

—Idiota —siseó.

Molesto por eso, y por la forma en que ella le había hablado aquella mañana en el prado delante de todos, Alan siguió bailando y, cuando volvió a coincidir con Johanna, le soltó:

—Si es el momento de ser sinceros, permíteme decir... ¡Malcriada!

La joven parpadeó sin dar crédito. No le gustó nada que le dijera aquello.

—¡Serás tonto! —replicó.

—¡Dijo la creída!

Boquiabierta, iba a contestar cuando la pieza de música acabó y Alan, dándose la vuelta, cogió el brazo de la muchacha con quien bailaba y se alejó. Johanna resopló y se contuvo. No pensaba consentir que aquel McGregor la sacara de sus casillas.

Una vez que él llegó junto al grupo, bebió una jarra de cerveza. Estaba sediento. Miró de nuevo hacia el lugar donde sabía que estaba Johanna y comprobó que volvía a bailar, esta vez con otro hombre diferente. Rápidamente dejó de mirarla, no quería que nadie se percatara de eso; para quitarse de en medio, decidió buscar a Iver y a Beth, pero al pasar frente a la puerta principal del castillo oyó:

—Alan.

Al volverse se encontró con Duncan McRae. Ver que se acercaba a él con gesto serio lo descuadró. ¿Se habría enterado de algo?

De inmediato Alan se detuvo y separó las piernas instintivamente en posición de ataque.

—Tenemos que hablar —le dijo Duncan.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sígueme.

Alan asintió. Lo hecho hecho estaba, y si Duncan se había enterado de lo ocurrido aquel día con Johanna, tendría que apechugar con lo que pasara a partir de ahora.

Con el rabillo del ojo vio que Ewen y Myles los observaban. Estaban serios, demasiado. Y cuando llegaron a una de las mesas donde había bebida, Duncan lo miró con aquellos ojos verdes que sus hijas habían heredado e inquirió:

—¿Tienes algo que contarme?

Tenso. Alan se sentía muy tenso. No le era fácil contarle lo que supuestamente aquel ya sabía, pero, sin dejarse amedrentar, lo miró y respondió:

—¿Qué se supone que he de contarte?

Eso le gustó a Duncan. Por norma, cuando hablaban con él, a los hombres les temblaba la voz. Duncan sabía que su envergadura y su mirada daban miedo, pero estaba claro que a Alan no, y gustoso empezó a decir:

—¿Cuándo ibas a decirme que...?

—A ver, Duncan...

—¿Qué es eso de que te vas mañana? —preguntó aquel.

Oír eso sorprendió a Alan, pues no era lo que él imaginaba.

—¿Acaso no te sientes bien recibido en Eilean Donan? —inquirió.

Alan tomó aire. Por suerte, lo que le preguntaba no era lo que él había supuesto.

—Voy a tener que cortarle la lengua a Iver —murmuró.

Duncan rio y, dándole una palmadita en la espalda, preguntó:

—¿Qué te ocurre, que estás tan tenso?

Era el momento de contarle la verdad. De contar lo que ocultaba. De ser sincero con aquel. Sin embargo, sabía que si lo hacía, podría meter en líos a Johanna, por lo que era mejor callar. Duncan cogió un par de jarras de cerveza y, entregándole una a Alan, se interesó:

—¿Todo bien en el campamento?

Alan asintió y respondió mientras cogía la jarra que aquel le ofrecía:

—Sí.

Duncan dio un trago a su cerveza. A unos metros de ellos, donde la gente bailaba, estaban divirtiéndose su mujer y su hija, y como necesitaba saber por qué aquel quería marcharse, insistió:

—¿Alguna enamorada esperándote?

—No, y fin del asunto.

Duncan asintió, pocos eran capaces de hablarle así.

—¿«Fin del asunto»? —preguntó curioso.

Rápidamente Alan afirmó con la cabeza y, entendiendo que había sido brusco, indicó:

—Es una frase muy de los McGregor cuando queremos dejar de hablar de algo. Disculpa, no me lo tengas en cuenta.

Duncan volvió a afirmar con la cabeza y luego preguntó:

—¿Algún trabajo urgente para la cooperativa?

—No.

—Entonces, si no es porque te espera una enamorada y tampoco es porque tengas que hacer algo urgente en la cooperativa, ¿realmente por qué quieres marcharte? Dímelo. Te aseguro que, sea lo que sea, lo entenderé.

Alan sonrió. Si le decía la verdad, no lo entendería.

—No te marcharás por la forma en que Johanna te ha hablado esta mañana, ¿verdad? —quiso saber Duncan.

Alan dejó de sonreír e, incapaz de callar, pidió:

—¿Puedo ser sincero contigo?

—Puedes...

Alan clavó los pies en el suelo con firmeza.

—No me gusta que me hablen en el tono que ella ha empleado —señaló.

—Tú tampoco te has quedado callado.

El guerrero resopló. Antes había batallado con la hija y ahora no quería hacerlo con el padre, pero respondió:

—Créeme que no le he dicho muchas de las cosas que pensaba por respeto a ti.

Duncan asintió, lo comprendía.

—La verdad es que en ocasiones Johanna es como yo: brusca e impetuosa —dijo suspirando.

—Yo a eso le añadiría más cosas.

—No te pases, muchacho —replicó Duncan—. Estamos hablando de mi hija.

Alan asintió, pero, sin pensarlo, prosiguió:

—Ella sabe tanto como tú sobre ovejas y su cuidado porque lo ha asimilado desde pequeña. Pero Iver y yo estamos aprendiendo. Cometemos errores que nos duelen. Y que ella me los eche en cara como ha hecho esta mañana delante de todos y me rete continuamente para que yo salte lo considero una chulería de muy mal gusto que solo puede permitirse una malcriada...

Duncan parpadeó sin dar crédito. ¿Había llamado «malcriada» a su hija?

—Y, vale... —continuó Alan—, sé que no te gusta que te hable de ella en estos términos, pero créeme que, si yo fuera su padre, le daría un toque de atención, porque quizá con otra persona te meta en un buen lío.

—¿Tú crees eso?

Alan asintió y, mientras veía a la joven bailar, insistió:

—Siendo sincero, sí, lo creo. Con su impetuosidad, Johanna no se da cuenta de cómo dice las cosas, y a mí particularmente me ha molestado mucho. Y te juro por san Fergus, y esto ya lo digo extralimitándome, que si por mí hubiera sido, le habría dado esos buenos azotes que con seguridad tú no le has dado.

Acto seguido los dos hombres se observaron en silencio, retándose con la mirada. Ninguno de los dos parecía querer romper ese extraño momento, hasta que finalmente Alan dijo:

—Espero que ser sincero en lo referente a algo que ha pasado y que tú mismo has visto no sea motivo de que se genere una mala relación entre nosotros.

Duncan negó con la cabeza confundido. Que aquel le hubiera hablado de su hija sin temor a represalias le había gustado tanto que en cierto modo no sabía ni cómo reaccionar.

Era consciente de que Megan y él habían criado a sus hijas con mucha libertad. Querían que se convirtieran en las mujeres fuertes e impetuosas que eran. Pero, entendiendo también lo que aquel decía, indicó:

—Tu sinceridad conmigo no causará que exista una mala relación.

—Gracias, Duncan —murmuró Alan, sintiéndose culpable por no ser del todo sincero con él.

—En cuanto a lo que has dicho de mi hija Johanna..., te entiendo. Tanto ella como Amanda son como su madre y como yo, personas que en ocasiones no medimos nuestras palabras. Y, por ello, y en su nombre, te pido disculpas. Es más, la próxima vez que ella te desafíe con sus palabras o haga algo inapropiado que te incumba, tienes mi beneplácito para responderle como bien desees.

Alan levantó las cejas sorprendido y luego Duncan aseguró:

—Te lo digo totalmente en serio.

Boquiabierto, el guerrero no supo qué decir.

—Dicho esto, necesito pedirte un favor —añadió el laird.

—Tú dirás, Duncan.

El aludido miró a su mujer, que estaba hablando no muy lejos de él.

—Dentro de unos días salgo con mi mujer y mis hijas hacia Dornoch para asistir a la boda de Roberta Donald, y me gustaría que tú, con dos o tres hombres de los tuyos, nos acompañaras —indicó.

—¿No te acompañan tus hombres?

—Sí, me acompañará una docena. Pero esta vez Ewen y Myles, que son quienes suelen custodiar a mis hijas, no vendrán. Los veo cansados y la edad no perdona. —Y, bajando la voz, señaló—: Esto es algo entre tú y yo. Si ellos me oyeran decirlo, no sé cómo se lo tomarían.

Sorprendido por aquello, Alan levantó las cejas de nuevo. Ewen y Myles eran mayores, pero lo poco que sabía de ellos le indicaba que eran dos personas despiertas y comprometidas con las muchachas.

—Mira, Alan, seré sincero y claro —declaró aquel—. El hecho de que no desees cortejar a mis hijas es importante para mí. De ahí que te pida esto como un favor personal, pues mi intención es encontrar unos hombres que las merezcan mientras conservan intacta su virginidad.

Alan comenzó a sudar. Que fuera bueno disimulando y nadie supiera lo que sentía por

Johanna era la mejor noticia que podían darle, pero negó con la cabeza.

—Lo siento, Duncan, pero no puedo acompañaros —repuso.

—¿Por qué?

Alan lo miró. Clavó los ojos en aquellos ojos tan parecidos a los de Johanna y respondió:

—He de retomar las obras de mi hogar.

Duncan tomó aire. No era de los que aceptaban un no por respuesta.

—Hagamos un trato —propuso.

—No, Duncan.

—Permíteme hablar antes de rechazarlo...

Alan asintió y luego lo oyó decir:

—Tus hombres y tú venís a Dornoch con nosotros y, a cambio, os regalaré doscientas ovejas a Iver y a ti.

—No.

—Doscientas cincuenta.

—No, Duncan.

—Cuatrocientas. —Alan parpadeó y Duncan indicó—: Tras perder esas cincuenta, creo que os vendrían muy bien... Solo te pido que estéis en la retaguardia por si os necesito. Nada más.

Alan no se movió. La oferta era realmente tentadora.

—Piénsalo bien. ¡Son cuatrocientas ovejas!

Duncan, que vio la turbación del guerrero, sonrió. Sabía que el ofrecimiento de las ovejas era un tema importante. Le dio un amigable toque en la espalda y dijo señalando a Megan y a sus dos hijas, que reían y bailaban:

—Todo lo que tengo no valdría nada sin ellas. Hay muchos hombres que desearían desposarse con mis hijas. Son preciosas, inteligentes, guerreras. Pero todavía no he conocido a ningún guerrero fuerte, valeroso, con carácter y sentimientos que se merezca ese honor. De ahí que me deje la vida para protegerlas y alejarlas de patanes como el Pelines y muchos otros...

Alan, confundido, no sabía qué responder; entonces Duncan dijo tendiéndole la mano:

—Quien cuida y vela por ellas se merece lo mismo de mí. Con esto te digo que aquí estaré para ayudarte en lo que tú necesites de mí si nos acompañas en este viaje.

Acto seguido Alan le estrechó la mano e hizo lo posible por sonreír.

Capítulo 24

Bien entrada la noche, Johanna y Amanda bailaban alrededor de la hoguera junto a sus amigas Connie y Annie, hasta que, agotadas, se acercaron a una de las mesas.

—He bailado con guerreros de Montrose, Aberdeen y Ullapool —contó Connie mientras se servía un poco de cerveza.

—Y yo con hombres de Keith y Applecross —prosiguió Annie.

—Mira qué bien —se mofó Amanda al tiempo que observaba que el conde Brodrick reía con unos hombres.

—¿Y qué tal? —preguntó Johanna, que, después de ver a Alan hablando con su padre, lo había perdido de vista.

—Me quedo con Lorenzo de Aberdeen. Si me caso con él tendremos unos hijos pelirrojos preciosísimos —respondió Connie.

—Por favor... —se burló Amanda mirando a su hermana, que se carcajeó.

Megan, que, al igual que estaba pendiente de sus invitados lo estaba de sus hijas, se acercó a hablar con ellas.

—¿Todo bien por aquí? —quiso saber.

Las chicas asintieron.

En ese instante Calum fue junto a Johanna y le tendió la mano.

—¿Me concedes este baile? —preguntó.

Ella lo miró y, viendo que sus amigas la observaban, fabricó una sonrisa y dijo:

—Por supuesto que sí.

Una vez que comenzaron a danzar, otros hombres se acercaron también para invitar a Annie y a Connie.

Amanda se agarró del brazo de su madre, e iba a hablar cuando esta preguntó:

—¿Qué te parece Calum Marshall?

Amanda, al oírla y saber por qué se lo decía, afirmó:

—¿El Pelines? No tiene ninguna posibilidad.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Megan aliviada.

Ambas rieron y luego esta, mirando como su hija bailaba y reía, comentó:

—Tu padre y yo ya lo imaginábamos, pero prefería que tú me lo confirmaras.

Amanda sonrió con picardía y, acto seguido, su madre inquirió:

—A ver, *sonrisitas*, ¿y a ti hay alguno que te llame la atención?

La joven negó con la cabeza y, evitando mirar al conde, cuchicheó:

—Absolutamente ninguno.

Megan levantó las cejas. Sus hijas eran duras de pelar.

—¿Ni siquiera un poquito? —insistió.

Amanda miró a su alrededor. Los hombres que había por allí le eran del todo indiferentes. Y, mientras pensaba en el conde, aseguró:

—Ni siquiera un poquito.

—¿Y qué me dices de tu hermana? —preguntó Megan acto seguido.

Amanda se puso en alerta.

—Mamáááá..., ¡y yo qué sé! —murmuró.

Ella soltó una risotada y, al cabo, bromeó mirando en torno a ella:

—¿Seamus Thomson? ¿Thomas Robertson? ¿Robert Duchaman, quizá?

Amanda gesticuló divertida al oír que su madre recitaba todos aquellos nombres con gracia, y dio un trago a su cerveza mientras aquella proseguía:

—¿Qué me dices de Michael Osborn? ¿Taylor Clark? ¿Alan McGregor? ¿Richard Fraser?

Al oír esos últimos nombres Amanda se atragantó con la cerveza.

—Por Dios, mi vida, que casi te ahogas —cuchicheó Megan.

La joven afirmó con la cabeza. Cuando hilaba, su madre lo hacía muy fino; la miró esperando su siguiente ataque, y esta dijo:

—¿Ves a aquel hombre moreno, alto y guapo de allí?

Amanda miró y vio a su padre, que las observaba desde donde estaba.

—¿Ves cómo nos mira? —añadió Megan. La joven asintió y ella sentenció—: Solo espero que tú y tu hermana os enamoréis de alguien que os mire así. Porque, si eso sucede, seréis unas mujeres dichosas y felices como lo soy yo.

Amanda volvió a asentir. El amor y el respeto que sus padres se profesaban era algo muy bonito.

—¿Puedo interrumpiros un instante? —oyeron entonces que alguien preguntaba a su espalda.

Al volverse, se encontraron con el conde Brodrick Fraser, un hombre alto y moreno como Duncan, con unos increíbles ojos oscuros.

—Lady Megan, lady Amanda... Quería presentaros a mi esposa, Scarlett.

Ambas sonrieron a la mujer que estaba frente a ellas. Era alta, de ojos marrones, mirada turbia y pelo claro como el sol.

—Querido —replicó esta en tono seco—, prefiero que me presentes como la condesa de Aviemore.

Esa matización hizo que madre e hija asintieran.

—Agradezco vuestra invitación, lady Megan —señaló aquella—, así como la deferencia de asignarnos una preciosa habitación para mi marido, nuestros dos hijos y para mí.

Gustosa, la aludida se dispuso a abrazarla. Megan siempre había tenido muy buena relación con los Fraser. Sin embargo, a aquella mujer no la conocía y, al ver que ella no parecía querer lo mismo, se detuvo y, percatándose del gesto incómodo de Brodrick, simplemente contestó:

—Es un placer teneros aquí, condesa de Aviemore, y es lo mínimo que puedo hacer.

Megan miró a Brodrick. Cuando lo conoció era un muchachito de la edad de Zac, y su hermano Richard era unos años más pequeño.

Brodrick era un chiquillo divertido y hablador al que aleccionaban para ser el siguiente conde de Aviemore, pero que hacía travesuras junto a Zac, con quien hizo camarilla. A través de su padre, el conde Magnus, supo que, después de que este se separase de su mujer, Edelmira, tanto Richard como Brodrick se marchaban por temporadas con ella a Dumfries, donde al crecer comenzaron una nueva vida.

Esporádicamente, alguna vez que Duncan y Megan estuvieron visitando a Magnus, vieron a los hermanos. Y en una de las visitas fue cuando se enteraron de que Brodrick se había casado con una aristócrata de Dumfries y Richard se había unido al ejército escocés.

Durante años Duncan y Megan, siempre que organizaban la fiesta de Eilean Donan, invitaban al conde Magnus y a sus hijos, pero solo asistía el primero. Richard siempre estaba fuera y

Brodrick rechazaba la invitación. Hasta que ese año Magnus murió y, sorprendentemente, sus hijos hicieron acto de presencia.

Estaban los cuatro en silencio cuando Megan, para romper el hielo, preguntó:

—¿Los niños están jugando en la fiesta?

—Peyton, sí —contestó Brodrick—. Ossian está durmiendo.

—¿Durmiendo tan pronto? —preguntó Amanda.

—Ossian tiene tres meses —indicó la mujer con sequedad.

—Ohhhh, ¡qué monooo! —murmuró entonces la joven enternecida.

—Los niños no son monos... —replicó la madre.

—Es una manera cariñosa de hablar —se defendió Amanda.

—Una forma de hablar incorrecta —soltó la condesa.

Megan y su hija se miraron con disimulo. Al cabo, Megan preguntó guardando las formas:

—¿Lo pasáis bien?

Brodrick asintió impasible. Se lo veía tenso, como cansado. Y su mujer contestó con gesto sombrío:

—Maravillosa fiesta.

Megan, que buscaba ser agradable con aquellos, le dio conversación a Scarlett, justo en el momento en que unos jóvenes amigos pasaban junto a Amanda, que les sonrió.

—Por lo que he visto, te gusta bailar —comentó Brodrick mirándola.

Ella lo miró. ¿La había visto bailar? Y, con un gesto gracioso, afirmó:

—Así es, conde de Aviemore.

—Por favor, Amanda, tutéame. Soy Brodrick. Estamos en una fiesta.

A la joven le agradó oír eso y, siguiendo sus instrucciones, indicó:

—Me encanta bailar, Brodrick. Es divertido y hace sonreír. ¿Te apetece?

—No, gracias.

Divertida, la joven, al ver el envaramiento de aquel, preguntó:

—¿Qué es lo que no te apetece?, ¿bailar o sonreír?

Él la miró sorprendido y ella cuchicheó a continuación con gesto gracioso:

—Algo me dice que en tu vida faltan ambas cosas.

—Curiosa apreciación.

Los dos sonrieron. Cada vez que se veían, una extraña inquietud se apoderaba de ellos.

—¿Siempre eres tan directa? —preguntó entonces el conde.

—Siempre. Aunque he de reconocer que a veces no es una buena idea.

Volvieron a reír; entonces un grupo de niños pasó corriendo junto a ellos y la condesa exclamó:

—¡Por el amor de Dios, Peyton Catriona Fiona, compórtate y deja de correr como una salvaje de las Highlands!

Al oír eso, Amanda y su madre se miraron. ¡¿«Salvaje de las Highlands»?!

—Oh, condesa de Aviemore, ¡dejad que se divierta! —terció Megan.

Pero aquella seguía a la niña con los ojos. Odiaba las Highlands y a sus gentes. Ella era una señorita de las Lowlands, fina y delicada, que, a causa de las obligaciones territoriales de su marido al morir su padre, había tenido que cambiar de residencia. No quería que su hija se volviera una salvaje como los que los rodeaban, por lo que siseó:

—Ha de saber comportarse y...

—Estamos de festejos —la cortó Brodrick tenso—. Deja que Peyton se divierta.

A regañadientes, aquella claudicó, y, tocándose el moño estirado que llevaba, dijo:

—He de beber algo. Me muero de sed.

—En las mesas del fondo hay diferentes bebidas para elegir —indicó Megan.

Instantes después Brodrick se alejó con gesto serio acompañado de su mujer.

—Algo me dice que esa condesita no es muy amigable —susurró Amanda.

—Tiene cara de estreñida.

—Mamáááá. —Ella rio.

Madre e hija se miraron y sonrieron, y la primera cogió la mano de la muchacha y dijo olvidándose de aquellos:

—Vayamos a bailar.

Y lo hicieron. Bailaron y danzaron hasta que los pies les dolieron.

Capítulo 25

Tras bailar algunas piezas juntos, Calum y Johanna charlaban con Max y otros hombres cuando ella divisó a Alan junto a varios de sus guerreros.

Con disimulo, pero incapaz de quitarle los ojos de encima, estuvo observándolo. Los pantalones negros, la camisa blanca y el chaleco negro que llevaba, junto con el pelo mojado y peinado hacia atrás, ensalzaban aún más su atractivo, y pronto vio que muchas mujeres le hacían ojitos y sonreían. Las primeras, sus amigas Annie y Connie.

Moviéndose con disimulo para no perderlo de vista, se alejó de Calum y saludó a varios de los invitados mientras miraba a Alan y una voz dentro de ella murmuraba una y otra vez: «¡Búscame! ¡Búscame!».

Por su parte, Alan, que estaba en el centro del patio lleno de gente que hablaba, reía, bebía o bailaba, miró a su alrededor con curiosidad en busca de alguien y solo detuvo la mirada cuando la encontró.

Johanna estaba riendo entre un grupo de gente. Y, de inmediato, el cuerpo del guerrero se calentó. Verla con aquel precioso vestido celeste que se ceñía a su cuerpo y ensalzaba su belleza hizo que a Alan se le acelerara el corazón y, molesto consigo mismo, se reprendió. «¡Maldita sea!»

Pensó en la propuesta de su padre, en acompañarlos custodiando a Johanna y Amanda, y supo que no podía aceptar. Era imposible.

—Alan —lo llamó entonces Iver—. Estamos aquí.

Sin dudarlo, él dejó de mirar a Johanna y se alejó a grandes zancadas hasta donde estaban sus amigos. Una vez allí, cogió una jarra llena de cerveza y, tras bebérsela de un trago, oyó que Beth comentaba:

—Pues sí que estabas sediento.

Alan asintió y, cogiendo otra jarra, se la llevó a los labios, pero Iver lo detuvo.

—Despacito o no disfrutarás de la noche —le recomendó su amigo.

—Que sepas que esta noche estás especialmente guapo, Alan —musitó Beth.

Aquello lo hizo sonreír y, mirándolos, dijo:

—Tengo que contaros algo.

—Si es que has vuelto a discutir con Johanna mientras bailabais, ya me lo ha contado ella —indicó Beth.

Alan se molestó

—Esa *bicha* es insufrible... —siseó.

—Anda, mira. Ella opina lo mismo de ti —se mofó Beth.

Los tres se miraban en silencio cuando Iver cuchicheó divertido:

—Cuidadito, Alan, que yo comencé diciendo que Beth era insufrible y míranos ahora.

Él negó con la cabeza. Que en su día aquellos hubieran solucionado sus diferencias no quería decir que él y Johanna pudieran hacer lo mismo. Sin más, les contó la conversación que había mantenido con Duncan, al igual que su propuesta.

—¡¿Cuatrocientas ovejas?! —exclamó Iver al cabo.

Alan asintió ante la cara de sorpresa de Beth.

—Tienes dos opciones, Alan —señaló su amigo—: aceptar o no aceptar.

—Hombre, gracias... Tus palabras han resuelto todas mis dudas —gruñó Alan mirándolo.

—Si no aceptas —prosiguió Iver— es porque piensas seguir los dictados de tu corazón...

—Ah, pero ¿Alan tiene corazón? —se mofó Beth.

El aludido y su esposo la miraron, en sus caras se leía lo que pensaban. Iver, atrayendo de nuevo la mirada de su amigo, insistió:

—En cambio, si aceptas es porque no quieres nada con ella, pero sí las cuatrocientas ovejas...

—Al demonio las ovejas —repuso Beth.

Durante unos minutos los tres siguieron hablando sin mencionar en ningún momento el nombre de Johanna. Era evidente que, a pesar de lo enfadado que estaba por el modo en que le había hablado ante su padre, Alan sentía algo por ella. Al verla, por mucho que se lo negara, se deshacía.

Alan estaba liado, muy liado. En la vida se había visto en una tesitura en la que mandase el corazón. Mirando a aquellos, musitó:

—Su padre cree que no me he fijado en ella. Si ahora le digo que...

—Cosas más raras se han visto —lo cortó Beth—. Mira la madre de Iver. Bien sabes que Arabella ni me aguantaba ni me quería, y ahora me adora tanto como yo a ella.

Iver sonrió al oírla y Alan soltó:

—¿Me vas a comparar a Arabella con el padre de la Bicha?

Los tres rieron, e Iver, entendiendo a su amigo e intentando ayudarlo a tomar una decisión, declaró:

—Acepta las cuatrocientas ovejas.

—¡Iver! —gruñó Beth.

Obviando a su mujer, él prosiguió mientras miraba a Alan:

—Si tienes claro que no quieres nada con ella, acepta. De ese modo conseguiremos cuatrocientas ovejas para nuestro rebaño y no nos pondremos a Duncan en contra.

—Iver —insistió Beth—, estamos hablando de..., de... ¡la Bicha! ¿Cómo puedes mencionar a las malditas ovejas y a su padre?

Iver y ella comenzaron a discutir. Alan los escuchaba mientras era consciente de lo ridículo que era elegir a Johanna. Conociéndola, terminarían mal y pondría en su contra a Duncan McRae. No, eso no podía ser. Su amigo tenía razón, cuatrocientas ovejas les vendrían de lujo, por lo que dijo:

—Escojo las ovejas.

—¡Alan! —gruñó Beth.

—Escucha —repuso él—, cada vez que estamos juntos terminamos discutiendo. Y si algo evito en mi vida, y lo sabes bien, son las discusiones.

—Iver y yo también discutíamos, hasta que nos dimos una oportunidad —afirmó la joven.

El aludido asintió. Su mujer llevaba razón.

—Lo mejor de mi vida, amigo, fue darnos esa oportunidad —indicó.

Con gusto, Iver y Beth comenzaron a besarse, mientras Alan ponía los ojos en blanco y gruñía:

—¿Queréis parar de una vez?

Sus amigos, riendo, así lo hicieron, y Beth lo miró.

—Si sientes que el corazón se te acelera al verla, ¿por qué no intentarlo?

Alan negó con la cabeza.

—Es imposible, Beth.

—Solo es imposible lo que no se intenta... Aunque las cuatrocientas ovejas... —se mofó Iver.

Beth, que entendió por fin a su marido, sonrió y negó con la cabeza mirando a Alan.

Cada vez que hablaba con Johanna y aparecía en la conversación el nombre de Alan, veía que la expresión de su amiga se transformaba. No hacía mucho que a ella le había pasado algo parecido con Iver. Intentó negárselo, intentó no verlo, pero fue inútil. Así pues, insistió dirigiéndose a Alan:

—Créeme cuando te digo que ella piensa en ti.

Al oírla, él decidió zanjar aquel tema que no lo llevaba a ninguna parte.

—Pues, sinceramente, si piensa en mí, lo hace muy mal —sentenció.

Beth e Iver se miraron. Y cuando ella se disponía a insistir, Iver le cogió la mano y la hizo callar.

—Si has tomado tu decisión, no hay más que hablar, Alan —indicó—. Tendremos cuatrocientas ovejas que cuidar y alimentar.

Agradecido por sus palabras, él lo abrazó. Pero Beth, que vio que su amiga dejaba en ese instante de bailar con su padre, la llamó:

—¡Johanna! ¡Johanna!

—Beth, ¡te voy a matar! —gruñó Alan.

Ella rio divertida.

—Por algo me llamas «sor Pesadilla», ¿no?

La aludida sonrió al ver que Beth le hacía señas con las manos y, cuando descubrió quién estaba junto a ella, apretó los dientes y echó a andar en su dirección.

—Hola, ¿qué tal va todo? —saludó jovialmente al llegar.

Iver y Beth enseguida entablaron conversación con ella, mientras Alan se mantenía en un segundo plano. No pensaba dirigirle la palabra. Cada vez que lo hacía era para discutir. Sin embargo, de pronto, ella preguntó mirándolo:

—¿Lo pasas bien en la fiesta?

—Sí.

Johanna asintió. Y, haciendo caso omiso de cómo Iver y Beth la miraban, dijo:

—Mira, voy a obviar que antes me has empujado y...

—No te he empujado.

—¿Ah, no?

—No —replicó Alan.

Con un movimiento muy retador, Johanna lo empujó a él. Alan se movió hacia atrás e Iver, al verlo, la reprendió:

—Oye...

Alan clavó entonces la mirada en la muchacha.

—¿Pretendes que te empuje, *señorita Libre Como el Viento*?

—¡Atrévete, *bicho*! —lo retó Johanna.

Boquiabierto, Alan miró a Iver, y Beth, metiéndose en medio, dijo para evitar que quienes estaban cerca los observaran:

—Fin del asunto. Haya paz, que estamos rodeados de gente.

Johanna tomó aire. Rápidamente echó un vistazo a su alrededor y, al ver que nadie los miraba, señaló con el dedo a Alan y siseó:

—Eres un cenutrio, ¡que lo sepas!

—Dijo la Bicha... —gruñó él.

La joven resopló. Nunca había sido delicada hablando con los hombres; nunca se había encontrado en una situación como aquella. Vio que Beth le indicaba con la mirada que bajara su tono de voz, por tanto tomó aire y replicó:

—Eres muy desagradable, y que sepas que antes, cuando hablábamos...

—¿Eso para ti era hablar?

—Sí.

—Pues, para mí, eso era discutir —aseguró Alan.

Johanna parpadeó con lentitud. ¿Qué le ocurría, que se acercaba a él y se ponía tan tensa? Y, obviando la mirada de Iver y Beth, indicó:

—Para mí discutir es otra cosa. Y, antes de que sigas siendo la víctima del momento, he de decirte que esta mañana, cuando te he dicho lo de las ovejas...

—Mejor no menciones lo de esta mañana —la cortó él.

La joven sonrió. No pensaba callarse algo en lo que ella llevaba la razón.

—Si te incomoda que te diga en lo que te has equivocado con las ovejas es tu problema, no el mío —soltó, y como aquel la miraba con gesto sombrío, se mofó—: Oh, venga ya, ¡te enfadas por todo!

Verla ante él con aquel gesto en cierto modo gracioso volvió a descuadrar al guerrero. Pero necesitaba que lo dejara respirar, así que dijo:

—Mira, guapa...

—Uis, McGregor... —lo cortó Johanna—, lo de «guapa» es mejor que lo de «bicha», ¿verdad, Beth?

La aludida asintió.

—Adónde va a parar... —murmuró acto seguido.

Alan volvió a tomar aire. Aquello lo desesperaba.

—¿Qué tal si das media vuelta y te vas por donde has venido? —sentenció mirando a Johanna.

Molesta, ella abrió la boca para replicar. Pero ¿cómo osaba hablarle así?

Achinó los ojos. Le habría encantado darle un empujón. Un bofetón. En ese momento Sean y Todd, dos de los hombres de Alan e Iver, ajenos a todo aquello, se acercaron a ellos y preguntaron:

—Lady Johanna, lady Beth, ¿bailaríais con nosotros?

—Eso ni lo dudéis —respondió Johanna tirando de su amiga.

Segundos después aquellas se dirigían hacia el lugar donde varias parejas bailaban al son de los músicos que tocaban, mientras Alan cogía de nuevo su cerveza y le daba un trago. Que Johanna bailara con Sean y no con otro le gustaba. Verla sonreír a cada salto que daba hacía que su corazón brincara.

—¿Por qué te estás negando lo evidente? —cuchicheó entonces Iver acercándose a él.

—¡Iver!

—¿Acaso no ves la atracción que hay entre vosotros?

—¿Dónde ves atracción cuando solo deseamos matarnos?

—¿Mataros a besos?

—Fin del asunto, Iver...

El aludido sonrió. Nunca había visto a su amigo comportarse así; levantó su copa, lo miró y susurró:

—Estás perdido, McGregor...

Capítulo 26

Durante un buen rato Johanna y Beth bailaron divertidas con los hombres, mientras la primera era consciente de que Alan bailaba también con cualquier mujer que se le acercaba. Estaba claro que no solo estaba enfadado, sino que, además, pasaba de ella.

Agotada, estaba pensando en ello cuando Beth le tendió una jarra de cerveza.

—Creo que la necesitas.

Ella la cogió con una sonrisa y, dándose aire con la mano, musitó:

—Qué buenos bailarines son los hombres de Iver y Alan.

Su amiga asintió, sabía cuánto les gustaba una celebración. Y Johanna, viendo a Alan bailar, ahora con su amiga Annie, añadió:

—Debería advertirle a Annie que hasta dentro de cinco o seis años ese *bicho* no estará libre...

Beth soltó una carcajada.

—¿Te ha dicho esa tontería? —preguntó mirándola.

Johanna asintió.

—También me ha dicho que, como soy hija de quien soy, no quiere ni rozar el aire que respiro. Y tú misma has visto que me ha pedido que me aleje de él...

—Será idiota el Bicho —soltó Beth.

—Muy idiota. —Johanna la apoyó.

Las dos jóvenes se miraron y, al cabo, esta última susurró:

—No sé qué me pasa, Beth... Nunca me he sentido así con un hombre. Pero en cuanto veo a Alan siento que el mundo se mueve bajo mis pies y el cuerpo me arde. Y, ¡maldita sea!, no quiero que nadie lo note y pueda mofarse de mí, y menos aún cuando no soy correspondida.

Beth sonrió mirando a su amiga.

—Eso que sientes es atracción —repuso.

—¿Y cuándo se pasa?

Beth resopló y, mirando a Alan, que se divertía en compañía de una rubia, dijo:

—Pues no lo sé, Johanna. Lo único que te puedo decir es que, si va a más, se convertirá en amor.

—Pero ¿qué dices? —gruñó ella al oírla—. ¿Cómo me voy a enamorar de ese cenutrio?

Beth se encogió de hombros. Por un instante se le pasó por la cabeza contarle lo que su padre le había propuesto a Alan, pero al final decidió esperar. Era mejor que él y su amiga lo hablaran.

—No quiero amar a alguien que no me ame a mí —declaró Johanna. Y, retirándose el pelo del rostro, susurró—: Si he de enamorarme, quiero un amor como el de mis padres, me niego a aceptar menos. —Mientras observaba como Alan reía en compañía de una morena, tragándose la rabia que sentía, miró a Beth y agregó—: Vale. Será atracción. Pero nada más. Aunque te juro que en este momento estoy tan furiosa porque le sonría a Petunia McDermont que iría hasta él y le rajaría el pescuezo...

—¡Johanna! —Su amiga rio.

La aludida suspiró. Aquello que decía era irracional, pero es que nunca en su vida se había

sentido así. Intentó reponerse y tomó aire.

—¿Sabes? Voy a disfrutar de la fiesta de mi hogar y de mi gente —decidió—. Y a partir de este instante voy a olvidarme de él. Cuando acaben los festejos se marchará. Dejaré de verlo y me olvidaré de su existencia en siete días.

—¡Serán tres! —se burló Beth.

Johanna la miró y, entendiendo su mofa, cuchicheó:

—Eres una amiga mala y retorcida, ¿lo sabías?

Ella sonrió.

—Voy a meterme donde no debo, pero has de saber que está tan confundido como tú. Y si queréis comenzar a entenderos, por favor, ¡dejad de retaros y de discutir!

—Él me provoca.

—También lo provocas tú.

Johanna asintió; Beth tenía razón.

Entonces, de pronto oyó una carcajada. Era Alan. Ahora no solo hablaba con Petunia, sino que se les habían unido Kate y Doriana, y las tres lo miraban con auténtica adoración.

Beth soltó una risotada al observar el gesto de su amiga. Y esta, de pronto, viendo que un hombre moreno la miraba, le guiñó un ojo y acto seguido soltó:

—Querida Beth, como dicen los McGregor, ¡fin del asunto! Si algo me sobra son pretendientes. Y no es vanidad, es realidad.

—En eso te doy toda la razón.

Instantes después el moreno al que le había guiñado un ojo se le acercó y, mirándola, dijo con un increíble acento italiano:

—Lady Johanna, permitidme que me presente. Soy Constanzo de Luna.

Encantada, Johanna le tendió la mano. Era la primera vez que veía a aquel hombre.

—He venido acompañando a mi cuñado, Ulrich McDonald —añadió este.

La muchacha asintió. Sabía que Ulrich se había casado con una italiana.

—Encantada de que estés aquí, Constanzo —respondió mirando a Beth—. Y, por cierto, te presento a mi amiga Beth McGregor.

—Un placer —saludó aquel con una bonita sonrisa.

Las dos jóvenes intercambiaron una mirada y luego él, mirando a Johanna, preguntó:

—¿Os apetece bailar?

Divertida, ella asintió y salió a la pista. Había que disfrutar.

Capítulo 27

Durante un buen rato, y ajena a las miradas de Alan, Johanna lo pasó bien en compañía de Constanzo. No solo era agradable a la vista, sino también un hombre educado y encantador.

Tras varios bailes, el italiano se alejó y Johanna regresó junto a Beth. Las dos amigas estaban charlando cuando, de pronto, Calum se acercó a ellas y agarró a Johanna del brazo.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Johanna, que no lo esperaba, se derramó parte de su cerveza encima a causa del susto.

—Maldita sea —siseó.

—Lo siento —murmuró él—. No pretendía asustarte.

—Pues lo has hecho —gruñó molesta.

El guerrero no se inmutó e insistió:

—Después de haberte visto bailando con ese italiano, es necesario que hablemos.

Beth y Johanna se miraron. Y la primera, viendo el gesto de su amiga, señaló:

—Voy con Iver. Luego te veo.

En cuanto se quedaron solos, Johanna se dispuso a ponerlo en su sitio, estaba harta de la tontería que Calum se traía con ella, pero entonces se percató de que Alan los observaba. Al sentir su mirada se le erizó el vello de todo el cuerpo. ¿Por qué la miraba así, si no quería nada con ella?

Eso la inquietó. ¿Y si Beth tenía razón? Mientras contemplaba su vestido manchado de cerveza, pensó en retirarse para cambiarse, pero, serenándose, decidió cambiar de táctica con Calum y, agarrándolo del brazo con una sonrisa, echaron a andar hacia el puente de piedra.

—Muy bien, Calum. Hablemos.

El guerrero sonrió encantado. Aquello era buena señal. Luego, tocándose el cabello, dijo mientras se cruzaban con gente que seguía divirtiéndose en la fiesta:

—Siento haberte asustado y que ello haya provocado que tu precioso vestido...

—El vestido se cambia —lo cortó Johanna consciente de cómo la miraba ahora su padre—. No hay problema. ¿Qué deseas?

Calum asintió. No quería tirar la toalla aún con ella y, mirándola, dijo:

—Mira, voy a serte sincero. Llevo un tiempo pensando en desposarme, pues mi padre quiere nietos que correteen por la fortaleza. Cuando te conocí, pensé...

—Si pensaste en mí para eso, pensaste mal —lo cortó ella.

—¡Johanna!

Aquello lo había descuadrado, no esperaba una contestación así. Y la joven, viendo que no solo su padre, sino que también Alan los observaba, repuso:

—Calum, como tú has sido sincero conmigo, lo seré yo contigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Consciente de que lo que le iba a decir no le iba a gustar, se preparó para ser embestida.

—Ni me gustas ni busco marido. Por tanto, yo no soy lo que estás buscando —declaró.

—Pero, Johanna...

—Calum, por Dios, ¡abre las orejas y escucha!

El guerrero tomó aire y, tras un segundo, preguntó:

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Soy un buen partido, Johanna —añadió aquel.

—Lo sé, Calum. Sé que otra mujer, ante una proposición como la que me has hecho, te diría que sí, pero, lo siento, yo no soy esa mujer.

Él parpadeó. Oír aquello no era agradable.

—Podrías ser mi flamante esposa...

—Mi vida está aquí, en Eilean Donan.

—Te estoy ofreciendo ser la señora de Inveraray —insistió él tocándose el cabello de nuevo.

—Calum, no quiero vivir en otro sitio que no sea este.

Él parpadeó al oír su rechazo.

—¿Acaso tu padre no quiere que un hombre te proteja? —inquirió.

Johanna asintió. En eso su padre era como el resto de los hombres.

—Por supuesto que desea que un hombre me proteja y me respete. Pero también sabe que yo sé protegerme sola.

—Johanna, yo te protegería. Necesitas que te protejan.

—Calum...

La joven suspiró y él volvió a insistir:

—Aprenderás a quererme...

Ella negó con la cabeza. No quería aprender a querer a alguien. Quería amor a primera vista. Quería flechazo. Quería lo que sus padres tenían.

—Calum, no voy a casarme contigo —indicó.

—Pero...

—Calum, ¡no! Y, por Dios, deja ya de tocarte el pelo, que me estás poniendo enferma...

Este retiró rápidamente la mano de su cabello y a continuación sugirió:

—¿Y si lo hablo con tu padre?

Johanna, que desde su posición observaba el gesto taciturno de su padre, musitó:

—Por tu integridad, mejor no lo hagas. —Él parpadeó y ella añadió—: A ver, siento ser tan sincera, de verdad, pero si mis tíos, al ver que me cortejabas, te parecieron antipáticos, que te quede muy claro que mi padre te parecerá infinitamente peor.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él.

Ella resopló. Estaba claro que Calum no se conformaba con lo que había oído.

—Date la vuela y mira a tu izquierda —le pidió.

Al hacerlo, él se encontró con la mirada inquisitiva de Duncan, una mirada que, a él, como guerrero, lo hizo temblar. Y, cuando se volvió de nuevo hacia la joven, esta dijo:

—¿Es necesario que sigamos hablando de mi padre cuando puedes ver el desagrado en su mirada y las ganas de matarte que tiene?

—¿Y si nos escapamos para desposarnos?

—¡Pero ¿qué dices...?! ¡Tú eres tonto!

—Vamos a ver, Johanna...

—Madre mía, Calum, ¡fin del asunto! —exclamó ella desesperada.

—Puedo aguardar a que tu padre muera...

—¡Calum! —gritó molesta.

—Johanna, recapacita. Que una mujer sin marido se ocupe de las cosas de las que debe

ocuparse un hombre con seguridad te traerá problemas en un futuro, y...

—El problema lo tendrá quien se atreva a cuestionarme.

—Tu osadía te matará, ¿lo sabes?

Ella asintió. Lo tenía claro. Sus padres también se lo decían.

Y entonces Calum, mesándose de nuevo el cabello, inquirió:

—¿Alguna vez dejarás entrar a algún hombre en tus pensamientos?

La joven, sorprendida por su pregunta, que no esperaba, replicó:

—Los pensamientos son libres.

El guerrero asintió y luego indicó mirándola:

—Ningún hombre que se precie se prestará a vivir en el hogar de tu padre.

—Si ese hombre me quiere y me respeta, aceptará.

—Pero, Johanna... Tu padre tiene un carácter que...

—Quien no quiera a mi padre no me quiere a mí, ¡y fin del asunto!

Se quedaron unos instantes en silencio, hasta que el guerrero, al ver el ceño fruncido de aquella, preguntó retirándose de nuevo el pelo de los ojos:

—¿Nada te hará cambiar de opinión con respecto a nosotros?

—Absolutamente nada.

Johanna, que se percató de que él por fin comenzaba a tirar la toalla con ella, sonrió.

Entendía lo que le decía. Sabía muy bien cómo era su padre y lo que muchos opinaban de él. Solo ella, su hermana, su madre y los más allegados conocían verdaderamente a Duncan McRae. Un hombre afable y cariñoso con quienes quería, pero letal con quienes quisieran complicarle la vida.

Incorporándose, Johanna volvió a agarrarse a él del brazo y, viendo que Alan ya no estaba por allí, dijo caminando de nuevo hacia la fiesta:

—Que no quiera que me cortejes no significa que no quiera ser tu amiga. Nuestros padres lo son por afinidad y negocios, y nosotros podemos y debemos serlo también.

Calum suspiró y, dando por zanjado aquel tema, que no era agradable de tratar para ninguno de los dos, iba a contestar cuando ella matizó con gesto divertido:

—Es más..., si te parece bien, puedo presentarte a varias amigas a las que me consta que casarse las volvería locas.

—¿Son interesantes?

Pensar en Annie y en Connie hizo sonreír a Johanna. Aquellas eran encantadoras, maravillosas, pero dudaba que fueran lo que Calum deseaba y, encogiéndose de hombros, cuchicheó:

—Para mí lo son. Para ti..., no sé.

Él soltó una risotada. Una esposa no, pero sin duda en aquella McRae tenía una amiga. Y, gustoso, regresó con ella a la fiesta.

Capítulo 28

A pocos metros de ellos, Alan, a quien le faltaba el aire por haber visto a Johanna irse con Calum, se volvió hacia Iver y dijo mientras caminaba enfurruñado:

—Me voy a marchar.

Su amigo negó con la cabeza.

—No digas tonterías... ¿Por qué te vas a marchar?

—Alan McGregor, ¡ven aquí! —exigió Beth.

Él no contestó, e Iver, echando un vistazo a las mujeres que esperaban a que Alan las mirase, repuso:

—Pero ¿tú has visto cuántas desean bailar contigo?

Alan las observó. Por cortesía les dedicó una sonrisa, que todas ellas rápidamente le devolvieron, pero, seguro de lo que deseaba, sentenció:

—Mañana nos vemos.

—Alan... —lo llamó Beth.

Sin embargo, él, sin pararse para no darle oportunidad de seguir hablando, continuó su camino.

No estaba para fiestas. Caminaba totalmente enfurruñado cuando, al pasar junto a una de las mesas en las que había cerveza, oyó una voz que decía:

—Señor... Señor...

Al mirar, vio que por debajo de las faldas del mantel que cubría la mesa aparecía un pie. Y, agachándose, levantó la tela y se encontró con dos jóvenes de unos catorce años.

—¿Podéis ayudarnos? —pidió la muchacha.

Alan asintió sin dudarlo y se metió bajo la mesa. El chico no lo miraba. La chica sí. Viendo el apuro de aquel, Alan preguntó:

—¿Qué os pasa?

Al instante le enseñaron las manos, que tenían unidas con unas cuerdas, y el joven empezó a decir:

—Estábamos jugando y..., bueno...

Alan levantó las cejas. Conocía el juego de pregunta o acción. Él había jugado en alguna ocasión.

—Y entonces —continuó la muchacha enfadada—, la tonta de Oriana le ha preguntado a Ander si tenía novia, y como él no ha contestado, Oriana ha decidido que tendría una consecuencia, ¡y nos han atado! Y ahora no podemos salir de aquí atados porque nos da vergüenza.

Alan sonrió. Y, mirando al muchacho, que estaba rojo como un tomate, preguntó:

—¿Tú eres Ander? —Él asintió y Alan, mirando luego a la cría, preguntó a continuación—: ¿Y tú cómo te llamas?

—Sophie, señor. Sophie Dickson.

El guerrero asintió con una sonrisa.

—Yo soy Alan McGregor —declaró.

—¿Podríais quitarnos estas cuerdas? —pidió aquella molesta.

Alan afirmó con la cabeza y, sacándose la daga de su bota, agarró las manos de aquellos dos y cortó las cuerdas que las mantenían unidas.

—¡Listo!

Rápidamente Sophie se movió y, mirando a Ander, que seguía con la vista clavada en el suelo, gruñó:

—Que sepas, Ander Morrison, que en este instante dejo de ser tu novia. —Y luego, dirigiéndose al guerrero, añadió—: Gracias, señor.

Sin más, retiró las faldas del mantel, salió de debajo de la mesa y desapareció.

Divertido por aquello, Alan miró al chiquillo.

—¡Qué carácter! —se mofó.

Ander asintió. Seguía cabizbajo y rojo como un tomate, y Alan, entendiendo por qué, murmuró mientras se acomodaba a su lado:

—Tranquilo. Las chicas suelen ser complicadas, y si tienen carácter mucho más.

El chiquillo lo miró.

—Oriana es mala —murmuró.

—No digas eso...

—Sí, señor. A pesar de ser mi hermana, ¡Oriana es cruel!

Eso hizo sonreír a Alan, que, viendo la mirada de aquel, preguntó:

—¿Tu hermana sabe que te gusta Sophie?

El muchacho abrió mucho los ojos y Alan cuchicheó:

—Tranquilo, Ander. Estamos bajo una mesa, nadie puede oírnos.

El joven asintió.

—Mi hermana sabía que desde hace unas semanas Sophie y yo éramos novios, pero que no se lo podía decir a nadie o los padres de ella se enfadarían.

—¿Y por qué se lo dijiste?

Ander movió la cabeza y, llevándose la mano al corazón, explicó:

—Porque Oriana es mi hermana y yo..., yo..., cuando veo a Sophie, siento que es la mujer de mi vida y el corazón se me desboca. Por eso se lo conté a ella.

—Algo mala sí que es tu hermana... —murmuró Alan, sorprendido por aquellas palabras.

—Pero ahora —prosiguió Ander—, con lo que ha ocurrido y lo enfadada que está, creo que Sophie no querrá volver a saber de mí y comenzará a sonreírle a Moses Sinclair, que me consta que va tras ella.

Alan negó con la cabeza. Aquello suponía un gran problema para el muchacho.

—¿Sophie siente lo mismo por ti? —le preguntó a continuación.

Esta vez Ander sonrió y, encogiéndose de hombros, a pesar de que volvió a ponerse rojo, respondió:

—Cuando nos besamos me hace saber que sí.

—Pero bueno, Ander, ¡con besitos estamos!... —Alan rio.

—Señor, ¡cómo besa!

Ambos sonrieron y él, conmovido por el muchacho, añadió:

—Te voy a dar un consejo que me dio mi padre con respecto a las mujeres. Si en el amor amas, eres correspondido y crees que la vida es más bonita con esa persona especial, sé listo y egoísta y no permitas que nada ni nadie te lo quite. Por tanto, si crees que Sophie es la mujer que quieres en tu futuro, ya puedes salir a toda prisa de aquí y encontrarla antes de que Moses

Sinclair se atreva a sonreírle.

—¿Y qué le digo?

—Lo mismo que me has dicho a mí. Y si los dos decidís que queréis que se haga público, habla con los padres de la joven y exponles tus intenciones para poder cortejarla ante todos y en paz.

—Señor, ¿vos hicisteis eso con vuestra amada?

Al oír eso, rápidamente Johanna le vino a la mente. Sus ojos, sus gestos, su manera de sonreír. Y, aunque nunca había creído en los flechazos, en ese instante supo que existían; sin embargo, mintió:

—Así es, Ander.

El muchacho asintió motivado. Debía dar un paso al frente con Sophie. Se puso de rodillas para salir de debajo de la mesa y declaró:

—Gracias, señor.

—Anda, ¡ve y recupérala!

Instantes después de que el chico saliera de debajo de la mesa, él lo hizo también y se topó con Iver y Beth, que lo esperaban.

—Consejitos doy que para mí no tengo... —soltó ella al verlo.

Fastidiado por verlos allí, Alan terminó de ponerse en pie.

—¿Qué narices estáis haciendo? —inquirió.

Beth sonrió. Iver también, y luego este dijo:

—Te seguíamos para llevarte de vuelta a la fiesta cuando de pronto hemos visto que te metías debajo de la mesa y, al acercarnos, te hemos oído hablar con esos muchachos.

Alan asintió y, de pronto, Beth comentó:

—Anda, mira, Johanna va hacia la mesa de las bebidas. Uissss..., ¡cómo sonríen!

Rápidamente Alan se volvió y la vio del brazo de Calum, hablando y riendo.

—Si yo fuera tú —terció Iver—, iría corriendo, antes de que el Pelines le sonría más.

Oír eso mismo que segundos antes le había aconsejado a Ander los hizo sonreír a los tres, y Beth insistió con mofa:

—«Señor»..., ¿qué tal si te olvidas de esos cinco o seis años que te frenan para conocer a alguien, pones en práctica el consejo de tu padre y, de paso, hablas con su padre para exponerle tus intenciones?

—No puedo...

—¿Por qué no puedes? —inquirió Iver.

El guerrero resopló y se tocó el cabello. La confusión que tenía en la cabeza era total. Hacer aquello que deseaba y que sus amigos le decían lo trastocaría todo, y respondió:

—Fin del asunto.

—McGregor tenías que ser... ¡Pandilla de cabezones!

—¡Beth! —protestó Iver.

Pero ella, mirando a Alan, insistió:

—La palabra *tonto* a ti se te queda pequeña.

Iver y Alan la miraron, y Beth, bajando la voz para no ser oída, agregó:

—Pero vamos a ver, Alan. Ella te atrae. Tú la atraes a ella. Os besasteis. Os tentáis con la mirada cuando creéis que nadie os ve... ¿Qué más necesitas para saber que eso no es solo atracción?

El guerrero no contestó. No podía.

—Carolina me contó su historia con Peter —añadió ella—. Yo sé mi historia con Iver. Y,

desde luego, verte a ti y el modo en que reaccionas con quien tú ya sabes, me indica que los McGregor sois algo complicaditos en el amor.

Alan miró a Johanna. ¿Aquello que casi lo ahogaba y no lo dejaba respirar era amor?

Sin apartar los ojos de ella, la observó. Parecía muy divertida con Calum. Cuando se disponía a responder, Iver insistió:

—Beth tiene razón. Los McGregor somos complicaditos. Pero, mira, quien no arriesga no gana.

—Manda al demonio las cuatrocientas ovejas —insistió Beth.

—Me estáis volviendo loco —protestó Alan.

—¿Nosotros? —se mofó su amiga.

Alan resopló. Su confusión era total.

—Bueno, esto tiene fácil solución —señaló Iver—. Acepta las ovejas y que sea el Pelines o cualquier otro quien finalmente se gane el amor de la Bicha y se despose con ella.

Alan negó con la cabeza al oír eso. Pensar en Johanna con otro hacía que su cuerpo se revelara por completo. Dispuesto por primera vez a seguir sus sentimientos, soltó sin pensarlo:

—Necesito que distraigáis a sus padres.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Beth.

Él miró a su alrededor. Debía hablar con Johanna. Tenía que aclarar antes las cosas para poder tomar una decisión. Pero allí había tanta gente que buscar un lugar solitario era materialmente imposible, por lo que, sin saber qué iba a hacer, respondió:

—No lo sé...

—Alan... —protestó Iver—, no me jodas que no tienes ningún plan, que estamos hablando de la hija de..., de quien no se puede nombrar.

—¡Pero ¿no me estás diciendo que quien no arriesga no gana?! —siseó él.

Iver se quedó callado y Beth, divertida, miró a su marido y cuchicheó:

—¿Asustadito?

Iver suspiró. Sabía lo mucho que se jugaban si aquello salía mal.

—A la mierda todo —afirmó dirigiéndose a Alan—. Ve a por ella como un McGregor y fin del asunto.

Alan sonrió. Contar con el apoyo de sus amigos era importante para él.

Y Beth, soltando una carcajada, tiró de Iver y dijo:

—Vayamos a por los padres, ¡que esto se pone interesante!

Capítulo 29

Tras acercarse a una de las mesas en las que había bebidas, Johanna le entregó una jarra de cerveza a Calum y comentó:

—Déjame decirte que tú y yo casados sería como vivir en el infierno...

—¿Por qué dices eso? —preguntó aquel riendo tras dar un sorbo.

Johanna cogió otra jarra de cerveza para ella, le dio un trago e indicó:

—Mira, yo adoro el campo, las ovejas, los caballos. Me apasiona dormir a la intemperie, llevar pantalones, portar una espada. Soy independiente, retadora, desobediente y no necesito que nadie me defienda porque me defiendo solita. Y eso, aunque te conozco poco, a ti no te agrada, como no me agrada a mí que te pases gran parte del día tocándote el cabello, que les hables mal a tus hombres, que no le prestes atención a tu padre o que odies dormir bajo las estrellas.

Calum la miró, lo que aquella decía le hacía gracia.

—Donde haya una buena cama con sábanas limpias y techo, que se quite dormir a la intemperie y en el suelo —repuso—. Y con respecto a lo otro que has dicho, a mi padre le presto la misma atención que él me ha prestado a mí toda su vida, y a los hombres les hablo como se merecen. Y en cuanto a mi pelo, simplemente lo cuido... ¿Dónde está el mal?

Johanna negó con la cabeza e indicó:

—El mal está en que cuides más tu cabello que a tu padre y a tus hombres.

Calum soltó una carcajada y, con cariño, le colocó un mechón oscuro detrás de la oreja antes de decir:

—Johanna McRae, eres preciosa, inquietante y complicada. Has sido la primera mujer a la que le he pedido matrimonio y la primera que me ha rechazado. Y, aunque nuestra vida hubiera sido un infierno, siento que no hayas aceptado...

—No lo sientas. Agradécelo.

Ambos rieron. Y luego, Calum, levantando su copa, declaró:

—Aprecio tu amistad y tu claridad. Y aunque reconozco que en determinadas cosas no estoy de acuerdo contigo, quiero que sepas que siempre estaré ahí cuando me necesites.

—Gracias, Calum Marshall. Lo mismo digo —dijo ella; tras chocar sus copas cuchicheó—: Y que sepas que te perdono que me metieras la lengua en la boca...

Según dijo eso, oyó que alguien carraspeaba a su espalda. Al volverse, se encontró con Alan, que, mirándola con intensidad, le agarró la mano con decisión y declaró dirigiéndose a Calum:

—Disculpa, pero he de hablar con Johanna.

—¿Ya te envían su padre y sus tíos? —se mofó aquel.

Alan lo miró y la joven, tras observar en los ojos de Alan que algo le pasaba, le indicó a Calum:

—Luego hablamos.

Se alejaron de él en silencio, y de pronto Alan, sin soltar a Johanna de la mano, se situó junto a otras parejas que danzaban y, haciéndola bailar, preguntó:

—¿Qué es eso de que te metió la lengua en la boca?

La joven, sorprendida por la pregunta y por estar bailando con él, respondió:

—A ti te lo voy a contar...

Aquello enfermó a Alan. Pensar que Calum había besado a Johanna lo encelaba.

—¿Acaso vas por ahí besándote con todos? —gruñó.

Molesta, ella lo miró, y viendo su disgusto, replicó:

—Eso tampoco te lo voy a contar.

Atónito, él prosiguió bailando. Si había dado aquel paso había sido para aclarar las cosas con ella, y, obviando lo anterior, pidió:

—Dime un lugar al que podamos ir donde no haya gente.

—¿Se puede saber qué quieres?

Alan, que realmente no sabía qué iba a decirle, respondió mientras saltaba alrededor de la joven:

—Te lo diré cuando estemos solos.

Johanna parpadeó y, levantando el mentón, preguntó cuando le tocó saltar a ella alrededor de él:

—¿Y qué te hace presuponer que yo quiera estar a solas contigo?

Ver su gesto a Alan le hizo gracia y, cogiéndola de la mano para hacer una pirueta, respondió:

—¿Prefieres que te bese delante de todos?

Boquiabierta, la joven negó con la cabeza y, separándose de aquel, cuchicheó:

—Atrévete y mi padre te matará, si antes no te mato yo...

Alan asintió. Tenía claro que podría pasar algo así, pero, mientras la hacía girar con un brazo en alto, respondió:

—Quizá merezca la pena morir después de besarte...

Johanna, asombrada por su cambio de actitud, preguntó entonces sin parar de bailar:

—Pero ¿tú qué has bebido?

Alan sonrió. Entendía su pregunta y, consciente de lo que debía decir, contestó:

—Cerveza, que, por cierto, la hacéis muy buena por aquí.

Solo mirándose, sin decir nada, Alan y Johanna continuaron bailando durante un rato, hasta que la joven, que se percató de que Iver y Beth se alejaban con sus padres, iba a hablar cuando él señaló:

—Son nuestros aliados.

—¿Aliados para qué?

—Para que tú y yo hablemos.

Una nueva pirueta hizo que Johanna rotara sobre sí misma y, al mirar a Alan, soltó:

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero hablar contigo?

—Nadie.

—¿Entonces...?

Esta vez la pirueta la hizo Alan, y cuando terminó respondió con voz tranquila:

—Por favor, habla conmigo.

Desconcertada por no entender qué quería aquel, instantes después, cuando la pieza de música acabó y no vio a sus padres cerca, dijo con disimulo:

—Sígueme con discreción.

Alejados el uno del otro, caminaron entre los invitados de la fiesta mientras a Johanna el corazón le iba a mil. ¿Qué había podido ocurrir para que de pronto Alan se interesara así por ella?

Estaba pensando en eso cuando alguien la agarró del brazo. Era Myles, que, sonriendo,

preguntó:

—¿Adónde va mi preciosa niña?

Sonriendo mientras trataba de disimular su nerviosismo, Johanna miró a Alan. Por suerte, estaba a unos metros de ella, y, dirigiéndose a aquel, contestó al tiempo que señalaba la mancha de su vestido:

—Voy a cambiarme. Apesto a cerveza.

Myles asintió y, tras guiñarle el ojo, le soltó el brazo y siguió a lo suyo. Johanna estaba protegida en la fortaleza.

Alan, que había sido testigo de todo a unos pasos de distancia, disimulaba acariciando a un perro que había por allí, y cuando vio que la joven proseguía su camino, él retomó el suyo.

En cuanto Johanna llegó a la parte de atrás del castillo, se dirigió hacia un arco y, metiéndose debajo, le cogió la mano a Alan y preguntó tirando de él:

—¿Me puedes explicar qué ocurre?

Hechizado por aquellos preciosos ojos, Alan la agarró por la cintura, la atrajo hasta él y, sin dudarlo ni un segundo, la besó.

El beso pilló a Johanna por sorpresa. Tanto que al principio no supo reaccionar y Alan, al darse cuenta, separó su boca de la de ella y susurró:

—Sé que las palabras hieren y han podido herirte. Pero lo cierto es que no puedo estar ni un segundo más alejado de ti, aunque en ocasiones te mataría.

Aquellas palabras.

Aquella mirada.

Aquel instante.

De nuevo todo se confabulaba para crear el momento perfecto. No obstante, Johanna, sin dar crédito, le soltó un derechazo en el estómago que dobló a Alan y siseó:

—¡Pero ¿qué demonios estás diciendo?!

—¡Serás bruta! —exclamó él dolorido por el puñetazo.

La muchacha asintió. Era bruta, y había sido bruta con él.

—Pues cuidadito, McGregor, que aún puedo serlo más —replicó tocándose los nudillos rojos de la mano.

Él suspiró.

—Vale —empezó a decir tratando de apaciguarla—. Creo que...

—Pero ¿tú de qué vas? Tan pronto me besas como me dices que me aleje de ti, como vuelves a besarme... Pero ¿a qué estás jugando?

Alan asintió. Entonces la miró a los ojos y dijo mientras se tocaba el estómago:

—Entiendo tu enfado, me parece que...

Pero ya no pudo decir más. Johanna, acercándose a él, lo empujó contra la pared y lo besó. Lo besó con deseo, con ganas. Lo hizo de tal manera que él solo pudo corresponderle y, cuando ella dio por finalizado el beso, él declaró mirándola:

—Estoy aquí. Y, si estoy aquí, es porque estoy dispuesto a hablar con tu padre y exponerle mis intenciones para cortejarte, aunque me mate por haberle hecho creer lo contrario.

A la joven se le aceleró el corazón. Que Alan se planteara hablar con su padre era algo que le gustaba, pero al tiempo la inquietaba, por lo que musitó:

—¿Te has vuelto loco?

El guerrero asintió y luego repuso con seguridad:

—Loco estaría si permitiera que Calum te besara otra vez. Porque te besó, ¿verdad?

Johanna lo miró e, incapaz de callar, preguntó:

—¿Acaso te he preguntado yo por Irina, la camarera de la posada de Oban?

Alan sonrió.

—No es lo mismo.

—¿Que no es lo mismo?

Él negó con la cabeza.

—Yo soy un hombre y tú, una mujer.

Johanna asintió. Sabía que Alan tenía razón. Sabía que, en el mundo en el que vivían, las mujeres no tenían las mismas oportunidades que los hombres. Pero, consciente de que sus padres le habían inculcado otros principios, replicó:

—¿Acaso, en tu opinión, ser una mujer limita la vida o las experiencias?

Incómodo, él no supo qué responder. Hablar sobre ese tema con ella era meterse en terreno pantanoso.

—Soy Johanna McRae, hija de Duncan y Megan McRae —continuó la joven—. Si algo me han enseñado mis padres es a tener fuerza y seguridad, y, con eso que has dicho, tú me...

—Johanna, lo que te he dicho es una realidad. Tú, como mujer, no pue...

—Soy tan válida como cualquier hombre —sentenció ella—. El problema lo tendrá quien piense que no lo soy.

Alan suspiró. Lo que él quería decir no era lo que ella estaba entendiendo. Entonces Johanna se alejó un paso y preguntó con gesto de enfado:

—¿En serio eres de los que creen que las mujeres no somos capaces de salir adelante si no tenemos a un hombre al lado?

Alan negó con la cabeza. Él no pensaba así.

—Soy de los que creen que la vida de una mujer, con un hombre al lado, es más fácil —repuso.

—Pues que sepas que yo no necesito que un hombre me facilite la vida. Soy total y completamente capaz de facilitármela yo solita.

—Te equivocas, Johanna.

—No. No me equivoco —gruñó ella cada vez más enfadada.

Se miraron unos segundos en silencio, hasta que Alan dijo:

—Siento decirte esto, pero creo que tus padres erraron a la hora de...

—A mis padres ni se te ocurra cuestionarlos —lo cortó.

Alan tomó aire. ¿Por qué todo era tan complicado con ella?

—Vamos a ver... Quiero conocerte. Creo que tú quieres conocerme. Y para ello debemos ser sinceros el uno con el otro. Respeto a tus padres. Me atraes tal y como eres. Pero es mi deber decirte que, en lo que se refiere a tu educación y a la de tu hermana, creo que no han sabido poneros límites y...

—Eso... ¡porque tú lo dices, ¿no?!

—Eso... porque yo lo digo y porque, te guste o no, sabes que es así. ¿O acaso soy la primera persona que ve en ti a una mujer con demasiado carácter y decisión?

Johanna no respondió. Momentos antes Calum, con otras palabras, también se lo había dicho, al igual que su padre en distintos momentos de su vida.

Con fiereza, clavó sus impresionantes ojos verdes en él. Esa clase de conversación en la que los demás cuestionaban su educación siempre la había enfurecido. Llevaba media vida oyendo agravios como ese. Y no, no estaba dispuesta a oírlos de boca de Alan, por lo que siseó:

—Eres como todos.

—Vamos a ver, señorita Lib...

—No vuelvas a llamarme más así, ¿entendido?

Alan resopló. Él no lo hacía bien, pero ella tampoco, y cuando iba a hablar Johanna insistió:

—Eres otro de los que no creen que yo pueda ha...

—Johanna, para. No sigas...

—No. No pienso parar. ¿Y sabes por qué no lo haré? Porque soy de las que piensan que una mujer puede dirigir un clan, liderar un ejército o llevar un hogar. Una mujer puede hacer muchas cosas, aunque algunos os empeñéis en creer lo contrario. Y sí, Alan, sí. Sé que esto que digo no gusta y me traerá problemas. Pero ¿sabes? Mis padres llevan toda la vida enseñándome a enfrentarme a ellos, y sé cómo encararlos.

Él resopló. Ya estaban discutiendo. Como siempre, tras besarse, cuando hablaban dejaban de entenderse.

—Da igual lo que diga o lo que haga —dijo suspirando—. Entenderse contigo es complicado porque para ti todo siempre está mal dicho, hecho o interpretado, ¿verdad?

La joven no se movió y Alan, cansado, añadió:

—Mira, Johanna... No puedo obviar que me gusta tu compañía, me encanta tu sonrisa, me agrada tu ingenio, pero no soporto tu competitividad y tu falta de comprensión ante ciertas situaciones. Entiendo que tus padres te hayan criado como una mujer fuerte y guerrera. Y lo entiendo porque, si yo tengo una hija el día de mañana, mi intención es criarla con amor y libertad. Pero, dicho esto, a mí, como hombre, me gustaría que la mujer que esté a mi lado, además de ser valerosa y fuerte, me necesite, me ame, me escuche y me valore. Y tú, con tus palabras, pareces no querer nada de eso.

Johanna lo escuchaba con las pulsaciones aceleradas y aquel, roto por dentro, continuó endureciendo el tono:

—Si mal no recuerdo, me dijiste que tu hogar estaba aquí, en Eilean Donan...

—Así es.

—¿No te plantearías comenzar una nueva vida en otro sitio?

—No. Nunca me lo plantearía.

—¿Ni por amor? Tanto que hablabas de romanticismo...

Con el corazón a mil, ella negó con la cabeza, y Alan musitó airado:

—Deseas una vida rodeada de tu gente, de tus padres, tu castillo, tu bosque, tus ovejas, tus normas... Todo tuyo, ¿verdad?

Sin saber adónde quería llegar, la joven asintió. En algún momento todo aquello sería su responsabilidad. Y Alan, siendo consciente de que cualquier cosa que intentara con ella sería un error, se le acercó, le dio un rápido y suave beso en los labios y añadió con mofa:

—Como me dijiste aquel día en el bosque: suerte, Bicha, en todo lo que te propongas. Aunque lo tienes difícil. Muy... muy difícil.

Oír lo que acababa de decirle y sentir su fría mirada terminó de calentar a Johanna.

Quizá ella no era la más correcta. Con seguridad se equivocaba en muchas cosas. Pero no estaba dispuesta a que ni él ni nadie le hablara así. Lo empujó para apartarlo de ella y siseó:

—Si vuelves a besarme, el siguiente puñetazo irá directo a tu boca. Y no creo que desees que una *bicha* como yo tenga que explicarle a mi padre por qué te lo di, ¿verdad?

Alan asintió.

—Fin del asunto —soltó convencido.

Y, sin más, se dio la vuelta y se marchó. No había más que hablar.

Capítulo 30

Beth e Iver charlaban mientras bebían cerveza con Duncan, Megan y el conde Brodrick. La mujer de este se había retirado ya a descansar. A la condesa le resultaba incómodo estar rodeada de tanto salvaje y Brodrick, cansado de sus protestas, la había invitado a marcharse a la habitación.

Duncan, que había oído su conversación sin querer, al ver tenso al conde, le preguntó sabiendo que se metía donde no debía en un momento en el que se quedaron a solas:

—¿Todo bien con tu esposa, Brodrick?

El aludido lo miró y se encogió de hombros.

—Podría decirte que sí, pero mentiría, porque todo es muy complicado.

—A veces solo hay que hablar para...

—No es mi caso, Duncan —lo cortó. Y, mirándolo, preguntó—: Sé que mi padre te ha contado cosas porque me lo dijo. Siempre se ha vanagloriado de la buena amistad que había entre vosotros para poder contaros lo que a pocos se les cuenta.

Gustoso por oír eso, Duncan asintió e, incapaz de callar, dijo:

—No deberías haberlo hecho, Brodrick. No deberías haberte casado con ella.

El conde, que buscó con la mirada a su pequeña Peyton, sonrió al verla y respondió:

—Lo hice por ella. Por protegerla del error que su madre, mi mujer, cometió.

Duncan miró a la chiquilla pelirroja, que, algo retraída, observaba a otros niños, y cuando iba a hablar Brodrick continuó:

—Agradezco poder hablar contigo y, por Dios, no me lo tengas en cuenta..., pero me encantaría evadirme de mi día a día y poder disfrutar de la fiesta.

El laird asintió, lo entendía perfectamente. Respetando su petición, incluyó a más gente en la conversación y les habló de las obras que quería hacer en Eilean Donan.

En un momento dado, Myles se les acercó y se dirigió a Duncan.

—Norman Sheridan está algo pesadito con Amanda —declaró.

Rápidamente todos miraron hacia el lugar donde el hombre señalaba. Amanda estaba sentada con otras jóvenes en unas banquetas de madera.

—¿Norman Sheridan es el que está detrás de ella? —preguntó Iver curioso.

Duncan asintió. Ver que aquel se inclinaba hacia delante para acercarse al oído de su hija y decirle cosas no le estaba haciendo ninguna gracia. Y el conde Brodrick, tensándose, decidió:

—Iré a poner orden.

Duncan negó con la cabeza y, observando a su hija, murmuró con una sonrisa:

—Tranquilo, que el orden lo va a poner ella.

Brodrick no lo entendió, y observaba a aquellos cuando Myles se mofó:

—Miedo me da su sonrisita.

—Él se lo está buscando —canturreó Megan, acercándose al ver que su hija le advertía con la mirada una y otra vez a aquel que no volviera a acercarse.

No pasaron ni dos segundos hasta que todos vieron que Amanda, cuando Norman Sheridan se

aproximó de nuevo a su oído, se movió con rapidez y lo golpeó con el hombro en la nariz. De inmediato el tipo comenzó a sangrar como un cerdo, y Megan, sonriendo, aseguró:

—Tema solucionado.

—Por san Ninian..., ¿le ha roto la nariz? —preguntó Iver sorprendido.

—Posiblemente —afirmó Duncan con tranquilidad.

El conde Brodrick levantó las cejas.

—¿Ella sabía lo que iba a ocurrir? —preguntó asombrado.

—Sí —dijo Duncan. Y, al ver cómo lo miraba, añadió—: Yo mismo le he enseñado a hacerlo para cuando tenga que poner orden.

Brodrick asintió boquiabierto y luego declaró divertido:

—Pues ha puesto orden muy bien.

Duncan resopló. A pesar de saber que su hija lo había hecho para quitarse a aquel tipo de encima, lo inquietaba su impetuosidad. Sus hijas cada vez eran más autónomas, más osadas. Y, aunque las había aleccionado para ello, era consciente de que en ciertas cosas se había equivocado.

Myles lo miró entonces sonriendo y, al ver al joven sangrando como un cerdo y a Amanda fingiendo que se preocupaba por él, señaló:

—Voy a atender al muchacho.

Una vez que se alejó, Brodrick se dirigió de nuevo a Duncan.

—Impetuosa, tu hija —comentó.

—La enseñamos a defenderse. Eso es todo —afirmó Megan.

Iver y Beth se miraron divertidos; solo esperaban que Alan y Johanna se estuvieran entendiendo en aquel momento. De pronto vieron a Alan, que caminaba hacia ellos.

Su gesto parecía relajado. Ya no estaba tenso, como cuando se había ido, y, tras aproximarse, cogió una jarra de cerveza y bebió un buen trago.

—He de hablar contigo, Duncan —dijo al cabo.

Beth lo miró emocionada; sabía por qué lo decía.

—Si quieres podemos ir a mi despacho —propuso el laird levantando las cejas.

Pero Alan negó con la cabeza. Disimulando la rabia que sentía, al ver que una de las mujeres que estaban justo enfrente lo miraba y sonreía, indicó haciéndole un gesto:

—No hace falta.

—Bonita mujer —afirmó el conde Brodrick divertido al ver que aquella lo observaba.

—Lo es —convino Alan desconcertando a Iver y a Beth.

Megan, sabiendo que su hija Johanna estaba interesada en él, indicó entonces:

—Aquí hay muchas mujeres preciosas, comenzando por mis hijas.

Alan, al oírla, la miró. Megan tenía razón.

—Así es, *milady* —afirmó.

—Oh, Alan, por Dios... Llámame, Megan —pidió ella.

Él asintió y, acto seguido, el conde Brodrick afirmó mirando a Amanda:

—Verdaderamente vuestras hijas, que han heredado los ojos de su padre y la cabellera oscura de su madre, son unas bonitas y preciadas joyas. ¿No opinas como yo, Alan?

Él se quedó sin aire, pero, viendo que todos lo observaban, declaró:

—Negar lo obvio es absurdo.

—Bien contestado, Alan —asintió Duncan complacido con su sinceridad.

Megan sonrió. Quizá su hija tuviera una oportunidad.

—Aunque, personalmente, no son el tipo de mujer que atrae mi atención —añadió Alan acto

seguido.

—¿Qué mujer atrae tu atención? —preguntó Duncan curioso.

Él sonrió.

—Las comedidas en sus actos y que tienen el cabello claro como el sol.

Al oírlo, Iver y Beth ni siquiera se miraron. Hacerlo podía poner sobre aviso a los demás. Y Alan, que miraba a Duncan, añadió entonces con seguridad:

—Acepto tu propuesta.

Gustoso, Duncan sonrió, y Megan preguntó:

—¿Qué propuesta?

Duncan y Alan se dieron un apretón de manos, y luego el primero indicó:

—Le ofrecí cuatrocientas ovejas a Alan a cambio de que nos acompañara a Dornoch con algunos de sus guerreros para custodiar a las niñas si hiciera falta. Ewen y Myles esta vez no nos acompañarán; se quedarán en Eilean Donan a descansar.

Aquello sorprendió a Megan. ¿Que Ewen y Myles no los acompañaban?

—Solo intervendremos en el caso de que sea necesario. Nada más —recordó Alan.

Megan asintió. Lo que Duncan acababa de hacer no sabía si podía ser bueno o malo, pero entonces oyó que aquel decía:

—Si algo de lo que mis hijas hagan en este viaje te molesta, tienes mi aprobación para decírselo.

Boquiabierta, Megan miró a su marido. A excepción de Myles y Ewen, nadie había reprochado nunca nada a las jovencitas.

—Gracias, Duncan —respondió Alan con tranquilidad.

Iver y Beth observaban en silencio. Estaba claro que nada de lo que habían hablado había salido bien.

—Ahí está Johanna —indicó entonces Megan al ver a su hija mayor.

Rápidamente todos miraron a la joven, que se había cambiado de vestido. Ahora llevaba uno de color granate y estaba preciosa luciendo su bonita sonrisa. Alan la contempló. En sus tripas y en su corazón volvió a sentir lo que siempre sentía cuando la veía. En ese momento Myles se acercó a ellos y señaló:

—Todo controlado, Duncan.

Este asintió. Y viendo que sus dos hijas comenzaban a bailar y reír no muy lejos de él, declaró:

—Así me gusta. Que todo esté controlado.

Capítulo 31

Agotada de tanto bailar, Johanna miró a su alrededor. El malestar que le había provocado la discusión con Alan la tenía en un sinvivir.

De pronto lo vio no muy lejos de ella, bailando divertido con una muchacha del pueblo llamada Kate, mientras otras esperaban su turno para hacerlo. Durante unos instantes los observó. Verlo tan sonriente con otras después de lo ocurrido con ella hacía que se la llevaran los demonios.

—Se mueren por bailar con él... —cuchicheó Amanda acercándose a ella.

Johanna no contestó, y su hermana insistió:

—Es un excelente bailarín.

En ese momento varios niños se les aproximaron y Johanna, cambiando el gesto, los miró y preguntó:

—¿Queréis bailar?

Los críos asintieron y ella, haciendo que todos se cogieran de la mano, comenzó a bailar con los pequeños. No le apetecía seguir mirando a Alan.

Divertida por aquello, Amanda se disponía a unirse al baile cuando se fijó en una niña que los observaba con gesto triste unos pasos más atrás. Rápidamente la reconoció: era la hija del conde. Se acercó a ella, se agachó para estar a su altura.

—Eres Peyton, ¿verdad? —le preguntó.

La niña quiso dar un paso atrás, pero Amanda la retuvo.

—¿Por qué te vas?

Colorada como un tomate, ella la miró con la cabeza gacha y susurró:

—No..., no quiero molestar, señora.

Amanda sonrió y, cogiéndole la manita, repuso:

—¿Por qué ibas a molestar?

La cría la miró entre las pestañas.

—Porque los niños molestamos —murmuró.

Sorprendida, Amanda parpadeó. Pero ¿qué estaba diciendo?

—Los niños nunca molestáis, cielo —afirmó con toda la seguridad del mundo—, y llámame Amanda.

Cuando la chiquilla levantó la cabeza, Amanda vio que tenía unos bonitos ojos azules.

—¿Sabes que tienes unos ojos preciosos y un cabello increíble? —cuchicheó.

Pero la niña volvió a mirar al suelo de inmediato y musitó:

—Mi pelo es feo, señora.

Amanda parpadeó sin dar crédito. Peyton tenía un precioso pelo rizado y pelirrojo.

—De eso nada —replicó—. Tienes un cabello precioso. Es más, a mí me habría gustado tener el pelo de tu color.

La niña la miró sorprendida.

—¿De verdad?

Sin dudarlo, Amanda asintió, y aquella, en un tono bajo, señaló:

—La señora siempre dice que es muy feo...

Sin entenderla del todo, Amanda indicó:

—No sé quién es esa señora, pero dile de mi parte que está muy equivocada..., que tienes un pelo precioso y que seguro que te dice eso porque se muere de envidia por no tenerlo ella.

Eso hizo que la niña sonriera tímidamente, al tiempo que una mujer se les acercaba.

—Peyton Catriona Fiona... —dijo dirigiéndose a la chiquilla—. ¿Qué haces molestando a la señora?

—No me está molestando —se apresuró a decir Amanda.

La mujer rápidamente agarró a la niña de la mano y, mirando a Amanda, indicó:

—Sois una de las hijas de los anfitriones, ¿verdad?

—Así es. Soy Amanda.

La mujer asintió y ella se percató entonces de que la niña ocultaba con el brazo una parte de su vestido. Acto seguido vio que este estaba roto y, agarrando a Peyton, tiró de ella hasta que consiguió liberarla de la mano de aquella.

—¿Y tú eres...? —inquirió acto seguido dirigiéndose a la mujer.

—Soy Flora, la cuidadora de la señorita Peyton —respondió ella molesta por su acción—, y ya tiene que ir a dormir.

Amanda asintió y, viendo que dos de sus amigas se acercaban a ellas, se apresuró a decir:

—Kate, Leslie, ¿podéis acompañar a Flora para que pruebe los pastelitos que prepara Alexandra?

—He de llevar a Pey...

—Será solo un momento. Quiero enseñarle algo a la niña —la cortó Amanda.

Finalmente, y con gesto agrio, aquella aceptó y, cuando se alejó, Amanda entró con Peyton en brazos en uno de los salones vacíos del castillo y, mientras dejaba a la niña en el suelo, le preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a tu vestido?

La niña la miró colorada y con los ojos abiertos como platos. Era evidente que estaba asustada, pero ¿por qué? Amanda sacó una caja de uno de los muebles y añadió:

—Si me enseñas lo que ha pasado, quizá yo pueda arreglarlo.

Sin dudarlo, la pequeña soltó el trozo de vestido que agarraba entre las manos. Uno de los lazos estaba medio descosido y, mirándola, musitó con voz temblorosa:

—Estaba jugando y me he enganchado...

Amanda sonrió. ¿En serio eso podía asustarla? Sin querer pensar más, sacó aguja e hilo de la caja e indicó:

—Esto te lo soluciono yo en un instante.

Sin perder un segundo, cosió con diligencia el lazo, que quedó como nuevo, y una vez que terminó, explicó:

—No soy una experta costurera, pero al menos el lazo se sujeta.

Peyton sonrió. Ver aquello de nuevo en su sitio era reconfortante para ella.

—La señora se habría enfadado mucho —susurró.

Oír de nuevo eso atrajo la atención de la joven.

—¿Quién es la señora? —preguntó.

—La condesa de Aviemore.

—¡¿Tu madre?!

Peyton asintió y aclaró bajando la voz:

—No quiere que la llame así.

Amanda parpadeó sin dar crédito. Que una madre no quisiera que su hijo la llamara por la palabra más bonita del mundo era inconcebible. Sin saber qué decir a eso, simplemente exclamó cambiando de tema:

—¡Pues solucionado! El lazo está en su sitio.

—Gracias, señora.

—Amanda. Llámame Amanda.

Gustosa, la joven la abrazó y la niña se puso tensa en el acto. Estaba visto que no estaba acostumbrada a las demostraciones de afecto. Y, mirando aquellos preciosos ojos azules, susurró:

—Este será nuestro secreto.

Peyton volvió a sonreír, y Amanda, confundida, le dio la mano y ambas salieron del castillo. Al regresar a la fiesta, Flora fue hacia ellas y, tras coger la mano de la niña, se la llevó de allí. Era tarde y tenía que dormir.

Cuando aquellas se alejaron, Amanda se quedó mirándolas y, una vez más, se dio cuenta de lo afortunada que había sido ella con sus padres.

¿Cómo los condes podían hacer que una niña los llamara «señor» y «señora» en lugar de «papá» y «mamá»?

Estaba pensando en ello cuando Ewen se le acercó.

—¿Mi niña baila conmigo? —preguntó con una sonrisa.

Amanda sonrió en respuesta. Su familia era muy grande. Y, segundos después, bailaba encantada de la vida junto a su maravilloso tío.

Capítulo 32

Johanna seguía disfrutando de la fiesta en compañía de los niños cuando, al ver que Beth se le acercaba, se excusó y fue hacia ella.

Con complicidad, las dos amigas se agarraron del brazo y caminaron en silencio hasta entrar en el castillo. Allí se dirigieron hacia el ala suroeste y, al entrar en uno de los pequeños salones y cerrar la puerta, se sentaron en un sofá.

—No sé qué ha pasado para que el Bicho acepte la propuesta de tu padre —empezó a decir Beth—, pero...

—¿Qué propuesta? —inquirió Johanna sorprendida.

Al ver que aquella no sabía nada, Beth rápidamente se lo explicó.

—¡¿Que el Bicho nos va a custodiar?! —exclamó Johanna.

—Sí.

—De eso, ni hablar. Ya tengo bastante con el tío Miles y el tío Ewen como para que ahora también venga él.

—Según tu padre, ellos no van a ir. Se quedarán en el castillo descansando.

—¡¿Qué?!

Beth se encogió de hombros.

—Eso ha dicho tu padre.

Johanna parpadeó sin dar crédito. Myles y Ewen eran quienes siempre las acompañaban.

—Creo que voy a tener que hablar con mi padre —gruñó.

Su amiga se encogió de hombros de nuevo y Johanna insistió:

—¿Cuatrocientas ovejas?

—Nos vendrán de lujo después de las bajas que tuvimos —afirmó Beth.

Enfadada, la joven iba a protestar cuando su amiga preguntó:

—¿Se puede saber qué ha pasado entre vosotros para que él haya aceptado eso?

Molesta, Johanna resopló. Después de lo que había sucedido, lo último que deseaba era que Alan estuviera cerca de ella.

—Lo que ha pasado es que él no es el hombre que yo creía que era —respondió—. ¡Fin del asunto!

Sorprendida, Beth la miró y preguntó con mofa:

—¿Acaso ahora eres una McGregor?

Johanna resopló. Sabía que se lo decía por la dichosa frasecita.

—Según él, mis padres no han sabido educarnos a Amanda y a mí —añadió.

Beth parpadeó. Sabía cómo pensaba Alan. Y, aunque era protector como lo era Iver con ella, o Peter con Carolina, era un hombre con la mente abierta. Estaba pensando en qué decir cuando Johanna comentó deseosa de cambiar de tema:

—Estos días no he querido preguntarte, pero, aun sabiendo, quiero que me cuentes cómo estás después de lo ocurrido con tu hermana.

Beth suspiró al oírla.

Con tranquilidad, hablaron de todo lo sucedido. El rapto junto a Arabella, la llegada a Noruega, el descubrimiento de su buen hermano Adalsteinn, la traición de su hermana y su primo Sigurd. Tras relatarle lo vivido, Johanna, sorprendida, y sin percatarse de que su madre había entrado en la estancia y las escuchaba, murmuró:

—En la vida imaginaría que Amanda pudiera hacerme algo así.

—Normal... Tienes una hermana que te quiere y te respeta. Solo hay que ver cómo te mira para saber que tú eres más importante que cualquier cosa material que vuestros padres puedan legaros. Pero mi hermana Gladys, o Agda, que era como realmente se llamaba, nunca me quiso. Ella solo deseaba ser yo. Quería ser Revna, la duquesa de Bjälbo, privilegio que me otorgó la vida, pues nací antes que ella.

Las dos amigas se miraron en silencio y luego Johanna preguntó:

—¿Tu nombre es Revna?

Beth asintió e indicó con una sonrisa:

—En mi niñez, en Noruega, fui Revna. Ahora soy Beth.

Ambas se miraron y, al cabo, esta última añadió emocionada:

—Yo le habría dado a Gladys todo lo que hubiera querido, simplemente a cambio de su amor. Pero su ambición fue tan grande y dañina para mí y para el pueblo que amaba a mis padres que tuve que tomar mi última decisión antes de declarar duque de Bjälbo a mi hermano Adalsteinn, y eso fue su muerte.

—¡Qué terrible! —murmuró Johanna conmovida.

Recordar aquello hizo sollozar a Beth. Su amiga la abrazó emocionada y, cuando esta se repuso, dijo tras tomar aire:

—Hice lo que tenía que hacer y no me arrepiento, a pesar de mi dolor. Y como les prometí a mis padres, intento sonreír todos los días de mi vida para que mi sonrisa ilumine sus días en el Valhalla. Eso es muy valioso para mí porque, para ellos, fui alguien importante a quien quisieron.

Al oír eso, Megan se llevó la mano a la boca conmovida. Como ella, Beth no había tenido una infancia fácil. Ella, por ser medio inglesa, y Beth, por ser medio vikinga, habían tenido que luchar y guerrear cuando aún no tocaba.

—¿Qué tal con Arabella *Morro Torcido*? —preguntó entonces Johanna para hacerla sonreír.

Ambas rieron por aquel apodo y luego Beth le contó la increíble transformación que había sufrido su suegra tras su viaje a Noruega. De ser una mujer fría y sin sentimientos había pasado a todo lo contrario, y Johanna, recordándola, murmuró:

—Porque me lo cuentas tú, porque, si no, me sería complicado creerlo.

De nuevo ambas rieron y esta última, cogiendo las manos de su amiga entre las suyas, declaró:

—Lo siento, Beth. Lamento que tuvieras que pasar por todo eso con tu hermana.

Ella se encogió de hombros. El pasado pasado estaba.

—Todo tiene su porqué en la vida, como habría dicho mi madre —indicó.

Recordar esa parte de su pasado no era fácil para Beth. Dolía. Pero, mirando al futuro, como siempre le habían pedido que hiciera sus tíos o sus propios padres, dijo:

—La vida sigue, y estoy orgullosa de quien soy y de mis raíces. Mis tíos continúan conmigo, tengo una familia en los McGregor. Estoy unida a un marido que me ama con locura y muero de amor por mis hijos, que me hacen feliz. Si a eso le añado que tengo amigos que me quieren y me respetan sin importarles si soy vikinga o escocesa, ¿no crees que es motivo suficiente para sonreír?

Megan, que había escuchado su conversación en silencio, se les acercó entonces. Las chicas se

sorprendieron al verla aparecer y ella, tras sentarse junto a Beth, le cogió la mano y afirmó:

—Tienes los mejores motivos del mundo para sonreír, cariño mío.

Beth así lo hizo.

—He oído lo que acabas de contar —añadió Megan—, y solo puedo decir que tus padres estarán muy orgullosos de ti en el Valhalla y que debes seguir iluminando su estancia cada uno de tus días.

Las tres se miraron emocionadas. Al cabo, Johanna preguntó curiosa:

—Mamá, ¿qué haces tú aquí?

Megan, que había buscado a su hija hasta encontrarla, contestó:

—He de hablar contigo.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Sorprendida por aquello, la joven enarcó las cejas y Beth, levantándose, dijo:

—Regreso a la fiesta. Allí nos vemos.

Capítulo 33

Una vez que Beth salió de la estancia, Megan miró a su hija.

—Amanda le ha roto la nariz a Norman Sheridan —declaró.

—Algo haría el Sheridan. —Johanna rio al oírlo.

—Ni te imaginas el golpe que le ha dado... Se ha puesto pesadito y..., bueno, ya sabes cómo es tu hermana con eso.

Johanna asintió, el aguante no era algo que Amanda llevara muy bien.

Entonces, de pronto, su madre soltó sin contemplaciones:

—Aunque disimulas, sé que Alan McGregor te interesa.

Johanna abrió los ojos sin dar crédito.

—Mamáááá...

Megan cabeceó y, mirando a su hija, añadió:

—Para tu suerte y la de él, con todo este lío de la fiesta tu padre aún no se ha dado cuenta, pero tarde o temprano lo hará.

Johanna se puso bruscamente en pie.

—A ver, hija, soy mujer —insistió Megan—. Tengo ojos. Y ese McGregor es un hombre al que es imposible no mirar.

—Mamáááá...

Luego se quedaron en silencio y Johanna, sentándose de nuevo, finalmente confesó:

—Vale, mamá. Yo también tengo ojos, por supuesto que he mirado a ese *bicho*...

—¡¿Bicho?! —Megan rio.

Johanna cuchicheó:

—Él me llama «bicha»...

Megan asintió sorprendida. Necesitaba ser clara con su hija, por lo que preguntó:

—¿Acaso crees que no me fijé en que solo él y tú teníais esas feas pústulas en la piel?

La joven abrió la boca, y Megan continuó:

—Johanna McRae, soy tu madre... ¿Crees que soy tonta?

Johanna se levantó de nuevo. De pronto la inquietó oír eso y darse cuenta de que aquella sabía más de lo que ella creía. Deseaba hablar con ella, y soltó sin pensarlo:

—A veces me gusta, pero, otras, lo mataría.

—Lo sé —afirmó Megan con una sonrisa.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque soy tu madre, te observo y me percato de cosas que otros ni imaginarían.

Ella asintió con la cabeza.

—Me atrae como ningún hombre lo ha hecho nunca, pero también me enfada como ninguno lo ha logrado jamás...

—Discutís continuamente, ¿verdad? —la cortó su madre.

Johanna volvió a asentir.

—Aún recuerdo lo mucho que tu padre y yo discutíamos cuando nos conocimos —agregó

Megan con un suspiro.

—¿Más que ahora?

—Mucho más —aseguró ella divertida.

Ambas se miraban cuando esta añadió:

—Nada de lo que yo hiciera le parecía bien, y nada de lo que él hiciera me lo parecía a mí. Pero, ¿sabes?, la atracción era tan grande que, cuanto más intentábamos separarnos, más nos acercábamos.

Ambas sonrieron por eso y luego Megan indicó:

—Si hablas con tus tías Gillian, Angela y Sandra te dirán lo mismo que yo. Con Shelma no hables, porque ella, cuando vio a tu tío Lolach, se enamoró instantáneamente. —Y bajando la voz añadió—: Se puso insoportable.

—Mamá, lo mío no es amor.

—¿Estás segura, cariño?

—Según Beth, es atracción.

Megan sonrió. Ella lo veía de otra manera.

—Nos bañábamos en el lago cuando algún bicho nos picó —soltó Johanna de pronto.

La sonrisa de Megan se congeló en el acto.

—¿Que os bañasteis? —inquirió.

—Sí.

—¿Juntos?

—Sí.

—¿Vestidos?

La joven negó con la cabeza y Megan, clavando la mirada en su hija, musitó:

—Johanna McRae Phillips..., a tu papito amoroso le va a dar algo como se entere.

—Ay, Dios mío...

—Eso digo yo, ¡ay, Dios mío!... ¿Pasó algo más?

—No, mamá.

Pero, recordando el ofrecimiento a acompañarlos que le había hecho Duncan a Alan, Megan insistió:

—¡¿Seguro?!

—Pues claro que seguro, mamá.

Ella, acalorada, se dio aire con la mano.

—Fue circunstancial, nada premeditado —aclaró Johanna—. Yo me bañaba en el lago, él llegó. Nos encontramos y..., y bueno, algo nos picó.

—¿Y «bueno»? ¿Qué quiere decir ese «y bueno»?

Johanna, nerviosa, se retiró el pelo del rostro. No era buena idea mentir a su madre. Se sentó junto a ella y murmuró:

—Al salir del agua, nos besamos.

Boquiabierta, ahora fue Megan la que parpadeó. Si Duncan se enteraba de aquello, temblaría Escocia.

—Johannaaaaa... —susurró.

Exaltada, la joven se abanicó con la mano. Recordar cómo se habían besado y lo que habían sentido por cada poro de su piel era tremendo.

—¿Tú lo besaste a él o fue él quien te besó a ti? —preguntó su madre acto seguido.

—La respuesta correcta es que ¡nos besamos!

—¡Ahí no discutisteis, ¿verdad?!

—Mamáááá...

Megan cabeceó. Entendía su respuesta. A su hija ya la tenía calada. Sabía que aquel hombre le interesaba, pero no había percibido nada en él. Sin embargo, aquello que su hija le contaba lo cambiaba todo. ¿Y si Alan era un sinvergüenza? Y, meneando la cabeza, cuchicheó:

—Si tu padre se entera...

—¡No se va a enterar! —replicó la joven.

—Se enterará, Johanna. Y, cuando lo haga, ¿qué crees que va a pasar?

Johanna resopló. Pensar en aquello la agobiaba.

—Mira, mamá —murmuró—. Papá no se va a enterar porque ni yo lo soporto a él ni él me soporta a mí. Fin del asunto.

Sorprendida por eso último, Megan preguntó:

—¿«Fin del asunto»? ¿Qué es eso de «fin del asunto»?

—Una frasecita muy típica de los McGregor que no sé por qué narices la digo yo.

Megan asintió. Era la primera vez que a su hija, al hablarle de un hombre, se le iluminaba la mirada de aquella manera.

—A ver, cariño... —repuso—, tenemos un grandísimo problema.

—Mamá, ya te he dicho que no se va a enterar.

—No es eso, Johanna, escúchame. El caso es que tu padre ha invitado al Bicho a que nos acompañe a Dornoch.

—De invitar, nada —contestó ella—. Le paga, regalándole cuatrocientas ovejas por hacer de *niñero* de Amanda y mío.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Johanna maldijo. Con lo acelerada que estaba, no se había dado cuenta de que había soltado más información de la que debería saber; intentando aparentar indiferencia, indicó:

—Beth y yo hablábamos y me lo contó.

Megan asintió. Si su amiga le había contado aquello era por algo.

—¿Y qué es eso de que Ewen y Myles no vienen? —preguntó entonces Johanna.

—Cosas de tu padre. Y, por cierto, lo de «niñero» resérvatelo. Ya sabes que a Ewen y Myles les molesta también.

Sin entender la decisión de su padre, la joven gruñó.

—Johanna —añadió Megan—, eres retadora, valiente, mandona y audaz.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Porque, además de todo eso, eres tierna, cariñosa, sensata y maravillosa. Pero, por norma, solo permites ver de ti lo primero, no lo segundo. Y a diferencia de tu hermana Amanda, que exterioriza tanto lo bueno como lo malo, tú eres más de disimular como tu padre.

—¡¿Y...?!

—Pues, cariño, que si algún día quieres ser correspondida en el amor, no solo has de mostrar tus dotes de mando, sino también sensatez, ternura y corazón.

—Mamá, pero ¿qué dices?

—Mira, Johanna, cuando conocí a tu padre, él, como buen guerrero, me mostraba su fuerza y su osadía. Y aunque eso me atraía de él, en ocasiones me alejaba, hasta que un día comenzó a mostrarme su ternura y su buen corazón. Cuando me permitió ver eso, conocí al verdadero Duncan. Y tú, cariño, eres como él. Terca como una mula, metódica, osada, mandona.

—Mamáááá.

—Y Amanda es como yo. Contestona, impulsiva, irreverente e impetuosa. Y si ese McGregor te gusta tanto como para que se te iluminen los ojos de la manera que yo veo, creo que deberías

mostrarle esa parte de ti que seguro que no ha conocido.

Ambas sonrieron; entonces la puerta de la sala se abrió. Era Seamus, uno de los hombres de Duncan, que, mirándolas, indicó:

—El señor os está buscando.

Megan y Johanna asintieron y luego la primera dijo:

—Dile a Duncan que enseguida vamos.

Una vez que Seamus cerró la puerta, Megan se levantó y cogió la mano de su hija.

—Piensa en lo que te he dicho. Tu vida y tu futuro, ya sea con el McGregor, un Duchaman o, Dios no lo quiera, el Pelines..., solo son tuyos. Ni de tu padre ni míos. Por tanto, piensa en ti y nunca olvides que, decidas lo que decidas, tu padre, tu hermana y yo siempre estaremos contigo, ¿de acuerdo?

—¿Papá también estará conmigo si me decido por Cristopher Watson?

Al oír ese nombre Megan suspiró.

—Eres igualita que tu padre..., ¡desafiante a más no poder!

Ambas sonrieron y luego la joven indicó:

—Mamá, que lo del McGregor es una tontería.

La seriedad de Megan al oír eso hizo que Johanna asintiera y, tras darle un beso en la mejilla, añadió en un susurro:

—Vale, mamá, ya te he entendido.

Con una sonrisa, ambas se dirigieron hacia la puerta y, al abrirla, Megan bromeó:

—A mí siempre me han gustado los morenos, pero si a ti te van más los rubios...

—Mamáááá.

Capítulo 34

Pasear por los alrededores de Eilean Donan a caballo era una maravilla, y apetecía muchísimo después de tanta fiesta.

Al sexto día las mujeres más allegadas, encabezadas por Megan en el papel de anfitriona, decidieron salir del castillo para comer fuera. La primera parada fue Dornie, el pueblo más cercano. Allí compraron embutidos en uno de los comercios, y luego Alana, la madre de Jane, se marchó junto a una de sus criadas a otra tienda de complementos para seguir comprando.

Mientras tanto, Megan, sus hijas y Beth esperaban junto a los caballos. Angela, que iba con Gillian, se acercó a ellas y comentó mientras dejaba lo que había comprado sobre su caballo:

—¿Qué os parece la mujer del conde Brodrick Fraser?

—Impertinente y maleducada.

—Amanda... —la regañó su madre.

—Mamá, es cierto, y lo sabes. Además de ser una rancia con todo el mundo, hace que su hija, en lugar de «mamá», la llame «señora»... ¿A ti eso te parece normal?

Megan negó con la cabeza.

—Estoy con Amanda. Es una rancia —afirmó Johanna.

Las mujeres se miraron divertidas, y luego Shelma se acercó y cuchicheó:

—Hablando de la condesa de Aviemore... Me he enterado de un chisme digno de comentar.

Todas la miraron y Shelma susurró:

—Según me ha contado Lourena, la mujer de Mick Douglas, que ya sabéis que es muy amigo de Lolach, la condesa ya era rara desde niña, insufrible y caprichosa. Y, al parecer, durante años fue la novia de un tipo medio inglés, medio escocés, llamado Errol Williamson, que, una semana antes de la boda, la dejó para casarse con una inglesa.

—Oh, pobre...

—Eso tiene que doler —apostilló Gillian.

—Y —prosiguió Shelma— las malas lenguas dicen que el conde Brodrick Fraser, al ser amigo de la familia, se compadeció de su situación y se casó de urgencia con ella porque estaba embarazada.

—¡¿Qué?! —musitaron todas al unísono.

Shelma asintió.

—La niña, Peyton, es igualita que el padre, que es pelirrojo y con los ojos azules. Y se dice que desde que Errol la dejó, ella ha ido a buscarlo en distintas ocasiones e incluso ha intentado quitarse la vida.

—Por san Ninian, ¡qué horror! —susurró Megan.

Todas asintieron mostrando su acuerdo y luego Gillian indicó:

—La mujer que cuida a los niños le dijo a la cuidadora de los McKenna que su señora no para de darle disgustos al marido y cada dos por tres se escapa para regresar a las Lowlands y enloquece. Al parecer, la condesa no quiere vivir en Aviemore. Para ella las Highlands es terreno de sucios salvajes y le está haciendo la vida imposible.

—Será tonta —gruñó Angela.

Amanda, consciente de las cosas que inocentemente Peyton le había contado, tras oír eso, musitó:

—Ahora entiendo por qué esa insufrible odia tanto el color de pelo de su hija.

Las mujeres se miraban boquiabiertas cuando Alana se reunió con ellas.

—Pues que sepáis que, en cuanto regresemos, ni ella ni el conde estarán —apostilló.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Amanda.

Alana contestó retirándose con delicadeza el cabello del rostro.

—Me dijo que regresaba de urgencia a Aviemore porque, al parecer, su mujer había partido sin él.

—¡Qué escándalo! —cuchicheó Sandra boquiabierta.

Amanda se apenó al oírlo, y Alana, mirando a aquellas, dijo:

—Marchaos al campo. Mi criada y yo nos quedamos para ir de compras y luego regresaré al castillo a comer y a descansar.

Una vez que aquella se marchó, las demás se miraron y Megan, sin querer más controversia, decidió:

—Todas a los caballos. Nos vamos a pasar el día al campo.

Capítulo 35

Una vez que comenzaron a subir la montaña, mientras comentaban lo ocurrido con la condesa, Johanna se dirigió a su hermana al ver que estaba muy callada.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada.

Ella levantó las cejas y Amanda, viendo que nadie podía oírla, susurró:

—Me apena no haber podido despedirme del conde y de la niña. Al niño ni lo conocí.

—Es inquietante lo que ha contado la tía Shelma de la condesa, ¿verdad?

Amanda asintió.

—Era el hombre más interesante de la fiesta —añadió en voz baja.

Johanna miró a su hermana y, repitiendo algo que ya le había dicho, murmuró:

—Por san Ninian, Amanda, ¡que está casado!

—Johanna McRae, te estás extralimitando.

—Pero si has dicho...

—¿Acaso cuando hemos visto a un hombre gallardo e interesante no lo hemos comentado siempre? Por san Ninian, Johanna, ¿por quién me has tomado?

Ambas se miraron, y Amanda matizó:

—Y te recuerdo que no tiene los ojos grises.

Se quedaron durante unos segundos en silencio, hasta que Beth, acercándose con su montura, le preguntó a Johanna:

—¿Por qué tu prima Jane y tu tía Alana son tan estiradas?

Ella cabeceó mientras Amanda se alejaba en dirección a su madre. La palabra *estirada* se les quedaba corta. Se encogió de hombros y respondió:

—Pues no lo sé. Pero las recuerdo así desde siempre.

Beth sonrió y no dijo más, aunque Johanna continuó pensando en ello.

Desde pequeñas Jane y ella no habían tenido muy buena sintonía por lo diferentes que eran. Mientras Jane solo se preocupaba por ser siempre correcta y estar impecable, Johanna se dedicaba a colgarse de los árboles y a jugar con la espada, algo que por entonces las separó. Y ahora, de mayores, las diferencias se habían hecho aún más evidentes.

A ojos de muchos Jane era comedida, complaciente, respetuosa, discreta, sensata y moderada, mientras que Johanna era mandona, tosca, osada y desenfrenada; y Alana, la madre de Jane, siempre se había encargado de remarcar esas diferencias.

Johanna sabía que si su madre no decía nada era por el cariño y el respeto que le tenía a Axel, su marido.

Axel McDougall y su abuelo Magnus fueron los primeros que les dieron un hogar a ella y a sus hermanos, Zac y Shelma, junto a su fallecido abuelo Angus de Atholl, en el castillo de Dunstaffnage. Ellos fueron su familia durante años, y eso Megan nunca lo iba a olvidar.

Una enorme ave sobrevoló entonces sus cabezas, sacando a Johanna de sus pensamientos. Y, viendo que Beth la observaba, explicó:

—Es un águila pescadora. En verano viven aquí y en invierno emigran hacia el sur.

—Es preciosa.

—Lo es —afirmó Johanna encantada.

Serpenteando por los angostos caminos llegaron hasta la cima de la montaña. Desde allí se podía ver el castillo de Eilean Donan en todo su esplendor. Y Beth, al descubrir aquello, musitó maravillada:

—Se ve mágico rodeado por el agua.

Megan asintió gustosa. Nunca olvidaría la primera vez que llegó allí a lomos de su amado y fallecido caballo *Stoirm*, junto a Duncan, Niall y sus hombres. Cuando sus ojos vieron por primera vez el recio castillo enclavado en el islote, rodeado de montañas y agua, le pareció algo mágico.

—Somos privilegiados —comentó—. Vivimos en un lugar precioso.

—El mejor —aseguró Johanna.

—¿Cómo se llama el lago que rodea el castillo? —preguntó Beth curiosa.

—Son varios lagos los que bañan Eilean Donan —indicó Amanda—. El lago Duich, el lago Alsh y el lago Long.

—Impresionante —declaró Beth maravillada.

El resto de las invitadas observaban también el paisaje. Sin duda aquella bonita estampa del castillo, las montañas y el lago era una maravilla.

—¿Sabes, Beth? —dijo entonces Amanda—. Durante años esta zona en la que estamos fue llamada el «reino del mar de los señores de las islas».

—¡No me digas!

—Te lo digo. —Amanda rio.

Beth, complacida de estar tan bien acompañada, preguntó:

—¿Por qué se llamaba así?

—Porque era el lugar perfecto para frenar las invasiones vikingas.

Beth asintió y, aunque alguna la miró pensando que le molestaba, no fue así.

—De hecho —añadió Johanna—, nuestro bisabuelo Marlob fue uno de los gobernadores del clan de los señores de las islas.

Beth cabeceó. Todo aquello que le contaban le parecía muy bonito. Desde que compartía su vida con Iver, estaba conociendo Escocia, la tierra que su madre amó y que ahora ella amaba, y nada de lo que pudiera oír en referencia al pasado y su historia podía molestarla.

Por su parte, Megan las escuchaba emocionada. Aquellas historias que sus hijas contaban ahora eran las mismas que Duncan y su abuelo Marlob les explicaron siendo pequeñas. Unas historias y unos acontecimientos que nieto y abuelo esperaban que pasaran como bonitos recuerdos de padres a hijos.

—¿Tenéis hambre ahora? —preguntó entonces con una sonrisa.

Las mujeres asintieron y Megan se apeó de su caballo.

—Este es un inmejorable sitio para comer, ¿no creéis?

Todas estuvieron de acuerdo y, acto seguido, comenzaron a extender mantas sobre la hierba y a disponer sobre ellas las cosas que habían llevado para comer. Una vez que lo tuvieron todo listo, se acomodaron en el suelo.

—Tía Angela —pidió Amanda divertida mientras comían—, cuéntale a Beth cómo le tomaste el pelo al tío Kieran haciéndole creer que no sabías coger una espada ni montar a caballo...

Todas sonrieron.

—La primera vez que vi a Kieran —empezó Angela—, lo acababan de atacar y estaba herido.

Yo lideraba un grupo de guerreros junto a Sandra en el bosque donde vivía, pero no podíamos decir que éramos nosotras o, en mi caso, mi padre me mataría. Ayudamos a Kieran y a sus hombres, y, antes de que él perdiera la conciencia, le robé un beso y le canté...

Del bosque encantado
un hada te ha salvado,
y en un momento inesperado,
un beso te ha robado.

Las mujeres rieron por aquello y Beth preguntó:

—¿Y qué te dijo cuando te vio?

Angela negó con la cabeza.

—Él solo recordaba mi voz. Nunca me vio. Y, bueno, el caso es que un día apareció en el castillo de Caerlaverock, donde yo vivía con mi padre y mis hermanos. Cuando lo vi, lo cierto es que me inquieté. Si me reconocía y le contaba a mi padre lo que yo hacía, este se iba a enfadar mucho conmigo. Entonces, cada vez que veía a Kieran me comportaba como una terrible patosa.

—¿«Como una terrible patosa»? —inquirió Beth.

Las mujeres se carcajearon y Angela aclaró:

—Si ponían una espada en mis manos, se me caía o fingía que no sabía cogerla. Si un caballo se acercaba a mí, corría asustada como si me persiguiera una bruja...

Divertidas, todas reían, y Beth siguió preguntando curiosa:

—¿Y cuándo se enteró Kieran de la verdad?

—El día que mataron a mi familia.

—Siento lo de tu familia —murmuró Beth apenada, comprendiendo de primera mano su dolor.

Angela asintió, ya habían pasado muchos años de aquello.

—Gracias.

Continuaron comiendo, charlando y disfrutando. Hablar entre ellas siempre era fácil. Y terminaron riendo a carcajadas al recordar que Shelma había drogado a los guerreros que las retenían para poder ayudar a Sandra en su cometido y lo mucho que se enfadaron Zac, Lolach y compañía al descubrirlo, o los besos de barro que Gillian le pedía a Niall.

Maravillada, Beth escuchaba con atención todo lo que aquellas contaban. Eran historias de familia, de vida, de recuerdos, de amor, y, entusiasmada, no lo dudó y les explicó cómo Iver había viajado hasta Noruega para encontrarla. Las demás escucharon emocionadas hasta que acabó; en ese momento Sandra murmuró:

—¿No os parece que nuestras historias de amor son increíblemente románticas?

Todas asintieron, y luego Megan indicó mirando a sus hijas:

—Ahora es a mis preciosas niñas a quienes les toca vivir sus bonitas historias de amor.

Las demás sonrieron.

—Dudo que yo soporte a nadie —afirmó Amanda.

—Dudo que nadie me soporte a mí —se mofó Johanna.

Como todas, Beth sonrió por sus comentarios, y apostilló:

—Si el amor llegó a mi vida, cuando todo era tremendamente complicado, os aseguro, amigas, que puede llegar también a las vuestras.

Las jóvenes volvieron a reír, y en ese instante Megan se abalanzó sobre sus hijas para besuquearlas y hacerles cosquillas. Adoraba a sus niñas.

***

Al atardecer todas estaban felices, y cuando ya recogían las mantas del suelo para regresar, Megan sugirió:

—¿Qué os parece si hacemos una bajada de desfogue?

Las mujeres asintieron sin dudarlo, pero Beth preguntó mirando a Johanna:

—¿Eso qué es?

Johanna miró divertida a sus tías Shelma, Gillian, Angela y Sandra, que aplaudían, y susurró dirigiéndose a Beth:

—Tú simplemente ¡síguenos!

Y, sin más, una vez que terminaron de recoger, las mujeres montaron en sus caballos y, apretando con los talones, comenzaron a galopar descendiendo la ladera, cada vez a más velocidad.

Beth las seguía feliz. Le encantaba montar a caballo de aquella forma, aunque a Iver lo incomodaba. Según él, no controlaba. Según ella, controlaba muy bien.

Pronto oyó los gritos de las demás, gritos de desfogue, de risa, de disfrute. Y, tras oír a Johanna, Beth gritó también. Eso la hizo sentirse genial.

Capítulo 36

Duncan regresaba de visitar los caballos junto a su hermano Niall, su cuñado Zac, Lolach y Kieran e Iver y Alan.

—Ya me ha contado Duncan que los acompañarás a Dornoch —comentó Niall dirigiéndose a este último.

El guerrero asintió. Cada día se arrepentía más de haberse dejado llevar por aquel arranque de rabia, pero ahora ya no podía dar marcha atrás.

—Sí —contestó—, junto a varios de mis hombres.

Iver miró a su amigo y Lolach, divertido, cuchicheó:

—Ármate de paciencia porque mis sobrinas no son fáciles...

Alan sonrió.

—¿Tú has visto las ojeras que tienen Myles y Ewen? —insistió el hombre—. Se las deben a Amanda y Johanna.

—¡Lolach! —se mofó Duncan.

Kieran soltó una carcajada al oírlo y señaló divertido:

—Creo que Ewen y Myles están algo molestos por no acompañaros en este viaje.

—Quiero que descansen —aclaró Duncan—. En este viaje en el que voy yo, Alan los sustituirá.

Los hombres asintieron. Aquello no era raro. Ewen y Myles ya tenían una edad.

—¿Os acordáis de cuando fuimos todos a la boda de Douglas Pierson cerca del bosque de Atholl? —comentó Kieran.

Los demás soltaron una risotada mientras Niall señalaba levantándose la manga de su camisa:

—Tengo esta cicatriz de ese día.

Iver y Alan intercambiaron una mirada.

—En la boda, mis amores se hicieron muy buenas amigas de un muchacho llamado Braden, que era el hijo del cocinero de la posada donde nos alojábamos —dijo Duncan divertido—. Mis hijas oyeron que, durante la noche, algunos lugareños iban a ir a por él porque había comenzado a salir con una muchacha de la zona, y sin decirnos nada, y siendo unas niñas, se les escaparon a Myles y a Ewen y lo buscaron para protegerlo.

Alan e Iver escuchaban sorprendidos cuando Niall añadió:

—Nosotros, que estábamos de celebración, bailando y bebiendo de madrugada, comenzamos a oír gritos sofocados. Y, cuando fuimos a ver lo que ocurría, nos encontramos a Johanna, a Amanda y a Braden luchando con siete muchachos mayores que ellos, y, al meterme en medio, uno de ellos me hirió sin querer.

Todos rieron por aquello.

—Cuando Johanna vio a su tío Niall ensangrentado, se volvió loca —cuchicheó Zac—. Si no llegamos a pararla, habría sido capaz de cortarle la cabeza al muchacho.

El grupo soltó una carcajada y luego Alan preguntó mirando a Duncan:

—¿Y no las reprendiste por haberse escapado de la posada?

Él asintió, pero, sin perder la sonrisa, afirmó:

—Lo hice, claro que lo hice. Pero de poco sirvió.

De nuevo todos reían cuando Lolach comentó:

—¿Y qué me decís de cuando Amanda llamó «feo gusano venenoso» al laird Conrad McDougall y Johanna le puso la daga en el cuello por intentar engañar a Gregory McPherson?

Los demás soltaron una carcajada; Duncan, viendo la seriedad de Alan, apostilló:

—Ese sinvergüenza quedó en entredicho ante todo el mundo y mis hijas se ganaron el amor incondicional de Greg McPherson. Si antes las quería, a partir de ese día se puede decir que las ama.

Iver asintió.

—¿No te preocupa que tus hijas se hayan creado enemigos por su impetuosidad? —preguntó acto seguido, incapaz de callar.

Duncan negó con la cabeza y, seguro de ello, afirmó:

—Aunque no lo creas, precisamente por su manera de ser, Johanna y Amanda tienen más amigos que enemigos y son muy respetadas.

Todos asintieron y Zac, mirando a su cuñado, se mofó:

—Siendo hijas de mi hermana y de Duncan, ha de ser así.

De nuevo este último soltó una carcajada, mientras Alan e Iver se miraban sorprendidos.

Estaban hablando de aquello cuando, de pronto, Kieran exigió:

—¡Callad y parad!

Sin dudarlo, todos detuvieron sus monturas y guardaron silencio, hasta que comenzaron a oírse unos gritos y ruido de caballos al galope.

Sorprendidos, se miraron unos a otros. ¿Qué era aquello?

Sin moverse, intentaron identificar lo que estaban oyendo, cuando de pronto Lolach, señalando hacia la montaña del fondo, dijo al ver a un grupo que descendía ladera abajo en estampida:

—Es allí.

Los hombres miraron. Era un grupo de personas a caballo. Y Kieran, distinguiendo algo que le hizo saber de quiénes se trataba, siseó:

—¿Y si os digo que son nuestras mujeres?

—¿Qué dices? —soltó Zac.

Pero Niall, que observaba con agudeza, murmuró al reconocer el caballo de Gillian:

—Esa gata nunca cambiará...

Al oír eso, a los hombres se les cortó la respiración. Aquellas bajaban como si no hubiera un mañana por una zona muy peligrosa de la montaña, saltando obstáculos, riachuelos, sorteando árboles. A Duncan se le aceleró el corazón al ver aquello y le cambió el semblante.

—¡Las voy a matar! —siseó.

Sin tiempo que perder, los guerreros clavaron los talones en los flancos de sus caballos y salieron al galope.

Iver y Alan se miraron. No entendían nada. Pero, dispuestos a ir con aquellos, espolearon a sus monturas y los siguieron.

¿En serio aquellas locas que bajaban por allí eran las mujeres de sus compañeros?

Capítulo 37

Megan, sus hijas y sus amigas llegaron hasta la parte baja de la montaña y, tras bajarse de sus caballos, se dejaron caer sobre la verde y esponjosa hierba.

—Oh, sí..., lo necesitaba —murmuró Amanda.

—¡Ha sido increíble! —afirmó Beth haciendo lo mismo.

—¡Qué bien me siento tras este desfogue! —cuchicheó Johanna.

Una a una fueron bajándose de sus caballos y se tumbaron sobre la hierba, y, con el pelo y el corazón agitados por el impresionante descenso que habían hecho, cerraron los ojos y comenzaron a reír a carcajadas.

Hacer ese tipo de cosas juntas siempre era divertido. Todas tenían un punto de locura idéntico, y estaban disfrutando de ello cuando de pronto oyeron ruido de cascos de caballos.

Rápidamente todas miraron para ver quién se acercaba y Angela, al verlo, murmuró divertida:

—Oh..., oh...

—¿En serio? —masculló Gillian al ver de quiénes se trataba.

—Y tan en serio —se mofó Sandra.

Shelma, viendo a Lolach cabalgar serio hacia ellas, dijo:

—Y lo guapo que se pone cuando mira así.

Todas soltaron una carcajada.

El tiempo que llevaban casadas les había permitido conocer a sus maridos. Nada de lo que les dijeran ahora sería diferente de lo que ya les habían dicho. Megan, al ver a Duncan, se tumbó de nuevo sobre la hierba y avisó:

—Amanda. Johanna. Preparaos, ¡que el Halcón está aquí!

Las aludidas rieron a carcajadas, y Johanna, mirando a Beth, que no entendía nada, aclaró:

—El Halcón es mi padre. Así lo llaman quienes lo temen.

Su amiga asintió en el momento en que el grupo de hombres llegaba hasta ellas. Detuvieron sus caballos y, antes de bajarse siquiera de ellos, Duncan exclamó:

—¡Megan McRae!

La aludida se apoyó en los codos sin perder la sonrisa. Con el mismo desafío de siempre, miró a aquel, que la observaba con gesto ceñudo, y, guiñándole un ojo, saludó:

—¡Hola, cariño!

Boquiabierto por su desfachatez, Duncan miró entonces a sus hijas. Al igual que su madre, estaban despeluchadas y con las mejillas arreboladas.

—¡Hooola, papi amoroso! —lo saludó Johanna.

—La sinvergüenza de mi sobrina —se mofó Zac.

Duncan se bajó del caballo y, cuando se disponía a gruñir, Amanda dijo:

—Venga, papi, que tampoco ha sido para tanto...

Como un vendaval, él explotó. Una vez más, su mujer y sus hijas le habían demostrado que cuidado, lo que se decía cuidado, no tenían al montar a caballo.

Instantes después fueron Zac y Kieran quienes reprocharon a Sandra y a Angela. Luego

Lolach y Niall a Shelma y a Gillian, y, cuando las miradas de Beth e Iver se encontraron, esta musitó sonriendo:

—¡La bajada ha sido increíble!

Su marido sonrió. Si algo había aprendido de Beth era a confiar en ella. Y Alan, mirando como Johanna le rebatía a su padre, murmuró:

—Valor le echa, desde luego...

Su amigo asintió. Ver que Johanna, Amanda y su madre contradecían al fiero de Duncan era, como poco, curioso.

Finamente Angela, dando un silbido que hizo que todos callaran, declaró:

—Vaaale, se acabó el enfado. Todas estamos bien. No ha pasado nada. ¿Por qué no os fijáis en nuestros rostros felices y dejáis de decir que podríamos habernos roto la crisma? Por favor, no seáis aguafiestas...

Los hombres se miraron y Johanna, dirigiéndose a su padre, cuchicheó:

—Veeenga, papi..., sonríe.

Duncan resopló. Su mujer y sus hijas cualquier día lo iban a matar. Entonces Megan se acercó a él, le dio un dulce beso en los labios y musitó:

—Sabes que te queremos mucho, mucho, mucho.

Acto seguido las tres lo abrazaron. Llevaban empleando aquella táctica disuasoria desde que eran pequeñas, y por último Duncan sonrió. Verlas felices y a su lado era todo lo que importaba.

Minutos después, cuando todos estaban ya tranquilos y relajados, Duncan besó de nuevo a Megan y, en cuanto esta se alejó, dijo dirigiéndose a Alan, que había observado en silencio:

—A veces las mataría, pero no sabría vivir sin ellas y sus locuras.

El guerrero sonrió.

—El día que formes un hogar —añadió el laird—, deja que tu mujer te sorprenda.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alan sin entenderlo.

Duncan, que estaba junto a aquel, respondió mientras observaba a su mujer y a sus hijas hablar:

—Llevo más de veinte años con Megan y no hay día que no me sorprenda. ¿Y sabes por qué lo hace? —Alan negó con la cabeza y él cuchicheó—: Porque se siente libre de ser ella. Y eso es lo mejor que te puede pasar en un matrimonio.

Alan asintió, y Duncan, tocando el hombro de aquel, miró de nuevo a sus amores y ordenó alto y claro:

—Montad todos en vuestros caballos. Regresamos a casa.

El grupo obedeció y, cuando Megan se puso junto a sus hijas, Duncan comentó mirándolas:

—No sé qué voy a hacer con vosotras.

—¡Querernos! —afirmaron las tres al unísono.

Duncan sonrió y Alan, sin poder evitarlo, también lo hizo, aunque de inmediato se apresuró a disimularlo.

Capítulo 38

Esa noche era la última de fiesta en el castillo de Eilean Donan, y tanto el interior de la casa como el exterior estaban repletos de gente. Duncan y Megan, rodeados de sus amigos, disfrutaban del momento cuando se abrió la puerta de entrada de par en par y se oyó:

—¡Que san Fergus truene!

Al oír eso, todos rieron. Acababa de llegar el laird Gregory McPherson, un viejo guerrero muy amigo de los anfitriones. Cuando Megan lo vio, se acercó a él e indicó a sus sirvientes con tono divertido:

—Traed cerveza y agua de vida para este pobre sediento.

El laird McPherson rápidamente la abrazó. El cariño y la admiración que sentía por aquella mujer era difícil de explicar.

—Pensé que este año no vendrías —comentó Duncan dándole un abrazo.

McPherson resopló. La vejez y sus achaques cada día limitaban más sus movimientos. Pero, viendo a Johanna y a Amanda correr hacia él, dijo:

—¿Y perderme bailar con las mujeres más bonitas de toda Escocia?

Aquellas dos se tiraron a sus brazos. A pesar de su rudeza con todo el mundo, Gregory McPherson era encantador con ellas y con su madre. Las adoraba, las quería. No había nada que les negara. Y una vez que el abrazo terminó, Johanna iba a hablar cuando este señaló divertido:

—Jodida muchachita... Ya me he enterado de que le arrancaste la falda a un guerrero en Inveraray y lo dejaste con las vergüenzas al aire.

Eso hizo que la joven sonriera, y Duncan, boquiabierto por aquello, iba a hablar cuando esta cuchicheó:

—Luego te lo explico, papi. Fue una tontería.

Megan sonreía mirando a McPherson cuando Amanda, para romper el incómodo momento entre su padre y su hermana, se sacó de la bota una daga labrada y enseñándosela a aquel, que se la había regalado, indicó:

—Como tú me dijiste, tío Greg, ¡es la mejor que he tenido!

—¿Has rebanado ya algún pescuezo con ella?

Amanda negó con la cabeza.

—Rebanar pescuezos, no. Pero rebanaditas sí he hecho alguna...

—¡Esta es mi chica! —exclamó el guerrero encantado.

Para McPherson, aquellas dos jovencitas eran las nietas que nunca había tenido.

En ese momento Niall y Lolach se acercaron hasta él para saludarlo con fervor. Eso hizo que Megan fuera junto a su hija Johanna y, cogiéndola del brazo, preguntó:

—¿Qué es eso que ha dicho el tío Greg?

Johanna parpadeó y luego tomó aire.

—Estábamos en una taberna esperando a Josh —empezó a contar—, cuando a un idiota, porque era un idiota, no se le ocurrió nada mejor que darme un azote en el trasero. Y, bueno, mamá, yo...

—Poco le hiciste. Muy bien, hija —afirmó Megan.

Ambas reían por aquello cuando Duncan, que desde donde estaba había oído aquello, terció:

—Johanna, ahora no, pero luego tú y yo vamos a hablar de...

—Duncan —lo cortó su mujer—. Ella solo se defendió. ¿O acaso te parece bien que cualquier hombre le ponga la mano encima a tu hija sin su consentimiento?

—¿Y Ewen y Myles dónde demonios estaban? —protestó él mientras los hombres seguían abrazándose.

—Papi amoroso...

Oír ese apelativo hizo resoplar a Duncan. Su hija lo llamaba así cuando se ponía en plan zalamera.

—No es momento de que me llames de esa forma —siseó.

—Pero, papi —insistió ella sin miedo—, Ewen o Myles, al verlo, ya iban a por él, pero yo estaba más cerca.

—Si hubiera sido yo, lo habría matado —aseguró Megan.

Duncan resopló al oírla. Ewen y Myles siempre habían cuidado de sus amores, pero los años no pasaban en balde, por lo que se alegraba de que Alan los acompañara en este nuevo viaje.

—Por cierto, hablando de Ewen y Myles... —añadió su hija—. ¿Qué es eso de que no irán a Dornoch pero sí lo hará el pesado de Alan McGregor?

Duncan miró a su hija. ¿«Pesado»?

—Así lo he decidido —indicó con gesto serio.

—¿Por qué? —quiso saber Johanna.

Duncan la escudriñó durante unos segundos.

—No tengo que darte explicaciones —siseó al cabo—. No hay más que hablar.

Pero Johanna, que era como él, insistió:

—Maldita sea, papá...

—¿Ya no soy «papi amoroso»?

—Papá, no me gusta ese *niñero*... Ni yo le caigo bien ni él me cae bien a mí y...

—Para lo que yo lo necesito es de mi agrado que no os caigáis bien. Y no lo llames «niñero», es despectivo.

—Papáá...

—Así tu hermana y tú no le tomaréis el pelo como hacéis con Ewen y Myles.

Johanna resopló y Megan, viendo la tensión entre aquellos, indicó:

—Haya paz. Estamos en una fiesta.

Su hija refunfuñó.

—¿Paz, cuando pretende que tenga un nuevo niñero?

—Te he dicho que no lo llames así —repitió su padre.

Johanna se disponía a protestar otra vez cuando Duncan indicó adelantándosele:

—Dime qué ocurrió realmente en esa taberna.

—Ya te lo he contado. Y te prometo que no saqué la espada ni la daga. Solo me quité a ese tipo de encima y, al hacerlo, sin darme cuenta, agarré su falda y...

—¿Sin darte cuenta? —inquirió Duncan.

Johanna sonrió y, dulcificando el tono, afirmó:

—Vale. Lo de «sin darme cuenta» no fue así..., pero fue él quien se propasó. Yo solo me defendí.

Duncan finalmente asintió. Le gustara o no, tanto él como Megan habían criado a sus hijas de esa forma.

—La próxima vez que un hombre te ponga la mano encima sin tu consentimiento, mátalo —sentenció.

Los tres sonrieron y Duncan, feliz de que McPherson hubiera llegado, exclamó:

—¡Bebamos y celebremos!

Desde una posición discreta, Alan contemplaba lo que ocurría junto a Iver. Le gustaba ver la unión que tenían aquellos clanes y, sin moverse, observó el buen rollo que había entre aquellos.

Durante un buen rato todos estuvieron charlando, hasta que Duncan y el recién llegado se retiraron a su despacho para hablar de sus cosas. Siempre había algo importante que contar.

Cuando salieron del despacho, McPherson no se separó de los anfitriones. Se notaba que entre aquellos había algo especial. Gustosas, Megan y las chicas aplaudieron cuando supieron que los acompañaría a la boda de Dornoch. La novia era su sobrina y no se lo iba a perder.

En un momento dado, Duncan, su mujer y McPherson se acercaron hasta donde estaban Alan, Iver y Beth, y, parándose frente a ellos, Megan declaró:

—Gregory, te presento a Iver y Alan McGregor. Y ella es Beth, la preciosa mujer de Iver.

El hombre les estrechó la mano con gusto y, al coger la de Beth, comentó:

—Preciosos ojos los tuyos, jovencita.

—Gracias, señor. —Ella sonrió.

En ese instante Johanna se les acercó.

—Tío Greg —dijo con una sonrisa—, ¿bailarás alguna pieza conmigo esta noche?

El hombre cabeceó y, mirando a aquella, a la que adoraba, respondió:

—Bailaré muchas, mi vida. Muchas.

Todos sonrieron; entonces Calum se aproximó a ellos, y, tras atusarse el pelo, pidió mirando a Johanna:

—¿Me concedes este baile?

—¡No! —bramó Duncan.

Todos lo miraron de inmediato y él, dirigiéndose a Calum, agregó sin miramientos:

—Luego, no sé, pero en este instante no baila contigo.

Johanna y Megan se miraron. Estaba claro que a Duncan aquel no le caía bien, y cuando este se dio la vuelta y se marchó algo avergonzado, Johanna cuchicheó con pena:

—Papá, por favor...

Duncan negó con la cabeza.

—Ni por favor ni sin favor. Sus intenciones hacia ti no me gustan, y no hay más que hablar.

—¿Y ese quién es? —preguntó entonces McPherson.

—¡El Pelines!

—¡Amandaaaaa! —protestaron Megan y Johanna.

Gregory McPherson y Alan sonrieron.

—Es el hijo de Robert Marshall —aclaró Duncan—. Un jodido egoísta presumido que viene de la corte y solo piensa en él y en tener su cabellera desenredada.

Eso hizo que todos rieran abiertamente, hasta que McPherson preguntó dirigiéndose a Johanna:

—¿Algún pretendiente interesante a la vista?

—No.

El hombre miró a Duncan y este, resoplando, siseó:

—Al final tendré que hacer lo que no quiero..., aunque tu madre me raje el pescuezo.

—¡Venga ya, papá! —protestó Johanna.

Como era de esperar, Duncan y sus dos hijas comenzaron a discutir sobre aquello de los

pretendientes, y cuando McPherson vio que el padre elevaba cada vez más la voz, se dirigió a Alan, que los observaba callado y boquiabierto, y sugirió:

—Muchacho, ¿qué tal si sacas a bailar a Johanna?

—¡Excelente idea! —convino Megan.

Alan se envaró. No hacerlo sería un despropósito, por lo que, tendiendo la mano hacia aquella, que lo miraba con descaro, una vez que Duncan asintió, dijo ante todos con caballerosidad:

—¿Querríais bailar conmigo, *milady*?

—No.

—¡Johanna! —musitó Megan.

La joven, acorralada por todos, insistió:

—¡Es mi *niñero*!

Alan parpadeó, lo avergonzaba que lo llamara así delante de todo el mundo, y Duncan, consciente de ello, murmuró:

—Johanna McRae, ¿dónde está tu educación?

La joven pensó en replicar. Pero, consciente de que no debía hacerlo, cambió el gesto y, cogiendo la mano de Alan, dijo:

—De acuerdo, bailemos.

—¿Y si ahora yo no quiero bailar contigo?

—Tú te lo pierdes.

—Quizá te lo pierdas tú..., bonita.

Eso hizo que todos miraran al guerrero, que, dirigiéndose a Duncan, señaló:

—Dijiste que si algo me molestaba podía decirlo, ¿no?

Él asintió, y Alan, que no había soltado la mano de Johanna, tiró de ella y dijo:

—Bailemos.

Incómodos y cogidos de la mano, llegaron hasta donde el resto de la gente bailaba y comenzaron a hacer lo mismo.

—Si te soy sincera, con la última persona que me apetece bailar es contigo —siseó Johanna.

—Lo mismo digo —replicó él.

Ambos se miraron con desafío. Y Johanna, tras hacer una pirueta, murmuró:

—Cuatrocientas ovejas... Veo que mi padre ha sido bastante espléndido contigo por acompañarnos al enlace de Roberta Donald.

Alan resopló, pero, sin abandonar su sonrisa, afirmó:

—Muy espléndido.

Hicieron un nuevo giro en la pista y Johanna insistió con mofa:

—Vuelves a ser mi niñero.

Alan sonrió. Sabía que lo decía para jorobarlo.

—Las cuatrocientas ovejas bien lo valen —repuso.

Aquello repateó a la joven, pero, sin demostrarlo, cuchicheó:

—Espero que las cuides y no se te mueran.

—Eres...

—¡¿Soy...?!

Alan tomó aire. Aquella mujer, con sus continuos retos verbales, sabía sacarlo de sus casillas, pero, conteniéndose, respondió:

—No te voy a contestar a eso.

—¿Por qué?

—Porque si realmente digo lo que pienso, no te va a gustar —afirmó él entre dientes.

Eso le hizo gracia a Johanna, que, sonriendo a pesar de la rabia que sentía, exclamó:

—¡Qué monooooo!

La respuesta divirtió a Alan, y, sonriendo como ella, musitó:

—¡Qué bichaaaa!

—Espero que no te acerques a mí en todo el viaje.

—Eso espero yo: no tener ni que mirarte —afirmó él con desagrado.

El resto de la pieza la bailaron en silencio. Simplemente se miraban sonriendo para que nadie pudiera notar el malestar que sentían y, cuando la pieza acabó, Johanna le agradeció el baile y, dándose la vuelta, se agarró a otro hombre para bailar.

Tras tomar aire, Alan volvía a su sitio cuando, al cruzarse con Beth, que iba hacia la pista, oyó que esta decía:

—Muy bien, McGregor... Lo has hecho muy bien.

—Beth, ¡fin del asunto!

Una vez que Alan llegó donde estaban Iver y el resto, Duncan declaró:

—Alan McGregor nos acompañará a la boda de tu sobrina en Dornoch.

Greg McPherson miró entonces al guerrero.

—No me digas que entre Johanna y tú hay algo... —dijo.

Rápidamente Alan negó con la cabeza, y Duncan aclaró:

—Nada más lejos.

McPherson asintió y, acto seguido, mirando a sus amigos, inquirió:

—¿Sois conscientes de los nietos tan guapos que tendríais con este como yerno?

Atónito por lo que acababa de oír, Alan parpadeó. Pero ¿aquel hombre qué decía?

—Eso es imposible, Greg —indicó Megan—. Por fortuna, Alan no está interesado en Johanna.

Sorprendido por aquello, McPherson parpadeó y, mirando a Alan, preguntó:

—¿Acaso eres ciego y tonto, muchacho?

Él tragó el nudo de emociones que se había formado en su garganta y logró decir:

—No, señor. Pero tengo mis propios gustos en materia de mujeres.

—¿Y mi preciosa Johanna no es de tu gusto?

—Pues no —aseguró Alan con convicción.

—Le van las mujeres apocadas y con el cabello claro como el sol —afirmó Megan.

Duncan asintió. Saber eso era tranquilizador. Y, mirando a McPherson, apostilló:

—De ahí que le ofreciera acompañarnos.

McPherson asintió. Aquel muchacho debía de tener un gusto muy raro en cuestión de mujeres. Y, tendiéndole la mano, indicó:

—Pues si Duncan se fía de ti, yo también.

Una vez aquellos se alejaron, Iver, que había permanecido en silencio, musitó al ver que su amigo apenas respiraba:

—No me gustaría nada estar en tu lugar.

Alan lo miró con gesto hosco. Entre todos aquellos, incluida Johanna, le habían hecho sudar la gota gorda.

—Pues no sé por qué —siseó.

Acto seguido, unas mujeres se acercaron hasta él e, instantes después, Alan empezó a bailar con ellas. Intentó disfrutar de la noche, pero eso le resultaba complicado. Johanna estaba preciosa, bellísima. Aquella noche, al ser la última, todos querían bailar con ella, y él, disimulando la rabia que sentía, la vio bailar, reír y hablar con todo el que se le acercaba, mientras era consciente de que a él no lo miraba ni una sola vez.

Capítulo 39

Dos días después el castillo de Eilean Donan dejó de estar tan concurrido. La fiesta anual había terminado y los invitados llegados de otras tierras se habían ido marchando, como Axel y Alana, que se habían ido ya el día anterior.

Duncan, Alan y Greg McPherson se despedían de Iver y Beth, Zac y Sandra, Kieran y Angela, Shelma y Lolach y Niall y Gillian, pues partían juntos.

Megan, por su parte, terminaba de despedirse de otros invitados cuando McPherson se acercó a ella y dijo:

—Cada año me lo paso mejor en tu fiesta.

Ella sonrió y, ensartando con cariño el brazo de aquel con el suyo, musitó:

—Este año solo has venido una noche. El año que viene te quiero aquí toda la semana.

El hombre soltó una carcajada; Johanna y Amanda, tras despedirse de Calum y su padre, que partían hacia Inveraray, y de Robert Duchaman y los suyos, se les unieron, y McPherson, mirando a las jovencitas, comentó:

—El Pelines tiene un trago.

—¡Es insufrible! —aseguró Amanda.

Los cuatro reían por aquello cuando el hombre añadió:

—Me ha dicho mi hermana que han invitado a Cristopher Watson.

Eso hizo sonreír a Johanna, que afirmó:

—Estoy deseando verlos a él y a Cameron.

McPherson, que sabía del afecto que aquellos tres se tenían desde niños, miró a Megan y preguntó:

—¿Qué dice el Halcón?

—Imagínatelo —se mofó ella.

Durante unos minutos los cuatro bromearon al respecto.

—Nunca olvidaré la primera vez que vi a vuestra madre —declaró él a continuación—. Estaba sucia, cansada y muy enfadada. Lo primero que hizo fue presentarse ante mí como Megan Phillips, y vuestro padre, el Halcón, vociferó para amedrentarla y recordarle que ahora era Megan McRae.

Todos sonrieron y Megan, mirando a aquel, indicó:

—Y yo recuerdo que dijiste que procurara no repetir ese error, pues ahora era propiedad de mi laird y de su clan.

—Ahí erré, querida —cuchicheó entonces el anciano—. Debería haber dicho que Duncan sería propiedad tuya.

—Chisss, ¡calla! —se mofó ella.

Divertidos, los cuatro se acercaron luego hasta los demás.

—Me apena que tengamos que despedirnos —dijo Amanda tras abrazar a Beth.

—Seguro que pronto nos volvemos a ver —afirmó su amiga gustosa, y, mirando a Johanna, a la que cogió por el brazo, añadió—: Ya le he dicho a tu hermana y a todos que os espero en Fort

William cuando queráis.

—Os esperamos —matizó Iver incluyéndose.

Los demás sonrieron y luego Duncan y Megan los abrazaron a todos con afecto y el primero declaró:

—Que tengáis buen viaje de regreso a casa.

Después hubo besos y más besos, hasta que Alan, mirando a Iver, dijo:

—Voy a despedirme de los hombres.

—Te acompaño —decidió su amigo echando a andar junto a él.

Una vez que ellos se alejaron, Johanna siseó apartándose del grupo con Beth:

—Maldita sea..., ¡¿por qué no partirá con vosotros?!

—Porque tú lo rechazaste y él aceptó la oferta de tu padre —replicó ella.

Johanna asintió molesta. Saber que aceptaba ser su niñero por un rebaño de ovejas le molestaba.

—Pues que sepas que, como se dé el caso, va a sudar esas cuatrocientas ovejas —soltó.

—¡Johanna!

Ambas soltaron una carcajada y, acto seguido, comenzaron a caminar tras los guerreros.

Alan e Iver llegaron hasta donde estaban acampados sus hombres. Durante un rato el primero habló con ellos, les explicó por qué no regresaban juntos a casa y, tras despedirse, cuando fue hacia su caballo con Iver, este inquirió:

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Alan, que estaba terriblemente incómodo, viendo a Beth y a Johanna hablar con algunos de sus hombres, respondió:

—Cuatrocientas ovejas. Ese es el objetivo.

Iver asintió. Y, mirando a aquellas, insistió:

—¿Seguro que ese es tu objetivo?

—No digas tonterías —replicó Alan.

Observaron a Beth y a Johanna en silencio, que se hacían confidencias entre risas, hasta que Alan dijo:

—Conociéndola, hará que mi viaje sea un infierno, pero no pienso entrar en su juego. Me limitaré a vigilarlas desde la distancia como su padre me ha pedido y poco más.

Iver negó con la cabeza. No estaba muy convencido de ello.

—Esta mañana he hablado con Duncan —añadió Alan—. Los acompañaremos a Dornoch y, a la vuelta, en Inverness, los hombres y yo nos separaremos de ellos y regresaremos a Fort William.

Iver asintió y, mirando a los hombres que hablaban con su mujer y Johanna, indicó:

—Parecen felices de acompañarla.

Alan no pudo negarlo. Durante el viaje Johanna y Amanda habían hecho buenas migas con aquellos.

—Me gusta que así sea —señaló—, aunque deberé tener controlado a Amadeus.

Instantes después Iver llamó a su esposa, ya que debían partir. Las dos mujeres se acercaron hasta ellos y Beth abrazó a Alan.

—Te voy a añorar todos los días un poquito —declaró.

—Yo a ti también, sor Pesadilla.

Con cariño se separaron y, antes de subirse a su caballo, Beth abrazó a Johanna y dijo en su oído:

—Alan merece la pena, créeme... Daos una oportunidad.

Ella suspiró y, cuando se apartó, Beth añadió mirándola:

—Pásalo bien en la boda. Espero que volvamos a vernos pronto.

La joven asintió y Beth, mirando a aquellos dos, apostilló:

—Y, por favor..., ¡no os matéis!

Johanna y Alan parpadearon sorprendidos al oírla. Iver, sonriendo, levantó una mano y, cuando sus hombres comenzaron a caminar dijo mientras le hacía indicaciones a Zac, que los seguía:

—Como ha dicho sor Pesadilla, ¡no os matéis!

Una vez que aquellos se alejaron y se unieron a la comitiva, Johanna y Alan se quedaron en silencio; en ese momento un caballo entró trotando por el puente de piedra. Al ver que era Calum, la joven se extrañó. Al llegar a su altura, aquel se tiró del caballo y, tendiéndole un bonito ramo de flores, dijo mientras se retiraba su precioso pelo del rostro:

—No quería marcharme sin antes tener un último detalle contigo, mi bella Johanna.

Sorprendida, la joven sonrió. A pesar de lo mal que lo había tratado su padre, aquel insistía. Cogió el ramo de flores que le tendía y contestó:

—Gracias, Calum.

Se miraron con afecto. Entre los dos las cosas estaban más que claras. Y él, al ver que Alan los observaba sin moverse del sitio, pidió:

—¿Podrías darnos unos instantes de intimidad?

—No.

En cuanto el guerrero soltó eso, Johanna lo miró y este aclaró:

—Si sigo aquí es para custodiar a Johanna y, si no me crees, ahí tienes a su padre, que te lo puede confirmar. Por tanto, lo que quieras decirle se lo tendrás que decir delante de mí.

Calum lo contempló con gesto incómodo; sabía que lo que decía era cierto. Por lo tanto, cogió con una mano la barbilla de Johanna para que dejara de mirar a Alan y lo mirara a él, y dijo:

—No he olvidado lo que hablamos.

—Me parece bien —afirmó ella.

Se quedaron mirándose en silencio, para incomodidad de Alan, hasta que Calum pidió:

—Si hay cualquier cambio, por favor, házmelo saber.

Johanna asintió sin dudarlo, y cuando Calum, tras una sonrisa, se subió a su caballo y se alejó al galope, Alan, que estaba molesto por no entender de lo que habían hablado, inquirió:

—¿A qué cambio se refería?

Johanna lo miró sin dar crédito.

—Eso a ti ni te va ni te viene —replicó.

Alan tomó aire, aquello no era lo que deseaba oír.

—Que yo sepa, tus obligaciones de *niñero* no comienzan hasta que partamos —añadió la joven a continuación.

Él la miró con gesto serio. Había tomado una mala decisión. Sin embargo, levantó el mentón y contestó:

—Que yo sepa, tú no eres *nadie* para recordarme cuáles son mis obligaciones.

Y, sin más, y confundido por lo rápido que le latía el corazón, se dio la vuelta y se encaminó hacia sus hombres. No tenía que hablar con aquella nada más.

Capítulo 40

A la mañana siguiente la comitiva que debía partir hacia Dornoch para asistir a la boda de Roberta Donald emprendió la marcha encabezada por Duncan y Johanna.

Antes de salir, Ewen y Myles los observaron con gesto serio, y las muchachas, apenadas porque no los acompañaran, los abrazaron. Sin duda los añorarían.

Dos docenas de sus hombres viajaban con ellas, así como tres de Alan. Los hombres de McPherson se quedaron en Eilean Donan, no necesitaban más.

En el camino Alan decidió ir atrás con sus hombres. Desde esa posición podía ver a todo el mundo, y en especial a Johanna, a quien no paraba de observar con disimulo, aunque se cuidó mucho de que ella no se percatara.

Verla vestida con aquella capa y aquellos pantalones de cuero marrones lo excitaba. Si con delicados vestidos estaba bonita, con pantalones, camisa y capa estaba espectacular. Así la había conocido, así la recordaba y así le gustaba verla.

A lo largo del trayecto, Duncan y Greg McPherson llamaron a Alan en varias ocasiones para charlar. La visión de un hombre más joven que ellos en cualquier tema siempre era bien recibida, y los tres hablaban y reían con afinidad.

Megan, que cabalgaba en su caballo junto a sus hijas, observaba con disimulo a Alan, y en cierto modo se entristeció al comprobar con sus propios ojos que no miraba en ningún momento a Johanna. Estaba claro que aquel había disfrutado de unos besos con ella sin más.

Apenada por saber que a su hija aquel hombre le llamaba la atención, llevó su caballo hasta ella y preguntó:

—¿Tranquila?

La muchacha asintió. Durante el camino Alan no se había acercado a ella ni la había mirado ni una sola vez. Y entonces Amanda, que estaba a su lado, soltó:

—Tranquila..., tranquila..., no sé yo...

Aquello hizo sonreír a Megan. La impetuosidad de Amanda siempre le había hecho gracia. Y Johanna, que ya había hablado con su hermana sobre lo que su madre le había dicho, musitó:

—Estaría más tranquila si cierto Bicho no estuviera por aquí.

Amanda y Megan se miraron y sonrieron, y luego la primera cuchicheó:

—Dijo la señorita Bicha...

Johanna contempló con fiereza a su hermana.

—¿Quieres cerrar esa boquita?

—¿Por qué? ¿Acaso he mencionado a alguien? Porque, a ver, si hubiera dicho algún nombre en concreto, o hubiera soltado que verlo te ocasiona temblores, sudores y acaloramientos, entiendo que...

—¡Amandaaaaa! —gruñó Johanna.

—¿Qué, tata..., quéééé...? Por san Ninian, abre los ojos y permítete conocer a alguien que te gusta... ¿O acaso preferirías que fuera el Pelines?

—¡Dios no lo quiera! —se mofó Megan.

—¿Os queréis callar?

—No —negó Amanda guiñándole un ojo a su madre.

—Muy bien —repuso Johanna—. Pues entonces comenzaré yo a hablar de cierto hombre que a ti te pone tontorrona y tiene los oj...

—¡Johanna, pero ¿qué dices?! —protestó su hermana.

Al oír eso, y tras comprobar que Duncan no podía oírlas, Megan preguntó:

—Pero ¿de qué hombre habláis ahora?

Sus hijas se miraron. Como siempre, se comprendieron con la mirada, y Johanna, entendiendo que se había ido de la lengua, contestó:

—Vale. Es mentira. Solo lo decía por hacer rabiar a Amanda.

—Porque te quiero, porque, si no, ¡te mataría! —indicó esta sonriendo.

Megan las observaba divertida. La complicidad que había entre sus hijas siempre le había encantado; desde niñas tenían una afinidad que ella nunca tuvo con Shelma, aunque sí con Zac. Metió su caballo entre los de ellas para separarlas y pidió:

—Tengamos la fiesta en paz, muchachas.

Ambas rieron, y su madre insistió dirigiéndose a Amanda:

—¿Hay algo que tengas que contarme?

Ella sonrió y, mirando a su hermana, afirmó:

—Sí. Que creo que le voy a pedir matrimonio al Pelines...

Eso hizo que las tres soltaran una risotada, y Megan cuchicheó divertida:

—Tú, a ese, lo dejas calvo en tres meses.

De nuevo rieron por aquello, hasta que un silbido hizo que Megan y sus hijas frenaran a sus caballos. Duncan y McPherson llegaron hasta ellas enseguida, y el primero indicó:

—Posiblemente haremos noche en el pueblo que encontraremos pasado el lago Monar. Alan me ha dicho que tienen una excelente posada, allí podremos descansar.

Las chicas resoplaron.

—Lo sé —añadió su padre—. Sé que os gusta dormir viendo las estrellas, pero hoy no será.

—Papiiii —protestaron al unísono las chicas.

—Uis, *papi*..., ¡serán zalameras! —se burló McPherson.

—Espérate, que ahora dirán eso de «papito amoroso» —se mofó Duncan.

Todos sonrieron mientras Alan y sus hombres los adelantaban con sus caballos al galope.

—¿Adónde va el niñero? —soltó Johanna con retintín.

Duncan, al oírla, la reprendió.

—Te agradecería que no lo llamaras así.

—¿Acaso no es su cometido? —insistió Johanna.

Su padre resopló. En ocasiones, la muchacha era insufrible.

—Alan y sus hombres se adelantan para saber que podemos contar con habitaciones en la posada.

Johanna asintió, y su padre, acercándose al caballo de su madre, comentó:

—Me gustaría mucho que cabalgaras un rato conmigo.

Megan sonrió al oírlo. Con una agilidad increíble, pasó de su caballo al de su marido y, una vez que se acomodó delante de él, murmuró con cariño:

—Deseo concedido.

Amanda y Johanna sonrieron. Duncan también, y McPherson, al ver que aquellos se besaban en los labios, protestó:

—Por san Fergus..., ¿cuándo dejaréis de parecer unos tortolitos?

Duncan agarró entonces con gusto a su mujer y afirmó:

—Nunca.

Y, dicho esto, Megan y su marido se alejaron en el caballo de él y McPherson, tomando las riendas del caballo de ella, comentó dirigiéndose a las muchachas:

—No conozco a ninguna pareja que, tras tantos años, siga cuidándose y mirándose como lo hacen ellos.

Las hermanas sonrieron por aquello y Amanda señaló:

—Se quieren y se respetan mucho.

—Lo que ellos tienen es especial, tío Greg —aseguró Johanna.

El hombre asintió. Sin duda lo que Duncan y Megan tenían era muy especial. Y, mirándolas, indicó:

—Espero que vosotras encontréis a esos hombres que os miren y os cuiden como vuestro padre cuida a vuestra madre y os sintáis tan especiales como ellos.

—¿Es que acaso existen esos hombres? —Johanna rio.

—Ahí tienes a uno —afirmó el guerrero señalando a Duncan.

Los tres sonrieron al ver que sus padres volvían a besarse, y McPherson, gritando, pidió:

—¡Por san Fergus, esperad a llegar a la posada!

Y eso hizo que todos volvieran a soltar una carcajada.

Capítulo 41

Al llegar al pueblo, los lugareños que se cruzaban con ellos los miraban con curiosidad.

En un momento dado, Johanna reparó en que al otro lado de la calle una carreta interceptaba el paso a un callejón en el que distinguió a un muchacho al que varios hombres estaban vapuleando. Sin quitarles ojo, la muchacha vio que aquellos parecían discutir con el muchacho y varias mujeres.

Duncan se fijó en lo mismo que su hija.

—¿Qué les pasará? —preguntó esta.

Él se encogió de hombros y antes de que Johanna insistiera, repuso:

—Ni lo sé ni te importa.

Ella lo miró y Amanda cuchicheó:

—Claramente ha dicho que ni se te ocurra meterte en el asunto.

Ambas sonrieron y, sin más, continuaron hasta la posada.

Al poco de llegar frente al edificio, Alan salió por la puerta e indicó dirigiéndose a Duncan:

—Todo arreglado. He pedido dos bañeras con agua caliente. Una la llevarán a tu habitación y otra a la habitación de tus hijas.

El laird asintió. Le gustaba que aquel tuviera siempre en cuenta la comodidad de lo que más quería. Tras apearse de su caballo, agarró a Megan para ayudarla a bajar y, mirando a sus hijas, dijo:

—Vamos, mis amores.

Johanna y Amanda, por su parte, descendieron de sus monturas con destreza. Acto seguido, Alan cogió los caballos de estas e indicó:

—Yo me encargaré de ellos.

Las jóvenes asintieron y siguieron a sus padres hacia el interior de la posada. Una vez dentro, la mujer que regentaba el negocio los atendió con simpatía. Sabía a través de Alan quiénes eran aquellos, y se desvivió por complacerlos.

Mientras la posadera hablaba con sus padres y con McPherson, Johanna se fijó en que Alan había regresado y estaba charlando con dos mujeres. Por cómo sonreían los tres, se notaba que se conocían.

—Si no disimulas mejor, papá se dará cuenta... —cuchicheó Amanda acercándose a ella.

Enseguida Johanna retiró la vista y, volviéndola hacia su hermana, sonrió. Lo último que deseaba era que su padre se fijara en lo que tontamente a ella le sucedía, pues estaba claro que Alan la ignoraba por completo.

Una vez asignadas las habitaciones, cuando Johanna y Amanda entraron en la suya lo primero que hicieron fue abrir la ventana, pues olía a cerrado. Johanna se sentó entonces en el alféizar y miró a su alrededor.

—Aquí la limpieza brilla por su ausencia... —comentó.

—Y tanto que brilla —convino Amanda mirando la chimenea.

Estaban riendo por aquello cuando llamaron a la puerta y, segundos después, entró Megan.

—¿Todo bien por aquí?

Las muchachas asintieron, y su madre indicó mirándolas:

—Vuestro padre y yo hemos decidido cenar en la habitación. ¿Vosotras cenáis en el comedor o aquí?

Las hermanas se miraron con picardía y, al cabo, Amanda inquirió:

—¿Seguro que vais a cenar?

Megan sonrió y le advirtió divertida:

—Amanda McRae, ¡no seas tan descarada!

Las tres soltaron una risotada, y en ese momento volvieron a llamar a la puerta. Al abrirla se encontraron con dos hombres que portaban una bañera.

—*Milady* —dijo uno de ellos dirigiéndose a Megan—, las criadas han dejado otra igual en vuestra habitación y ya la están llenando con cubos de agua caliente.

—Muchas gracias —contestó ella.

Los hombres terminaron de colocar la bañera de cobre en la habitación y el que antes había hablado añadió:

—¿Dais vuestro permiso para que comiencen a llenarla de agua?

Las chicas asintieron y varias criadas entraron entonces con cubos de agua humeante.

Una vez que acabaron y se marcharon, Megan metió la mano en ella y murmuró:

—Un bañito relajante es sin duda lo mejor.

Johanna, que miraba al exterior, se fijó en el muchacho al que antes había visto discutir en el callejón con aquellos hombres. Iba seguido de tres mujeres y varios niños y tenía el rostro ensangrentado.

—Pobre... —susurró la joven.

Al oír eso, su madre se acercó a la ventana. Rápidamente vio lo que llamaba tanto la atención de Johanna, y entonces la oyó decir:

—¿Qué le habrá ocurrido?

Megan se encogió de hombros, y Amanda, acercándose también, preguntó:

—¿Ese no es el muchacho que hemos visto antes?

Su hermana asintió.

—¿De qué habláis? —quiso saber Megan.

Le contaron lo ocurrido, y en ese momento una de las mujeres que iba tras el chico, la más mayor, se sentó en el suelo y rompió a llorar con verdadera angustia. El muchacho enseguida fue hacia ella y la abrazó. Le decía algo que ellas no oían, pero la mujer parecía inconsolable.

Aquello les partió el corazón. Y todo empeoró cuando la gente que pasaba por su lado empezó a increparlos y a vapulearlos.

Las tres se miraron entre sí, y acto seguido Megan señaló:

—No sé quiénes serán, pero esto que veo no lo voy a consentir.

—Vamos contigo —dijeron sus hijas al unísono.

Sin dudarlo salieron de la habitación, pero al ir a bajar la escalera oyeron la voz de Duncan, que hablaba con Alan y Greg McPherson, por lo que Megan susurró:

—Mejor salgamos por la ventana. No está muy alta.

Johanna y Amanda asintieron, les encantaba la impetuosidad de su madre. De inmediato volvieron a entrar en la habitación, donde una a una fueron descolgándose por la ventana para sorpresa de los que pasaban por la calle.

Una vez que las tres estuvieron abajo, entre risas, Megan miró a sus hijas e indicó:

—Cuando regresemos, ya inventaremos cómo hemos salido.

Capítulo 42

Con decisión, las tres se encaminaron hacia donde estaban aquellos y, metiéndose entre la gente, los empujaron para que dejaran de golpear a aquellas personas.

—Maldita sea, pero ¿qué os pasa? —exclamó Megan.

—¡Son gitanos! —gritó una mujer que llevaba una canasta—, ¡sucios ladrones!

Eso hizo que Megan comprendiera la inquina que parecían tenerles. Muchos escoceses rechazaban a todo aquel que no fuera de aquellas tierras.

—¡¿Acaso no hay escoceses que son sucios ladrones?! —gritó enfadada.

Todos la miraron, y un hombre siseó:

—No os metáis en problemas que no os atañen o saldréis escaldadas. Esos sucios gitanos únicamente hacen fechorías. Los queremos fuera de nuestras tierras. Solo defendemos lo que es nuestro.

—Pero ¿os han hecho algo? —preguntó Amanda enojada.

—Si no lo han hecho, ¡lo harán! —gritó una mujer.

A Megan le dolía mucho esa clase de discriminación solo por haber nacido en otro lugar que no fuera Escocia. Nunca olvidaría cómo había sido tratada en Inglaterra por ser escocesa, y posteriormente en Escocia, por proceder de Inglaterra. El desprecio que había sentido en sus carnes le había quedado marcado a fuego, y con bravura siseó:

—A las personas se las califica por quiénes son y por su manera de actuar, no por su procedencia, maldita pandilla de paletos...

Las gentes comenzaron a reír, a burlarse de sus palabras, y Johanna, que entendía la furia de su madre, gruñó:

—No solo son unos paletos, sino también unos cabezas huecas.

De nuevo empezaron a empujar, a golpear, mientras Megan y sus hijas se defendían como podían. Entonces Johanna, dando un empellón a un hombre que agarraba a dos de los niños, masculló:

—O los sueltas o juro que lo vas a lamentar.

El hombre no le hizo ni caso, por lo que ella, soltándole un derechazo que lo hizo tambalearse, gruñó:

—Te lo he advertido.

Del golpe, el hombre soltó a los pequeños. Amanda los agarró rápidamente y, poniéndolos tras ellas, dijo:

—Tranquilos, ¿de acuerdo?

Pero la gente no paraba. Ahora incluso las empujaban a ellas, hasta que finalmente Megan se sacó su espada del cinto. Sus hijas hicieron lo mismo, y una vez que las tres estuvieron alrededor del muchacho y las mujeres con sus espadas en alto para protegerlos, Megan espetó:

—Se acabaron las contemplaciones. —Y, tomando aire, gritó—: ¡Soy Megan McRae, la mujer del Halcón! Si a alguno más se le ocurre tocarlos a ellos o a mis hijas, juro que corto cabezas sin piedad, ¡¿entendido?!

Al oír sus palabras los lugareños pararon. Sabían quién era el Halcón, por lo que, sin decir más, enseguida se dispersaron. No querían problemas.

Una vez que se quedaron a solas con aquellos, Megan se guardó la espada y preguntó dirigiéndose a sus hijas:

—¿Estáis bien?

Amanda y Johanna asintieron de inmediato.

—Muchas gracias —dijo entonces el muchacho, conmovido por su valentía al ayudarlos.

Megan sonrió. La mujer más anciana comenzó de nuevo a hablar entre lloros, pero no la entendían porque no hablaba en escocés.

—Lo siento, señora, pero no os entiendo —dijo Megan agachándose frente a ella.

En aquel momento otra de las mujeres se sentó en el suelo con aquella, y, abrazándola, empezó a canturrearle. Megan y sus hijas observaban con curiosidad hasta que Johanna preguntó:

—¿Qué está haciendo?

El muchacho la miró.

—La abuela está muy nerviosa por lo que ha pasado —aclaró—, y para que se relaje y la paz llegue de nuevo a ella, mi madre le está cantando una canción.

Observaron en silencio a la mujer que cantaba pasear los dedos por la frente de la anciana trazando pequeños círculos con ellos.

—En mi pueblo siempre se ha dicho que pasear los dedos por la frente haciendo círculos de vida mientras te cantan una canción te hace olvidar el dolor y te conduce a la paz —añadió el chico.

Ellas asintieron, y Megan, viendo la herida que aquel tenía en la frente, indicó:

—Eso hay que curarlo.

—No os preocupéis, *madame* —dijo el muchacho.

Megan se incorporó, miró a aquel, que no parecía tener más de doce años, y repuso:

—¿Cómo no voy a preocuparme si veo que tienes sangre en el rostro?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a continuación Johanna.

—Jéremie —respondió.

La joven asintió y, sin apartar sus ojos de él, dijo:

—Jéremie, soy Johanna, y ellas son mi madre, Megan, y mi hermana, Amanda. —El muchacho asintió y ella añadió—: Al llegar al pueblo me ha parecido ver que unos hombres te empujaban en un callejón, ¿es así?

—Sí.

—¿Y por qué lo hacían?

Jéremie miró a las mujeres con las que estaba. En el gesto de aquellas se veía el miedo.

—*Mademoiselle*, no queremos problemas —contestó.

Johanna asintió. Sabía que, por el hecho de ser gitanos, aquellos siempre tenían que andarse con cuidado.

—Jéremie, ¿eres francés? —quiso saber.

—Sí, *madame*.

Megan asintió.

—Hablas muy bien escocés —comentó.

—Es que soy listo y espabilado —declaró el chiquillo estirándose.

Al oírlo Megan sonrió y afirmó:

—Excelentes cualidades.

Ambos sonrieron y luego ella, queriendo saber más, preguntó:

—¿Y quiénes son ellas?

—Ella es mi hermana Amélie —contestó el muchacho—. Mi madre, Sylvie. Mi abuela, Florence. Mis tías Chantal y Lucie y mis primos, Gérard, Luc y Simona.

Megan asintió. Allí solo había mujeres y niños.

—¿Dónde están tu padre y tus tíos? —preguntó.

Jéremie tomó aire estirándose todo lo que pudo y respondió:

—Los mataron hace un mes, en Perth.

—Oh, Dios... —murmuró Amanda.

—Ahora soy el hombre de la familia, el guerrero —añadió el chico—, y ellas son mi responsabilidad.

Megan y sus hijas lo observaron boquiabiertas.

—Pero ¿cuántos años tienes? —inquirió Amanda.

—Once.

Sobrecogidas, madre e hijas volvieron a mirarse.

¿Cómo aquel niño de once años iba a poder sacar adelante a su familia en un país que no era el suyo?

Estaban pensando qué decirle cuando el crío explicó:

—Nos dirigíamos a Inverness. Allí han de estar las otras carretas con las que viajábamos antes de que apresaran a mi padre y a mis tíos en Perth. Ellos nos escondieron y me dijeron que ahora yo era el hombre de la familia, y me hicieron prometer que los llevaría a todos a Inverness para coger un barco y viajar hasta las Órcadas. Cuando salimos de nuestro escondite y regresamos al campamento, todos se habían marchado. Por ello hemos cogido nuestra carreta y he intentado hacer lo que me habían pedido..., pero..., pero... ahora será imposible.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Johanna.

Desesperado, el muchacho miró a su madre y murmuró:

—Porque nos han robado la carreta. No podré llevar a mi familia hasta Inverness e incumpliré mi promesa.

Al oír eso Johanna se sintió mal y pensó que debería haberlo ayudado cuando lo vio en el callejón.

—Te ayudaremos a recuperar la carreta —afirmó.

—Imposible —musitó aquel—. Los hombres que nos la han robado han dicho que iban a quemarla y...

—¿Sabes, Jéremie? —lo cortó Megan—. Ni mis hijas ni yo aceptamos la palabra *imposible*.

—No —convino Amanda.

—¡Nunca! —aseguró Johanna.

El muchacho las miraba sin dar crédito cuando Johanna pidió:

—Dinos dónde está la carreta.

Boquiabierto, Jéremie insistió:

—No quiero causaros problemas. Esos hombres son muy peligrosos y...

—Peligrosas somos nosotras. Tú tranquilo, dinos dónde dejasteis la carreta —se mofó Megan con seguridad.

Acto seguido Jéremie, ante la insistencia de su familia por saber lo que hablaba con aquellas, se lo explicó. Las mujeres, al oírlo, negaron rápidamente con la cabeza. A su manera les decían a Megan y sus hijas que no se les ocurriera, que era muy peligroso.

—Dile a tu familia que se tranquilice —intervino Megan dirigiéndose al muchacho—. Vamos

a intentar recuperar vuestra carreta, y en el caso de que no lo consigamos, veremos qué podemos hacer para que lleguéis a Inverness a coger ese barco y que cumplas tu promesa.

Jéremie lo tradujo, no podía creérselo. Su familia miraba a aquellas mujeres con cara de asombro, y entonces Johanna dijo:

—Y ahora llévanos hasta donde crees que está la carreta.

Capítulo 43

Finalmente, acompañadas por aquellos, las tres mujeres caminaron por aquel pueblo, al que la luz del día iba abandonando poco a poco. Una vez que llegaron a un callejón, vieron la carreta al fondo, y a sus pies a varios hombres sentados alrededor de una fogata.

—Cuento hasta cuatro —indicó Johanna.

—Cinco —repuso Amanda viendo a uno salir de la carreta.

Megan asintió. Eran cinco hombres y, por sus pintas, parecían ladrones. Malhechores escoceses que vivían de lo que robaban a otros. Y, mirando a Jéremie, indicó:

—Vosotros quedaos aquí.

—Pero, *madame*, debo ayudaros. Soy un guerrero.

—¿Sabes luchar?

El crío parpadeó y, divertida, Megan indicó:

—Dime la verdad. Siempre es importante.

El muchachito le sonrió con la mirada y, bajando la voz, confesó:

—Apenas sé sujetar una espada..., pero si pongo cara de fiero, creerán que soy un guerrero terrible.

Conmovida, Megan asintió. Entendía el pundonor del muchacho. Consciente de que debía incluirlo en su plan para que se sintiera útil, dijo:

—De acuerdo. Pero dile a tu familia que se quede donde está.

Rápidamente el muchacho habló con aquellas, que sollozaban preocupadas. Y Megan, acercándose a sus hijas y al muchacho, dijo mientras se sacaba la daga que llevaba en la bota:

—Jéremie, una espada no, pero coge con fuerza esta daga. Quédate detrás de mí y, si alguno se te acerca, defiéndete sin dudarlo, ¿entendido?

El muchacho asintió con cara de susto.

—Vuestro padre posiblemente nos matará cuando regresemos —añadió Megan dirigiéndose a sus hijas—, pero ahora recordad: ojos abiertos, decisión, dureza y seguridad.

—Sí, mamá.

Megan sonrió. Aquellas cuatro instrucciones eran las que Duncan y ella misma les habían enseñado a las muchachas ante situaciones como la que iban a vivir.

—Jéremie y yo iremos delante. Vosotras detrás —indicó.

Sin hablar más, aquellas se entendieron y, acto seguido, comenzaron a caminar por el callejón. Al verlas aparecer, los hombres que estaban al fondo se levantaron, y uno de ellos cuchicheó mirándolas:

—Bonitas y elegantes furcias hay en este pueblo...

Megan sonrió hasta detenerse delante de ellos.

—Vengo a recuperar la carreta y todo lo que hay en su interior —declaró.

Eso hizo soltar una risotada a los hombres, que se miraron divertidos.

—El crío es un gitano francés que tiembla como una hoja y vosotras solo sois tres mujeres —soltó uno de ellos—, ¿acaso os habéis vuelto locas?

—Soy un guerrero y las defenderé —afirmó el muchacho apretando la mandíbula.

Con una sonrisa, ellas lo miraron. Sabían que la seguridad que cada una de ellas tenía doblaba a la que podían tener aquellos maleantes.

—Locos sois vosotros por no salir corriendo —se mofó Johanna.

Los hombres se carcajearon del comentario. Johanna vio que el tipo que estaba más atrás se disponía a lanzar una daga y, sin pensarlo, se sacó la que llevaba en la cintura y se la lanzó directa a la clavícula.

—Cuatro —musitó Johanna entre los gritos de dolor del hombre.

—¡Estupendo! —afirmó Amanda.

Jéremie parpadeó tembloroso. ¿Cómo lo había hecho?

Rápidamente los maleantes sacaron sus espadas y Megan, poniendo al chico tras ella, declaró:

—Templa tus nervios, mira con fiereza y seguridad y te temerán.

El muchacho asintió mientras los hombres se acercaban a ellas y enseguida se enzarzaban todos en una pelea. Las espadas chocaban, todos se defendían con dureza; en un momento dado Johanna, que luchaba con dos, levantó la pierna derecha, le dio una patada en el estómago a uno de sus contrincantes y este cayó de culo. Al hacerlo, la espada escapó de sus manos, y gritó:

—Jéremie, cógela y pónsela en el cuello para que no se mueva.

El chico obedeció sin dudarlo. Puso la punta de la espada sobre aquel y, mirándolo con fiereza para darle miedo, masculló:

—Si te mueves, te la clavo.

Megan se tranquilizó al verlo. Mientras Jéremie hiciera eso, nadie lo heriría. Entonces reparó en el hombre que luchaba con ella. Era extremadamente torpe, y masculló divertida:

—¿Pretendes herirme de esa manera?

Horrorizado por lo experta que era la mujer con la espada, el tipo se apartó hacia atrás y, al hacerlo, chocó con Amanda, que cayó al suelo. Al ver a su hija, Megan se movió con rapidez y, arrancándole la espada a su contrincante de las manos, indicó:

—Si no quieres morir, más vale que te estés quietecito.

Amanda, que estaba en el suelo, se disponía a levantarse cuando su rival se le echó encima. Sin tiempo que perder, y con toda la dureza que pudo, subió la rodilla y esta fue a parar a la entrepierna de aquel, que comenzó a aullar de dolor.

—Uisss, *mademoiselle*, eso ha dolido —afirmó Jéremie al verlo.

La joven rio ante el comentario del muchacho y, mirando a su hermana luchar con el que quedaba, preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

Johanna, al ver a aquellas y al muchacho a salvo y a los hombres abatidos, sonrió, y, soltando un derechazo de esos que su tío Niall le había enseñado, tumbó al tipo que tenía delante. Cuando este cayó al suelo inconsciente, ella se tocó el puño dolorido y ensangrentado y sentenció:

—Como diría quien yo sé, ¡fin del asunto!

Jéremie las miraba boquiabierto, entre orgulloso y sobrecogido. Lo que aquellas tres mujeres habían hecho lo había dejado sin palabras. Megan se acercó al muchacho, le quitó la espada de las manos y, recuperando su daga, dijo tras darle un golpe al maleante para que no se moviera:

—Jéremie, dile a tu familia que volvéis a tener lo que os pertenece.

Una vez que él tradujo sus palabras, las mujeres y los niños corrieron a abrazarlas. La felicidad de volver a tener lo que era suyo y poder continuar su viaje no tenía precio. Estaban riendo por aquello cuando de pronto se oyó:

—¡Megan, Johanna y Amanda!

Nada más oír sus nombres, las tres mujeres maldijeron; sabían de quién era aquella voz. Al volverse, se encontraron con las caras de pocos amigos de Duncan, Alan, McPherson y algunos de los guerreros.

—Por san Ninian... —murmuró Gregory—, si es que hasta yo mismo las mataría.

Ellas sonrieron y Duncan siseó crispado:

—Borrad de inmediato esas sonrisas u os juro que lo vais a lamentar.

Rápidamente las tres dejaron de sonreír, y Megan, sin darle tiempo a nada más, se acercó a él seguida de sus hijas y le contó el porqué de la situación.

Duncan las escuchaba. Todo lo que aquellas le decían lo entendía, él también habría ayudado a aquellas personas. Pero, tenso por lo que podría haber pasado, preguntó:

—¿Por qué no habéis pedido ayuda?

—No había tiempo, papi —soltó Amanda.

Duncan la miró con dureza y ella rectificó:

—No había tiempo, *papá*.

Él asintió, pero de inmediato miró a McPherson y siseó enfadado:

—¿Dónde estabas, que no las has visto salir?

—Contigo..., ¿tú las has visto salir?

Duncan resopló y acto seguido inquirió mirando a su mujer:

—¿Por dónde habéis salido?

Megan y las chicas se miraron y sonrieron.

—No me digas que habéis salido por la ventana... —murmuró él.

Ella asintió y, de inmediato, su esposo exclamó:

—¡Por todos los santos, mujerrr! ¡Os voy a matar!

Intentando no reír por la situación, McPherson miró a su buen amigo y susurró tocándole el hombro:

—He de decirte que eso ya lo habías dicho.

Megan sonrió. El sentido del humor de Greg siempre le había gustado. Alan, al ver que el último atacante de Johanna se movía, se acercó a él y, cogiéndolo por el cuello, se aproximó a su cara y siseó:

—Si se te ocurre volver acercarte a ella, te mato.

Dicho esto, lo soltó y, con gesto fiero, regresó a donde estaba al tiempo que Amanda lo miraba y decía:

—Uisss..., ¡qué monoooo!

Enfadado con la situación, Alan la miró.

—Tú sí que estás mona con la boquita cerrada... —soltó.

La joven sonrió divertida, y Duncan, furioso, inquirió dirigiéndose al guerrero:

—¿Y tú dónde estabas? Estás aquí para protegerlas y...

—Nadie me ha avisado de que podían salir por la ventana —lo cortó Alan con seriedad.

El laird resopló. No era justo cargar contra aquel, que apenas las conocía; en ese momento McPherson indicó:

—Quedas avisado, muchacho.

Alan asintió incómodo. Duncan miró entonces a Megan y se disponía a reprenderla cuando Johanna, adelantándose, dijo mientras su hermana se agachaba para abrazar a una de las niñas gitanas, que había corrido hacia ella:

—Escucha, papá, cargamos con nuestra culpa y tu enfado, pero, por favor, tenemos que ayudar a que Jéremie lleve a su familia a Inverness.

El aludido miró al muchacho, que sonreía junto a una anciana, y bajando la voz repuso:

—Es un niño... ¿Cómo se va a ocupar de su familia?

Johanna asintió, entendía las palabras de Duncan, pero insistió:

—Se lo prometió a su padre y a sus tíos. Escucha, papi amoroso... Su gente está en Inverness, ellos los ayudarán. Pero su barco a las Órcadas sale dentro de unos días y...

—¡Sean! —llamó de pronto Alan. El aludido se puso a su lado y él añadió—: Diles a Godor, Amadeus y Chander que escolten a la familia de Jéremie hasta el puerto de Inverness, que se aseguren de que se reúnen allí con su gente y zarpan en el barco. Nosotros los esperaremos en Dornoch.

Sean se alejó enseguida, y Johanna, conmovida por su gesto, murmuró:

—Muchas gracias, Alan McGregor.

Él asintió con seriedad. Todo lo que tuviera que ver con la familia le tocaba directamente el corazón, y, mirándola, repuso:

—El muchacho merece poder cumplir su promesa. Pero eso no quita que opine como tu padre. Lo que habéis hecho ha sido una locura, y espero que no se repita.

Johanna sonrió. Y, cambiando la dulzura por el desafío, inquirió:

—¿Tú me vas a decir a mí que esto no se repita?

Alan, que vio el reto en su mirada, iba a contestar cuando Duncan afirmó:

—Por supuesto que te lo va a decir. Tiene mi beneplácito para hacerlo.

—Papá, pero ¿qué dices? —gruñó ella.

—Lo que oyes, Johanna —finalizó Duncan con sequedad.

—Papá, él no es nadie para...

—Él —la cortó Duncan— sigue mis órdenes, no las tuyas.

Johanna miró sorprendida a su madre, que con una señal le pidió que callara; después a su padre, y Alan, entregándole un pañuelo, dijo:

—Tápate las heridas de la mano hasta que puedas curarlas.

La joven, molesta, cogió el pañuelo de malos modos y, cuando iba a hablar, Alan siseó con voz tensa:

—En adelante cuida tus palabras al dirigirte a mí.

—No me das ningún miedo..., *niñero* —protestó Johanna.

—Tú a mí tampoco —replicó Alan.

Al oír eso, Duncan lo miró. Aquel guerrero cada vez le agradaba más.

—¿Quieres que matemos a estos sinvergüenzas? —preguntó entonces Amanda.

El laird los miró. Aquellos merecían morir por sus malas acciones, pero respondió:

—Dejémoslos. Ya les habéis dado su merecido. —Y, volviéndose hacia uno de sus guerreros, indicó—: Diles a Grant y a Marcus que acompañen a los hombres de Alan.

Una vez que aquel se marchó, Duncan miró a su mujer y a sus hijas.

—Despedíos de Jéremie y de su familia y regresemos a la posada.

Sin tiempo que perder, las tres mujeres lo hicieron, mientras Duncan, Alan y McPherson las observaban.

—Bonito detalle el tuyo, Alan —comentó Duncan al cabo—. Tanto con esa gente como con mi hija.

—Denota que tienes buen corazón, muchacho —convino McPherson.

Él, al oírlos, y todavía con el cuerpo alterado por lo que había presenciado, asintió y, antes de dar media vuelta, dijo:

—En la vida hay que ayudar. Y ahora, si no os importa, voy a hablar con mis hombres antes

de que partan.

Una vez que se alejó, McPherson cabeceó y musitó:

—Un hombre interesante ese McGregor.

—Mucho —afirmó Duncan mirando a sus amores.

Capítulo 44

A la mañana siguiente Johanna desayunaba con Amanda en el comedor de la posada. En otra de las mesas estaba Alan con Sean, su hombre de confianza.

—He vuelto a tener el sueño... —cuchicheó Amanda en un momento dado.

Johanna la miró.

—Como siempre —continuó ella—, he visto esos preciosos ojos grises.

Johanna asintió. La había oído hablar mil veces de aquel recurrente sueño y, tomando aire, iba a hablar cuando su hermana agregó:

—Si yo fuera tú, hablaría con él.

Johanna, que la noche anterior, en la cama, se había sincerado con ella en lo referente a Alan, repuso:

—¿Y qué le digo?

—Lo primero, no llamarlo «niñero».

—Amanda...

La aludida, a la que no le gustaba andarse por las ramas, indicó:

—Empieza disculpándote por tu comportamiento.

Johanna resopló.

—Y ya de paso le dices que sientes algo por él, y que como papá se entere de lo que ha pasado entre vosotros, lo va a matar.

—¡Amanda!

—Tata..., papá es papá.

Ella asintió. Si su padre se enteraba de lo ocurrido, se lo tomaría fatal. Consciente de lo que habían hablado la pasada noche, murmuró:

—Me gustaría llevarme bien con él.

—Pues hazlo. Solo has de sonreír en vez de gruñir y retarlo continuamente.

Johanna, que observaba a Alan con disimulo, se revolvió al ver que reía con una de las camareras.

—¿No crees que esa y él se miran y sonríen demasiado? —refunfuñó.

Amanda miró y asintió.

—Por sus gestos, yo diría que, además de mirarse y sonreírse, han hecho algo más.

—Tataaaaaa...

—Ay, Johanna, me has preguntado y yo solo te digo lo que veo.

Molesta por imaginar lo que su hermana decía, cuando la camarera se alejó dijo mirándola:

—La verdad es que es muy guapa.

—Lo es.

—Amandaaaaaa.

—¡¿Qué?!

Johanna miró a su hermana confundida.

—Deberías decir que yo soy más guapa que ella —replicó.

—¿Y desde cuándo te interesa a ti ser la más guapa? —preguntó divertida.

Johanna resopló. Su hermana tenía razón. Jamás en la vida se había preocupado por semejante banalidad.

—Por san Ninian —agregó Amanda—, hay que ver lo tontorrona que te está volviendo a ti el amor...

—Chisss, ¡cállate!

—Tranquila. Nadie me ha oído.

Entonces Johanna, a quien el corazón le iba a mil, al ver que Sean y Alan se levantaban y salían del comedor sin ni siquiera mirarlas, declaró:

—Creo que no voy a hablar con él.

Amanda parpadeó al oír eso. Se habían pasado la noche hablando de Alan, de atracción, de amor...

—Vamos a ver, hermana —cuchicheó—. ¿Quieres hacer el favor de aclararte?

Johanna resopló; aquello que le estaba pasando con Alan la tenía en un sinvivir. Se cubrió el rostro con las manos y susurró:

—Odio sentirme así porque siento que no controlo ni mi vida ni mis emociones.

Amanda sonrió. Y, tras tragar lo que tenía en la boca, declaró:

—Si enamorarse significa no controlar ni mi vida ni mis emociones, definitivamente, no quiero enamorarme.

Minutos después, cuando sus padres y McPherson bajaron al comedor, Amanda decidió subir a la habitación para acabar de preparar su equipaje. Era de las que siempre lo dejaban todo para él último minuto.

Johanna necesitaba que le diera el aire, así que salió a la calle. Se recogió el pelo en una coleta baja, y estaba sentada en un murete mirando hacia la herrería cuando oyó:

—¿Cómo va tu mano?

Al oír la voz de Alan se volvió. Encantada de que él se hubiera acercado a ella, le enseñó la mano derecha y dijo moviéndola:

—Rota no está.

Ambos se miraron, y él, recordando de pronto lo que le había visto hacer, preguntó:

—¿Quién te ha enseñado a golpear así?

Esa pregunta le hizo gracia a Johanna.

—El tío Niall —respondió—. Él nos ha enseñado a dar buenos derechazos y patadas a falta de una espada.

Ambos sonrieron por aquello, y Alan, sin sentarse a su lado, añadió:

—Lo que hicisteis ayer tu madre, tu hermana y tú fue una temeridad. ¿Y si hubiera salido algo mal?

—Imposible.

—¿Tan segura estás?

Ella se encogió de hombros.

—No sé cómo vuestro padre os permite actuar así —insistió él.

Divertida por aquello, la joven iba a decir uno de sus borderíos, pero, recordando lo que había hablado la noche anterior con su hermana, y dispuesta a enseñarle que, además de desafiante, podía ser dulce y cariñosa, repuso:

—A ver, Alan..., papá no nos permite hacer cosas así... Somos nosotras quienes lo hacemos porque nos nace.

—¿Porque os nace?

—Así es. Nos nace —aseguró ella.

—¿Y no os castiga?

Eso hizo que Johanna riera y luego musitara:

—De pequeñas nos castigaba si hacíamos algo incorrecto, y al final él lo pasaba peor que nosotras. No queríamos hablar del tema y eso lo sacaba de sus casillas. Además, cuando salíamos del castigo, estábamos tan enfadadas y frustradas que nos comportábamos peor.

Él asintió. Intentaba entender la clase de educación que les habían dado.

—Mi padre siempre nos ha querido libres en todo —continuó ella—. Para vivir, para expresarnos, para querer, para odiar. Para él es fundamental que seamos nosotras, siempre y cuando no perdamos la sensatez ni hagamos daño a nadie.

—¿Y lo de ayer no fue perder la sensatez?

—No. Lo de ayer fue ayudar a quien lo necesitaba. Y que esos maleantes terminaran con el culo escaldado fue lo menos que podía pasarles, pues sus malas acciones se merecían ser pagadas con malas reacciones.

Aquello sorprendió a Alan, y ella, con una dulzura que le estaba deshaciendo más y más el corazón a cada instante, indicó:

—Como siempre han dicho mis padres, cada acción conlleva una reacción.

Alan asintió, estaba totalmente de acuerdo con esa afirmación.

—Y tu acción de ayer, con respecto a que tus hombres acompañaran a Jéremie y su familia, se merece una bonita reacción, y por eso te di las gracias y te las vuelvo a dar —dijo Johanna a continuación—. Y aprovecho también para pedirte disculpas si en algún momento he sido algo desagradable.

Él cabeceó. La Johanna de esa mañana era diferente de la que conocía. De pronto su mirada había dejado de ser desafiante y era dulce, como su voz.

—Oye, Alan, me gustaría hablar contigo... —susurró ella entonces.

—¿Hablar conmigo de qué?

Acalorada por lo que estaba a punto de decir, ella se dio aire con la mano.

—Sé que en ocasiones no me he comportado bien contigo y desearía...

—¡Doriana! —dijo de pronto Alan cortándola.

La aludida, que era la camarera de la posada, rápidamente le sonrió. Y Alan, para escapar de Johanna, que lo estaba embriagando, indicó:

—He de despedirme de ella.

Johanna asintió despacio con la cabeza. Que prefiriera despedirse de esa camarera a escuchar lo que ella tenía que decirle era indicativo de muchas cosas. Así que volvió a su mirada retadora y contestó:

—Ve..., no pierdas un instante.

Alan dio un paso atrás. Tenerla tan cerca lo estaba volviendo loco. Consciente de que o hacía algo o al final la besaría, no lo pensó ni un segundo y, cuando vio salir de la posada a Doriana, la había llamado para terminar con el momento.

Johanna, al ver que se alejaba para ir hacia aquella, maldijo por dentro. Tras lo ocurrido el día anterior no había podido dejar de pensar en Alan. Su madre tenía razón. Ella solo mostraba su lado rudo y desafiante, cuando también era dulce y candorosa.

Pero no. Después de aquel desplante la vida le gritaba que no debía mostrarle ese lado a Alan, sino que simplemente debía olvidarse de él. Aquel acababa de demostrarle que Doriana era más importante que ella, por lo que, levantándose de donde estaba, caminó hacia su caballo y justo cuando estaba montando en él, Amanda salió y comentó al ver su gesto:

—Woooo..., se aproxima tormenta con el bonito día que hace.

Johanna la miró. Con un movimiento de los ojos le hizo entender dónde debía mirar, y Amanda, al ver a Alan y a aquella hablando apoyados en la pared, musitó:

—Si yo fuera tú, le arrancaba la cabeza.

—¿A él o a ella? —preguntó Johanna.

Amanda, que veía que aquellos tonteaban con la mirada y con sus movimientos, respondió:

—A los dos.

Johanna resopló con malestar y, bajando la voz, gruñó:

—He empezado a hablar con el Bicho, a ser sincera con él, y este, al ver a Doriana, ha preferido irse con ella antes que estar conmigo...

—¿Y cómo lo has permitido? —inquirió su hermana.

—¿Y qué querías que hiciera?

Amanda miró a aquellos y repuso:

—Pues, de entrada, diciéndole que, si se movía de donde estaba, lo rebanabas...

—Amanda...

—A ver, tata...

Pero Johanna, enfadada, dejó de mirar a Alan y a aquella mujer y sentenció:

—No quiero hablar más del niñero. En lo que a mí respecta, está totalmente olvidado. Fin del asunto.

Instantes después salieron de la posada Duncan, Megan y Greg McPherson. Como siempre, bromeaban, hasta que este último, al ver a Alan entretenido charlando con la camarera, señaló:

—En cierto modo, ese McGregor me recuerda a ti. Aún recuerdo que las mujeres se volvían locas al verte llegar.

Duncan asintió y Megan cuchicheó mirándolo:

—La verdad es que no lo entiendo, con lo feo que has sido siempre...

Eso hizo que Duncan sonriera.

—Pues fíjate que yo aún recuerdo la cantidad de hombres que se volvían locos por mí —añadió ella—. Es más, creo que en ocasiones algunos aún siguen volviéndose...

Su marido dejó de sonreír en el acto al oírla, y McPherson afirmó:

—En eso tiene razón Megan. Han pasado los años y continúa siendo una belleza que muchos quisieran atesorar.

Duncan refunfuñó. Era consciente de como todavía la miraban muchos hombres, algo que no soportaba.

—Para mi suerte, Megan es mi mujer, y el único que la atesora soy yo —gruñó.

Ella sonrió, McPherson también, e indicó mirando a Alan:

—Ese McGregor tiene opciones con respecto a las mujeres.

—Pues espero que sea listo y escoja su opción ideal —replicó Duncan.

Ambos hombres rieron por aquello y Megan refunfuñó mirándolos:

—¿Qué os pasa a los dos esta mañana, que estáis tan chistosos?

Ellos intercambiaron una mirada y luego McPherson contestó riendo:

—Ay, mamita amorosa..., si yo te contara.

Megan lo miró divertida y luego oyó a Duncan decir:

—¿Quién viene a caballo como alma que lleva el diablo?

Alan, al oír los cascos de un caballo al galope, se dio la vuelta y reconoció a Amadeus. Este llegó entonces hasta él y, bajándose del caballo, exclamó al ver que Duncan y McPherson se acercaban:

—¡Nos han atacado!

Alan se tensó.

—Los tipos que asaltaron la caravana avisaron a sus amigos —murmuró Amadeus dolorido y con sangre en la ropa—. Nos han rodeado y...

—Maldita sea —protestó McPherson.

Alan y Duncan se miraron. Sabían lo que venía a continuación, por lo que Duncan preguntó:

—¿Todos?

Amadeus asintió con pesar.

—Señor... Vuestro hombre, Marcus, está herido de flecha, pero se ha quedado acompañando al muchacho para no dejarlo solo mientras yo venía a avisar.

Horrorizados por lo que sus palabras daban a entender, tanto Alan como Duncan maldijeron. Sus hombres habían muerto junto a la familia gitana. Y Alan, mirando a Johanna, su madre y su hermana, que se acercaban sobre sus caballos, indagó:

—Ellas se acercan... ¿Qué les decimos?

—La verdad —afirmó Duncan.

—Pero eso les dolerá y...

—Es mejor una verdad dolorosa que una mentira inútil —aclaró McPherson.

—Alan —insistió Duncan—. La verdad solo duele una vez. La mentira, cada vez que se recuerda. Y ellas están acostumbradas a la verdad, por mucho que duela.

Él asintió con la cabeza y, cuando ellas se aproximaron, Megan exclamó al ver de aquella guisa a Amadeus:

—Por el amor de Dios... ¡¿Qué ha pasado?!

Este miró a Alan en busca de las palabras, y Johanna, entendiendo las miradas, dijo con un hilo de voz:

—Debemos darles sepultura.

Conmovido por la agilidad mental de su hija, Duncan la miró.

—Deberíamos haberlos matado —siseó Amanda.

—Pensar eso ya no sirve de nada, cariño —repuso Megan furiosa.

Todos se miraron en silencio, y Amadeus, dirigiéndose a Johanna, que lo observaba con una mirada inquietante, informó tocándose la herida del costado:

—*Milady*, Marcus, el hombre de vuestro padre, se ha quedado acompañando al muchacho.

Ella asintió con la cabeza, e iba a hablar para dirigirse a su padre cuando este asió su mano, se la apretó para infundirle valor y, levantando la voz, ordenó a sus hombres:

—Partimos de inmediato.

Capítulo 45

En silencio y con gesto serio, todos cabalgaron hasta el lugar a donde los condujo Amadeus. Cuando llegaron y vieron los cuerpos sin vida de aquellas mujeres y aquellos niños inocentes, a Johanna se le revolvió el estómago.

—Malditos... —siseó su hermana sobrecogida—. ¿Cómo han podido?

Horrorizados, todos contemplaron la masacre que allí había tenido lugar. Los malhechores se habían cebado en las mujeres y los niños.

Al ver la expresión de Johanna, Alan se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

La joven asintió, aunque la realidad era muy diferente. A lo largo de su vida había visto varios muertos, eso no la asustaba, pero jamás había presenciado una matanza tan atroz en la que hubiera niños implicados.

Duncan detuvo entonces su caballo junto al de su hija, miró a Rob, uno de sus guerreros, y ordenó:

—Diles a los demás que comiencen a cavar.

Los guerreros desmontaron y empezaron a hacer lo que su señor les había pedido en silencio, pero entonces Amadeus dijo:

—He dejado a Marcus con el muchacho tras aquel árbol.

Johanna miró hacia allí y Megan indicó acercándose a ella:

—Iré yo.

—No. Iré yo —reclamó Johanna.

Sus padres se miraron, aquello no iba a ser agradable para la joven; entonces McPherson intervino:

—Mi vida, es mejor que vaya tu madre.

Pero Johanna negó con la cabeza. Quería ir ella. Y Duncan, entendiéndola, señaló:

—Ve, Johanna. Alan, acompáñala.

—No necesito al niñero.

Alan se molestó, pero no era momento de sentirse ofendido, sino de ayudar.

—Iré contigo, lo quieras o no —insistió.

La joven lo miró. En sus ojos Alan vio infinidad de emociones que él desconocía. Y esta, sin añadir nada más, se dirigió hacia aquellos en su caballo, seguida por Alan.

Megan, preocupada por su hija, miró a Duncan y, cuando iba a hablar, este dijo:

—Sabrá lidiar con ello. Tú y yo la hemos enseñado.

Entendiéndolo, ella asintió y volvió la mirada hacia Amanda. Al distinguir el horror en sus ojos mientras contemplaba a aquellos niños muertos, se disponía a hablar cuando Duncan, observando lo mismo que su mujer, la llamó:

—Amanda.

Ella se volvió. En su rostro Duncan vio el mismo desconcierto que había visto en el de Johanna y, conmovido porque aquellas tuvieran que enfrentarse a algo así, se acercó con cariño a

su hija y, tras apearse del caballo, la cogió de la mano.

—Recuerda, cariño: aceptar la vida significa aceptar también la muerte.

Amanda asintió. Sus padres siempre habían sido claros con respecto a ese tema, y tomando aire dijo:

—Cojamos las mantas que llevamos para envolverlos y darles sepultura.

Duncan afirmó con la cabeza y, con mimo, pasó las manos por sus hombros y la abrazó.

No muy lejos de ellos, Johanna se acercaba en su caballo a Marcus y a Jéremie, y al verlos jadeó. Apoyado en el árbol, y con una flecha atravesada en el hombro, Marcus la miraba, mientras que Jéremie, con varias flechas clavadas en el torso, estaba tumbado sobre sus piernas. Ambos seguían vivos. La joven, tras mirar a Alan, se volvió y llamó a su madre. Ella sabría qué hacer.

Con diligencia, al entender los gestos que su hija le hacía con las manos, Megan clavó los talones en su caballo y fue hacia allí.

—Por san Fergus... —murmuró al llegar y ver la escena.

Con apremio, todos desmontaron y Megan, cogiendo su talega de medicinas, se acercó a los heridos. De inmediato miró con tristeza al pequeño, que respiraba con dificultad.

—Te curaré —dijo entonces dirigiéndose a Marcus— o Sandina, tu mujer, no me lo perdonará.

El hombre sonrió como pudo, pero señaló al chiquillo.

—Atendedlo primero a él, mi señora —exigió.

Megan miró de nuevo al muchacho. Las heridas que tenía le indicaban que nada de lo que hiciera podría salvarle la vida, por lo que, tomando aire, indicó:

—Alan, hay que mover a Marcus hasta aquella piedra y necesito fuego. Voy a extraerle la flecha, el fuego me ayudará a cauterizar la herida para que no se infecte.

Alan asintió y Johanna, con un hilo de voz, señaló:

—Yo me quedaré con Jéremie.

Acto seguido Alan y otro de sus hombres movieron con cuidado a Marcus. Al hacerlo, Johanna ocupó de inmediato el sitio de aquel para estar con Jéremie, y Megan, mirando a su hija, indicó:

—Acompáñalo, y no olvides que no es un adiós, sino un hasta pronto.

Johanna asintió con la cabeza y, cuando su madre se alejó con Alan, clavó los ojos en el muchacho, que dormitaba. Tenía un aspecto horrible. Estaba pálido, sudoroso, y unas espantosas ojeras negras se habían instalado bajo sus ojos. Aquel chiquillo nada tenía que ver con el muchacho pizpireto de ojos curiosos y sonrisa encantadora.

Durante un buen rato Johanna lo observó en silencio, hasta que este los abrió y, al verla, murmuró:

—*Mademoiselle*...

Conteniendo su pena, Johanna sonrió, y Jéremie, con su particular acento francés, musitó en gaélico:

—Lo intenté... Intenté llegar a...

No pudo decir más y Johanna, conteniendo su llanto, dijo:

—Luchaste por conseguirlo. Cumpliste tu promesa de intentarlo. Y eso te hace un gran guerrero en mi tierra, en la tuya y en cualquier otra. Tu padre y tus tíos estarán muy orgullosos de ti.

Con la mirada perdida, el chiquillo asintió y, sin ver nada, preguntó:

—¿Y mi familia?

Johanna, que veía que su hermana lloraba arrodillada junto a uno de los niños muertos y lo tapaba con una manta, respondió:

—La mía se está ocupando de ellos.

Jéremie y ella se miraron y este, jadeando por el dolor, cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos preguntó:

—Me estoy muriendo, ¿verdad?

Johanna no supo qué responder. Jéremie era un niño, solo tenía once añitos. ¿Cómo decirle la verdad? Y este, sin apartar los ojos de ella, susurró entonces:

—Vuestra madre me..., me dijo que decir la verdad... siempre es importante.

Johanna cerró los ojos y, al abrirlos y ver que la miraba, declaró:

—Sí, cielo. Te estás muriendo.

Jéremie asintió y, con una madurez y una templanza que asombraron a Johanna, repuso:

—Si morir es reencontrarme con los míos, me alegro de hacerlo.

El nudo de emociones que Johanna sentía le quería explotar en la garganta. Ella no era de llorar. No era de demostrar ese sentimiento tan vulnerable ante todos, pero lo que estaba viviendo le estaba pellizcando directamente el corazón. Aun así, tragó saliva y aguantó, y cuando vio que el niño se llevaba la mano al cuello porque se ahogaba susurró:

—Tranquilo, cariño.

—*Mademoiselle*...

—Prometo que buscaré y te traeré la sangre de quienes han hecho esto.

Un calor terrible le corría a Johanna por el cuerpo; la pena, la tristeza, las ganas de llorar le estaban partiendo el alma. Entonces vio a Alan acercarse.

En ese preciso instante el chico jadeó. Era un jadeo de angustia, dolor, ahogo. Las heridas internas lo atormentaban. Y Alan, agachándose junto a la joven, murmuró al ver sus ojos brillantes:

—¿Quieres que me quede yo con él?

—No —respondió ella tomando aire.

Alan asintió y Johanna, no queriendo que lo último que viera Jéremie antes de morir fuera a ella llorando, cogió aire y dijo recordando algo:

—¿Sabes, Jéremie? Me dijiste que, para alejar el dolor y atraer la paz, en tu pueblo se canta mientras se trazan círculos de vida en la frente, ¿verdad?

—Sí.

—Pues te voy a cantar una canción.

—*Mademoiselle*..., me encantará —afirmó aquel temblando.

Johanna pensó. Pero estaba tan nerviosa, tan alterada, que no se le ocurría ninguna canción; sin embargo, Alan comenzó a entonar una típica canción que hablaba de los bonitos y verdes valles de Escocia y, agradecida, ella lo siguió.

Jéremie abrió los ojos como pudo al oírlos y musitó:

—Gracias...

Tragando el nudo de emociones, Johanna siguió cantando mientras le hacía circulitos en la frente, hasta que el chiquillo exhaló su último aliento y murió. A ambos les partió el corazón ver aquello. Alan le cerró entonces los ojos con la mano y Johanna, besando la cabeza del muchacho, dijo sin contener ya las lágrimas:

—Apenas te conocía, Jéremie, pero eres un guerrero y siempre estarás en mi corazón... Te he hecho una promesa que tú no me habías pedido, y no pararé hasta cumplirla por ti y por mi honor.

Alan la miró conmovido; verla llorar era lo último que esperaba. Tras indicarles a dos hombres que cogieran con cuidado el cuerpo del muchacho y lo colocaran sobre una manta, cuando estos lo hicieron y se lo llevaron, se volvió hacia Johanna y le tendió una mano, que ella aceptó.

Al levantarse del suelo, la joven lloraba. La furia, la pena y la rabia podían con ella.

—Solo era un niño intentando ser un hombre para proteger a su familia... —comentó entre sollozos.

—Johanna...

—No es justo. ¡No lo es!

—Lo sé, mi cielo..., no lo es.

Cuando Alan dijo aquello, ella lo miró a los ojos. Un calor tremendo los embargó, y él murmuró conteniendo sus impulsos:

—Necesito que te tranquilices, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Cerró los párpados y durante unos segundos trató de normalizar su respiración. Al abrirlos de nuevo, lo miró con los ojos cargados de lágrimas y siseó:

—Te juro que voy a encontrar a quienes lo han hecho y los voy a matar.

Alan la abrazó sin pensarlo. Al hacerlo, recordó que sus padres estaban cerca y podían verlos. Comprobó que estaban hablando, dio un paso a un lado y se ocultó a medias con Johanna tras el árbol.

No muy lejos de ellos Megan y Duncan hablaban de lo sucedido; de pronto él, levantando la vista del suelo, cambió el gesto. Megan, al verlo, siguió la dirección de su mirada y, al distinguir que Alan y Johanna estaban abrazados semiocultos por un árbol, cuchicheó:

—Madre mía...

—¡¿Madre mía?! —siseó su marido.

Megan asintió con tranquilidad; tarde o temprano Duncan tenía que darse cuenta de aquello. Posó una mano sobre su brazo y dijo para que la mirara:

—A ver, cariño, creo que...

—Ahora no —la cortó él apretando la mandíbula—. Pero ya hablaremos cuando estemos a solas.

Megan tomó aire y asintió. Que su marido se enterara de aquella forma de lo que su hija sentía podía ser un desastre.

Segundos después Johanna llegó hasta ellos seguida por Alan y anunció mirando a su padre:

—Le he prometido a Jéremie que encontraría a quienes han hecho esto para matarlos, y me da igual lo que tú pienses o no. Voy a buscarlos y a cumplir mi promesa.

Duncan miró a su hija. Sabía que no podría detenerla, sus lágrimas y sus palabras lo conmovían. Miró a su mujer, que sin duda protestaría, e indicó:

—Alan, Johanna y yo, junto a seis hombres más, iremos a buscar a esos malhechores. El resto de los guerreros se quedarán aquí contigo, Amanda y McPherson, para terminar de enterrar a la familia de Jéremie. Cuando acabéis, regresad a la posada donde dormimos anoche y esperadnos allí.

Megan, sorprendida porque su marido no dijera nada de lo que acababa de ver, asintió en señal de conformidad.

—¿No tienes nada que objetar? —preguntó Duncan extrañado.

Ella se apresuró a negar con la cabeza, no era el momento de contradecirlo. Y, mirando a su hija y a Alan, que iban hacia sus caballos, aseguró:

—Absolutamente nada.

Duncan asintió. Sabia decisión.

Tras darle un rápido beso en los labios, se subió a su caballo y, junto a su hija, Alan y varios de los hombres, desapareció al galope.

Capítulo 46

Fue fácil encontrar a los autores de aquella masacre. Duncan y sus hombres rápidamente les dieron caza, y Alan pudo ver de primera mano que padre e hija, con la misma mirada y contundencia para todo, se hacían con aquellos villanos para matarlos uno a uno sin piedad.

Desde donde estaba, Alan observó a Johanna, una mujer que, si había creído que era osada cuando lo retaba con sus palabras, era implacable e infalible en el acto de la guerra. Su manera de montar a caballo y su seguridad a la hora de empuñar la espada le demostraron lo bien que la habían enseñado sus padres, y entonces comprendió que ella no solo era una mujer, sino también una magnífica guerrera.

Esa noche, antes de regresar a la posada, el grupo pasó por donde estaban los cuerpos sepultados de la familia gitana. En silencio, y desde sus caballos, observaron las cruces de madera y Johanna supo que Amanda se había encargado de poner sus nombres. Ver aquello le gustó; sus padres siempre les habían dicho que las buenas personas se merecían sepulturas con sus nombres. Miró a su padre, e iba a hablar cuando este terció:

—Me agrada lo que ha hecho tu hermana.

Johanna asintió y, acto seguido, se bajó del caballo.

—Ahora regreso —dijo.

Duncan asintió con tristeza y, mirando a su hija, que iba sucia y ensangrentada, contestó:

—No tardes. Tu madre y tu hermana estarán intranquilas.

—Solo será un instante —aseguró ella.

Cuando se alejó, Alan acercó su caballo al de Duncan.

—¿Adónde va? —le preguntó.

—A terminar de cumplir su promesa.

Alan no lo había entendido bien, pero asintió mientras la veía aproximarse a una tumba y detenerse.

Todavía conmovido por lo que había visto esa tarde, al percatarse de que Duncan lo observaba, se volvió hacia él y dijo:

—¿Ocurre algo?

El laird tomó aire. Ocurrían muchas cosas, pero negó con la cabeza.

—No solo tenéis los mismos ojos y la misma mirada intimidante, sino que, además, cuando lucháis lo hacéis con un arrojo aterrador —comentó entonces Alan.

Duncan le daba la razón. Johanna se parecía a él más de lo que muchos creían.

—¿Mi hija y yo te damos miedo? —preguntó.

El guerrero, que no entendía por qué aquel lo miraba de ese modo, respondió:

—Miedo no, pero sí respeto.

El hombre asintió. Le gustara o no, las respuestas que a menudo Alan McGregor le daba lo complacían. Retiró la mirada de él para no intimidarlo más y declaró:

—El respeto es algo fundamental en la vida.

No muy lejos de ellos Johanna vio el nombre de Jéremie en una de las cruces. Saber que bajo

aquella tierra estaba el cuerpo sin vida de aquel buen muchacho la hizo cerrar los ojos.

—Como te prometí, quienes os hicieron esto lo han pagado con su vida —dijo.

Acto seguido los abrió de nuevo, se sacó del bolsillo de la sucia capa que llevaba un recipiente de cristal y declaró destapándolo:

—Aquí tienes su sangre.

Johanna vació el recipiente de sangre de aquellos que ella misma se había encargado de recoger sobre la tumba del chiquillo y, una vez que terminó, desenvainó su espada. Acto seguido la clavó sobre la sangre y, poniendo las manos bajo su empuñadura, con la misma mirada intimidatoria que su padre adoptaba cuando hacía aquello, declaró:

—La sangre con sangre se paga. Para morir nacemos. Descansa en paz, Jéremie el francés.

Dicho esto, sacó la espada de la tierra, se la guardó en el cinto y, tras dar media vuelta, caminó hasta aquellos que la esperaban para montar luego en silencio y emprender todos juntos el regreso a la posada.

Capítulo 47

Al llegar, Megan, Amanda y McPherson los estaban esperando fuera. La intranquilidad se había apoderado de ellos al comprobar que la noche había caído, pero al verlos llegar los tres suspiraron de alivio.

Una vez que los recién llegados bajaron de sus caballos y los guerreros se los llevaron, Megan se acercó a su hija y preguntó viendo su mal aspecto:

—¿Estás bien, cariño?

Johanna asintió y, tras recibir el abrazo cariñoso de su madre, Amanda le reprochó:

—Podrías haberme avisado para que fuera con vosotros.

Ella se encogió de hombros y Megan indicó mirando a su hija mayor:

—Necesitas un baño. Vamos, sube a la habitación. Allí te espera una bañera de agua caliente.

Johanna asintió evitando mirar a Alan.

—Voy a darme ese baño —contestó.

Con seguridad se dio la vuelta y se metió en la posada. El momento de debilidad que había tenido con él ahora la inquietaba. Se había mostrado vulnerable.

En la calle, el grupo hablaba cuando Megan señaló:

—Duncan y Alan, en vuestras habitaciones también tenéis unas bañeras esperándoos. Por cierto, cariño, Marcus se encuentra bien. —Y, mirando a Alan, añadió—: En cuanto a Amadeus, me he encargado de sus heridas y está descansando, aunque ya le he dado unas pautas que seguir.

Alan sonrió y como necesitaba hablar con Johanna, dijo caminando hacia la posada:

—Gracias.

Todos lo miraron en silencio y cuando Duncan fue a moverse, Megan le impidió el paso.

En el interior de la posada, Alan subía los escalones de tres en tres. Cuando vio a Johanna casi entrando en su habitación corrió hacia ella y, agarrándole la mano para pararla, preguntó:

—¿Estás bien?

La joven tomó aire. Pero no podía olvidar su momento de debilidad, y repuso mirándolo:

—Oye, en cuanto a lo de esta tarde, yo...

—¿Te refieres a cuando has llorado?

Ella asintió inquieta, y Alan declaró con normalidad:

—Yo también lloro cuando las cosas me duelen. Llorar no demuestra ni menos bravura ni menos hombría. Por tanto, no hay por qué avergonzarse.

Conmovida por sus palabras, ella parpadeó.

—No me has respondido si estás bien o no... —insistió él.

La joven afirmó con la cabeza, y Alan, acercándose más a ella, murmuró:

—Eres mi cielo...

El deseo irrefrenable de besarse que sentían se acrecentaba más y más a cada instante; no hacerlo se estaba convirtiendo en una agonía para ellos. Cuando sus labios se juntaron y el placer comenzó a invadirlos, Johanna se separó de él y musitó:

—No sé qué estamos haciendo. No sé por qué me has llamado «mi cielo», pero sí sé que me

gusta oírlo.

Él sonrió. Con mimo, retiró un mechón de su cabello y susurró:

—Más me gusta a mí llamártelo.

Estaban sonriéndose por aquello cuando oyeron la voz de Amanda, que decía:

—Ejem..., ejem... Vienen los Halcones... Si no queréis que rueden cabezas, ya podéis separaros.

Ambos lo hicieron con rapidez. Y, acalorada y desconcertada, Johanna preguntó:

—¿Por qué me has besado?

—¿Acaso tú no me has besado a mí?

De nuevo volvían a mirarse con desafío cuando esta insistió:

—Te has aprovechado de mi debilidad.

—Pero ¿qué estás diciendo? —protestó Alan.

Los tres se quedaron en silencio, hasta que Amanda, viendo aquello, y ante la inminente llegada de sus padres y McPherson, iba a hablar cuando Alan, molesto por el modo en que lo miraba Johanna, declaró:

—Si te he besado es porque ambos lo deseábamos.

—Mira, McGregor —lo cortó ella mirándolo con bravura—. Algo me dice que tú besas con mucha facilidad. Por tanto, olvídate de que existo y besa a quien quieras menos a mí.

Él asintió boquiabierto. Aquella mujer lo estaba volviendo loco con sus cambios de humor.

—¡Ya estamos! —siseó.

—¡Ya estamos, ¿qué?! —gruñó Johanna.

Alan tomó aire. Aquella mujer era muy difícil.

—Eres insufrible —musitó.

—Dijo el *niñero*...

Oír de nuevo ese calificativo molestó a Alan. Johanna lo utilizaba para ofenderlo, para enfadarlo.

—Los niñeros son para los niños —respondió él con rabia—. Y eso es lo que eres tú. Una maldita niña maleducada y consentida a la que no veo el momento de perder de vista.

Cada vez más enfadada, Johanna soltó:

—Puedes perderme de vista en este momento. Te das la vuelta, te marchas y...

—Cuatrocientas ovejas me impiden hacerlo —la cortó él.

Ofendida por aquello, pensó qué contestar, pero este se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Iba maldiciendo hacia la puerta de su habitación cuando de pronto apareció Doriana, la camarera. Esta, al verlo de aquella guisa, rápidamente le tocó el brazo y se preocupó, y Alan, olvidándose de Johanna, comenzó a hablar con ella.

Desde la puerta de su habitación las chicas observaban la escena cuando Amanda, viendo el gesto de su hermana, murmuró:

—Tú solita te lo buscas.

—Pero ¿qué dices? —gruñó Johanna.

—Si a mí me trataras como lo tratas a él, te aseguro que lo ibas a lamentar.

—No digas tonterías.

Amanda no contestó. Y cuando vio que su hermana endurecía la mirada al oír a aquellos reír, cuchicheó:

—No es el momento de arrancarles la cabeza.

Johanna resopló. Su hermana tenía razón.

—Voy a bañarme —siseó entrando en la habitación.

Capítulo 48

Duncan y Megan subieron a su cuarto y, una vez que entraron, cuando el guerrero dejó su espada sobre la cama su esposa preguntó:

—¿Qué tal Johanna?

Con tranquilidad, él le contó todo lo ocurrido mientras se quitaba la ropa y Megan lo observaba sentada en la cama. Habían pasado muchos años desde la primera vez que aquel se había desnudado ante ella, pero verlo seguía sorprendiéndola y excitándola. Duncan era un hombre maduro apuesto y gallardo, y cuando este se metió en la bañera, ella se levantó de la cama, se acercó hasta él y, cogiendo una esponja, se la tiró y preguntó:

—¿Puedo bañarme contigo?

—Por supuesto que sí —afirmó él.

Con una sonrisa Megan se desnudó. Ya sabía que su marido la miraría con deseo, y cuando se metió en la bañera y se posicionó frente a él, Duncan preguntó mirándola:

—¿A qué se debe esa lejanía?

—Mmmm..., ¿me quieres más cerca?

—Siempre.

Megan se mordió el labio inferior y sonrió. Lo conocía. Sabía que su marido estaba dándole vueltas en la cabeza a lo que había visto entre Johanna y Alan, y estaba esperando su ataque cuando aquel soltó:

—¿Realmente me ves tan tonto?

—¿Por qué dices eso?

Duncan sonrió. Apoyó la nuca en la bañera y susurró:

—¿Acaso crees que no me he dado cuenta de cómo Johanna mira a Alan McGregor?

Megan no dijo nada. A partir de ese instante, conociendo a Duncan, temblaría Escocia.

—También me di cuenta de que, cuando llegaron a Eilean Donan, solo ellos tenían ciertas pústulas en la piel, no paran de retarse con la mirada y las palabras, y curiosamente Alan dice una determinada frase que le he oído decir a nuestra hija —añadió este.

—«Fin del asunto» —indicó Megan.

Duncan asintió. Sabía que Megan se había percatado también.

—¿Por qué no me habías hablado de ello? —preguntó.

Ella cogió la esponja, se acercó a Duncan y, sentándose sobre él a horcajadas, se la pasó por los hombros y explicó:

—Porque hablar contigo de hombres y nuestras hijas nunca es acertado. Y porque Johanna tan pronto dice que le agrada como que no. No hay quien la entienda.

Duncan asintió. Durante unos instantes disfrutó de que su mujer lo aseara con la esponja, y luego dijo:

—¿En serio no te has dado cuenta de que Alan está loco por Johanna?

Megan parpadeó asombrada y, deteniendo la mano con la esponja, cuchicheó:

—Pero si ni la mira, la ensalza ni le ríe las gracias. Es un antipático con ella, como ella lo es

con él.

Duncan sonrió y, rodeando con los brazos el cuerpo de su mujer, musitó:

—¿Acaso yo te reía las gracias y te ensalzaba cuando me fijé en ti, o hacía todo lo contrario?

Megan parpadeó. Ahora que lo decía, llevaba razón.

—¿Recuerdas cuando te llevé a la fortaleza de McPherson y te hice dormir en el suelo para dormir yo en la cama? —añadió él amoroso.

Eso la hizo sonreír, y aquel prosiguió mientras colocaba su duro y húmedo pene en la entrada de la vagina de su mujer:

—Pues la verdad, mi querida impaciente, era que me moría por tenerte desnuda en mi cama para mimarte, besarte y cuidarte, pero yo mismo me negaba a reconocerlo.

Acalorada y tremendamente excitada, Megan besó a su marido. Por un momento se olvidaron de lo que hablaban y se dedicaron al placer de los cuerpos. En ese instante y dentro de esa bañera que se desbordaba por los costados solo existían ellos dos. Únicamente ellos. Y cuando el clímax los alcanzó y dejaron de desbordar la bañera, Duncan miró a su preciosa esposa, volvió a besarla y susurró:

—Eres el amor de mi vida.

—Y tú el de la mía —afirmó ella.

Con mimo, ambos se abrazaron en la bañera.

—Johanna tan pronto lo odia como lo desea —comentó Megan acto seguido.

—¿Acaso no hubo momentos en los que tú me odiaste a mí?

—La repatea que sea su niñero.

—Lo sé. Por eso lo es.

—¿Tanto te gusta ese McGregor?

Duncan asintió con la cabeza, pero matizó:

—Me gusta para que se conozcan.

—¿Y si desean casarse?

A él le cambió la expresión y se apresuró a responder:

—Yo no hablo de boda. Eso es otra cosa.

—¡Duncan!

—De momento, que se conozcan. Lo otro, con tiempo, ya se vería.

Megan sonrió. Viéndolo desde esa óptica, las cosas cambiaban.

—¿Crees que deberíamos hacer algo por Alan y Johanna? —preguntó, porque quería ayudarlos.

—No.

—Pero, Duncan...

—Megan —la interrumpió—, es su vida. Por primera vez Johanna se ha fijado en un hombre, y hemos de permitir que ella decida si es Alan o es otro.

—¿Y si ese alguien al que elige es Cristopher Watson?

—No.

—Pero, Duncan, estás diciendo que...

—¡Por encima de mi cadáver!

Megan sonrió y él añadió:

—Aunque me está costando hacerme el tonto delante de ti y de todos, me lo hago porque no quiero interferir. Pese a que McPherson me caló enseguida...

Ella rio y Duncan apostilló:

—Por eso esta mañana estábamos «chistosos», como has dicho tú...

—Pero ¿cómo has podido engañarme a mí?

Él la besó y, acto seguido, afirmó:

—Porque para despistar, mamita amorosa, hay que actuar como no se espera.

Divertida y sorprendida, Megan sonrió de nuevo. Y Duncan, mirándola con aquellos preciosos ojos verdes, declaró:

—Ese McGregor es un guerrero valiente, honorable y noble. Es serio y trabajador, tiene valores, sabe respetar y posee una paciencia infinita. Y todo eso ya lo sabía antes de que apareciera en Eilean Donan. Alan cree que me está engañando. Pero al primero que se está engañando es a sí mismo, como me ocurrió a mí en su momento. Y si se lo disculpo es porque sé que, si Johanna le da la oportunidad, él sabrá quererla y respetarla como se merece, aunque en ocasiones lo saque de sus casillas y quiera matarla.

Ambos rieron y Megan, sorprendida por todo lo que su esposo había estado callando, cuchicheó:

—Y sabiendo todo eso ¿por qué no me lo habías comentado?

—Porque esperaba que tú me lo comentaras a mí.

Emocionada por el modo en que Duncan hablaba siempre de sentimientos, ella lo miró con ternura.

—Si le ofrecí las cuatrocientas ovejas a Alan —dijo él— fue...

—Eso Johanna se lo ha tomado como un tremendo agravio.

Duncan rio, lo sabía.

—Pues lo hice para retenerlo... —afirmó—. ¿O acaso crees que yo necesito ayuda para proteger a mis hijas?

—Pero tú dijiste que Myles y Ewen...

—Cariño —la interrumpió—, si dije que eran mayores y estaban agotados fue para hacer creer a Alan que lo necesitaba. Myles y Ewen son perfectamente capaces de custodiarlas tanto o mejor que yo. Pero, ¿sabes?, ellos fueron los primeros que me hablaron de Alan McGregor. Su énfasis al recalcarme que era de fiar porque ni las miraba fue lo que hizo que me fijara en él, y entonces me di cuenta de lo que pasaba.

—Pero ¿esto lo has hablado con Myles y Ewen?

—No, pero lo hablaré. Sé que, aunque no me han dicho nada, están molestos por no haber contado con ellos para este viaje.

Megan soltó una risotada, y, recordando algo, indicó acariciando con mimo el cabello de su marido:

—¿Sabes que ella lo llama «Bicho» y él a ella... «Bicha»?

Duncan soltó una carcajada y se acercó más a su mujer.

—Cariño —susurró a continuación—, necesito pedirte algo.

—Tú dirás.

Duncan asintió y luego dijo mirándola con seriedad:

—Aunque nos cueste, en especial a mí, mantengámonos por primera vez al margen en lo que al corazón de Johanna respecta.

Megan se rio a carcajadas. Aquello iba a ser divertido.

Capítulo 49

Por fortuna, al día siguiente, tras partir de la posada, la tristeza de las muchachas por lo sucedido parecía haber quedado atrás, aunque en realidad esta siempre las acompañaría en sus corazones.

Durante el camino Johanna cabalgó junto a su padre mientras McPherson, como de costumbre, las hacía sonreír a ella y a su hermana. A pesar de su aparente dureza, aquel hombre se deshacía con las muchachas, y eso a Alan le agradaba tanto como a sus padres.

Desde la distancia, el guerrero los observaba. Aquellos, todos juntos, formaban una bonita familia, una que desde luego no era para él. Y estaba pensando en ello cuando Rob, uno de los hombres de Duncan, comentó tras acercársele:

—Cuatrocientas ovejas es una buena cantidad que tener en cuenta.

—Sin duda —afirmó Alan—. Por eso estoy aquí.

Mientras Rob le hablaba y le aconsejaba sobre el cuidado de estas, él no perdía de vista a Johanna. Esa mañana, al verse en el desayuno, ni ella se había acercado a él, ni él a ella. Lo ocurrido la noche anterior de nuevo había vuelto a distanciarlos, y cuando apareció Doriana, Alan le prestó toda su atención sin dudarlo. ¿Por qué no?

Por su parte, Johanna, al verlo entrar en el comedor, lo ignoró. Pero, instantes después, cuando vio a Doriana acercarse a él para ofrecerle sus servicios, se tensó. Solo había que ver la mirada de la camarera para comprender qué otros servicios le ofrecía.

Pero ¿qué le ocurría? ¿Por qué se alejaba de Alan y, al ver que otra se acercaba a él, se ponía nerviosa?

Estaba pensando en todo aquello mientras cabalgaba cuando oyó:

—¿Qué piensas?

Al oír la voz de su madre, Johanna la miró y se encogió de hombros.

—Nada especial.

—Pues por tu mirada parecías querer matar a algún *bicho*...

Ella sonrió y, bajando la voz, dijo:

—Mamáááá.

—Hijaaa.

Confundida, Johanna resopló. Los sentimientos la estaban volviendo loca.

—Lo odio —declaró.

—¿Por qué dices eso?

Ella volvió a encogerse de hombros y, recordando a Doriana y a Irina, cuchicheó:

—Porque es un picaflor.

Megan sonrió.

—Tu padre también era así hasta que me conoció —repuso.

—Mamá, papá es diferente.

—Cielo, es diferente para ti porque es tu padre. Sin embargo, cuando yo lo conocí era tan extraño para mí como el Bicho lo es para ti. Pero ¿sabes? A pesar de todas mis reticencias iniciales a tener algo con él, cuando me arriesgué a conocerlo, me di cuenta de que él era todo lo

que yo quería y...

—Pero ¿cómo puedes arriesgarte a abrir tu corazón a alguien a quien no conoces?

Megan asintió. Entendía la desconfianza de su hija.

—Encontrar a tu compañero de vida no es fácil, pero quien no arriesga no gana. Tu padre y yo nos arriesgamos y ganamos, aunque también me consta que no todo el que arriesga en el amor sale victorioso.

Con disimulo, Johanna miró hacia atrás. Alan seguía hablando con Rob. Estaba guapísimo cuando sonreía.

—Definitivamente, no voy a arriesgar —soltó volviéndose.

—¿No merece la pena?

—No, no lo merece —afirmó la muchacha autoconvenciéndose.

Megan asintió y, sin querer revelarle lo que había hablado con Duncan, declaró:

—Si esa es tu decisión, no se hable más.

Johanna sonrió satisfecha de que su madre lo entendiera.

—Las cosas, cuando no se ven claras, es mejor olvidarlas.

—Pues sí.

Megan asintió y, tomando aire, añadió:

—Tu padre y yo deseamos lo mejor para ti y para Amanda. Y nada nos haría más ilusión que celebrar unas bonitas bodas en Eilean Donan, con él sujetando vuestro brazo para entregaros a vuestros amados.

—Mamita amorosa, ¡qué romántica!

Ambas rieron por aquello y, acto seguido, Megan declaró:

—Si te soy sincera, cariño, nunca pensé que él fuera para ti.

Johanna dejó de sonreír de inmediato.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

Megan, sin apartar la mirada del frente, mintió:

—Alan no es alguien que posea riquezas ni tierras como por ejemplo Robert Duchaman, y...

—Mamá, papá y tú siempre nos habéis dicho que, en lo referente al compañero de vida, debemos ser nosotras quienes los elijamos, sin importarnos lo que posea o no, y...

—Sí, cariño, sí. Sé lo que tu padre y yo decimos —la interrumpió Megan—, pero tú estás acostumbrada a una vida relativamente cómoda que es muy posible que un hombre como el Bicho no pueda darte.

A Johanna aquello le molestó. Que sus padres infravaloraran a Alan por no poseer riquezas le resultó raro, pero su madre insistió:

—Además, tienes razón... Es un mujeriego. Y, no, definitivamente me niego a que un hombre así esté en tu vida.

Johanna parpadeó y Megan, apretando más las tuercas, continuó:

—Estoy convencida de que en cuanto lleguemos a la fortaleza de los Donald tendrá quien le caliente el lecho cada noche.

—Mamáááá...

—Ay, cariño, solo digo la verdad.

A Johanna se le borró la sonrisa. Lo último que quería era que aquello ocurriera.

Entonces Amanda se aproximó a ellas al galope, y cuando pasó rauda por su lado dijo:

—¡Te reto a ver quién llega antes!

Frente a ellas apareció de pronto una preciosa pradera con una bonita fortaleza al fondo. A la derecha estaba el mar y a la izquierda había bosque. Sin duda aquel era un enclave espectacular.

Y Johanna, hincando los talones en su caballo, gritó:

—¡Acepto el reto!

Divertida, Megan sonrió al verlas.

Capítulo 50

Amanda y Johanna llegaron antes que nadie al castillo de los Donald y, por supuesto, la carrera la ganó esta última. Tras desmontar de sus caballos, Roberta salió corriendo por la puerta y las abrazó. Tener allí a sus buenas amigas para su enlace era una maravilla.

—Cuando veáis las cosas que tenemos preparadas para los días de festejos, os van a encantar —exclamó feliz.

—Seguro que sí —afirmó Amanda.

Instantes después, de la fortaleza salieron los padres de Roberta junto con algunos invitados que ya habían llegado.

Johanna sonrió encantada al ver a Cameron, el hermano de Roberta, que fue de inmediato hacia ella.

—Esta vez no me ganarás subiendo a la copa de un árbol —la pinchó.

—Dudo que me ganes.

—Listilla...

—Listillo...

Divertida, la joven lo abrazó. Cameron y ella eran de la misma edad, como lo eran Roberta y Amanda. Desde pequeños, mientras aquellas jugaban, Cameron, ella y Cristopher trepaban a los árboles.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó mirándolo.

Él la agarró con confianza del brazo.

—Anoche —indicó; y, bajando la voz, añadió—: En Edimburgo mi vida es muchísimo más divertida que aquí, pero no podía fallarle a Roberta, por eso no fui a la fiesta de Eilean Donan.

Johanna asintió y, mirando a su amigo, murmuró:

—¿Todo va como esperabas en Edimburgo?

Él afirmó con la cabeza, y en ese momento Roberta se les acercó con Amanda:

—¿Os podéis creer que no ha traído a Davinia? —soltó.

Las dos hermanas lo miraron. Davinia era la mujer de aquel.

—Roberta, no seas pesada —replicó—. No ha venido por su avanzado estado de gestación. Solo quedan dos meses para que nazca nuestro hijo.

Ella asintió y, tras darle un sonoro beso a su hermano en la mejilla, afirmó:

—Con que tú estés aquí, para mí es más que suficiente, aunque me muera por conocer a mi sobrino.

—¡O sobrina! —apostilló Amanda.

—¡Ya tengo acompañante! —declaró Johanna asiendo el brazo de aquel.

Una vez que las recién llegadas saludaron a los padres de Roberta y a otros invitados, que las abrazaron con cariño, mientras Amanda y la futura novia hablaban con ellos, Johanna se alejó con Cameron y, apoyándose en la pared de la fortaleza, preguntó:

—¿Todo bien con Davinia?

Él afirmó con la cabeza.

—Maravillosamente bien. Está preciosa con el embarazo y lo lleva fenomenal.

—¿Habéis venido juntos? —preguntó a continuación Johanna, que era la única que estaba al corriente de su vida sentimental.

Cameron negó con la cabeza.

—Yo llegué anoche y él, esta mañana.

La joven asintió. Ella era la única persona que sabía la verdad sobre su vida privada.

—Somos muy felices en Edimburgo —musitó él a continuación.

Ella sonrió. Cristopher, ese al que su padre odiaba, era la pareja real de Cameron. Un amor incondicional que comenzó siendo ellos pequeños y que a lo largo de los años simplemente se había afianzado. Johanna siempre había estado al corriente, y se había limitado a guardarles el secreto. Si Cristopher y Cameron se habían trasladado a un lugar más grande como Edimburgo era para pasar desapercibidos y poder vivir, en cierto modo, su vida en la misma casa, donde, de puertas para adentro, eran una pareja y, de puertas para afuera, grandes amigos.

Davinia era una viuda que, para tener un techo y algo de dinero, se había casado con Cameron y le iba a dar un hijo. Ella y el bebé eran su tapadera; que viviera con ellos en la casa evitaba que nadie sospechara lo que había entre aquellos y fueran ajusticiados por lo que muchos llamaban «conducta depravada e inmoral».

Estaban mirándose a los ojos cuando llegó la comitiva en la que iban Duncan, McPherson y Megan. De inmediato los padres de Roberta los saludaron encantados. La madre de Roberta era la hermana de Greg McPherson.

Cameron se fijó entonces en Alan y preguntó bajando la voz:

—¿Quién es ese joven tan apuesto?

Johanna suspiró. Sin necesidad de mirar, sabía a quién se refería.

—El nuevo *niñero* que mi padre nos ha puesto a Amanda y a mí —respondió.

—¿Y por qué mis padres nunca me pusieron un niñero así? —soltó él divertido.

—¡Cameronnnn!

Ambos rieron por aquello y el aludido insistió:

—¿No tenéis bastante con Ewen y Myles?

—Al parecer, no.

Cameron asintió y, viendo que Alan los observaba, agregó:

—Si no estuviera enamorado...

Divertida, Johanna soltó entonces sin pensar:

—¡Olvídalo!

Cameron la miró sorprendido. Era la primera vez que al hacer un comentario de ese tipo Johanna reaccionaba así, y ella, entendiéndolo, se apresuró a añadir:

—Es insufrible.

—¿Por qué?

—Es un conquistador.

—¿Y eso no te gusta?

—Sinceramente, me da igual.

—Pues que sepas que, cuando mi amor lo vea, le va a encantar.

Desde donde estaba, Alan veía a Johanna hablando y riendo con aquel. No sabía quién era, pero solo por la postura relajada de sus cuerpos y por cómo se miraban, se notaba que había una buena sintonía entre ellos.

Alan guardaba silencio junto a sus hombres cuando McPherson, tras reír por algo que Amanda y su sobrina Roberta decían, lo llamó. El guerrero se acercó a ellos.

—Lachlan y Kristeen Donald —dijo entonces Duncan—, os presento a Alan McGregor. Uno de mis socios en el negocio de los caballos, que amablemente nos ha acompañado.

Los padres de Roberta lo saludaron encantados, y Lachlan indicó gustoso:

—Siendo socio tuyo, es bienvenido a la boda de mi hija.

—Gracias por la invitación, señor.

—Te alojarás en el ala norte del castillo —informó Kristeen.

Este rápidamente negó con la cabeza, pero McPherson, al ver como las criadas y muchas de las invitadas a la boda lo miraban, le dio un manotazo en la espalda y afirmó:

—Por supuesto que lo harás.

Alan lo miró. ¿Por qué tenían que proponerle eso?

De pronto oyó la risotada de Johanna por algo que decía el joven que estaba junto a ella. Aquello lo estaba enfermando. ¿De qué se reía Johanna? Sin embargo, no cambió el gesto, lo disimuló, mientras su cuerpo se tensaba más y más.

—¡Duncan McRae!

Oír su nombre hizo que este mirara y, al ver de quién se trataba, musitó dirigiéndose a su mujer:

—El que faltaba..., ¡maldita sea!

A pocos pasos de él estaba Cristopher Watson, el hijo de alguien a quien no le tenía mucho aprecio; pero disimuló y lo saludó:

—Encantado de volver a verte, Cristopher.

El aludido sonrió, pues era consciente de que mentía.

Con gusto, Cristopher lo saludó a él, después a Megan y, cuando todos se hubieron saludado, al ver que Johanna estaba con Cameron, soltó para molestar a Duncan:

—Ahí está mi chica..., tan guapa como siempre.

Aquello molestó a Duncan y a Alan, aunque por diferentes motivos. El primero lo miró y murmuró de modo que solo él pudiera oírlo:

—Bien sabes que ella no es para ti.

El guerrero sonrió, pero cuchicheó encantado de llevarle la contraria:

—Eso nunca se sabe, ¿no crees?

Y, sin más, se dirigió hacia aquella, que al verlo le dedicó una gran sonrisa y lo abrazó.

Megan agarró entonces la mano de su marido y susurró:

—Si lo picas, él te picará.

Los padres de la novia, ajenos a lo que Duncan pensaba, les indicaron a los criados que llevaran el equipaje de aquellos a sus habitaciones, y, mirando a Alan, Kristeen señaló:

—Si nos dices qué hay que llevar a tu habitación, alguna de mis criadas lo llevará.

—¡Yo lo haré! —soltó una.

—¡No, iré yo! —se postuló otra.

—De eso nada —refunfuñó la siguiente—. Los invitados del ala norte son cosa mía.

Eso hizo que todos las miraran, y Kristeen se apresuró a reprenderlas:

—Iona, Senga y Annabel, ¡¿queréis hacer el favor de comportaros?!

Ellas asintieron al oír a su señora y, al cabo, la tal Annabel musitó:

—Señora, yo soy la encargada del ala norte.

—Pues tú lo acompañarás —afirmó la mujer.

Alan, confundido por tener que mezclarse con aquellos cuando él pensaba acampar con sus hombres, miró a las criadas. Eran tres mujeres jóvenes y lozanas, y, al ver cómo le sonreían, les devolvió la sonrisa sin dudarlo. Qué menos que ser agradable con las personas. Y, mirando a la

mujer, indicó:

—Gracias, *milady*. Pero yo mismo subiré mis cosas.

—De acuerdo, Alan —convino Kristeen; y luego ordenó a Annabel—: Cuando el señor McGregor te lo pida, lo acompañas para indicarle cuál será su habitación. Mientras tanto, id pidiendo bañeras con agua caliente y humeante para todos los recién llegados. Seguro que lo agradecen.

Las muchachas, acaloradas porque aquel hombre tan apuesto les había sonreído, se fueron corriendo, riendo y cuchicheando.

—McGregor, las vuelves locas —musitó McPherson divertido.

Lachlan, el padre de la novia, soltó una risotada y añadió:

—Habrá competencia entre Cristopher y Alan... Los dos son guerreros fuertes y casaderos.

—¿Cuándo ha llegado Cameron? —preguntó Duncan ignorando aquel comentario.

Lachlan y Kristeen sonrieron.

—Ayer —indicó el primero—. Pero ha venido sin su mujer, que está en el séptimo mes de embarazo.

Megan asintió al oír eso y, fijándose en lo tenso que estaba Alan, soltó:

—Hay que ver lo bien que se han llevado siempre Cameron, Cristopher y Johanna. Son inseparables.

Duncan miró incómodo a su mujer y McPherson terció:

—¿Quién dice que de aquí no saldrá otra boda?

—Oh..., ¡sería un bonito sueño! —afirmó Kristeen.

Duncan negó con la cabeza. Lo estaba repateando oír eso y ver a Johanna bromear con Cristopher. Para él, si aquello llegara a ocurrir sería una verdadera pesadilla.

La tensión se le acumuló a Alan en la barbilla y, sin que nadie se diera cuenta, apretaba los dientes. Incapaz de continuar allí un instante más escuchando a aquellos, dijo:

—Si me disculpáis..., quiero ver dónde descansarán mis hombres.

Una vez que él se alejó a grandes zancadas, los padres de Roberta les presentaron a otros invitados a los recién llegados y luego dijeron:

—Vamos, entremos a refrescarnos la garganta.

El grupo comenzó a caminar hacia el interior de la fortaleza, y Duncan, mirando a Megan, levantó las cejas y esta asintió. Por primera vez habían visto la tensión de Alan en cada carcajada que se oía de Johanna.

Capítulo 51

A la mañana siguiente de la llegada al castillo, Johanna, Cameron y Cristopher salieron a dar un paseo con sus caballos. Alejándose de la fortaleza podían hablar, ser ellos mismos. Y cuando pararon para descansar, se apoyaron en un árbol y Cristopher, tras darle un rápido beso a Cameron en los labios, preguntó:

—¿Quieres agua?

Este asintió y Johanna, encantada al ver la felicidad de la pareja, pidió:

—Contadme cosas de vuestra vida en Edimburgo.

Rápidamente le explicaron lo que deseaba saber. Le hablaron de las fiestas a las que ambos asistían con Davinia y de las buenas amistades que allí estaban haciendo. Le hablaron de Davinia, del embarazo, de lo felices que eran los tres en su convivencia, y Johanna sonrió. ¿Acaso la vida no era para ser feliz sin hacer daño a nadie?

Ellos también se interesaron por la joven, y se rieron al saber que de nuevo Duncan estaba emperrado en buscarle un marido. Como siempre, bromearon. Llegado el momento, si Duncan se ponía muy pesado, Johanna lo tenía claro. Se casaría con Cristopher. No había otra opción.

Tras un rato de charla y risas, cuando montaron en sus caballos para regresar, Cristopher extrajo una bolsita de terciopelo oscura de un bolsillo y preguntó entregándosela:

—¿Qué te parecen nuestros anillos?

Johanna los sacó y los observó. Eran dos preciosos y sencillos anillos en plata labrada.

—Son preciosos —comentó.

La pareja intercambió una mirada y luego Cameron dijo:

—Cristopher los guarda. Cuando regresemos a Edimburgo, nos los volveremos a poner.

—Me parece muy bien —afirmó Johanna metiéndolos de nuevo en la bolsita y entregándoselos a quien se los había dado.

Una vez que Cristopher se los guardó, Cameron miró a su amiga y exclamó:

—¡Me muero por saber del niñero..., cuenta!

Sin pelos en la lengua, Johanna les explicó lo acontecido hasta el momento. Entre ellos nunca habían existido los secretos. Y cuando estos oyeron lo ocurrido en aquel lago, Cameron afirmó:

—Como se entere tu padre, lo mata.

—Por suerte, no se va a enterar —señaló la joven—. Una vez que regresemos de este viaje, Alan volverá a su hogar y nos olvidaremos el uno del otro.

—¿Y si no es así? —preguntó Cristopher—. Porque, por lo que nos has contado, él te ha confesado que tiene sentimientos hacia ti, y tú dices que te acelera el corazón.

Johanna asintió.

—¿Y si le permites conocerte? —propuso Cameron.

—Ya me conoce.

Él y Cristopher se miraron.

—Me refiero a que conozca a la Johanna cariñosa, dulce y tierna —insistió Cameron—. Por lo que dices, él ya conoce a la Johanna retadora y guerrera y...

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Porque no quiero mostrarle mi vulnerabilidad.

—¡Cabezota! —se mofó Cristopher.

Divertidos, los tres amigos continuaron hablando sobre el tema, hasta que Johanna exclamó para terminar con aquello:

—¡El último que llegue a la fortaleza tendrá que sentarse esta noche junto a la señora Bear y darle conversación!

Ni que decir tiene que los tres clavaron de inmediato los talones en sus caballos y salieron como alma que lleva el diablo. La señora Bear era una vieja cascarrabias insufrible.

El último en llegar fue Cameron y, cuando bajaron de sus monturas, al ver a un grupo de gente, corrieron hasta ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Johanna dirigiéndose a su hermana.

Amanda la miró divertida.

—Que vamos a jugar a la manzana por parejas.

—Tú y yo haremos de pareja, ¡apuntémonos! —se apresuró a decir Cristopher.

Sin dudarlo, Johanna asintió, y Cameron, mirando a Amanda, preguntó:

—¿Te animas y les ganamos?

—Por supuesto. —Aquella rio.

Poco después, cuando el juego estuvo preparado, los participantes, con las manos atadas a la espalda por parejas, estaban frente a una estructura hecha de troncos de la que colgaban unas manzanas sujetas por unas cuerdas.

Cristopher y Johanna retaban a Amanda y a Cameron. Bromeaban. Todos querían ganar, y Roberta dio comienzo al juego.

Los participantes rápidamente empezaron a morder la manzana, pero esta se escurría haciéndolos reír.

Duncan y Megan, que paseaban por allí junto a otros invitados, se pararon a observar, y de inmediato esta última soltó una carcajada al ver a sus hijas participando. Le encantaba la vivacidad de las dos muchachas.

—Maldita sea —oyó entonces que murmuraba Duncan.

Sin preguntar, Megan ya sabía por qué había dicho aquello.

—Por el amor de Dios, Duncan... Johanna solo está participando en un juego con él —susurró mirándolo.

Pero el hombre negó con la cabeza molesto. Ver a Johanna intentando morder la manzana junto a Cristopher lo enfermaba.

—¿Acaso no hay más hombres en la fiesta? —siseó al ver que su hija lo miraba desafiante.

Megan asintió y, viendo la mirada de su hija, repuso:

—Sí, pero es tan cabezota como tú.

Él resopló y, cuando se disponía a contestar, oyó:

—Duncan y Megan McRae..., cuánto tiempo sin veros.

Ambos se volvieron y se encontraron con Philipa McArthur, que iba acompañada de un hombre. En cuanto Duncan vio a aquella, cogió la mano de su mujer. La última vez que la habían visto en una fiesta, aquella intentó cautivar a Duncan, cosa que no consiguió, aunque Megan se percató de ello.

Philipa era una bonita viuda. Sus ojos celestes, su tez blanca, su exuberante cuerpo y su cabello pelirrojo hacían que los hombres cayeran rendidos a sus pies, y que Duncan no lo hubiera

hecho molestó a Philipa, que no estaba acostumbrada a eso.

Megan, que veía que aquella volvía a mirar a su marido, sonrió para sus adentros. Si creía que esa vez no iba a hacer nada, lo llevaba claro.

—Pero, Philipa..., qué alegría volver a verte —la saludó con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez?

—Dos años —respondió aquella.

Un incómodo silencio se hizo a continuación, hasta que el hombre que iba con ella se presentó tendiéndole la mano a Duncan.

—Alfred McMurphy.

—Duncan McRae. Ella es mi esposa, Megan.

Encantados, se estrecharon la mano y, al cabo, Philipa dijo tocando su elaborado peinado:

—Seguimos nuestro camino. Luego nos vemos.

Duncan asintió. Megan sonrió. Y, cuando aquellos se alejaron, esta última murmuró:

—Zorra...

Al oírla, su marido rio y, cuando iba a hablar, ella amenazó:

—Como se acerque a ti otra vez, a esta le arreglo yo el cuerpo...

Divertido por ver el gesto de su mujer, él la abrazó.

—A mí la única mujer que me interesa eres tú. Olvídala —dijo mirándola a los ojos.

Megan asintió. Lo sabía. Sabía que la fidelidad de ambos era una de las cosas más bonitas que poseían. Besó a Duncan y aseguró:

—Olvidada.

De pronto se oyeron gritos de euforia. Al mirar, vieron que Amanda y Cameron saltaban felices, mientras Johanna reía junto a Cristopher y aceptaba la derrota frente a su hermana. Megan sonrió y Duncan dijo:

—Con disimulo, mira a tu derecha. Bajo el enorme árbol.

Rápidamente Megan lo hizo y, cuando vio a Alan observando con gesto serio, Duncan afirmó:

—Por el modo en que aprieta la mandíbula, creo que el jueguecito no le ha hecho mucha gracia.

Megan asintió divertida; entonces sus hijas llegaron hasta ellos y Amanda gritó:

—¡He ganadooooooo!

Sin dudarlo, se abrazó a sus padres, que rieron encantados; luego Johanna llegó y, antes de que pudiera decir nada, Duncan soltó:

—¿No podías participar con otro?

La joven negó con la cabeza de inmediato.

—Pues no, papi amoroso —replicó—. He participado justo con el que quería.

Su padre y ella se miraron desafiantes, hasta que McPherson, que estaba más allá con Lachlan y otros hombres, lo llamó y Duncan se alejó.

—¿Esa no es la zorra de Philipa? —preguntó entonces Amanda.

Sin dudarlo, Megan asintió. Sus hijas, como ella, habían sido testigos del tonteo de aquella con Duncan.

—Espero que sus intenciones no sean las mismas... —siseó Johanna mirándola.

Megan, que observaba interesada a la mujer, replicó al ver como miraba hacia el grupo en el que estaba hablando Duncan:

—Si sus intenciones son las mismas, esta vez no se va a ir de rositas.

Tras decir eso, Megan y sus hijas se miraron divertidas, y en ese momento Roberta llamó:

—Vamos, chicas. Va a dar comienzo el desafío de trepar al árbol.

Megan miró de inmediato a Johanna.

—Con cuidado —le advirtió—. No quiero que te rompas la crisma. Y, ya sabes, ¡a ganar!

Divertida, aquella asintió y, tras darle un rápido beso, declaró:

—¡Te lo prometo!

De la mano, Johanna y Amanda siguieron a los demás. Roberta tenía los juegos organizados y, al llegar frente a un enorme árbol, Johanna, viendo que Alan estaba también allí, resopló. Lo último que quería era hablar con él.

El guerrero, que había estado observando los juegos que la novia había organizado desde la distancia, al ver que todos se dirigían hacia el árbol donde él estaba, se retiró unos metros, cuando oyó:

—¿Alan McGregor?

Al volverse se encontró con los amigos de Johanna, aquellos de los que no se había separado desde que habían llegado.

—Soy Cristopher Watson —dijo el más alto dirigiéndose a él.

—Y yo Cameron Donald —añadió el otro.

Alan los miró y, al ver que le tendían la mano, se la estrechó y respondió:

—Un placer conoceros.

Cameron y Cristopher sonrieron, y luego el primero dijo:

—Nos ha comentado Johanna que los acompañas en su viaje.

—¿Seguro que no os ha dicho que soy su *niñero*? —soltó Alan con retintín.

Aquellos dos enseguida negaron con la cabeza. No podían admitir que Johanna lo había llamado así, pues seguramente a él no le gustaría.

—Mentís muy mal —murmuró Alan.

El comentario hizo que al final los tres sonrieran, y Cameron, señalando hacia donde estaba el bullicio, comentó:

—A esto sin duda ganará Johanna.

—Es la mejor —afirmó Cristopher—. Aunque Munro Robertson también es bueno trepando.

—Ya. Pero Johanna es más rápida y osada.

Alan observó a Johanna. Era la única mujer que participaba en aquello. Y, algo inquieto, preguntó:

—¿Supuestamente hasta dónde han de trepar?

—No hay un tope. El que más alto suba, gana.

Alan miró la copa del árbol y, consciente de lo alto que era y del peligro que aquello encerraba, murmuró alejándose a grandes zancadas:

—Por encima de mi cadáver se subirá...

Johanna, que estaba junto a su hermana recogiéndose el cabello para que no le molestara, vio que la tal Philipa se acercaba de nuevo a donde sus padres hablaban con otros invitados.

—Esa no sabe dónde se está metiendo —comentó.

Amanda se volvió. Vio a su madre mirar a aquella y, divertida, susurró:

—Wooo..., miradita sentenciadora de mami amorosa.

Las hermanas sonrieron; a continuación Alan se acercó a ellas y, dirigiéndose a Johanna, le preguntó con gesto serio:

—¿Qué se supone que vas a hacer?

—Trepar.

Incómodo, él miró a los demás participantes e inquirió:

—¿Y acaso no has visto que eres la única mujer?

Amanda y Johanna se miraron divertidas, y la primera terció:

—Si yo no participo es para darle la oportunidad de ganar.

—¡Serás fanfarrona! —se mofó Johanna.

Ambas rieron por aquello ante el gesto serio de Alan, y Johanna, mirándolo, dijo al tiempo que se ceñía el cinturón de los pantalones:

—¿Sabes? Me encanta ser la única mujer, porque eso lo convierte en un buen reto.

Incómodo, Alan miró al padre de aquella, que charlaba con la gente ajeno a todo. Johanna entendió su mirada y, acto seguido, cuchicheó colocándose los guantes de cuero que su hermana le entregaba:

—Vamos, *niñero*..., ve y cuéntaselo a papá. ¡Corre, que se va!

Alan miró y vio que Duncan se alejaba hacia la casa con unos hombres.

—Johanna, no me calientes —siseó.

—Uiss, qué miedo me das —replicó ella con descaro.

Molesto por aquello, él se disponía a protestar cuando Roberta indicó:

—Los cinco participantes poneos a los pies del árbol y, cuando cuente hasta tres, comenzáis a trepar.

Amanda y Johanna sonrieron y esta última, ignorando a Alan, miró a su hermana y cuchicheó:

—Deséame suerte.

Amanda se la deseó encantada y, acto seguido, mirando a Alan, dijo:

—Tranquilo. Sabe lo que hace.

Tranquilo o no, Alan no se movió, y Roberta dio la orden de salida. Con seguridad, Johanna corrió hacia el árbol. Plantó el pie derecho sobre el tronco y, dando un salto con el otro pie, se agarró al tronco del árbol y comenzó a trepar. Con habilidad, fue apoyando los pies en los nudos del árbol para impulsarse mientras llegaba hasta las primeras ramas.

Al ser la única mujer, y también la más bajita, en un principio su ascenso se demoró. Sus piernas eran más cortas que las de los demás. Pero una vez que aferró la primera rama con las manos y consiguió subirse a ella, la subida se aceleró. Johanna se impulsaba y se balanceaba con maestría para pasar de una rama a otra con una agilidad que a Alan lo dejó boquiabierto. En la vida había visto a nadie trepar así.

Amanda la jaleaba desde abajo, animándola, y Alan se percató de que Megan estaba junto a ellos y la oyó gritar:

—¡Agárrate a las ramas grandes y vivas y sujétalas lo más cerca que puedas de tu cuerpo!

Alan la miró y Cameron, que estaba a su lado, susurró:

—Ella les enseñó.

Alan cabeceó sin dar crédito, y en ese mismo momento oyó a Amanda gritar:

—¡Tata, recuerda la regla de los tres anclajes!

Johanna los escuchaba y asentía mientras sus ojos buscaban las ramas fuertes, no las débiles. Entonces vio que dos de los participantes se rendían y, al poco, también lo hizo Munro Robertson. Sin parar, ella prosiguió su ascenso, no le daban miedo las alturas y su competitividad la impulsaba a continuar, hasta que de pronto oyó:

—¡Maldita sea!

Al mirar vio que era el hombre que continuaba. Tenía sangre en la mano, y Johanna se paró y preguntó:

—¿Estás bien?

—Por supuesto que estoy bien —siseó el guerreo mirándola—. ¿Acaso crees que me voy a dejar ganar por una mujer?

Aquello le hizo gracia a la joven. No lo conocía, como él no la conocía a ella.

—Pues continuemos con el ascenso —afirmó encogiéndose de hombros.

Con paso seguro, Johanna prosiguió y finalmente alcanzó lo más alto de la copa.

—¡¡He llegadooooo!! —exclamó.

En el acto, todos los que se encontraban abajo aplaudieron. Johanna estaba tan alto que casi no se la veía. Y la joven, al ver que su último contrincante seguía ascendiendo, indicó:

—No sigas. Baja.

Pero este, herido en su pundonor porque una mujer lo había ganado, continuó y fue a apoyarse en una rama, pero Johanna le advirtió:

—No... En esa no.

—¡Cállate, mujer! —protesto él.

—Esa rama ha crecido cerca de la otra y habrá corteza entre ellas, no madera fuerte.

Pero aquel, desoyendo su advertencia, se apoyó, y la rama enseguida se quebró. El hombre tuvo tiempo de sujetarse a otra rama, pero tenía los dos pies peligrosamente en el aire.

Abajo todo el mundo gritó asustado y de inmediato Amanda, soltándose la falda con rapidez y quedándose con una simple enagua que rompió por los lados para poder moverse y con los pololos, se apresuró a correr hacia el tronco y, tras tomar impulso, se subió.

—Oh, por Dios, ¡qué indecencia! —murmuró una de las mujeres al ver aquello.

Megan echó una mala mirada a la mujer y, repitiendo la misma acción de su hija, se subió al árbol ante la sorpresa de todos. Dos de los participantes que habían desistido se disponían también a seguirla cuando Cameron indicó parándolos:

—Ellas tres lo bajarán.

Al ver aquello Alan se alarmó. ¿Cómo que ellas tres lo bajarían? Pero ¿acaso aquel se había vuelto loco?

Cuando se disponía ya a subir tras ellas, Cameron lo detuvo.

—Si no sabes lo que haces, mejor no lo hagas o les darás más trabajo —le advirtió.

Alan se paró. Subir a árboles no era lo suyo.

—Pero hay que ayudarlas —siseó.

—Alan —terció Cristopher—, créenos cuando te decimos que ellas no necesitan que les eches una mano para ayudar a ese tipo.

Desesperado, él cabeceó y entonces Roberta, acercándose, afirmó:

—Cristopher tiene razón. Más que ayudar estorbarás.

—Lo corroboro —convino Munro Robertson.

Él los miró sin dar crédito. Lo enfurecía ver lo tranquilos que estaban todos ante lo que estaba ocurriendo. Y entonces oyó a Cameron gritar en dirección a la copa del árbol:

—¡Johanna, suben tu madre y tu hermana!

De ese modo la joven supo que la ayuda estaba en camino y, bajando hacia donde estaba el hombre, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Charles —respondió el desconocido con la respiración agitada.

Johanna saltó entonces a una rama, después a otra, y una vez que estuvo frente a él dijo:

—Charles, yo soy Johanna. Por favor, para de balancearte. Necesito que te desplaces con la ayuda de las manos hacia tu derecha para que, cuando suban mi madre y mi hermana, podamos sujetarte.

—¿Tu madre y tu hermana?

—Sí.

—¿Más mujeres?

Johanna sonrió y, viendo subir a aquellas, afirmó:

—Sí, Charles. Más mujeres. Y si nos ayudas evitaremos que te caigas y te rompas el cuello.

Entendiendo sus palabras, el hombre suspiró. Si quería salvarse solo podía hacer lo que ella le pedía. Y, sin dudarlo, con gran esfuerzo comenzó a hacerlo.

Megan, que trepaba junto a su hija Amanda, al llegar a una de las ramas se ancló en ella y preguntó mirando a Johanna:

—¿Todo bien?

Ella sonrió y, viéndolas simplemente con la enagua rota y los pololos, se mofó:

—Esto le encantará a papá.

—Calla, no me lo recuerdes... —cuchicheó Megan.

Las tres sonrieron y luego Johanna comentó:

—Mamá, se llama Charles. Charles, ella es mi madre, Megan.

Desde donde estaba, Megan observó la situación y, con seguridad, ordenó:

—Charles, cuando yo cuente hasta tres, balancéate hacia nosotras y te agarraremos por el cuerpo para que puedas afianzar los pies a la rama que está junto a la de Johanna, ¿entendido?

El hombre miró la rama. No estaba lejos. Pero, tenso por la situación, preguntó:

—¿Estáis seguras?

—A ver..., seguras..., seguras...

—Amanda —gruñó Megan.

La aludida resopló, y Johanna, evitando sonreír por lo que su hermana había dicho, indicó mirando al hombre asustado:

—Tranquilo, Charles. Todo está bajo control.

Aterrado, él comenzó a balancearse y, antes de lo que pensaba, varias manos lo sujetaron con seguridad y lo apoyaron sobre las ramas del árbol.

—Como ves —dijo Amanda dirigiéndose a él—, no te hemos dejado caer como si fueras una manzana.

Con cuidado los cuatro empezaron entonces a descender y, cuando sus pies dieron en el suelo, el grupo que esperaba prorrumpió en aplausos, mientras Cameron y Cristopher llevaban las faldas a sus dueñas para que se las volvieran a poner.

—¡Por el amor de Dios —gritó Alan acercándose a ellas—, ¿es que os habéis vuelto locas?!

Las tres lo miraron.

—Venga ya, por favor... —replicó Johanna—. ¿Ahora nos vienes con esas, niñero?

El guerrero, al que todavía le temblaban las manos, se acercó más a ella y siseó:

—Vuelve a llamarme «niñero» y lo vas a lamentar.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

Johanna sonrió. El desafío que le planteaba se le antojaba divertido, pero cuando iba a decirlo Megan se colocó entre ambos.

—Se acabó —ordenó—. ¿Por qué discutir con el precioso día que hace?

El guerrero la miró asombrado y ella murmuró con una sonrisa:

—Alan, por Dios, no seas aguafiestas...

Él parpadeó boquiabierto. ¿La madre de aquella descarada también lo llamaba «aguafiestas»?

—Señora...

—Llámame Megan, por favor, Alan —lo interrumpió ella.

El aludido tomó aire. Bregar con ellas no era fácil.

—Cambia la cara, hombre —terció Amanda—, ¡que no ha pasado nada!

—Y si hubiera pasado algo, ¿cómo se lo habría explicado a tu padre? —gruñó él.

Johanna bufó.

—Pero no ha pasado —repuso Megan—. Todo ha salido bien. ¿Por qué eres tan fatalista?

Él negó con la cabeza sin dar crédito y, al ver como aquellas lo miraban, con una sonrisa siseó:

—Sé que esto que voy a decir a Duncan le va a molestar, pero, sinceramente, me da igual, porque debéis saber que os habéis comportado como unas cabras locas.

Las tres se miraron y soltaron una carcajada. Esa era una de las cosas más finas que habían oído decir de ellas.

—Gracias por el piropo. ¡Nos ha encantado! —afirmó Johanna.

Ofendido por ser incapaz de conectar con aquellas, Alan se dio la vuelta y se alejó, aunque antes dijo:

—Decidle a Duncan que me voy. ¡No quiero sus cuatrocientas ovejas! Solo deseo alejarme de vosotras. ¡Sois insufribles!

—¡Alan! —lo llamó Megan.

—¡Buen viajeeee! —murmuró Johanna.

Al oír eso y ver que aquel se alejaba, Megan iba a hablar cuando Cameron y Cristopher fueron tras él y este último dijo:

—Hablaremos con él.

Una vez que se hubieron marchado, Amanda comentó divertida:

—Vaya enfado que se ha pillado el Bicho...

Las tres sonrieron y, acto seguido, Megan, mirando a su hija mayor, indicó mientras terminaba de abrocharse la falda:

—Hay que avisar a tu padre. Alan no puede irse.

—Por Dios, mamá, que se vaya —repuso Johanna llena de sentimientos contradictorios—. No necesito un niñero.

—Deja de llamarlo así.

—¿Por qué?

—Porque no le gusta.

—Ni que eso a mí me importara —se mofó la joven.

—¡Johanna!

—Aisss, mamá, que es muy tonto ese McGregor.

Charles, el damnificado, después de tomar aire y ser consciente de la suerte que había tenido, se acercó a las tres y declaró mirándolas:

—Muchísimas gracias. Si no hubiera sido por vosotras, creo que ahora no estaría aquí.

—Estarías, pero aplastado en el suelo...

—¡Amanda! —susurraron Megan y Johanna.

El hombre sonrió. No las conocía, pero sin duda eran dignas de conocer. Le tendió la mano a Johanna y declaró:

—Te he infravalorado y me he equivocado. Has ganado el reto y, sin duda, mi respeto.

De nuevo los aplausos volvieron a sonar y cuando, poco después, el grupo se dispersó, Johanna musitó:

—Oh..., oh...

A escasos pasos de ella estaba Duncan ceñudo junto a Greg McPherson. Las miraba, las escrutaba, las intimidaba en silencio, y cuando Megan vio que su marido iba a abrir la boca, lo

cortó:

—¿Qué querías que hiciéramos? O subíamos o el hombre se caía. Y, cariño, subir con la falda era imposible... Johanna llevaba pantalones porque estaba participando en el reto, pero Amanda y yo no, y no íbamos a arriesgarnos a subir con falda y caernos nosotras... En cuanto a McGregor, ¡vale!, se ha enfadado y nos ha dejado claro que piensa que estamos como tres cabras. Pero mira, cariño, que piense lo que quiera. Uno más que lo piense, ni a nuestras hijas ni a mí nos quita el sueño. Ah, y ha dicho que se va. Que te quedes con las cuatrocientas ovejas. Por tanto, no te enfades, porque, primero, hemos evitado que hubiera una desgracia que habría empañado la boda de Roberta. Segundo, las tres hemos salido ilesas. Y, tercero, Johanna ha sido la ganadora del reto. ¿No es un precioso día para ser feliz?

—¿A que sí, papi amoroso? —terció Johanna.

—Maravilloso. —Amanda sonrió.

—La madre que las trajo —se mofó McPherson.

Duncan suspiró. Enfadarse con ellas, con sus morenas, era imposible. Lo que habían hecho una vez más dejaba patentes su impulsividad, su locura, su manera de vivir. Pero ¿qué eran ellas sin todo aquello? Tras mirar a sus hijas, que sonreían, como lo hacía su mujer, declaró:

—Iré a hablar con McGregor.

—Noooo —protestó Johanna.

Pero Duncan, sin poder apartar la mirada de su mujer, que le sonreía, murmuró:

—Tienes razón, mi vida: hoy hace un precioso día para ser feliz.

Capítulo 52

Durante un buen rato Duncan buscó a Alan, pero no lo encontró. Tras hablar con Cameron y Cristopher, el guerrero había decidido alejarse de la fortaleza para serenarse.

Pensó en Johanna, en su inconsciencia, en cómo la había visto saltar por las ramas del árbol como si no pasara nada, y el vello de todo el cuerpo se le erizó. Pero ¿acaso esa muchacha nunca veía el peligro?

Cuando se encontró más relajado, decidió regresar al castillo. Hablaría con Duncan y acabaría con el tema. Que se quedara con las ovejas y con su hija. Él no necesitaba nada de aquello en su vida.

Al llegar a la fortaleza se fijó en que todo el mundo estaba en la playa y, al ver caballos allí, supo que estarían disfrutando de algunas carreras.

Sin bajarse del suyo, Alan encontró con la mirada a Duncan y a Megan y, cuando se acercaba a ellos, esta murmuró al verlo:

—Cariño, Alan viene hacia aquí.

Duncan se volvió. Veía seriedad en su gesto, y, mirando a su mujer, pidió:

—Déjame hablar a mí.

Megan asintió; Alan llegó hasta ellos y, tras saludarlos, se bajó de su imponente caballo.

Los dos guerreros se miraron y, acto seguido, Duncan dijo:

—Me ha dicho Megan que quieres marcharte.

Alan asintió y el laird, clavando la mirada en él, indicó:

—No pensé yo que fueras de los que no acaban un trabajo. Pero si es tan difícil para ti hacerlo, no voy a retenerte. Puedes marcharte. Te haré llegar las ovejas a Fort William y...

—No necesito que me envíes las ovejas. Si no cumplo con lo pactado, lo lógico es que tú tampoco lo hagas.

Duncan cabeceó en señal de acuerdo. Pero, consciente de cómo debía actuar para que aquel se quedara, insistió:

—Soy un hombre de palabra, McGregor. Te haré llegar las ovejas.

Alan se molestó, y Megan, señalando a la playa, intervino:

—Las siguientes que compiten son Johanna y Amanda.

Los tres miraron entonces hacia la playa y vieron que las muchachas, montadas en sus caballos, se medían con otras personas, y cuando quedaron entre las tres primeras Duncan afirmó sonriendo:

—Pasan a la siguiente ronda.

Megan aplaudió encantada y, volviéndose hacia el guerrero, empezó a decir:

—Mira, Alan, sé que mis hijas y yo somos impetuosas, pero créeme que yo sería la primera que me opondría a hacer o a que hicieran algo que pudiera dañarlas. Si hoy he participado en lo del árbol ha sido porque sabía lo que hacía, igual que era consciente de que ellas también lo sabían...

—Pero nunca se sabe cuándo algo puede torcerse, Megan...

—Tienes razón. Eso no te lo voy a discutir —concedió ella—. Pero...

—No hay que dar más explicaciones —la cortó Duncan, que, mirando a aquel, dijo—: Entiendo que ya no estás bajo mis órdenes, pero mi consejo es que partas mañana. Tus hombres están algo perjudicados por la bebida y te lo agradecerán.

Alan, viendo a Sean, Amadeus y Tobey divertirse más allá con unas jarras de cerveza en las manos, suspiró hondo y, consciente de que Duncan decía la verdad, afirmó:

—De acuerdo. Así será.

Acto seguido los tres se quedaron en silencio y Philipa se les aproximó. Su mirada se paseó con descaro por el cuerpo de Duncan y, después, mirando a Alan, comentó:

—No conozco a este gallardo guerrero..., ¿me lo podrías presentar?

Megan tomó aire, aquella mujer la sacaba de sus casillas.

—Philipa McArthur —dijo entonces Duncan—, él es Alan McGregor.

Ella sonrió encantada y Alan, cogiéndole la mano con caballerosidad, se la besó. A continuación aquella miró a Megan y comentó:

—Según he oído, hace un rato has enseñado más de lo que debías, ¿es cierto?

Consciente de a qué se refería, Megan afirmó:

—Totalmente cierto. Es más, incluso me he planteado enseñar el culo para que vieran lo precioso y blanquito que lo tengo.

Alan parpadeó. ¿La mujer del Halcón había dicho eso?

Philipa se llevó la mano al pecho y, cogiendo el brazo de Duncan, preguntó:

—¿Y qué opinas tú al respecto?

Antes de que pudiera responder, llegó hasta ellos Amanda, que, tras dar un golpe a aquella en la mano para que dejara de tocar a su padre, anunció:

—Comienza la siguiente ronda de eliminación.

—¿Y tú no participas? —preguntó Duncan divertido por lo que había hecho.

Amanda, a quien le había cambiado el gesto al ver a Philipa, respondió:

—Prefiero estar aquí, por si mamá me necesita...

Rápidamente Megan miró a su hija.

—Tranquila, cariño, que me sobro y me basto —indicó.

Amanda asintió y luego todos guardaron silencio hasta que dieron la salida de la siguiente ronda. Desde donde estaba, Alan se fijaba en Johanna. La joven montaba a caballo como lo haría un auténtico guerrero.

Vio orgullo en la mirada y en la sonrisa de Duncan al presenciar como su hija pasaba una ronda tras otra y llegaba a la final.

—Es increíble lo bien que has enseñado a tu hija —comentó entonces Philipa acercándose a él de nuevo.

Duncan, sin mirarla, se retiró de ella.

—Ahí te equivocas —repuso—. Quien le enseñó fue mi mujer.

Philipa y Megan se miraron, y la primera preguntó:

—¿Tú lo haces tan bien como ella?

—¡Mejor! —afirmó Amanda.

Megan sonrió y Philipa, aproximándose otra vez a Duncan, cuchicheó:

—Me han dicho que ahora vendes caballos... ¿Qué te parece si vienes con algunos a mis tierras de Inverness y hacemos negocios? Podría ser interesante...

Megan cerró los ojos. Ya comenzaba aquella con sus comentarios con segundas.

—Si quieres caballos, serás tú quien tenga que venir a nuestras tierras —replicó Amanda al

oírlo.

Duncan miró a su hija para pedirle calma.

—Alan es uno de mis socios —informó—. Él vive en Fort William, que está más cerca de Inverness. Háblalo con él.

Philipa sonrió. Alan era un joven y gallardo guerrero, pero a ella le gustaban los guerreros maduros e interesantes como Duncan.

—Lo hablaré con él, pero tú has de estar el día que vaya a *montarlos* —insistió.

Megan, al ver que recalcaba esa última palabra, asintió y, mirando a aquella, soltó:

—En realidad, a quien quieres montar tú es a mi marido; ¿no es así, zorra?

—¡Megan! —murmuró Duncan viendo el gesto de Alan.

—¿Tu mujer me acaba de llamar «zorra»? —inquirió aquella.

—Con todas las letras, y posiblemente te lo llame yo también —terció Amanda.

Alan no daba crédito.

—Y no, Philipa, no —prosiguió Megan—. Esta vez no me voy a callar como hice hace dos años en la fiesta de los Duchaman. Si tú tienes la poca vergüenza de hablarle a mi marido como le hablas, ten por seguro que a poca vergüenza tú no me ganas a mí. Y no me ganas porque yo para mis cosas soy muy mía. Duncan es mi marido. ¡Mío! Y no me gusta que toquen lo que es mío, ¿te queda claro?

Alan sonrió boquiabierto por su reacción. Le resultó divertido ver aquella faceta de Megan, y más aún cuando Amanda matizó:

—Si no te queda claro, Philipa, te lo repito.

Con gesto de asombro, la aludida dio media vuelta y se marchó, y en ese momento Duncan, mirando a Megan, sonrió y murmuró acercándola a él:

—Mmmm..., cómo me gusta cuando te pones así.

Amanda se carcajeó, Alan también, y Megan, tras besar a su marido, miró al McGregor y cuchicheó:

—Estamos todos como verdaderas cabras.

Una nueva risotada se le escapó a Alan, que se subió a su caballo.

—Van a correr la ronda final —advirtió entonces Amanda.

Esta vez los cuatro, junto al caballo de Alan, se acercaron para estar más cerca. Se iba a correr la final. Eran diez jinetes y, como siempre, Johanna era la única mujer.

Estaban en sus posiciones cuando Cristopher y Cameron miraron a su amiga y el primero indicó:

—Mi chica..., veo al niñero junto a tus padres.

Rápidamente Johanna lo localizó y, feliz porque siguiera allí, afirmó:

—Espero que no tarde en marcharse.

—¡Johanna! ¡No digas eso, que te mueres por él! —masculló Cameron.

—Tampoco exageres —replicó ella.

Una vez que le desearon suerte, sus amigos se alejaron rápidamente. Había que dejar sitio en la playa para los corredores. Entonces Roberta se acercó a todos aquellos.

—Ya sabéis que hay que ir hasta el fondo de la playa y regresar dos veces. El ganador será el que tras las dos vueltas recoja el banderín que está sobre las rocas —indicó señalando a la derecha.

Los participantes asintieron y, a continuación, Roberta se hizo a un lado y dio la orden de salida.

Johanna se puso en cabeza. A diferencia de los demás, ella era más menuda, más ligera, y su

caballo era veloz. Acoplada en su montura, la joven llegó hasta el final de la playa y tomó el camino de vuelta. Alan podía ver la competitividad y la concentración en su mirada.

En su interior la joven sonreía, sabía que iba a ganar, puesto que les llevaba una buena ventaja a todos. Llegó al inicio y, parando a su caballo para girar, comenzó con su segunda vuelta. Pero entonces vio que, más allá, una mujer corría detrás de dos niños que cruzaban la playa y supo que, aunque ella podría esquivarlos, sus rivales quizá no. Así pues, tomando la decisión en un segundo, desvió su caballo y fue a por los pequeños.

—¿Qué hace? —preguntó Duncan al ver el giro del caballo.

Alan, que la observaba igual que todos, vio lo que ocurría desde lo alto de su caballo. Clavó los talones en sus costados y se dirigió hacia los pequeños. Tenía que ayudar a Johanna. Muy pronto la alcanzó y la joven, mirándolo, gritó:

—¡Coge al de detrás!

Justo antes de llegar a la altura de los niños, Alan y Johanna apretaron las piernas contra los flancos de sus caballos para mantener el equilibrio, se agacharon y cada uno cogió a uno de los pequeños. Luego desviaron el rumbo de sus monturas y corrieron hacia el interior del mar para que los que seguían en la carrera por la playa no los arrollaran.

Una vez que se detuvieron, con las respiraciones entrecortadas, Johanna y Alan se miraron y esta murmuró con una sonrisa:

—Madre mía, lo poco que ha faltado.

Alan asintió y, sonriendo a su vez, repuso:

—Por suerte, estábamos tú y yo.

Con gusto se miraron mientras los niños, asustados, lloraban y berreaban.

En cuanto volvieron a pasar los de la carrera, Alan y Johanna salieron del agua montados en sus caballos. Se dirigieron hacia el lugar donde estaba la que debía de ser la madre de los niños y, después de entregárselos y de que esta les diera una y mil veces las gracias, se marcharon.

Comenzaron el regreso en silencio, hasta que Johanna preguntó:

—¿No te ibas?

Alan se ratificó y, mirándola, afirmó:

—Mañana. Hoy mis hombres andan algo perjudicados por la fiesta.

Ella asintió y, acercándose hasta donde estaban sus padres, bajó del caballo y se dejó arropar por ellos.

Desde la distancia Alan los observó. Le dolía alejarse de la joven. Las sonrisas como la que acababan de regalarse minutos antes eran lo que a él lo enamoraba. Sin embargo, se dio la vuelta y se marchó. Debía dejar de pensar con el corazón.

***

Aquella noche Duncan se divertía en la fiesta mientras recibía felicitaciones por el valor y la templanza de su mujer y sus hijas. Todos se habían enterado de sus heroicidades, tanto en el reto del árbol como en la carrera en la playa.

Gustoso, disfrutaba del momento cuando vio a Alan entrar en el salón y fue a su encuentro.

—¿Todo bien, muchacho? —preguntó.

Él asintió. Varias jóvenes, acompañadas por sus madres, se aproximaron entonces a él, y cuando Duncan se disponía a quitarse de en medio, Alan miró a todas aquellas y dijo:

—Disculpadme, *miladies*, pero el laird McRae y yo tenemos que hablar.

Una vez que se alejaron, Duncan miró a Alan y este comentó:

—Me agotan estas fiestecitas sociales.

Divertido, él sonrió. Aún recordaba cuando él estaba soltero. Ser agasajado por las mujeres era agradable, pero cuando no te dejaban ni respirar se convertía en un horror. Algo que ahora le pasaba a Alan.

Estaban en silencio cuando este último soltó:

—He decidido quedarme y terminar el encargo que me hiciste.

Duncan asintió gustoso al oírlo.

—Me complace saberlo.

En ese instante Philipa pasó corriendo frente a ellos. Estaba algo pálida, y en su gesto se notaba la incomodidad. Alan, recordando algo, cuchicheó:

—Nunca habría imaginado que Megan tuviera ese sentimiento de propiedad hacia ti.

Duncan asintió y, al ver a su mujer riendo con sus hijas al fondo del salón, repuso:

—Ella es así conmigo y yo con ella. Los McRae somos así.

—¿Tus hijas también?

Sin dudarlo, Duncan afirmó con la cabeza y, fijándose en que aquellas miraban a Philipa y se partían de risa, declaró:

—Son como su madre y como yo. Territoriales.

Alan habló unos instantes con una mujer que se acercó a saludarlo y, cuando esta se marchó, vio que Megan se aproximaba a ellos.

—¿Qué habéis hecho? —oyó que le preguntaba Duncan.

Con fingida inocencia, Megan susurró:

—Nada... ¿Por qué dices eso?

Duncan y Alan volvieron a ver a Philipa corriendo más allá. Amanda y Johanna se partían de la risa al fondo del salón, y el guerrero, sin creerla, insistió:

—¿Por qué Philipa no para de correr?

Megan se encogió de hombros y, con aquella fingida inocencia que su marido conocía muy bien, respondió:

—Ais, cariño, ¡y yo qué sé!

Pero sí, claro que lo sabía. Compinchada con sus hijas, había echado unas hierbas machacadas con efecto laxante en la copa que un camarero le había ofrecido a Philipa. Aquello le había provocado una diarrea descomunal que la tenía más rato en el baño que en la fiesta.

Entonces McPherson se reunió con ellos acompañado por su sobrina Roberta, y después lo hicieron Amanda y Johanna. Al encontrarse esta última y Alan se saludaron con seriedad, pero poco más. No tenían nada de que hablar.

Durante un rato todos disfrutaron de la compañía y la conversación, hasta que Kristeen, la madre de Cameron y de la novia, se les unió.

—Si tenéis que ir al baño, id al de la primera planta —indicó.

—¿Y eso, mamá? —preguntó Roberta.

Kristeen, a la que le encantaba un buen cotilleo, cuchicheó:

—Philipa McArthur tiene una descomposición muy fuerte y está allí metida prácticamente todo el rato.

Según dijo eso, Duncan miró a su mujer, que murmuró con gesto apenado:

—¡Ay, pobreeeeee!

Johanna y Amanda se miraron a su vez.

—Qué fatalidad... —se lamentaron al unísono.

Duncan las miraba sin dar crédito, y cuando Kristeen, McPherson y Roberta se marcharon, sin importarle que Alan estuviera delante, musitó:

—¿En serio?

Las tres lo miraron, y él, sin levantar la voz, insistió:

—Pero, por todos los santos, ¿qué habéis hecho?

Madre e hijas intercambiaron una mirada y, candorosamente, la primera respondió:

—Arreglarle el cuerpo por intentar tocar lo que no es suyo.

Alan se quedó boquiabierto. ¿De verdad habían hecho lo que imaginaba? Cuando aquellas se alejaron, miró a Duncan para preguntar, pero este se le adelantó y afirmó:

—Como te he dicho, somos muy territoriales...

Alan comenzó a reír y, finalmente, Duncan lo siguió.

Capítulo 53

Johanna se despertó con desasosiego a la mañana siguiente. Alan se iba a marchar. Ella lo había empujado a ello, por lo que maldijo por ser como era.

Una vez que Amanda se levantó y ambas se asearon, bajaron al salón donde desayunaban los invitados.

Nada más entrar vieron a Philipa. Estaba pálida, bebiéndose una infusión, y con disimulo sonrieron. Si aquella bruja volvía a acercarse a su padre, tomarían medidas más drásticas.

Tras sentarse a la mesa junto a Cameron y Cristopher, que al verlas las abrazaron, oyeron que Roberta contaba los planes del día.

Habría varios juegos, la gallinita ciega entre otros, y también un concurso de baile.

—¡Qué divertido todo! —comentó Cameron.

—Mucho —convino Johanna.

Roberta continuó detallándoles las actividades que había programado para la fiesta y Amanda se dirigió a su hermana bajando la voz.

—¿Has hablado con el Bicho? —preguntó.

—No tengo nada que hablar con él.

—Tataaa...

—¡¿Qué?!

—¡Que se va!

—Pues que se vaya.

Amanda suspiró. A pesar de que se ponía siempre del lado de su hermana, en ese caso no estaba de acuerdo con cómo estaba haciendo las cosas.

—Os encontré haciendo mua-mua y dejasteis de hacerlo porque os avisé de que los Halcones subían a la habitación... —cuchicheó—. ¿Cómo no vas a tener nada que hablar con él, y más cuando dijo que se iba a marchar?

Johanna tomó aire. Lo que le ocurría ni ella misma lo entendía.

—Fue un momento tonto —gruñó.

—Pues para ser un momento tonto, te vi muy entregada...

—Amandaaa...

La aludida sonrió. Johanna no. Y luego esta última añadió:

—Él terminó hablando con Doriana, ¿o acaso no lo viste?

—Lo vi —afirmó Amanda—. Pero fue después de que tú te pusieras en plan bicha desagradable.

—Se lo merecía...

—Venga ya, tata...

—Amanda, ¡basta! Tu hermana soy yo, no él. ¡Fin del asunto!

Ella levantó las cejas. No creía lo que decía Johanna, y cuando iba a responder, Cameron preguntó dirigiéndose a ellas:

—¿Nos apuntamos a todo?

—¿Lo dudas? —musitó Johanna.

—Esa es mi chica —afirmó Cristopher.

Ella rio al oírlo.

—Mira que te gusta hacer rabiar a mi padre...

Cristopher asintió divertido.

—¿No te parece gracioso el modo en que achina los ojos cada vez que te llamo «mi chica»?

Ambos rieron y Roberta dijo entonces acercándose a ellos:

—Esta noche habrá un juglar que nos contará hazañas heroicas y amores imposibles, y mañana, antes del baile, vendrá un trovador que cantará y recitará.

—¡Oh, fantástico! —exclamó Amanda.

—Y ahora iremos al pueblo de compras. Os apuntáis, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —afirmó Johanna.

Cristopher, al oírlos, indicó levantándose:

—Voy a acercarme a ver a la familia. Os veré esta noche en el baile.

Una vez que él salió del salón, Johanna miró a Cameron y se interesó:

—¿Qué tal Cristopher y su padre?

Él, con disimulo, miró a los lados y, al ver que nadie los escuchaba, murmuró:

—Fatal, como siempre... Pero quiere ir a ver a su madre y a su hermano Raoul.

—Es comprensible —declaró Johanna.

Segundos después Cameron comió un poco de pan e indicó mirando a Amanda:

—Me muero por probar las galletas que hace Mery, la repostera.

Duncan y Megan entraron en el salón en ese instante con una mujer llamada Aldiena. Tras saludar a otros invitados que desayunaban en la enorme mesa, e intercambiar una mirada con Philipa, se acercaron a sus hijas con una sonrisa y, tras besarlas con cariño, su padre preguntó:

—¿Sabéis dónde está Alan?

—No —dijo Amanda.

—¿Acaso hemos de saber dónde está nuestro *niñero*? —preguntó Johanna.

Duncan negó con la cabeza. Era molesto que su hija continuara llamándolo así.

—No, cariño. Pero podríais haberlo visto o saber dónde estaba —indicó mostrando indiferencia.

—Por Dios, papá, ¡no digas tonterías! —se mofó Johanna.

—Yo nunca digo tonterías —replicó él molesto.

Megan suspiró al oírlo. Si Johanna y su padre comenzaban, no tendrían fin.

—Duncan... —susurró.

Este la miró y la entendió sin necesidad de que ella dijera nada más.

—Posiblemente ya se haya marchado como dijo, ¿no crees? —soltó Johanna.

Pero su padre negó con la cabeza.

—No. Al final cambió de opinión.

El corazón de Johanna se desbocó. Le encantaba saber que Alan seguía allí, cerca de ella, pero no dijo nada. Entonces la mujer que acompañaba a sus padres comentó:

—Me gustaría mucho volver a ver a Alan McGregor.

Johanna, al oír eso, quiso preguntarle para qué quería verlo, pero la mujer cuchicheó:

—Por lo que sé, no está casado, pero ¿sabéis si tiene enamorada?

Duncan tomó aire. Aquellos temas a él no le gustaban, y, mirando a su mujer, le pasó la pelota.

—Soltero y sin enamorada —respondió Megan.

Aldiena sonrió. Aquella era una buena noticia. Y Duncan, viendo que su hija Johanna los escuchaba con disimulo, agregó:

—Es un excelente guerrero.

—Oh, ¡y es tan apuesto! —exclamó Aldiena.

Duncan sonrió, Megan también, pero Johanna no; entonces oyó a su padre decir dirigiéndose a aquella:

—Tranquila. Encontraré a Alan y, si no tiene nada que hacer, os acompañará.

Aquello le sentó como un derechazo a la joven. ¿Cómo que las acompañaría? ¿A quiénes? Sin poder contenerse un segundo más, preguntó:

—¿A qué te refieres, papá?

En ese instante Alan entró por la puerta con McPherson. Ambos iban riendo por algo que decían. Y Duncan, evitando contestarle a su hija, lo llamó.

Desde donde estaba, Johanna vio que la mujer sonreía como una paviflor, y luego oyó a su padre decir:

—Alan, Aldiena y su hija quieren ir a Dornoch a recoger unos vestidos, y hemos pensado que tú, ya que anoche fuiste muy amable con ellas, podrías acompañarlas.

Sin dudarlo, él asintió. No tenía nada mejor que hacer.

—Aquí está mi hija, Milena Gordon —dijo entonces Aldiena.

Alan se volvió y sonrió. La hija de aquella mujer era una auténtica preciosidad. Una muchacha alta, con el pelo claro y unos dulces ojos azules.

—Señora, será un placer acompañaros —aseguró al instante con cortesía.

—Oh..., qué galante —afirmó aquella encantada de haber conseguido su propósito.

Johanna, al oírlo, casi se atragantó, y más cuando oyó a Roberta decir:

—Nosotros también vamos a ir al pueblo. ¿Podemos ir todos juntos?

—¡Qué excelente idea! —señaló Amanda.

Duncan asintió y, mirando a la madre de Milena, indicó:

—Si vais en grupo, será mucho mejor.

La mujer torció el gesto. Su intención era que su hija y aquel guapo guerrero estuvieran a solas para conocerse, pero tomó aire y declaró:

—Pues que así sea.

Johanna se movió en su silla inquieta. Lo último que quería era ir al pueblo con Alan y aquellas, y, al mirar a su hermana y ver que le sonreía, siseó:

—Te vas a tragar esa maldita sonrisita...

—¡Qué miedo! —se mofó ella mientras daba un mordisco a su galleta.

Una vez que la tal Milena se reunió con ellos, procedieron a las presentaciones. Pero para Johanna ver que la joven pestañeaba a Alan y que este le sonreía la estaba poniendo enferma.

—Uissss, qué bella es Milena Gordon —murmuró Amanda.

—¡Cierra el pico!

Conteniendo su enfado, Johanna prosiguió comiendo como si no ocurriera nada; al levantar la mirada, coincidió con la de su amigo Cameron y este afirmó:

—Tú eres mucho más mona.

Instantes después Roberta quedó con Milena y Alan en encontrarse en el exterior de la fortaleza, y cuando aquella y su madre se marcharon, Duncan comentó dirigiéndose a Alan:

—Bonita muchacha.

—Y de precioso cabello claro como el sol —matizó Megan.

—Sí —afirmó Alan intentando no mirar a Johanna.

McPherson, divertido, puso entonces una mano en el hombro de Alan y señaló:

—Algo me dice que ya tienes una bonita acompañante para estos días de festejos.

Todos rieron excepto Alan. En ese momento varias criadas pasaron para dejar pan y tocino recién horneado sobre la mesa y, al ver que aquellas miraban a Alan, McPherson murmuró:

—¡Qué exitazo el tuyo, muchacho!

El guerrero sonrió. Sabía de su éxito con las mujeres, pero, molesto por ver a Johanna hablando con Cameron, indicó:

—Si no os importa, voy a preparar mi caballo.

Una vez que él se dio la vuelta y se alejó, Megan se fijó en que Johanna lo observaba con disimulo a través de las pestañas. Aquella mirada fiera era la misma que la de Duncan. Y, bajando la voz, murmuró:

—No puede negar que es tu hija.

Su marido sonrió y, sentándose con su mujer y McPherson a la mesa, empezó a desayunar. Tenía hambre.

Capítulo 54

El trayecto al pueblo fue entretenido. Acompañado por varios de sus hombres, Alan custodió a aquellos y en especial a Milena hasta las tiendas de Dornoch. Todos querían comprar.

Mientras lo hacían, Alan decidió esperar con sus hombres en una de las tabernas. Las compras no eran lo suyo, aunque se moría por estar al lado de Johanna. Ella, ignorándolo, seguía riendo y divirtiéndose con el hijo de los anfitriones.

Milena y su madre fueron las primeras en terminar sus compras, y, cuando se presentaron en la taberna, Alan las atendió con galantería. Aldiena no paraba de lanzarle indirectas al guerrero. Le hizo saber que su hija estaba soltera y sin compromiso, que era la pequeña de tres hermanos y que estaba en la mejor edad para traer hijos al mundo. Incluso tuvo la osadía de cuchichearle que su hija se moría porque él fuera su acompañante esa noche en el baile.

Alan la escuchaba mientras Sean, uno de sus hombres, sonreía. Y cuando Aldiena se marchó a hacer una última compra y dejó a Milena en la taberna, miró a la muchacha, que no había abierto la boca, y preguntó viendo su vaso medio vacío:

—¿Quieres otra bebida fría?

Sin apenas levantar la mirada del vaso, ella afirmó:

—Si vos queréis, por supuesto.

—Milena, soy Alan, tutéame.

La joven asintió sonrojada y susurró llevándose la mano al cuello:

—Lo recordaré.

Sean y Alan intercambiaron una mirada, y en ese momento un hombre con un bebé en brazos entró en el local. Rápidamente se sentó al fondo de este y ocultó al niño como si quisiera pasar desapercibido.

—¿Qué tal se vive en Stirling? —preguntó Alan a la joven para darle conversación.

—Bien.

—¿Te gusta tu hogar?

—Sí.

—¿Naciste allí?

—Sí.

A cada pregunta que Alan hacía, Milena solo contestaba con monosílabos. Intentar mantener una conversación con aquella era imposible. Estaba claro que la joven había sido criada para ser una dama callada, sumisa y obediente.

—¿Has venido a la boda solo con tu madre?

—Sí.

—¿Y tu padre dónde está?

—Fue a Ullapool por negocios. Regresará para la boda.

Alan asintió y, acto seguido, ella soltó:

—Sé bordar, coser, toco dos instrumentos y canto. Soy ejemplar en obediencia, elegancia, entregada y diligente. Por lo que, si veis que os convengo como mujer y madre de vuestros hijos,

no dudéis en hablarlo con mi madre, que, a su vez, lo hablará con mi padre cuando venga.

Alan parpadeó sin dar crédito. Para ser la frase más larga que había dicho, mejor que se hubiera mantenido callada.

Lo último que él deseaba en la vida era una mujer como Milena. Aquella muchacha, a pesar de ser agradable, le daba sopor. Cuando iba a contestar, la puerta de la taberna se abrió y aparecieron Roberta, Cameron, Johanna y Amanda. Tras ella entró una mujer que, con gesto serio, fue directa hacia el lugar donde estaba el hombre con el niño y comenzó a discutir con él.

Como era de esperar, los ojos de Johanna y Alan se encontraron. Se retaron. Y cuando Amanda se dirigió hacia allí para sentarse a su mesa, Johanna terció:

—Mejor sentémonos en esta otra, Amanda.

La aludida asintió y, tras guiñarle un ojo a Alan, se alejó.

—Qué osadía tienen las McRae —murmuró Milena.

—¿Te parecen osadas? —preguntó Alan al oírla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas.

Divertido al oír lo que una joven casadera pensaba de otras, pidió:

—Dime alguna de esas cosas.

Milena asintió y, con coquetería, susurró retirándose el pelo del rostro:

—Cabalgan a horcajadas, cuando unas señoritas casaderas han de hacerlo de la forma correcta para mantener intacta su virtud hasta el matrimonio.

Aquello le hizo gracia a Alan. Casi todas las mujeres que conocía, excepto raras excepciones como Milena, montaban a horcajadas. Y esta añadió al verlas reír a carcajadas:

—Madre dice que tienen unos modales pésimos.

En la otra mesa Roberta comentaba divertida las vicisitudes de los preparativos de la boda.

—Madre desea que, tras la boda, Phil y yo durmamos sobre unas sábanas de hilo francés que encargó especialmente para nuestra noche, y que sobre ellas se esparzan pétalos para que cuando Phil me desflore, el olor que siempre recuerde sea el de cientos de flores.

—Lo estás diciendo de broma, ¿verdad? —cuestionó Cameron.

La joven negó con la cabeza.

—Menuda cursilada la de tu madre —opinó Johanna.

Los cuatro rieron divertidos y Amanda, al oír entonces una voz, se volvió y, mirando a la pareja del fondo, que discutía, se mofó:

—Esos seguro que no lo hicieron en sábanas de hilo francés.

Todos sonrieron divertidos por el comentario, y, al cabo, Roberta preguntó:

—¿Qué les ocurrirá?

Tras mirar a Alan y ver que hablaba con Milena, Johanna se fijó en la pareja del fondo. Verlos discutir no era agradable. Contempló al bebé que el hombre tenía en sus brazos y susurró:

—Pobre niño.

Todos asintieron y prosiguieron hablando hasta que Amanda, sin poder dejar de mirar a aquellos, al ver que el bebé pasaba de las manos de ella a las de él con cierta brusquedad, soltó:

—Como se les caiga el niño al suelo, juro que me van a oír.

De nuevo la mujer le quitó el niño al hombre. Rápidamente el hombre hizo lo mismo y, cuando comenzaron a forcejear, Johanna, incapaz de quedarse al margen, se levantó y se dirigió hacia ellos.

—¿Se puede saber qué os pasa? —inquirió.

La mujer miró a la joven.

—*Milady*, quiere arrebatarme a mi hijo —respondió con ojos llorosos.

Johanna miró al hombre con dureza, y este indicó:

—Es mi hijo, no el suyo.

—Maldito y desagradable patán —gruñó la mujer—. ¿Cómo puedes decir eso, cuando mis pechos rebosan de leche y ha crecido en mi interior durante meses?

—Mentirosa...

—¡Mal hombre! Eso eres tú.

Aquellos comenzaron a discutir de nuevo. Se decían cosas terribles delante de Johanna. Amanda se acercó entonces a su hermana y el hombre soltó:

—Si tocas a mi hijo, juro que te voy a matar.

De nuevo comenzaron a forcejear. El niño era lo que ambos querían. Entonces Alan se levantó y se dirigió también hacia ellos.

—Por todos los santos —exclamó—, ¡¿no veis que estáis haciendo llorar al niño?!

El crío lloraba, berreaba. Era un bebé muy pequeño, y Johanna, quitándoselo de los brazos al padre, se lo dio a la mujer y siseó:

—Dale de comer. Es lo mínimo que puedes hacer para calmarlo.

Rápidamente aquella se sentó y lo hizo. Alan miró al hombre, e iba a hablar de nuevo cuando la mujer, llorando, le susurró al pequeño:

—Tranquilo, mi amor..., ya estás con mamá.

El hombre, al oírla, comenzó a despotricar levantando la voz y Alan, para tranquilizarlo, lo cogió junto a Sean del brazo y lo apartó. El bebé se merecía comer con tranquilidad.

La mujer, al ver que los hombres se llevaban a aquel, que se resistía como podía, miró a Johanna con los ojos llorosos y murmuró:

—Es mi bebé. Mi varón. Él solo quiere que crezca para esclavizarlo en la herrería. Me..., me lo dijeron mis padres, pero yo no quise escucharlos. Me dijeron que ese hombre, una vez que le diera un hijo, me ignoraría, pero yo..., yo... no los creí. Y ahora pretende separarme de mi hijo.

Amanda miró a su hermana conmovida. Las historias como aquella estaban a la orden del día. Tocó con mimo la cabecita del pequeño y preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Murdo —contestó ella. Y, temblando y llorando con desesperación, insistió—: Yo..., yo solo deseo regresar a mi hogar con mis padres y mi hijo. Quiero criarlo y darle amor. Quiero que sea un niño feliz, porque seremos pobres, pero amor no nos falta.

Conmovida por sus palabras, Johanna asintió. Puso la mano sobre el hombro de aquella y afirmó:

—Tranquila. Te ayudaremos.

—Gracias..., gracias..., gracias..., *milady*.

—¿De dónde eres? —preguntó Amanda.

—De Thurso.

Amanda y Johanna se miraron. Thurso estaba al norte de Dornoch. Cameron se unió entonces a ellas y terció:

—Puedo hablar con mi padre. Seguro que un par de guerreros pueden acompañarla hasta su hogar.

La mujer negó con la cabeza.

—No hace falta, señor. Mi hermano Ryan ha venido a buscarme. Está aquí, él nos acompañará.

Johanna asintió y, parando a una de las camareras, le preguntó:

—¿Dónde está la puerta trasera?

—En la cocina, *milady*.

Amanda y Johanna se entendieron.

—No creo que sea buena idea —dijo la primera.

Johanna resopló. No pensaba como su hermana, pero Amanda insistió:

—Espera a que Alan regrese y...

—¡Amanda! ¡Vale!

La aludida miró a su hermana. Y esta, consciente de que lo hacía por llevarle la contraria a Alan, insistió:

—¿Acaso ese ha de decirme lo que he de hacer?

—No, Johanna, pero...

—Lo que piense el niñero me da igual. Tengo mis propios pensamientos en lo referente a lo que le está ocurriendo a esta mujer, y no hay más que hablar.

—Pero, Johanna...

—Amanda —la cortó—. Como tú siempre dices, todo lo que ocurre tiene su plan secreto, aunque nosotros no lo sepamos.

Ella resopló y Johanna, conmovida por la dura situación de aquella mujer, se quitó el pañuelo verde que llevaba sobre los hombros, se lo entregó para tapar al bebé y dijo:

—Vamos. Sal por la puerta trasera, busca a tu hermano y marchaos de aquí antes de que ese hombre te encuentre.

—¡Johanna! —gruñó Amanda.

—He dicho que se vaya —insistió la primera.

La mujer, con diligencia, envolvió al pequeño y, obedientemente, corrió hacia las cocinas y salió por la puerta trasera. No había tiempo que perder.

Una vez que aquellos se quedaron solos, volvieron a sentarse a su mesa. Pasados unos minutos la puerta de la taberna se abrió y Alan entró con el hombre, que parecía más tranquilo. Sin embargo, este gritó de pronto:

—¡¿Dónde está mi hijo?!

Alan miró a Johanna de inmediato y, acercándose a ella, iba a preguntar cuando esta dijo:

—La mujer se ha marchado. No hay más que hablar.

—Por Dios, Johanna...

—¡¿Qué quieres, niñero?! —gritó esta levantándose.

Ambos se miraron con desafío mientras el hombre, desesperado, buscaba por la taberna. De nuevo el reto estaba en sus miradas.

—¿Qué narices has hecho? —siseó Alan.

Johanna se encogió de hombros y, con seguridad, respondió:

—Dejar que una madre que va a cuidar a su hijo se lo lleve. Eso he hecho.

Alan se llevó las manos a la cabeza atónito y ella, mirando al hombre, que buscaba desesperado a su hijo, preguntó:

—Pero ¿no ves que miente?

—No miente.

Johanna tomó aire.

—Estás equivocado —replicó—. Reconozco a un mentiroso a la legua.

—¡Maldita sea, Johanna!

—Por san Fergus, deja de dramatizar —siseó ella.

En ese instante la puerta de la taberna volvió a abrirse y entró otra mujer; en sus ojos se veía el agotamiento. Corrió hacia el hombre, que no paraba de gritar, y preguntó:

—¿Dónde está Arran?

Johanna, al ver aquello, miró rápidamente a Alan y este, furioso y desencajado, siseó:

—Ella es la madre del bebé, no la otra mujer. Y puedo ser tonto en muchas cosas, pero no en reconocer el sufrimiento de un padre.

Aquello era lo último que Johanna esperaba, y Amanda, entendiendo el engaño, tras dar un empujón a su hermana para que reaccionara, dijo dirigiéndose a Alan:

—Ha salido por la cocina. La alcanzaremos.

Sin tiempo que perder, corrieron hacia la puerta trasera. Una vez que la abrieron, vieron que un caballo se alejaba raudo, y Johanna, reconociendo el color verde de su pañuelo, señaló:

—Es aquella.

Como alma que lleva el diablo, entraron de nuevo en la taberna. Debían coger sus caballos para alcanzarla. Johanna, que vio a la pareja llorar con pesar, se acercó a ellos y dijo:

—Nunca me perdonaré lo que he hecho, pero os juro que regresaré con vuestro hijo. —Y, mirando a sus amigos, indicó—: Roberta, Cameron, quedaos con ellos.

Acto seguido salió de la taberna y, montándose en su caballo, partió al galope.

Sean, Amanda, Alan y Johanna, con los talones clavados en sus respectivas monturas, poco a poco se acercaban a la mujer. Sus caballos nada tenían que ver con el que aquella llevaba, y en cuanto la rodearon Johanna agarró con fuerza las crines del animal, lo paró y, bajándose de su montura, siseó:

—Maldita mentirosa, ¡te voy a matar!

—Pero, *milady*, ¡¿qué decís?!

Sin contemplaciones, Johanna tiró de la mujer para bajarla del caballo. Al hacerlo, rápidamente cogió al bebé y, pasándoselo a Alan, que estaba a su lado, dijo al tiempo que la empujaba:

—Me has engañado. No es tu hijo y has jugado con mis sentimientos.

—Y con los míos —apostilló Amanda enfadada.

—*Miladies*, es mi bebé, pero ¿qué decís? ¿Acaso no veis mis pechos llenos de leche?

—Lo que veo es a una sinvergüenza a la que le voy a cortar la lengua —masculló Amanda entendiendo su error.

Alan, que había podido hablar con el padre del bebé, y que se había tomado aquello como algo muy personal, tras abrir el pañuelo verde y ver la marca en forma de medialuna que el pequeño tenía en el muslo derecho, preguntó conteniendo sus ganas de matarla:

—Si es tu hijo, dime qué marca de nacimiento tiene y dónde.

Aquella parpadeó, y Alan insistió furioso:

—¡Dilo, maldita sea!

La mujer balbuceó. No sabía qué responder, y Alan, que miró a Johanna, declaró:

—Athol y Clarise tuvieron a Arran hace un mes. Pero los pechos de Clarise se secaron de leche porque está enferma y tuvieron que viajar de Tain a Dornoch en busca de alguien que pudiera amamantarlo. Así conocieron a Uche. Ella había sido madre, pero su hijo había muerto, y...

—Y... —lo cortó Johanna— decidió quedarse con Arran.

—Así es —afirmó Alan.

Amanda, al oír eso, empujó a la mujer. Cualquier tema en el que estuviera implicado un niño la revolvía por dentro. Se sacó la daga, pero Alan la detuvo y dijo con seguridad:

—No, Amanda. Esta mujer ha de ser ajusticiada como se merece.

Poco después, una vez que regresaron a la taberna, mientras Amanda y Sean entregaban a la tal Uche a las autoridades para que pagara por lo que había hecho, Johanna y Alan entraron en la taberna con el bebé.

Athol y Clarise rápidamente se levantaron. Con amor Johanna le entregó el bebé a sus padres.

—Lo siento —murmuró—. Siento mucho haberme equivocado.

Aquellos asintieron. Ahora eso ya les daba igual, lo único importante era que habían recuperado a su hijo. Y, cuando estos se marcharon, Alan miró a Johanna con rabia.

—¿Acaso alguna vez contemplas la posibilidad de que puedas equivocarte? —inquirió.

Ella no contestó. No podía. Por llevarle la contraria podría haber ocasionado un daño terrible.

—Antes de actuar, hay que pensar... —siseó Alan furioso justo delante de su cara—, cotejar las informaciones y buscar la verdad.

La joven asintió y miró a su hermana. Amanda le había dicho que no lo hiciera. Consciente de su equivocación, afirmó asumiendo su error:

—He errado. Lo sé. Les he pedido disculpas y...

—Y si yo no hubiera estado aquí, ¿qué habría pasado?

Johanna lo miró. La respuesta a esa pregunta era horrible.

—Lo que habría pasado, señorita Libre Como el Viento, es que habrías privado a unos padres de su hijo y a un niño inocente de sus padres, y a saber qué mala vida habría llevado, simplemente porque así lo habrías decidido tú. Eso es lo que habría pasado —sentenció Alan.

Al ver aquello Cameron se disponía a intervenir, debía interceder por Johanna, pero Alan dijo mirándolo:

—Si no te importa, estoy hablando con ella, y me gustaría que siguiera siendo así.

Cameron asintió intimidado por el guerrero y Johanna, a quien le faltaban las palabras, susurró mirando a Alan:

—Lo siento. Siento haber actuado sin pensar. Y juro por Dios que agradezco que tú estuvieras aquí para enmendar mi error.

Alan asintió. Pero estaba enfadado, mucho, y replicó:

—Piensa antes de actuar, Johanna. Te harás un favor a ti y a los demás.

Y, dicho esto, el guerrero se dio la vuelta y, mirando a Milena y a su madre, que lo esperaban, dijo modulando su tono de voz:

—*Miladies*, regresemos. Ya es tarde.

***

Esa noche Johanna no quiso asistir a la fiesta. Una vez que llegó al castillo, sin dudarlo les contó a sus padres lo ocurrido. Era mejor que lo supieran por ella, puesto que terminarían enterándose.

Duncan y Megan se molestaron y la regañaron. Solo por llevarle la contraria a su niñero, como ella decía, Johanna había estado a punto de ocasionar una desgracia familiar. Algo que ella misma no se perdonaba.

Capítulo 55

Al día siguiente, después de que Alan fuera a Dornoch a visitar a Athol, Clarise y Arran y comprobara que estaban bien y, sobre todo, que la mujer que les había buscado cumplía con su tarea de amamantar al pequeño, regresó a la fortaleza más tranquilo.

La injusticia era algo que nunca le había gustado, y menos cuando en ella había padres e hijos involucrados. Si podía ayudar a los que lo necesitaban, ¿por qué no hacerlo?

Al llegar a la fortaleza se encontró con Milena Gordon y su madre. Armándose de paciencia, paseó un rato con ellas hasta que se despidió hasta la noche. Las vería en el baile. La muchacha era agradable y comedida y, en cierto modo, le daba pena. Pero la madre era insufrible. Por el modo en que lo miraba y las cosas que decía, se notaba que no hacía más que ofrecerle a su hija como si fuera una oveja. Eso a Alan no le gustó. No buscaba esposa, y menos una con una madre como aquella.

Una vez que las dos mujeres desaparecieron por la puerta del castillo, él se disponía a hacer lo mismo cuando llegó a sus oídos un jaleo de risas. Se encaminó con curiosidad hacia el lugar de donde procedía el bullicio y llegó a la parte trasera del castillo, donde vio que se estaba disputando un torneo de tiro con arco.

Inmediatamente divisó a Johanna entre los participantes. Verla divertida bromeando, tras intuir su pesar del día anterior, lo tranquilizó y le hizo gracia, hasta que la risa se le borró de los labios al ver de nuevo que el hijo de los anfitriones y el tal Cristopher estaban junto a ella e incluso la abrazaban.

—Alan...

Al oír su nombre se volvió. Era Sean, uno de sus hombres, que, acercándose a él, dijo:

—Amadeus está mal.

—¿Qué le ocurre?

Sean negó con la cabeza con gesto de preocupación.

—Está ardiendo y no para de temblar.

—Pero ¿no estaba mejor? —preguntó Alan.

—Eso parecía. Pero esta mañana ha amanecido mal.

De inmediato Alan se olvidó de la fiesta y acompañó a Sean hasta la zona del campamento donde descansaban sus hombres junto a los de Duncan. Al llegar vio a Amadeus enroscado en su manta, dormido y temblando.

—Había pensado en decírselo a la señora McRae por si ella podía tratarlo, pero antes de molestarla quería preguntártelo a ti —indicó Sean.

Alan asintió. Era una buena idea. Megan los podría ayudar.

—Iré a buscarla —dijo con diligencia.

Caminó deprisa entre la gente de la fiesta, pero no veía ni a Duncan, ni a Megan, ni a Amanda. Solo veía a Johanna, que estaba compitiendo en el concurso de tiro con arco.

Alan no desistió y prosiguió buscándolos. Necesitaba a Megan para que lo ayudara con su hombre. Sin embargo, al cabo de un rato, desesperado al no verla por ningún lado, decidió

preguntarle a Johanna. Ella sabría dónde estaba.

Cuando consiguió meterse entre el gentío ella acababa de tirar, y estaba sonriendo cuando sus ojos y los de Alan se encontraron. Para la joven, recordar lo ocurrido el día anterior no era fácil y, al verlo tan serio, decidió cambiar su actitud con él, pero, sin acercarse, levantó la voz y preguntó:

—¿Quieres algo?

—Busco a tu madre.

Ella asintió. Sus padres habían ido junto a Amanda y McPherson a saludar a un conocido que vivía en Dornoch.

—No está —respondió.

Alan resopló. El bullicio allí era tremendo.

De pronto Cameron agarró a Johanna de la cintura y exclamó:

—Solo te queda un tiro... Si no fallas, ¡ganarás a Cristopher!

Johanna sonrió. Adoraba a Cristopher, pero sabía cuánto lo enfadaba que ella lo ganara. Miró a Alan, que estaba pensativo, y dijo:

—Tranquilo, que voy a ganar.

Cameron soltó una risotada.

Cristopher lanzó y su tiro fue preciso y acertado. Todos aplaudieron ante aquello, y más cuando dijo:

—Mi preciosa chica, intenta superar eso.

Johanna, consciente de que era su turno, volvió a mirar a Alan, que dirigía la vista al suelo pensativo con las manos en las caderas. Y, sin dudarlo, gritó:

—Alan, ¿qué necesitas?

Al oírla él la miró e indicó a voces:

—¡Necesitaría hablar con tu madre!

—¿Para qué?

—Vamos, Johanna..., ¡te toca! —apremió Cameron.

Viendo que todos esperaban a que ella lanzara, Johanna sacó una flecha y se colocó en la marca. Pero, de forma inconsciente, miró a Alan y vio la seriedad en su rostro. Algo ocurría, lo sabía. Para terminar con aquello rápidamente, sin centrarse en lo que hacía, soltó la flecha, que erró, y dejando el arco sobre la mesa declaró:

—Enhorabuena, Cristopher, ¡eres el vencedor!

Sin dar crédito, Cameron preguntó al ver aquello:

—Pero ¿qué has hecho?

Mientras todos aupaban y felicitaban a Cristopher por su triunfo, Johanna, obviando la pregunta de su amigo, se metió entre la gente y llegó a donde estaba Alan, y preguntó mirándolo:

—¿Qué ocurre?

El bullicio por el triunfo era atronador cuando Cristopher llegó hasta la joven y preguntó:

—Pero, mi chica, ¿por qué has errado el tiro?

Johanna lo miró. Cristopher la conocía bien, sabía que ella nunca fallaba. Señaló a Alan y declaró:

—Porque algo me dice que en este momento lo que le ocurre a él es más importante que ser la ganadora.

Sorprendido por esa contestación, Alan la miró, y Cristopher se disponía a hablar cuando Johanna dijo con voz autoritaria:

—¿Podrías dejarnos un segundo a solas?

Sin dudarlo, su amigo asintió. Pero antes, y con comicidad, hizo aquel gesto tan suyo de cuando uno ganaba, que era ponerse el dedo índice en la nariz. Eso hizo sonreír a Johanna. Cuando aquel se alejó sonriendo, ella miró a Alan y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Alan, estupefacto porque una vez más aquella le había demostrado que ganar le gustaba, pero no a costa de cosas importantes, se tocó el pelo con la mano y dijo:

—Amadeus está muy pálido y tiene temblores. Por eso necesito a tu madre. Ella sabrá qué hacer.

Johanna asintió. Su madre con seguridad tardaría un rato en regresar.

—Yo puedo ayudarte —ofreció mirándolo.

—¡¿Tú?!

La joven asintió.

—Al igual que nos han enseñado a sujetar una espada, también nos han enseñado las propiedades curativas de las plantas y a saber tratar a un enfermo.

Sorprendido por aquello, Alan parpadeó. ¿En serio?

Entonces vio que Sean se acercaba a él a la carrera.

—Amadeus está convulsionando... —dijo.

Alan miró a Johanna y esta, con seguridad, señaló:

—Seguramente es por la fiebre. Id y ponedle un paño entre los dientes para que no se los parta. Yo iré a la habitación de mis padres a por la talega de medicinas.

Sean y Alan se marcharon corriendo y, cuando ella comenzó a caminar, Cameron se le acercó.

—Oye, listilla —protestó—, me has hecho perder varias monedas. ¿Adónde vas?

—Cameron —lo cortó Johanna—, ahora no.

—¿Qué pasa?

Rápidamente le explicó la situación a aquel y, una vez que bajaron de la habitación con la talega, Cameron dijo:

—Tus prisas son por el niñero, ¿verdad?

—No digas tonterías, y no lo llames así.

—Johanna, que te conozco..., y Cristopher también.

Ella sonrió y, recordando lo que había hablado con su padre la noche anterior, aclaró:

—Solo intento ayudar a quien lo necesita. Y uno de sus hombres me necesita.

Cameron sonrió y ella, entendiéndolo, insistió para dar el tema por zanjado:

—Luego te busco.

—¿No quieres que vaya contigo?

Johanna negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ves una gota de sangre y te caes redondo. Y con una persona que atender tengo bastante.

—Perra...

—Diviértete. —Ella sonrió—. Y cuando veas a mi madre le dices dónde estoy.

Finalmente Cameron se fue por su lado y ella por el suyo. Con paso acelerado, llegó al lugar donde se encontraban los guerreros de Alan, que estaban junto con los de su padre. Al verla aparecer, los hombres la saludaron. Las hijas de su señor siempre eran agradables con ellos. Y cuando Johanna vio a Alan, fue hasta él.

—Ya estoy aquí.

Alan estaba inquieto. La palidez de Amadeus era realmente preocupante. Johanna se agachó junto al enfermo y comenzó a examinarlo. Le abrió los ojos, la boca, y, tras tocarle la frente y ver que estaba ardiendo, indicó:

—Ayúdame a desenroscarlo de la manta.

—Pero tiene frío —dijo Alan.

Aunque Johanna asintió con la cabeza, insistió:

—Es necesario hacer lo que digo para que el calor salga de su cuerpo y deje de temblar. Confía en mí.

Él accedió sin dudarlo. Ayudó a Johanna a desenroscar a Amadeus y, ya sin la manta, cuando el hombre temblaba como una hoja, esta dijo:

—Necesito agua fría y paños de tela. Hay que bajarle la fiebre. También necesito distintos recipientes con agua muy caliente para que maceren determinadas hierbas.

Al quedar Amadeus expuesto, Johanna se fijó en uno de los vendajes de su estómago. Estaba sucio y renegrido. Amadeus había sido herido cuando los atacaron al escoltar a Jéremie y su familia.

—¿Desde cuándo no se cambia este vendaje? —preguntó mirando a Alan.

—No lo sé. De sus curas se ocupa él.

Sacándose la navaja de la bota que llevaba, Johanna cortó el vendaje y, cuando la fea herida quedó expuesta, declaró:

—Tiene una infección. Seguro que esa es la causa de su malestar y de la fiebre.

Con diligencia la joven buscó en la talega y, sin dudarlo, echó unos polvitos grises por encima de la herida infectada. Instantes después Amadeus empezó a agitarse. Aquello que le habían echado le ardía, y Johanna, mirando a Alan y a Sean, pidió:

—He de raspar la herida un poco para quitarle lo podrido y le va a molestar.

Un guerrero llegó entonces hasta ella con un caldero de agua fría.

—¿Y los paños? —inquirió Johanna.

El guerrero la miró con cara de no saber, y la joven, entendiendo su silencio, se levantó del suelo y dijo:

—Vale. Comprendo.

Sin importarle quién mirara, se levantó las faldas y Alan preguntó sin dar crédito:

—Pero ¿qué haces?

—¡¿Tú qué crees?!

—Johanna...

Desabrochándose la incómoda enagua que llevaba bajo la falda, cuando esta cayó al suelo la cogió y, tirándosela a la cara a aquel, replicó:

—Déjate de remilgos absurdos, necesitamos paños.

Al entenderla, él asintió y, mirando a Sean, que estaba tan boquiabierto como él, indicó:

—Hagamos paños.

Otros guerreros fueron llegando con recipientes de agua caliente. Sin hablar, y concentrada en lo que hacía, Johanna sacó de la talega distintas hierbas, que comenzó a echar en los diferentes cazos de agua hirviendo.

Alan la observaba curioso. Nunca habría imaginado que pudiera saber de aquello, por lo que, inquieto, preguntó:

—Sabes lo que haces, ¿verdad?

Johanna no contestó. Solo lo miró.

Limpió y curó la fea herida de aquel, untándole un ungüento que haría que mejorara. Con

paciencia, le dio de beber distintos brebajes. En un principio Amadeus no abría la boca, pero Johanna, con habilidad, hizo que la abriera y tragara. Necesitaba beber aquello para que su cuerpo sanara.

Sin descanso, estuvieron toda la tarde cuidándolo. Alan y Johanna no se hablaban, pero se entendían a la perfección, y juntos formaban un buen equipo. Cuando Amadeus comenzó a recuperar el color, en una de las ocasiones que abrió un ojo susurró:

—*Milady*, ¿os han dicho alguna vez lo hermosa que sois?

Johanna sonrió.

—¡Amadeus! —gruñó Alan.

Pero el guerrero, cegado por la fiebre, prosiguió diciendo todo lo que se le ocurría, y Johanna, al ver el gesto de Alan, indicó:

—Las fiebres lo hacen delirar. No le tengas en cuenta lo que dice.

Un buen rato después, cuando Amadeus dejó de temblar y su cuerpo adormilado parecía relajarse, Alan, que estaba sentado frente a Johanna, comentó:

—Nunca imaginé que tú sabrías tratar algo así.

Ella sonrió. Por suerte, sabía hacer más cosas de las que muchos imaginaban.

—Para que veas que no solo soy una impertinente que a veces actúa sin pensar —afirmó mirándolo.

—¿Solo «a veces»?

Johanna suspiró. Le gustara o no, él tenía razón.

—Lo cambio por «muchas veces» —señaló.

Ambos sonrieron, y Alan preguntó mirándola:

—¿Por qué se lo dijiste a tus padres?

Johanna lo miró sorprendida.

—Lo sé porque ellos me lo han contado esta mañana en el desayuno —aclaró Alan.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Tarde o temprano se habrían enterado.

—Yo no pensaba decirles nada.

—¿En serio?

—Totalmente en serio, aunque sea tu *niñero* —afirmó aquel.

Ella lo miró con una sonrisa. Alan era buena persona. Con ella siempre demostraba aguante.

—Te pido disculpas por ello.

—Si no me lo vuelves a llamar, estás disculpada.

Johanna asintió. Su intención era esa.

—Se lo conté a mis padres por Milena y su madre —dijo—. Intuí que estarían como locas por explicárselo a ellos y a todos los que quisieran escucharlas.

Alan sonrió. Ella se les había adelantado, y Johanna, viendo que Amadeus dormía profundamente, añadió:

—Te pido de nuevo disculpas por lo de ayer. Actué sin pensar.

—A mí no me hace falta. Las disculpas eran necesarias para los padres de Arran. Cosa que hiciste y te honró.

Ella asintió y, sincerándose como su padre le había pedido, agregó:

—Lo hice por llevarte la contraria.

Alan no se sorprendió, y afirmó sonriendo:

—He de decirte que eso sabes hacerlo muy bien.

Ambos sonrieron y ella, pensando en los padres del niño, preguntó:

—¿Sabes si la familia de Arran está bien?

—Los he visitado esta mañana.

—¿En serio?

Alan asintió.

—Clarise necesitaba que la viera un médico. Por lo que les busqué un doctor y también una mujer que pueda amamantar a Arran hasta que lleguen a Fort William. Athol es herrero y le he ofrecido un trabajo en mi hogar.

Boquiabierta por aquello, Johanna murmuró:

—Es bonito eso que has hecho.

Alan sonrió y se encogió de hombros.

—Si puedo ayudar a quien lo necesita, ¿por qué no hacerlo?

Conmovida, Johanna sonrió. Las personas de buen corazón siempre le habían gustado.

—¿Por qué sabías que el hombre no mentía? —preguntó con curiosidad a continuación—. ¿Por qué creíste que Arran era su hijo?

Él la miró. Responder a eso era rascar dentro de su corazón.

—Simplemente cotejé la información.

Acto seguido se quedaron en silencio, hasta que de pronto el guerrero dijo envalentonándose:

—He visto que eres muy amiga del hijo de los anfitriones y de ese tal Cristopher.

—Cameron y Cristopher son unos amores —explicó ella—. Nos conocemos desde niños y nos tenemos mucho aprecio, aunque mi padre a Cristopher no lo pueda ni ver.

Alan asintió. Esa respuesta lo descuadraba más aún.

—¿Qué tal tu mañana con Milena y su madre? —preguntó ella entonces. El guerrero la miró y ella añadió—: He podido ver cómo os alejabais para pasear.

Aquello le hizo gracia a Alan, que, encogiéndose de hombros, dijo:

—Milena es una muchacha agradable, pero su madre...

Ver el gesto de aquel le divirtió a Johanna.

—Nunca entenderé cómo algunos padres quieren vender a sus hijas... —opinó este—. Su madre, en este caso, echándola a mis brazos.

Johanna lo entendió. A menudo la mujer era moneda de cambio para muchas cosas.

—De ahí mi suerte con los padres que tengo —afirmó.

Alan asintió. Sin duda tenía razón.

—Nunca podría desposarme con una mujer como Milena —dijo mirándola.

—¿Por su madre? —se mofó Johanna.

Él negó con la cabeza y, con una sonrisa, clavó los ojos en ella e indicó con decisión:

—Milena es de las mujeres que solo hacen lo que se les pide y solo hablan si se les da permiso, y eso a mí particularmente me aburre.

—¿Te aburre?

—Sí.

—¿Y puedo saber por qué?

Alan asintió y, consciente de que necesitaba decir eso, soltó:

—Porque me gustan las mujeres con carácter y decisión..., como tú.

Johanna lo miró. ¿Había oído bien? Y Alan, sabiendo lo que había dicho, añadió:

—Sé que dije que tus padres no te habían criado bien, pero ahí me equivoqué. Posees cualidades que me agradan, aunque existan otras que me enciendan.

Boquiabierta por oír eso, a Johanna se le aceleró el corazón.

—¿Acaso la fiebre y el delirio los tienes ahora tú? —murmuró.

Ambos sonrieron y acto seguido la joven, dejándose llevar por el momento, soltó:

—No puedo dejar de pensar en ti.

Ahora el boquiabierto fue él, que musitó:

—¿Por qué siempre tienes que decir las cosas antes de que las diga yo?

—Porque me gusta ser la primera. Ya lo sabes.

Ambos sonrieron.

—Tú y tu competitividad —cuchicheó Alan.

Gustosos, sonrieron. De nuevo quedaba patente que entre ellos existía algo muy especial.

—Si no me he ido y sigo aquí es por ti, no por las cuatrocientas ovejas —dijo Alan a continuación.

Nerviosa y conmovida, Johanna asintió y luego preguntó:

—¿Por qué siempre terminamos discutiendo?

—Porque te enfadas por todo.

—¡Ya empezamos!

Alan asintió divertido.

—Creo que nuestro problema es que ambos tenemos mucho carácter y, cuando nos juntamos, no pensamos, sino que simplemente actuamos.

—Estoy de acuerdo contigo. Y, aunque esté fatal decirlo, esta mañana habría matado a Milena cuando la he visto paseando del brazo contigo.

—Pues ya que nos sinceramos —cuchicheó Alan—, he de decirte que, por el modo en que te miran y te siguen siempre, Cameron y Cristopher no son santo de mi devoción.

Ambos se miraron; acababan de poner las cartas sobre la mesa. Por fin eran capaces de comunicarse mostrándose como algo más que rivales; entonces Alan susurró:

—En este instante muero por besarte.

—Ya somos dos.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio —afirmó Johanna, que se estaba dejando llevar por el dulce momento —. Incluso te llamaría algo cariñoso como «aguafiestas», «bicho» o... «amor».

Sin poder remediarlo, se miraron con intensidad. Aquella mirada decía todo lo que callaban.

—Si puedo elegir, me quedo con «amor» —murmuró Alan—. Me agrada cómo suena de tus labios.

Continuaron mirándose durante un largo instante en silencio, hasta que él dijo:

—Tus padres acaban de llegar, y vienen hacia aquí.

Johanna se volvió. Sus padres y su hermana se acercaban.

—Voy a hablar con tu padre con respecto a mis intenciones hacia ti —añadió Alan.

La joven, que vio el gesto serio de su padre, negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra.

Alan, a quien las mentiras no le agradaban, repuso:

—Pero, Johanna, lo estoy engañando. Él cree que...

—Alan —lo cortó—, si hablas con él, te matará.

—¡Venga ya, Johanna!

—Alan —insistió ella—. Él mismo te ha pedido que me custodies porque te has encargado de hacerle saber ver que no te intereso... ¿Cómo crees que se sentirá? Maldita sea, Alan, que mi padre es ¡el Halcón! Y no hay nada que lo enfurezca más que el engaño y la gente deshonesta.

Alan suspiró.

—Prométeme que no dirás nada y esperarás a que yo hable con él —pidió la joven.

—Johanna.

—¡Prométemelo! —insistió.

Finalmente el guerrero así lo hizo, y Johanna murmuró gustosa:

—Lo mejor es que papá y todos sigan pensando que no nos soportamos.

Se quedaron unos instantes sin hablar, hasta que Alan, viendo que aquellos se acercaban y el tiempo juntos se les agotaba, susurró:

—Nos vemos esta noche después de la cena, en la playa, donde las rocas.

—De acuerdo —convino ella.

—Pero sin retos ni discusiones. ¿Vale, Bicha?

—Bueno..., eso no sé. —Ambos rieron por aquello y luego ella afirmó—: ¡Te lo prometo!

La familia llegó hasta ellos y Megan preguntó agachándose:

—¿Qué ha pasado?

Johanna la miró.

—Pues lo de siempre, mamá —contestó Johanna—. Que los hombres no saben cuidarse.

Alan la miró y, entrando en su juego, indicó:

—No estaría mal que no generalizaras.

Ella se volvió hacia él y, disimulando su buena sintonía ante aquellos, soltó desafiante:

—Oh..., el *niñero* está ofendidito.

—¡Johanna! —gruñó su madre.

—Uis..., ¡pero qué bien lo estáis pasando! —se mofó Amanda.

Alan parpadeó, y Duncan, viendo aquello, intervino:

—¡Johanna! ¿Acaso has olvidado lo que hablamos?

La joven miró a su padre. Después a su madre. Y encogiéndose de hombros respondió:

—Si te refieres a pedirle disculpas por lo ocurrido ayer, ya lo hice. En cuanto a llamarlo «niñero» o no, no sé dónde le veis el mal. ¿Acaso no está aquí para vigilarnos a Amanda y a mí y hacer de niñero?

Cada vez que oía aquella palabra, Alan resoplaba, les hacía ver cuánto le molestaba.

—Lo que está claro es que te encanta incomodarme —siseó.

—Posiblemente —afirmó Johanna levantando una ceja.

Acto seguido ambos comenzaron a discutir. Aquello se les daba de lujo. Y Duncan, incómodo por no saber qué hacer con su hija, dijo tras tomar aire:

—Haya paz, por favor... ¿Qué ha ocurrido aquí?

Alan y Johanna se miraron retándose, hasta que finalmente ella le contestó a su padre:

—Por lo que he podido ver, Amadeus llevaba dos días sin cambiarse el vendaje. Debió de abrírsele e infectarse durante el camino y eso le provocó fiebre y temblores. Lo he cosido de nuevo y desinfectado y la fiebre le ha bajado.

Megan negó con la cabeza. Miró a aquel, que ahora dormía, e indicó:

—Le dije que se lo cambiara todos los días y se pusiera el ungüento que le di.

—¡Hombres! —musitó Amanda, ganándose una mirada de Alan y de su padre.

Los cinco guardaron silencio hasta que la joven, tras recoger las cosas de la talega de su madre, dijo incorporándose:

—Me he perdido varios juegos de la fiesta. Incluso he dejado que Cristopher me ganara en el tiro con arco. Pero he creído que era mi deber atenderlo.

—Has hecho bien —declaró su hermana.

Johanna sonrió y Alan, mirándola, empezó a decir:

—Te agradezco mucho tu...

Sin dejarlo terminar, ella se dio la vuelta y se alejó con Amanda. Al verlo, Duncan se disponía a hablar, pero Alan se le adelantó.

—Aunque sé que no te gusta oírlo, he de decirte que la educación de tu hija, en ocasiones, deja mucho que desear.

Duncan no supo qué responder. Johanna se había comportado como una impertinente y, cuando Alan se alejó, Megan se agarró del brazo de su marido y murmuró:

—Sinceramente, cariño, creo que lo que hubo, una vez más, Johanna se lo ha cargado.

Él asintió. En eso estaba de acuerdo con su mujer.

Capítulo 56

Aquella noche Johanna estaba nerviosa durante la cena. Había quedado con Alan una vez que aquella terminara, y se las tenía que ingeniar para que nadie la viera salir, empezando por sus padres. Por ello, buscando la complicidad de su hermana, cuando Cameron se levantó de su lado porque su padre lo había llamado, bajó la voz y dijo tocándose la cabeza al ver que Cristopher no podía oírla:

—Tienes que ayudarme.

Amanda la miró y, viendo su gesto, preguntó:

—¿Te encuentras mal?

—No.

Las hermanas se miraban cuando Johanna cuchicheó:

—He quedado con el Bicho en la playa después de la cena y...

Amanda se sorprendió.

—Cambia el gesto ¡pero ya! —susurró su hermana.

Rápidamente obedeció y, tras tragar lo que tenía en la boca, murmuró:

—Entonces, lo que ha ocurrido antes entre vosotros...

—Era un teatrillo.

—Como se enteren los Halcones, os van a matar...

—Posiblemente —afirmó Johanna.

Amanda miró entonces a Alan, que estaba sentado al fondo de la mesa junto a Milena.

—Me gusta mucho el Bicho —comentó.

Johanna sonrió y, sin querer mirar hacia donde Alan estaba, declaró:

—A mí también.

—¿Te acelera el corazón?

—Y lo que no es el corazón...

—¡Tataaa! —se mofó Amanda.

Las hermanas se miraron. Era la primera vez que hablaban en esos términos de un hombre. Johanna se volvió a tocar la cabeza.

—Fingiré que tengo jaqueca —musitó—. Papá y mamá enseguida se fijarán, por lo que ellos mismos me pedirán que me vaya a descansar a la habitación. Y ahí es cuando entras tú. Has de acompañarme. Si lo haces, ellos se quedarán más tranquilos. Conociéndolos, irán a visitarme. La primera vez estaré yo. La segunda, debes detenerlos, y a la tercera, ya tengo que haber regresado. Como la ventana de la habitación da a la playa, he pensado que, cuando vayan la segunda vez a verme, enciendas una vela y la pongas cerca de la ventana para que yo vea la luz. Así sabré que he de regresar antes de que vuelvan la tercera vez y mamá se empeñe en tocarme la frente.

—¡El plan perfecto! —aseguró Amanda.

Se miraban sonriendo cuando Cameron llegó hasta ellas, se sentó junto a Johanna y, consciente de que Cristopher lo miraba, ella dijo:

—Mi padre me ha pedido que esta noche, en el baile, te presente a la hija de los Harrison, que

al parecer busca marido.

—Es muy guapa —afirmó Cristopher con una sonrisa.

Los cuatro miraron a Dina Harrison, una joven sonriente que hablaba con su madre. Y Amanda, ajena al secreto que aquellos guardaban, cuchicheó:

—Es simpática. Me la presentó Roberta ayer y me pareció amable y encantadora.

Cameron cabeceó, Cristopher también. Amanda llevaba razón. Entonces el primero, mirando a Johanna, que volvía a tocarse la cabeza, preguntó:

—¿Te ocurre algo?

Johanna asintió y, con gesto compungido, murmuró viendo a Alan sonreír:

—Me duele la cabeza.

—Vaya fatalidad —susurró Cristopher mirándola.

El resto de la cena siguió como una seda. Los invitados a la boda, que se celebraría al día siguiente, disfrutaban de los manjares que los anfitriones les ofrecían. Alan y ella no se miraron en ningún momento y, al acabar, pasaron a un salón colindante para seguir la fiesta y bailar. Con disimulo, Johanna iba pellizcándose los mofletes. Necesitaba que estuvieran enrojecidos y calientes, cuando Amanda cuchicheó:

—Ojito, que vienen los Halcones...

Johanna miró a sus padres a través de sus pestañas negras. La joven llevaba un rato viendo que la observaban; ya se habían fijado en que algo le pasaba. Con gesto preocupado, Duncan se detuvo junto a ella y preguntó:

—¿Qué te ocurre, cariño?

Johanna, modulando su voz, respondió en un susurro:

—Ha comenzado a dolerme la cabeza y no me encuentro bien.

Megan y él se miraron. Nada los preocupaba más que sus hijas. Y Amanda añadió para dramatizar aún más:

—Dice que la comida le da vueltas en el estómago...

Rápidamente Megan miró a su hija.

—Tienes el rostro enrojecido, mi vida —señaló.

Johanna asintió con gesto compungido.

—Creo que deberías retirarte e ir a descansar —terció Duncan.

Johanna puso mal gesto. Debía hacerles pensar que no quería perderse la fiesta, pero Megan insistió:

—Cariño, tu padre tiene razón. Si descansas, mañana estarás mejor para la boda. Sé juiciosa. Mañana bailarás lo que no bailes hoy.

Amanda asintió y, conteniendo una sonrisita, indicó viendo a Cameron bailar con la tal Dina:

—Venga, tata, yo me voy contigo a la habitación. Así, si necesitas algo, estaré allí.

—Excelente idea —afirmó Duncan encantado.

Johanna miró a sus padres con pesar. Ellos sabían cuánto le gustaba divertirse y bailar.

—Puedo ir yo con ella —dijo entonces Megan— y...

—De eso nada, mamá —la cortó Amanda—. Tú y papá os quedaréis a disfrutar de la fiesta y no se hable más.

Y, dicho esto, las dos hermanas se marcharon.

Capítulo 57

Ya en la habitación, Johanna y Amanda se desnudaron y se metieron en la cama. Sus padres no tardarían en ir a visitarlas.

—Me debes una —se mofó Amanda.

—Y tú a mí doscientas.

Johanna asintió. Estaba nerviosa por vestirse y marcharse a la playa, donde había quedado con Alan. De pronto sonaron unos golpes en la puerta y oyeron la voz de Duncan.

Rápidamente abrieron y entraron sus padres. Comprobaron cómo estaba su hija y, después de que Megan le hiciera beber unas hierbas que sabía que le entonarían el cuerpo, una vez que se marcharon la joven tiró lo que quedaba de la infusión por la ventana y dijo abriendo el armario para sacar sus pantalones, la camisa, las botas y la capa:

—No puedo descolgarme por la ventana, estamos demasiado lejos del suelo, pero la escalera que hay al fondo del pasillo lleva a una puerta trasera. Seguramente allí no habrá nadie y podré correr hacia la playa.

Amanda asintió. Aquellas locuras con su hermana siempre le habían gustado.

—Solo te pido que tengas cabeza con el Bicho y no te demores mucho en regresar —cuchicheó—. En cuanto veas la vela encendida, ven, porque papá y mamá seguro que volverán.

Johanna asintió, sabía el proceder de sus padres con ellas.

—Tranquila, que así será —afirmó.

En cuanto comprobaron que no había nadie en el pasillo, las dos hermanas se dieron un beso para despedirse y Johanna comenzó su aventura.

Con cuidado, bajó por la escalera. Se oía sonar la música de fondo, y, cuando el aire fresco le dio en el rostro, corrió hacia la playa oculta por la oscuridad de la noche.

Con la lengua fuera por la carrera, la joven llegó hasta las piedras que Alan le había indicado y, al verlo allí sentado esperando, sonrió. Al divisarla, él se incorporó y, caminando hacia ella, iba a hablar cuando Johanna se lanzó a sus brazos y lo besó.

Aquel beso tan deseado se alargó más de la cuenta y, cuando finalmente lo terminaron, él declaró mirándola:

—No sabes cuánto he deseado que llegara este momento.

A ese primer beso lo siguieron un segundo y un tercero. Al llegar al cuarto, Alan, que conocía su cuerpo, la detuvo y murmuró:

—Johanna, hemos de parar.

—Amor, no quiero parar —susurró ella besándolo otra vez.

De nuevo el beso los embriagó, y cuando las manos de Alan se posaron por primera vez sobre los pechos de Johanna, por encima de la tela de la camisa, ella lo miró y él murmuró:

—Si sigues, voy a querer más de ti...

Acalorada al entenderlo y por lo que sentía, la joven se separó de él.

—Entonces será mejor que pare —musitó.

Él asintió; lo que aquella decía era una excelente idea. Caminaron cogidos de la mano, se

acercaron a las rocas y Johanna murmuró mirando hacia la fortaleza:

—Mi habitación es la tercera comenzando por la derecha. La que está bajo la torre.

El guerrero miró hacia allí y Johanna añadió:

—Cuando veamos luz, es la señal de que tengo que regresar. Mis padres habrán pasado a verme y Amanda los habrá parado, pero, conociéndolos, regresarán para saber si me encuentro mejor.

Alan lo entendió. Debían estar pendientes de aquella señal.

—Hace una noche muy bonita —comentó a continuación Johanna.

Él asintió divertido y luego preguntó mirándola:

—¿Qué has hecho para poder llegar hasta aquí?

—He engañado a mis padres haciéndoles creer que me encontraba mal.

—Mentirosilla. —Él sonrió.

—Amanda es mi cómplice.

La sonrisa de Alan se ensanchó aún más, y Johanna, segura de sí misma, preguntó entonces mirando al guerrero:

—¿Qué tienes, Alan McGregor, que has hecho que yo esté aquí?

Él se sentó sobre una de las rocas, acercó a Johanna a él y, poniéndola entre sus piernas, pasó las manos por su cintura.

—Eso, más que yo, has de respondértelo tú, ¿no crees? —contestó.

Ella cabeceó confundida; tenía el corazón desbocado. Sabía que Alan tenía razón.

—¿Qué tienes con Cameron y Cristopher? —inquirió este de pronto.

Ella sonrió y, encogiéndose de hombros, simplemente respondió:

—Una sana y bonita amistad.

—¿Y por eso uno te llama «listilla» y el otro «mi chica»?

Ella rio. Lo que sabía sobre aquellos no era algo que pudiera contar alegremente.

—Créeme cuando te digo que lo que existe entre nosotros es una preciosa amistad que nunca pasará de ahí —insistió.

—¿Puedo creerte?

—Debes creerme —aseguró ella.

Aquello tranquilizó a Alan, que, envalentonándose, dijo:

—Quiero que sepas que yo estoy aquí porque no puedo dejar de pensar en ti, aunque haya veces que... no sé qué te haría. Pero, haciendo balance, lo que me gusta supera a lo que me disgusta.

—Vaya...

—Y, bueno, también puedo decirte que estoy aquí por cuatrocientas ovejas.

—Como sigas por ahí, me encargaré de que esta vez seas tú el que no pueda salir del baño de la fortaleza...

Ambos sonrieron por aquello y luego Alan, acercándose a ella, afirmó:

—Mentiría si no te dijera que estoy aquí por ti. Por la señorita Libre Como el Viento.

Encantada por oír eso tan suyo, la joven sonrió.

—Mira que te gusta llamarme así.

—¿Prefieres «Bicha»?

Riendo, los dos se acercaron aún más, y Johanna susurró:

—Alan McGregor, créeme cuando te digo que, a pesar de lo mucho que discuto contigo, lo que tú me haces sentir y cómo mi corazón se desboca al verte no me había ocurrido antes con ningún otro hombre.

—Me agrada saberlo.

—Y si discuto contigo es porque yo...

No pudo continuar. Alan la besó. Y cuando el beso acabó, este aseguró:

—Será masoquismo, pero adoro el desafío en tu mirada cuando discutes conmigo.

De nuevo ambos sonrieron y Johanna, cogiendo la mano de él, la puso sobre su pecho y murmuró:

—Deseo que me toques.

Confundido por sentir su mano sobre el pecho de aquella, el guerrero apenas se movió. Johanna, posando la mano sobre la entrepierna de aquel, tragó el nudo de emociones que sentía y declaró:

—Soy una descarada, lo sé. Igual que sé que mi padre nos mataría si supiera lo que estamos haciendo, pero... te deseo tanto...

Un nuevo beso cargado de locura y pasión se apoderó de ambos. El momento, el lugar, la noche y el deseo estaban haciendo que perdieran la razón, y comenzaron a desnudarse. La ropa empezó a volar por encima de sus cabezas, y cuando estuvieron desnudos y abrazados, consciente de ello, Alan musitó:

—Mi cielo..., ¿qué estamos haciendo?

Sentir el calor de la piel de Alan sobre la suya estaba volviendo loca a Johanna. Esta vez, como aquella en el lago, un extraño deseo se apoderó de ella y, olvidándose del decoro y de la forma en que sabía que una señorita debía comportarse, repuso:

—Amor..., hacemos lo que no debemos, pero ¿acaso tú y yo no somos así?

Él, al entenderla, asintió. Pero no quería seguir, por lo que insistió:

—Johanna, creo que...

Un nuevo beso por parte de ella lo frenó. El deseo al sentir su cuerpo desnudo entre sus brazos iba en aumento, y tras el beso preguntó:

—¿Has estado con otro hombre antes?

La joven negó con la cabeza.

—No. Pero te deseo.

Alan tomó aire. Lo que aquella le proponía era lo que más deseaba en el mundo, pero, consciente de que con ella quería hacer las cosas bien, añadió:

—El día que te posea, será sobre un cómodo lecho donde pueda hacerte el amor como te mereces.

Johanna sonrió, pero luego, excitada por el momento, susurró:

—No sé si podré esperar a que llegue ese momento.

Alan también sonrió y ella, bajando entonces la mirada, se encontró con su duro pene. Se lo quedó mirando sin dar crédito, entonces este preguntó:

—Intuyo que es la primera vez que ves un miembro masculino en erección.

Johanna asintió boquiabierta y murmuró:

—Es... enorme.

Alan soltó una risotada.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó ella curiosa.

Sin dudarlo, él afirmó con la cabeza, y cuando la joven paseó la mano por encima de aquel, al notar que Alan se estremecía preguntó:

—¿Te he hecho daño?

Él negó con la cabeza y respondió conteniendo su apetito sexual:

—Me has dado placer. Tocarlo como lo has hecho da mucho placer.

De nuevo ella volvió a hacerlo.

—Es suave —susurró—. Mucho.

Alan jadeó, y ella, mirándolo, cuchicheó:

—Siempre había oído que, cuando un hombre se excitaba, su miembro se endurecía y crecía, pero nunca imaginé que pudiera ponerse así.

La inocencia de Johanna con respecto al sexo le hizo gracia a Alan. Deseoso de más, paseó la mano por el cuerpo desnudo de aquella y, metiéndola entre sus piernas, le acarició el clítoris e indicó al sentir que ella vibraba:

—Mi cielo, este es el placer que yo siento cuando tú me tocas.

Johanna asintió. Las caricias de Alan le estaban provocando calor, deseo, locura, lujuria... Y cuando, poco a poco, introdujo un dedo en su interior, ella gimió y exigió:

—Tómame.

—Ese momento llegará, pero hoy no.

—Alan...

—Johanna —la cortó—. No hagamos algo que hoy no toca.

Aunque estaba acalorada, excitada y fuera de sí, la joven asintió; era la primera vez que un hombre acariciaba aquella parte tan íntima de su cuerpo. Sintió que el deseo se acrecentaba al notar como él movía el dedo en su interior, por lo que cerró los ojos instintivamente y, presa de un placer inmenso, se dejó llevar. Alan movía el dedo dentro de ella, ella movía la mano sobre el pene de él. Gustosos y entregados, el uno se apoyó en el otro, hasta que un ardiente clímax les sobrevino y, tras dejarse llevar por el momento, se miraron fijamente a los ojos.

—Eres mío, Alan McGregor —musitó la joven con seguridad—. Eres mi amor. No hagas que tenga que matarte porque te vea tontear con otra mujer sin mi consentimiento...

El guerrero sonrió; ahí estaba la Johanna McRae territorial. Le encantaba ser su amor. Le gustaba haber llegado hasta ese punto con ella. Pero entonces se fijó en la ventana de la fortaleza y advirtió:

—Tienes que regresar.

Oír eso era lo último que ella esperaba.

—La luz —insistió Alan—. La señal.

Johanna miró entonces hacia la ventana y, al ver la luz de la vela, le dio un rápido beso y afirmó:

—No puedo perder tiempo.

Rápidamente ambos empezaron a ponerse de nuevo la ropa y, una vez que acabaron de vestirse, Alan cogió a la muchacha entre sus brazos, la acercó a él, la besó y murmuró:

—Soy tuyo. Soy tu amor. Igual que tú eres mía, mi cielo. Y esto, no sé cómo, pero lo vamos a solucionar.

Johanna cabeceó y, tras darle un nuevo beso en los labios, se ocultó con la capa y corrió de nuevo hacia la fortaleza mientras Alan observaba que llegaba sana y salva.

Cuando la joven entró en el castillo, subió los escalones de dos en dos y entró en su habitación.

—Los he contenido para que no te molestaran —dijo Amanda al verla—, pero volverán, ya sabes cómo son.

Emocionada como en su vida, Johanna se acercó a su hermana.

—Me llama... «mi cielo» —dijo con un hilo de voz.

—Oh..., qué bonito. Yo deseo que un hombre me llame eso a mí también.

—Y yo a él, «amor».

—¿Quién eres tú y dónde está la bruta de mi hermana? —se mofó Amanda.

Ambas rieron y luego Johanna murmuró con voz soñadora:

—Te aseguro que estar con Alan me hace volar.

Amanda parpadeó. Era la primera vez que veía a su hermana tan tontorrona y emocionada. Y, cuando esta se quitó la capa, fijándose en ella preguntó:

—Johanna McRae... ¿Por qué llevas la camisa del revés?

La aludida, que estaba como en una nube, sonrió.

—No me digas que... —murmuró su hermana.

—¡No!

—¿Entonces...?

Acalorada, mientras se quitaba el resto de la ropa para guardarla en el armario y meterse en la cama, Johanna respondió:

—Simplemente nos hemos dado un poco de placer.

—Tataaaaa...

—Oh, Amanda, ha sido increíble. ¡Qué acaloramiento!

Amanda no supo qué decir. En la vida había sufrido aquella exaltación con ningún hombre. Johanna, apagando la vela, cuchicheó:

—No veas lo grande que se les pone eso... cuando se acaloran.

Boquiabierta, su hermana iba a preguntar cuando se oyeron unos golpes en la puerta. Rápidamente Johanna se metió en la cama. Amanda abrió y entraron sus padres.

Esta vez Amanda permitió que caminaran hacia la cama. Allí Megan tocó la frente de Johanna, que parecía dormida, y mirando a su marido susurró para no despertarla:

—Pobrecita... Está acaloradísima.

Con mimo, bajó un poco la sábana de su hija y le dio un cálido beso en la frente; después Duncan le dio otro, miró a Amanda y la besó también a ella.

—Nosotros vamos a dormir —indicó él—. Tú descansa y, si necesitáis cualquier cosa, no dudes en venir.

Segundos después aquellos desaparecieron, y Amanda, acercándose a su hermana, se metió con ella en la cama y pidió:

—Cuéntame qué es eso de que se les pone grande...

Capítulo 58

La boda de Roberta y Evander fue todo un acontecimiento. Los novios la vivieron dichosos, los padres felices y los invitados encantados. Todo salió a la perfección. Y, lo mejor, Johanna estaba totalmente recuperada y, como siempre, al lado de su padre.

Durante la celebración, Alan y Johanna ni se acercaron el uno al otro. Solo se permitieron furtivas miradas que nadie pudo apreciar, pero que a ellos los encendían al recordar su encuentro de la noche anterior. ¿Cómo iban a contenerse ahora?

Por suerte, Philipa no volvió a aproximarse a Duncan, lo que hizo que tuvieran la fiesta en paz.

A la mañana siguiente se prepararon para regresar a su hogar; Johanna hablaba junto a su hermana montada en su caballo cuando de pronto Cameron y Cristopher se les acercaron en sus respectivas monturas.

—¿Qué pasa?

—Haremos una parte del trayecto juntos —indicó Cameron.

—¡Estupendo! —aplaudió Johanna.

—Cuando lleguemos a Inverness —prosiguió Cristopher—, Cameron y yo nos desviaremos hacia Edimburgo. Ya lo hemos hablado con tu padre y, aunque en un principio dijo que no, pues ya sabes el cariño que me tiene gracias a mi padre, el tío de Cameron lo ha convencido.

Sorprendida por aquello, Johanna asintió. Y Amanda, al oír que su madre la llamaba, dijo:

—Ahora vengo.

Una vez que se alejó en su caballo, Cameron cuchicheó divertido:

—Será un placer seguir admirando a cierto niñero.

Johanna abrió la boca para protestar, pero Cristopher se mofó:

—Tiene un trasero precioso.

Divertidos, los tres soltaron una carcajada, y en ese momento Kristeen, la madre de Cameron, los llamó. Johanna miró con disimulo a Alan, que se encontraba más allá, y aprovechó para acercarse con su caballo hasta donde estaban sus padres y su hermana.

Al ver llegar a su hija mayor, Duncan se disponía a hablar cuando Johanna, adelantándosele, dijo:

—Lo sé, papá. Lo sé. Tranquilo... Cristopher no te molestará.

Duncan maldijo. Lo último que le apetecía era seguir soportando a aquel muchacho que todo se lo tomaba a broma.

—Despedíos de ellos. Nos vamos —indicó viendo salir a los novios.

Una vez que sus hijas se alejaron, Megan observó el gesto adusto de Duncan.

—A ver, cariño —murmuró—. Si vamos a tomar el mismo camino, es normal que Lachlan, como padre de Cameron, lo pidiera, y McPherson, como tío de Cameron, aceptara. Bien sabes que Cristopher es muy querido por ambos, aunque a ti no te caiga bien.

Resoplando, el laird asintió y clavó entonces los ojos en Alan y su hija. Se estaban cruzando en el camino, y tanto él como Megan pudieron comprobar que, como la noche anterior en el baile

de la fiesta, ni se miraban.

—Mis hombres y yo estamos listos —anunció Alan.

Duncan asintió y dijo señalando a Cameron y a Cristopher:

—Cabalgarán con nosotros una parte del camino. Cuando nos separemos irán contigo hasta Inverness y, desde allí, ellos seguirán por su cuenta hasta Edimburgo.

—Me parece bien —convino Alan.

Con disimulo, Megan y Duncan se miraron, y la primera murmuró sonriendo:

—Espero que no te molesten los nuevos planes, ni la compañía. Son muy amigos de Johanna y no hemos podido decir que no.

Alan negó con la cabeza. Confiaba en lo que Johanna le había contado de que aquellos eran simples amigos.

—Molestia ninguna —respondió—, y menos aún si eso hace que vuestra hija esté entretenida con sus amigos y no dé problemas...

Su sonrisita y su comentario desconcertaron a Duncan y a Megan. Alan ya no fruncía el entrecejo al mirar a Johanna ni parecía molesto por saber que aquellos hombres los acompañaban.

¿Qué había ocurrido?

Viendo que aquellos lo miraban, Alan se movió y, al oír la voz de la madre de Milena, que lo llamaba, dijo dirigiéndose a Duncan:

—Voy a despedirme de ellas. Estaré atento a tus instrucciones.

Una vez que él se marchó, la pareja se miró y Megan cuchicheó:

—Está más que claro que la atracción que había entre ellos se ha terminado.

—Eso parece —afirmó Duncan. Y, molesto al ver a su hija reír con Cristopher, añadió—: Cuando lleguemos a Eilean Donan, le diré a Johanna que tiene que casarse con Robert Duchaman.

—¡Duncan! —protestó ella.

Pero este, apretando los dientes, miró a su mujer.

—La decisión está tomada —sentenció.

La noche anterior, durante el baile, Duncan no había visto que Johanna y Alan se miraran, se buscaran o retaran ni una sola vez. Era como si eso que él había percibido por parte de ambos se hubiera esfumado, y le molestaba. Aquel McGregor no solo le gustaba como guerrero, sino también como persona, algo que no podía decir de otros que se acercaban a su hija.

Minutos después, cuando Duncan dio la orden a sus hombres para iniciar la marcha, Alan y los suyos se les unieron al final de la comitiva. Megan, al ver a Amadeus, aproximó su caballo hasta el de él.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó.

—*Milady*, estoy bien —contestó el guerrero algo avergonzado por lo ocurrido—. Cambié el vendaje y eché el ungüento antes de partir. Ya no se me olvida.

—Harás bien en recordarlo —aseguró Megan.

Instantes después esta se acercó a sus hijas nerviosa por lo que su marido le había dicho; ellas cuchicheaban, y preguntó curiosa:

—¿Puedo saber por qué cuchicheáis?

Las chicas asintieron.

—Hablamos de Cristopher y de lo guapo que está hoy —dijo Johanna.

Rápidamente Megan miró al aludido, que cabalgaba junto a Cameron.

—Desde pequeño siempre ha sido muy apuesto —afirmó.

Las tres comenzaron a hablar de aquel hasta que Megan, ante un comentario de Johanna, advirtió:

—Mejor no digas eso delante de tu padre.

Johanna asintió. Duncan pensaba que Cristopher era un vividor, que en Edimburgo su vida eran las fiestas y las mujeres, cuando la realidad era que el muchacho regentaba un negocio de trajes para caballeros y vivía con discreción junto a Cameron y Davinia.

Pero, no dispuesta a revelar aquello, y sabiendo que, mientras se preocupara por aquel, su padre no se fijaría en Alan, Johanna indicó:

—Mamá, por favor. ¿Acaso no queréis que me enamore?

—De alguien que sepamos que pueda hacerte feliz —repuso Megan.

—¿Y acaso Cristopher no puede hacerme feliz en Edimburgo?

A su madre le entraron los calores. No quería seguir hablando de ello o al final le soltaría lo que Duncan le había dicho, así que propuso:

—¿Qué os parece si hablo con vuestro padre para que pasemos por Tain y compramos unas capas nuevas?

—¡Estupendo! —afirmaron las dos hermanas entusiasmadas.

Capítulo 59

Convencer a Duncan de pasar por Tain fue una tarea sencilla. Pocas veces el guerrero se oponía a darles caprichos a sus chicas. Sin embargo, cuando llegaron frente a un puente colgante de madera y cuerdas que los llevaría hacia el lugar, Duncan se detuvo.

—Creí que ya lo habían arreglado —señaló.

—Yo también —convino Alan.

Duncan se bajó del caballo y se acercó al puente para inspeccionarlo.

—No me ofrece seguridad como para pasar —dijo finalmente.

Alan se apeó también y lo observó. Aquello no tenía muy buena pinta. Acercándose a Duncan indicó, consciente del precipicio que había bajo el puente:

—Cruzarlo no es muy seguro, pero a Tain se llega por aquí. Dar un rodeo nos supondrá día y medio de camino.

Duncan observó el puente colgante y el precipicio que había más abajo. Si no fuera con su mujer y sus hijas, lo cruzaría, pero la seguridad de ellas era primordial. Le contó lo que ocurría a McPherson, que cabalgaba junto a Cristopher y Cameron, y este declaró:

—Daremos el rodeo.

—Estoy con vosotros —afirmó Cristopher con seriedad.

Duncan asintió al oír eso. Imaginaba que, además de tomárselo a broma, Cristopher le llevara la contraria, por lo que aquello lo sorprendió.

Alan, que pensaba igual que ellos, los observaba cuando Johanna se acercó junto a su madre y su hermana en sus caballos.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven.

Rápidamente Duncan le contó la situación y Johanna, bajándose del caballo, se aproximó también al puente.

—Está mal —explicó—. Pero no creo que se vaya a caer justo cuando pasemos.

—Cosas más raras se han visto —apostilló Cameron.

—Es mejor que vayamos por otro camino —indicó Alan.

Johanna, al oírlo, sonrió e, ignorándolo, miró a Cameron y a Cristopher y dijo:

—Quien no lo cruce es un gallina.

Sus amigos soltaron una risotada. Ahí estaba la Johanna desafiante.

—No es momento ni de retos ni de juegos, Johanna —siseó entonces Duncan.

Alan, que la había oído, incapaz de callar, acercó su caballo al de ella y, tras mirar a Duncan, que le dio su permiso con un gesto, dijo:

—Como dice Beth, una vez es un aviso. Dos, una advertencia. Tres..., no hay.

Johanna sonrió al oírlo y, olvidándose de quienes los rodeaban, respondió:

—¿Acaso me han de dar miedo tus palabras?

—Siendo una advertencia..., sí —replicó Alan con seriedad.

Johanna miró entonces a su hermana y las dos sonrieron.

—Mira, *niñero* —añadió a continuación—, que te quede clarito que...

—¡Johanna, basta! —bufó su padre.

—Solo bromeaba, papá...

—Monta en tu caballo. Compórtate y sigamos por otro camino —insistió aquel.

—Pero, papá...

—Johanna —ordenó Duncan—. Obedece.

Alan la miró con gesto fiero. Si por él fuera, le pondría una mordaza en la boca. Y McPherson, con gesto serio, añadió:

—Johanna, haz lo que tu padre ha dicho y déjate de tonterías. Y vosotros, venid conmigo —añadió dirigiéndose a su sobrino y a Cristopher.

Finalmente la joven se subió a su caballo y, mirando a sus amigos, murmuró antes de que se marcharan:

—Sí por mí fuera, lo cruzábamos.

Una vez que aquellos se hubieron alejado, al sentir la dura mirada de Alan, Johanna lo miró y, al verlo tan serio, sonrió sin poder remediarlo. Esa sonrisa retadora encendió al guerrero. Pero ¿acaso no veía el peligro?

Entonces él se alejó para hablar con Duncan, y Johanna, dirigiéndose a su madre y a su hermana, insistió:

—De verdad que no creo que haya ningún problema porque lo crucemos.

Megan se encogió de hombros; no pensaba llevarle la contraria a su marido. Y Amanda, viendo que su padre hablaba con los hombres, dijo:

—Tata, ya sabes cómo es papá con respecto a nosotras si ve el más mínimo peligro.

Johanna asintió, conocía a su padre, pero, incapaz de quedarse quieta, dijo sin dudarlo:

—Pasaré el puente para que vea que...

—Ni se te ocurra —protestó Megan.

Pero Johanna ya cabalgaba hacia allí y su madre, horrorizada por lo que pudiera ocurrir, gritó:

—¡Johanna, noooo!

Al oír el grito, todos se volvieron y cuando Duncan vio que Johanna comenzaba a cruzar el puente colgante y este crujía y se sacudía, siseó horrorizado:

—¡Maldita sea, Johanna!

Cristopher y Cameron intercambiaron una mirada al ver aquello. El primero se dio cuenta de que las cuerdas del puente se deshacían y chilló para alertarla:

—¡Cruza, mi chica, corre y no pares!

Duncan lo miró con gesto fiero al oírlo. Y Cristopher, al entenderlo, le señaló las cuerdas e indicó:

—Tiene que llegar al otro lado lo antes posible porque las cuerdas no aguantarán.

Horrorizado, Duncan asintió. Aquel tenía razón. Y, sintiendo que su mujer iba a clavar los talones en su caballo para ir tras su hija, agarró las cinchas para que no se moviese y gritó fuera de sí:

—¡Johanna, sigue, no pares!

—¡Suéltame! —exclamó Megan.

—¡Quietecita! —bramó Duncan.

Acto seguido, el guerrero agarró las cinchas del caballo de Amanda y, antes de que ella hablara, insistió con el corazón desbocado:

—¡He dicho que quietecitas!

Johanna trataba de hacer lo que su padre le pedía, pero su caballo, asustado, se había quedado paralizado en mitad del puente. Sin pensarlo, Alan clavó los talones en su montura y se lanzó

hacia el puente. Los tablones del suelo se resquebrajaban. Y, atosigando al caballo de la joven para que se moviera, gritó:

—¡Oblígalo a continuar!

—¡No quiere!

—¡Oblígalo! —gritó Alan viendo venir el desastre.

Tan asustada como su caballo, la joven jadeó. Acto seguido clavó los talones con rabia y fuerza sobre sus flancos, al tiempo que Alan lo empujaba con su propio caballo, hasta que consiguieron que aquel se moviera y ambos lograron cruzar finalmente el puente.

Horrorizada, Johanna vio con el corazón encogido que el puente por el que acababan de pasar caía en pedazos por el precipicio. Y cuando Alan se bajó de su caballo, exclamó enfurecido y desencajado:

—¡¿Se puede saber por qué has hecho eso?!

—Yo...

—¡Maldita sea, Johanna! ¡Te lo he advertido! —gritó furioso.

Consciente de que su imprudencia podría haberles salido muy cara a ella y a Alan, iba a hablar cuando oyó a su padre gritar:

—¡Johanna McRae, te voy a matar!

La joven resopló. Entendía el enfado de su padre. Y entonces oyó a su madre preguntar pálida como la cera:

—¡Johanna, mi vida..., ¿estás bien?!

Desde el otro lado del inexistente puente, la joven asintió; no le salía ni la voz. McPherson, al que el corazón todavía le iba a mil, exclamó:

—¡Muchacha, cuando te pille, te azotaré el trasero!

Johanna apenas si podía dejar de mirar a su padre, quien, con los ojos clavados en ella, no decía nada y, al mismo tiempo, lo decía todo. Lo había enfadado mucho. Lo conocía como para saber que esa vez se había pasado de la raya. Y de pronto lo oyó gritar:

—¡Maldita niña malcriada! ¡Ya hablaremos tú y yo cuando regresemos a Eilean Donan!

—¡Duncan! —murmuró Megan.

Pero él siseó fuera de sí:

—¡Esto se acabó! Si se mata, que no sea bajo mi responsabilidad.

—¡Papá!

Duncan miró a su hija pequeña y añadió con gesto fiero:

—¡Amanda, por tu bien, cállate!

Johanna se retorcía las manos nerviosa mientras veía a su padre discutir con su madre y su hermana. Aquello no era justo. ¿Por qué les gritaba cuando era ella la que se había equivocado?

—¡Alan, ¿sabes llegar a Tain?! —preguntó entonces Duncan a voces.

Alan, que, como todos, estaba sudoroso por lo sucedido, asintió y, viendo la mirada ofuscada de Duncan, gritó para tranquilizarlo:

—¡Os esperaremos en Tain! Nos alojaremos en la posada El Trébol del Agua. Y, tranquilo, la protegeré con mi propia vida.

Johanna y Amanda se miraron y, sin hablarse, se lo dijeron todo. Luego la segunda, tras dirigirle una sonrisa a su hermana que le hizo saber que la quería, dio la vuelta a su caballo y siguió a sus padres. Era momento de callar y obedecer.

Cameron y Cristopher continuaban mirándola, y entonces Johanna hizo aquello que siempre hacían cuando uno de ellos ganaba una apuesta. Se puso el dedo índice sobre la nariz. Al verlo sus amigos sonrieron al igual que ella, y Alan, percatándose, gruñó:

—No es momento de sonreír, y lo sabes...

Una vez que todos aquellos emprendieron viaje sin mirar atrás, Johanna, que continuaba temblando como una hoja, miró a Alan y este, ofuscado, dijo con dureza:

—Sigamos el camino.

—Pero...

—Sigamos el camino —sentenció con voz trémula.

Y, en silencio, lo retomaron alejándose del destruido puente.

Al cabo de un rato entraron en un valle y, cuando Alan supo que en ese lugar ni Duncan ni nadie podía verlos, se paró. Desmontó, bajó a Johanna y dijo abrazándola:

—Maldita sea..., podrías haber muerto.

—Y tú...

Pero a Alan solo le importaba ella.

—¿Por qué no piensas antes de actuar? —inquirió sin soltarla—. ¿Eres consciente de lo que habrían sufrido tus padres si te hubieras caído con el puente delante de sus ojos?

Temblando todavía por lo vivido, ella lo miró. Se sentía fatal. Y, consciente de su tremendo error, declaró:

—Lo siento, Alan.

—¿Acaso era momento de un reto? Por san Fergus, Johanna...

Ella asintió. Todo lo que le dijeran se lo merecía.

—He sido una inconsciente —susurró tomando aire—, pero te juro que no me parecía que el puente estuviera tan mal.

Aún asustado por lo que podría haber pasado, tras besarla con mimo en la cabeza Alan murmuró:

—Cuando he visto que el puente se desmoronaba y tú estabas en él, creía que moriría.

Conmovida por sus palabras y por el cariño que notaba en su abrazo, la joven sonrió. Ser objeto de aquel sentimiento de protección era algo nuevo para ella, pero le encantaba.

—Si te hubiera pasado algo por mi culpa, no me lo habría perdonado en la vida —susurró.

—Tranquila, estoy aquí —afirmó él—. Pero, por favor, pónmelo fácil. Y cuídate tú también.

Ambos sonrieron y luego la joven dijo:

—Cuando me vea mi padre, me matará.

—Antes tendrá que matarme a mí —terció aquel.

—Tú no lo conoces...

—Tampoco tu padre me conoce a mí.

Johanna sonrió y, tras darle un beso, Alan montó en su caballo. Después le tendió la mano y, cuando ella se la cogió, la aupó y la sentó frente a él. Esa clase de intimidad al cabalgar juntos era algo que nunca habían hecho, pero les apetecía. Y, estando solos, ¿por qué no iban a hacerlo?

El resto del camino lo hicieron los dos sobre el caballo de Alan, mientras el de Johanna iba atado a la silla de este. Tenían momentos de silencio, otros de charla, pero en todos reinó la paz y la tranquilidad entre ellos.

Cuando avistaron el pueblo de Tain, Johanna preguntó:

—¿Cuánto tardarán mis padres en llegar tras dar ese rodeo?

—Día y medio como poco.

Johanna, al oírlo, asintió y, con seguridad, afirmó:

—Mi padre llegará en un día.

Alan sonrió, y ella, señalando a su derecha, preguntó:

—¿Podemos pasar la noche junto a ese río?

Él lo miró. El sitio era idílico, la noche calurosa, la vegetación bonita, pero, consciente de lo que le había prometido a su padre, repuso:

—No.

—¿Por qué?

—Nos alojaremos en la posada y te cuidaré como le he prometido a tu padre.

—Pero, Alan...

Por primera vez la mirada del guerrero acalló a la joven y él, al verlo, declaró:

—Buena elección.

—No me retesssss, McGregor —se mofó ella haciéndolo reír.

Una vez en Tain, buscaron la posada El Trébol del Agua, un lugar que Alan frecuentaba en sus continuos viajes, y al entrar enseguida oyó:

—¡Alan!

Al volverse, vio a Werlin, un hombre maduro de pelo blanco.

—¿Cómo va todo, Werlin? —lo saludó sonriendo.

El hombre se acercó a él encantado y lo abrazó. Alan era una buena persona, un buen cliente que nunca ocasionaba problemas. Y, mirando a Johanna, preguntó:

—¿Y esta muchacha tan bonita quién es?

—Soy Johanna —dijo ella omitiendo el apellido.

El posadero asintió y Alan añadió:

—Johanna, te presento a Werlin, el dueño de la posada, que además es un buen amigo.

Con una sonrisa aquellos dos se saludaron y, al cabo, Alan dijo:

—Werlin, necesito dos habitaciones para esta noche y mañana. Para pasado mañana necesitaré tres más, pues esperamos a los padres y a la hermana de Johanna entre otros.

El hombre asintió y, acto seguido, preguntó con curiosidad:

—¿Acaso Alan McGregor ha sentado la cabeza?

Eso hizo reír al guerrero.

—Si lo dices por mí, ¡no! —soltó Johanna.

Alan la miró. ¿Por qué decía eso? Sin embargo, entendiendo que lo decía para que, cuando llegaran sus padres nadie hubiera pensado nada raro, simplemente pidió:

—Werlin, por favor, ¿podrían subir una bañera y agua tibia a la habitación de Johanna?

—Por supuesto, Alan. —Y, entregándoles unas llaves, dijo—: Aquí tenéis, son las habitaciones seis y siete. En la seis ya hay una bañera. Ordenaré que suban agua tibia y jabón perfumado.

—Gracias. —Johanna sonrió.

Una vez que cogieron las llaves, Alan miró al hombre e indicó:

—Llevaremos los dos caballos al establo. Dile a Arthur cuando lo veas que ambos son míos. Así los cepillará y les echará de comer con más ganas.

El hombre asintió y, cuando se disponían ya a retirarse, dos mujeres aparecieron tras él. Estas rápidamente miraron a Alan, después a Johanna, y mientras una de ellas le sonreía y pestañeaba, la otra lo saludó con voz sensual:

—Alan McGregor..., qué gusto verte de nuevo por aquí.

Él asintió y las saludó con seriedad:

—Guina, Thelma.

Las mujeres sonrieron y entonces se oyó una voz segura que decía:

—Soy Johanna, encantada.

Sorprendidas, aquellas la miraron y, en cuanto Alan y ella salieron de la posada, Johanna se

mofó mirándolo:

—Alan McGregorrr...

Él no dijo nada y ella insistió:

—Uis..., qué contentitas se han puesto.

Mientras él se sentía tremendamente incómodo al ver que Johanna lo miraba y lo increpaba, llegaron hasta los caballos. Los llevaron al establo en silencio, y luego la joven, que miraba a Alan con el rabillo del ojo, preguntó:

—¿Acaso te has tragado la lengua?

Él negó con la cabeza.

—Intuyo que has tenido algo con Guina y Thelma, ¿verdad? —señaló ella.

Alan resopló.

—Mira, Johanna, no voy a mentir —soltó—. Sí, he tenido algo con ellas, como lo he tenido con otras mujeres.

Johanna asintió, que fuera sincero era importante para ella.

—Me alegra saber la verdad —cuchicheó.

—La mentira trae consecuencias y genera desconfianza. Y si puedo evitarla, la evito.

—No le digas eso a mi padre —se mofó ella.

Alan suspiró. Cada vez que pensaba en aquello se odiaba más a sí mismo, por lo que replicó:

—Quise contarle la verdad y tú me hiciste prometer que no lo haría. Si miento, no es por mí, sino por ti.

Johanna sonrió. Sabía que él tenía razón. Entonces él, abrazándola, la acercó a su cuerpo y declaró:

—En el pasado he conocido a diversas mujeres y nada va a borrar eso. Pero ahora, y si tu padre no me mata, estoy dispuesto a que mi presente y mi futuro seas tú.

La joven sonrió al oír eso; aquellas frases tan románticas dichas en el momento oportuno era algo que siempre había deseado. Le dio un beso que hizo que le temblaran las rodillas e indicó:

—Tranquilo, que de mi padre me encargo yo..., amor.

Tras un rato de besos y arrumacos en el establo, finalmente regresaron a la posada. Sin apenas rozarse para que nadie pudiera murmurar, entraron en esta y subieron a la primera planta, donde estaban sus habitaciones.

Al llegar frente a una que tenía la puerta abierta, vieron salir a Guina y a Thelma, que miraron de arriba abajo a Johanna.

—La bañera de la señorita ya está llena y el jabón perfumado al lado de ella —indicó Thelma.

—Gracias —respondió Johanna.

Una vez que las mujeres se marcharon y los dos quedaron a solas en el pasillo, se miraron a los ojos. Estuvieron en silencio hasta que Alan, consciente de lo que sus ojos y sus cuerpos exigían, susurró:

—No debemos.

—Lo sé —afirmó ella.

Pero ninguno de los dos se movía. Ninguno quería separarse del otro, hasta que él, para acabar con ese extraño momento, dijo:

—Estaré en la habitación de al lado. Una vez que me refresque, bajaré y te esperaré en el comedor para cenar.

Johanna asintió y, tras una última sonrisa, entró en su habitación y cerró la puerta.

Al hacerlo, se apoyó en ella. No sabía qué era lo que le pasaba, pero su cuerpo le exigía algo que desconocía y su mente y su corazón estaban de acuerdo con él. Pero no, no debía hacerlo. La

virtud de cualquier joven era algo muy preciado, algo que debía perderse la noche de bodas. Si lo hacía, y su padre se enteraba, lo decepcionaría.

Se alejó de la puerta y caminó hacia la bañera. Metió la mano y, al notar la tibieza del agua, sonrió. Adoraba el agua. Por ello, soltando su bolsa, se quitó la capa dispuesta a sumergirse, pero cuando esta cayó al suelo se detuvo.

Había estado a punto de morir. Alan había estado a punto de morir. ¿Qué hacía perdiendo el tiempo con él? ¿Por qué no se lanzaba a vivir aquel amor? ¿Acaso lo ocurrido no le había enseñado que la vida podía cambiar en un instante?

Lo que estaba pensando era un reto, una auténtica locura. Pero ¿acaso a ella los retos y las locuras no le gustaban? Dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y, al abrirla, casi gritó al ver que Alan seguía frente a ella en el pasillo.

Durante unos segundos se miraron a los ojos. El deseo podía con ellos, los empujaba a los brazos del otro.

—Tu padre me contrató para protegerte y proteger tu virtud —dijo Alan.

—Lo sé...

—Y yo solo continuaré si antes te...

—¡Cásate conmigo!

Al oír eso, Alan sonrió. La locura parecía haberse apoderado de ambos.

—¿Por qué no me has dejado terminar la frase? —musitó.

—Porque ya sabes que me gusta ser siempre la primera.

Acto seguido se quedaron en silencio. Se miraron, se retaron. Aquella propuesta era un desafío, un reto, una temeridad.

—No voy a tener vidas suficientes para que tu padre me mate... —cuchicheó Alan.

—Posiblemente —convino ella.

Incapaces de parar aquello, se cogieron de la mano y salieron de la posada. Necesitaban a un cura para casarse, y lo iban a encontrar.

Capítulo 60

No encontraron a un sacerdote, pero sí a un hombre que organizó para ellos un *handfasting*. Se casaron por un ritual de unión de manos que duraba un año y un día.

A pesar de la felicidad que sentía, Johanna suspiró. Cuando su padre se enterara de que se había casado sin su consentimiento, sin su presencia, sin invitados, sin fiesta y vestida con unos sucios pantalones, sin duda pondría el grito en el cielo.

Duncan siempre había dicho que las bodas de sus hijas serían fastuosas y estarían plagadas de invitados, nada que ver con el *handfasting* que inicialmente él celebró con Megan y la posterior boda íntima. Pero no. La fastuosidad en la boda de Johanna brilló por su ausencia y esta supo que aquella era una de las cosas que su padre no le iba a perdonar.

Una vez que el ritual terminó y se besaron, no volvieron a hacerlo. Nadie debía saber lo que habían hecho. Era su secreto hasta que pudieran contarlo.

Al entrar de nuevo en la posada Werlin los saludó, y estos le respondieron sonrientes. Solo comenzaron a comerse a besos en la intimidad de la escalera. Y, cuando llegaron frente a la habitación seis, Alan la cogió entre sus brazos y dijo:

—¿Puedes abrir la puerta?

—Tengo que pensarlo...

Ambos rieron y, con la llave en sus manos, Johanna abrió divertida. Cuando entraron en la habitación y la puerta se cerró, Alan la besó y murmuró henchido de amor:

—Hola, señora McGregor.

—Hola, señor McGregor —contestó ella.

Hechizados por el momento y por el modo en que se sentían, comenzaron a quitarse la ropa. Entre besos, risas y deseo, finalmente quedaron desnudos. No era la primera vez que se encontraban en aquella situación, pero sí era la primera en la que iban a continuar, y Johanna, mirándolo, susurró:

—Estoy nerviosa.

Alan asintió; la entendía porque él también lo estaba. Caminó hacia la cama con ella, se sentaron al borde de esta y él comentó:

—No sé qué es lo que tu madre te ha podido contar del acto entre marido y mujer...

Johanna tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta y respondió:

—Me ha dicho que es el mayor momento íntimo entre la pareja; que al principio dolerá, sangraré y, después, si mi marido es bueno y consecuente, lo disfrutaré.

—Lo disfrutarás —aseguró Alan.

Ella sonrió y él la besó. Le gustara o no, el momento de dolor no se lo podía evitar, pero su intención era que Johanna disfrutara del placer de los cuerpos tanto o más que él. Por ello, cuando el beso acabó, miró los bonitos pechos de la joven y murmuró:

—Eres preciosa y lo último que deseo es hacerte daño.

—Lo sé, amor.

Conmovido por la confianza que depositaba en él, acarició su mejilla con mimo y, dejando

salir aquello que durante mucho tiempo había retenido, declaró:

—No sé cómo ha pasado, pero te quiero. Estoy loco por ti. Y no querría estar en otro sitio que no fuera aquí contigo.

Aquella declaración hizo parpadear a Johanna. Las frases de amor y cariño siempre le habían parecido lo mejor de la vida.

—¿Estás seguro de todo lo que has dicho? —preguntó con un hilo de voz.

Él asintió convencido.

—Mi padre siempre decía que cuando la felicidad de tu amada la sientes como tu propia felicidad es porque es única y exclusivamente amor —declaró.

—Bonita frase la de tu padre.

Alan asintió y luego añadió divertido:

—También decía que solo había que entregar el corazón a quien te hiciera sentir que el amor era bonito y no complicado.

—Y lo nuestro es complicado —se mofó Johanna.

—Mucho —convino Alan.

Ella sonrió. Lo que habían hecho era una locura, los Halcones los iban a matar. Pero solo por mirarse como se miraban en ese instante había merecido la pena. Entonces ella recordó algo y dijo:

—Desde pequeña he oído siempre a mi padre decirle algo a mi madre que no he entendido hasta este momento.

—¿Y qué es?

Johanna sonrió y, acercando su boca a la de aquel, musitó:

—Te quiero en mi vida, en mi cama y en mis sueños.

—Romántico, tu padre.

—No lo sabes tú bien.

Alan asintió gustoso y, pasando los labios por encima de los de su amada, musitó:

—Prometo que me tendrás para todo eso y más, señorita Libre Como el Viento.

Ambos rieron y ella, dejándose llevar, afirmó:

—Te quiero, Alan McGregor.

Oírselo decir conmovió al guerrero. Johanna no era el perfil de mujer que demostraba abiertamente sus sentimientos. Estaba disfrutando del momento cuando ella añadió:

—Soy fría e implacable como mi padre, pero al mismo tiempo ambos también somos cálidos y vulnerables.

—No veo yo a tu padre muy cálido y vulnerable...

—Pues lo es. Créeme que lo es. Solo hay que conocerlo para saberlo —aseguró Johanna.

De nuevo sus bocas se acercaron para besarse. Sus manos se entrelazaron y, antes de lo que imaginaban, estaban disfrutando del roce de sus cuerpos sobre la cama. Acalorada al sentir que el duro pene de aquel le rozaba en las piernas, Johanna iba a hablar cuando Alan preguntó mirándola:

—¿Confías en mí?

Sin dudarlo, ella asintió y él, poniendo entonces una toalla bajo su trasero, dijo:

—Tu desfloramiento quedará en la toalla. No queremos que nadie lo sepa.

Ella asintió. Alan pensaba en todo.

—Ahora separa los muslos —indicó él.

Acalorada, Johanna lo miró. Aquello que le pedía era una indecencia, pero, al ver su mirada y sentir su propia excitación, obedeció.

Acto seguido, cuando notó que la caliente y húmeda boca de Alan se posaba sobre su monte de Venus, la joven cerró los ojos, se arqueó y murmuró:

—Alan, eso es...

Pero no pudo terminar la frase. Sentir que aquel le abría los labios de su vagina con los dedos para, acto seguido, tomarla con la boca fue una explosión de placer como jamás habría imaginado. Ella esperaba dolor, incomodidad, pero aquello que Alan le hacía con la boca, la lengua, los dedos, era maravilloso y asolador. Tanto que, olvidándose de las vergüenzas y el pudor, se entregó a ello, provocando una corriente de satisfacción entre ambos.

Descubrir la sexualidad era algo nuevo para Johanna, y Alan lo disfrutó. Pronto vio que la que era su mujer se lanzaba al placer. No era apocada. En el disfrute de los cuerpos era impetuosa y retadora como en la vida real, y eso le encantó. Estaba claro que iban a pasar muy buenos momentos juntos.

Estuvieron disfrutando de sus cuerpos sin tabúes durante un buen rato. Necesitaban conocerse, reconocerse. Alan deseaba prepararla, deseaba que estuviera bien húmeda y lubricada para lo que iba a acontecer. Y cuando sentía tanto deseo que ya no podía más, se posó sobre ella y, mirándola a los ojos, dijo con un hilo de voz:

—Mi cielo, necesito entrar en ti.

Johanna asintió acalorada. Sabía que el dolor que esperaba ahora tenía que llegar, y cuando notó que él colocaba la punta de su duro miembro en su cálida entrada, murmuró algo asustada:

—Es enorme...

Alan sonrió y afirmó:

—Para un hombre es siempre un halago oír eso. —Ambos sonrieron y él, excitado, prometió tras besarla—: Es toda para ti.

—¡¿Toda?! —El guerrero asintió y Johanna, asustada, dijo—. Dudo que toda ella entre en mí.

Alan, que vio su inocencia en ese tema, repuso:

—Quizá te sorprenda el deseo de tu cuerpo.

Ella jadeó. La agitación la hacía respirar con fuerza.

—Intentaré ser delicado —dijo él entonces mirándola.

Nerviosa y excitada a partes iguales, Johanna asintió y, cuando Alan comenzó a moverse sobre ella, una punzada le recorrió el cuerpo: ahí estaba el dolor del que siempre había oído hablar. Por tanto se agarró a las sábanas y se enfrentó a él dispuesta a vencerlo.

—¿Duele mucho? —preguntó Alan parando.

Consciente de lo que le preguntaba, Johanna respondió como pudo:

—Un poco.

—Lo siento, mi cielo..., no hay otra forma.

Ella asintió. Sabía que decía la verdad. Y, para tranquilizarlo, declaró:

—Es raro lo que te voy a decir, pero me duele y, al mismo tiempo, me gusta.

Conmovido, él sonrió, oír eso era lo que esperaba. La besó, volvió a ello y, tras varios envites que los hicieron jadear, de pronto ella lo mordió en el hombro mientras soltaba un grito y supieron que lo difícil ya había pasado.

A partir de ese instante un calor perturbador los inundó, y, cuando Alan sintió que el camino estaba libre y que ella movía las caderas en busca de más profundidad, sin dejar de besarla la tomó con pasión, deseo y amor. Al cabo, cuando el clímax se apoderó de ellos y los dos quedaron sobre la cama, se miraron y sonrieron.

—¿Estás bien? —preguntó Alan.

—Sí.

No sabía descifrar la expresión de Johanna. Y la miraba sin saber qué decir cuando esta musitó:

—Nunca imaginé que sentiría un placer así.

Alan sonrió y murmuró besándola:

—Esto es solo el comienzo, mi cielo. El placer se irá acrecentando a medida que sepamos acoplar nuestros cuerpos y...

—Repitamos, entonces —dijo ella.

Ambos soltaron una carcajada y, acto seguido, Johanna se puso sobre él. Al hacerlo Alan vio la sangre que había salido de su cuerpo al ser desflorada, y susurró:

—Eres mía. Mi mujer. Mi familia.

Ella sonrió y él, cautivado por su belleza, agregó:

—Eres lo más bonito y preciado que tengo en mi vida y no voy a permitir que nada ni nadie te aleje de mí.

Johanna cabeceó y, tras darle un beso lleno de sentimiento y amor, aseguró:

—Soy tuya como tú eres mío, y eso nada ni nadie lo va a cambiar.

Capítulo 61

En la bañera, Alan y Johanna se miraban. Tras tres asaltos en la cama, donde sudaron como nunca en su vida al disfrutar del placer del sexo, lo siguiente había sido meterse en la bañera. Por suerte, el agua tibia se había enfriado y eso contrarrestaba el calor que desprendían sus cuerpos.

Sentados uno frente al otro, hablaban, reían, se conocían. A pesar de haberse casado, eran dos desconocidos en muchos sentidos.

—¿En serio tus padres se casaron a través de un *handfasting*? —preguntó Alan.

—La primera vez, sí.

—¿Es que hubo una segunda vez?

Johanna sonrió. Recordar que sus padres les hablaban de sus dos bodas siempre era motivo de risas entre ellos.

—Hubo una segunda y habrá una tercera —indicó—. Ambos desean renovar sus votos.

—¿Cuándo?

—Cuando digan ellos. —La joven sonrió.

Nuevas preguntas. Nuevas respuestas.

—¿No te gusta el *haggis*? —cuchicheó Alan sin dar crédito.

Pensar en aquel plato tan típicamente escocés le hizo hacer un gesto de desagrado a Johanna, que afirmó:

—No me gusta nada, y tampoco a mamá ni a Amanda.

Alan asintió. Era bueno saberlo.

—¿Cuál es tu comida preferida? —preguntó ella a continuación.

—Un buen asado. ¿Y la tuya?

—El estofado de conejo de Marieta.

Ambos sonrieron y luego ella quiso saber:

—¿Cómo es tu hogar en Fort William?

—*Nuestro* hogar —matizó él.

Johanna sonrió y Alan respondió:

—Es una gran casa de dos plantas a la que le queda una parte por arreglar. Eso sí, nada tiene que ver con la magnificencia de Eilean Donan. Está cerca del hogar de Iver y Beth, cercana al lago Ness y rodeada por un gran valle donde criamos a los caballos y tenemos a las ovejas. La verdad, es un lugar muy bonito para vivir, seguro que te agradará.

—¿Te bañas en el lago Ness? —preguntó ella mientras pensaba que su hogar era Eilean Donan.

—Cuando el tiempo lo permite, por supuesto. Aunque en invierno te aseguro que, cuando ves el lago, en lo último que piensas es en bañarte.

Aquello le gustó a la joven. Tener un lago cerca como ella los tenía siempre era agradable.

—Me toca —dijo Alan.

—Pregunta.

—¿Un sitio mágico para ti?

—Las cataratas de Glomach.

—¿Por qué ese lugar?

—Porque es un sitio lleno de paz y bonitos recuerdos de mi niñez. ¿Un color preferido? —preguntó rápidamente Johanna.

Alan lo pensó y, mirando a su mujer, respondió:

—El verde de tus ojos.

Ambos sonrieron y luego él preguntó:

—¿Tu época favorita del año?

—Aunque me gusta el verano porque es maravilloso poder bañarse en los lagos, he de decirte que la Navidad. Y me encanta celebrarlo a lo grande, rodeada por la familia y los amigos. En Eilean Donan siempre hacemos una gran fiesta en la que bailamos y cantamos hasta caer agotados.

—A mí no me gusta la Navidad.

—¿Por qué?

Alan tomó aire. No había por dónde escapar en ese instante, así que contestó:

—Porque mi familia murió en esa época. Y aunque mi tía Solange la siguió celebrando en Dirleton, la Navidad dejó de ser santo de mi devoción.

Johanna sintió pena. Apenas sabía nada de Alan.

—A mis hermanas, a mi padre y a mi tía les encantaba esa época —añadió él—. Con ellos viví las mejores Navidades de mi vida, pero cuando ellos faltaron, todo cambió.

Turbada por la emoción que veía en sus ojos, Johanna lo miró. Alan solo contaba algunas pinceladas de su familia.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó.

El guerrero cerró los ojos. Hablar de ellos dolía.

—Alan... —insistió Johanna—. Soy tu mujer y quiero saber.

El guerrero abrió los ojos. La miró. Y, entendiendo aquello, dijo:

—Mi padre se llamaba George McGregor y mis hermanas, Johanna y Odaray. —Y, sonriendo, musitó—: Eran alegres, ruidosos y divertidos. Pero mi madre...

Alan guardó unos instantes de silencio, hasta que, tomando aire, añadió:

—Mi madre era una mujer hosca y fría procedente de Portree que se había criado en un burdel. Su nombre era Nainsí McGooley. Papá se enamoró de ella e intentó cambiar su vida. Quiso darle un hogar, una familia, una estabilidad, pero para ella todo era poco. Con decirte que en varias ocasiones trató de cambiarnos a mis hermanas y a mí por unas monedas...

—¡¿Qué?!

Alan asintió con pesar y, mirándola, agregó:

—Nunca nos quiso. Solo le interesaba el dinero. Por ello, papá y yo teníamos que estar cerca siempre de Johanna y Odaray. No nos fiábamos de lo que les pudiera pasar por culpa de mi madre.

Horrorizada por lo que oía, la joven no sabía qué decir.

—¿Por eso sabías que ese hombre era el padre del niño? —preguntó de pronto.

Alan asintió.

—El dolor de sus ojos y su desesperación me recordaron a mi padre y...

No pudo continuar. El guerrero calló, y, tomando aire de nuevo, dijo:

—Esa mujer solo quería al niño para venderlo por unas monedas como habría hecho mi madre con mis hermanas y conmigo.

Sobrecogida, Johanna asintió. El dolor que veía en la mirada de aquel de pronto se convirtió

en su dolor.

—Papá, mis hermanas y yo cogimos unas terribles fiebres y ella se marchó —continuó Alan —. Nos abandonó. No quiso cuidarnos para no enfermar. Mi tía Solange, la hermana soltera de mi padre, se hizo cargo de nosotros, e incluso la familia de Iver. Ellos nos cuidaron, pero solo me salvé yo. Solo yo...

—Alan...

—Por eso odio la Navidad. Esa época del año me recuerda a la familia que perdí.

—¿Y tu tía?

—Murió hace unos meses, por lo que ya no tengo familia.

—¿Y tu madre?

Alan negó con la cabeza.

—Ni lo sé ni me importa. Ella no es nadie para mí.

Johanna lo entendió. Comprendía que tuviera ese sentimiento con respecto a su madre.

—Dicho esto, te pido que lo que te he contado quede entre tú y yo —prosiguió—. No me gusta que mis miserias las sepa nadie, ¿entendido?

La joven asintió y, viendo la tristeza que le había causado relatar aquello, dijo:

—Lo siento, amor. No debió de ser fácil vivir una situación como esa.

—No, no lo fue. Por eso intento no recordarlos.

Johanna le cogió la mano, se la besó y añadió:

—Deberías recordarlos.

—Recordarlos es doloroso.

—Alan, hay que aceptar la muerte como parte de la vida. Y, cuando la aceptas, su recuerdo suele ser algo muy grato que...

—No para mí, Johanna.

—¿Acaso recordarlos no te hace sonreír?

Él la miró. Sin poder evitarlo, aquellos a los que eludía recordar aparecieron en su memoria, y cuando una sonrisa se instaló en su rostro Johanna susurró:

—Te acaban de hacer sonreír. Lo sé.

Alan suspiró, deseaba cambiar de tema de conversación, pero ella insistió:

—No quiero ni imaginarme el dolor tan horrible que supuso para ti perderlos. Pero por ellos, a los que les gustaba la Navidad, deberías seguir celebrándola. —Él negó con la cabeza y ella prosiguió—: Escucha, amor, ellos no pueden hacerlo, pero tú sí. Y has de celebrarlo porque esa es la única manera de que ellos vivan las Navidades a través de ti.

Alan no dijo nada.

—¿Tú nunca has oído eso de que las personas siguen presentes mientras se las recuerda? —preguntó ella.

El guerrero no contestó.

—Cierra los ojos —pidió ella entonces.

—¿Para qué?

—Cierra los ojos, hazme caso —insistió Johanna.

Alan obedeció y luego ella dijo:

—Ahora piensa en algo bonito que viviste con ellos.

—Johanna...

—¡Hazlo, amor!

Alan tomó aire por la nariz. Evitaba pensar en ellos para no sufrir, pero por Johanna lo haría. Pensó en su padre y en su tía, sentados al borde de la cama, contándoles cuentos a sus hermanas

y a él. De pronto la voz de su padre y las risas de sus hermanas le llenaron la mente de bonitos recuerdos, e inevitablemente sonrió.

—Mientras ellos estén en tu corazón y en tu cabeza —dijo Johanna al verlo—, siguen contigo y en tu sonrisa. Por tanto, Alan McGregor, no los prives de sentirte feliz en Navidad o en cualquier otra época del año porque estoy segura de que ellos desean tu felicidad.

A él se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca se permitía recordarlos precisamente para evitar aquello. Johanna lo abrazó con mimo y murmuró:

—Sé que jamás los reemplazaré, pero ahora estoy aquí contigo. Por lo que prepárate, McGregor, porque a partir de este año vas a celebrar la Navidad rodeado de una ruidosa y bailonga familia que te volverá loco. Y lo vas a hacer por ti, por mí y por ellos.

Alan sonrió conmovido. Las palabras de Johanna le estaban llegando al corazón.

—Como ves, yo también lloro —señaló intentando desdramatizar.

—Lo veo, y me encanta saber que tienes sentimientos.

Ambos sonrieron y siguieron hablando del tema durante un rato más, hasta que finalmente el guerrero, más tranquilo, preguntó:

—¿Qué te gustan más, los caballos o las ovejas?

Ella rio, pues sabía por qué se lo preguntaba.

—Adoro los caballos, siempre me han gustado. Pero me he criado entre ovejas y, si tengo que elegir, las elijo a ellas —contestó.

Alan asintió y Johanna, divertida, cuchicheó:

—Hablando de ovejas, creo que deberías olvidarte de las cuatrocientas que mi padre te prometió.

El guerrero soltó una carcajada.

—Créeme cuando te digo que ya las he olvidado —repuso—, porque, a cambio, me llevo a una cabra muy loca.

—Oyeeeeee...

Ambos rieron y luego Alan, cogiéndole la mano, declaró:

—Intuyo que me darás muchos quebraderos de cabeza, pero mi corazón me dice que eres lo mejor que tendré en la vida.

Agitados por el modo en que los sentimientos de ambos habían aflorado, se besaron, y al separarse Alan murmuró:

—Nunca pensé que me casaría sin entregarle un anillo a mi mujer. Pero, en cuanto tenga ocasión, te compraré el más bonito que encuentre.

Johanna miró su dedo desnudo y, tomando aire, afirmó:

—Tranquilo. Mientras no lo lleve, no tengo que esconderlo.

—Quiero que llevemos nuestros anillos.

Ella asintió.

—Claro, amor. Algún día los llevaremos.

Se miraron en silencio y luego Alan dijo:

—No vamos a vivir en Eilean Donan. Nuestro hogar está en Fort William.

De pronto, oír eso sacó a Johanna de su propia ensoñación.

—¿A qué viene eso ahora? —replicó.

—A que recuerdo que dijiste que querías vivir allí.

La joven asintió. Seguía pensando de la misma forma, pero, no queriendo romper aquel momento tan romántico y especial, contestó:

—Contigo viviría donde fuera.

Al guerrero le gustó oír su respuesta, pues sabía que la realidad a la que se enfrentaban no era fácil.

—Con lo que hemos hecho, dudo que tu padre nos quiera cerca —se mofó.

Johanna cabeceó. Era mejor no pensar en su padre, y, tomando aire, susurró:

—No quiero ni imaginar la que van a liar los Halcones...

—¿«Los Halcones»?

Sonriendo, ella asintió y aclaró:

—Sabes que a mi padre lo llaman «el Halcón», ¿verdad?

—Sí.

—Pues mi hermana y yo, cuando papá y mamá se ponen en plan protectores los llamamos «los Halcones»...

Alan soltó una risotada. Lo que se les venía encima iba a ser complicado.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó entonces Johanna.

—¿El qué?

—Contarles que nos hemos casado.

El guerrero se acaloró de pronto y, pasándose la mano por su claro pelo mojado, respondió:

—Si te soy sincero, Johanna, no tengo ni idea.

La aludida sonrió. Él también, y preguntó:

—¿De qué nos reímos?

Divertida, ella se encogió de hombros.

—De lo inconscientes que hemos sido casándonos.

Alan negó con la cabeza, y luego ella declaró:

—Yo se lo contaré a mis padres.

—Ni hablar. Se lo contaremos juntos.

—Alan..., los conozco. Tú no. Buscaré el mejor momento para...

—Johanna.

—Alan, piénsalo... Mi padre vendrá calentito por lo del puente. ¿De verdad crees que es momento para contarle lo que hemos hecho? Amor, te has casado conmigo sin su beneplácito, sin su presencia, sin una boda como la que él desea. ¿De verdad quieres arriesgarte a que te corte el cuello?

—Por ti, lo que sea.

Lo que acababa de oír enamoró a Johanna. Alan era más romántico de lo que en un principio había imaginado.

—Pero qué bonito eres —susurró.

—Y tú, qué preciosa.

—Tú más.

—No, mi cielo, tú más.

Hechizados, se besaron, se saborearon. Cuando sus bocas se separaron, se miraron a los ojos y ella murmuró:

—¿Por qué nos decimos estas ñoñerías?

—No lo sé. Será cosa del amor... —Él rio.

Gustosos y encantados, continuaron besándose. La atracción que había entre ellos, sin darse cuenta, se había convertido en amor.

—Buscaré el mejor momento para contárselo, ¿vale? —dijo Johanna al cabo.

Alan resopló. Si por él fuera se lo diría en cuanto llegaran, pero entendía a la joven. Iba a hablar cuando esta, mirándolo a los ojos, se sentó a horcajadas sobre él. Con mimo, lo besó en la

frente, en los párpados, en las mejillas, en la nariz y, tras darle un beso en los labios, susurró:

—Me encanta lo guapo, dulce y maravilloso que es mi marido, y te juro por mi vida que, aunque te rete en alguna que otra ocasión, te voy a cuidar todos y cada uno de nuestros días.

Alan sonrió sobrecogido, y ella, agarrando su pene erecto, lo colocó en su húmeda vagina y, dejándose caer sobre él, al sentir que se estremecía dijo:

—Si permites que otra mujer toque esto que ahora es mío, te mato.

—Dudo que, teniéndote a ti, deseándote a ti y queriéndote a ti, yo desee que...

—Alan McGregor —lo cortó ella—, si he aprendido a ser una excelente guerrera, ten por seguro que aprenderé a ser una excelente esposa y amante.

Alan sonrió. Y ambos, olvidándose del mundo para pensar solo en ellos, disfrutaron de un excelente baño lleno de ternura, sensualidad y amor.

Capítulo 62

Al día siguiente Alan y Johanna pasearon por Tain guardando las distancias. Solo se permitían besarse y abrazarse cuando estaban en el campo, lejos de las miradas de la gente o en la habitación, lugar del que casi no salieron.

Esa noche, mientras estaban cenando en la posada donde se alojaban, charlaban divertidos cuando a Johanna le cambió el gesto. Desde donde estaba acababa de ver que sus padres entraban en la posada.

—Madre mía... —dijo.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Apenas ha tardado en llegar un día.

Al oír eso Alan giró la cabeza y vio a Megan y a Duncan charlando con Werlin. Cuando iba a hablar, Johanna declaró:

—Nuestra luna de miel termina aquí.

Alan la miró y, cuando ya se disponía a protestar, oyó:

—¡Johanna McRae!

La voz de Duncan hizo que todo el mundo que estaba cenando allí callara, pues la gran mayoría reconocieron al Halcón.

—Padre —dijo entonces la joven poniéndose en pie.

El fiero guerrero se acercó a ella. Sus hijas solo lo llamaban «padre» para poner distancia cuando sabían que habían cometido un error colosal. Por ello, yendo hacia él, iba a hablar cuando Alan se levantó de pronto y se colocó entre Johanna y su padre.

—Duncan, qué alegría ver que habéis llegado —aseguró.

El guerrero asintió y, percatándose de que la gente que estaba allí se marchaba rauda y veloz, sin mirarlo, pidió:

—¿Podrías quitarte de en medio para que pueda hablar con mi hija?

Alan dudó unos instantes. Lo que veía en los ojos de aquel no le gustaba nada. Entonces Megan se acercó a ellos y, abrazando a su hija, exclamó:

—Por Dios, cariño, ¡qué susto nos diste!

Con amor, Johanna la abrazó.

—Lo siento, mamá —se disculpó—. Obré mal.

A Megan le gustó oír eso; miró a su marido, que con gesto fiero contemplaba a su hija, y se disponía a hablar de nuevo cuando Amanda se acercó y, tras abrazarla divertida, soltó:

—Me ha faltado *esto* para heredar Eilean Donan enterito para mí.

—¡Amanda! —gruñó su madre.

—Oye..., ¡es la verdad! Habría sido la única heredera —afirmó aquella.

Las hermanas se miraban divertidas, lo que había entre ellas era amor del bueno, cuando McPherson llegó y, empujando a Alan para quitarlo de en medio, se situó frente a Johanna.

—¡Estoy por matarte! —exclamó. La joven sonrió y el hombre, dulcificando el tono, cuchicheó—: Ni dormir nos ha dejado tu padre para llegar cuanto antes aquí.

—Lo imagino —afirmó Johanna.

McPherson le dio un abrazo a la muchacha, y luego miró a Alan.

—Pareces cansado —comentó—. ¿Acaso tú tampoco has dormido?

Alan y Johanna intercambiaron una rápida mirada. La última noche no habían dormido nada, y, sin pensarlo, ella sugirió:

—Pregúntales a las criadas...

Duncan miró a Alan y este último aclaró:

—He estado pendiente de ella. —Y, mirando a la joven, protestó—: Pero ¿qué dices?

—Aunque me pese reconocerlo, tiene razón, papá —siseó entonces Johanna—. Menuda pesadilla ha sido soportarlo.

Sorprendido por lo fácil que a ella le resultaba hacer aquel teatrillo, Alan replicó:

—Tampoco ha sido fácil soportarte a ti.

Johanna resopló y, mirando a su padre, indicó viendo el gesto fiero de aquel:

—Estar con él ha sido mi peor castigo.

—¡Pero si aquí está mi chicaaaaaa! —soltó entonces Cristopher entrando.

Duncan cerró los ojos y, en ese mismo instante, oyó a Cameron decir:

—Listilla, ¡esta vez te has pasado!

—¡Y mucho! —insistió Cristopher.

Sin poder evitarlo, Johanna volvió a hacer aquel gesto que entre ellos significaba una victoria, y al ver que todos la miraban declaró:

—Vale, lo asumo. Fui una inconsciente al hacer lo que hice. No solo puse en peligro mi vida, sino también la de Alan McGregor. Pero ya nada puedo hacer salvo acatar sin rechistar cualquier castigo que padre me imponga.

—Uis, ¡lo llama «padre»! Qué sinvergüenza —se mofó McPherson.

Duncan, que escuchaba a todos en silencio, intentaba tranquilizarse. La osadía de su hija había sido muy peligrosa. Pero ante él estaba ahora, sana y salva.

—Ahora no, mañana hablaremos —indicó cuando ella lo miró—. Pero una cosa has de saber, Johanna. Todo cambiará tan pronto como volvamos a casa.

Con el rabillo del ojo, ella miró a Alan. Desde el día anterior no habían vuelto a hablar de ese tema.

—Estoy muy enfadado, porque yo crie a una guerrera, no a una descerebrada —insistió Duncan.

Un silencio raro, incómodo y demasiado extenso se originó entonces en el salón, hasta que Megan, agotada, intercedió.

—Por Dios, Duncan, vale ya. Johanna ha pedido disculpas y acatará el castigo que le impongas. ¿Qué más quieres?

—Quiero un abrazo.

Sin dudarlo, la muchacha se lo dio. Duncan cerró los ojos y la abrazó. Recordar el puente deshaciéndose bajo las patas del caballo de su hija todavía lo tenía en un sinvivir. Después se separó de ella y dijo mirándola a los ojos:

—Terminarás en un convento aburrida, bordando y tejiendo.

—¡Duncan! —protestó Megan.

El aludido, volviéndose hacia Alan, lo abrazó también y susurró:

—Gracias por lo que hiciste en el puente y por cuidarla hasta que he llegado yo.

Alan cabeceó sintiéndose fatal. Cuando supiera la verdad de lo que ocurría entre Johanna y él, iba a temblar Escocia.

—Siento decirte, Duncan —soltó entonces Cristopher—, que cuando la lleves al convento, en una semana te la devolverán y la dejarán en la puerta de tu casa por retadora e insufrible.

—Y en dos días —se mofó Amanda.

A pesar de que la broma la había iniciado Cristopher, Duncan sonrió. Sus hijas eran complicaditas. Y, tomando aire, murmuró abrazándolas:

—¿Qué voy a hacer con vosotras?

Megan sonrió y, sumándose a ese abrazo del amor de su vida a sus amores, afirmó:

—Querernos.

Capítulo 63

Disimular la nueva situación entre Johanna y Alan no estaba siendo fácil. Solo les había bastado un día de besos, cariños y arrumacos para saber que aquello era lo que necesitaban en sus vidas, y estar sin ello ahora era muy complicado.

Mientras cenaban todos en el comedor de la posada, Alan y Johanna permanecían separados. Apenas se miraban, ya no se hablaban, y cuando la cena acabó y se levantaron de la mesa, Cameron se dirigió a su amiga y cuchicheó:

—¿Qué tal, señorita retadora?

Sin poder evitarlo, Johanna sonrió, y Cameron murmuró:

—Por tu sonrisa, intuyo que todo bien.

—Muy bien —aseguró ella.

Él sonrió a su vez, y en ese momento Amanda se les acercó.

—Intuyo de lo que habláis y quiero saber —dijo.

Ellos rieron y Amanda, sacando sus propias conclusiones a partir de lo que veía en los ojos de su hermana, cuchicheó:

—Papá os va a matar.

Johanna asintió; entonces, como necesitaba hablar con alguien y sabía que aquellos eran los más indicados, susurró:

—¡Nos hemos casado!

—¡¿Qué?! —murmuró Amanda.

—¡Que nos hemos casado a través de una unión de manos!

Amanda parpadeó sin dar crédito. Cameron abrió la boca y Johanna gruñó:

—Por san Ninian, ¡cambiad el gesto y disimulad!

Los otros dos se miraron y luego Amanda preguntó:

—¿Que te has casado?

—¡Sí!

—¡Tataaaaa!

—Aisss, Amanda, lo deseaba tanto...

—¿A través de un *handfasting*?

—Sí.

Su hermana resopló. Su padre la iba a matar. Pero Johanna, feliz, soltó:

—Lo sé, ¡hice una locura!

Amanda se llevó las manos a la cabeza al mismo tiempo que Cameron preguntaba emocionado:

—¿Lo amas?

—Mucho —aseguró Johanna.

Él asintió; siempre había querido ver a su mejor amiga enamorada, y, feliz, cuchicheó:

—Hay amores bonitos y únicos que justifican las locuras que hacen cometer.

Johanna y Cameron sonrieron. Esa frase resumía el amor que Alan y la joven vivían en

silencio.

—Pero también hay locuras que matan —replicó Amanda—, y mi padre los va a matar.

Sin un ápice de miedo, Johanna asintió y, clavando la mirada en aquella, repuso:

—Tata, todo lo que nos ocurre tiene su plan secreto, aunque nosotros no lo sepamos.

Ambas sonrieron por esa frase y Cameron, emocionado, se fijó en el dedo desnudo de aquella.

—Como fue precipitado, el anillo ya llegará —aclaró Johanna.

Todavía sin creérselo, Amanda insistió:

—Por san Fergus, tata, ¿qué has hecho?

—Dejarme llevar por el corazón —dijo Johanna, y, viendo que su hermana la miraba, afirmó —: Y si tuviera que hacerlo de nuevo, lo volvería a hacer porque he vivido con él la mejor noche y el mejor día de mi vida, y solo por eso merecerá todo lo que venga después.

Amanda miró a Alan, que hablaba con su padre, y tocándose el cuello cuchicheó:

—Ais, pobre... Lo va a matar.

—No. No lo hará.

—Tata, por Dios...

—Amanda, no se lo voy a permitir.

En ese instante llegó Megan hasta ellos e indicó mirándolos:

—Creo que deberíamos ir a descansar. Estamos todos agotados.

—Y tan agotados —se mofó Cameron.

En ese momento el posadero le entregó a Alan las llaves de las habitaciones para que las repartiera entre el grupo.

—Duncan y Megan, vuestra habitación es la diez —dijo el guerrero—. Cameron y McPherson, la vuestra es la nueve. Cristopher...

—Un momento —dijo McPherson, que no había parado de tontear con una de las criadas—. No es por incordiar, pero tengo planes con cierta preciosidad. ¿Qué tal si Cameron y Cristopher comparten habitación?

El grupo se fijó en cómo él y la mujer se miraban, y Cristopher terció:

—¿Y si yo también tengo planes?

McPherson sonrió y, dándole un manotazo a aquel en la espalda, insistió:

—Muchacho, no me jorobes la noche, que yo ya tengo una edad.

Todos sonrieron por el comentario y Johanna, para facilitarles el tema a sus amigos, intervino:

—Lo mejor es que Cameron y Cristopher compartan habitación. —Y, mirándolos, indicó—: Solo será una noche, creo que os podréis soportar.

Los aludidos se miraron. Aquello que su amiga proponía era lo que más deseaban, lo ideal. Asintieron con cierta indiferencia, y cuando Cristopher cogió la llave que Alan le tendía, miró a Cameron e indicó:

—Espero que no ronques o saldrás disparado por la ventana.

De nuevo rieron por aquello. Megan, mirando a sus hijas, preguntó:

—¿En qué habitación estáis vosotras?

Amanda miró a su hermana, que rápidamente respondió:

—En la habitación seis.

—¿En qué habitación estás tú? —preguntó Duncan a Alan.

—En la siete. —Y al ver cómo aquel lo miraba aclaró—: Intenté estar lo más cerca de ella. Pero si queréis que cambiemos la habitación, yo...

—¡Ni hablar! —intercedió Megan—. Subamos a dormir y a descansar, que nos lo merecemos.

Cuando todos se dirigieron hacia la escalera para ocupar sus habitaciones, Duncan habló con

Alan.

—Agradezco todo lo que haces por mi hija —declaró.

El guerrero asintió nervioso y, con cierta incomodidad, respondió:

—No hay nada que agradecer.

Capítulo 64

Pasar la noche sin Johanna no estaba resultando sencillo para Alan. El guerrero había dado ya mil vueltas en la cama, en una que no olía a ella, pues la noche anterior la habían pasado en la cama de la habitación que ahora ella ocupaba con su hermana.

Estaba pensando en ello cuando de pronto oyó un ruido. Alarmado, se disponía a levantarse pero, sin dar crédito, vio que Johanna entraba por la ventana abierta.

Se levantó de la cama boquiabierto y, cuando se disponía a protestar, esta se lanzó hacia él y lo besó con auténtica pasión. A ese beso le siguieron un par más, y cuando se relajaron, Johanna murmuró mirándolo:

—Necesitaba verte y estar contigo.

Alan asintió mientras la estrechaba entre sus brazos. Aquella necesidad era la misma que él sentía.

—¿Y tu hermana? —preguntó.

Johanna sonrió.

—Dormida, pero si se despierta sabe dónde estoy.

Alan parpadeó y, al entenderla, murmuró:

—¿Se lo has dicho?

—Sí. Y también a Cameron.

Sin dar crédito, él se disponía a protestar cuando Johanna, imaginando que Cristopher ya lo sabría también, declaró omitiendo esto último:

—No dirán nada, créeme. Confío totalmente en ellos.

Desconcertado porque ya hubiera más gente al corriente de su situación, Alan resopló, pero, mirando a la joven, gruñó:

—¿Cómo se te ocurre entrar por la ventana?

Ella levantó las cejas y él insistió:

—¿Acaso no piensas que podrías caerte y hacerte daño?

—¿Crees que podría haber entrado por la puerta? —inquirió Johanna divertida.

Alan resopló. Sabía que aquella tenía razón. Cuando iba a hablar, la oyó decir:

—¿Sabes que te estás comportando como mi padre?

—Será porque me preocupo por ti, como él.

La joven puso los ojos en blanco y cuchicheó:

—Sois insufribles.

Ambos finalmente sonrieron por aquello y, caminando hacia la cama, se tumbaron sobre ella y empezaron a hablar en susurros. Las horas pasadas a solas en las que habían charlado de todo lo que se les ocurría les habían generado una necesidad de comunicarse que ahora era complicada de frenar.

Mientras hablaban, se besaban, estar sin besarse era imposible para ellos, pero de pronto se oyeron unos golpes en la puerta. Rápidamente los dos se tensaron, hasta que volvieron a oír los golpes y una voz que decía:

—Alan, soy Duncan... ¿Estás despierto?

Horrorizados, ambos se miraron y Johanna murmuró:

—¡Mi padre!

—¿Y qué hace tu padre aquí?

—¡Y yo qué sé!

Sin tiempo que perder, ella pensó en salir por la ventana, pero Alan la detuvo.

—¿Qué haces? —Y, antes de que ella contestara, ordenó—: Bajo la cama, ¡deprisa!

Johanna obedeció y Alan abrió la puerta y saludó:

—Duncan, ¿qué ocurre?

El guerrero miró al joven, que estaba frente a él sin camisa, y preguntó:

—¿Te he despertado?

—No. Tranquilo.

Duncan cabeceó.

—¿Podemos hablar un momento?

Inquieto por la presencia de aquel en su habitación, y más teniendo a Johanna bajo la cama, Alan asintió y el laird entró, fue hasta la ventana abierta y se apoyó en ella.

—No logro deshacerme de la imagen del puente desmoronándose con Johanna sobre él —comentó.

Alan asintió, lo entendía, y Duncan prosiguió:

—Me quedé paralizado. No supe reaccionar.

—Duncan...

—Si no hubiera sido por ti, ahora mi hija estaría muerta.

No pudo continuar, las palabras dolían. Alan se acercó a él y señaló:

—Olvida eso. Ella está bien, es lo único importante.

Duncan asintió, sabía que el muchacho tenía razón.

—En ocasiones, cuando Johanna hace cosas así, siento que me he equivocado —murmuró tomando aire—. Que he errado permitiendo que sea como es. Y, aunque me enorgullezca su valentía, hay veces en las que lamento no haberla criado de otra manera.

Bajo la cama, Johanna escuchaba lo que su padre decía con el corazón encogido.

—Ella y Amanda son dos mujeres guerreras y valerosas —prosiguió aquel—. Son lo que su madre y yo hemos permitido que sean, pero temo que esa manera de ser suya les cueste algún día la vida. Y eso solo será por mi culpa, por no haberlas frenado a tiempo.

Se quedaron unos instantes en silencio hasta que Duncan continuó:

—Cuando nacieron me juré a mí mismo que mis hijas sabrían defenderse, que ningún hombre las maltrataría ni las golpearía porque ellas caminarían con paso firme en la vida. Pero, precisamente, ese paso firme que yo mismo les enseñé es lo que puede traerles infinidad de problemas.

—Duncan, no pienses eso.

—¿Cómo no lo voy a pensar con lo que ha ocurrido?

Ambos asintieron y luego aquel prosiguió:

—No cambiaría a mis hijas por ninguna otra en el mundo, pero cuando veo que exponen sus vidas como lo hizo Johanna en el puente, me planteo cosas y me regaño a mí mismo por no haberlas criado como a Milena Gordon, por ejemplo.

Alan se sorprendió, y replicó:

—Créeme, Duncan, que es infinitamente mejor una mujer como cualquiera de tus hijas que una mujer como Milena. Tus hijas, gusten o no, saben defenderse en la vida. Milena, en cambio,

no.

—En confianza y sin temor..., ¿qué piensas de mis hijas? —Alan levantó las cejas y aquel insistió—: Si algo valoro de ti es tu sinceridad.

Alan suspiró al oír eso. Sincero, sincero... no estaba siendo con él, pero, para responder a su pregunta, dijo generalizando:

—Pienso que son dos jóvenes muy bellas, pero de trato difícil. Y son complicadas porque ambas dicen y hacen todo lo que desean, y a veces hay que pensar antes de hablar y actuar.

Duncan asintió, sin duda Alan tenía razón. Y este, consciente de que Johanna los estaba escuchando, añadió:

—Su valentía y su arrojo son cualidades que se aprecian, pero, según el momento, también pueden aborrecerse. Y el problema que yo veo en ellas, como *niñero*...

—Cada vez que Johanna te llama «niñero», siento ganas de matarla... ¿Acaso no se da cuenta de lo incómoda que puede ser esa palabra para ti?

El guerrero rio.

—Claro que se da cuenta... Johanna es lo suficientemente lista y espabilada para saber cuándo, cómo y a quién le dice las cosas. Su problema es que, aun sabiéndolo, lo hace porque no le teme a nada y cree que está por encima del bien y del mal.

Duncan cabeceó, no podía estar más de acuerdo con aquel. Y, consciente de la decisión que había tomado, afirmó:

—Eso va a cambiar.

Alan se inquietó porque el cambio ya se había producido: él y Johanna se habían casado. Sin embargo, no podía confesar eso.

—Mis hijas poseen belleza, y eso atrae a los hombres —añadió el otro—. Pero, una vez que las conocen y ven su carácter, suelen huir espantados. Y aunque reconozco que eso a menudo me ha divertido, ahora comienza a preocuparme... ¿Qué hombres las van a aguantar?

—Con ese carácter endiablado que tienen, siento decirte que pocos.

Según dijo eso, Alan notó que le pegaban un manotazo en el tobillo. Había sido Johanna. Se alejó de donde ella estaba, y oyó a Duncan decir:

—Todos los hombres que se les aproximan son unos peleles que las harán unas infelices, o unas malas bestias que lo único que desean es poseerlas para matarlas cuando ya no las soporten... ¿Qué voy a hacer con mis hijas?

Alan no respondió. Él no se correspondía con ningún perfil de los que Duncan había descrito.

—Gracias por escucharme —dijo a continuación el hombre.

—Aquí estoy cuando me necesites.

—Alan McGregor, eres alguien en quien confiar.

Dicho esto, Duncan salió de la habitación y cerró la puerta dejando a Alan con un terrible sentimiento de culpabilidad. ¿Cómo podía estar engañándolo de ese modo?

Johanna salió entonces de debajo de la cama.

—Me siento fatal —murmuró el guerrero mirándola—. Soy la peor persona del mundo.

Ella lo entendió y susurró acercándose a él:

—No, amor, esa soy yo... Soy su hija, y le estoy mintiendo.

—Pero él confía en mí...

—¿Y acaso en mí no?

Se quedaron en silencio hasta que Johanna preguntó:

—¿Crees que estoy por encima del bien y del mal?

Alan la miró. Frente a él tenía a la Johanna desafiante, a la Johanna que lo había enamorado

como para estar mintiéndole al mismísimo Halcón. Sonriendo, la tomó entre sus brazos y, olvidándose de Duncan, la besó y le hizo el amor con pasión.

Capítulo 65

Despertar sin Alan al lado incomodó a Johanna. Solo le había hecho falta despertar un día con él para saber que eso era lo que quería cada mañana de su vida.

Tras asearse y vestirse, Amanda y ella bajaron al salón de la posada, donde se encontraron con sus padres y Greg McPherson, que hablaban muy serios.

—Algo pasa —murmuró Amanda.

Johanna asintió. Solo había que ver la expresión de aquellos para saber que ocurría algo.

—Sea lo que sea —susurró—, ahora nos enteraremos.

Las hermanas se cogieron de la mano y Duncan las saludó al verlas:

—Buenos días, mis amores.

Con cariño, ellas besaron a sus padres y, una vez que tomaron asiento, Duncan indicó dirigiéndose a Johanna:

—Tenemos que hablar.

La joven asintió, lo sabía, y Megan terció:

—¿Qué tal si antes desayuna?

—Da igual, mamá. Desayunaré mientras hablamos.

Megan suspiró. Dudaba que su hija fuera a desayunar con lo que su padre quería decirle. Entonces Duncan soltó:

—Lo que hiciste el otro día en ese maldito puente fue una temeridad.

—Lo sé, papá, y...

—Johanna —la cortó él—, tu desobediencia ha agotado mi paciencia y he tomado decisiones que, conociéndoos, no os van a gustar ni a ti ni a tu hermana.

—Papi, te recuerdo que hablabas con ella, no conmigo —se mofó Amanda al oírlo.

Johanna, que se estaba echando leche en un tazón, dejó de hacerlo y miró a su padre, y después, a su madre; frunció el ceño y preguntó mientras depositaba la jarra de leche sobre la mesa:

—¿De qué hablas?

En ese instante Cameron y Cristopher entraron en el salón y este último saludó:

—Buenos días a todos, en especial a ¡mi chica retadora!

Johanna sonrió, y Amanda también, pero el resto no; como siempre, el buen humor de Cristopher incomodó a Duncan. Cuando los dos muchachos se disponían a sentarse con ellos, dijo:

—Si no os importa, prefiero que os sentéis a otra mesa.

—Papáááá —se quejaron Amanda y Johanna.

—Pues sí que comenzamos bien el día —se mofó Cristopher sonriendo.

Duncan lo miró con gesto de enfado e, incapaz de callar, preguntó:

—¿Podrías tragarte tus absurdos comentarios?

—Papáááá... —gruñó Johanna.

Pero Duncan, calentito por lo que tenía que hablar con su hija, insistió mirando a aquel:

—¿Tú te tomas algo en serio en la vida?

Cristopher asintió con la cabeza y, sin cambiar su expresión, declaró:

—Claro, pero lo justo y necesario... ¿Y sabes por qué, Duncan? —Este, mirándolo, no respondió, y aquel añadió—: Porque tengo un maldito padre que me ha dado tan mala vida que el simple hecho de estar lejos de él hace que esta sea más bonita.

Su contestación los conmovió a todos.

—Sé que no soportas a mi padre, y te entiendo —continuó Cristopher—. Yo tampoco lo soporto. Y aunque ahora no es el momento, espero que algún día te sientes conmigo y, de hombre a hombre, me puedas explicar por qué no me soportas a mí.

Johanna sonrió. Su padre se merecía esas palabras.

Entonces Duncan, tomando aire, respondió:

—Ese día llegará, pero ahora estoy tratando un tema familiar y...

—Por el amor de Dios, papá —se quejó Johanna—. Son Cameron y Cristopher, y...

—Me sentaré con mi sobrino Cameron y Cristopher en aquella mesa —indicó McPherson para intentar relajar el ambiente.

—Tú puedes quedarte. Eres familia —aseguró Duncan.

McPherson asintió, lo sabía. Sin embargo, miró a su buen amigo y repuso:

—Gracias por tu consideración, pero has de hablar con ellas.

Dicho esto, el hombre se sentó en la mesa de al lado con aquellos y cuchicheó mirándolos:

—No quiero ni una palabra ni un mal gesto. Hoy no es día para bromas.

—¿Cuándo es día para bromas con Duncan?

—Cristopher, cállate —exigió Cameron.

Johanna y Amanda se miraban incómodas, pues lo sucedido no había sido agradable, cuando Megan empezó a decir:

—Duncan, creo que...

—Megan, ¡no! —la interrumpió él—. Lo que ha ocurrido es lo suficientemente importante como para que tengamos esta incómoda conversación de una santa vez.

Ella resopló y murmuró mientras negaba con la cabeza:

—No estoy de acuerdo contigo, y quiero que mis hijas lo sepan.

—Raro que tú estés de acuerdo conmigo.

—Cuando dices tonterías, no. Oh, perdón, que tú no dices nunca tonterías...

—¡Megan! —bramó Duncan.

La pareja se miró a los ojos con desafío, y Amanda preguntó preocupada:

—Pero vamos a ver, ¿qué pasa?

Molesto y enfadado, el guerrero miró a sus hijas y gruñó:

—Pasa que tu hermana casi se mata y, por suerte, no provocó también la muerte de Alan McGregor. Pasa que sois desobedientes, retadoras, intolerantes, imposibles, contestonas, incómodas, insufribles...

—¡Papáááá! —protestaron las chicas.

—Pasa —prosiguió Duncan— que estoy harto de vivir con el corazón encogido por culpa de vuestras locuras y de vuestra indisciplina. Y pasa que os he criado como no debería, y...

—¡Duncan! —lo cortó Megan.

Alan apareció entonces en el salón y de inmediato supo por sus expresiones que el ambiente estaba cargado. ¿Qué ocurría? El grupo estaba dividido en dos mesas. Y McPherson, viéndolo, lo llamó:

—Alan. Siéntate con nosotros.

Sin dudarlo, el guerrero lo hizo, y Cameron cuchicheó:

—Hoy el Halcón se ha levantado calentito.

—¿Y cuándo no? —se mofó Cristopher.

Duncan, al que los nervios no se le notaban, pero por dentro temblaba como una hoja, continuó:

—He tomado una decisión. Y debido a ella ya os podéis olvidar de ojitos grises, retos y tonterías.

—Buenooooo —murmuró Amanda.

—A ver, papá, no sé de qué decisión hablas, pero creo que...

—Johanna, te amo con todo mi ser. Desde el primer instante en que te vi, supe que te habías apropiado de mi corazón para el resto de tu vida, y por eso te he criado, te he querido y te he cuidado.

—¿Por qué hablas en pasado de ella? —preguntó Amanda.

—Porque será que ya no me quiere.

—Johanna, no digas tonterías —la regañó Megan.

Duncan resopló. Una vez más, sus hijas no se tomaban en serio lo que decía. Mirando a su hija mayor, prosiguió:

—Llevo tiempo comentándote que has de encontrar un marido y...

—Papá —lo cortó ella—, no me jorobes.

—Johanna...

—Pero, papá —insistió—, siempre me has dicho que encuentre a mi compañero de vida. Jamás me has presionado para encontrar un esposo precisamente por lo que le ocurrió a mamá... ¿De qué hablas ahora?

Duncan, a quien aquella conversación le estaba doliendo, respondió:

—Hablo de que, si quieres matarte, que sea bajo la protección de otro, porque yo ya no lo soporto. De eso hablo.

—Papáááá —musitó Amanda boquiabierta.

Sin poder creer lo que acababa de oír, Johanna parpadeó. Y su madre, intentando mediar, intervino:

—A ver, cariño, tu padre quiere decir...

—¡Sé lo que quiere decir mi padre! —la cortó Johanna. Y, mirando a aquel, del que había heredado el desafío en la voz y la mirada, susurró—: ¿Acaso ahora sobro en tu vida..., padre?

Que lo llamara «padre» a Duncan le hacía sentir la distancia que su hija ponía entre ellos. Y, mirándola, respondió:

—No. No me sobras, pero me incomodas.

—Papáááá —protestó Amanda.

Bajo la mesa, Johanna y su hermana se cogían de las manos. Lo que su padre estaba diciendo y haciendo les dolía. Entonces Megan se disponía a hablar, pero aquel, cortándola, declaró:

—Soy Duncan McRae, laird de mi clan, y tu padre, Johanna. Y, llegados a este punto, en cuanto regresemos a Eilean Donan te casarás con Robert Duchaman. Ya he mandado una misiva a sus padres para que vayan preparando la boda. No hay más que hablar.

Alan parpadeó. Pero ¿qué decía aquel?

—Eso de que no hay más que hablar lo dices tú, ¿no? —soltó entonces Johanna con frialdad.

Duncan tomó aire. Ahí estaba la hija retadora.

—Johanna, mide tus palabras —murmuró.

—Mídelas tú.

—Johanna...

—Padre...

Pero ella, dando un manotazo sobre la mesa, se soltó de la mano de su hermana y siseó:

—Me has enseñado a no medir mis palabras. Me has enseñado a luchar por lo que quiero. Me has enseñado a pensar por mí misma. ¿Y ahora me vienes con esas?

—Johanna, cariño... —musitó Megan.

Pero la aludida, fuera de sí, insistió sin despegar la mirada de Duncan:

—¿De verdad pretendes que acate esa idiotez de decisión, padre, cuando sabes que Robert Duchaman y yo simplemente somos amigos y que nunca podríamos ser nada más?

—Robert Duchaman es un buen hombre.

—Lo es —afirmó ella—. Pero no es alguien con quien desee compartir mi vida.

—La decisión ya está tomada, Johanna —sentenció Duncan.

Johanna miró a su hermana, que estaba tan sorprendida como ella. Y entonces, levantándose, indicó:

—Pues no pienso casarme con él, padre. ¡Es lo que hay!

Aquella chulería, aquella manera de responder, aquella manera de mirarlo terminaron de enfermar a Duncan, que, levantando la voz, ordenó:

—¡Johanna McRae, obedecerás o tomaré medidas!

—Ni hablar. No lo haré. Así pues, ya puedes comenzar con tus medidas.

Alan no sabía qué hacer. Veía la rabia y la furia en los ojos de aquellos. Cuando se disponía a levantarse, McPherson, que estaba frente a él, le advirtió:

—Ni se te ocurra intervenir.

Alan, a quien el corazón le iba a mil, lo miró. ¿Cómo no iba a hablar si él era el marido de Johanna? Iba a levantarse de nuevo, pero McPherson masculló mirándolo con gesto fiero:

—No hagas que tenga que matarte, Alan McGregor.

—Tío... —protestó Cameron.

Sorprendido por aquello, Alan se disponía a contestar cuando Cristopher, que sabía la verdad sobre ellos porque Cameron se lo había contado, cuchicheó mirando al viejo:

—Creo que deberías callarte...

McPherson negó con la cabeza. Le dolía mucho todo lo que estaba oyendo.

—Por vuestro bien, os quiero quietecitos y callados —indicó.

—Pero, tío, ¿qué dices? —masculló Cameron.

—Esto es algo de ellos. De su familia. Y nosotros nada hemos de decir.

Alan, incómodo, miró a Johanna. Quería intervenir, quería hablar. Él era ahora su familia. Pero aquella discutía con su padre, con su madre, y cada vez que la buscaba con la mirada ella le pedía que callara, que la dejara.

Pero ¿cómo dejarla con lo que Duncan le gritaba? ¡Era su mujer! ¿Cómo se iba a casar con aquel Robert Duchaman?

Amanda observaba a su hermana en silencio. Aquello era una locura. Si Johanna se había casado con Alan, ¿por qué no lo contaba y terminaba con la situación?

Miró a Alan. En sus ojos veía que quería intervenir, ayudar a su hermana. Finalmente se levantó y gritó fuera de sí:

—¡Basta ya!

Al oír ese grito, Duncan y Megan miraron a su hija pequeña. Pero esta, ignorándolos, se dirigió a su hermana y exigió:

—¡Dilo!

Johanna resopló. Si no lo decía era por Alan, no por ella.

—Dilo de una vez o lo digo yo —insistió Amanda.

Su hermana suspiró. Si había un mal momento para decir lo que tenía que decir era precisamente ese, por lo que murmuró:

—Cállate, Amanda.

—¿De qué habla tu hermana? —preguntó Megan.

Johanna y Amanda se miraban cuando esta última exclamó:

—Maldita sea, tata, ¡di la verdad de una santa vez!

—¡Amanda!

—Pero ¿no ves lo que quiere hacer papá?

Johanna se retorció las manos. Decir la verdad era lo que tocaba. No temía a su padre, pero su reacción contra Alan sí.

—¡Johanna McRae, habla! ¡Di lo que tengas que decir! —bramó aquella.

—Me he enamorado —soltó ella sin más.

Megan y Duncan, que estaban de pie, se miraron. ¿Enamorado? ¿De quién? Entonces se oyó la risita de Cristopher y Duncan siseó:

—Dime, por Dios, que no es de él...

Con el corazón acelerado, Johanna miró a Alan, que estaba junto a Cristopher. Su expresión era tensa, de enfado. Y cuando vio que él asentía, ella declaró:

—Me he casado.

—¿Que te has casado? —exclamó McPherson boquiabierto.

—Sí, a través de una unión de manos —afirmó la joven mirando a su padre.

Megan parpadeó totalmente sorprendida. De todas las locuras que había hecho su hija, esa se llevaba la palma. Vio el gesto de su marido, que se descomponía segundo a segundo, y preguntó:

—¿Con quién te has casado?

Duncan apenas podía respirar. Su hija, su niña, se había casado. Entonces ella, señalando hacia la mesa de al lado, dijo:

—Él es mi marido.

Cegado por la rabia y la frustración, Duncan vio de nuevo la sonrisita de Cristopher y, al borde del infarto, murmuró:

—Lo mataré.

Johanna se levantó y, agarrando a su padre, masculló:

—Ni se te ocurra.

—Johanna, ¡suéltame!

—Lo quiero y no vas a matarlo o...

—¡¿O qué?!

—Papi...

—No me llames así, ¡ahora no! —bramó él.

Padre e hija se miraron a los ojos. La fiereza que había en ellos daba a entender que aquello no iba a terminar bien. Alan se levantó y se estaba moviendo cuando Duncan bramó:

—No soy tu papi, ¡soy tu padre!, y me debes un respeto.

Su ferocidad hizo que la joven asintiera.

—De acuerdo..., padre.

—Maldita sea, Johanna McRae, ¿te has casado con Cristopher Watson? —insistió aquel.

Al oír eso, ella negó rápidamente con la cabeza. Pero ¿qué decía Duncan? Y viendo a Alan acercarse, aclaró:

—No, padre. Me he casado con Alan McGregor.

Según oyó eso, él clavó la mirada en Alan. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo, y más cuando lo oyó decir alto y claro:

—Ella ya no es Johanna McRae. Ahora es Johanna McGregor.

El bufido que Duncan soltó hizo que su mujer enseguida lo agarrara de la mano, y McPherson, que también se había levantado, rugió:

—Jodido McGregor..., ¡qué calladito te lo tenías!

Boquiabierta, Megan miró a Amanda, que sonreía. Luego a Johanna, y finalmente a su marido. Duncan estaba pálido, inmóvil, y por su posición parecía dispuesto al ataque. Entonces miró a Alan y preguntó:

—¿Cuándo os habéis casado?

—Anteayer —declaró él con seguridad.

Todos se miraban en silencio. Todos esperaban la reacción de Duncan. Y este, soltándose con rabia de la mano de su mujer, desenvainó su espada mientras Amanda murmuraba:

—Ay, madre mía...

Nerviosa, Johanna saltó por encima de la mesa para llegar hasta Alan. Con seguridad lo cogió de la mano y, mirando a su padre y después a su madre, dijo:

—Si no os dije nada anoche fue porque quería encontrar el mejor momento para hacerlo.

—El momento ha sido inmejorable —afirmó Cameron.

—Padre..., nos amamos. Entiendo que haberme casado sin tu consentimiento pueda enfadarte, pero...

Duncan caminó hacia ellos. Sus pasos retumbaban en el suelo, y Megan, viendo su gesto, susurró mientras se interponía entre su hija y aquel:

—Duncan, cariño, mírame.

El guerrero así lo hizo. En su mirada se veía sorpresa, desconcierto, rabia.

—Recuerda —murmuró Megan—. La decisión era de ella.

Duncan tomó aire. Sabía lo que había hablado con su mujer; sabía lo que creía haber visto en Alan y luego dejó de ver; sabía que Alan le gustaba como yerno. Pero su hija había actuado una vez más sin pensar. Quitó a Megan de delante y dijo mirando a su Johanna:

—Qué decepcionado estoy contigo.

—Padre...

—¡Johanna —gritó—, ¿cuándo vas a aprender a respetarme?!

—Te respeto. Pero ¿qué dices?

—Los Duchaman estarán organizando la boda —replicó él.

—Pues que se olviden, ¡ya me he casado!

—Johanna, si me respetas como dices, ¿por qué te has casado con él sin mi beneplácito?

Ella no contestó, y él añadió:

—Tu familia soy yo, ¡no él!

—Ahora su familia soy yo —intervino Alan.

Duncan lo miró furioso y, acto seguido, siseó:

—Esos votos acabarán y no se renovarán. Ya me encargaré yo de ello. —Y, sin apartar la mirada de su hija, ordenó—: Aléjate de McGregor.

Johanna, que vio la furia en la mirada de aquel, negó con la cabeza, y Alan, consciente de ello, indicó:

—Cielo..., hazle caso.

Aquella palabra enfermó más aún a Duncan, que con furia siseó:

—Su nombre es Johanna. ¿Quién te ha dado permiso para llamarla «cielo»?

—Duncan, creo que...

—¡Tú no crees nada! —bramó él. Luego miró de nuevo a su hija y ordenó—: He dicho que te alejes de su lado, Johanna.

Alan, que miraba a Duncan sin un ápice de temor, musitó sin importarle que aquel empuñara una espada:

—Cielo, haz caso a tu padre.

—Pero, Alan...

—Johanna, ¡obedece! —insistió aquel con gesto tenso.

Duncan miró a su hija. Ver que hacía caso a aquel y no a él lo enfureció más aún. Entonces, dejando caer la espada, y sin que nadie lo esperara, le soltó un derechazo al que era su yerno. Alan cayó hacia atrás. Todos gritaron horrorizados y luego se oyó a Duncan decir:

—Esto, por tu falsa sinceridad.

Johanna se disponía a ayudar a su marido, pero Megan susurró sujetándola:

—Ni te acerques.

—Mamá...

—Ni te acerques, Johanna —siseó Megan muy seria.

La joven, que estaba de los nervios, miró a Alan. Este se levantó del suelo y, con una mirada, le indicó que estaba bien. Acto seguido volvió a ponerse frente al que oficialmente era su suegro y, retirando la sangre de su labio, declaró:

—Lo acepto.

—Para no aceptarlo estás... —musitó Amanda.

Cristopher, tan angustiado como todos, se apresuró a intervenir entonces para acabar con la situación de una vez:

—Pues ya está. Tema solucionado, ¡brindemos por los novios!

Duncan lo miró. Su expresión denotaba que lo último que quería era brindar.

—Muchacho —susurró McPherson—, calla la boca si no quieres pillar...

Duncan y Alan, proclamados ante todos como suegro y yerno, volvieron a mirarse a los ojos. En ellos había desafío, decisión, seguridad, cuando Alan dijo:

—Sé que quizá esto no te interese, pero has de saber que amo a tu hija. Cuando la vi aquella noche en la posada de Culsalmond, me entró por los ojos y, definitivamente, se quedó en mi corazón. Las veces que Iver fue a verte a Eilean Donan y yo me ausenté, fue por cobardía. Por miedo a ser rechazado por ti y no ser correspondido por la señorita Libre Como el Viento. —Al decir eso, miró con cariño a Johanna y luego añadió—: Pero nos reencontramos, nos retamos, me sacó de mis casillas, nos conocimos y, sorprendentemente, nos enamoramos.

Según terminó de decir eso, Duncan le soltó otro derechazo que hizo que Alan volviera a caer de espaldas.

—¡Padre! —gritó Johanna.

Pero él, sin apartar la mirada del joven, cuando vio que se levantaba y se ponía de nuevo frente a él, declaró:

—Esto, por tu engaño.

—Lo acepto —afirmó Alan.

Johanna, nerviosa, apenas si podía respirar. Ver a Alan sangrar por los golpes de su padre no era agradable. Entonces oyó que él decía:

—Prometo cuidarla, quererla y respetarla como has hecho tú...

Un tercer derechazo volvió a hacer caer a Alan al suelo, y acto seguido se oyó a Duncan decir:

—Esto, por privarme de llevar a mi hija del brazo al altar.

—Lo acepto —afirmó de nuevo Alan, levantándose para ponerse frente a aquel.

—¡Basta ya! —gritó Johanna.

La tensión en el ambiente podía cortarse con un cuchillo. Alan y Duncan seguían desafiándose con la mirada, cuando el primero declaró:

—No hice las cosas bien y acepto tus golpes. Pero, una vez que te des por satisfecho, espero que asumas que Johanna es mi mujer y, por consiguiente, mi familia.

—Es mi hija...

—Eso siempre lo será —aseguró Alan—. Pero ahora, además, es mi mujer. Y si los McRae, como dijiste, sois muy territoriales, permíteme decirte que los McGregor también, y protegemos lo que amamos con nuestra vida.

Megan asintió emocionada. Lo que Alan decía podría haberlo dicho muy bien su marido, eran palabras de valentía, de orgullo y de amor. Entonces Duncan, echándose hacia un lado, salió de la estancia furioso.

Megan, al ver aquello, miró a su hija a los ojos.

—Dale tiempo, Johanna —pidió—. Sabes que lo que acabas de hacer no ha estado bien.

Duncan, enrabietado, subió los escalones de la posada de dos en dos y, en cuanto llegó a su habitación entró, caminó hacia la cama y se sentó en ella. No pasaron ni dos segundos cuando la puerta se abrió y entró Megan con la espada que él se había dejado en el suelo. En silencio, se le acercó. Y, viendo la tensión en sus ojos y en su rostro, murmuró mientras lo abrazaba:

—Cariño...

—¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo ha podido desposarse sin estar nosotros?

Conmovida, ella sonrió. La impetuosidad de su hija era la suya propia.

—Porque es la señorita Libre Como el Viento —murmuró.

Duncan blasfemó. Tenía un enfado monumental. E, incapaz de callar todo lo que pensaba, comenzó a soltarlo. A su lado, Megan lo escuchaba en silencio. Lo conocía, sabía que necesitaba expulsar lo que lo martirizaba por dentro antes de poder razonar. Y, cuando vio que callaba, cerraba los ojos y expulsaba el aire por la boca, Megan le cogió las manos y preguntó:

—¿Estás mejor?

El guerrero, mirándola, tomó aire y, consciente de lo que había hecho, susurró:

—Siento haber pagado mi enfado contigo.

Megan sonrió y, viendo que ahora se podía razonar con él, indicó:

—Johanna y tú sois iguales hasta para enfadaros. Necesitáis expulsar la rabia del interior para poder razonar.

Duncan asintió. No era la primera vez que le oía decir eso a su mujer.

—¿Acaso ese McGregor no era lo que querías? —preguntó ella a continuación.

—Nunca dije que deseara que se casara con él.

—Pero, cariño, ¡si decías que te gustaba!

Él cabeceó. Desde su punto de vista, Alan era un hombre a medida para Johanna, pero insistió:

—Se ha casado con ella sin pedirme permiso.

—Duncan...

—Es mi hija, maldita sea, Megan... ¡Mi niña! Ya lo has oído: ella ha pasado a ser Johanna McGregor. ¿Y si ahora se la lleva ejerciendo su derecho marital?

Conmovida por los miedos y las inseguridades que Duncan le mostraba, murmuró con templanza:

—Cariño, Johanna está feliz y enamorada. Y, lo mejor, ¡es correspondida! ¿Quién te dice que

no desea comenzar su nueva vida con él lejos de nosotros?

—Su hogar es Eilean Donan. Nosotros somos su familia.

—Duncan...

—Ella siempre lo ha dicho, y...

—Tú siempre lo has dado por hecho —lo cortó Megan—, y ella lo ha aceptado. Pero, cariño, Johanna y Amanda han de vivir sus vidas y han de decidir sus caminos como en su momento lo elegimos nosotros. Y, sí, Johanna ha hecho mal, pero se ha dejado llevar por el corazón, mi amor...

Emocionado y conmovido, Duncan abrazó a su mujer y rompió a llorar. Y, por primera vez desde que había nacido Johanna, lo inundó una sensación de pérdida que lo destrozó.

Capítulo 66

La estancia en la posada de Tain se alargó tres días más. Tras la noticia de la boda, Duncan y Megan quisieron conocer al hombre que había oficiado la unión de manos. Y, aunque no les agradó, pues llevaba más vino y cerveza que sangre por las venas, Duncan lo dio por bueno a regañadientes. No le quedaba otra.

Para demostrarle a su hija que, a pesar del enfado inicial, respetaba su matrimonio, intentó cambiar su humor. Y comenzó por tener una conversación con Cristopher, con quien solo le bastó pasar un rato a solas para darse cuenta de lo equivocado que estaba y de lo buena persona que era el muchacho. Cristopher no era como su padre. Al contrario que su progenitor, que era un animal sin emociones, él no solo tenía sentimientos, sino también infinidad de valores que complacieron a Duncan.

Con Alan hablaba, trataba de comunicarse con él. Pero, cada vez que lo hacían, o uno u otro se alejaba. Llegaban a un punto en el que eran incapaces de entenderse, e, intentando no montar otra guerra, por Johanna, se callaban.

Aun así, los recién casados disfrutaban de una complicidad que nunca habrían imaginado, y era tal su felicidad que Megan no podía parar de sonreír, a pesar de que veía el fastidio de su marido.

Para Duncan, de pronto su niña ya no lo buscaba. Y acciones tan tontas como montar a caballo y ver que ella ya no se situaba a su lado o sentarse a la mesa y notar que no lo miraba, pues solo tenía ojos para el que era su marido, lo encelaron.

Alan era consciente de todo. De que Duncan se entrometía en sus conversaciones para llevarse a Johanna o de que, si montaban a caballo, al final él terminaba llamándola para tenerla a su lado. Aunque lo incomodaba, el guerrero trató de entenderlo, pero pronto se cansó. ¿Por qué su suegro siempre tenía que salirse con la suya? ¿Acaso no se daba cuenta de que ahora ella era su mujer?

Por su parte, Johanna era testigo de la tonta rivalidad que se estaba creando entre su padre y su marido. Pero ¿qué les ocurría?

—Sinceramente, me dais una envidia... —murmuró Cameron.

Johanna, que paseaba junto a su amigo por el pueblo de Tain para hacer unas compras, lo miró y él, señalando a Cristopher, que hablaba con su tío McPherson, aclaró:

—Ojalá yo pudiera mostrar mi afecto como puedes hacerlo tú.

Ambos asintieron. Lo que aquel deseaba era algo impensable en el mundo en el que vivían si no querían ser ajusticiados, y Johanna, entendiéndolo, dijo:

—Cuando vengáis a visitarnos a mi casa, podrás demostrarlo.

Cameron sonrió.

—¿Y tu esposo qué dirá? —preguntó curioso.

—No lo sé. Pero creo que, conociéndolo, lo respetará.

—¿Y si no lo respeta?

—Lo hará —aseguró Johanna.

—Una cosita..., ¿sabes ya cuál será tu hogar?

La joven resopló. Tanto su padre como Alan daban por hecho que su hogar eran lugares distintos, y ella, para no crear más rivalidad entre ambos, no los corregía. Sin embargo, tarde o temprano tendría que elegir, y algo agobiada susurró:

—No sé qué voy a hacer. Mi hogar es Eilean Donan, pero no el de Alan. Cuando hablo con mi padre, da por sentado que viviremos allí, y cuando hablo con Alan, que viviremos en Fort William, y...

—Johanna, ahora tu marido es Alan —declaró Cameron.

—Sí. Pero tener marido no tiene por qué privarme de mi familia. Además, él siempre ha sabido que yo quería vivir en Eilean Donan.

Los dos amigos se miraron con complicidad y, finalmente, Cameron cuchicheó:

—El hogar de uno está donde se encuentra su corazón. Solo debes seguirlo y asegurarte de que el camino sea el acertado.

La joven asintió. Sin duda, su decisión haría daño a su padre o a Alan. No queriendo pensar en ello, comentó:

—Mira qué bonitas telas tienen en ese escaparate.

Durante un rato Cameron y Johanna admiraron las telas, sus colores, sus texturas, hasta que McPherson llamó a su sobrino y se lo llevó consigo. En ese momento Alan se acercó a Johanna y, mirándola, preguntó:

—¿Te gusta alguna, mi cielo?

Johanna sonrió. Adoraba sentirlo cerca, y, con mimo, musitó antes de besarlo:

—Me gustas tú.

—Oh, por favor —se mofó Amanda entrando en la tienda—. Sois peores que los Halcones...

Poco después estaban riendo en el interior de la tienda cuando Duncan entró y, al ver la pieza de tela que Johanna tenía en las manos, preguntó:

—¿Te parece bonita? —La joven asintió y, acto seguido, su padre pidió mirando al tendero—: Dos piezas grandes de ese género para hacer un bonito vestido a mi hija.

Al oír eso, Johanna sonrió y, de inmediato, oyó que Alan decía:

—Lo pagaré.

—Lo pagaré yo —replicó Duncan.

Alan se negó y su suegro insistió:

—McGregor, yo compraré esa tela para mi hija.

—McRae, seré yo quien se la compre a mi mujer.

Johanna y Amanda se miraron. Alan y su padre llevaban días en una tonta guerrilla que comenzaba a resultar incómoda, hasta que Johanna protestó molesta:

—¡¿Se puede saber por qué no os llamáis por vuestros nombres?!

Alan y Duncan se miraron. Sin esperarlo, entre ellos se había creado una frialdad incomprensible. Entonces Alan sonrió, para agrado de Johanna, y declaró:

—Duncan, ahora Johanna es mi responsabilidad. Y yo lo pagaré.

El aludido tomó aire. No estaba acostumbrado a no salirse con la suya, pero, al ver como sus hijas lo miraban, indicó con una fingida sonrisa:

—Pues no se hable más, Alan, cómpralo tú.

Feliz por haberse salido con la suya, el guerrero sonrió. Y Duncan, mirando unos bonitos pendientes de plata, cogió tres juegos y, tendiéndoselos al tendero, pidió:

—Cóbramelos.

Gustoso, el hombre lo hizo y Duncan, volviéndose hacia sus hijas, dijo:

—Uno para cada una de vosotras, mis amores, y otro para vuestra madre.

Amanda y Johanna sonrieron, y su padre, viendo que Alan lo miraba, soltó:

—¿Tienes algún problema con que le haya hecho un regalo a mi hija..., Alan?

El aludido inspiró hondo. Sabía que lo hacía para jorobarlo.

—Ninguno..., Duncan.

—Son preciosos, papiiiiii —exclamó Amanda.

—Gracias. Son muy bonitos —señaló Johanna.

El hombre sonrió, aunque en el fondo esperaba otra respuesta de Johanna. Desde que se había unido a Alan, no lo había llamado «papito amoroso» ni una sola vez, y lo echaba de menos. Estaba pensando en ello cuando Amanda lo agarró del brazo y dijo mirando a su hermana y a su cuñado:

—Os esperamos en la taberna de enfrente. Tengo sed.

Una vez que ellos hubieron salido de la tienda, Johanna se guardó los pendientes y preguntó al ver cómo la miraba Alan:

—¿Qué pasa?

Él suspiró y negó con la cabeza. Era mejor no decir lo que pensaba.

—¿Por qué no has dejado que él comprara la tela? —insistió ella.

—Porque tu marido soy yo.

—¿Y...?

—Que deseo darte caprichos.

Johanna sonrió y, olvidándose de su padre, murmuró:

—¡Qué monoooooo!

Se besaron entre risas y arrumacos y, cuando salieron de la tienda con lo que habían comprado, Megan se acercó a ellos, miró la tela y comentó:

—Es muy bonita.

Johanna y Alan asintieron, y acto seguido el guerrero dijo:

—Voy a entrar en ese local a comprar unas cinchas para el ganado. Ahora os veo en la taberna.

Una vez que él se marchó, Johanna y su madre caminaban hacia la taberna cuando la primera preguntó mirándola:

—¿Qué le ocurre a papá, que está tan pesadito con Alan?

—Cariño, entiéndelo. Eres su niña, y necesita sentir tu afecto.

—¿Acaso no se lo doy?

Megan, que no quería entrometerse en algo de lo que saldría escaldada, afirmó:

—Se lo das, mi vida. Pero tu padre estaba habituado a ser él el único hombre en tu vida, y ahora son dos. Solo tiene que acostumbrarse.

En ese instante dos jinetes pasaron rápidamente a caballo cerca de ellas y, por precaución, para no ser arrolladas, tuvieron que apartarse.

—Serán idiotas... —murmuró Megan.

Johanna cabeceó molesta y, agarrándose al brazo de su madre, sin decir más, se encaminó con ella hacia la taberna. Al entrar, vieron a su padre, Amanda, McPherson, Cameron y Cristopher, que bebían y reían, y, sentándose con ellos, procedieron a hacer lo mismo.

Duncan le entregó el juego de pendientes a Megan. Todos los regalos que su marido le hacía le parecían una preciosidad, y lo besó encantada. Un beso que el guerrero, ante las mofas de todos, disfrutó y alargó.

Estaban de risas cuando llegó Alan y se sentó junto a Johanna. Rápidamente volvieron a empezar con los arrumacos y los besitos, y Duncan, tomando aire, sonrió.

Un rato después seguían charlando cuando Johanna reparó en unos hombres que entraban en la taberna. Eran los mismos que habían pasado junto a ella y su madre a caballo. Sacó el pie de debajo de la mesa, e hizo que aquellos tropezaran y cayeran de bruces al suelo.

Los hombres, que iban bastante borrachos, se levantaron con torpeza y, entre risas, prosiguieron su camino sin percatarse de que les habían puesto la zancadilla.

Alan, que, igual que Duncan, se había dado cuenta de aquello, preguntó entonces mirando a Johanna:

—¿Por qué has hecho eso?

La joven, que compartía una sonrisa cómplice con su madre, respondió:

—Porque se lo merecían.

—Pero ¿los conoces?

—No.

—¡¿Entonces...?!

—Ay, Alan, no te pongas pesadito.

Boquiabierto, sin entender nada, él frunció el ceño.

—Esos dos mendrugos casi nos arrollan a mi madre y a mí con sus caballos —aclaró Johanna —. Poco es lo que he hecho para lo que se merecen.

—Pero ¿qué dices? —protestó Alan, consciente del lío que habría supuesto que aquellos hubieran respondido.

Johanna sonrió.

—Digo lo que pienso, amor —repuso—. ¿Algún problema?

Alan miró a Duncan atónito; necesitaba su apoyo para regañarla. Pero aquel, encogiéndose de hombros, soltó:

—Es tu mujer, ¿no?

Alan tomó aire y calló. No sabía quién era peor: si el padre o la hija.

Capítulo 67

La mañana que retomaron el camino, tras una estupenda noche de pasión de la que más de uno en la posada se enteró, Johanna y Alan decidieron iniciar el trayecto montando ambos en el caballo de él. No deseaban separarse.

Duncan los observaba desde donde estaba. Ver a su hija tan contenta y entregada era algo nuevo para él y, aunque estaba feliz por ella, se sentía desplazado. Por norma, en cualquier viaje Johanna siempre pedía ir a su lado. Abrir la comitiva. Pero ahora su hija ni lo miraba ni lo buscaba, porque solo tenía ojos para su marido.

Estaba pensando en ello cuando Megan aproximó su caballo al suyo.

—No sé qué piensas —señaló—, pero, por tu expresión, sé que no te gusta.

Al oírla, Duncan la miró y respondió sonriendo:

—Nada especial. Tonterías.

—¿Desde cuándo tú piensas tonterías?

El guerrero resopló. Su mujer y sus hijas estaban cortadas por el mismo patrón.

—Mi vida, no me busques... —murmuró.

—Uis, Halcón, buscarte a ti no es nada difícil... —replicó ella.

Él la miró y luego Megan soltó una risotada. Finalmente él sonrió también, y ella, envalentonándose, bajó la voz y preguntó:

—¿Puedo preguntar qué te ocurre con Alan?

—No me ocurre nada.

—Venga ya, Duncan.

—Megan...

—¿Estás celoso de él?

Duncan se apresuró a negar con la cabeza. No le gustaba que sus sentimientos fueran tan evidentes.

—Pero ¿qué absurdidad es esa? —gruñó.

A pesar de que esos días había callado, Megan lo conocía perfectamente y, tomando aire, declaró:

—Cariño, Johanna es feliz. Ha elegido, y ambos sabemos que lo ha hecho muy bien.

Él resopló y, viendo que nadie podía oírlos, cuchicheó:

—Lo sé. Sé que lo que dices es verdad. Pero ella ha cambiado... Ya no cabalga conmigo y tampoco me llama «papi amoroso»...

—Duncan...

—Y luego otra cosa: ¿por qué tienen que estar todo el rato dándose besitos y haciéndose arrumacos? ¿Acaso no pueden estar separados y comportarse con normalidad?

—¡Cariño!

—Y, en cuanto a la intimidad, haz el favor de decirle a tu hija que no sea tan escandalosa...

Megan parpadeó muerta de la risa. Ver a su marido en el papel de padre celoso le hacía gracia.

—¿Acaso a ti no te gusta darme besitos y recibir arrumacos? —preguntó—. ¿O tengo que

creer que el hombre con el que llevo casi toda mi vida se contiene de dar o demandar un beso cuando así lo desea?

Él no contestó.

—Vamos a ver, cielo —continuó ella—. Las niñas ya son adultas y, como nosotros cuando nos conocimos, si encuentran el amor, desean vivirlo. Y Johanna lo ha encontrado, por lo que desea besos, arrumacos y abrazos.

—Lo sé, pero...

—Cariño, ¿acaso crees que para mi abuelo fue fácil ver como tú entrabas en mi vida?

Duncan levantó la vista al cielo.

—Duncan McRae, ¡mírame!

Sin dudarlo, él la miró y Megan susurró con una sonrisa:

—Me preocuparía si estando recién casados no se demandaran besos y arrumacos. Es más, espero que durante toda su vida se den tanto amor como nos lo damos tú y yo, sin que les importe el qué dirán aunque sean escandalosos en la intimidad. ¿O acaso eso nos ha importado a ti y a mí?

Duncan cabeceó. Su mujer llevaba razón. Y, tomando aire, dijo:

—Me siento ridículo y absurdo.

—Es que lo eres.

—¡Megan!

—Duncan..., digo la verdad.

Ambos sonrieron y luego el guerrero, mirando a la morena que adoraba, preguntó:

—¿Te he dicho lo bonita que has amanecido hoy?

Una carcajada salió de la boca de Megan, que, irguiéndose en su caballo, se acercó a su marido y, tras darle un beso en los labios que a ambos les supo a vida y amor, musitó:

—No, pero me encanta que me lo digas. —Y, mirándolo con picardía, añadió—: No veo el momento de llegar a nuestro hogar y a nuestro lecho para ser escandalosa y disfrutarte como deseo.

—Suena bien. —Él sonrió.

—Mejor sabrá —afirmó Megan.

Capítulo 68

A mediodía, tras la insistencia de Amanda, pararon para comer. La joven estaba muerta de hambre. Con el ceño fruncido, observaba a su hermana y Alan prodigarse cariños.

—Sois peores que los Halcones... —murmuró.

Cameron y Cristopher, que estaban a su lado, soltaron una risotada, y Alan susurró:

—Cuñada, ¿qué dices?

Divertida, Johanna iba a hablar cuando su hermana preguntó:

—Pero ¿acaso no tenéis hambre?

Alan miró a su mujer. Él tenía hambre de otra cosa...

—Donde esté una buena sopa o un buen estofado —insistió Amanda—, que se quiten los besos y los arrumacos.

—Mi querida Amanda —cuchicheó entonces Cameron divertido—, el amor quita hasta el hambre.

—Lo comprobarás el día que te enamores —apostilló Cristopher.

—Lo dudo —replicó ella.

Cristopher, que conocía aquella faceta gruñona de la joven siempre que tenía hambre, iba a hablar de nuevo cuando Megan dijo acercándose a su hija:

—Toma, mi vida. Come esta galleta mientras preparan la comida.

Amanda la cogió y le dio un mordisco. Y Duncan, acercándose a caballo, indicó:

—Voy a cazar unos conejos con tres hombres. ¿Alguien más se viene?

Cristopher, al que le encantaba cazar, contestó levantándose:

—Entiendo tu disgusto porque no sea yo tu yerno, así que, para alegrarte, iré contigo a cazar.

Duncan lo miró. Comenzaba a pillar el sentido del humor del joven.

—Jodido muchacho —susurró.

Ambos sonrieron, y luego Duncan preguntó dirigiéndose a Amanda:

—¿Te apetece venir, mi vida?

La muchacha lo miró con el ceño fruncido. El hambre desesperante podía con ella, y él, que la conocía, musitó:

—Mejor quédate con tu madre.

Megan sonrió y luego Duncan, mirando a Johanna, le preguntó a su vez:

—¿Vienes a cazar, cariño?

Johanna, que estaba con Alan, negó con la cabeza, y Megan, viendo la decepción en los ojos de su marido al darse la vuelta, miró a su hija y se aproximó a ella.

—Johanna, ve con tu padre.

—Jo, mamá, no me apetece...

—¿Desde cuándo a ti no te apetece cazar?

La muchacha no supo qué contestar.

—Ve a cazar con tu padre —insistió Megan.

Dándose por vencida, finalmente ella asintió. Montó en su caballo y se dirigió hacia su padre,

que la recibió con una grata sonrisa. Megan sonrió satisfecha al verlos y, mirando a Alan, comentó:

—Siempre les ha gustado cazar juntos.

Callando lo que pensaba, Alan asintió y, mientras veía a Amanda gruñir junto a Cameron, que reía, preguntó:

—¿Qué le ocurre?

Megan miró a su hija pequeña y la vio con gesto hosco.

—El hambre desesperante se ha apoderado de ella —soltó—. Y cuando eso sucede, mejor no estar cerca.

Divertido, Alan cabeceó y acto seguido sugirió:

—¿Buscamos leña para encender el fuego?

Capítulo 69

No muy lejos de ellos, Johanna cazaba con su padre. Ir tras los conejos y acertar el tiro siempre había sido un juego para ambos.

—Pero ¿cómo habéis podido cazar ese último conejo? —inquirió Cristopher acercándose a ellos.

Duncan y Johanna sonrieron. La conexión que tenían para cazar era tremenda.

—Porque somos rematadamente buenos —respondió la joven.

Los tres reían por aquello cuando Duncan se detuvo de repente y miró hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Johanna.

—No lo sé —contestó su padre mirando a su alrededor.

Con un silbido específico llamó la atención de sus hombres, que acudieron a él, y entre todos rodearon a Johanna.

—A la derecha se mueve el follaje —susurró Cristopher muy serio.

Todos miraron hacia allí y Duncan, nervioso por su hija, musitó:

—Nos van a atacar.

Así fue, y de pronto comenzaron a aparecer flechas que ellos esquivaron como pudieron.

Duncan rápidamente se bajó de su caballo y, cogiendo a Johanna, la cubrió con su cuerpo y gritó:

—¡Detrás de aquella roca!

Sin tiempo que perder, el grupo llegó hasta ella.

—¿Quiénes son? —quiso saber Cristopher.

—Ni idea.

Por señas, Duncan indicó a sus tres hombres cómo afrontar aquello; entonces varios tipos encapuchados salieron de entre los árboles y, levantándose, siseó:

—Cristopher, protege a mi hija con tu vida.

Johanna, con las pulsaciones a mil, vio que su padre corría hacia aquellos y, poniéndose también en pie, señaló dirigiéndose a su amigo.

—Hay que ayudarlos.

—¡Estoy contigo! —afirmó Cristopher con seguridad.

Ambos se sacaron las espadas de los cintos y se dirigieron a luchar. Pronto pudieron oírse gritos de «¡Matad a Cristopher!», por lo que Duncan, entre jadeos, se acercó a él e inquirió mirándolo:

—¿En qué lío andas metido, maldita sea?

Sin saber qué responder, él prosiguió con el ataque. No entendía nada. ¿Por qué aquellos decían eso? ¿Por qué querían matarlo?

Oír esos gritos y ver cómo casi todos iban a por su amigo puso muy nerviosa a Johanna. Con el corazón desbocado se defendía sin quitarle la vista de encima a su amigo. Pero ¿qué había hecho? ¿Qué era lo que ocurría?

Cristopher dio entonces muerte a su atacante y, con la respiración entrecortada, dio media

vuelta para ir a por otro, pero algo llamó su atención. Volviendo a mirar al hombre abatido, se fijó en su mano derecha. En ella llevaba un sello de plata exactamente igual que el que su padre y catorce personas más lucían. Enseguida le quitó la capucha y, al reconocerlo, murmuró sorprendido:

—¿George?

Viendo a Duncan y a Johanna defenderse con soltura, buscó a otro hombre abatido. Miró su mano de inmediato y, al ver el mismo anillo, quitarle la capucha y comprobar que se trataba de Lennox, maldijo. ¿Por qué aquel pequeño grupo de hombres de su padre estaban atacándolos?

Con furia, corrió hacia el guerrero que luchaba con Johanna y lo empujó con valentía. La furia podía con él. Lo tiró al suelo y, quitándole la capucha, puso la espada en su cuello y siseó al reconocerlo:

—Ramsay, ¿qué narices estáis haciendo?

El aludido sonrió y, tras escupirle, respondió:

—Tu padre así lo ordenó, maldita escoria.

Furioso, Cristopher se agachó y le dio tal puñetazo a aquel que se desmayó.

Johanna lo miró sin dar crédito. Sabía de la mala relación que había entre Cristopher y su padre, pero ¿tanta como para que lo quisiera muerto?

—¿Es gente de tu clan? —preguntó entonces.

Cristopher negó con la cabeza.

—Son Burdox.

—¿Burdox? —repitió Johanna.

Cristopher asintió y, mirando a aquel, que parecía estar despertando del golpe recibido, explicó:

—Mi padre lidera un pequeño grupo de escoria que mata por él.

Johanna miraba a su amigo sin entender nada.

—¿Tu padre quiere verte muerto? —insistió.

Él se encogió de hombros. La última vez que había visitado su hogar, solo había visto a su madre y a su hermano Raoul. Su padre no había querido recibirlo. Pero de ahí a que quisiera verlo muerto había un mundo.

Duncan terminó entonces con su oponente y, al ver que ninguno de sus tres hombres estaba herido, corrió hacia ellos.

—¿Estáis bien?

Johanna y Cristopher asintieron, y este último le contó lo que sabía. El hombre que estaba en el suelo siseó entonces despertándose del golpe:

—Maldito degenerado... Tu padre conoce la pecadora vida que llevas en Edimburgo con tu Cameroncito... Os quiere muertos a ambos, y los Burdox nos encargaremos de ello.

Sin entender nada, Duncan miró a su hija en busca de explicaciones. Cristopher, apretando la mandíbula, acercó su rostro al de aquel y siseó:

—Si le tocáis un pelo a Cameron, yo...

—Dudo que siga vivo —replicó el otro.

A Cristopher se le cortó la respiración al oír eso. Si algo le ocurría a Cameron por culpa de su padre, no se lo perdonaría.

—Yo he venido a por ti —masculló acto seguido el hombre—, pero otros han ido a por él.

Duncan y Johanna intercambiaron una mirada. Eso significaba que el otro grupo estaba en peligro. Cuando iban a darse la vuelta para coger sus caballos, oyeron un bramido. Cristopher había hundido con rabia su espada en el estómago de aquel. No obstante, al hacerlo se había

dado cuenta de que este había mirado hacia la derecha con una sonrisa pérfida.

Por ello, y con rapidez, Cristopher empujó a Duncan, que cayó de bruces al suelo, y una flecha lo atravesó a él. Johanna gritó horrorizada . Y Duncan, sacándose la daga de la bota, la arrojó contra el hombre que había lanzado la flecha, que cayó muerto en el acto.

Aterrada, la joven se agachó junto a su amigo.

—No. No. No. Nooooo... —jadeó abrazándolo.

Cristopher, al oírla, se volvió hacia ella. La vista se le nublaba, pero, intentando sonreír, susurró:

—Mi chica, ya sabes que nunca me ha gustado la palabra *no*.

Con las lágrimas corriendo por sus mejillas, Johanna lo miró. Pensó en Cameron; se volvería loco cuando supiera que Cristopher había sido herido. A continuación vio a su padre levantarse y dar órdenes a los tres hombres que los habían acompañado.

—No te preocupes —indicó—. Te llevaré a donde está mi madre y ella te curará...

—Acércate —pidió él entonces. Johanna acercó el rostro al de él y, acto seguido, lo oyó decir —: Me voy con él. Con mi amor.

Temblando como una hoja, e incapaz de moverse, Johanna no lo entendió, y él añadió:

—Eres la mejor amiga y cómplice que hemos tenido, y has de vivir...

—Cristopher, ahorra fuerzas. No hables —murmuró Johanna.

—Siempre has sido mi chica..., mi chica retadora e imperfecta.

—Lo sé. —Johanna sollozaba.

Se miraban con mucho cariño cuando él, con un hilo de voz, declaró:

—Cuando todo es perfecto, es fácil amar, pero mantener ese amor en los momentos imperfectos es lo que lo convierte en un amor incondicional.

—Cristopher...

Duncan los miraba. Por el modo en que la sangre brotaba por la boca del muchacho, sabía que la flecha lo estaba matando, solo era cuestión de tiempo. Tomó aire, se agachó y se dirigió a su hija.

—Mi vida... Tu madre, tu hermana y Alan corren peligro. Hemos de avisarlos.

Johanna lo miró aterrada. Encontrarse en la encrucijada de dejar morir solo a Cristopher para ir a avisar a su familia era lo peor que le había pasado.

—Acompaña a Marcus, a Joseph y a Liam. Yo me quedaré con Cristopher —añadió Duncan.

Desesperada, Johanna no se movió, y el moribundo insistió:

—Ve, mi chica. Te necesitan.

Consciente de que debía hacerlo, Johanna le dio un cariñoso beso de despedida en la frente.

—Te quiero —murmuró—, y le haré saber a Cameron cuánto lo quieres.

Ambos sonrieron con los ojos repletos de lágrimas. Johanna se levantó del suelo, miró a su padre y este indicó:

—No lo dejaré ni un instante solo. Te lo prometo.

Segundos después, cuando la joven partió al galope junto con los tres guerreros, Duncan se sentó en el suelo, cogió el cuerpo de Cristopher y se dispuso a colocarlo sobre sus piernas. Durante unos instantes se miraron en silencio, hasta que el muchacho murmuró:

—¿Quién habría dicho que tú y yo terminaríamos así?

Con pesar, Duncan terminó de colocarlo mientras aquel cuchicheaba:

—Me alegra que arregláramos nuestras diferencias.

—A mí también me alegra.

Ambos sonrieron con tristeza y luego Duncan musitó:

—Si tú no me hubieras apartado, la flecha habría sido para mí.

—No podía dejar a mi chica sin su buen padre.

—Gracias, Cristopher.

—Ojalá yo hubiera tenido un padre como tú.

Conmovido por sus palabras Duncan paseó la mano con cariño por el oscuro pelo de aquel. Lo conocía desde niño, tenía la edad de su hija, y su actitud con él nunca había sido la mejor. Estaba pensando en ello cuando de pronto Cristopher le cogió la mano y, depositando algo en ella, susurró:

—Es para Johanna, de corazón.

Dicho eso, el joven tosió. La sangre salía por su boca a borbotones y, antes de lo que imaginaba Duncan, aquel muchacho que siempre reía y se tomaba la vida a broma, falleció.

Capítulo 70

Cabalgando como alma que lleva el diablo, Johanna se aproximaba al lugar donde estaba su familia. Horrorizada, desde lejos vio a su madre y a su hermana luchando espada en mano y, apretando los talones contra los flancos de su caballo, aceleró hasta llegar allí.

Alan, que estaba sangrando tras haber sido herido en el cuello con una espada, rápidamente le gritó al verla:

—¡Quédate ahí!

Pero Johanna, ignorando sus palabras, se lanzó desde su caballo a por uno de los agresores y, sacándose la daga de la bota, le rebanó el cuello. Se lo quitó de encima, miró a su alrededor y vio a su hermana; en sus ojos podía verse la rabia con la que luchaba. Se unió a ella, sacó la espada de su cinto y comenzó a pelear.

Allí había más hombres que de donde ella acababa de llegar. Megan se acercó, y al ver los churretes de las lágrimas en su rostro preguntó angustiada:

—¿Dónde está tu padre?

Mientras se quitaba a otro atacante de encima, Johanna aseguró:

—Está bien.

—¿Dónde está? —insistió Megan aterrada.

—Ahora viene, mamá.

Alan se acercó entonces a ella y, mirándola con gesto desencajado, la cogió de los hombros y le gritó:

—¡Te he dicho que te quedaras donde estabas!

Amanda, que vio la escena, corrió hacia Alan y, empujándolo con fuerza, escupió:

—Vuelve a hablarle así a mi hermana y te arranco la cabeza.

Megan se acercó de inmediato a su hija pequeña al oír lo que le decía.

—Contén el hambre desesperante con la familia —siseó.

—Pero, mamá...

—Tranquila, Amanda —pidió Johanna.

Ver la triste mirada de esta les hizo comprender a todos que algo había sucedido.

—¿Qué ha ocurrido, mi cielo? —preguntó Alan cambiando el tono de voz.

Pero ella no pudo contestar. Un nuevo grupo de hombres, más reducido esta vez, volvió a atacarlos, y Alan, uniéndose a ellas y a los hombres que estaban junto a ellos, luchó con rabia y fuerza hasta conseguir terminar con el último.

Agotados y ensangrentados, todos miraban a su alrededor cuando Johanna, viendo la sangre de Alan en su cuello y en su ropa, se acercó a él.

—Estoy bien. Solo es un corte —dijo rápidamente.

Johanna miró el corte y vio que no era profundo.

—¿Dónde está Cameron? —preguntó a continuación.

Al oírla, Amanda se mordió el labio. Cuando se disponía a contestar, Alan cogió la mano de su mujer y declaró:

—Cameron ha muerto, cariño.

A Johanna comenzó a darle vueltas la cabeza. No, eso no podía ser, no podía haberlos perdido a los dos. Alan le señaló dónde estaba aquel, entonces ella se soltó de su mano, echó a correr hacia él y, cuando llegó, se agachó y lo abrazó.

McPherson, que estaba arrodillado junto al cuerpo sin vida de su sobrino, la miró. Conocía la amistad tan especial que había entre ellos.

—Lo siento, mi niña —murmuró.

Johanna acunó con mimo el cuerpo de su gran amigo. ¿Cómo había podido pasar aquello?

La joven lloró..., blasfemó..., hasta que finalmente se calmó. La realidad era la que era, y desde pequeña sus padres le habían enseñado a ver la muerte como parte de la vida. Por ello tomó aire, besó a Cameron en la frente y dijo con un hilo de voz:

—Tú también te has ido con él, con tu amor.

—Muchacha... —musitó McPherson.

Johanna, al oírlo, lo miró. Y por su gesto supo que el hombre sabía lo mismo que ella.

—Eran dos buenos chicos —añadió él con los ojos llorosos—, pero hay cosas que hay que callar.

Conmovida, la joven cogió la mano de McPherson y lo abrazó. Después le contó quiénes eran los malhechores y por qué los habían atacado, y él con gesto fiero siseó:

—Juro por mi honor que Owen Watson pagará por la muerte de mi sobrino.

—Yo iré contigo.

—Tú no irás a ninguna parte —dijo de pronto Alan.

Johanna lo miró. Ni él ni nadie le prohibirían hacer lo que su corazón le pedía. Sin embargo, calló; no era momento de discutir, con el cuerpo de Cameron delante.

Poco después se oyeron los cascos de un caballo y todos se pusieron en guardia hasta que vieron que era Duncan, que portaba el cuerpo sin vida de Cristopher sobre su montura.

Amanda lloró al verlo, Megan también. Johanna, levantándose entonces del suelo junto a McPherson, pidió con voz serena:

—Papá, tráelo aquí con Cameron.

Una vez que comprobó que Megan y sus dos hijas estaban bien, Duncan dirigió su caballo hacia el lugar donde se encontraba Johanna con Greg McPherson. Solo le hizo falta ver los ojos de su buen amigo para saber que su sobrino había corrido la misma suerte que Cristopher. Cuando bajó del caballo con el cuerpo de aquel y lo colocó junto al de Cameron, Duncan lo abrazó y murmuró:

—Lo siento mucho, amigo. Mucho.

Capítulo 71

Después de lo sucedido se aplazó el regreso a Eilean Donan. Todos decidieron volver a Dornoch para llevar allí los cuerpos sin vida de Cameron y Cristopher. Los dos muchachos merecían ser sepultados en condiciones y cerca de sus familias.

En el camino, Alan y Johanna no pararon de discutir. Él no la dejaba hablar, intentaba imponerse, y eso la enfadó tanto que al final todo el mundo tuvo que meterse en la discusión para que ella no lo matara. Con gesto fiero, Alan le prohibía unirse a los que iban a ir a por el padre de Cristopher, y ella no dejaba de repetirle que nada de lo que le dijera la detendría.

Horrorizado, Alan vio una faceta de la joven que desconocía. Aunque había conocido a la Johanna retadora e imprudente, ahora estaba conociendo a la Johanna vengativa y sangrienta. Oír lo que decía le hacía saber cuánto se empeñaría en cumplir su objetivo, y eso lo asustó.

Por ello, le pidió ayuda a Duncan. Necesitaba que él, como padre, le echara una mano apoyando su decisión. Pero para su sorpresa el hombre se posicionó del lado de su hija. Alan y él tuvieron una fuerte discusión que terminó de alejarlos, y ahora se llamaban McRae y McGregor respectivamente. La brecha que se había abierto entre ellos parecía insalvable, pero a Johanna no parecía importarle. Ella ya tenía sus propios problemas como para preocuparse también de los de su padre y su marido.

Megan y Amanda, por su parte, podían entenderlos a todos. Aunque intentaron hablar con ellos en diferentes ocasiones, finalmente desistieron. Era imposible hacerlos razonar.

La tarde que llegaron a Dornoch, la familia de Cameron se desmoronó de pena y dolor al enterarse de lo ocurrido. Ver a su amado hijo muerto era lo último que esperaban. Y cuando McPherson les contó a su hermana y a su cuñado quién lo había hecho, omitiendo el motivo, estos decidieron que, en cuanto dieran sepultura a los cuerpos, irían a por Owen Watson. Sin duda este debía morir.

Alan, furioso con su mujer, no quiso dormir en el castillo con Johanna, algo que a ella no le importó. Estaba tan enfadada con él por su reticencia a vengar a sus amigos que cuanto más lejos lo tuviera, mejor.

Tanto ella como Alan prohibieron a los demás que mencionaran el hecho de que estaban casados. Si no se sabía, nadie levantaría habladurías por su distanciamiento. Así pues, ambos se movían por el castillo sin mirarse ni hablarse, como si fueran completos desconocidos.

El ataque que habían planeado se truncó cuando la madre de Cristopher y su hijo Raoul se presentaron en el entierro junto a otros miembros de su familia y resultó que madre e hijo se habían encargado de dar muerte a Owen Watson degollándolo. Ellos habían vengado la muerte de Cristopher, y ahora sería Raoul quien encabezaría el clan Watson, un clan que sin duda iría a mejor.

Con el paso de los días, Megan y Amanda intentaban mediar entre todos, pero resultaba imposible. Alan y Johanna no querían escucharlas. Aunque Megan sí habló con Duncan y, tras discutir entre ellos, le exigió que solucionara lo de su hija.

Una de las tardes en las que Johanna caminaba por la playa desierta de Dornoch, Duncan la

vio desde una ventana. Sin necesidad de distinguir la tristeza y la rabia en los ojos de su hija, sabía lo mal que lo estaba pasando por todo lo acontecido, y entonces decidió hacer algo. Si tenía que tragarse el orgullo por su hija, lo haría, pero iría en busca de Alan y hablaría con él.

Lo buscó con discreción y, cuando lo encontró en las caballerizas ocupándose de su caballo, se acercó a él.

—Tenemos que hablar —dijo.

Alan, al oírlo, ni lo miró, y Duncan, viendo aquello, lo increpó:

—Al menos te consideraba educado...

El guerrero se volvió y, ladeando la cabeza, respondió:

—Soy educado. Si no, ya te habría partido la cara.

Sorprendido por su fiera contestación, Duncan no se movió. Si algo le había agradado siempre de Alan era que se dirigiera a él sin ningún temor.

—Mira, como padre de Johanna te digo que...

—Un momento... —lo cortó aquel. Y, tras una pausa, preguntó—: ¿Qué te hace pensar que me interesa lo que tengas que decirme como padre de Johanna?

Duncan levantó el mentón y Alan, sin mediar palabra, le dio tal puñetazo que hizo que su suegro cayera de bruces al suelo.

—Eso, por no ayudarme con tu hija.

Tomando aire, Duncan se levantó con una mirada intimidatoria. Para cualquier otro aquella osadía habría significado la muerte, pero, pensando en su hija, se colocó de nuevo frente a él y siseó:

—Lo acepto.

Alan asintió y, tocándose la mano con la que lo había golpeado, gruñó:

—Pero ¿tú te crees que soy tonto y no veo que rivalizas conmigo por ella?

Duncan levantó las cejas y él prosiguió:

—Estás tan acostumbrado a que tus hijas giren siempre a tu alrededor que, por tu egoísmo, eres incapaz de entender que, aunque continúen haciéndolo, su mundo se amplía.

—Pero ¿qué tonterías dices?

Alan suspiró. Nunca había pensado que le diría todo aquello a Duncan.

—En mis pocos días de matrimonio con ella, he sido consciente de que demandas continuamente su presencia —añadió mirándolo—. He visto tu expresión molesta cada vez que ella me llama «amor». He comprobado que quieres agasajarla comprándole cosas cuando a quien le toca hacerlo es a mí. Te fastidia si dice que ahora soy de la familia... ¿Sigo o ya tienes bastante?

Molesto, Duncan miró al suelo. Le gustara o no oírlo, todo lo que aquel decía era cierto. Y aunque era feliz por ver a su hija dichosa, unos extraños celos se habían apoderado de él.

—Yo no soy padre —continuó Alan—, pero imagino que, cuando lo sea, sabré distinguir la diferencia entre...

—Cuando seas padre, McGregor —lo cortó Duncan con fiereza—, lo hablamos.

Ambos se miraron. En sus ojos se veía la incomodidad, la rivalidad, y Alan respondió con la misma indiferencia:

—Mira, McRae... Yo no me he criado en una familia unida como la vuestra, pero...

—Lo sé.

Aquello enrabietó a Alan.

—¿Lo sabes? —siseó.

Duncan suspiró; había metido la pata. Johanna le había hablado de ello y le había pedido que

no se lo mencionara a nadie.

—Mi hija y yo siempre nos hemos tenido mucha confianza y...

—Pues esa confianza —lo cortó Alan enfurecido— es la que ahora ella debe tener conmigo.

—¡Es mi hija!

—¡Es mi mujer!

—¡Yo soy su familia! —insistió Duncan.

—¿Y yo no lo soy? —inquirió Alan.

Duncan suspiró. La rivalidad que existía entre ellos era tremenda. Sin embargo, había ido allí a intentar que su hija y aquel se entendieran, y cuando iba a hablar aquel dijo:

—Entiendo que es tu hija y tu familia, cosa que yo no soy. Pero lo que no entiendo es que yo te pida ayuda en algo que me importa porque me preocupo por su seguridad y tú, aun sabiendo que odias que ella se meta en conflictos, la animes a continuar.

—Yo no la animé a nada.

—Tú, ¡maldita sea!, la apoyaste para que participara en el asesinato de Owen...

—Yo —lo cortó Duncan levantando la voz—, conociéndola como la conozco, lo que hice fue hacerle ver que estaba con ella, porque sabía que ella iba a ir a ese conflicto tanto si me parecía bien como si no. Te lo dije, pero no quisiste escucharme.

—Pero ¿qué dices?

—La verdad, McGregor. Te lo expliqué. Te dije que puedes encadenar a Johanna, pero créeme cuando te digo que ella encontrará la manera de soltarse y huir. Y prefiero estar a su lado a que vaya por su cuenta y no la pueda ayudar si me necesita.

Alan sonrió con pesar. No creía nada de lo que le decía, y Duncan, mirándolo, apostilló:

—Cameron y Cristopher eran parte de la familia y, te agrade o no, Johanna es de las que matan por su familia.

—Ellos eran su familia, tú eres su familia..., ¿y yo qué soy?

—Su marido —afirmó Duncan—. Y, con el tiempo, su familia.

—Odias verme como alguien de tu familia, ¿verdad?

Duncan levantó una ceja. La palabra adecuada no era *odiar*.

—Lo que odio es que las cosas se hagan mal, y tú las hiciste mal —contestó.

Alan resopló y, cuando iba a replicar, el hombre añadió:

—Mira, McGregor, créeme cuando te digo que ni tú ni yo íbamos a impedir su sed de venganza ante la muerte de Cameron y Cristopher.

Horrorizado por lo que aquel decía, el guerrero gruñó:

—¿Te estás oyendo?

Duncan asintió y, sabiendo lo que decía, afirmó:

—Claro que me estoy oyendo, sé muy bien de lo que hablo. Llevo media vida viviendo con Megan. Con una mujer guerrera que ha enseñado a sus hijas a ser tan guerreras como ella por las duras circunstancias en las que se crio. Ni Megan, ni Johanna, ni Amanda son...

—Venga ya, McRae. ¿Acaso me estás diciendo que el Halcón, uno de los hombres más temidos y respetados de Escocia, es incapaz de contener a tres mujeres?

Duncan tomó aire por la nariz y respondió:

—Soy el Halcón, y lo que eso conlleva, para Escocia. Pero para mi mujer y mis hijas soy simplemente Duncan. Esposo y padre.

Su contestación sorprendió a Alan, pero cuando iba a hablar, Duncan dijo:

—Si estoy aquí, ante ti, es como padre de Johanna, no como el Halcón. Como un padre que solo quiere la felicidad de su hija, porque siempre ha sido mi responsabilidad y...

—Ahora ella es mi responsabilidad.

—No te equivoques, McGregor —siseó Duncan—. Mi hija, aun casada, siempre será mi responsabilidad, y te...

—Mira, McRae —lo cortó él con enfado—, no me interesa nada de lo que tengas que decir. Ni soy tu familia ni pretendo serlo.

Duncan resopló. La brecha que se había abierto entre los dos era ancha, profunda. No obstante, intentaba que para Johanna las cosas se solucionaran, por lo que repuso:

—¿Mi hija no te interesa?

Alan lo miró sin decir nada.

—Te has casado con ella y dijiste que fue por amor, ¿acaso mentiste otra vez? —insistió el otro.

—McRae..., me estás buscando —masculló Alan.

Duncan, comprendiendo que hablar con aquel no estaba siendo una buena idea, levantó entonces el mentón y sentenció:

—Que tú y yo no lleguemos a un entendimiento pone las cosas más difíciles a Johanna. Si ambos queremos su felicidad, debemos reconciliarnos.

Y entonces, sorprendentemente, le tendió la mano, aunque en su rostro, en sus ojos y en su gesto no se veía conciliación alguna. Alan, mirando su mano sin estrechársela, señaló:

—No te entrometerás en mi vida con Johanna. Ella y yo decidiremos nuestras cosas, y no volveré a pedirte ayuda ni consejo para nada.

—McGregor...

—¿Aceptas o no, McRae? Decide —señaló Alan.

Duncan se mordió la lengua. En otra situación, aquel nunca le hablaría así. Pero le cogió la mano y afirmó:

—Acepto durante el tiempo que dure la unión de manos. Si en ese tiempo veo que le das mala vida, te mataré.

Oírlo le hizo gracia a Alan. En la vida le haría eso ni a Johanna ni a nadie.

—Repito, McGregor. Si le das mala vida, te mataré —recalcó Duncan.

Durante unos instantes ambos se miraron sin parpadear. Aunque ellos no se llevaran bien, tenían que intentarlo por Johanna. Entonces Duncan, soltando la mano de aquel, siseó:

—Tu relación y la mía...

—La justa —lo cortó Alan. Y, todavía furioso, agregó—: Los negocios que tenemos juntos seguirán su curso. Pero a nivel suegro-yerno, no quiero tener nada que ver contigo. No somos familia.

—Exacto. No somos familia —sentenció el otro.

Y, dicho eso, asintió con la cabeza. Él había ido a buscarlo para suavizar las cosas, pero, visto lo visto, soltó:

—Cuando dialogues con Johanna, no la dejes hablar. Si lo haces, no te escuchará.

—¿Acaso te he pedido yo consejo?

Duncan, sabiendo lo que había dicho, sonrió, y Alan, para dar el tema por zanjado, soltó:

—Fin del asunto.

Su suegro asintió y, acto seguido, dio media vuelta y se marchó. No había más que hablar.

Capítulo 72

Johanna, que salía con Amanda de visitar a Roberta en su cuarto, suspiró mientras caminaban por el castillo de los Donald. Aunque su fortaleza la había hecho aceptar la muerte de sus amigos, todavía sentía un gran vacío en su corazón. Miró a su hermana, e iba a hablar cuando esta preguntó:

—¿Cuándo vas a hablar con Alan?

Ella se encogió de hombros.

—Johanna, ¡es tu marido! —insistió Amanda—. No puedes seguir ignorándolo.

—¿Acaso no me ignora él a mí?

Amanda suspiró. Si con ella las cosas iban mal, con su padre eran peor.

—Lo último que me dijo era que mi familia era él —soltó Johanna— y...

—¡Otro tan tonto como papá!

—Y tanto —afirmó Johanna con pesar.

Amanda resopló. Las circunstancias por las que estaban pasando eran complicadas, pero sabía lo que su hermana sentía por Alan.

—Tata, estáis enfadados, pero piénsalo: Alan es encantador, bueno y paciente —indicó—. Vale que cuando se enfada tiene genio y es muy cabezón, pero ¿acaso tú no eres también así? Y mira lo que te digo..., a mí me gusta como cuñado porque es respetuoso, cariñoso, tiene un gran sentido del humor..., y sé que a los Halcones también les gusta.

—Sí, sobre todo a papá —se mofó la joven.

—Johanna...

—Ais, Amanda, ¡cállate!

Una vez que salieron del castillo se encontraron con su madre, que volvía de acompañar a Kristeen. Habían ido al cementerio a llevarles flores a Cameron y a Cristopher. Y Kristeen, al ver las ojeras de Johanna, murmuró con cariño:

—Ellos se enfadarían si te vieran así.

Como pudo, la joven sonrió y la mujer, tras mirar a Megan, agregó:

—Voy a ver a Roberta.

—Voy contigo —afirmó ella con pesar.

El dolor que debía de sentir Kristeen por la pérdida de su hijo era algo que Megan no podía quitarse de la cabeza. Dio un dulce beso a sus hijas y se alejó con ella.

Johanna y Amanda tomaban el aire de pie en la puerta de la fortaleza cuando vieron que varios miembros de los Donald salían corriendo de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Johanna.

—Se acercan dos jinetes —respondió uno de los hombres.

Sin moverse de donde estaban, las muchachas divisaron a aquellos a los que se referían; entonces uno, desde las almenas, gritó:

—¡Llevan el tartán de los McRae!

Eso hizo que las dos aguzaran la vista. ¿Quiénes eran? Y de pronto Amanda murmuró:

—Son los tíos Myles y Ewen. —Y, levantando la voz para ser oída, gritó—: ¡Sí, son McRae! ¡Son nuestros tíos!

Al saber eso, los Donald se marcharon con la misma rapidez con la que habían aparecido y, cuando los jinetes se detuvieron frente a las jóvenes, se bajaron a toda prisa de los caballos y corrieron a abrazarlas.

—Por san Ninian..., ¿estáis bien? —murmuró Myles.

Felices de recibir aquellos abrazos de oso, las muchachas asintieron al tiempo que Ewen decía:

—Partimos en cuanto nos enteramos de lo ocurrido.

Ellas sonrieron; entonces dejaron de abrazarlas y Ewen indicó mirando a Johanna:

—Tu rostro me habla de tu dolor.

La joven asintió y, de pronto, su hermana soltó:

—¡¿Y su rostro no te dice que se ha casado?!

Los dos hombres parpadearon sorprendidos.

—¡¿Que se ha casado?! —susurró Myles.

—Pero ¿qué insensatez es esa?

—Amanda, ¡¿te quieres callar?! —gruñó Johanna.

—¡Y nada menos que a través de un *handfasting*!

—¡Amandaaaa!

Los recién llegados apenas respiraban.

—¿Con qué insensato se ha casado?

—Tío Myles... —protestó Johanna.

Los cuatro se miraban en silencio cuando Ewen insistió:

—Por Dios, Amanda, ¿quieres soltarlo de una vez?

En ese instante Alan apareció por la esquina. Johanna, al verlo, se dio la vuelta y, subiendo los escalones de dos en dos, desapareció en el interior de la fortaleza.

Myles miró entonces a Amanda, que sonreía, y murmuró:

—No...

—Sí —afirmó ella.

—Pero ¿cómo ha podido ser eso? —musitó Ewen.

—¡Sorpresas de la vida! —exclamó Amanda.

Ewen y Myles se miraron, y luego el primero lo llamó:

—¡Alan McGregor!

Sorprendido por ver a los dos hombres allí, Alan se acercó a ellos para saludarlos, pero Ewen soltó:

—¿Te has casado con mi Johanna?

Al oírlo, Amanda y Alan le pidieron por señas que bajara la voz, lo que desconcertó más aún a los hombres.

—No me digáis que Duncan no lo sabe... —gruñó Myles horrorizado.

Con rapidez, Amanda se lo aclaró, e Ewen, dirigiéndose a Alan, empezó a decir:

—Pero si dijiste que...

En ese momento apareció Duncan con McPherson y Lachlan Donald en la puerta y, viendo a aquellos, preguntó sin sorprenderse demasiado:

—Pero ¿qué hacéis aquí?

Ewen y Myles enseguida se olvidaron de Alan y fueron a saludar a Duncan y a presentar sus condolencias al padre y al tío de uno de los fallecidos. Conocían a Cameron y sentían su pesar.

Amanda y Alan los observaban desde lejos, y de pronto este último señaló:

—¿Dónde está Johanna?

—Imagino que ya estará en la habitación.

Él asintió, y acto seguido fue ella la que preguntó:

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

El guerrero no contestó.

—¿Tú la quieres? —insistió Amanda.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, Alan. Dímelo tú.

—Sí. Claro que la quiero.

Amanda sonrió encantada de oír eso.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque, en cuanto me ve, desaparece rauda y veloz.

—¿Acaso cuando ella te ha visto a ti tú no has hecho lo mismo?

Alan suspiró. Amanda tenía razón, ambos se evitaban.

—¿A ti nadie te ha dicho nunca que eres una descarada? —soltó mirándola.

—Sí, varias personas, pero, ¿sabes?, me entra por aquí y me sale por aquí.

—Lo de vuestros padres, con vuestra educación, creo que...

—¡Ojo, McGregor! —lo cortó ella—. Ojito con lo que dices de mis padres o vas a conocer a la Amanda verdaderamente impertinente, malhablada y descarada.

Este calló, y ella, cambiando el gesto a otro sonriente, dijo:

—Volviendo a lo de mi hermana... Si os queréis, ¿no crees que hacer las paces se os debería dar mejor que discutir?

Alan sonrió al oír eso, y Amanda, que necesitaba ver a Johanna de nuevo feliz, insistió:

—¿Quieres hacer el favor de hablar con ella?

Él cabeceó. Tras su charla con Duncan, era necesario hablar con Johanna.

—Vamos a hacer una cosa —decidió Amanda—. Esta noche, después de la cena, ve a la playa, a la zona de las rocas, y yo misma la llevaré allí. ¿Te parece bien?

—Sí.

Tras guiñarse un ojo con complicidad, Alan se dirigió de nuevo a los establos. Debía acabar lo que estaba haciendo. Por su parte Amanda caminó en dirección a su padre y a sus tíos, que, al verla llegar, la abrazaron con cariño.

Capítulo 73

Cuando Johanna entró en la habitación, se movió de un lado para otro con desespero. Su enfado con Alan la tenía desconcertada. Por un lado quería patearle el trasero por las cosas que se habían dicho, pero, por otro, se moría por besarlo. ¿Qué le ocurría?

Esos días, con sus respectivas noches, lo había echado de menos. ¿Él la habría echado de menos a ella?

Estaba pensando en ello cuando oyó unos golpes en la puerta. ¿Sería él? Pero no. Rápidamente se convenció de que no podía ser. En los días que llevaban en el castillo ni una sola vez había subido a la habitación. Abrió la puerta y saludó al ver allí a su padre:

—¡Hola!

Gustoso, Duncan le dio un cariñoso beso en la mejilla y ella, mirándolo, preguntó:

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

Quitándole importancia, él sonrió y la joven lo abrazó.

—Han venido tío Myles y tío Ewen, ¿los has visto? —dijo acto seguido.

—Sí, los he visto. Al parecer se enteraron de lo ocurrido y aquí los tenemos.

Ambos sonrieron. La fidelidad de aquellos no tenía igual. Entonces Duncan, mirando a su hija y viendo sus ojeras, indicó:

—Necesitas dormir y descansar.

—Descansaré cuando llegue a casa.

—Seguro que Marieta te hace uno de esos guisos de conejo que te gustan en cuanto regresemos a casa.

Johanna asintió. No quería pensar acerca de la casa a la que tenía que regresar; ese era otro problema que debía solucionar.

Ambos se acercaron entonces a la cama, se sentaron, y su padre, mirándola, explicó:

—He hablado con McGregor.

—No quiero hablar de él.

—Johanna...

—Que no, papá. Y si me dices que tienes el ojo así por él, lo mato...

—Escucha, mi cielo, él y yo hemos hablado, y ahora la que tendría que hablar con él eres tú. —La joven resopló y él insistió—: Es tu marido y se preocupa por ti, por eso te dijo que no fueras a...

—Pero ¿acaso él puede impedirme ajusticiar a quien ha matado a mis amigos? —explotó Johanna—. Que Dios no lo quiera, papá, pero si mañana asesinaran a Iver McGregor, al que sé que Alan quiere como a un hermano, ¿me crees a mí con el derecho de decirle a Alan que no mate a quien lo hizo?

Duncan negó con la cabeza y la joven siguió y siguió. Durante un buen rato Johanna se desfogó, dijo todo lo que necesitaba decir. Cuando finalmente calló, cerró los ojos y soltó el aire por la boca, recordando lo que Megan le había aconsejado muchas veces, su padre susurró:

—Johanna. Habla con él.

—¿Para qué?

Su tono de voz ya era otro. Ahora se podría conversar con ella, y Duncan señaló:

—Para aclarar las cosas.

—¿Tú las has aclarado con él?

—Hemos llegado a un entendimiento.

—¿Cuál?

Él la miró. Sabía que si le contaba a su hija lo sucedido, esta se enfadaría más aún, y, pasando la pelota al otro tejado, respondió:

—Cuando hables con él, te lo contará.

—Pero...

—Johanna, habla con él.

La muchacha se retorcía las manos nerviosa cuando preguntó:

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

Duncan sonrió. Si algo tenía claro era que aquellos se querían, por lo que afirmó:

—Si ha hablado conmigo, ¿cómo no va a querer hacerlo contigo?

—Porque es muy cabezón.

—Dijo la reina de las cabezotas...

Ambos sonrieron y luego Duncan dijo:

—Esto que te voy a decir no te va a gustar, pero la diferencia entre él y tú para entrar en una refriega o en una venganza es que él es un hombre y tú una mujer.

—Efectivamente, papá, eso no me ha gustado.

Duncan tomó aire y, antes de que su hija añadiera nada, continuó:

—Dicho eso, sabes que para mí eres tan válida como cualquier hombre en el campo de batalla. Como padre, no te querría en él. Como guerrero, te querría a mi lado. Pero, mi vida, ese McGregor no te conoce como yo. No sabe que...

—Alan me conoce. Sabe cómo soy.

—Cariño, conoce tu impetuosidad, conoce tus retos, conoce tu cabezonería, pero no te conoce... —Y, con los ojos cargados de lágrimas, añadió—: Yo sabía que, aunque se negase a que tú entraras en la refriega, no lo ibas a aceptar. Por eso me puse de tu lado. Y lo hice porque quería estar contigo allá adonde fueras, porque nadie te ha parado nunca, y en este caso nadie te iba a parar.

Conmovida al ver las lágrimas en los ojos de su padre, la joven murmuró:

—Papi amoroso..., ¿qué pasa?

Al oír ese apelativo a Duncan se le desbordaron las lágrimas.

—No sabes cuánto he deseado que volvieras a llamarme así —susurró.

Sobrecogida, Johanna no supo qué decir.

—Sentía celos de él —confesó entonces su padre—. De pronto, me vi desplazado... Creía que todo tu amor era para él y nada para mí, y yo..., yo... me comporté como algo que odio y siempre odiaré.

—Pero, papi, ¿qué dices? —Y, cogiendo sus manos, Johanna aseguró—: Te quiero, te adoro, por ti daría mi vida... ¿Cómo puedes haber pensado eso?

Duncan negó con la cabeza y, cuando ella iba a hablar, él tomó aire y musitó:

—Ese McGregor...

—Papá, por favor, ¡es Alan! Mi marido, tu yerno.

—Por un maldito año.

—Papáááá...

Él tomó aire de nuevo. Pensar en el desprecio con el que le había hablado el que tenía el título de yerno lo enfermó, pero por su hija, lo que fuera.

—Ese jodido McGregor ha dicho algo en lo que tiene razón —declaró.

—¿Qué ha dicho?

—Que estoy acostumbrado a que tu hermana y tú giréis en torno a mí y soy incapaz por mi egoísmo de entender que, aunque lo hagáis, la vida va ampliándose para vosotras.

Johanna no dijo nada; entendía las palabras de Alan. Y Duncan, comprendiendo su silencio, añadió entonces:

—Sé que me quieres, ¡claro que lo sé! Como sé que has de adorar, amar y dar la vida por tu marido. Pero no sé qué me pasó, que me cegué. Me bloqueé al sentir que mi hija se había casado. Comencé a pensar lo que no era al ver a un hombre a tu lado y me equivoqué... Qué tonto soy, hija.

—Pues sí. Como diría Amanda, ¡muy tonto!

Ambos rieron y luego Johanna dijo con amor:

—Eres mi papi amoroso, mi guerrero preferido, y siempre lo serás. Da igual si estoy soltera, casada o viuda, porque eso nada ni nadie lo va a cambiar.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, papá.

Con una sonrisa, se miraron; la comunicación entre ellos siempre había sido buena con las palabras y la mirada. Entonces Duncan se sacó algo del bolsillo.

—Estaba esperando el momento idóneo para entregarte esto que Cristopher me dio para ti.

Al ver la bolsita de terciopelo oscura que su padre le tendía, Johanna se emocionó.

—Me dijo: «Es para Johanna, de corazón» —contó Duncan.

Cogiendo aquella bolsa, que sabía lo que contenía, la joven la abrió. En sus manos dejó caer los anillos que un día habían representado el amor entre Cameron y Cristopher.

—Son muy bonitos —declaró Duncan mirándolos.

—Lo son —convino Johanna.

Duncan asintió y, con una seguridad que a Johanna le hizo saber que su padre valía más por lo que callaba que por lo que decía, lo oyó decir:

—Es un hermoso regalo, pues proviene del amor.

Capítulo 74

Durante la cena reinó el silencio y el rigor. Después de lo sucedido, los Donald no estaban para fiestas y, una vez que terminaron, todos se retiraron a sus habitaciones.

Amanda y Johanna, por su parte, decidieron salir a tomar el aire y dar un paseo por la playa antes de dormir.

Mientras caminaban, Johanna le refería lo que había hablado con su padre y su hermana escuchaba. Amanda opinaba como él, debía hablar con Alan. Pensó en contarle lo de los anillos de sus amigos, pero, consciente del secreto que aquellos guardaban, lo omitió. El secreto debía seguir siendo secreto.

En cuanto llegaron a las rocas, encontraron a Alan sentado sobre una de ellas. Amanda, mirando a su hermana, dijo:

—Mátame mañana. Ahora habla con él.

Tras darle un cariñoso beso en la mejilla, dio media vuelta y se marchó.

Johanna, sin moverse de donde estaba, miró a Alan. A pesar de lo fuerte que habían discutido, a pesar de lo enfadada que estaba con él, a pesar de todo, lo adoraba, lo quería, lo amaba. Se moría por abrazarlo, por quererlo, por hacerle el amor.

—¿Podrías venir aquí y sentarte a mi lado? —preguntó él entonces.

La joven echó a andar, pero, en vez de sentarse en la roca, dejándose llevar una vez más por sus impulsos, fue hasta él y, sin mediar palabra, lo besó.

Aquel beso apasionado pilló a Alan por sorpresa. Con Johanna nunca sabía lo que podía esperar. Y cuando el beso acabó, esta, con su boca pegada a la de él, susurró:

—Siento todo lo que está pasando entre nosotros, pero...

Alan no la dejó terminar. Tomó su boca con auténtica necesidad. Los días que llevaba sin ella habían sido una verdadera tortura. Dejándose llevar por el momento, cuando sintió las manos de ella desabrochándole el pantalón, sin dudarlo, él le levantó la falda.

Con ansia, rasgó el pololo blanco que llevaba y, cuando sus manos tocaron aquel sexo suave y cálido, la sentó sobre la piedra, se metió entre sus piernas y la poseyó.

Johanna, hechizada por el arrebatador momento de pasión, se dejaba manejar con las piernas a ambos lados del cuerpo de Alan. El modo en que el guerrero la poseía la hacía sentirse totalmente suya. Tras varios envites fuertes que a ambos los hicieron jadear, cuando el clímax les sobrevino y los dos gritaron con fogosidad, pararon y se miraron.

—Ni te imaginas cuánto te necesito —susurró Alan.

Johanna sonrió.

—Por lo que he sentido, creo que tanto como yo a ti —repuso.

De nuevo tomaron sus bocas. De nuevo tomaron sus cuerpos. Y, en cuanto aquel segundo momento pasional acabó, la joven se mofó:

—Si lo hacemos una vez más sobre las rocas, me lo despellejaré...

Eso los hizo reír a ambos. Luego cada uno se colocó bien la ropa en silencio y, al cabo, Alan dijo mirándola muy serio:

—Te he echado mucho de menos... Te quiero como no he querido a nadie, Johanna, pero no soy tu padre.

—¿Por qué dices eso? —replicó ella.

Alan tomó aire, e indicó mientras retiraba el pelo del rostro de la joven:

—Porque, a mi juicio, él te ha permitido demasiado sin pensar en las consecuencias que eso podría traerte.

Johanna no se movió y él, viendo la mirada de su mujer, continuó:

—Escucha, mi cielo... Quiero que seas tú. Necesito que seas tú. Me enamoré de tu impetuosidad, de tus retos, de ti como persona. Pero has de entender que hay cosas a las que me negaré porque, cuando lleguemos a nuestro hogar, si algo quiero es protegerte.

—Pero, Alan...

—Johanna —la cortó él—, te pongas como te pongas, nunca querré verte metida en una refriega por el peligro que puedas correr... ¿Acaso tu padre desearía ver a tu madre en una circunstancia así?

—No.

—Entonces ¿por qué te extraña tanto que yo tampoco quiera verte a ti?

Ella no supo responder y, al quedarse callada, este dijo mientras la abrazaba:

—Lo sé. Sé que eres una guerrera y me encanta que, llegado el caso, podrías manejar perfectamente una espada. Sin embargo, necesito que me dejes amarte y, en especial, que entiendas que no quiero coartarte, sino que solo deseo cuidarte.

Aquello último emocionó a Johanna. Su padre y Alan, cada uno en su particular forma de amor, querían cuidarla y protegerla. Pero mientras su padre sabía quién era ella, Alan aún tenía que conocerla. Por ello dijo mirándolo:

—Te quiero. Pero hay cosas que ni tú vas a cambiar de mí ni yo voy a cambiar de ti. A nuestra manera, cada uno puede suavizarlas, pero...

—Johanna, yo no quiero que cambies. Solo que pienses en las consecuencias antes de actuar y, sobre todo, que me escuches.

—¿Y tú me escucharás a mí?

—Por supuesto que sí.

—¿Y por qué no dejas de cortarme todo el rato?

Alan sonrió. Le gustara o no, seguía el consejo que Duncan le había dado.

—Porque te voy conociendo y sé que es lo mejor —respondió.

Johanna levantó las cejas y él, antes de que hablara, insistió:

—Soy consciente de que me equivocaré cientos de veces, como te equivocarás tú. Pero créeme que relaciones más complicas he visto, y hoy por hoy son muy felices. Y antes de que me preguntes de quién hablo, te diré que de Iver y Peter McGregor con Beth y Carolina. Entre Iver y Beth hubo la diferencia de países. Ella, una duquesa vikinga y él, un escocés. Y entre Peter y Carolina, la diferencia de clanes. Los McGregor nunca se llevaron bien con los Campbell hasta que ellos se enamoraron y lo cambiaron. Y ahora, piénsalo: ¿qué hay que nos separe a ti y a mí?

—Mi padre —dijo Johanna. Alan asintió y ella añadió—: Y tú.

A él le cambió de pronto la expresión. Que lo metiera en el mismo saco que a su padre no le gustó nada, y preguntó:

—¿Por qué le has contado a tu padre lo de mi familia? —Al oír eso, ella parpadeó; entonces aquel, enfadado, siseó—: Te lo dije, Johanna. Te pedí que no se lo contaras a nadie, pero tú, como siempre, desobedeciste.

Se quedaron unos instantes en silencio, hasta que ella preguntó:

—Alan..., ¿cuál es el acuerdo al que has llegado con mi padre?

Él se puso tenso de inmediato.

—Le he pedido que no se entrometa en nuestras vidas —contestó—. Le he dicho que no volveré a pedirle ayuda ni consejo y, por supuesto, le he dejado muy claro que no somos familia.

Boquiabierta por aquello, ella iba a hablar cuando él murmuró:

—Ese McRae...

—Ese McRae ¡es mi padre!, y tiene nombre —afirmó ella con dureza.

—La educación nunca me faltará con él, pero sí la empatía.

—Pero, Alan...

—No, Johanna, no insistas —la interrumpió él—. Tu padre seguirá siendo tu padre el resto de tu vida, pero en lo que respecta a mi persona, no es nadie para mí.

—Mi padre es mi familia y, por consiguiente, también la tuya.

—No, no lo es. Y lo quiero lejos de mí, ¿entendido?

Boquiabierta, ella dio un paso atrás y no dijo más. ¿Cómo podía amar y respetar a alguien que no quería a su padre?

Capítulo 75

Una semana después, tras hablarlo con Alan y sus hijas, Duncan y Megan decidieron dar por finalizada su estancia en Dornoch y regresar a Eilean Donan. Habían acudido allí para una boda y habían terminado asistiendo también a un entierro, algo que todos se llevaban en su corazón.

Por su parte, Greg McPherson optó por quedarse un poco más con su hermana y su cuñado. Tras lo ocurrido con Cameron, y ante la marcha de Roberta para iniciar su luna de miel, lo necesitaban.

Johanna inició el camino de regreso junto a Duncan, su padre, lo que el guerrero le agradeció. Aunque poco después la joven se acercó a Alan para acompañarlo.

Suegro y yerno apenas se hablaban, cosa que creaba una terrible incomodidad a todos, en especial a Johanna, que era quien estaba entre los dos.

Ewen y Myles observaban y sacaban sus propias conclusiones, pero guardaban silencio intentando mantenerse al margen. Conocían a Duncan y también a Johanna, y sabían que todo podía estallar en cualquier momento.

La primera noche de trayecto, cuando a lo lejos comenzó a vislumbrarse el Beinn Dearg, que en gaélico significa «Montaña roja», Duncan propuso dormir bajo las estrellas. Hacía una bonita noche y sabía que a sus hijas les agradaría. Por no llevarle la contraria, Alan aceptó, aunque lo incomodó que el padre de su mujer se acercara a ellos para dormir, pues eso lo privó de intimidad.

El siguiente día comenzó con tensión para todos. Alan sugirió ir por un camino, pero Duncan propuso ir por otro. Durante un buen rato discutieron el que debían tomar, hasta que Ewen y Myles, empujados por Megan, que no quería meterse, le hicieron saber a Duncan que el que él proponía en ese momento era complicado. Ellos lo habían tomado para ir a Dornoch. Finalmente Duncan claudicó y siguieron el camino propuesto por Alan.

Tras bordear el Beinn Dearg y antes de llegar al Sgùrr Mòr, Alan, que conocía la zona, propuso hacer noche en una posada de un pueblo cercano, y Duncan, pensando en sus tres mujeres, aceptó. Al llegar y ver el lago que había cerca del pueblo sonrió para sus adentros y no dijo nada.

Myles y Ewen, que habían visto el lago y las sonrisas de las mujeres, se acercaron a Duncan, e iban a hablar cuando este sentenció:

—No quiere consejos. Por tanto, ni una palabra.

***

Esa noche, mientras cenaban, Alan se percató de que Johanna, su madre y Amanda cuchicheaban. Le encantaba ver aquella complicidad entre ellas, y cuando su mujer lo miró, él preguntó curioso:

—¿Qué os tiene de tan buen humor?

—La excelente noche que hace.

Gustoso, Alan asintió. Ella tenía razón, la noche era preciosa.

Un buen rato después, cuando la cena terminó y todos hablaban, se dirigió a su mujer.

—Voy a ver a los hombres —dijo—. Quiero saber si han cenado bien.

Encantada, Johanna asintió; le gustaba ver a Alan preocuparse de su gente, aunque a su padre no le hablase. Una vez que él salió para confraternizar con aquellos, Duncan miró a su mujer, que bostezaba, y preguntó:

—¿Cansada?

Megan cabeceó.

—Ni te lo imaginas.

Divertido al ver que Megan y sus hijas se miraban con disimulo, Duncan asintió cuando Johanna, levantándose, dijo tras darle un beso a su padre:

—Nosotras nos vamos a dormir también.

Una vez que Amanda le dio el último beso a su padre y las tres salieron por la puerta, Duncan miró a Ewen, y se disponía a hablar cuando este indicó levantándose:

—Yo me encargo, ya sabemos por dónde saldrán...

Myles y Duncan sonrieron y luego el primero dijo:

—Por suerte, todas duermen en la planta baja.

—Exacto. No hay peligro —afirmó Duncan.

En cuanto Ewen se hubo ido, Myles y Duncan prosiguieron hablando durante un rato, hasta que Alan entró en el comedor junto a sus tres hombres y, al no ver a su mujer, preguntó:

—¿Y Johanna?

Duncan lo miró.

—Se ha ido a dormir —contestó Myles—. Estaba cansada.

Al ver que aquellos lo observaban, el guerrero asintió y, sentándose con sus hombres una de las mesas de al lado, pidió algo de beber y disfrutó de su compañía.

Un buen rato después, tras varias cervezas, los hombres de Alan se fueron a dormir y este se despidió de los demás antes de salir:

—Buenas noches.

Duncan y Myles le desearon lo mismo y, cuando se quedaron de nuevo solos, Myles preguntó divertido:

—¿Cuánto crees que tardará en volver?

Duncan levantó las cejas y, antes de lo que pensaban, Alan entró en el comedor desencajado.

—Johanna no está en la habitación... —declaró.

—¿Y...? —preguntó Duncan.

Boquiabierto, él lo miró y su suegro comentó:

—Estará con su hermana.

Alan desapareció de nuevo.

—Tendrá que aprender —cuchicheó Myles.

—Que aprenda —repuso Duncan con una sonrisa.

Instantes después Alan entró de nuevo en la estancia. Myles y Duncan lo miraron con despreocupación, y este insistió:

—He mirado en la habitación de Amanda y no hay nadie. He llamado también a la vuestra, pero Megan no ha abierto.

Duncan asintió con tranquilidad, y entonces él, agobiado, inquirió:

—¿Acaso no te preocupa lo que acabo de decirte?

—No —respondió Duncan.

—Pero te estoy diciendo que...

—¡Sé lo que me estás diciendo, McGregor! —lo cortó él.

Atónito, Alan iba a levantar la voz cuando de pronto oyó la risa de Johanna. La joven entró en la posada con el pelo empapado acompañada por su hermana y, al ver a Alan con mal gesto, preguntó:

—¿Qué pasa?

Él la miró boquiabierto, después miró a Amanda, y finalmente preguntó:

—Pero ¿de dónde venís?

Johanna miró a su padre. Estaba claro que no le había dicho nada.

—Del lago —respondió.

—¿Del lago a estas horas?

—Sí —afirmó ella—. Hace una preciosa noche para bañarse, ¿no crees?

Sorprendido, Alan miró a Duncan esperando su reacción. ¿No las iba a regañar? ¿No les iba a decir nada?

De pronto entraron Ewen y Megan riendo y Alan, alterado, siseó mirando a su mujer:

—¿Cómo se te ocurre marcharte sin avisarme?

—Porque iba con mi madre y hermana, y sabía que Ewen y Myles estarían por allí.

Alan la miró sin decir nada. La tranquilidad con que Johanna se lo decía distaba mucho de la que él sentía, y, ofuscado, miró a Duncan y siseó:

—Me lo podrías haber dicho, McRae.

El aludido se levantó, bordeó la mesa y, una vez que llegó frente a su yerno, replicó:

—No, McGregor. —Y, antes de que aquel abriera la boca, añadió—: Es tu mujer y no quieres ayuda ni consejos. Como tú dices, ¡fin del asunto! Buenas noches.

Y, sin más, salió de la estancia. Megan lo siguió. Ewen y Myles se marcharon también, y Amanda dijo mirando a su cuñado:

—Si eso fue lo que le pediste a mi padre, ahora no te quejes. ¡Buenas noches!

Cuando ella desapareció, Alan y Johanna se miraron. En los ojos de aquel había enfado, reproche; en los de ella, tranquilidad. Para acabar con la tensión del momento, la joven lo cogió de la mano y dijo:

—Anda, vamos a dormir.

Pero Alan se soltó y repuso:

—Sube tú. Ahora iré.

Johanna salió y, mirando al posadero, Alan le pidió una nueva cerveza. La situación con Duncan era desesperante, pero en un par de días a más tardar él pondría las cartas sobre la mesa. Si ese McRae se creía que iba a quedar por encima, estaba muy equivocado.

Capítulo 76

Tras una noche en la que Alan apenas durmió, cuando Johanna abrió los ojos y vio que estaba despierto se abrazó a él.

—Buenos días, amor.

—Buenos días.

Ese simple saludo, en absoluto cariñoso, ya le hizo saber a Johanna que algo pasaba.

—¿Qué te sucede? —murmuró sin soltarlo.

Alan, que todavía estaba molesto por lo ocurrido la noche anterior, miró a su mujer.

—Yo estaba en la puerta con los hombres, ¿por dónde salisteis?

Ella levantó entonces la mano, señaló la ventana y, sonriendo, musitó:

—Venga, McGregor, no te enfades... Es algo entre mi madre, mi hermana y yo. Nos encanta escaparnos para ir a bañarnos. No corríamos ningún peligro. Mi padre lo sabía y...

—Tu padre sí, pero yo no —la cortó él.

Johanna asintió, en eso tenía razón.

—A ver, cariño... —dijo mirándolo—. Como él dice, papá conoce hasta nuestro modo de respirar, y sabía que habiendo un precioso lago cerca nosotras saldríamos por la ventana para ir a bañarnos.

—¿Lo sabía?

—Sí.

Alan cabeceó. Había demasiadas cosas que él desconocía de la manera de proceder de Johanna.

—Ahora ya lo sabes tú también —añadió ella—. Por tanto, la próxima vez...

—No habrá próxima vez —la cortó él.

Johanna lo miró boquiabierta, y Alan agregó:

—La próxima vez que vayas a irte al lago o a donde sea, me lo vas a decir, ¿entendido?

—No.

—¡¿No?!

Ella negó con la cabeza y, sentándose a horcajadas sobre él, acercó su boca a la del guerrero; tras pasearle con provocación la lengua por los labios, cuchicheó:

—Si lo hiciera, perdería la emoción.

De manera inevitable, aquello hizo sonreír a Alan, que, tras besarla con deseo, le hizo apasionadamente el amor.

***

Cuando poco después entraron en el comedor, ya estaban todos desayunando. Alan los saludó con un «buenos días» y se sentó, mientras que Johanna comenzó a repartir besos a sus padres, a su hermana, a sus tíos y, una vez que terminó y se sentó, Amanda soltó mirándolos:

—¿Qué tal si ponéis un poquito de freno a vuestra desmesurada pasión?

Su hermana sonrió y Alan se quedó atónito.

—Que sepáis que he tenido que salir de la habitación porque parecía que me estabais jadeando en la oreja... —añadió Amanda—. Es más, me he despertado por los golpes que daba vuestro cabecero contra la pared, que, por cierto, es mi pared.

—¡Amanda, calla! —la regañó Megan.

—Jodida muchachita. —Ewen rio.

Duncan observó a través de las pestañas a Johanna, que, mirando a su hermana, preguntó:

—¿Por qué no me lo dices a solas?

—Tata, por Dios, ¡pero si os ha oído media Escocia!

Sin dar crédito, la joven miró a sus padres y, al ver que Megan sonreía y Duncan y sus tíos miraban las gachas que se comían, tomó aire y cuchicheó percatándose de la incomodidad de Alan:

—Vale..., lo sentimos. Frenaremos nuestra desmesurada pasión.

Cuando poco después retomaron el camino, Johanna cabalgó un rato junto a su padre y luego fue junto a Alan. Todos los días debía hacer eso mismo, lo que le generaba tensión. Intentaba que los dos hombres de su vida se sintieran atendidos por igual, pero ¿quién la atendía a ella?

Esa noche, cuando acamparon para descansar en un pueblo que Duncan conocía, entraron en una posada donde los dueños los recibieron a él y a su familia con los brazos abiertos.

Los McRae eran muy queridos allí; tras repartir las habitaciones, al bajar al comedor para cenar, Duncan ocupó un extremo de la mesa y Alan el otro. Cuanto más lejos estuvieran, mejor.

Entre risas y buen humor, las chicas charlaban con Myles y Ewen. Al atardecer del día siguiente sin duda estarían ya en Eilean Donan. En un momento dado Duncan, mirando a Johanna, comentó:

—Seguro que Marieta tendrá una olla de estofado preparada en casa.

—Mmmm..., ¡qué rico, por favor! Muero por un buen plato —afirmó ella.

Duncan sonrió, y Alan, que esperaba ese momento para poner las cartas sobre la mesa, de pronto soltó:

—Dudo que pruebes ese estofado.

Según dijo eso, todos lo miraron y él, centrándose en Johanna, declaró:

—Al alba, cuando ellos partan a Eilean Donan, nosotros lo haremos hacia Fort William, nuestro hogar.

Johanna parpadeó sin dar crédito. No, aquello no podía ser... Y Duncan, entrometiéndose en la conversación, señaló:

—Lo mejor es que mi hija regrese a su hogar con su familia. Y, una vez que haya descansado, prepare su viaje a Fort William con tranquilidad.

—Si no te importa, McRae, estoy hablando con mi mujer —replicó Alan.

—¡Muchacho, relájate! —le reprochó Ewen.

Pero Alan, sin hacer caso, insistió:

—Y deja de decir que Eilean Donan es el hogar de mi mujer, porque no es así.

—¿Ah, no? —inquirió Duncan levantándose.

—No. Lo fue, pero ya no lo es. Y ahora mi hogar y yo somos su familia —respondió Alan ofuscado.

—Un año —siseó Duncan—. Solo tengo que soportarte un maldito año.

Al ver que lo había sacado de sus casillas, Alan sonrió.

—O toda la vida, jodido McRae... —soltó—. ¡Nunca se sabe!

—¡Basta ya, Alan! —gruñó Johanna poniéndose en pie.

De inmediato todos se levantaron para sentar a aquellos titanes, y Amanda, tan cansada como

todos por aquella situación, amenazó:

—Alan, si vuelves a hablarle así a mi padre, te las verás conmigo.

—Amanda —susurró Megan agotada.

—Eilean Donan es nuestro hogar te guste o no, y nosotros somos su familia —continuó la aludida—. Y, sí, Johanna se ha casado contigo, tú tienes un hogar y ahora eres su familia. Pero ella no se ha criado sola. Se ha criado en un lugar llamado Eilean Donan con nosotros, al que regresaría si no se hubiera casado contigo... Por tanto, deja de comportarte como un imbécil, o te juro por san Fergus que el cariño que te tengo se va a acabar.

Alan, que ya iba conociendo a Amanda y sabía que soltaba todo lo que pensaba, iba a replicar cuando esta agregó:

—Y, sí, lo sé... Calladita estoy más guapa, pero esto te lo tenía que decir o no sería yo.

Johanna, que hasta el momento había escuchado en silencio, exclamó entonces dirigiéndose a Alan:

—¡No puedo más!

—¡Estabas tardando...! —terció Myles.

Con mirada asesina, Johanna se volvió hacia su marido y siseó:

—¡Tu hogar! ¡Mi hogar! ¡Mi familia! ¡Tu familia!... Pero ¿tan difícil es entender que...?

—¿Me estás...?

—¡Estoy hablando yo! —gritó Johanna.

—¡No me chilles! —replicó él ofuscado.

—Pues no me trates como a una tonta.

—Johanna, creo que...

—¡¿Quieres dejar de interrumpirme?! —bramó ella enfadada.

Pero Alan ya no escuchaba.

—¿Me estás diciendo que pretendes regresar a Eilean Donan? —insistió.

La tensión superaba a Johanna. Entonces su padre dijo:

—Es su hogar.

—¿Quién te ha preguntado a ti, McRae? —saltó Alan.

—Somos su familia.

—¡*Yo* soy su familia!

—McGregor...

Alan y Duncan volvieron a enfrascarse en una nueva discusión, y Megan, viendo aquello, cogió entonces una jarra de cerveza y la estampó contra el suelo al tiempo que gritaba:

—¡Se acabó!

Duncan y Alan, igual que el resto, la miraron, y Megan añadió poniéndose en pie:

—Esta situación es insoportable para Johanna y para todo el mundo. —Y, dirigiéndose a Duncan y a Alan, agregó—: Y si no os corto el cuello a los dos con un trozo de cristal de esa maldita jarra es porque ni quiero quedarme viuda, ni quiero que mi hija lo sea.

Aquellos la miraron boquiabiertos.

—Pero ¿no os dais cuenta de la angustia que le estáis haciendo pasar a Johanna? —continuó Megan—. Que si está un ratito con el padre... Que si está un ratito con el marido... Que si caza con uno... Que si caza con otro... ¡Ya está bien, por el amor de Dios...! ¿De verdad sois tan egocéntricos que no sois capaces de pensar en lo que ella necesita en vez de en lo que queréis vosotros?

Duncan, que entendió a su mujer, iba a hablar cuando Johanna intervino:

—Decida lo que decida mañana, haré daño a alguno... Pero ¿no os dais cuenta de que yo os

quiero a los dos y me estáis pidiendo que elija? ¿De verdad me queréis partir el corazón?

Ver sus ojos cargados de lágrimas dolió a Alan, y cuando iba a acercarse a ella, esta lo rechazó.

—Tengo una familia a la que quiero, adoro y respeto, y ni por ti ni por nadie los voy a apartar de mi vida. ¿Te queda claro? —siseó.

—Yo no te he pedido eso.

—¡Con palabras, no! —bramó ella—, pero con tus actos, sí. ¿O acaso pretendes estar así con mi padre el resto de nuestras vidas?

—Menos de un año, hija..., menos de un año —matizó Duncan.

Alan no contestó, y Johanna, volviéndose hacia su padre, añadió:

—Siempre me has hablado del amor. De lo bonito que es querer y que te quieran, y ahora que he encontrado ese amor que hace que mi corazón se desboque, ¿de verdad crees que es fácil para mí disfrutarlo, padre, teniendo tú la actitud que tienes con él?

Duncan no respondió y Megan, cogiendo la mano de su hija, declaró mientras miraba a su marido:

—Si ella decide seguir los dictados de su corazón y vivir con Alan, lo aceptaré. Y lo haré porque yo dejé a mi gente para vivir contigo, Duncan McRae... —Conmovido, él la miró y Megan prosiguió—: Y, cariño, contigo soy y he sido tan feliz que lo volvería a hacer mil veces. Pero ahora le toca a Johanna, y mañana será Amanda. Ellas merecen vivir su amor como lo hemos vivido nosotros. Y da igual lo que piense Alan, nosotros somos su familia y ella lo sabe. Y tú y yo siempre la esperaremos en Eilean Donan, lugar que ella sabe que es su hogar, aunque por amor ya no viva en él.

Emocionado, Duncan asintió. Oír aquellas sentidas y realistas palabras de Megan y percibir el ahogo de su hija por su comportamiento lo había hecho asentir. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Acaso no quería la felicidad de su hija?

Por ello, miró a Johanna. Lo último que deseaba era hacerle daño, y ante todos murmuró:

—Lo siento, mi vida.

Ella asintió. Y, entendiendo por primera vez que su padre en esa ocasión sí estaba siendo consciente de todo, iba a hablar cuando Alan dijo:

—Yo también te pido perdón.

Johanna miró a aquellos dos hombres a los que adoraba.

—Mi familia sois todos —declaró después de tomar aire—, pero está claro que para ti, papá, y para ti, Alan, no es así. Mañana nuestros caminos se han de separar, y yo..., yo necesito pensar. Al alba decidiré con quién voy a partir.

—Johanna...

La aludida, al ver que Alan la llamaba, lo miró y, con el corazón dolido, soltó:

—Esta noche dormiré con Amanda, fin del asunto.

Y, dicho eso, Johanna se dio la vuelta y salió del comedor. Megan y Amanda se miraron y esta última rápidamente fue tras su hermana; la necesitaba. Myles y Ewen, conmovidos por todo, se miraron en silencio.

Entonces Megan, dirigiéndose a Duncan y a Alan, siseó:

—Espero que paséis la peor noche de vuestras vidas, jodidos egoístas...

Y, dándose la vuelta, desapareció sin mirar atrás.

Capítulo 77

Johanna había pasado la noche en vela junto a Amanda. Sabía que la decisión que tomase aquel día marcaría su vida y la de las personas que amaba, y eso apenas la dejaba respirar.

Cuando comenzó a amanecer se aproximó a la ventana y vio a Ewen y a Myles. Estaban sentados sobre sus mantas, hablando con algunos de los hombres de su padre, y por sus gestos se los veía divertidos. Eso a Johanna la hizo sonreír. ¡Qué maravillosos eran!

En ese instante se reunieron con ellos Alan y sus tres hombres, quienes, tras saludar a sus tíos y a los hombres de su padre, se retiraron para esperar. Johanna observó a Alan. Estaba serio. En su rostro se veía la tensión, pero eso no la apenó. Ella también sentía tensión.

A pesar de lo enfadada que estaba con él, sabía que Alan era cariñoso y encantador. Era un hombre al que no le importaba demostrar sus sentimientos, pero también era un hombre al que no le gustaban las sorpresas y los imprevistos, cosa que con Johanna era imposible no experimentar.

Continuaba mirándolo semiescondida para no ser vista cuando Amanda se le acercó, vio lo que su hermana observaba y, de pronto, la oyó decir:

—Eso que llaman «amor» me está destrozando la vida...

—Tata, no digas eso.

—¿Cómo no decirlo cuando me encuentro en esta encrucijada de tener que elegir entre él o papá?

Amanda suspiró y Johanna continuó:

—De todas las amigas que se han casado, no he visto a ninguna que tuviera que vivir un momento así. ¿Por qué me tiene que pasar a mí?

—Porque lo fácil nunca ha sido lo nuestro...

Ambas sonrieron y Amanda añadió:

—Esto te pasa por algo que siempre has dicho.

—¿El qué?

—Siempre has aceptado las palabras de papá con respecto a que tú te harías cargo de Eilean Donan. Nunca te he oído decirle que podrías comenzar una vida en otro lugar, como siempre he dicho yo, y eso, unido a la particular forma en la que te has casado, al enfado de papá y a las circunstancias que han venido después, ha hecho que todo sea un cúmulo de despropósitos a los que papá y Alan se han sumado.

Johanna cabeceó. Desde que se había casado, su vida había sido un desastre.

—Tienes toda la razón —afirmó.

Estaban en silencio cuando vieron salir a sus padres de la posada. Desde la ventana distinguieron que Megan se acercaba a Alan y a sus hombres para saludarlos, mientras su padre, ignorándolos, caminaba hacia Ewen y Myles.

En el rostro de Duncan se veía lo mismo que en el de Alan: tensión y seriedad.

—¿Qué voy a hacer, Amanda? —murmuró Johanna.

Ella abrazó entonces a su hermana con amor y respondió:

—No lo sé.

—Tanto papá como Alan están en mi corazón. ¿Qué debo hacer?

—Aplastarlos como a dos gusanos —soltó Amanda.

Johanna sonrió. Su hermana siempre la hacía reír. Y aquella, viendo su sonrisa, insistió:

—Si quieres que nos escapemos juntas, ¡hagámoslo!

—Ganas no me faltan.

—Bueno, tú piénsalo. Guíñame un ojo y yo te seguiré el juego.

Ambas sonrieron y, acto seguido, Amanda susurró con sinceridad:

—Tata, hagas lo que hagas, estoy contigo.

Johanna la abrazó. Tener una hermana como la que tenía era lo mejor de su vida. Y, tomando aire, repuso:

—No demoremos esto ni un segundo más.

—Pero ¿has decidido ya?

—No.

—¡Tata!

—Vamos, Amanda.

Cogidas de la mano, las muchachas salieron de la habitación, bajaron la escalera y, tras despedirse del posadero con gratitud, al salir se encontraron a sus padres, sus tíos y Alan.

—Buenos días —saludaron.

Todos contestaron rápidamente y Megan, acercándose a sus hijas, las besó y preguntó dirigiéndose a Johanna:

—¿Estás bien?

La joven miró a su madre, a su preciosa y maravillosa madre, y respondió:

—Estoy cansada y triste, mamá.

Ella asintió. La decisión que tenía que tomar Johanna no era fácil. Y Megan, abrazándola, susurró:

—Te quiero más que a mi vida, tesoro, tú solo déjate guiar por tu corazón.

Johanna asintió.

—Te quiero —musitó mirándola.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Una vez que Megan se separó de su hija y regresó junto a su marido, Johanna, consciente de que todos la miraban a la espera de su decisión, tomó aire y declaró:

—Esto que tengo que hacer es una de las cosas más difíciles que me han tocado hacer en la vida, por tanto, gracias, papá, y gracias, Alan. Gracias por vuestra consideración hacia mí.

Molestos, aquellos ni se miraron, y Johanna volvió a coger aire. La voz se le iba a quebrar cuando notó la mano de Amanda; sentir su fuerza le indicó que ella podía hacerlo, y prosiguió.

—Sé que, elija a quien elija, alguien, además de mí misma, va a sufrir. Como me dijo Cameron, decidirse por un camino al final siempre te priva de conocer otros, y yo, por vuestra culpa, he de privarme.

Aquello le estaba partiendo el corazón a Duncan, y cuando se disponía a hablar, su hija pidió mirándolo:

—No, papá. No hables. Escucha.

Avergonzado, él asintió; ella se acercó a sus tíos Ewen y Myles, los abrazó con sentimiento y luego, cogiéndolos de las manos, afirmó:

—Vaya con vosotros o no, recordad que os quiero con todo mi ser y que siempre voy a ser vuestra jodida niña desafiante.

Los dos hombres asintieron emocionados y luego Johanna abrazó a su madre y dijo:

—Como me has pedido, me dejaré guiar por mi corazón. Y, aunque ya lo sabes, quiero decirte una vez más que eres la mejor madre del mundo, que te quiero y que te agradezco todas y cada una de las cosas que me has enseñado, y muy especialmente tu amor incondicional, hiciera las cosas bien o no.

Megan sonrió conteniendo la emoción y, acto seguido, Johanna se dirigió a Amanda.

—Tú eres mi todo —declaró—. Mi hermana, mi compañera de juegos, mi amiga. Eres el mejor regalo que papá y mamá me han dado en la vida, y sé que siempre nos tendremos la una a la otra pase lo que pase.

—Siempre, tata. Eso nunca lo dudes —aseguró Amanda.

Dicho esto, Johanna miró a su padre, a aquel hombre que amaba con locura, y lo estrechó entre sus brazos. Para ella, abrazar a su padre siempre había sido seguridad, cariño, amor. Y en esta ocasión, al hacerlo notó que él temblaba. Tenía miedo. Lo sabía, lo conocía. Tras unos segundos abrazados y en silencio, cuando se separó de él dijo mirando aquellos ojos que eran como los suyos:

—Papá, has sido mi referente. El hombre que me ha cuidado y enseñado lo que es la vida. Tengo tu fuerza, tu determinación, tu aplomo, y necesito que sepas que si tomo esta decisión es porque te quiero y porque sé que, aunque esté un año, siete o diez sin verte, siempre me querrás.

Duncan, al que casi le faltaba la respiración, asintió; de pronto notó la mano de Megan sobre la suya y, con fuerza, se la agarró. Conocía a su hija y, por sus palabras, ya intuía su decisión.

Johanna dio entonces un paso atrás y miró a Alan, que había permanecido en silencio. Lo inquietaba ser el último. Johanna se acercó a él y lo abrazó. Sin dudarlo, él la estrechó entre sus brazos y, cuando se separaron y ella le dio un beso en los labios, la oyó decir:

—Eres mi amor. Y, como te pasó a ti, el primer día que entraste por mis ojos, jodido McGregor, te quedaste en mi corazón. —Ambos sonrieron y Johanna prosiguió—: Dicen que lo que verdaderamente merece la pena no es fácil de conseguir, y qué razón tienen, ¿verdad?

Alan asintió. Ver que le sonreía y oír sus palabras hacía que su corazón se desbocara.

—Te dije que deseaba vivir un amor que hiciera temblar el suelo bajo mis pies y tú me lo has dado. Y créeme cuando te digo que quiero experimentarlo todos los días de mi vida contigo.

Le dio un nuevo beso en los labios y, una vez que se separó de él, tomando aire y con el corazón roto en mil pedazos, indicó:

—Ahora quiero que tú, papá, y tú, Alan, partáis hacia vuestros destinos. Dentro de un rato me uniré a uno de vosotros, y el otro sabrá cuál ha sido mi elección.

Duncan miró a su hija al oír eso. Pero ¿qué tontería era esa? Johanna, entendiendo la pregunta de sus ojos, respondió:

—Si lo hago así es para no ver la decepción de quien no me reciba.

Comprendiéndolo, Duncan asintió. Y cuando Johanna vio que todos aquellos se acercaban de nuevo a ella, dio un paso atrás con una frialdad que le paralizó el corazón y dijo:

—Ya me he despedido de todos. Por favor, partid.

Con lágrimas en los ojos, Megan se resistió. Y Amanda, después de mirar a su hermana y que ambas se entendieran sin necesidad de hablar, pidió:

—Vamos, mamá. Respetemos la decisión de Johanna.

Una vez que aquellas se marcharon hacia sus caballos junto a Myles y Ewen, Duncan y Alan, parados frente a Johanna, se miraron. En sus rostros se veía la incertidumbre, pero también la decepción. En el fondo sabían que lo habían hecho mal, que la joven no lo estaba pasando bien por su culpa. Y esta, para acabar con aquello, dijo:

—Partid ya sin mirar atrás y no me lo hagáis más difícil. Y, por favor, al que no me una solo le pido tiempo y que respete mi decisión.

Duncan y Alan asintieron y, dándose la vuelta, se encaminaron hacia sus caballos. En cuanto llegaron a ellos, montaron y, como Johanna les había pedido, partieron sin mirar atrás, mientras ella se agachaba en el suelo y, con lágrimas en los ojos, por fin tuvo claro qué camino tomar.

Capítulo 78

Fort William, dos meses después

Alan, Iver y Peter McGregor, que terminaban de levantar uno de los cercados para los caballos próximo a su hogar, charlaban y reían cuando Iver le preguntó a su hermano:

—Pero ¿cuántos caballos tiene Carolina?

Peter sonrió. Su mujer adoraba los caballos.

—Tres, y pronto serán cuatro —afirmó—. Hace dos noches nació una preciosa yegua cobriza y pienso regalársela por Navidad.

Los tres sonrieron y de pronto Peter, mirando a lo lejos, preguntó:

—¿Esperas visita, Alan?

Este negó rápidamente con la cabeza. Sin embargo, al ver a un grupo de jinetes que se acercaban, se sacó la espada del cinto y dijo:

—Veamos quiénes son.

Con aplomo, los tres guerreros los observaban espada en mano cuando de pronto Alan reconoció a Duncan, que encabezaba el grupo. ¿Qué estaba haciendo allí?

—¿Son los McRae? —inquirió Peter.

Alan asintió incómodo y, mirando hacia su hogar, que estaba al fondo del valle, afirmó:

—Eso parece.

Iver miró a Alan. En su gesto vio la tensión, la incomodidad, y, entendiéndolo, murmuró:

—Tranquilo.

Alan tomó aire. Ver a Duncan y a su gente era lo último que le apetecía en ese instante, pero se guardó la espada y repuso:

—Estoy tranquilo.

Con aplomo, los McGregor esperaron a que aquellos se acercaran. Alan se fijó en Duncan, en Megan y en Amanda. Tras ellos, como era de esperar, iban Myles y Ewen y varios guerreros que conocía.

Sus ojos y los de Duncan se encontraron. Aquella mirada, tan parecida a la de su mujer, Johanna, no era fácil de olvidar. Y cuando todos llegaron frente a él, el guerrero dio un paso al frente.

—No os esperaba por aquí —declaró.

Duncan cabeceó, Megan sonrió y Amanda soltó:

—A ver, cuñado, ¿qué tal si comienzas por un «¡Qué alegría veros!»?

Alan sonrió al oírla, Amanda era Amanda, y acto seguido exclamó con mofa:

—¡Qué alegría veros!

—Ay, qué monoooo.

—Amanda —gruñó su padre.

Peter e Iver se miraron. Si el inicio era así, no querían ni pensar cómo iba a ser el final. Entonces Megan se bajó de su caballo, se acercó a Alan y preguntó:

—¿Puedo abrazarte, a pesar de no ser tu familia?

—¡Megan! —protestó su marido.

La aludida, al oírlo, lo miró y refunfuñó:

—Por Dios, Duncan, ¡basta ya! Es Alan, el esposo de nuestra hija. Y hemos venido de visita, no a discutir.

Alan levantó las cejas. ¿Que habían ido allí de visita? Pero no quería ser antipático, así que abrazó a Megan. Ella siempre había sido encantadora con él.

Rápidamente Myles y Ewen se apearon y lo saludaron también. Alan les presentó a Peter, pues a Iver ya lo conocían, y cuando se dio la vuelta para mirar a Duncan, que seguía sobre su caballo, Amanda se aproximó a él y murmuró mirando a su alrededor:

—¡Qué bonito es todo lo que veo! ¡Me encanta!

Alan asintió, su hogar era un sitio agradable para vivir. Entonces Duncan, bajándose por fin de su montura, se acercó a él y saludó tendiéndole la mano:

—McGregor.

—McRae. —Alan le estrechó la mano con seriedad.

Una vez que la ronda de saludos terminó ante los gestos de sorpresa de los McGregor, Myles se llevó las manos a los labios y soltó un silbido. A este lo siguió Ewen, y cuando acabó el silbido lo hizo Amanda.

Alan, al ver que los recién llegados miraban hacia la casa que estaba al fondo y repetían el silbido, preguntó:

—¿Qué se supone que estáis haciendo?

—Quiero avisarla de que estamos aquí —declaró Myles con una sonrisa.

Sin entender, Alan insistió:

—¿Avisar a quién?

—A Johanna —señalaron los tíos, Megan y Amanda a la vez.

Al oír eso, los tres McGregor se miraron. Pero ¿de qué hablaban?

—Johanna no está aquí —declaró Alan.

—¿Y dónde está? —preguntó Megan.

Alan, que cada vez entendía menos, soltó:

—Pues no lo sé. Eso decídmelo vosotros, que fuisteis a quienes eligió.

—¡¿Cómo?! —bramó Duncan.

—¡¿Qué?! —murmuró Megan.

—Pero ¿qué dices? —farfulló Amanda.

Las sonrisas de todos se esfumaron y Megan, llevándose la mano al cuello, murmuró:

—Por todos los santos, Alan, pero ¿de qué hablas?

—Que no está aquí. De eso hablo.

Duncan y Megan se miraron, y luego el primero dijo:

—Creímos que se había marchado contigo. Que te había elegido a ti.

—Pues creísteis mal —replicó aquel.

—No es momento de bromear, Alan —masculló Myles.

—No estoy bromeando.

—La madre que la...

Ewen no terminó la frase. La mirada de Megan lo hizo callar.

—Ay, Dios mío, ¿dónde está mi hija? —susurró esta.

De pronto el cuerpo de Alan se rebeló. El corazón, que había sentido paralizado durante los últimos meses, se despertó de repente. Si no estaba con ellos, ¿dónde estaba Johanna?

—La voy a matar.

Alan miró al que era su suegro y siseó:

—Si alguien la va a matar, ese seré yo.

Duncan se acercó a él ofuscado.

—Atrévete a tocar a mi hija y...

—¡¿Y qué?!

Suegro y yerno se miraban con bravura. La hostilidad que se tenían volvía a ser manifiesta.

—¡Maldita sea, pero ¿vosotros creéis que es momento de discutir?! —gritó Amanda.

Iver y Peter, que veían el cariz que estaba tomando aquello, tranquilizaron a su amigo mientras Myles y Ewen hacían lo propio con Duncan.

La tensión subía por momentos, hasta que Megan, nerviosa al ver que su hija no estaba donde ella creía, se acercó a aquellos y, metiéndose entre los dos, los empujó y siseó enfadada:

—Precisamente esto es lo que ha hecho que no sepamos dónde está Johanna.

Duncan y Alan se miraban cuando Megan insistió:

—Me da igual que tú seas mi marido y tú el marido de mi hija; si algo le ha pasado a Johanna por vuestra culpa, os juro que quien os mata ¡soy yo! Por tanto, ya podéis dejar vuestra rivalidad a un lado y uniros para encontrarla.

Los dos hombres se miraron de nuevo. Megan tenía razón. Lo único que importaba en ese instante era encontrarla. Y Alan, que durante ese tiempo había pensado en sus errores, dijo entendiendo que debían acabar con aquello:

—Lo siento, Duncan. Siento todas las cosas que hice mal. Soy consciente de que intentaste hablar conmigo para llegar a un entendimiento, pero fui yo quien se negó. Te lo puse muy difícil y, aun así, me tendiste la mano.

El aludido no habló. Aún recordaba aquello.

—Duncan, ¡te toca! Y rapidito, que hay que buscar a Johanna —le siseó su mujer.

—Vamos, papá. Recuerda lo que hemos hablado —insistió Amanda.

Duncan resopló. En aquellos dos meses en los que creían que Johanna estaba con Alan, Megan y Amanda le habían hecho ver sus errores, y por eso estaban allí ahora. Primero, para ver a Johanna, y segundo, para intentar poner fin a su enemistad con Alan. Así pues, entendiendo que aquello debía acabar, y rápido, declaró:

—Yo sí que lo siento, Alan. He sido el peor padre del mundo, y si por mi culpa le ha ocurrido algo, yo...

—No es tu culpa, Duncan —lo cortó él—. Será nuestra culpa. Tuya y mía. De los dos.

—Y tanto que de los dos, ¡malditos cabezones! —siseó Amanda enfadada.

—Tenemos que encontrarla —musitó Alan desesperado.

Duncan asintió. No podía estar más de acuerdo en aquello.

—Vayamos a la casa —indicó entonces Iver—. Hay que trazar un plan de búsqueda.

Alan asintió y, de inmediato, todos echaron a andar hacia la casa. Pero él estaba muy desconcertado. Aquel día, al ver que Johanna no lo alcanzaba en el camino, pensó que ella había elegido su hogar y que por eso sus últimas palabras fueron «Dadme tiempo». Jamás pensó que no elegiría ni a su padre ni a él, que la indecisión la haría quedarse sola.

Una vez que entraron en casa de aquel, todos excepto los McGregor daban ideas de dónde podía estar Johanna. Desesperado, Alan los escuchaba. Ellos podían proponer sitios. Él, ninguno. Ellos conocían a Johanna. Él, apenas. Si de él dependiera, no sabría por dónde empezar, y su desconcierto iba en aumento.

Los escuchaba con gesto desencajado, pero entonces Duncan aseguró mirándolo:

—Te prometo que la vamos a encontrar.

—Duncan, ¿qué hemos hecho? —murmuró él horrorizado.

—El idiota. Eso habéis hecho, y, por cierto, bastante bien...

—¡Amanda! —la regañó Megan.

Pero la aludida insistió:

—Por todos los santos, mamá, ¿acaso estoy mintiendo?

—No, hija. No estás mintiendo —afirmó Duncan con gesto cansado.

Suegro y yerno se miraban sintiéndose fatal cuando Duncan musitó:

—Conociendo a Johanna, los primeros días debía de estar decaída, pero actualmente ha de estar muy enfadada.

—Enfadada es poco —apostilló Megan.

Alan suspiró y su suegro, mirándolo, añadió:

—Prepárate para su ataque cuando la encontremos, porque será devastador.

Él asintió. Por muy devastador que fuera, lo ansiaba, y, necesitado de consejo, preguntó:

—¿Qué he de hacer cuando la vea?

—Te diría que salir corriendo —se mofó Amanda.

Sus padres y sus tíos la miraron con reproche.

—Dudo que Alan salga corriendo —comentó Iver.

Duncan asintió al oír eso y Alan insistió:

—Tú eres su padre y siempre te escuchará y te perdonará, pero ¿y a mí?

Megan y Duncan se miraron. Alan tenía razón. Y su suegro, dispuesto a ayudarlo, empezó a decir:

—¿Recuerdas que te aconsejé que nunca la dejaras hablar, que te impusieras para que te escuchara?

—Sí.

—Pues has de hacer todo lo contrario.

Alan parpadeó boquiabierto y, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Me mentiste?

—Sí.

—¿Me engañaste?

Duncan asintió; a causa de su enfado, no había procedido bien. Ignorando la mirada asesina de su mujer, replicó:

—Tú también me mentiste y me engañaste. Me hiciste creer que mi hija no te interesaba y terminaste casándote con ella.

Alan apretó los puños y blasfemó. Luego miró a aquel y siseó mientras oía a Iver y a Peter que le pedían calma:

—Te merecerías todos los puñetazos que tú me diste en su momento.

—Los aceptaría —afirmó Duncan.

Alan tomó aire. Golpear a aquel no haría que Johanna apareciera; pero entonces oyó que Duncan decía mientras le tendía la mano de nuevo:

—Ni tú ni yo nos hemos comportado bien. Y quien ha salido perjudicado no hemos sido nosotros, sino Johanna. Por tanto, como nos urge encontrarla, ¿qué tal si hacemos las paces con nuestro pasado para no seguir arruinándonos el presente y nos unimos como una familia para conseguir encontrarla?

Alan cabeceó. Seguir discutiendo era una tontería que no los llevaría a nada.

—El presente empieza aquí y ahora siendo una sola familia —declaró estrechándole la mano

—. Encontremos a Johanna.

Gustoso por aquello, Duncan agarró entonces a Alan del brazo con complicidad y dijo:

—Cuando la encontremos, deja que se desahogue. Que grite, que diga todo lo que tenga que decir. Y cuando se calle, veas que cierra los ojos y suelta aire por la boca, cógele la mano y dile cuánto la quieres.

El gesto de Alan cambió y, clavando los ojos en aquellos, que tanto se parecían a los de la mujer que amaba, preguntó:

—¿Esta vez puedo confiar en ti?

—Totalmente —aseguró Megan.

Alan asintió y, sin apartar la mirada de Duncan, preguntó:

—¿Con eso bastará?

El laird, que sonrió a su esposa, asintió a su vez. Johanna era como él, y no había nadie como Megan para habérselo hecho ver.

—Créeme que sí —afirmó.

Alan asintió agradecido y, sin mediar palabra, lo abrazó.

Aquel sentido abrazo lleno de cordialidad y respeto era lo que necesitaban. Aquel abrazo derribó todas las barreras que tontamente ellos habían levantado entre ambos, y cuando se separaron Alan declaró:

—La amo, Duncan. Solo quiero amarla y cuidarla como ella se merece, pero contigo y con todos a nuestro lado.

El aludido asintió emocionado. Aquellas simples palabras eran todo cuanto necesitaba oír del hombre que amaba a su hija.

—Así será —aseguró.

Alan cabeceó y, acto seguido, Megan se acercó a ellos, los agarró a ambos por la cintura y dijo:

—Hechas las paces y aclarado todo, busquemos a Johanna.

Capítulo 79

Johanna, que había salido a cazar, descansaba tumbada sobre la hierba mientras saboreaba los últimos días de sol y calor en Escocia. El otoño llegaría pronto y, antes de lo que se imaginaba, también el frío invierno.

Con los ojos cerrados disfrutaba del momento mientras su mente divagaba como cada día. Pensaba en Alan, en sus padres, en su hermana. En cuánto los añoraba a todos, aun estando terriblemente enfadada con su padre y su marido.

Para la joven tomar aquel día su decisión no había sido fácil. Y, siendo incapaz de decidirse por uno, eligió marcharse sola y, montando en su caballo con los ojos llenos de lágrimas, cogió una dirección que ni su padre ni Alan habían tomado y comenzó a cabalgar.

Cabalgó sin descanso durante largo tiempo, hasta que, sin esperarlo, llegó a un sitio que para ella siempre había sido mágico y especial. Las cataratas de Glomach, nombre que en gaélico significaba «brumoso».

Aquel día, al bajarse del caballo, admiró las impresionantes cascadas. El agua brotaba a través de una estrecha y alta grieta, y el atronador ruido al caer originaba una persistente niebla cambiante en el ambiente. La niebla de Orenda, como la llamaba su bisabuelo.

Aquel lugar solitario e inhóspito tenía enamorada a Johanna desde siempre. Lo conocía desde pequeña gracias a su bisabuelo Marlob. Con curiosidad buscó la pequeña cabaña en la que ella y Amanda jugaban y sonrió al encontrarla. ¿Cómo podía seguir igual la cabaña mágica?

Al verla, inevitablemente pensó en su bisabuelo. Este siempre les había contado que aquella cabaña pertenecía en el pasado a una bruja buena llamada Orenda, quien, por culpa de los celos de las mujeres del pueblo cercano por su inmensa belleza, se convirtió en bruma, aunque antes de su cambio hizo un conjuro para que su hogar perdurara en el tiempo y diera paz, fuerza y cobijo a quien lo necesitara.

Los siguientes días a su llegada Johanna los dedicó a llorar, a compadecerse, a gritar. Estaba furiosa. En su vida habían ocurrido demasiadas cosas, demasiados acontecimientos, y necesitaba expulsar toda la rabia contenida que llevaba en su interior.

Pasado el tiempo, la paz del lugar se apoderó de ella, aunque la joven se limitaba a levantarse, bañarse en las cascadas, tomar el sol, pensar y dormir. Con eso tenía más que suficiente.

Al cabo de unos días su cuerpo le pidió comida y se alimentó. Y, un par de semanas después, montándose en su caballo, al sentir que la fuerza volvía a ella, decidió salir a cazar. La vida seguía.

Con diligencia cazó un par de conejos y, de regreso a la cabaña, se paró a observar a varias cabras salvajes de pelaje marrón y desgranado y cuernos largos y anillados. Su madre siempre le había contado que en invierno bajaban de la montaña para criar a sus hijos y pastaban matorrales de enebro y árboles jóvenes. Estuvo observándolas un buen rato hasta que aquellas desaparecieron trepando por la empinada ladera.

Día a día Johanna fue adquiriendo fuerza y seguridad. Se deshizo del desgaste acumulado en su cuerpo, pero el desgaste originado en su corazón era diferente.

Echaba de menos a su familia y echaba de menos a Alan. No obstante, una rabia interna le decía que, si realmente su padre y Alan la querían, ¿por qué no habían hecho el esfuerzo de entenderse?

Tumbada sobre la hierba, miraba el cielo cuando vio una preciosa y enorme águila dorada, a la que llamaban la «reina de los cielos». Durante un rato se limitó a observarla, a contemplar su elegante vuelo, y cuando esta desapareció, incorporándose, Johanna se levantó. Debía regresar a la cabaña.

Una vez que montó en su caballo, emprendió el camino de regreso y se encontró con varios ciervos rojos de enormes astas que pastaban. Al verlos, sonrió pensando en el día en que Amanda y ella hicieron enfadar a uno tirándole piedras y este corrió para atacarlas y tuvieron que subirse a un árbol. Mientras recordaba cosas bonitas, prosiguió su camino, pero de pronto oyó voces y se detuvo.

Rápidamente se bajó de su caballo. Agachada y sin hacer ruido, se encaminó hacia la cabaña mágica, pues las voces procedían de allí.

Antes de acercarse oyó las voces de su padre y de Alan. Después, la de su hermana y su madre. ¿Estaban allí?

Con cuidado de no ser vista ni oída, se mimetizó con lo que la rodeaba mientras se acercaba a aquellos, y de pronto oyó la voz de su padre, que decía:

—Cariño, no entiendo que estés tan tranquila.

Megan lo miró y, ladeando la cabeza, respondió:

—Estoy tranquila porque he encontrado a mi hija. Y, aunque cuando nos vea se sorprenderá y se incomodará, sé que a mí me abrazará porque no tiene ningún problema conmigo. Otra cosa es contigo y con Alan, que, todo sea dicho, ¡que Dios os pille confesados!

Duncan asintió. La realidad era esa.

—Os lo dije. Os dije que estaría aquí —terció Amanda.

—Pobres Ewen y Myles, que van hacia Oban —se mofó Megan.

Duncan, que veía algunas ropas de su hija esparcidas por allí, miró a Amanda y preguntó:

—Pero ¿por qué eligió este inhóspito lugar?

—Porque es la cabaña mágica. Nuestro escondite secreto.

—Recuerdo que ella mencionó las cataratas de Glomach —indicó Alan.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? —preguntó Megan.

—Un día que le pregunté por un sitio mágico —declaró Alan pensativo.

Aquello le gustó a Johanna. Que su marido recordara cosas que ella le había comentado, como ella las recordaba de él, era algo bonito. Sin embargo, siguió escuchando sin moverse.

Megan, que había recuperado la tranquilidad al encontrar a su hija, miró a su marido mientras se sentaba sobre una roca y comentó:

—Menos mal que Amanda se empeñó en venir a este lugar, porque nosotros nunca habríamos venido. Pero es precioso.

—¡Por Johanna revuelvo Escocia! —bramó Duncan.

La aludida sonrió.

—A ver, cariño, lo sé. Pero ¿tú habías venido alguna vez aquí?

—Sí. Con el abuelo, cuando era niño.

—¿Y por qué nunca me has traído a este maravilloso lugar?

Duncan miró a su alrededor y sonrió. No entendía cómo había dejado de visitar aquel sitio tan increíble.

—Pues, la verdad, no lo sé —respondió.

Megan asintió y, acto seguido, declaró:

—La única que ha estado aquí con Johanna y podía saber lo especial que era para ella es Amanda. Este es un sitio de recuerdos bonitos. Un sitio que solo era de su bisabuelo Marlob, de su hermana y de ella. Y eso me hace presuponer que Johanna, de ser encontrada, solo quería que lo hiciera su hermana.

—Ahora que lo dices, mamá, creo que la tata me va a matar por haberos traído hasta aquí. Por Dios, ¿cómo no me he dado cuenta antes? —comentó Amanda pensativa.

Oír aquello hizo sonreír a Johanna. Adoraba a su hermana. Y su madre tenía razón: su intención era que Amanda la encontrara llegado el momento. Pero estaba visto que no lo había pensado y, guiada por ella, todos la habían encontrado.

Johanna los observaba escondida. Era la primera vez en su vida en la que había permanecido sin ellos tanto tiempo. Y, aunque se moría de amor y necesidad de correr hacia ellos y besarlos, se contuvo. A los últimos que quería besar era a su padre y a Alan.

Con curiosidad, miró a Alan, que, nervioso, no paraba de moverse. Estaba ojeroso y más delgado, algo que probablemente también le ocurría a ella. Ver sus ojos, su boca y sus manos hizo que Johanna se acalorara y suspirase. Aun enfadada, suspiraba por él. Seguía observándolo cuando vio a su padre acercarse a él y, posando la mano en su hombro, le dijo:

—Alan, tranquilízate. Ella no puede estar muy lejos de aquí, aparecerá, ya lo verás.

—Lo sé —afirmó el aludido sonriéndole.

Ver y oír eso sorprendió a Johanna. Lo último que sabía de ellos era que ni se miraban ni se hablaban. ¿Desde cuándo tenían aquella complicidad?

Alan, ajeno como todos a que era observado, tomó aire y declaró:

—Una parte de mí está tranquila, Duncan. La hemos encontrado. Pero ¿y si ahora ella no quiere vernos?

—Somos su padre y su marido —replicó él.

—Dos tontos muy tontos —señaló Amanda.

Duncan miró a su hija, que le sonrió con descaro, y, volviendo a mirar a Alan, dijo:

—Eso no va a ocurrir. Somos su padre y su marido y sé que Johanna nos quiere. Lo sé. Solo hemos de pedirle perdón por nuestro terrible comportamiento y tú hacer lo que te dije y todo irá bien.

Johanna parpadeó. ¿Qué le había dicho su padre a Alan que hiciera?

Confundido, el guerrero asintió y musitó mientras se tocaba la frente agobiado:

—Vale. Entonces dejo que grite y se desahogue y, cuando calle, cierre los ojos y eche el aire por la boca, entonces...

—Entonces intervienes y, cogiéndola de las manos, le dices cuánto la quieres y ella te escuchará —terminó Duncan.

—Justo lo contrario de lo que te aconsejó en su momento —se mofó Amanda.

—Os va a mandar a paseo a los dos. Eso es lo que va a pasar —afirmó Megan ganándose una dura mirada de su marido.

Johanna los escuchaba boquiabierta. ¿Su padre le había aconsejado a Alan que la cortara al hablar? ¿En serio ahora ambos se entendían tan bien?

Sin dar crédito, permaneció observándolos durante un rato. Ver la complicidad y el entendimiento entre los dos hombres que más quería en el mundo era lo único que le faltaba para que su vida fuera plena y, emocionada, lo disfrutó.

Pero no, no les pondría fácil el reencuentro ni la reconciliación. Ahora que sabía cómo eran las cosas, jugaría un poco con ellos y les presentaría batalla. Como había dicho Amanda, los

aplastaría como a dos gusanos. Se lo merecían.

Entonces, saliendo de donde estaba con el mismo sigilo con el que había llegado, se encaminó hacia su caballo y, tras subirse a él, se atusó el cabello, se colocó bien la ropa, se pellizcó las mejillas para que cogieran color y, levantando el mentón, clavó los talones en su caballo y se acercó con paso seguro.

Al aproximarse, sus ojos y los de aquellos se encontraron. Con gesto serio los miró y siseó:

—Maldita sea, ¡qué mal empieza el día!

—Johanna, mi vida..., qué preocupada me tenías —murmuró Megan feliz al verla.

La primera en moverse fue Amanda, que corrió hacia ella y, cuando Johanna se tiró de su caballo, susurró abrazándola:

—Tata, te voy a matar, ¡qué susto me has dado! —Y, al ver la mirada de su hermana, cambió el gesto y musitó—: Vale, lo siento. No lo pensé y los he traído. Pero..., pero fue porque no saber dónde estabas me volvió loca. Muy loca. Peor que cuando me entra el hambre desesperante.

Johanna, al oír eso, la abrazó y, separándose un poco de ella, le guiñó un ojo con disimulo y susurró:

—Te quiero, y ahora sígueme el juego para aplastarlos como a dos gusanos.

Evitando sonreír, y con disimulo, Amanda asintió y se alejó. No sabía qué era lo que su hermana necesitaba ni quería, pero, fuera lo que fuese, estaba con ella.

La siguiente fue su madre, que, tras un cariñoso abrazo, soltó:

—Si vuelves a marcharte sin decirme adónde vas, matarte será poco.

Eso hizo que Johanna sonriera. ¡Cuánto la había añorado!

—De acuerdo, mamá —le dijo con un hilo de voz.

Durante unos minutos madre e hija hablaron. Megan necesitaba saber y Johanna le explicó todo lo que preguntaba, mientras Duncan y Alan, como dos pasmarotes, no sabían qué hacer ni qué decir. Todo lo que tenían pensado decirle de pronto se les quedaba corto.

Johanna, dirigiéndose entonces a ellos, declaró:

—Tú eres mi padre y no te puedo echar, pero tú —indicó señalando a Alan—, ya puedes irte por donde has venido.

—¡Johanna! —bramó Duncan.

Alan cerró los ojos. Intuía que eso podía pasar. Aquel siempre sería su padre. Pero Duncan, sujetándolo, ordenó:

—Tú de aquí no te mueves.

—¡Padre!

—Johanna, serénate —insistió aquel.

La joven, al oír eso, se quitó la capa que llevaba y, acercándose a su progenitor, se secó las manos sudorosas en el pantalón y preguntó:

—¿Qué, padre? ¿Por qué ese McGregor no ha de moverse de aquí?

Aquello no comenzaba bien. Que a él lo llamara «padre» y a su marido «McGregor» los distanciaba.

—Sois las últimas personas a las que deseo ver en este momento —aseguró Johanna mirándolos a ambos.

Acto seguido se volvió hacia su hermana, que estaba sentada sobre un tronco, y mintió:

—Por cierto, Amanda, me encontré con Oscar Harrison en Inveraray, ¿lo recuerdas?

Amanda, que se acordaba de aquel guerrero, asintió, y entonces se oyó a Alan preguntar:

—¿Has estado en Inveraray?

Ignorándolo, Johanna prosiguió:

—Me invitó a pasar las Navidades en su fortaleza de Skye y me dijo que tú también estabas invitada. Por supuesto, me dio saludos para mamá y padre.

—¡Qué monoooo, Oscar! —exclamó Amanda y, viendo la sonrisa de su hermana, preguntó—: ¿Ese es el que...?

Con complicidad, ella asintió y Alan, enfurecido, siseó:

—Las Navidades son para pasarlas en familia.

—¿Qué familia? ¿La familia de la que tú y mi padre me habéis privado? —preguntó Johanna con furia, confundiéndolos.

Alan miró asombrado a Duncan, que estaba boquiabierto. ¿Su hija había ido sola a Inveraray? ¿Johanna se planteaba una Navidad sin él y su familia? Y Amanda, siguiendo el juego de su hermana, tras ver a su madre sonreír, señaló a Alan y preguntó:

—¿Y él?

Johanna miró a Alan, que apretaba la mandíbula, y, encogiéndose de hombros, respondió con tranquilidad:

—La unión de manos con el Bicho termina dentro de unos nueve meses...

—¡¿Qué?! —murmuró Alan.

Duncan y él, atónitos por lo que oían y entendían, intercambiaron una mirada, y a continuación Johanna comentó desafiante:

—Eso es lo bueno que tiene casarse a través de un *handfasting*. Que, tras un año y un día, lo hecho se puede deshacer. ¿No es así, padre? ¿No era eso lo que ansiabas?

Duncan miró a Alan desconcertado. No. Aquello no era lo que ahora quería.

—A ver, Johanna —respondió—, creo que...

—Por cierto, pasé uno días con Calum Marshall y su padre y he de reconocer que el castillo que tienen en Inveraray es tan majestuoso e imponente como el de Eilean Donan.

—¿Que pasaste unos días con el Pelines? —gruñó Duncan.

—Sí. Y fueron divertidos e increíbles. Es más, Calum, como siempre, fue muy atento conmigo y con mis necesidades.

Oír eso enfermó a Alan. Y, mirando a su mujer, dijo:

—Johanna, me estás enfadando.

La aludida sonrió con descaro y, sacándose la espada del cinto, preguntó:

—¿Acaso quieres pelear para aliviar tu enfado?

—¡Johanna! —protestó Duncan.

—¿Me estás retando? —siseó Alan.

—¿Lo dudas?

Duncan miró entonces a Megan. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no intervenía? Y esta, al entender la mirada de su marido, indicó:

—Podéis odiarme, pero no pienso enemistarme con mi hija por vuestra culpa.

—Gracias, mamá.

—De nada, mi vida, faltaría más.

Enfurecido, Duncan maldijo. Aquello que oía de su mujer y de su hija no le estaba haciendo ninguna gracia. Vio a Alan temblar de rabia, e iba a hablar cuando oyó a Amanda decir:

—A ver, tata, el Pelines no es santo de mi devoción. Y si de algo te sirve mi opinión, Oscar Harrison es mejor partido que él. Piensa en la preciosa fortaleza que tiene en Skye...

—Oh, sí. Es maravillosa —aseguró Megan.

Duncan no daba crédito. Pero ¿acaso su mujer y su hija pequeña se habían vuelto locas? ¿Qué hacían animando a Johanna?

—Tú y yo tenemos que hablar, Johanna —dijo entonces Alan.

—Lo tengo que pensar.

—Hija, habla con él —la alentó Duncan.

Al oír eso la joven miró a su padre y, guardándose la espada, preguntó:

—¿Con el McGregor?

—Alan, Johanna. Se llama Alan —indicó aquel.

La joven sonrió. Ellos esperaban que ella se pusiera como loca al verlos, pero no. Como había oído a su padre decir mil veces, la mejor manera de desconcertar al enemigo era haciendo lo que no esperaba, y lo estaba consiguiendo. Su padre y su marido entraban al trapo sin pensar.

—¿Desde cuándo sois tan amiguitos vosotros dos? —preguntó entonces mirándolos.

Duncan y Alan, apoyándose mutuamente, le contaron lo ocurrido. Le hablaron de lo mal que ambos lo habían hecho. Cada uno asumió sus propios errores y, una vez que terminaron, Johanna afirmó con indiferencia:

—Que os llevéis bien es bueno para vuestro negocio. Por cierto, padre, ¿le diste las cuatrocientas ovejas a Alan?

Los dos hombres se miraron. Pero ¿por qué Johanna no quería entenderlos?

Y, sin darles tiempo a pensar, la joven miró a su progenitor y dijo:

—Eres mi padre. Por lo que, tranquilo, aunque a partir de ahora las cosas serán diferentes entre nosotros, regresaré a Eilean Donan, a mi hogar.

—Johanna —murmuró Duncan viendo la mirada de Alan.

Pero la joven, dentro de su papel, lo ignoró y, dirigiéndose a su marido, preguntó:

—Tú quieres hablar, ¿verdad?

—Sí.

—Pues habla.

Dicho esto, Johanna cruzó los brazos frente a él y guardó silencio.

Alan miró a Duncan. Aquello no era lo que él esperaba. Entonces, al ver el gesto de su suegro, que lo animaba a que dijera algo, repuso:

—Prefiero que empieces tú.

Johanna levantó las cejas y, retirándose el pelo del rostro, indicó:

—La verdad es que no tengo nada que decirte.

Alan resopló. Ella se lo estaba poniendo difícil, mucho.

—Escucha, mi cielo. Habla —pidió a pesar de todo.

—No tengo nada que decir.

—¡Desahógate! —insistió aquel.

Sin moverse, ella sonrió, lo retó con la mirada y la sonrisa, y cuchicheó:

—No tengo nada que decirte, excepto ¡adiós! Y que nuestro matrimonio se acabó. Ah, sí..., y que tengo muy claro quién es mi familia, aunque no te guste, a ti, a mi padre o al reverendo McPhillaph.

Alan jadeó. La tensión de no poder conectar con ella lo estaba llevando al límite, y al final perdió los nervios.

—¡Maldita sea, Johanna, ¿quieres dejar de retarme de ese modo?! —gritó.

—¡¿Yo?!

—¿Quieres hacer el favor de hablar conmigo?

—No. No quiero.

Al oírla, Alan se dio la vuelta. Con las manos en la cabeza, intentó tranquilizarse mientras Duncan le indicaba que se calmara. Si comenzaba a gritarle, todo iría a peor. Sin embargo,

incapaz de contener su estallido, se dio la vuelta y exclamó mirándola:

—¡Lo hice mal! ¡Chíllame! ¡Grítame! ¡Me lo merezco! Merezco cualquier cosa que me quieras decir, por egoísta. Por no haberte escuchado. Por haber hecho las cosas peor que mal. Por decir que ellos no eran tu familia. Por obligarte a decidir.

Pero Johanna no reaccionaba, no entraba al trapo, mientras Alan, descompuesto, gritaba, decía, rogaba, y Duncan la miraba sorprendido. ¿Qué le ocurría a su hija?

Acalorado y casi sin voz, Alan ya no pudo más y, terriblemente enfadado, se acercó a ella y siseó sobre su rostro:

—¿Sabes, Johanna? Si tu reto era sacarme de mis casillas para que sea yo el que diga que lo nuestro se acabó, ¡lo has conseguido!

—Pues se acabó.

Tembloroso y desconcertado por la seguridad que veía en ella, Alan insistió:

—¡Y lo dices así, sin más!

—Si quieres me pongo a llorar...

—Johanna —musitó Megan—. No seas tan cruel.

Al guerrero estaba a punto de salírsele el corazón por la boca. En esa ocasión era incapaz de hacerla razonar y hacerle ver su amor.

—¿Estás segura? —inquirió.

—Segurísima.

—¿Quieres que me vaya?

—Ya estás tardando.

Alan, a quien se le iban a reventar las venas de todo el cuerpo por la frustración, rugió. Todo tenía un límite. Entonces se dio la vuelta con furia y comenzó a alejarse.

—Johanna... —murmuró Duncan al verlo.

—Cállate, papá.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que me dicta el corazón.

Alan seguía caminando en dirección a su caballo cuando Duncan insistió:

—Pero, Johanna, Alan te quiere, ¿acaso no lo ves?

—Si me quiere, no se irá.

—¿Y si se va?

—Pues entonces tú, papito amoroso, me soportarás el resto de tus días.

Duncan parpadeó. «Papito amoroso»... De pronto, al ver la sonrisa en la mirada de su hija, se dio cuenta de que todo aquello era un teatrillo, por eso estaban tan tranquilas Amanda y su mujer.

—Ojito, tata, que vuelve McGregor... —oyó decir entonces a su hija menor.

—Johanna, pobrecito. No te pases, que ya me da hasta pena —advirtió Megan sonriendo.

Duncan las miró. Aquellas, juntas, eran tremendas.

—Me vais a volver loco entre las tres —murmuró boquiabierto.

—Cierra el pico, McRae. —Megan rio.

Ajeno a lo que había descubierto su suegro, Alan se acercó a ellos a grandes zancadas. Una vez que llegó frente a Johanna y su padre, tomó aire por la boca, lo expulsó por la nariz y declaró:

—Tu familia y yo somos una única familia. Juntos nos hemos unido para buscarte y encontrarte, y yo de aquí sin ti no me voy. Si el reto es que yo rompa nuestro matrimonio, lo siento, señorita Libre Como el Viento, pero no lo acepto. Y no lo hago porque voy a luchar para

que vuelvas a quererme como yo te quiero a ti, porque si algo tengo claro en esta vida es que estás en mi corazón y te quiero en mi vida, en mi cama y en mis sueños.

Johanna sonrió con las pulsaciones a mil. Su teatrillo acababa ahí. Había aplastado a su padre y a su marido como gusanos por su comportamiento. Su familia estaba de nuevo unida. Él le gritaba a los cuatro vientos su amor. ¿Qué más podía pedir? Pasó los brazos por encima de los hombros de Alan y susurró:

—Amor, no sabes cuánto he deseado oír todo eso.

Alan parpadeó asombrado al oírla. ¿En serio? Entonces Megan y Amanda comenzaron a reír, y Duncan, mirándolo, dijo mientras le daba una palmadita en el hombro:

—Bienvenido a la familia... Ya somos dos a los que volver locos.

—¡Papá! —Johanna rio.

Alan sonrió gustoso. La locura junto a Johanna era lo único que deseaba. A continuación oyó a su suegro decir:

—Por cierto, esa última frase de «te quiero en mi vida...» es de tu madre y mía.

—Y ahora de mi Bicho y mía —terció Johanna.

Alan, con el corazón desbocado de felicidad por todo lo que su mujer le hacía sentir, se disponía a besarla con deseo y pasión, pero, parándose, murmuró:

—Querido suegro, ahora mejor no mires.

Duncan se dio la vuelta para no mirar y sonrió. Saber que su hija y Alan habían llegado al entendimiento y se besaban de manera pasional e irracional era la mejor de las noticias. Se acercó a Amanda y Megan, que sonreían tras lo ocurrido, y preguntó:

—¿Qué voy a hacer con vosotras?

—¡Querernos! —respondieron abrazándolo dichosas.

Epílogo

Castillo de Eilean Donan, Navidad

Los festejos estaban a punto de dar comienzo. Desde que Megan había llegado a Eilean Donan, las Navidades eran siempre una época de felicidad, paz y armonía. Cada año, y durante varias noches seguidas, la señora reunía en el salón a todos los que vivían y trabajaban en la fortaleza para celebrar la Navidad.

Megan estaba subida a una escalera, terminando de colocar los últimos adornos, cuando Duncan entró en el salón principal y, caminando hacia su mujer, dijo mientras la sujetaba con una sonrisa:

—No sé cómo lo haces, pero cada año te superas.

Megan sonrió e, incapaz de colgar una guirnalda, repuso:

—Cariño, súbete tú. Eres más alto y llegarás mejor.

Él asintió y, cuando su mujer bajó de la escalera, preguntó mirándola:

—¿Y qué gano yo con esto?

Divertida, ella depositó la guirnalda en las manos de Duncan y, paseando la mirada por aquel increíble hombre, cuchicheó:

—Ponla y luego lo sabrás.

Encantado, él se subió, colocó la guirnalda y, una vez que bajó de nuevo de la escalera, su mujer le sonrió.

Duncan conocía esa sonrisa, y murmuró mimoso al sentir como ella lo abrazaba:

—¿Estás segura?

Sin dudarlo, Megan asintió. Desde que lo había visto aparecer en el salón, tan guapo y radiante, había sabido lo que deseaba y él, entregado a la causa, afirmó:

—Me muero por mi premio.

Ella comenzó a besarlo mientras lo empujaba hacia la pared. El deseo irracional por su marido podía con ella; pero entonces se oyó un grito jubiloso de Amanda y Duncan paró:

—Viene alguien —anunció.

Megan asintió, pues esperaban a toda la familia.

—Quien sea que espere —repuso.

Aquella frase y su mirada hicieron sonreír al guerrero, que susurró con ternura:

—Aquí está mi impaciente.

Ambos rieron y luego Duncan, apoyándose en la puerta para que nadie entrara en el salón, colocó ante él a su mujer y, subiéndole la falda, la poseyó con deseo y amor.

Minutos después, una vez que saciaron aquella hambre, cuando se recompusieron fueron directos a la ventana y, al asomarse, Duncan afirmó con una sonrisa:

—¡Han llegado los chicos!

De la mano salieron del salón para correr hacia la puerta principal. Y en cuanto la abrieron,

Amanda, que saltaba de felicidad junto a su hermana, exclamó:

—¡Halcones, ya están aquí!

—Qué poca vergüenza tiene la niña... —murmuró Megan al oírla.

Duncan cabeceó y afirmó gustoso:

—Esta se parece a ti.

Ambos reían por aquello cuando Johanna, tras correr hacia ellos, los abrazó y, mirándolos, preguntó:

—¿Cómo están mis papis amorosos?

Encantados, ellos la besaron.

—Más felices que nunca por tenerte aquí.

Amanda rápidamente se unió al abrazo. Estar los cuatro juntos siempre era pura felicidad.

Después de encontrar a Johanna en las cataratas de Glomach, la familia, a la que se le había sumado un miembro más, regresó a Eilean Donan. Pero, a los pocos días, Johanna y Alan, deseosos de tener intimidad y su propio espacio, se marcharon. Eilean Donan siempre sería el hogar de Johanna y, por consiguiente, el de Alan, pero ahora su hogar estaba en Fort William.

—¿Queda algún beso o abrazo para mí?

Duncan miró a Alan. Aquel McGregor, que le había hecho sentir curiosidad, celos, antipatía y al final mucho cariño, era una gran persona, un buen guerrero que se desvivía por su hija. Por ello abrió los brazos y lo acogió. Johanna había hecho una excelente elección.

Beth con Iver y Peter con Carolina rápidamente se les unieron también. Habían sido invitados a pasar la Navidad todos juntos, y aceptaron encantados.

Cuando poco después entraron todos en el salón de la fortaleza, Johanna miró a su alrededor y exclamó maravillada:

—Pero qué bonito, mamá.

—Está increíble —afirmó Beth atónita.

—Mis padres también lo decoran así. —Carolina sonrió.

Encantados, todos hablaban sobre lo que veían cuando de pronto entraron Myles y Ewen. Y, como dos padres necesitados, fueron hasta Johanna. La añoraban tanto como ella a ellos.

Esa tarde los distintos miembros de la familia fueron llegando desde sus distintas residencias en Escocia y, por la noche, el castillo estaba esplendoroso, y todos los que vivían y trabajaban en él, junto a la gran familia, disfrutaron de la cena y acto seguido del baile informal que dio comienzo.

Johanna gozaba de la noche junto a Alan. Verlo hablar, reír y bromear con su padre y sus tíos era de las mejores cosas que le habían pasado en la vida.

—Lo que ha costado llegar aquí, ¿verdad? —cuchicheó Beth acercándose a ella.

Johanna asintió. Lo que había vivido con Alan no había sido fácil, pero si algo les había quedado claro era que el amor verdadero todo lo podía. Entonces Carolina, que estaba al tanto de lo ocurrido, preguntó:

—¿Por qué son tan complicados los McGregor?

Las tres reían mirando a sus maridos cuando Johanna repuso:

—¿Y si las complicadas somos nosotras?

Las tres amigas se miraron; sabían que ninguna era una mujer fácil. Con picardía y sabiendo cómo eran, Carolina cuchicheó:

—Ni confirmamos ni desmentimos.

Una carcajada de las tres llamó la atención de Duncan, que rápidamente se acercó a su hija y preguntó:

—¿Me concedes este baile?

—Por supuesto que sí, papi.

De inmediato padre e hija comenzaron a bailar. Al hacerlo, Duncan se fijó en el anillo que aquella llevaba en la mano y, consciente de que Alan también llevaba uno, preguntó:

—¿Todo bien?

Sin necesidad de hablar, Johanna asintió. La primera noche, cuando llegaron a la casa de Fort William, la joven sacó aquellos anillos y, sincerándose con Alan, le contó su historia. Johanna lloró emocionada cuando él, cogiendo el más pequeño, el de Cameron, se lo puso en el dedo y, entregándole el de Cristopher, hizo que ella se lo pusiera a él. Aquellos anillos tan llenos de amor merecían ser lucidos con honor, amor y orgullo, como Alan había dicho.

Johanna miró a su padre.

—Todo mejor que bien —declaró.

Durante un rato bailaron y disfrutaron de la fiesta, hasta que ella, mirando a su madre y a su hermana, que estaban en un lateral del salón, preguntó:

—¿Qué les pasa?

Duncan vio de inmediato que Megan tenía una expresión extraña y se detuvo. Acompañado por su hija, se acercó a ellas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

Todavía sorprendida, Megan miró a su marido y dijo:

—Acaba de llegar esta misiva de Richard Fraser. En ella dice que su cuñada, la condesa de Aviemore y mujer de Brodrick, se ha quitado la vida.

Duncan, al oír eso, no se sorprendió. Recordaba lo que había hablado en la intimidad con Brodrick.

—Madre mía, ¡qué horror! —murmuró Amanda sobrecogida.

Los cuatro se miraron en silencio hasta que Duncan, cogiendo la carta de las manos de su mujer, la dobló y, guardándosela en el bolsillo de su chaqueta oscura, declaró:

—Dentro de unos días iremos a Aviemore a presentarles nuestras condolencias al conde Brodrick. Pero ahora seguiremos disfrutando de nuestra fiesta de Navidad.

—Yo os acompañaré a Aviemore —se apresuró a decir Amanda.

Megan y Duncan asintieron, y este último, mirando a su mujer, a continuación preguntó:

—¿Me concedes este baile, bella dama?

Sonriendo, ella asintió y, besando a su amor, afirmó:

—Deseo concedido.

Cuando sus padres, tras alejarse, comenzaron a bailar, Johanna vio la expresión de su hermana y cuchicheó:

—Amanda... Amanda...

—¿Qué?

Como siempre, sin hablar se entendieron, y luego Johanna dijo:

—Escucha, nada sucede por casualidad, ya lo sabes. Tú misma me has dicho cientos de veces que todo lo que nos ocurre tiene su plan secreto, aunque nosotros no lo sepamos...

—Sigue sin tener los ojos grises...

Las hermanas se miraron con complicidad, rieron, se abrazaron. Y Amanda, para dar por zanjado el tema, dijo:

—Uiss..., el tío Niall me llama para bailar conmigo.

Y, sin más, se alejó, dejando a Johanna con una sonrisa en los labios. A Amanda aquel conde le gustaba. Lo sabía. Pero, consciente de que ya habría otro momento para hablar, cogió una copa

de la mesa, se la bebió y se lanzó a bailar.

Más tarde Alan, gustoso, bebía una jarra fría de cerveza cuando Johanna, acercándose a él, se la quitó de las manos y, tras beber acalorada, preguntó:

—¿Lo pasas bien, amor?

Él asintió. No había parado de reír y bailar con las tías de ella. Al ver a su mujer con el pelo revuelto por tanto baile, declaró:

—Sí, aunque creo que tú lo pasas mejor que yo.

Juntos sonrieron por aquello y Johanna, mirando a su alrededor, comentó:

—Como te prometí, estás rodeado por una tremenda y ruidosa familia que ahora es también la tuya, a la que le encanta celebrar la Navidad.

Emocionado por sus palabras, Alan se llevó la mano al corazón y Johanna, entendiéndolo, afirmó:

—Sí, amor. Tu padre, tu tía y tus hermanas están aquí contigo, conmigo, con todos. Y te aseguro que están disfrutando de verte feliz.

Alan asintió. Permitirse sentir que su padre, su tía y sus hermanas estaban con él le hacía bien. Lo hacía sonreír emocionado y no llorar. Y, sobre todo, le hacía sentir que su corazón estaba en paz.

Su vida con Johanna era plena. Alocada en ocasiones por su manera de ser, pero maravillosa. Y ahora, gracias a ella, no solo disfrutaba de la familia de vida que él había elegido, sino también de la familia que estaba en su corazón y de la familia que su mujer le regalaba.

Por ello, deseoso de celebrar aquella Navidad, como la primera de muchas que llegarían, cuando comenzó a sonar una melodía que sabía que a ella le gustaba, se levantó y dijo:

—Y ahora, mi preciosa Bicha, ¡a bailar!

Y, llenos de amor y felicidad, bailaron, sabiendo que se tenían el uno al otro no solo en la vida, en la cama y en los sueños, sino también en el corazón.

Biografía



Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de cuarenta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional de Novela Romántica Villa de Seseña, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta), y en 2017 resultó ganadora del Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de novela romántica.

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres Plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la Novela Romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

WEB: https://megan-maxwell.com/

Facebook: @Megan Maxwell

Twitter: @megan__maxwell

Instagram: @MeganMaxwell

Las guerreras Maxwell, 9. Libre como el viento
Megan Maxwell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: José Luis Paniagua
© Ilustración de la cubierta: Lorado / GettyImages / Pixabay
© Fotografía de la autora: Alejandra Vera Matos

© Megan Maxwell, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

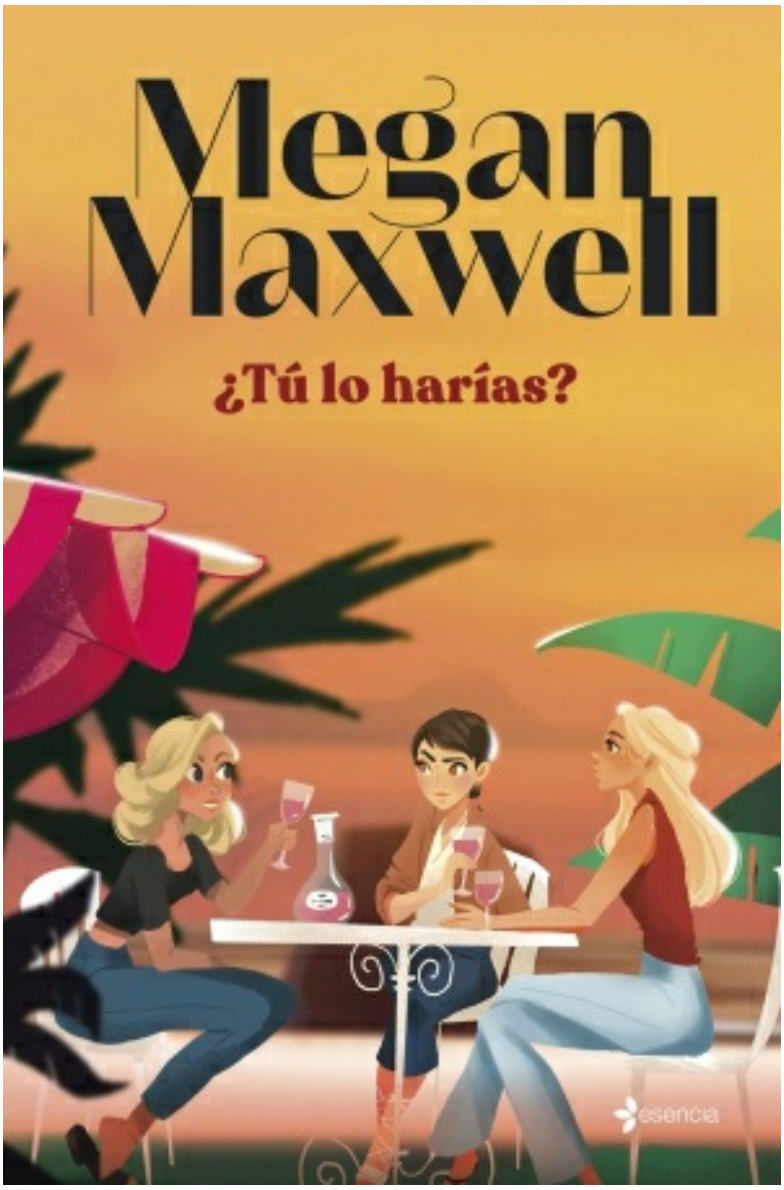
ISBN: 978-84-08-28810-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



¿Tú lo harías?

Maxwell, Megan
9788408280859
488 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Adéntrate en esta comedia romántica y verás que las decepciones amorosas no se superan con lágrimas, sino con la seguridad absoluta de que no hay nadie

más fuerte que una mujer que aprende a reconstruirse a sí misma.

***¿Tú lo harías?* nos presenta a tres mujeres de poco más de treinta años** que aparentemente no tienen nada en común.

África es periodista, aunque la ilusión de su vida es ser editora.

Gema está especializada en marketing y publicidad y es madre de dos hijos.

Belinda es limpiadora en hoteles y hospitales.

Ellas **no se conocen de nada, hasta que un buen día coinciden en un local llamado Bébete A Tu Ex.** A partir de ese momento forjarán una amistad que las ayudará a hacer frente a las **distintas decepciones que han sufrido por amor** y, ante una botellita de vino, se retarán a vivir la vida uno o varios puntitos más allá de hasta donde se habían atrevido a hacerlo.

Eso significará un **¡ADIÓS! a los miedos y vergüenzas**, especialmente al qué dirán, y un gran **¡HOLA! a vivir, atreverse, quererse y disfrutar**.

Porque por muchas veces que hagas caer a una mujer en su camino, ella siempre se levantará, se sacudirá el polvo y se hará más fuerte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Consecuencias de amar a un samurái

Nieva, Lola P.
9788408273592
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Si te gustó Consecuencias de retar a un conde y te quedaste con las ganas de saber si Margot consiguió escapar de su destino, adéntrate en lo más profundo

del Japón feudal y descubre cómo esta indómita mujer será capaz de luchar por el corazón de un samurái atormentado.

Margot se embarca de polizonte en el bergantín *Marianne*, junto con sus amigos Rose, Liam y Takeshi, huyendo de un matrimonio pactado por su padre a causa de una deuda de juego.

Tras un fatídico naufragio arriban a la costa de Nichinan, donde piratas y contrabandistas se reúnen clandestinamente para comerciar con sus saqueos. Allí **Takeshi descubre que su familia ha sido masacrada por el clan Genji y que su hermana, Akira, ha sido tomada como esclava** por su líder, Murakama, enemigo ancestral de su estirpe.

Takeshi es un *rōnin*, un samurái caído en desgracia, un prófugo perseguido por los señores más poderosos de Japón. Su vida corre peligro, pero él ha regresado para reparar el honor arrebatado a su linaje y reclamar justicia ante el *shōgun*. Durante el viaje a Edo, la capital del imperio, **Margot comienza a descubrir la verdadera naturaleza del enigmático Takeshi, y sucumbe ante su férreo sentido del deber y su valentía. Entre ellos nace una incontrolable atracción que ambos intentan reprimir** cuando descubren que la esposa de Takeshi, a quien creían muerta, sigue con vida.

Tras rechazar el *shōgun* su petición, Takeshi y Liam trazan un plan para rescatar a Akira. Sin embargo, no contaban con que la tragedia los atrapará en un puño con nombre de mujer.

Traiciones, secretos, pasión y honor se entretejen en una aventura trepidante en la que el amor será el camino de la salvación para un samurái maldecido por el destino.

«Al final ha sido una mujer la única espada que ha atravesado mi corazón»,

Takeshi.

Opiniones de los lectores de *Consecuencias de retar a un conde*:

«Libro impresionante, buenísimo. Tengo que reconocer que con los libros de Lola poco puedes equivocarte», Isabel.

«Una novela de época con un toque de humor e intriga que lo hace estupendo. ¡Gracias, Lola, nunca defraudas!», Cristina.

«Una obra de imprescindible lectura para los amantes de la novela romántica histórica, como todas las de Lola. Estoy deseando leer la continuación de la historia de los

personajes en tierras niponas», Inma.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Juramento de sal

Muñiz, Noemí
9788408289524
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La romcom de vecinos más atrevida que has leído jamás.

Duna y Gael son vecinos de planta y únicos habitantes del bloque en ese momento.

Apenas se conocen, hasta que una compra *online* entregada por error provocará su primera toma de contacto y creará una brutal tensión sexual entre ellos.

Una proximidad forzosa que hará que salten chispas. Aunque...

Él no quiere enamorarse.

Y ella no cree en el amor.

Un buzón común lleno de incógnitas que ambos tendrán que resolver, promesas incumplidas y sentimientos que florecen por primera vez.

Un romance muy *spicy* que hará arder los cimientos del edificio.

«Una historia que te dejará el corazón calentito. Me encantaría poder tener la suerte de volver a leerla por primera vez.» Cristina Prada

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



¿Y a ti qué te pica?

Maxwell, Megan
9788408276210
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve Megan Maxwell con una divertida comedia romántica en la que descubrirás que la magia del amor lo cura todo

Nacho Duarte es un reconocido director de cine mexicano que, tras la muerte de su esposa, **cerró las puertas de su corazón** a cal y canto. Le gusta disfrutar con las mujeres, pero no suele repetir con la misma porque **no piensa volver a enamorarse.**

Su último trabajo lo traslada a España, donde va a rodar una película de acción cuya actriz principal es su amiga Estela Ponce. Sin embargo, para las escenas más peligrosas cuenta con la colaboración de Andrea Madoc, una militar estadounidense que, además, trabaja como especialista de cine.

Andy es una chica simpática, bromista y divertida que hará que el corazón del guapo director mexicano vuelva a latir con fuerza.

Adéntrate en las páginas de *¿Y a ti qué te pica?* y descubre que a veces, aunque no te lo propongas, puedes encontrar la llave para abrir la puerta a la felicidad. Y es que **el amor es uno de los pocos remedios capaz de alegrar hasta el más triste de los días.**

Opiniones de los lectores de *¿Y a ti qué te importa?* e *¿Y a ti qué te pasa?:*

«¿Qué voy yo a decir de estas dos maravillosas obras de arte? Lloré […], reí, me enfadé... Pero al final la magia lo inundó todo. Enhorabuena, jefa, nunca nos defraudas», Bianca Lancharro.

«Me han encantado las dos novelas. Como siempre que empiezo una de Megan Maxwell... ¡es empezarla y no poder soltarla hasta terminarla! ¡¡Fabulosas!!», Paloma.

«Me he leído casi todos los libros de esta autora y son fantásticos», Sonia.

«Adoré estos libros. Me encantan sus historias. Lo mismo ríes que lloras. Me fascinan», Yisel.

«Me han encantado las dos, no podía parar de leer», Ros M.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Donde no puedas encontrarme

Molina, Tamara
9788408289272
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un romance que florece entre las grietas de un corazón roto.

Gala está harta de seguir atrapada en un círculo vicioso de dependencia y toxicidad con su exnovio.

NO CONCIBE UNA VIDA SIN ÉL

Por ello decide dejarlo todo atrás y alejarse completamente de él, con la esperanza de poder sanar su corazón y evitar la tentación de volver a caer en esa destructiva relación.

Huir donde no pueda hacerle daño.

DONDE NO PUEDA ENCONTRARLA

Una nueva vida en la que refugiarse y con la que enfrentarse a sus inseguridades, sus heridas, sus miedos y su inoportuna atracción hacia Gael, un chico que forma parte de su nueva rutina.

CON QUIEN PODRÍA REDESCUBRIR EL AMOR

Pero Gala tiene claro que volver a abrir su corazón no entra en sus planes.

Ella sabe que lo que necesita es centrarse en sí misma.

LIBERARSE DEL PASADO, APRENDER A AMARSE Y PERMITIRSE SER FELIZ SIN DEPENDER DE NADIE MÁS

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)